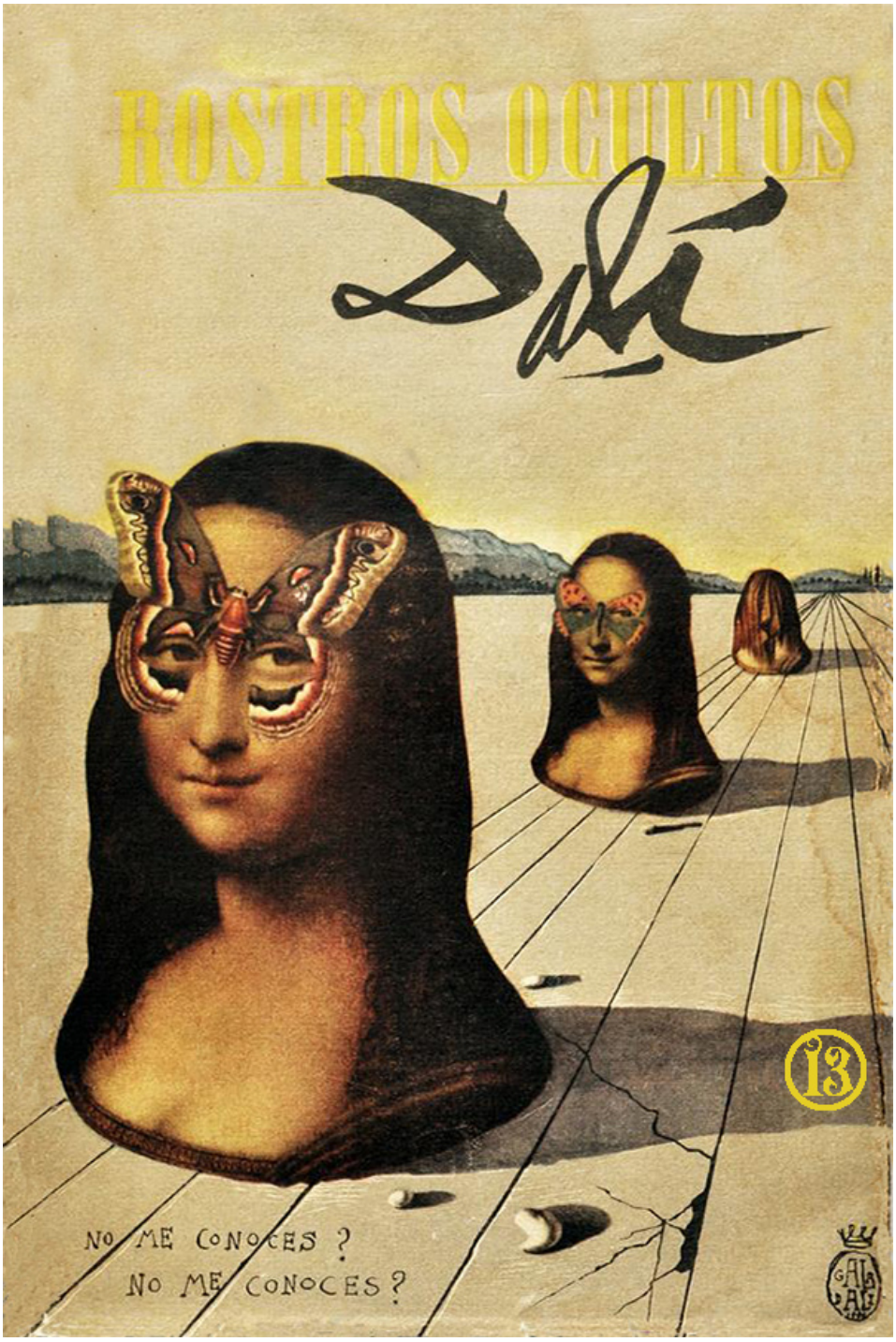
ROSTROS OCULTOS

Dalí



13

¿Por qué escribí esta novela? Se pregunta el propio Dalí, y responde: porque la historia contemporánea ofrece un marco único para una novela que trate sobre el desarrollo y el conflicto de las grandes pasiones humanas, y porque la historia de la guerra, y más principalmente, del acerbo período post-bélico, tenía, inevitablemente, que ser escrita. Redactada en 1943, esta única incursión de Dalí en la novela está ambientada en la agitada Europa de los años treinta, y protagonizada por un grupo de aristócratas que viven inmersos en el torbellino de una sociedad decadente y viciosa, antesala del ascenso del fascismo y del estallido de la devastadora guerra. Y entre estos personajes destacan el diabólico conde de Grandsailles y la semiangelical Solange de Cléda, bajo cuyos rostros se ocultan, según el propio Dalí, Las experiencias perversas de su adolescencia.

Novela sobre las pasiones y el deseo, sobre el amor en tiempos turbulentos, de las páginas de Rostros ocultos emergen escenas memorables como la del bombardeo de Malta, la ejecución del notario Girardin por los alemanes, las conspiraciones en el norte de África, la desaparición de Hitler…

Ésta es la única novela que realizó Salvador Dalí y nunca se publicó íntegra en España, su país natal, por la censura. Se trata de una obra que habla sobre la pasión y la Segunda Guerra Mundial. Con profundidad psicológica, decidió escribir sobre el derrumbe del viejo orden y su resurrección espiritual. Dalí intentaba completar la «trilogía pasional» del marqués de Sade: sadismo, masoquismo y, Dalí proponía, el cledalismo. El cledalismo sería entonces la abnegación erótica y la sublimación, por lo que intentaba realizar un homenaje a Lorca, su amigo más íntimo.

Salvador Dalí

Rostros ocultos

Título original: *Hidden Faces*
Salvador Dalí, 1944-1973

-

Revisión: 1.0

Dedico esta novela a Gala, que permaneció constantemente a mi lado mientras la escribía, que fue el hada buena de mi equilibrio, que disipó las salamandras de mis dudas y fortaleció los leones de mis certidumbres…

A Gala, quien con su nobleza de alma, me inspiró y me sirvió de espejo que reflejó las más puras geometrías de la estética de las emociones que han guiado mi labor.

Larvatus Prodeo
(Camino enmascarado)

DESCARTES

PRÓLOGO ESPECIAL PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Se ha repetido y se repetirá aún muchísimas veces a propósito de Dalí, aquella frase célebre de que «la naturaleza imita a los artistas». ¡Port-Lligat, la geología delirante del cabo de Creus imitan a Dalí!

También se ha escrito bastante aquello de que pintores muertos hace siglos ya imitaban a Dalí, y que en efecto sólo en el momento de existir Dalí, tal o cual obra del pasado toma súbitamente, como por magia, una «truculenta significación daliniana» que nadie había podido sospechar. ¡Oh, esto o aquello, es Dalí cien por cien!

También se suele insistir en aquello de que «a Dalí le divierte embobar a los bobos», pero la verdad es que ya quedan en el mundo pocos bobos capaces de sospechar de plagio a Dalí cuando éste, recurriendo a uno de los procedimientos de transformación poética que le han hecho célebre, transformó casi imperceptiblemente una cromolitografía representando los archiconocidos tres caballos con los cuales Dalí triunfó en uno de sus decorados vagnerianos y dalinianos hasta el paroxismo.

Lo mismo hizo Dalí con otra imagen también bastante conocida, llamada el *Ángelus* de Millet, cuadro que es de esperar algún día sea descubierto con alegría en los establos tristísimos de ciertas redacciones.

Pero no sólo Dalí es capaz de tales sensacionales plagios, sino que también es capaz del don de los profetas, y esto se repitió también mucho en su tiempo, en el momento de corroborar que, un año antes de terminarse la última guerra mundial, Dalí había ya escrito todo cuanto iba a ocurrir, con una versión enigmática de la

muerte de Hitler que es la única que corresponde, al menos simbólicamente, con lo que pasó.

Y para terminar: mucho se ha escrito y se escribirá sobre los dos protagonistas de la presente novela, ya que sus rostros respectivos están tan refinadamente encubiertos que los unos han dicho que bajo la personalidad diabólica del conde de Grandsailles se esconden las experiencias perversas de la tierna edad de los diecinueve años del propio Salvador Dalí en persona, y otros que, al contrario, el Dalí de hoy se esconde aún más hipócritamente bajo la personalidad semiangelical de la protagonista femenina Solange de Cléda. Lo cierto es que al principio de los días nublados de octubre, en las planicies solitarias de las dunas de Ampurias, del lado sur de las excavaciones, y a veces en pleno mediodía, se puede oír una voz angustiadísima que se parece mucho a la voz aceitunada de Salvador Dalí y que dice:

¿NO ME CONOCES? ¿NO ME CONOCES? ¡GALA!

SALVADOR DALÍ

PRÓLOGO DEL AUTOR

¡Más pronto o más tarde, todos están destinados a venir a mí! Muchos, inconmovibles por mis pinturas, conceden que dibujo como Leonardo. Otros, en pugna con mi estética, reconocen que mi autobiografía es uno de los «documentos humanos» de la época. Y otros más, mientras discuten la autenticidad de mi Vida Secreta*, han descubierto en mí dotes literarias superiores a la habilidad que revelo en mis cuadros y en lo que denominan la «mixtificación de mis confesiones». Pero nada menos que en 1922, el gran poeta Federico García horca predijo que yo estaba destinado al cumplimiento de una misión literaria y sugirió que mi porvenir reposaba precisamente en la «novela pura». También quienes detestan mis pinturas, mis dibujos, mi literatura, mis joyas, mis objetos surrealistas, etc., proclaman que poseo un don especial para el teatro y que mi escenografía última ha sido una de las más interesantes que se han visto en el escenario del Metropolitan… De este modo, resulta difícil de evitar el caer en mi zona de influencia, ya sea en una o en otra dirección.*

Sin embargo, todo esto tiene mucho menos mérito de lo que parece poseer, pues una de las razones más importantes de mis éxitos es muchísimo más sencilla aún que la de mi multiforme magia; hela aquí: que soy probablemente el más perseverante en el trabajo de todos los artistas de nuestros días. Después de haber pasado cuatro meses en el retiro de las montañas de New Hampshire, junto a la frontera de Canadá, escribiendo implacablemente durante catorce horas diarias y terminando la composición de Rostros ocultos *en el término proyectado —¡pero sin bastardear mi obra jamás!—, regresé a Nueva York y volví a hallar a algunos de mis amigos en* El Morocco. *Sus vidas habían continuado exactamente en el mismo punto anterior, como si me hubiera separado de ellos el día precedente. Al día siguiente visité diversos*

estudios, en los que los artistas habían esperado pacientemente por espacio de cuatro meses el momento de su inspiración… Un nuevo cuadro había sido comenzado a pintar. ¡Cuántas cosas habían sucedido en mi imaginación durante aquel período! ¡Cuántos personajes, cuántas imágenes, cuántos proyectos arquitectónicos, cuántas realizaciones de deseos habían nacido, vivido, muerto, sido resucitados, conformados! Las páginas de mi novela son solamente una fracción de mi último sueño. La inspiración y la fuerza son cosas que solamente pueden ser poseídas y conquistadas por la violencia y por el duro y amargo trabajo de cada día.

¿Por qué escribí esta novela?

En primer lugar, porque tengo el tiempo preciso para hacer todo lo que se me antoje, y porque quería escribirla.

En segundo lugar, porque la historia contemporánea ofrece un marco único para una novela que trate sobre el desarrollo y el conflicto de las grandes pasiones humanas, y porque la historia de la guerra, y más principalmente, del acervo período posbélico, tenía, inevitablemente, que ser escrita.

En tercer lugar, porque si yo no la hubiera escrito, lo habría hecho cualquier otra persona en mi lugar, y lo habría hecho malamente.

En cuarto lugar, porque es más interesante, en lugar de «copiar la historia», anticiparse a ella y permitirle que intente imitar, de la mejor manera que le sea posible, lo que se haya inventado… Porque he vivido íntimamente, día a día, con los protagonistas del drama prebélico en Europa; los he seguido en el período de su emigración a América, y por esta causa me ha sido fácil imaginar cómo habrá sido el de su retorno… Porque desde el siglo XVIII la trilogía pasional inventada por el divino Marqués de Sade ha permanecido incompleta: Sadismo, Masoquismo… Era preciso descubrir el tercer término del problema, el de la síntesis y la sublimación: el Cledalismo, nombre que se deriva del de la protagonista de mi novela, Solange de Cléda. El sadismo puede ser definido como el placer experimentado a través del dolor infligido al objeto; el masoquismo, como el placer producido a través del dolor infligido por el objeto. El cledalismo es el placer y el dolor sublimados por una absoluta identificación trascendente con el objeto, Solange de Cléda restablece la pasión normal; es una santa Teresa profana. Epicuro y Platón ardientes en una sola llama de eterno misticismo femenino.

En la época presente, las gentes se hallan atacadas de la locura de la

velocidad, que no es sino el producto de una efímera y fugaz observación, de la aparición de lo «grotescamente empequeñecido». He querido reaccionar contra esto escribiendo una «verdadera novela», larga y aburrida. Pero nada me aburre jamás. Tanto peor para los que se hallan expuestos al aburrimiento. Quiero aproximarme, desde este mismo instante, a los nuevos tiempos de responsabilidad intelectual en los cuales hemos de entrar con el fin de esta guerra… Una verdadera novela de culminación, de introspección y de revolución, de edificación de pasiones debe ser (como siempre ha sido) exactamente lo contrario de una película del ratón Mickey o de la ofuscadora sensación de un salto en paracaídas. Es preciso, como en los lentos viajes de la época de Stendhal, ser capaz de ir descubriendo gradualmente la belleza de los paisajes del alma que se cruza; las nuevas cúpulas de la pasión deben hacerse gradualmente visibles hasta alcanzar su plenitud en el momento debido, de manera que el espíritu de los lectores pueda disponer de la sazón inapresurada que es necesaria para «saborearlas». Antes de que mi libro estuviera concluido, se decía que yo estaba escribiendo una novela balzaciana o huysmansiana. Contrariamente, es una novela estrictamente daliniana, y quienes hayan leído atentamente mi Vida secreta *irán descubriendo prontamente bajo la estructura de la obra la presencia continuada y familiar vigorosa de los mitos esenciales de mi propia vida y de mi mitología.*

El año 1927, hallándome sentado al sol primaveral en el café-bar Regina de Madrid, en compañía del llorado poeta Federico García Lorca, planeamos conjuntamente la composición de una ópera de gran originalidad. La ópera era una de nuestras pasiones comunes, pues es el único medio que permite la amalgación de todos los géneros líricos en una perfecta y triunfante unidad, con toda su grandeza y su máximo de estridencia necesaria, e iba a permitir expresar la sublime confusión y el caos viscosos, compactos, colosales e ideológicos de nuestra época. El día en que recibí en Londres las noticias de la muerte de Lorca, quien fue una víctima de la ciega historia, me dije a mí mismo que yo solo haría nuestra ópera. He continuado desde entonces en mi firme decisión de realizar este proyecto algún día, en el momento de la madurez de mi vida; y mi público sabe y confía siempre en que hago aproximadamente todo lo que digo y prometo.

Por lo tanto, haré «nuestra ópera». Pero no ahora, inmediatamente, ya que una vez concluido este libro me retiraré a California por espacio

de un año con el fin de dedicarme exclusivamente a la pintura y a poner en ejecución mis últimas ideas estéticas, con un fervor técnico que no tiene precedentes en mi profesión. E inmediatamente después, comenzaré a tomar pacientemente lecciones de música. Todo lo que necesito para dominar por completo la armonía, es un plazo de dos años; pues ¿no la he sentido fluir a través de mis venas por espacio de dos millares de años? Proyecto hacer todo lo necesario para la representación de esta ópera: el libreto, la música, los decorados, los ropajes… Y, además, yo mismo la dirigiré.

No puedo garantizar que este fragmento de sueño haya de ser bien acogido. Pero una cosa es cierta: con la suma total de mi polifórmica y fenomenal actividad, habré dejado impresa en la dura piel de la inclinada y perezosa «espalda artística» de mi época la huella inconfundible y el anagrama, sellado por el fuego, de mi personalidad; y en la sangre de Gala toda la fecundadora generosidad de mis «invenciones poéticas». ¡Cuántos existen ya que han sido espiritualmente nutridos por mi obra! Por lo tanto, permitid al que «tanto» ha realizado que arroje la primera piedra.

SALVADOR DALÍ

PRIMERA PARTE
LA LLANURA ILUMINADA

I. LOS AMIGOS DEL CONDE HERVÉ DE GRANDSAILLES

El conde de Grandsailles había permanecido sentado durante largo tiempo, con la cabeza apoyada en una mano, bajo el hechizo de un ensueño obsesionante. Levantó los ojos, y su mirada vagabundeó por la llanura de Creux de Libreux. Aquella llanura significaba para él mucho más que cualquier otra cosa del mundo. Había belleza en su paisaje, prosperidad en sus campos labrados. Y lo mejor de aquellos campos era la tierra; lo más precioso de esta tierra era la humedad, y el producto más raro de esta humedad era cierto barro… Su notario y más ferviente amigo, Maitre Pierre Girardin, que poseía una debilidad por el lenguaje literario, solía decir cuando hablaba de Grandsailles:

—El conde es la viva encamación de uno de esos extraños fenómenos del campo que escapan a los recursos y al dominio de la agronomía: un terreno formado de tierra y sangre procedente de una fuente incógnita, una arcilla mágica de la cual se forma el espíritu de nuestra tierra nativa.

Cuando el conde descendía hasta las compuertas con algún nuevo visitante llegado a la propiedad acostumbraba invariablemente agacharse hasta el suelo, recoger un puñado de tierra arcillosa y, por centésima vez, repetir con tono de súbita improvisación mientras mostraba el barro y lo moldeaba con sus aristocráticos dedos:

—Mi querido amigo: es indudablemente la ductilidad, un poco tosca, de nuestro suelo lo que origina el milagro de esta región. Pues no solamente es único nuestro vino, sino que además y sobre todo, poseemos la trufa, el misterio y el tesoro de estos campos

sobre los cuales se deslizan los caracoles más grandes de Francia, que rivalizan con ese otro ser singular: el cangrejo. Y todo esto, enmarcado por la más noble y generosa vegetación, el alcornoque que nos regala su propia piel…

Y, al pasar, arrancaba algunas hojas de la rama baja de un alcornoque, las apretaba fuertemente y las hundía en el hueco de la mano gozándose en la sensación que en su fina piel producía el espinoso contacto de su resistencia, sensación que por sí sola era suficiente para aislar al conde del resto del mundo. Pues de todos los continentes del Globo, Grandsailles estimaba solamente a Europa; de toda Europa, amaba solamente a Francia; de Francia adoraba solamente Vaucluse; y el lugar de Vaucluse escogido de los dioses era precisamente aquél en que se hallaba situado el castillo de Lamotte, en el que había nacido.

La mejor situación del castillo de Lamotte era la que ocupaba aquella estancia; y en aquella estancia había un lugar desde el cual la vista era única. Este lugar estaba exactamente limitado por cuatro grandes rombos rectangulares dibujados en el suelo embaldosado en blanco y negro, en cuyos cuatro ángulos exteriores se hallaban exactamente colocadas las cuatro garras, ligeramente contraídas, de un escritorio estilo Luis XVI firmado por Jacob, el ebanista. Ante aquella mesa se hallaba sentado el conde de Grandsailles mirando a través del ancho balcón de la época de la Regencia hacia la llanura de la Creux de Libreux iluminada por el sol poniente.

Nada había que pudiera exaltar tan líricamente el fervor de los sentimientos patrióticos de Grandsailles como la deleitosa contemplación del paisaje que constantemente le ofrecía el cambiante aspecto de la fértil llanura de Creux de Libreux. No obstante, había algo que, en su concepto, rompía la perenne armonía del cuadro. Era esto una sección de alrededor de trescientos metros en cuadro en la que los árboles habían sido cortados, con lo que se formó un calvero pelado y terroso que rompía desagradablemente la armoniosa y tupida línea de un bosque de alcornoques. Hasta los tiempos de la muerte del padre de Grandsailles, el bosque había permanecido intacto, de modo que concedía al vasto panorama un fondo homogéneo compuesto de la línea horizontal y ondulante de alcornoques que destacaba las

luminosas distancias del valle.

Más desde la muerte del padre de Grandsailles, la propiedad, cargada de grandes deudas e hipotecas, había tenido que dividirse en tres secciones. Dos de ellas habían ido a parar a manos de un gran terrateniente de origen bretón, Rochefort, quien inmediatamente se convirtió en uno de los más enconados enemigos políticos del conde. Uno de los primeros actos que cometió Rochefort al entrar en posesión de sus propiedades, consistió en cortar los trescientos metros en cuadro de alcornoques que cayeron en su poder y que habían perdido el valor productivo al ser separados del amplio bosque. Habían sido sustituidos con una plantación de viñas, que se desarrollaron pobremente en el terreno agotado y excesivamente pedregoso. Estos trescientos metros de alcornoques desgajados en el mismo corazón del bosque familiar de Grandsailles no eran solamente testimonios de la desintegración de los dominios del conde, sino que, además, la brecha que abrieron dejó al descubierto el Moulin des Sources, que estaba habitado por el propio Rochefort: un lugar profundamente apetecido, puesto que era la clave de la irrigación y de la fertilidad de una gran parte de las tierras cultivadas del conde. El Moulin des Sources había estado primitivamente escondido por el bosque, y solamente las giraldillas de la torre, que emergían sobre los alcornoques más bajos, habían sido visibles desde la habitación del conde.

Junto a su devoción a la tierra, la admiración de la belleza era una de las predominantes inclinaciones que dominaban a Grandsailles. Sabía que era hombre de poca imaginación, mas poseía conciencia plena de su buen gusto; y de este modo, la mutilación del bosque constituyó una ofensa muy grande para sus sentimientos estéticos. En realidad, desde su última derrota electoral, cinco años atrás, el conde de Grandsailles había abandonado la política, con la intransigencia que caracterizaba todas sus decisiones, en espera del momento en que los acontecimientos diesen un giro decisivo. Y esto no significaba que la política fuese odiosa para él desde entonces. El conde, como todos los verdaderos franceses, era un político nato. Le agradaba mucho repetir la máxima de Clausewitz: «La guerra no es más que la continuación de la política por otros medios». Estaba seguro de que la guerra con Alemania se aproximaba de una manera

inevitable, de que su llegada podía demostrarse matemáticamente. Grandsailles estaba esperando este momento para entrar en la política nuevamente, y deseaba con sinceridad que llegase lo más pronto posible, pues apreciaba que su patria se hacía a cada momento más débil y más corrupta. ¿Qué importancia podían tener en tales circunstancias los menudos incidentes de la política de la llanura para él?

Y, mientras esperaba impacientemente el instante del estallido de la guerra, el conde de Grandsailles pensaba en organizar un gran baile.

No; no era solamente la presencia de su enemigo político lo que le irritaba cuando veía el Moulin des Sources. En el transcurso de aquellos cinco años en que la heroica e indeclinable lealtad de Maitre Girardin había triunfado en la tarea de estabilizar su fortuna y de organizar la productividad de sus tierras, las últimas heridas que la división de sus propiedades había infligido a su orgullo y a sus intereses parecían haber sido lenta y definitivamente curadas. Debe añadirse que, si bien Grandsailles había sido relativamente indiferente a la merma de sus dominios, jamás había perdido la esperanza de readquirir las propiedades que le habían sido arrebatadas, y que esta idea, oscura y vagamente alimentada en las profundidades de sus proyectos, le ayudaba provisionalmente a sentir aún más desapego de la finca heredada.

Más, por otra parte, jamás pudo acostumbrarse a la mutilación de su bosque; y cada nuevo día sufría más dolorosamente a la vista del desolado cuadrado en el que las vides de un viñedo moribundo retorcían lastimosamente sus brazos enroscados, a intervalos geométricamente distribuidos, lo que constituía una irreparable profanación que se operaba en el horizonte de sus primeros recuerdos (el horizonte y la estabilidad de su infancia), con sus tres orlas superpuestas y encantadoramente combinadas por la luz: el bosque oscuro del fondo, la llanura iluminada y el cielo.

Solamente un detallado estudio de la especialísima topografía de la región podría aclarar satisfactoriamente la razón de que tales tres elementos del paisaje, tan encadenados y tan constantes, produjeran un efecto emocional tan elegiaco y tan penetrante, de contraste luminoso, en aquella llanura de Libreux. Desde las primeras horas de la tarde, las sombras descendentes de las montañas situadas

detrás del castillo comenzaban a invadir progresivamente el alcornocal y lo sumían de modo súbito en una especie de prematura y precrepuscular oscuridad; y mientras el mismo fondo del paisaje se oscurecía por efecto de una aterciopelada sombra uniforme, el sol, que comenzaba a ponerse en el centro de una profunda depresión del terreno, arrojaba su fuego sobre el llano, y sus rayos oblicuos concedían una creciente objetividad a los más menudos detalles y accidentes geológicos, una objetividad que era aumentada aún más violentamente por la proverbial limpidez de la atmósfera. Parecía, entonces, como si se hubiera podido tomar la completa llanura de Libreux en el hueco de una mano, como si se pudiera distinguir un lagarto adormilado sobre la pared de una casa vieja situada a varias millas de distancia. Y era en el momento final del crepúsculo, casi en los umbrales de la noche, cuando los últimos residuos de los reflejos del sol poniente cedían con pesar en su asimiento de las últimas cumbres empurpuradas, con lo que parecían intentar, desafiando las leyes de la Naturaleza, la perpetuación de una quimérica supervivencia del día. Cuando ya era casi de noche, la llanura de Creux de Libreux aparecía aún iluminada. Y quizás era a causa de esta excepcional sensibilidad para la luz por lo que cada vez que el conde de Grandsailles experimentaba uno de sus dolorosos trances de depresión cuando su alma se oscurecía con las sombras mortales de la melancolía, solía entrever la hereditaria esperanza de una vida fértil y perenne que se elevaba del bosque, profundamente oscuro, de los espinosos alcornoques de su dolor: ¡la llanura de Creux de Libreux bañada por la cálida luz del sol, la llanura iluminada! ¡Cuántas veces, después de largos períodos de estancia en París, cuando el espíritu de Grandsailles se hundía en el ocioso escepticismo de su vida emocional, el solo recuerdo de una fugitiva visión de su llanura le hacía revivir con un nuevo y chispeante amor a la vida!

Aquella vez, Grandsailles había encontrado París tan absorbido por los problemas políticos, que su estancia en la dudad había sido extremadamente breve. Regresó a su castillo de Lamotte sin haber siquiera tenido tiempo para verse afectado por el progresivo desencanto que produce la entrega excesiva a las relaciones basadas exclusivamente en la intensa comedia del prestigio social; por el contrario, el conde había regresado a sus dominios con una

inextinguible sed de sociabilidad, lo que indujo a invitar a sus amigos más íntimos, como acostumbraba hacer antiguamente, a que fuesen a pasar los fines de semana con él.

Hacía dos semanas que Grandsailles había regresado, y estaba cenando, como habitualmente, cangrejos y caracoles en compañía de su notario, Pierre Girardin. Eran unas cenas servidas de puntillas por Prince, el viejo criado de la familia, durante las cuales los dos hombres sostenían interminables conversaciones en voz baja.

Maitre Girardin, como ya se ha indicado, escondía unas turbulentas inclinaciones literarias tras la estricta y modesta severidad que le imponía su profesión, del mismo modo que su lacónica y objetiva fraseología cotidiana ocultaba una verborrea suculenta, metafórica y grandilocuente, una modesta expansividad a la cual daba rienda suelta solamente en presencia de amigos íntimos y de toda confianza, entre los cuales el primero y el privilegiado era el conde de Grandsailles.

A Grandsailles le producían un placer voluptuoso las largas parrafadas de su notario, llenas de imágenes y frecuentemente teñidas de grandeza. Y no solamente las saboreaba, sino que además las utilizaba en provecho propio. Pues, si bien es cierto que el conde poseía un estilo elocuente notable y hablaba la lengua francesa con una elegancia enteramente personal, no era menos cierto que se sentía completamente incapaz de inventar aquellas inesperadas imágenes que tan fácilmente acudían a Girardin, imágenes caprichosas y ligeramente ácidas y cínicas que tenían la peculiar facultad de penetrar en la zona vulnerable de las seducciones y de los sueños de los cerebros quiméricos y sugestionables de las mujeres refinadas. Grandsailles tomaba nota imaginativa de las líricas invenciones y de las extrañas ideas de Girardin, y en muchas ocasiones, no confiando en su memoria, las escribía en su libro de citas con una escritura tan fina como una hebra de oro. En tales ocasiones, Grandsailles solía rogar a Maitre Girardin que repitiera el final de su frase, y este último experimentaba entonces los momentos de su mayor vanidad y se veía forzado, aun a pesar de sí mismo, a descubrir una doble hilera de dientes blancos al trazar una sonrisa casi dolorosa que arrancaba del fondo de su severa modestia. Maitre Girardin solía bajar la cabeza, en espera de que el conde terminara de hacer su anotación, y en su frente inclinada,

normalmente surcada por las azuladas venas, que eran muy visibles y prominentes, las mismas venas se hinchaban aún más y alcanzaban ese grado de abultamiento y de brillante dureza que es característico de la arterioesclerosis.

En la expresión rígida y desconcertada de Pierre Girardin había no solamente orgullo, reprimido por la humilde pretensión de guardar las distancias, sino, además, una sombra de desasosiego, apenas perceptible aun cuando imposible de ocultar. Sí, Maitre Girardin estaba desasosegado, avergonzado de Grandsailles, puesto que sabía exactamente el uso que éste haría de sus anotaciones, que estaban destinadas a permitirle brillar en sociedad; y si el conde lo conseguía, era gracias a la oculta inspiración de su notario, la que le había servido para adquirir su extraordinaria reputación como conversador. El conde utilizaba con este fin las notas que tomaba, pero más especialmente para seducir a las mujeres, y, sobre todo, para mantener viva aquella latente y consumidora pasión, compuesta de ociosa charla y artificiosidad, que, con la creciente adicción a su lento y fatal poder, lo encadenaba a *Madame* Solange de Cléda.

En realidad, Grandsailles, que tenía mala memoria, solía estudiar anticipadamente el curso de sus entrevistas con *Madame* de Cléda, y sus conversaciones estaban siempre tejidas en torno a tres o cuatro temas líricos que se habían desarrollado en el curso de las largas veladas pasadas en compañía de su notario. Es cierto también (digámoslo para hacer justicia al conde) que con sus naturales dones para la conversación y su maestría en el arte del intercambio social, solía conseguir verdaderas joyas de estilo cuando, con la limitación que su raro buen gusto desarrollaba, pulía los elementos excesivamente suculentos y pintorescos que habían brotado de los labios, un tanto plebeyos, de su notario, elementos que, de haberse expuesto sin modificaciones en algún salón ultraparisiense, podrían haber parecido presuntuosos, o ridículos, o fuera de lugar, o las tres cosas a un mismo tiempo. Grandsailles, que había disfrutado de la compañía de Pierre Girardin como camarada de juego desde los primeros días de su infancia, había obtenido de su notario una comprensión elemental, mordaz y directa de las relaciones humanas, como solamente podía proporcionarle una persona formada en el más puro sentido común del pueblo llano, que era el

caso de Girardin. De este modo, cada vez que se elogiaba el espíritu pragmático del conde, se debía en gran medida a las virtudes lógicas de su notario; era a éste a quien se aludía de un modo inconsciente.

El conde de Grandsailles no sólo usurpaba sus imágenes poéticas, sus profundas observaciones y su sentido de la realidad, casi brutal, sino que, además, imitaba el modo de cojear de su notario. Cinco años antes, en un accidente de automóvil ocurrido durante los tragicómicos acontecimientos de la campaña electoral, el conde y su notario habían sufrido unas heridas similares en la pierna. *Maître* Girardin estuvo curado al cabo de tres semanas, pero el conde, cuya pierna habían entablillado de forma defectuosa, conservó una cojera. El conde observó el modo de caminar de su notario en el período de su convalecencia, e inmediatamente comenzó a imitar su cojera, que le pareció le otorgaba una envidiable dignidad. Y, ciertamente, al dar una inflexión más serena y más lenta al ritmo defectuoso de su paso, Grandsailles añadía a su físico varonil y bien proporcionado una nota de melancolía y de refinada distinción. El conde poseía, también, como recuerdo del accidente, una larga y fina cicatriz que se extendía en vertical desde la sien izquierda hasta el centro de la mejilla. Esta cicatriz, que era muy profunda, apenas era visible, pero, a la manera de un barómetro, se hacía más aguda y purpúrea en los días de tormenta, y en tales ocasiones le ocasionaba violentas picazones, con lo que obligaba al conde, que no quería rascarse, a llevarse la mano a la mejilla y a apretarla fuertemente contra ella. Éste era el único tic desconcertante entre todos sus gestos y movimientos, los cuales eran siempre tan premeditados, que llegaban a los linderos de la afectación.

El conde de Grandsailles daba aquella noche, a la luz de las bujías, una cena a veinticinco de sus más íntimos amigos, quienes habiendo llegado en el curso de la tarde estaban ataviándose antes de descender al salón de recepción a las ocho y media. Grandsailles estuvo completamente vestido una hora antes de la fijada, ya que, como en el caso de sus citas de amor, tanto si se trataba de una velada en sociedad o de un encuentro con algún amigo íntimo, le agradaba saborear sin apresuramientos una larga, ligera y deliciosamente angustiosa espera durante la cual tuviera tiempo

para prepararse para el efecto y las situaciones que deseaba suscitar. Tenía horror a todo lo que delatase cualquier tendencia impropia a la improvisación, y aquella noche, dispuesto más pronto que de costumbre para la velada, el conde se sentó a la mesa de su cuarto para esperar. Sacando el librito de citas de un cajón, comenzó a consultar las notas que había tomado durante las dos semanas precedentes, por medio de las cuales esperaba dar esplendor a su charla. Despreció las primeras tres páginas, escritas confusamente y sin convicción y que contenían temas y frases destinados a una charla más general, sonrió al llegar a una página llena de sorpresas que explicaba el modo de tomar parte en una discusión, y finalmente se detuvo al llegar a una página en la que solamente había escrito una línea: «Notas para un *tête-a-tête* con Solange».

Permaneció durante largo tiempo absorto en la contemplación de esta página, y una suerte de invencible indolencia le impidió marchar adelante al mismo tiempo que le apremió irresistiblemente a seguir el curso agradable y confuso de un ensueño seductor.

Era extraña la pasión que unía a Hervé de Grandsailles y Solange de Cléda. Durante cinco años, ambos habían desarrollado una guerra implacable de mutua seducción, a cada momento más llena de ansiedad y más irritante, y que hasta entonces había cristalizado solamente hasta el punto de alcanzar un clima de exacerbación, de producir un creciente impulso de rivalidad y de autoafirmación en el que la más ligera muestra de debilidad les habría llevado a un fatal desencanto. Siempre que el conde veía que la pasión de Solange cedía a la calma de la ternura, se adelantaba ansiosamente con nuevos pretextos para herirla en su vanidad y para establecer la salvaje actitud agresiva que es la del deseo insatisfecho cuando, con el látigo en la mano, se le obliga a vencer los obstáculos, cada vez más invencibles, del orgullo.

Y éstas eran las razones por las que, después de largas sesiones desarrolladas en el tono semilánguido de un idilio superficial salpicado de fingida indiferencia y de los delicados juegos del ingenio, mientras ambos se hallaban en realidad ocultándose obstinadamente el enloquecido galope de sus pasiones, Grandsailles sentía siempre tentaciones de azotar a Solange en las nalgas y de entregarle un terrón de azúcar, como se hace con un caballo de raza

que se agita con la flexible elegancia de sus movimientos, para que ponga su ilimitada energía a nuestra disposición. Pues el conde consideraba todo aquello con la misma buena disposición que un jinete, cubierto de polvo y de magulladuras, que hubiese sido arrojado a tierra en diversas ocasiones durante una carrera desenfrenada. No hay nada más fatigoso que una pasión de esta naturaleza, basada en una absoluta coquetería por ambas partes. Esto era lo que Grandsailles estaba diciéndose cuando el reloj del gabinete dio las ocho y media. Levantó la cabeza, que había tenido inclinada durante mucho tiempo, apoyada en la palma de la mano, y miró durante unos momentos la llanura de la Creux de Libreux, la cual, a causa de su configuración topográfica especial, retenía aún los reflejos de los últimos resplandores del día, a pesar de la semioscuridad reinante.

Arrojó una última mirada a la llanura, se puso en pie y, cojeando de la manera que le era característica, el conde Grandsailles cruzó el pasillo que conducía al salón de recepción.

Caminó con esa desembarazada y tranquila elegancia que tanto pone de relieve el gesto de tocarse nerviosamente el cabello con una mano, o el desmañado retoque del nudo de la corbata o una descuidada y sospechosa mirada al pasar ante un espejo, característicos de la más pura timidez anglosajona. El conde llegó hasta el centro del salón, donde encontró al duque y la duquesa de Saintonges, que habían entrado por la puerta opuesta en el mismo momento, y dio un beso a cada uno en las mejillas. El duque pareció conmoverse en extremo, mas antes de que tuviera tiempo para abrir la boca se oyó el barullo creciente de una discusión, que cesó súbitamente ante la puerta. El joven marqués de Royancourt, con la cabeza envuelta en vendajes, apareció entre Edouard Cordier y *Monsieur* Fauceret; los tres se dirigieron corriendo hacia Grandsailles e intentaron adelantarse a los demás. Cogiendo y oprimiendo suavemente la mano del conde, Camille Fauceret exclamó:

—¡En buenos líos se mete su protegido, el marqués de Royancourt! ¡La misma noche del día en que se hace monárquico, lucha junto a los comunistas para derribar al único Gobierno que sabía lo que quería y que ha tenido el valor de imponerlo! ¡A un Gobierno de orden!

—¡Maldición! —Dijo jovialmente el marqués de Royancourt mientras se tocaba con un dedo una mancha fresca de sangre que había aparecido sobre su vendaje—. ¡Está sangrando de nuevo! Voy a subir a cambiarme el vendaje. No tardaré más de diez minutos, y entretanto, mi querido conde, encargo a estos caballeros que le refieran todo lo sucedido. Cuando yo regrese, todo el trabajo difícil estará realizado y solamente me quedará la labor de añadir la verdad.

Unos pocos segundos más tarde, la habitación estaba completamente llena, y Grandsailles, mientras se ocupaba en recibir a sus invitados, comenzó, a través de fragmentos de conversaciones que llegaban hasta él confusamente mezcladas desde todas las direcciones, a conocer los trágicos acontecimientos del día anterior. Era el Seis de Febrero, como ya se le llamaba, lo que había producido la dimisión del Gabinete Daladier.

El conde de Grandsailles experimentaba una profunda antipatía por la radio —en realidad, no tenía ningún receptor—, y como había pasado el día anterior sin leer los periódicos, escuchó en aquellos momentos con una especie de voluptuosa embriaguez la avalancha de noticias sensacionales con las cuales estaban íntimamente relacionados los nombres de casi todas sus amistades. De vez en cuando, interrumpía a los narradores para solicitar la aclaración de algunos detalles; pero antes de que la persona interrogada tuviera tiempo para ofrecerle las explicaciones pedidas, la atención del conde se veía arrastrada en otra dirección por la sorpresa de nuevas revelaciones. El conde de Grandsailles iba cojeando de un lado a otro, de grupo en grupo, con la cabeza erguida y el rostro ligeramente vuelto hacia la izquierda, con la mirada fija en algún punto indeterminado del techo y prestando una atención igual para todos. Por medio de esta actitud superior y desinteresada quería dar a entender que, aun cuando tales acontecimientos le interesasen de un modo general, no solamente no se sorprendía de ellos, sino que además se resistía a verse arrastrado hacia el ambiente febril de las conversaciones, a las que sólo el respeto al lugar en que se producían impedía que se hiciesen violentas.

Las mujeres, principalmente, parecían abrumadas por lo sucedido, pues a los cuarenta muertos y varios centenares de

heridos que se habían producido había que añadir el ruidoso romanticismo truculento de las organizaciones que habían tomado parte en el desarrollo de los acontecimientos. Los Cruces de Fuego, los Comunistas, los Cagoulards, los Conspiradores de Acacia, los Camelots du Roi: éstos eran sus melodramáticos nombres, los cuales eran suficientes por sí mismos para poner carne de gallina a las delicadísimas pieles que se exponían en los lugares que los vestidos de bajo escote dejaban al descubierto. El conde de Grandsailles observaba a todos sus amigos, entre los cuales había Cruces de Fuego, Cagoulards, Conspiradores de Acacia, monárquicos, partidarios del Gabinete dimitido, y aún Comunistas, y con la indulgencia que su amor por la literatura hacía un poco perversa, entrecerraba los ojos y, repasando el abigarrado conjunto de sus invitados, decidía que su salón era «impresionante».

Un poco confundido por tantas y tan súbitas contingencias, cesó de prestar atención a la avalancha de relatos de sus amigos y, con la espalda ligeramente apoyada en el mármol de la chimenea, el conde comenzó a ver cómo se elevaba ante él, a la manera de un montaje cinematográfico, la desordenada sucesión de las imágenes de todo lo que le había sido referido. Vio cómo desaparecía el sol poniente tras el Arco del Triunfo mientras los manifestantes de la Croix de Feu descendían a los Campos Elíseos en filas cerradas de a doce, con banderas desplegadas a la cabeza de la manifestación; veía las filas negras, impasibles y expectantes de los inmóviles policías a quienes se había ordenado contener a los manifestantes; ahora las ve ceder, una tras otra, sin conseguir detener de modo apreciable la marcha intrépida de los demostradores y ve a los últimos dirigirse hacia el Puente de la Concordia, abarrotado de camiones del Ejército y de tropas para defender el acceso a la Cámara de Diputados.

Repentinamente el jefe de la Policía Municipal se adelanta una docena de metros para ponerse en contacto con los manifestantes, habla con los abanderados y luego, después de una ligera vacilación, la manifestación cambia de rumbo y se dirige hacia la Magdalena mientras redobla sus gritos:

—¡Al patíbulo Daladier! ¡Al patíbulo Daladier!

En un abrir y cerrar de ojos, los hierros que forman un enrejado protector en torno a los árboles son arrancados, golpeados con

violencia contra los adoquines, rotos en pedazos que se convierten en armas terribles, los tubos conductores de gas para los faroles públicos también se rompen y, al comenzar a arder, arrojan hacia lo alto unas llamas oblicuas, furiosas, silbantes, como géiseres largo tiempo contenidos, que se elevan hasta una altura de diez pies en dirección al cielo, en el cual la oscuridad ha comenzado a profundizarse. ¡Otro! ¡Otro más! Y como empujados por una fiebre destructiva contagiosa, los fuegos del enojo popular forman unos festones alegres, con sus fieros penachos, que se elevan sobre las cabezas de la multitud. Desde la acera opuesta a
Maxim's
arrojan piedras contra el Ministerio de Marina; una mano cubierta por un guante de piel introduce trapos empapados en petróleo por una ventana rota; una *porte cochére* se abre, y tras ella aparece el rostro lívido de un comandante de Marina.

—No sé lo que desean ustedes —dice el comandante—; pero veo entre ustedes la bandera tricolor y tengo la seguridad de que no quieren que se vierta sangre de marineros franceses. ¡Viva la Marina! ¡Viva Francia!

Y la multitud continúa la marcha en dirección a la Magdalena. Ya inunda la Rué Royale. Una doncella que se halla apoyada en la barandilla de un balcón recibe una bala perdida, y la bata de grandes dibujos coloreados que lleva en la mano cae a la calle. Grandsailles ve el siniestro trozo de tejido revolotear sobre las cabezas de la muchedumbre, momentáneamente distraída por tales incidentes, pero que de inmediato se ve presa de la insaciable locura que, como la de los perros en celo, la arrastra a un paso vivo e ingobernable para perseguir el magnetizante y amargo olor de la revuelta.

Todas estas visiones comenzaban a desfilar persiguiéndose unas a otras por la imaginación de Grandsailles con ritmo acelerado, sin aparente continuidad, mas con tal agudeza visual, que el animado espectáculo de su salón se convirtió en un fondo indeterminado de murmullos y de movimientos confusos.

Ve un gran charco de sangre que brota del vientre abierto de un caballo, en el cual el periodista Lytry, envuelto en su invariable impermeable amarillo, acaba de resbalar. El cristal del escaparate de la tienda de flores de La Madeleine (donde el conde

acostumbraba comprar las pequeñas flores de lis amarillas con manchas amarantinas y leopardas que en ocasiones tuvo la audacia de ponerse en el ojal) refleja en las estalactitas de sus roturas la masa ígnea de un autobús volcado en la esquina de la Rué Royale. Están desabrochando los pantalones a *Monsieur* Cordier, el grueso conductor, a quien dos amigos acaban de tender sobre un banco; tiene la carne muy pálida, del color de la panza de una mosca, y exactamente junto al ombligo, a una distancia de diez centímetros, puede verse un agujerito, sin una gota de sangre, más pequeño pero más oscuro; como el propio *Monsieur* Cordier lo ha descrito:

—Parecían exactamente los ojillos bizcos de un cerdito.

El príncipe de Orminy, pálido como un cadáver, penetra por la puerta de servicio al bar de Fouquet; tiene una varilla fina de hierro, de quince centímetros de longitud, claveteada como un pequeño arpón, bajo la nariz; y tan sólidamente clavada en el hueso de la mandíbula superior, que ni siquiera empleando toda la fuerza de sus dos manos es capaz de arrancársela y cae desvanecido en brazos del propietario, el fiel Dominique, mientras grita:

—¡Perdonadme!…

Luego, ya de noche, los cafés de la Place Royale están llenos de heridos, y los últimos y retrasados curiosos son obligados por los disparos de las metralletas de la Garde Mobile a dirigirse a los Campos Elíseos; la desierta Plaza de la Concordia, con la goteante indiferencia de los elegantes bronces de sus fuentes y los residuos de la pasión, queda atrás; y los desarraigados faroles arrojan sus chorros de llamas revueltas en la noche estrellada, como un haz de plumas.

Precisamente en ese momento entró en el salón *Madame* de Cléda con un haz de plumas prendido en el cabello. Grandsailles se sobresaltó al verla y, como si despertase bruscamente de su ensoñación, comprendió que era ella la única persona a quien estaba esperando. Se adelantó con desacostumbrada vehemencia a recibirla, y la besó en la frente.

Madame de Cléda, con la piel tostada por el sol, tan escultural y tan adornada con collares de diamantes y cascadas de seda, personificaba de un modo tan tangible la vida parisiense, que su aparición fue como si una de las fuentes de la Plaza de la Concordia hubiese irrumpido en el salón.

La entrada de *Madame* de Cléda no fue exactamente como el conde habría deseado. Era inflexiblemente celoso del «tono» de su salón, y aun cuando aquel musitado desorden, en medio del cual cada uno intentaba hablar más alto que su vecino, le había intrigado por un momento, en aquel instante, ante la mirada un tanto sorprendida e irónica de *Madame* de Cléda, se le hizo repentinamente intolerable. El conde adoptó una sonrisa indulgente y algo amarga, como si con ella quisiera decir:

—Bueno, muchachos: ya nos hemos divertido bastante. Ahora, pongamos fin al juego…

Y abrasado por una contenida impaciencia, que arrojaba una sombra de preocupación sobre su rostro, Grandsailles ordenó discretamente que sirvieran la cena diez minutos antes de lo previsto, con lo que esperaba restablecer el curso fluido de las conversaciones ordenadas, y esperando que el ceremonioso descenso de la amplia escalera serviría para canalizar el impetuoso torrente de las polémicas en flor y lo convertiría en un tranquilo río de cortesías.

Sin embargo, la cena del conde solamente restableció el equilibrio dialéctico durante un tiempo brevísimo, pues casi inmediatamente volvió a elevarse a la superficie de todas las conversaciones el tema de los sangrientos acontecimientos del Seis de Febrero. En esta ocasión, los locutores comenzaron a deslizarse por la peligrosa pendiente que conduce de modo inapreciable desde la fase descriptiva de los primeros momentos a la fase ideológica que había de coronar de manera inevitable aquella comida; una comida que, si no era histórica, era por lo menos sintomática de aquel decisivo y crítico período de la historia de Francia.

Madame de Montlugon estaba sentada a la derecha del senador Daudier y a la izquierda de Villers, el comentarista político. La señora era miembro de la Croix de Feu porque el esposo de la querida de su amante era comunista. Iba vestida con un vestido de Chanel que tenía el escote muy bajo y bordado de rosas confeccionadas con tres capas de encaje negro y crema entre las cuales se escondían las grandes orugas de unas perlas.

El senador Daudier siempre estaba en contra de cualquier opinión política que se expusiese en su presencia, y defendía invariablemente a la persona criticada por quienquiera que

estuviese hablando con él; y en la parte final de su discurso destruía sistemática e intencionadamente todo cuanto había construido al principio, de modo que aun cuando daba la impresión de que poseía unas opiniones muy precisas sobre cualquier asunto, el resultado invariable de lo que decía significaba un retroceso. Pronunció un ditirámbico elogio del vestido de *Madame* de Montlugon, y concluyó, volviéndose hacia ella:

—El cuello de su vestido, señora, es completamente comestible, incluidas las rosas; pero para mi gusto habría sido preferible que las orugas fuesen presentadas en plato aparte, para que uno pudiera servirse lo que desease.

Con este motivo, Villers habló acerca de la última extravagancia parisiense: los sombreros comestibles que se exhibían en la exposición surrealista. Políticamente, Villers pertenecía al partido de los Conspiradores de Acacia, por la sencilla razón de que, siendo escritor, componía los discursos políticos de uno de los principales directores de este partido.

Villers habló servilmente a *Madame* de Montlugon en un intento por interesarla en sus trabajos seudofilosóficos sobre historia contemporánea. *Madame* de Montlugon, renunciando a seguirle en su frenética carrera de paradojas, exclamó finalmente:

—Pero, verdaderamente, no me es posible descubrir hacia qué parte se inclina usted.

—Ni a mí me es posible —replicó Villers con acento melancólico —. Ya sabe usted que soy, a mi modo, una especie de artista, y mi actitud es exactamente igual a la de Leonardo da Vinci, que dejó inacabada su famosa estatua ecuestre mientras esperaba a ver quién ganaba. Continúo trabajando en mi libro, y estoy haciendo de él un verdadero monumento; es grandioso, imponente, está terminado hasta en sus menores detalles…, pero no tiene cabeza. Dejo esta cuestión para el momento final, con el fin de poder ponerle la cabeza del conquistador.

Y como en aquel momento apareciera en la mesa una cabeza de ternera adornada de laurel, Villers añadió mientras señalaba con la punta del tenedor una hoja de laurel:

—Lo que en realidad importa más, como usted sabe, no es la cabeza, sino el laurel.

Monsieur Fauceret y *Monsieur* Ouvrard estaban desde el principio

de la comida sosteniendo un acre debate sobre los tumultos de París. Eran los adversarios políticos más antagónicos del momento porque, hallándose ambos en la misma situación, poseyendo un programa político idéntico y disfrutando de un punto de vista político igual, estaban obligados a conseguir obras maestras de interpretación para poder ofrecer a sus seguidores y partidarios la impresión de que se hallaban en constante y flagrante estado de desacuerdo, con el fin de adelantarse uno a otro en la frenética carrera de su ambición cotidiana e inmediata, que les oscurecía la visión y les impedía ver la meta todavía incierta del poder.

Simone Durny, quien durante varios momentos había estado devorando obstinada y furiosamente sus espárragos hasta el fin, masticando y remasticando los fibrosos residuos sin saber lo que estaba comiendo, se introdujo, al fin, histéricamente, en las conversaciones que se desarrollaban cerca de ella.

—¡No! ¡No, digo! ¡Querría mil veces mejor ver a una Francia comunista que a una Francia dominada por los *boches*!

Monsieur Fauceret la miró compasivamente durante un momento; y luego, clavándole una mirada en los ojos, dijo con acento de solemnidad, como si intentase recordar:

—*Madame*, ¿cómo se llama su hijo?

—Jean-Louis —respondió Simone con labios temblorosos por efecto de la ansiedad.

—Bien, señora —continuó Camille Fauceret suavemente—. Con observaciones como la que acaba de hacer, no conseguirá otra cosa que firmar ciegamente la condena a muerte de su hijo, Jean-Louis.

Madame Durny se quedó como si se hubiera congelado repentinamente, con el rostro totalmente inmovilizado, con los ojos llenos de lágrimas; acababa de atragantarse con la punta de un espárrago.

Béatrice de Brantés experimentaba una especie de ternura por el radical-socialismo porque sospechaba intuitivamente que en la suciedad de los pantalones, en la tiesura de los cuellos almidonados y en los desgreñados bigotes de sus cabecillas había hallado refugio el espíritu burlón, libertino y auténtico de Francia.

Estaba sentada a la derecha de *Monsieur* Edouard Cordier, que era radical-socialista, porque era masón, y a la izquierda del marqués de Royancourt, monárquico como su mismo nombre

indica.

Béatrice de Brantés, fresca y exuberante, estaba ligeramente apoyada en el bien almohadillado hombro de *Monsieur* Cordier, rindiendo homenaje a su afinidad política al contarle algunas historias resbaladizas; había tanta gracia en su dicción, que podía decir todo lo que se le antojase sin perder un ápice de elegancia; pero, contrariamente a todo lo acostumbrado, solía susurrar los pasajes inocentes de sus anécdotas y levantar la voz al llegar a la parte más desvergonzada, procedimiento por el que intentaba atraer la atención del marqués de Royancourt, quien, según ella creía, se hallaba excesivamente engolfado en la conversación general.

—Imagínese —dijo Béatrice a *Monsieur* Cordier— a *Madame* Deschelette, con su vestido de Schiaparelli y con ese monumental sombrero, subida sobre la capota de un taxi para poder ver mejor lo que sucedía, y golpeando con los pies, completamente sola, a la multitud, y derramando un torrente de insultos violentos sobre los manifestantes…

Y viendo que *Monsieur* Cordier escuchaba con gran atención, continuó:

—Naturalmente, esto podía durar solamente cierto tiempo —y bajó la voz—. Un grupo de Servidores del Rey la agarró de las piernas, la tiró al suelo, le levantó las faldas… —Y elevó la voz nuevamente— y la quemó con la punta de un cigarrillo en la parte más delicada y sensible de su organismo.

—¡El bautismo de fuego! —exclamó *Monsieur* Cordier apopléticamente y con ojos chispeantes.

—¡Oh, no! —contestó Béatrice con lentitud y fingiendo inocencia—. Parece ser que, por el contrario, el bautizado fue en realidad el cigarrillo.

—¿Eh? —preguntó *Monsieur* Cordier, perplejo momentáneamente.

Béatrice contestó entre dientes, casi silbando las palabras, con una expresión de pereza, de sorpresa y de infinita voluptuosidad:

—Sí. Pero no con agua… —Y como en aquel mismo momento alguien llenase su copa de champán helado, Béatrice añadió recalcando cada sílaba aún más—:…, ni tampoco exactamente con champán…

Y miró a *Monsieur* Cordier con un aire tal de malicia, que el

hombre se quedó atónito durante un buen rato.

—Sí. Y puedo asegurar que esta increíble historia es completamente cierta —dijo el marqués de Royancourt muy regocijado e intentando sacar a *Monsieur* Cordier de su momento de turbación.

—Ha sido la propia *Madame* Deschelette quien me lo ha contado. Imagínese usted que, después de estar acosada por la multitud por espacio de más de dos horas, la pobre mujer… En realidad la cosa no pudo ocurrir más oportunamente.

—Querido marqués —dijo Béatrice mientras colocaba delicadamente su manecita regordeta sobre el hombro del marqués —: He esperado en vano recibir el homenaje de su ingenio galo, puesto que se halla usted entregado a la política; por eso estoy derramando mis encantos sobre el pobre *Monsieur* Cordier.

—No los malgaste usted, querida —respondió con viveza el marqués—. *Monsieur* Cordier podría referir a usted historias que la obligarían a ruborizarse hasta las plumas del sombrero. Pero, para ello, tendrá usted que buscarle en su propio elemento… En lo que a mí se refiere, querida Béatrice, perdóneme que no le haga el amor; pero usted comprenderá seguramente que con los acontecimientos que se están produciendo…

Y cuando hubo dicho esto, aproximó uno de sus muslos, endurecido por la equitación, al de Béatrice de Brantés, que aceptó la atención con una risa encantadora.

El senador Daudier estaba creando cierta sensación entre las personas que se hallaban al extremo de la mesa al exponer una teoría de gran originalidad.

—Hitler quiere la guerra —dijo—; pero no para ganarla, como casi todo el mundo piensa, sino para perderla. Es un romántico y un masoquista integral, y, como en las óperas de Wagner, todo ha de concluir para él, el héroe, tan trágicamente como sea posible. En las profundidades de su conciencia, el fin a que Hitler aspira con todo su corazón es sentir que la bota del enemigo le machaca el rostro, en el cual se hallan grabadas inconfundiblemente las marcas del desastre… —Y Daudier concluyó con una expresión de preocupación—: Lo malo es que Hitler es muy honrado…, no engañará. Quiere perder, pero no quiere perder adrede. Insiste en jugar la partida hasta el fin, con arreglo a las normas establecidas, y

solamente se declarará vencido cuando realmente lo esté. Y por eso es por lo que vamos a tropezar con tantas dificultades.

El conde de Grandsailles tenía a su derecha a la duquesa de Saintonges, y a su izquierda a *Madame* Cécile Goudreau. Políticamente, la duquesa de Saintonges era ligeramente izquierdista, mientras que *Madame* Cécile Goudreau era definitivamente derechista. Respondiendo a las ideas izquierdistas de su compañera de la derecha, el conde solía exponer indulgentemente las ideas derechistas de su compañera de la izquierda, y contestando a las ideas derechistas de su compañera de la izquierda, el conde desarrollaba moderadamente las ideas izquierdistas de su compañera de la derecha. Todo esto era ejecutado con la cortesía oportunista del juego sutil del equilibrio que distinguía no solamente al conde y su actitud personal, sino también a las grandes potencias de la situación europea imperante en aquellos momentos.

Hacia el final de la comida, la efervescencia política se concentró en torno al conde, quien, resignándose a escuchar, se había hundido en el silencio. Con el ardor proselitista que es propio de los belicosos charlatanes sin convicciones, todos y cada uno expusieron sus propias soluciones, con las cuales todos y cada uno se hallaban en completo desacuerdo. Los Conspiradores de Acacia veían que la única esperanza de que Francia disfrutase de salud política se cifraba en la constitución de un bloque latino compuesto por España, Francia e Italia, que se opondría a Alemania e Inglaterra. Los que pertenecían al comité Francia-Alemania pedían que se hiciera un intento de crear una franca e irrestringida amistad con los alemanes; otros solicitaban que se formara una inmediata alianza militar con Rusia, para aislar a Inglaterra y deshacer la organización comunista del país. Todas estas tesis eran simultáneamente investigadas a la luz de las más sutiles interpretaciones legalísticas, con gran delicia de *Monsieur* Ouvrard, quien se introdujo en las discusiones y observó que:

—La situación política de Francia es verdaderamente grave, pero hay una cosa segura: a pesar del caos político que estamos padeciendo, nuestras nociones de la ley y el orden se están haciendo cada día más refinadas y especializadas. Sí, señores, en este aspecto continuamos dirigiendo e iluminando a las demás naciones, y es

imposible dejar de reconocer que el desarrollo de nuestras instituciones jurídicas constituye y representa la verdadera salud de nuestra nación.

—En resumen —dijo, en tanto que suspiraba, el duque de Saintonges, recordando las últimas y famosas palabras de Forain—; estamos muriendo, pero por lo menos tendremos el consuelo de morir curados.

Grandsailles sonrió con amargura y entornó los ojos, que se rodearon de una multitud de diminutas y casi invisibles arrugas. Recordó las hordas hitlerianas, el Congreso de Núremberg, celebrado durante su última estancia en Alemania, y a la luz de las frases que allí se pronunciaron y a la de las candelas que iluminaban su mesa y producían una atmósfera socrática llena de ingenio y de fanatismo, vio que surgía el espectro de la derrota de 1940.

Lo mismo que Sócrates, Francia estaba preparándose para la muerte por medio de rasgos de ingenio y de discusiones legales.

Grandsailles se llevó una última copa de champán a los labios y tragó el líquido estoicamente, como si fuera cicuta, mientras el fervor oratorio de sus invitados se manifestaba en la gran elocuencia biliosa de unos sarcasmos cada vez más vehementes. El café iba a servirse. Grandsailles hizo caso omiso de lo que se decía a su alrededor y, adormecido por la comida, encontró descanso en la contemplación de los millares de movimientos que la luz de las bujías, las gesticulaciones de sus huéspedes y las ceremoniosas idas y venidas de los criados comunicaban a la impasible imparcialidad de los cristales y de la vajilla de plata. Como si estuviera hipnotizado, el conde observó las imágenes liliputienses de sus invitados reflejadas en las concavidades y en las convexidades de los objetos de plata. Observó con fascinación las figuras y los rostros de sus amigos, de los cuales se hacían irreconocibles aún los más familiares, que adquirían, por virtud de sus fortuitas deformaciones y de sus metamorfosis, las más insospechadas relaciones y las más sorprendentes semejanzas con las desvencijadas personalidades de sus antecesores, implacablemente caricaturizadas en las polícromas imágenes que adornaban los fondos de los platos en que la comida acababa de ser servida…

Y de este modo, en uno de tales reflejos, hermanos volanderos

de la magia de la ocasión, se hacía posible ver, emergiendo de la silueta de Béatrice de Brantés, verticalmente envuelta en un vestido de Lelong, la figura encorsetada y estrangulada de María Antonieta, o la más grande de una comadreja acorralada que la reina escondía en las profundidades del destino de su cabeza real y cercenada. Y, del mismo modo, la nariz rectilínea del vizconde de Angerville, que aspiraba a un dandismo anglosajón, podía hincharse súbitamente y convertirse en la suculenta nariz, en forma de pera, de su abuelo, la cual, a su vez, se deshinchaba hasta parecer la de una marmota, cubierta de cabellos y tierra, perdida en el subsuelo infernal de sus atávicos orígenes.

Exactamente del mismo modo que en la famosa colección de caras monstruosas dibujadas por Leonardo, allí podía verse el rostro de cada uno de los invitados sorprendido en las feroces mallas de la anamorfosis, extendiéndose, retorciéndose, curvándose y alargándose con los labios transformados en hocicos, estirando las mandíbulas, con los cráneos comprimidos y las narices achatadas hasta resucitar los más remotos vestigios heráldicos y totémicos de su propia animalidad. Nadie podía escapar a aquella sutil y reveladora inquisición óptica que, por medio de la imperceptible tortura de su comprensión, podía prender actitudes de desprecio degradantes o inconfesables gestos en las fisonomías más dignas y más nobles. Como en un instantáneo relámpago demoníaco, se veían los dientes relampagueantes de un chacal en el rostro divino de un ángel, o el ojo estúpido de un chimpancé que brillaba salvajemente en el rostro sereno de un filósofo.

Cada reflejo era una revelación; pues aún mejor que en la bola de cristal de un adivino, podía descubrirse el origen incierto de un hijo en el reflejo, suavemente retorcido, de una fisonomía sobre el mango delicadamente curvado de un tenedor.

La congestionada epidermis de la cena ya terminada empurpuraba los candelabros. Cada candelabro era un árbol genealógico sanguinario; cada cuchillo, un espejo de la infidelidad; cada cuchara, un escudo de armas de infamia.

Un joven Sileno completamente desnudo, maravillosamente tallado en plata oxidada, sostenía una tosca rama de candelabros, y parecía dirigir su luz, como si solicitase atención por este medio, hacia las curvas en flor del pecho de Solange de Cléda, que el

descote dejaba al descubierto. Su piel era tan fina y tan blanca en aquel lugar, que Grandsailles, mientras la miraba, sumergió la cucharilla de postre en la suave superficie del queso de crema, tomó una pequeña cantidad para probarlo y chasqueó diestramente la ágil punta de la lengua. El sabor, ligeramente salado y acibarado, le forzó a evocar la feminidad animal de la ternera, que le llegó al corazón. Con una tenue y deliciosa angustia, continuó friccionando la inmaculada turgencia de su plato homérico, y cuando hubo terminado el queso, decidió que las ondulaciones familiares de su vajilla armonizaban tan bien con la palidez mate y oxidada de Solange, que el pensamiento de casarse con ella brotó en su imaginación por vez primera. Sucedió, también, que Solange sorprendió al conde desprevenido en aquel momento de su equívoca concupiscencia y también por primera vez, trazó para él una humilde y casi esclava inclinación, en tanto que el húmedo canal de sus labios se entreabría con una febril sonrisa imperceptiblemente teñida de dolor, expresiva de la casi sensorial emoción de un placer violentamente físico.

Grandsailles asió el tronco nudoso de un candelabro, que levantó sin esfuerzo a pesar de su gran peso, y lo aproximó a sí para encender un cigarrillo sin esperar la cerilla que su criado le ofrecía, con lo que indicó, por medio del enérgico e impaciente movimiento, que acababa de tomar una decisión importante.

Con la llegada del café, las conversaciones adquirieron un matiz de síntesis, pues el fervor de los invitados se había desvanecido en cierta medida, y todos consideraron un poco vergonzante el caos orgiástico de sus opiniones y se mostraban ansiosos de llegar a un punto de coincidencia que pudiera interpretarse como una conclusión. El duque de Saintonges, especialmente, había adoptado un tono insistente y superior, el cual, aun cuando pareciese revestir un carácter general, iba indiscutiblemente dirigido contra la indiferencia política desplegada por Grandsailles, quien semejaba retirarse más a cada momento hacia su concha a medida que la comida se aproximaba a su final.

—Querámoslo o no —exclamó Saintonges sin dirigirse directamente al conde, y casi con acento de impertinencia—, la historia contemporánea es tan densa y tan dramática, que cada uno de nosotros en su propia esfera de actividad, aún el más alejado,

aun sin saberlo, está relacionado con los acontecimientos, y cada uno de nosotros tiene una carta decisiva que jugar.

—¡Banco! —exclamó Grandsailles mientras abandonaba el candelabro sobre la mesa.

Un expectante silencio suspendió todas las conversaciones, y solamente se oyó el respetuoso ajetreo promovido por los imperturbables movimientos de los criados, los cuales realzaron la tensión con sus reprimidos y respetuosos sonidos. Sin dejar de mirar a Solange de Cléda, Grandsailles exhaló lentamente varias bocanadas de humo. Y habiéndose asegurado de que estaba bien encendido su cigarrillo, permaneció en silencio durante un instante; luego, con tono perfectamente natural, pero midiendo precisamente las palabras, añadió:

—Saintonges tiene razón. Y ha sido precisamente para anunciar a ustedes mi decisión por lo que he dado esta comida.

El momento se cargó de tanto dramatismo, que toda la atención de los presentes se concentró en torno a Grandsailles, acompañada de una especie de inquietud y de un acelerado latir de todos los corazones.

—Lo he estado pensando detenidamente por espacio de tres días —anunció al fin el conde—, y he decidido organizar un gran baile.

Un coro de entusiastas exclamaciones coronó este anuncio con una ráfaga de simpatía y de unanimidad, y en un instante, violando todas las reglas de la etiqueta, las mujeres se reunieron en un racimo junto al conde y lo asediaron con la gracia de sus halagos.

El duque de Saintonges, quien apenas había tenido tiempo para lamentar el incidente, cogió una mano del conde entre las suyas, efusivas y cordiales, sinceramente agradecido de que hubiera sabido deshacer una polémica que, a causa de su propia ineptitud, se había hecho casi peligrosamente personal.

Solange de Cléda se sobresaltó profundamente con esta escena. Pues, desde el mismo momento en que trazó su cortesía para el conde, éste no había apartado ni un solo instante su mirada de ella. Durante todo este tiempo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y con los ojos cerrados, Solange había fingido escuchar atentamente las confidencias de Dick
d’Angerville,
pero en realidad observaba furtivamente, a través del luminoso arco

iris que formaban las largas pestañas de sus semicerrados párpados, la parsimoniosa ascensión y los graciosos movimientos de las candelas que el conde de Grandsailles había escogido para encender el cigarro.

Desconocedora de la conversación que se había producido en torno al conde, Solange no pudo comprender lo que éste quiso decir cuando pronunció la palabra «¡Banco!». Esta palabra llegó hasta ella, a través del barullo de la conversación general, como una llamada suplicante dirigida a ella, después de lo cual la inesperada brusquedad de los ademanes del conde la obligó a temblar. Y sin mover la cabeza, Solange se limitó a abrir los ojos un poco más, y entonces vio claramente que el candelabro volvía a colocarse sobre el mantel y que una profusión de grandes gotas de cera se extendía a su pie.

Después de un silencio mortal, el sonido de la voz del conde pareció a Solange que poseía una infinita e inexplicablemente dulce languidez, sobre todo cuando había dicho: «Ha sido precisamente para anunciar a ustedes mi decisión por lo que he dado esta comida. Lo he estado pensando…».

Solange, que desde que la enigmática voz «¡Banco!» parecía experimentar la sensación de vivir un sueño estando despierta, se dio cuenta de lo ridículos que eran los mortales temores que la asaltaban: tenía miedo a que Grandsailles anunciase públicamente sus esponsales, cuestión que jamás había sido abordada por ellos. No obstante, a pesar de lo absurdo de su convicción, su corazón comenzó a latir tan tumultuosamente, que creyó que se vería imposibilitada de respirar. ¡Sí, sí, estaba segura! Grandsailles iba a hablar de ellos dos.

Pero, después, ¡cuán estúpido, infantil y delirante le pareció todo ello! Desconcertada, mortificada, acometida por una suerte de repentino y completo desencanto, se creyó por un instante incapaz de soportar el resto de la velada. Una cálida gota de sudor se formó en cada una de sus axilas y se deslizó lentamente a lo largo de sus desnudos costados; y aquellas dos gotas fueron negras porque cada una de ellas reflejó el negro terciopelo de los brazos del sillón en que Solange estaba sentada. Pero estaba tan sobrenaturalmente

hermosa, que se podría haber supuesto que las alas de la melancolía que se agitaban en torno a ella comenzaban a envolverla, transmutando y oscureciendo aquella magnetizadora y deseable secreción física de su angustiada carne en dos perlas negras de precioso luto.

Cuando todos comenzaron a ponerse en pie y a separarse de la mesa, el vizconde de Angerville, que se hallaba en pie tras Solange, esperando para retirar su silla, le puso una mano sobre el hombro y le murmuró al oído:

—*Bonjour, tristesse!*

Solange se estremeció, e intentó enderezarse. Pero se sintió aturdida y se vio obligada a sentarse nuevamente, durante un instante, sobre el negro terciopelo del brazo del sillón, el final del cual estaba ornamentado con el busto de una esfinge de bronce. Inclinó la cabeza para apoyarla en el pecho de Dick
d'Angerville,
y cerró los ojos. La cabeza de la esfinge le comunicó tanta frialdad a través del delgado tejido del vestido, que creyó que se había sentado sobre algo húmedo.

El «baile de Grandsailles» ¿iba a ser el baile de ella?

Abrió los ojos nuevamente, apretó un muslo contra otro y, saltando inesperadamente giró varias veces marcando un apasionado paso de vals. Y como
D'Angerville
permaneciera inmóvil, cual clavado donde se hallaba, y acusase solamente una débil sorpresa sobre su expresión de incurable hastío, Solange le dijo mientras daba una última vuelta:

—*Bonjour, tristesse…! Bonjour, tristesse!*

Y reprimió una sonrisa y corrió escaleras arriba hacia el salón.

Monsieur Édouard Cordier, que se placía tomando lentamente su copa de armagnac y que había sido testigo de la escena, se acercó al vizconde de Angerville.

—Nuestra época, querido vizconde, se nos va de entre las manos y escapa a nuestra comprensión… Pero estoy resignado a que así sea. Durante un instante, suponemos que nuestras damas van a morir, Dios sabe de qué, en nuestros brazos, y repentinamente reviven y se alejan danzando… Y lo mismo sucede en política. Exactamente hace unos momentos nos hallábamos a dos dedos de

una lucha y creímos que oíamos los primeros clarines de la guerra civil… Bien; todo quedó reducido al anuncio de un baile. En realidad, una de las nociones más profundamente arraigadas en el espíritu humano, el sentido de la derecha y de la izquierda, ha sido completamente perdido y revuelto por nuestros contemporáneos.

Bajó la vista con perpleja ansiedad hacia sus robustas manos, que tenían los dedos extendidos, y continuó…

—¿Sabemos actualmente cuál es nuestra derecha y cuál nuestra izquierda? ¡No, mi querido vizconde, no tenemos ni la más ligera idea!… Cuando yo era joven, todavía era posible formarse una opinión respecto a los grandes acontecimientos con arreglo a la ideología del partido político a que se perteneciese. Pero esto ya no es posible hoy. Se lee una noticia sensacional, vital, decisiva, en un periódico… y no hay manera de saber si es buena o mala hasta que los especialistas del propio partido político hayan meditado sobre ella para ofrecemos una decisión y una interpretación. De otro modo, correríamos el riesgo de ponernos en ridículo y de formar exactamente las mismas opiniones que los periódicos de nuestros peores enemigos políticos han de exponer al día siguiente.

El vizconde de Angerville que, mientras duraba esta perorata, dirigía gradualmente a *Monsieur* Cordier hacia la puerta y hacia el pie de las escaleras, dijo a modo de conclusión:

—En cualquier caso, si Grandsailles decide realizar la idea del baile, podremos bailar en él. ¿Podríamos hacer algo mejor mientras esperamos el desarrollo de los acontecimientos?

Los bailes de Grandsailles, desde el principio del período anterior de posguerra, habían constituido unos brillantes momentos en la historia de la vida parisiense, y aquella refinada sociedad que llenaba de nuevo los salones del conde percibía instintivamente que su papel como clase gobernante y directora ganaba más importancia y significado social por medio de su continuado mantenimiento del prestigio de la elegancia y del ingenio franceses que revolcándose en suicidios y en estériles chapuceos políticos. Y ésta fue la causa de que aquel reagrupamiento de fuerzas, aquel renacimiento de la conciencia de su papel histórico que los mejor calculados argumentos de la jerigonza ideológica no habían sido capaces de producir, fuesen logrados por Grandsailles con su grito de combate: «Un baile».

Y a través de esta sencilla palabra, que convirtió la esencia íntima de la frivolidad de su tradición común en una sola llama ardiente, el conde vio restablecida en tomo suyo esa indestructible unidad del «espíritu» nacional que había de ser la de todo el pueblo francés el día en que sonase la voz de alarma anunciando la guerra… Tan cierto era, según algunas de las teorías de Grandsailles, que las guerras son una cuestión de carácter antes que de ideología y que la repetición histórica de las grandes invasiones enmascara frecuentemente tan sólo las frivolidades geopolíticas de las naciones.

Después de aquella cena socrática, en cuyo curso nadie había intentado cerrar los ojos al destino de su patria, el proyecto del gran baile comenzó a verse iluminado en el salón del conde por todos los fuegos, las cruces ardientes, las cruces curvadas, las flores de lis, los martillos y las hoces que habían inundado de sangre la Plaza de la Concordia la noche anterior.

Grandsailles, que, contrariamente a sus costumbres, había comunicado su proyecto, largamente madurado y acariciado, del baile, bajo el acicate del momento, se sorprendió de su éxito y renunció inmediatamente a la idea de celebrar el *tête-a-tête* con Solange de Cléda que tan cuidadosamente había preparado con ayuda de su cuaderno de notas… El *tête-a-tête* que, también contra sus costumbres, había tenido la indolencia de preparar y que le habría comprometido a cometer unas ineptitudes psicológicas que jamás se habría podido perdonar.

Y, de acuerdo con este propósito, decidió explotar un medio completamente opuesto a la apasionada y atenta entrevista íntima que tan ansiosamente había estado esperando durante dos semanas; y este medio consistía en fingir indiferencia y descuido por la presencia de Solange durante todo el resto de la noche. Esta actitud de alejamiento, siguiente a las admirativas miradas que le había dedicado en los momentos finales de la cena, no podría dejar de crear una apetecible perplejidad en aquella mujer con quien él había tenido unos momentos antes la efímera idea de casarse.

La manera casi turbulenta como Solange se había conducido desde que abandonaron la mesa, daba a Grandsailles razones suplementarias para tratarla con acritud, como a una criatura excesivamente ruidosa e inexperta que, a causa de su encanto y de

su esplendor, ambos innegables, se hiciese indispensable para llenar las lagunas de la atmósfera decorativa de su salón, en el cual, si bien era cierto que jamás faltaban muestras sensacionales de la más rara y elegante feminidad, también era cierto que el prestigio del nacimiento, unido a la distinción, aún más rigurosa, de la inteligencia, constituía la nota dominante.

Espoleada hasta la audacia por su inminente triunfo en el «baile de Grandsailles», Solange de Cléda aceptó heroicamente el papel que el conde le adjudicaba; lo aceptó con malicia y encanto tan desconcertantes, que Grandsailles comprendió que sus malvadas intenciones habían sido descubiertas. En una especie de baile continuado, Solange fue pasando de un florero a otro mientras los invitados observaban con admiración cómo formaba adornos para su cabello, cada uno más cautivador que el precedente, con los brotes que arrancaba y después torcía y tiraba. Según su inspiración del momento, Solange acompañaba cada uno de sus improvisados efectos con la pantomima y el lenguaje interpretativo de las flores que representaba. Cada nueva parodia era acogida con una aclamación, y Grandsailles mismo, sobreponiéndose hipócritamente a su reserva, comenzó a fingir hallarse conmovido por la poesía bucólica de la comedia.

Solange reunió algunos largos tallos de hojas de hiedra triangulares y los colocó extendiéndolos sobre su cabeza, de modo que, cayendo por detrás de sus orejas, llegasen hasta el suelo. Luego, hizo dos agujeritos en dos hojas de hiedra que se puso ante los ojos, a manera de máscara. Todos aplaudieron esta nueva transformación, que habría podido prestar gracia al cuento de hadas más puro, y un nuevo silencio acogió con expectación la escena que Solange se disponía a representar sobre el tema de la hiedra.

Solange avanzó rítmicamente sobre las puntas de los pies y se inmovilizó, completamente estremecida, ante el conde de Grandsailles. Cayendo súbitamente a sus pies, rodeó delicadamente pero con firmeza las rodillas del conde con los brazos, y con voz suplicante y patética, en la cual apenas había un ligero matiz de ironía y que aguijoneó al conde, declamó débilmente:

—¡Debo adherirme… o morir!

No volvió a hablarse del baile. Bérard, el pintor, que tenía la barba recortada a la Courbet, estaba sentado en el suelo con ambos

codos apoyados en las rodillas de la duquesa de Saintonges, y hacía que todos los presentes admirasen a Solange, quien había corrido hasta el final del salón, donde Dick
d'Angerville
la ayudó a quitarse los adornos de hojas y a colocarlos sobre una gran mesa de malaquita en que yacían esparcidas las flores que había utilizado para sus representaciones.

Solange fue inmediatamente rodeada de invitados, y en el salón sólo hubo desde aquel momento dos grupos: el que se reunía en tomo al conde de Grandsailles y aquél en que reinaba *Madame* de Cléda. Muy pronto se elevaron unos coros de exclamaciones de sorpresa y de delicia entre los admiradores de la última. Solange acababa de inventar un nuevo juego. Con los tres diamantes de su pendiente, que estaban montados en el extremo de un vástago tembloroso, había compuesto una flor de sorprendente efecto, para lo cual arrancó los pistilos de un lirio de color malva y los sustituyó con los tres diamantes. Todas las mujeres se despojaron en el acto de sus joyas, con lo que sembraron sobre la mesa un nuevo desorden de piedras preciosas que con sus intactos fuegos parecieron despertar y avivar los amortiguados y desvanecidos fuegos de las flores.

—*Messieurs, Mesdames, faites vos jeux* —dijo Dick
d'Angerville
con voz insistente y cortés.

—¡El verde gana! —exclamó Béatrice de Brantés, que había colocado una pequeña tortuga de esmeraldas sobre la hoja, más oscura, de una gardenia; el efecto era tan armónico, que produjo la impresión de que los dos objetos habían sido creados el uno para el otro.

Las mujeres comenzaron a rivalizar unas con otras en la tarea de realizar las más ingeniosas e inesperadas yuxtaposiciones que pudieran surgir del caos. Se produjo un animado aletear de manos que ensayaron ávidamente diversas combinaciones; su frenética emulación se hizo tan violenta, que pareció como si se estuviese librando una batalla de burla al intentar cada una de ellas asir la misma flor, la misma joya, la misma hoja, la misma idea. Pero el juego terminó pronto, tan bruscamente como había comenzado, como si todos se hubieran cansado de practicarlo. Para terminar,

Solange se puso sobre el pecho una rosa amarilla en la cual había prendido, un poco fuera del centro, una gruesa abeja de rubíes y diamantes.

El inesperado efecto de esta combinación fue que la rosa pareció artificial, en tanto que la abeja pareció viva y real, a pesar de las piedras. Solange fue nuevamente aclamada.

Pero el centro de gravedad del salón se había desplazado hacia otro lugar. Todos abandonaron un poco avergonzadamente el juego pueril (que, sin embargo, había de ser incorporado al día siguiente a los juegos de la moda del París elegante), y el interés se concentró nuevamente en los incidentes de la Plaza de la Concordia y en el próximo baile.

—¡La lista! —exclamó Bérard, el pintor—. ¡Hagamos la lista!

Y agitó el papel que había ido a buscar a la mesa de Grandsailles.

Solange, sentándose humildemente a los pies del conde, dijo:

—¡Qué momento más excitante!… ¡El momento de comenzar la primera lista del baile de Grandsailles!

Y con esta insinuación esperaba obtener el perdón del conde por el triunfo que había obtenido unos momentos antes.

—Pero, querida —dijo él mientras acariciaba paternalmente el cabello de Solange—, usted sabe perfectamente que no son los invitados lo que tiene importancia en tales ocasiones. —Y añadió, con el aire de la persona que repite una cosa que ha sido dicha anteriormente millares y millares de veces—: Los bailes se organizan para aquellas personas a las que no se invita.

—¿Qué diversión puede haber en la organización de un baile con tal espíritu? —exclamó Solange con disgusto.

—Es claro que no resultará divertida —replicó acremente Grandsailles; y añadió con indulgencia—: Usted lo sabe, querida; hoy en día ya no vamos a los bailes por diversión…

¡Oh, sí, Solange lo sabía! ¡Grandsailles jamás hacía nada por diversión!

Solange no durmió en toda la noche, no bajó para comer y Prince le llevó el desayuno a la cama y le anunció al mismo tiempo que el té sería servido a los invitados en la habitación del conde

antes de su marcha. Dick
d'Angerville
había de llevarla a París en su automóvil a última hora de la tarde.

Madame de Cléda, quien era víctima de una especie de temor infantil que le hacía creer que sus frecuentes ataques de insomnio estaban minando su salud hasta el punto de poner en peligro su vida, se animó, por medio de un esfuerzo de voluntad casi sobrehumano, a tomar un poco de alimento, después de lo cual se sumergió en una especie de adormilamiento angustioso, durante el cual consiguió transformar el cambiante curso de sus ensueños en voluptuosas sensaciones.

Hacia las cuatro de la tarde, Solange tuvo que prepararse para bajar a tomar el té. Se sentía débil, con un peso opresivo sobre el pecho. Un vago deseo de vomitar la obligó a vestirse lentamente, y se detuvo de vez en cuando y permaneció inmóvil para escuchar los latidos de su corazón. La falta de sueño se mostraba en torno a las órbitas de sus irritados ojos; se encontraba desanimada, temerosa del momento en que habría de presentarse, en esta desventajosa situación, ante el conde de Grandsailles, y conocedora de que en lo sucesivo le sería difícil igualar la imagen que de sí misma había ofrecido en su creación de la noche precedente, que era el resultado de tres semanas de cuidadosa preparación, de una estudiada, especial, diaria, ininterrumpida y exclusiva atención desesperadamente heroica. Al fin, haciendo frente al temido momento, se colocó ante el espejo, se miró en él y quedó complacida al ver su aspecto. Nunca, creyó, se había mostrado tan seductora. El asomo de cansancio que había en sus ojos servía solamente para realzar la consumidora y ardiente expresión de su mirada. Su boca estaba tan blanca y las comisuras de sus labios se destacaban tan débilmente del color aceitunado de la palidez de su rostro, que su sonrisa parecía solamente una línea, sinuosa y cálidamente sombreada, que marcaba la unión de los casi translúcidos labios y les daba, ya el aspecto de una de esas esculturas espectrales e inmateriales de alabastro, ya el carnal y equívoco de los dibujados por medio de una línea misteriosa por el ambiguo lápiz carbón de Leonardo.

Madame de Cléda se inclinó melancólicamente hasta tocar el espejo con la frente. Sonrió para sí misma a tan corta distancia del

cristal, que el aliento borró su propia imagen, y fue entonces como si durante el tiempo que había permanecido inmóvil, la inmaterialidad de su reflejo hubiera sido transferida a su cuerpo, para recobrar nuevamente la vida y despertar en ella los movimientos con una expresión de ansiosa y determinada energía.

Le era imposible parecer la mujer que había sido en la noche precedente, pero acaso le sería posible presentarse del modo más opuesto a aquél, destacar los tesoros infinitos de ternura que había en su lividez y obtener el mejor partido de su palidez.

Solange se arregló el cabello con maniático cuidado y perfección, mas no se aplicó ningún colorete al rostro, e inmediatamente decidió ponerse un vestido que fuese al mismo tiempo provocativo y severo, que destacase agudamente la tensión espiritual de su expresión. Se puso una blusa de seda blanca sobre el desnudo torso, una blusa muy densa y brillante, abierta por delante hasta el centro del estómago.

El pecho de Solange era muy pequeño, casi como el de una adolescente, y tan prieto, que los pliegues macizos de la seda se deslizaron sobre él con los vividos movimientos de una anguila que fuese aprisionada entre dos piedras brillantes en un pantano salado, y del cual el agua, devorada por el sol, se hubiera evaporado. Cada uno de sus movimientos, característicamente bruscos e imprevisibles, tenía una tendencia a descubrir la rotundidad compacta y ofuscadora de los pechos y producía un efecto de inocente impudicia muy propio del orgullo espartano de una antigua amazona.

A esta escasa y poco ceremoniosa vestimenta de la parte superior de su cuerpo, Solange añadió el centelleo de varias sartas de esmeraldas sin pulir y de rubíes cuya dureza fría, suave y cambiante ofreció la impresión de que la turgencia y febril dureza de su carne estuviese un poco más vestida. Luego, se apretó la cintura violentamente, hasta hacerse daño, con un ancho cinturón de cuero duro.

Sonó una llamada a la puerta.

—¿Está usted dispuesta? —preguntó Dick d'Angerville.

—Sí —respondió Solange.

Y le indicó que entrase. Solange estaba en pie, en el centro de la

habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si tuviese frío.

D'Angerville

le agarró ambas manos, le abrió los brazos y la dejó con ellos extendidos.

—Es arrebatador; y, sobre todo, inteligente…

—¿El qué? —preguntó Solange fingiendo no comprender.

—Todo —respondió él—. Su vestido, la preconcebida ausencia de adobos… El efecto que todo esto produce, le hace a uno pensar en…

—¿En qué? —preguntó ávidamente Solange.

—En el amor —dijo Dick.

—¡Idiota! —exclamó indulgentemente Solange—. Iba usted a decir algo mucho más importante.

—Sí, tiene usted razón —replicó apasionadamente

D'Angerville.

Y añadió unas palabras murmuradas en voz baja y casi ininteligibles. Luego terminó—: Tiene usted rojos los ojos.

—¡Váyase! —dijo Solange con presurosa firmeza—. Le iré a buscar a la habitación del conde. Tardaré sólo un momento.

Y le presentó las palmas de ambas manos para que las besase.

Solange cerró la puerta y corrió al cuarto de baño, abrió el grifo del agua caliente, empapó un trapo en ella y lo oprimió por espacio de varios minutos contra sus párpados. Tenía los ojos rojos… Muy bien: ¡iba a tenerlos todavía más rojos! Los ojos rojos pueden ser seductores también, pues «quien disimula sus penas, crece en encanto».

Solange de Cléda hizo su entrada bruscamente en la habitación del conde, cuando éste estaba sentado junto a Dick

d'Angerville

y Maxtre Girardin ante la mesa que para el té se había instalado en el centro de la estancia. Los tres interrumpieron en el acto su conversación, y Grandsailles, que siempre necesitaba cierto tiempo para ponerse en pie, no se había levantado todavía del asiento cuando Solange estuvo a su lado, le presentaba una mejilla para que la besase y se sentaba en el brazo del sillón. Grandsailles se retiró hacia el respaldo con el fin de dejar más sitio a la mujer, y mientras procuraba adaptarse a la nueva situación, pasó un brazo

familiarmente sobre la cintura de Solange, que notó el descenso de la mano del conde por su columna hasta aferrarse al cinturón de piel, posándose ahí para evaluar la esbeltez de su cintura antes de detenerse un buen momento en el prominente hueso pélvico, que contuvo con la copa de su mano con un movimiento tan natural como si estuviera sosteniendo un objeto. Los dedos del conde lo acariciaban suavemente, hasta descubrir una costura de la falda que quedaba justo por encima de aquella protuberancia. La palpó con las yemas de los dedos y se sirvió de ella a modo de raíl para guiar los movimientos de aquella mano que se hallaba suspendida en la cadera, que reseguía su contorno sin apenas tocarla.

A pesar de la fingida seguridad de todos sus movimientos, rayana en la indiferencia, Solange advirtió inmediatamente, por un atisbo imponderable de extraña torpeza, que la mano de Grandsailles estaba excitada. Solange había alcanzado el primer efecto que se había propuesto: la intimidación. Y estaba dispuesta a conservar esta ventaja, sabedora de que era uno de los medios más seguros de aumentar su influencia sobre el altivo conde. Grandsailles se hallaba, indudablemente, anonadado por la desconcertante aparición de Solange, aun cuando no había tenido tiempo para analizar con exactitud en qué consistía el cambio de aspecto de la mujer.

Solange estaba demasiado próxima a él para que pudiera examinarla sosegadamente, y esta circunstancia aumentaba la confusión de los sentimientos del conde. Le pareció recibir la impresión de hallarse repentinamente oprimiendo entre sus brazos el cuerpo de un nuevo ser que, a las seducciones de una insatisfecha intimidad, constantemente incrementada por el juego de actitudes y reticencias estudiadas, añadiese inesperadamente las de otra persona, completamente desconocida y deseable, vista solamente durante un segundo a la luz fugitiva de un relámpago.

Solange, guiada por el instinto femenino de su pasión, tenía verdaderamente el don casi milagroso de las metamorfosis. Pues ¿quién podría haber creído que aquélla fuese no solamente la misma persona que había sido durante la noche anterior, sino que, además, la misma *Madame* de Cléda que había irrumpido en la habitación del conde con tan altiva, premeditada e intrépida libertad de conducta fuese la misma Solange que, unos momentos

antes, se había encogido en la soledad de su estancia, llena de angustias, asaltada por pueriles temores y aniquilada por los vértigos de la duda?

—Parece divertirse poniendo a prueba la solidez de mi osamenta, estimado Hervé —dijo *Madame* de Cléda, deteniendo la mano de él—. Pero de entre todos mis huesos, prefiero los de la rodilla. —Y conforme hablaba, condujo la mano de Grandsailles hasta ellos y dejó que le tocara las rodillas, algo frías, tersas y de un tono azulado, como el de las piedras del río bajo el efecto de la pálida luz de la noche.

Luego, dirigiéndose a Dick
d'Angerville,
dijo con una especie de impaciencia teatral:

—Tengo que hallarme en París antes de mañana a las seis. Me lo ha prometido usted; de modo que no debemos salir demasiado tarde. He de asistir a una comida terriblemente importante.

—¿Una comida muy aburrida? —preguntó Grandsailles.

—No; una comida encantadora —replicó Solange interrumpiéndole con una lacónica inflexión de voz que revelaba su firme intención de no ofrecer más detalles sobre aquel tema.

Se produjo un corto silencio y luego, *Madame* de Cléda, cambiando de tono y en tanto que se servía el té, continuó:

—Y ¿cuáles son las malas noticias que Maitre Girardin trae hoy? ¿Continúa Rochefort pidiendo medio millón por la restauración del Moulin des Sources?

—¡Muchísimo peores que todo eso, querida señora! —contestó el notario después de haberse asegurado por medio de una mirada de que Grandsailles aprobaría que se sacase a luz aquel tema—: ¡Vea usted! —continuó—: Esa débil criatura, Rochefort, cediendo a la presión de una incalificable intriga de nuestros enemigos políticos, acaba de firmar un testamento cuyas cláusulas han sido redactadas con la finalidad de impedir que las tierras agregadas al Moulin des Sources puedan jamás ser incorporadas nuevamente a los antiguos dominios de los Grandsailles.

—¡Es verdaderamente increíble! —agregó Dick
d'Angerville
sin poder contener la indignación—. Y ¿sabe usted cuáles son las razones políticas de todo esto? Sencillamente: que el conde de

Grandsailles, a causa de su espíritu eminentemente antinacional, es indigno de volver a comprar sus primitivas posesiones.

—¿Existe alguien en el mundo que sea más auténticamente francés que el conde? —preguntó Solange mientras se encogía nerviosamente de hombros para fingir que ignoraba cuál podría ser la finalidad de tales manejos.

—¡Claro que sí, naturalmente! —replicó Girardin.

—¿Quién? —preguntó Solange.

—Los rusos —dijo el notario con desolada expresión.

D'Angerville

acogió esta declaración con una sonrisa borrosa—. Debe usted comprender, querida *Madame* de Cléda —continuó Girardin—, que el conde ha dedicado toda su vida a la realización de un único proyecto: conservar la llanura de la Creux de Libreux para evitar a toda costa la demoníaca pesadilla que seguiría al despertar de la industrialización de esta región eminentemente agrícola, favorecida desde la antigüedad por la fertilidad de los dioses. Pero nuestros partidos de izquierda, inspirados por Moscú, piensan de un modo diferente. Prefieren la bien pagada ignominia del aburguesamiento de un minero a la noble austeridad y al bienestar de nuestros campesinos. En realidad, todos esos progresistas que claman por las minas no tienen ni siquiera el pretexto de la guerra en su favor, puesto que son los mismísimos que votan sistemáticamente contra todos los proyectos de armamento.

Se produjo un nuevo silencio que ninguno de los presentes intentó romper, ya que todos se hallaban abstraídos en el examen de los problemas suscitados por las palabras del notario.

Grandsailles estaba, efectivamente, atormentado por el temor de que algún día sus virgilianas llanuras pudieran ser invadidas por los progresos fatales de la industrialización. Esto no podría haber ocurrido jamás cuando él era propietario de casi todas aquellas tierras; pero en la actualidad estaba incapacitado para impedir que alguien llegase para comenzar a explotar la riqueza mineral de unos territorios que ya no le pertenecían.

—Sin duda, al fin tendremos que resignarnos —dijo Grandsailles con un suspiro— y reconocer nuestro papel histórico como enemigos del progreso, puesto que ciertamente es ir contra el progreso de nuestra época el intentar a toda costa evitar que esta

región, que inspiró a Poussin sus más hermosos paisajes, sea transformada ante nuestros propios ojos por la ignominiosa y degradante fealdad, manchada de hollín, de un panorama envilecido por la chatarra mecánica de los edificios industriales. El día en que esto suceda, consideraré deshonrado a mi país. —E, incapaz de permanecer sentado, Grandsailles pronunció estas palabras con indignación y se puso en pie.

Dick
d'Angerville
le tomó de un brazo y lo condujo hacia el bufete, donde le dijo en tono tranquilizador, firme y confidencial:

—Mi querido conde: le ruego que tenga confianza en mis palabras. Prometo emplear toda mi influencia con los ingleses para impedirlo… Nada puede hacerse sin el capital inglés y, además, la proverbial apatía y la falta de iniciativas de nuestro Gobierno serán extremadamente valiosas para nosotros en esta cuestión…

Maître Girardin, que consideraba con pesimismo que la industrialización de la llanura constituía una desgracia irremediable solamente aplazable, pero no evitable, aproximó la silla a *Madame* de Cléda, que había permanecido sola recostada en el respaldar del sillón y tomando pequeños sorbos de té.

—Querida señora —dijo el notario—: Somos impotentes para evitarlo, y lamento mucho que este desagradable tema haya sido traído a colación por culpa mía y que haya turbado la encantadora intimidad de esta reunión. Nosotros, los notarios, deberíamos mantenernos alejados de estos momentos tan deliciosos y presentarnos solamente a la hora histórica, las diez de la mañana, para anunciar la ruina o la fortuna.

Y como *Madame* de Cléda no respondiese, el notario se creyó obligado a justificar la momentánea deserción del conde. Éste se hallaba profundamente envuelto en una conversación con
D'Angerville;
los dos hombres hablaban excitadamente en voz baja.

—Conozco el apego del conde por la llanura de Libreux desde su infancia —intentó explicar el notario—. Pero, créame usted, señora, jamás habría supuesto que la noticia que me he visto obligado a traerle hoy, la categórica negativa de Rochefort, pudiera afectarle tan profundamente. Muy pocas personas podrán jactarse de conocer

el corazón del conde tan bien como su humilde servidor. Hay personas que creen que es ambicioso y que desea ardientemente el estallido de la guerra que podría restituirle su poder político, pero realmente, la única ambición del conde es conservar este legado de Libreux y poder replantar algún día el cuadrado de trescientos metros de alcornoques que Rochefort taló al hacerse la división…

—En ese caso —dijo Solange en tono de reproche ligeramente sarcástico—, ¿supone usted que unos pocos centenares de alcornoques serían suficientes para colmar la ambición del más hermoso y más brillante de los Grandsailles?

El notario inclinó la cabeza con respetuosa dignidad y replicó lacónicamente:

—Sí, señora: uno solo sería suficiente. —Y tomando en las manos el azucarero que se hallaba sobre la mesa, mostró a la señora el escudo de armas que estaba grabado en relieve en su superficie —. Vea usted: ¡tres raíces bastan!

Y señaló las tres raíces del solitario alcornoque, el único símbolo ante un campo flordelisado.

—No puedo remediarlo: sigue pareciéndome un poco árido — observó Solange—. Me gusta que los escudos nobiliarios estén regados de garras, ríos, llamas, estrellas y hasta dragones; y observe, querido Maitre Girardin, qué moderación y qué buen gusto demuestro al no pedir ángeles y corazones además.

Maitre Girardin, conmovido por el tono amistoso de *Madame* de Cléda, se quitó servicialmente los lentes y se los entregó a la dama con el fin de que, poniéndolos ante el azucarero, pudiera utilizarlos como lupa. Entonces, Solange pudo leer fácilmente el lema heráldico inscrito en una banda dispuesta a través de las ramas superiores del alcornoque:

JE SUIS LA DAME

Solange miró entonces más atentamente la imagen en su conjunto y sorprendió en ella un significado antropomórfico. Había descubierto que del centro del follaje emergían el rostro de una mujercita y un torso desnudo que formaba parte del tronco del árbol, que se había despojado de su corteza, en tanto que el vestido de corcho cubría púdicamente el resto de su figura a partir del

ombligo, con sus tres raíces clavadas en el suelo.

Del mismo modo, en la parte superior del árbol-mujer los hombros desnudos desaparecían a su vez y se perdían en las rugosas superficies de la corteza, se transformaban en ramas empenachadas que, a pesar de la confusión de sus entrelazamientos, conservaban un carácter inequívocamente humano en los brazos abiertos y suplicantes.

El viejo criado, Prince, entró silenciosamente en la estancia y anunció a Grandsailles que el alcalde de Libreux deseaba hablar con el vizconde
D'Angerville.
Este último, decidiendo detenerse en el despacho del alcalde durante unos momentos, prometió a Solange que volvería a recogerla con tiempo suficiente para que pudieran emprender la marcha a las seis y media; Maitre Girardin aprovechó la ocasión que se le ofrecía para retirarse. En tanto que Grandsailles acompañaba a
D'Angerville,
así como a Maitre Girardin, hasta la puerta, Solange, después de haber colocado nuevamente el azucarero sobre la mesa, fue a sentarse sobre un pequeño taburete que había en un rincón del gran balcón. En el mismo momento en que Prince entró para hacer el anuncio, Solange había mirado el reloj de la chimenea furtivamente. Inesperadamente, iba a sostener con el conde una entrevista a solas de tres cuartos de hora de duración, y no quería por nada de este mundo que la conversación tuviera lugar en el frígido y excesivamente ceremonioso centro de la habitación.

Con los ojos fijos en la llanura, Solange se encogió, se acurrucó y apoyó la barbilla en las rodillas tan violentamente, que llegó a hacerse daño. Oyó los pasos desiguales de Grandsailles, que se aproximaban lentamente, y luego sintió el contacto de sus labios al besarla en la cabeza y el de sus manos al introducirse bajo los brazos de ella en un intento por levantarla.

—No está usted cómoda aquí —dijo Grandsailles—. Venga a estirarse en mi lecho.

Solange inclinó hacia atrás la cabeza para ofrecerle la plenitud de su rostro y preguntó:

—¿Tengo mucho aspecto de estar muriendo?

—No: está usted hermosa, divinamente hermosa, pero parece

estar cansada, muy cansada.

Y con estas palabras, Grandsailles pasó un brazo bajo las piernas de Solange, la levanto fácilmente hasta la altura de su pecho y la llevó de este modo hasta la cama, donde la instaló suavemente, cuidadoso de que su cabecita descansase exactamente en el centro de una almohada pequeña y delgada, cubierta de seda de un color gris acerado.

Grandsailles fue a continuación en busca de la mesa y la colocó junto al lecho. Solange estiró perezosamente ambas piernas, y los huesos de sus rodillas crujieron uno tras otro exactamente del mismo modo y en el mismo momento en que los tocones, que Prince había arrojado al fuego unos momentos antes para reanimarlo, comenzaban a arder y chasquear en la chimenea.

—¡Está usted completamente agotada! —dijo el conde mientras acercaba la mesa—. ¡Tuvo que hacer unos esfuerzos muy dolorosos anoche para encandilarme!

—¿Por qué lo supone usted? —preguntó Solange sin poner mucho énfasis en la pregunta.

—¿Cómo podría ser de otro modo —contestó el conde con acento de diversión—, si hace escasamente unos momentos ha intentado usted hacerme creer, delante de Angerville, que tenía una invitación para una comida, lo que no es en modo alguno cierto y se lo ha inventado exclusivamente con el fin de excitar la flaqueza de mi curiosidad? Mas, desgraciadamente para mí y a pesar de mí mismo, he visto tantas cosas parecidas, que es imposible que me sienta engañado en cuanto a la existencia de una comida real o imaginaria. En mi propio mundo, soy como uno de esos aldeanos que, en el suyo, solamente cogiendo un huevo con la mano pueden decir exactamente si de él saldrá un polluelo o no.

Solange no contestó. Era tan feliz al sentir su propio cuerpo, que constantemente se dolía del papel sobrehumano que desempeñaba; estaba descansando tan dulcemente en el lecho del ser al que adoraba, que las inoportunas provocaciones del conde resbalaban sobre su corazón sin dejar en él ni siquiera la más insignificante huella de encono. Grandsailles podría haberla ofendido en aquel momento, y ella no se habría inquietado absolutamente nada por ello.

En el deleite de su abandono, Solange cerró los ojos y continuó

percibiendo la presencia del conde, que estaba inmóvil a los pies del lecho, ante ella, mirándola con ojos escrutadores y que, sin embargo, parecía no verla.

—¿En qué estamos pensando? —preguntó Solange en voz baja y soñadora—. Yo pienso en nosotros dos, puesto que habría sido hermoso el intento de creer en nuestro deseo. Usted, en cambio, está pensando en su bosque.

—Es cierto —contestó Grandsailles—. He estado pensando en mi bosque. Y ¿por qué no hemos de probar los dos a descubrir, con toda sinceridad, lo que es natural en nosotros? Después de todo, es verdaderamente estúpido que intentemos a toda costa convencernos, por medio de un irritante esfuerzo de nuestras imaginaciones, de que hemos sido devorados por una pasión mutua a lo largo de los cinco años que nuestro coqueteo ha durado. Si lo hubiéramos deseado, aun cuando solamente hubiera sido algo tan insignificante como esto, podríamos haber hallado un centenar de ocasiones en que hacer el amor y deshacerlo. Hasta habríamos tenido tiempo para seguir el consejo de
D'Annunzio,
cuando dijo —y Grandsailles recitó en tono sonoro y un poco burlón—: «Cada uno de nosotros debe asesinar cinco veces a su amor con sus propias manos para que ese amor renazca cinco veces, con más violencia en cada una de las cinco».

Solange, herida en lo vivo por la mofa de él, creyó hallarse a punto de morir; y Grandsailles continuó en un tono amistoso y de hipócrita dulzura:

—Y, dicho sea de pasada, desearía hacer una pequeña advertencia a *Madame* de Cléda: ha llegado a un nivel de belleza tan refinada, de elegancia y de distinción, que resulta extremadamente lamentable que continúe, con una desvergüenza pueril y romántica, intentando crear en tomo a sí misma una atmósfera pueril y poética que solamente sirve para delatar con excesiva claridad su origen burgués.

—Es exactamente el mismo caso del conde de Grandsailles —replicó Solange imitando el tono de voz de él—: la senil desvergüenza con que hace alarde de su prosaica mediocridad delata con excesiva facilidad a un simple caballero rural.

Y subrayó estas dos últimas palabras con una expresión

apasionada de ironía.

Grandsailles se volvió de espaldas a ella y cojeando un poco ridículamente se aproximó a la puerta del balcón, que abrió por medio de un movimiento lleno de violencia, como si el aire de la estancia le estuviese asfixiando.

—¡Caballero rural! ¡Es cierto! —gritó Grandsailles—. ¡Compréndalo! —añadió mientras señalaba con un dedo el boquete abierto en el bosque de alcornoques—. ¡Esos pocos árboles que faltan allá, tienen mucha más importancia para mí que la vida de usted! Por causas como ésas nacen las guerras. La sonrisa de nuestros padres muertos se desvanece de la memoria con el paso de los años, pero no es posible olvidar jamás un pedazo de tierra arrancada a nuestras posesiones, o un árbol desarraigado. Es posible olvidar también cinco años de estúpido y exhibicionista coqueteo…, ¡pero la sencilla huella de una rapiña en el corazón de nuestras propiedades… no! Eso no se olvida jamás.

Todo esto lo dijo Grandsailles con la espalda vuelta a la habitación, de frente al paisaje, mientras intentaba arrancar el musgo que había brotado entre la juntura de dos piedras de la balaustrada. Finalmente, el musgo cedió y arrastró consigo un trozo del cemento que llenaba las fisuras de la piedra. Cogiéndolo con la mano, Grandsailles lo arrojó con fuerza en dirección al bosque.

Repentinamente, Solange dio rienda suelta a un estallido teatral de risa que se interrumpió con la misma brusquedad cuando Grandsailles se volvió y se aproximó al lecho con el rostro asolado por la emoción, y tan lleno de expresiones amenazadoras que Solange se asustó. Jamás habría podido creer que el conde fuese capaz de abrigar un rencor tan apasionado. Pero era demasiado tarde para cambiar de actitud, y la expresión de Solange se fijó en una despectiva sonrisa que Grandsailles no pudo soportar ni un solo momento más, por lo que decidió borrarla por la fuerza. Bajó las manos hacia ella, le enterró el rostro en la almohada y apretó con todas sus fuerzas.

Solange permaneció inmóvil, con los ojos dilatados como los de un animal acorralado.

—¡No quiero volver a ver esa sonrisa en su rostro! —Gruñó Grandsailles—. ¡Idiota! ¿Qué sabe usted acerca de mi mundo?

Y mientras hablaba y apretaba, a cada momento un poco más

convulsivamente, su dedo meñique se introdujo involuntariamente en la húmeda abertura de la boca de Solange y el gran anillo de oro golpeó duramente contra las encías de la mujer, que comenzaron a sangrar en el acto. Recobrando súbitamente el dominio de sí mismo, el conde cayó arrodillado, con la conciencia atormentada, al pie del lecho y pidió perdón.

Solange se puso en pie, para lo que tuvo que apoyarse momentáneamente en el hombro del conde y, a su vez, se dirigió al balcón; pero, en lugar de salir al exterior, se quedó en un rincón, protegida por la sombra oscura de la gruesa cortina. Inmediatamente, sus hombros, levantándose y bajando a causa de la atropellada respiración, comenzaron a verse agitados por unos sollozos convulsivos.

Entonces, Grandsailles se aproximó a ella, se inclinó y tomando entre las manos el rostro de Solange con infinita dulzura, la besó en la boca. Era la primera vez que la besaba de aquel modo, y lo hacía solamente con el fin de obtener el perdón, pensó Solange. Y cesó de llorar.

—¡Olvídelo todo, querido! —dijo ella—. He sido demasiado feliz hace un momento, en el lecho de usted… No quiero seguir jugando ni un solo momento más… Le quiero locamente lo mismo si le agrada a usted como si le disgusta.

En aquel momento, oyeron los pasos de Maitre Girardin, quien acompañaba a Dick
d’Angerville,
que venía en busca de Solange. Solange se retiró hacia el espejo que había sobre la chimenea y fingiendo arreglarse el cabello, se limpió la sangre que le manchaba la mejilla, en tanto que Grandsailles hablaba con
D’Angerville
y el notario acerca de la visita que éstos habían hecho al alcalde.

Cuando Solange estuvo dispuesta, el conde los acompañó hasta la puerta de la habitación, donde se despidió de ellos. En el patio, Prince ayudó a
D’Angerville,
que tenía una obsesión por la colocación e insistía en cargar él mismo el equipaje y en utilizar la menor cantidad de espacio que fuese posible. *Madame* de Cléda paseaba de acá para allá, y llegó

junto a un banco semicircular de piedra que estaba situado bajo un ciprés muy viejo y sobre el cual alguien había puesto una cesta de paja con huevos frescos. Dobló la rodilla para apoyarla en el banco, cogió un huevo, lo rompió y lo tragó. Luego, tragó otro, y otro más, y así hasta cinco.

Debía comer más. Tan pronto como regresara a París, comenzaría a cuidarse como jamás lo había hecho. Comprendiendo que se hallaban a punto de iniciar la marcha, Solange cogió un último huevo, lo cascó y lo sorbió en un abrir y cerrar de ojos. Hasta aquel momento, había realizado estas pequeñas operaciones con extremado cuidado y sin derramar ni siquiera una gota; pero en la última ocasión, un poco de la clara del huevo resbaló por su barbilla y cayó al suelo. Como no tenía pañuelo, se limpió con el dorso de una desnuda mano, permaneció inmóvil durante un momento, con la cabeza inclinada hacia delante, en la misma actitud que había adoptado para impedir que la clara del huevo pudiera mancharle el vestido, y extendió los brazos con los dedos abiertos para que se secasen.

En aquel momento oyó el ruido que produjo la portezuela del departamento de equipajes al ser empujada de modo violento, un segundo golpe con más fuerza y más decisión. Ansiosa de conducir el coche, Solange ocupó el asiento del conductor, e inmediatamente comenzaron a entrar en la prematura noche de un inmenso bosque de castaños gigantes que formaban un túnel en la carretera, como en el famoso cuadro de Fragonard de la colección Chester Dale. Transcurrieron veinte minutos en silencio. Solange tenía las manos ocupadas en el volante y sentía la clara de huevo seca sobre la barbilla, que le obligaba a hacer periódicamente un gesto que ponía en su rostro una expresión infinitamente conmovedora y desolada.

Dick
d'Angerville,
observándola discretamente, tuvo diversas veces en la punta de la lengua su habitual expresión: «*Bonjour, tristesse!*»; pero en aquella ocasión, no habiéndole pasado inadvertidas las lágrimas de Solange y la pequeña herida que tenía en un labio, decidió reprimirla y poner en marcha suavemente el aparato receptor de radio. Solange se dejó arrastrar por unos sueños intrincados, tenaces, absorbentes, rotos y recomenzados de nuevo más de cien veces con creciente

insistencia. A través de un millar de heroicas aventuras, se vio a sí misma comprando los dominios tradicionales de Grandsailles, devolviéndoselos y evitando de este modo la industrialización de la llanura de la Creux de Libreux gracias a su incansable perseverancia. Al fin, volvía a plantar los alcornoques que cubrían los trescientos metros del terreno talado. Y, merced a su sacrificio, Solange de Cléda veía, al fin, el heráldico alcornoque de los condes de Grandsailles crecer y desarrollarse nuevamente y perpetuarse.

Pues ¿no era ella la dama, el alcornoque?

En el Château de Lamotte, abandonados a su habitual soledad, el conde y su notario se preparaban para la cena. Aquella mañana Grandsailles había dicho a Prince:

—Me gustaría tomar esta noche una *salade au coup de poing*. Y Prince había situado sobre la mesa todo lo necesario para preparar aquella ensalada «al golpe de puño», como era denominada en la región.

Cuando el conde y su notario se hubieron sentado, Prince colocó ante el conde una gran fuente de la cual surgía el áspero reverso de medio pan campesino que había sido empapado, por espacio de cierto tiempo, en un jugo de color rojo oscuro compuesto de una mezcla de aceite, vinagre, morcilla finamente triturada y un poco de chocolate rallado. Maitre Girardin cogió una gran cebolla pelada que le entregaba Prince, envuelta en una servilleta doblada, la colocó en el mismo centro del pan y continuó sosteniéndola con las puntas de los dedos para evitar que se cayese. Grandsailles cerró el puño, lo elevó y lo mantuvo amenazadoramente sobre la cebolla para tomar puntería. Luego, la golpeó verticalmente con un vigoroso puñetazo que la partió en muchos fragmentos y la extendió sobre la corteza del pan, el cual, a su vez, se redujo a pedazos que se dispersaron. En este punto el conjunto fue salpicado con sal, escarola fresca y pimienta. El puñetazo fue la señal que sirvió a Prince, que había seguido el ritual practicado por su señor con extremada y ansiosa atención, para regresar a la cocina, convencido de que todo marchaba a las mil maravillas, mientras el notario, como si hubiera sido objeto de una súbita alucinación y sin retirar la hechizada mirada de la ensaladera, exclamaba:

—¡Un milagro! Del puñetazo del conde veo surgir la entera llanura de la Creux de Libreux. Dígame: ¿es una locura… o es cierto? —Y aproximando las candelas para que arrojasen más luz sobre lo que deseaba mostrar, Maitre Girardin comenzó a hacer una descripción de la ensaladera que tenía ante sí, con un encendido entusiasmo estimulado por el hecho de que se sintió honrado por la atención y la admirada perplejidad de Grandsailles, a quien aquellas caprichosas e ingeniosas humoradas del notario tenían el don de comunicar una repentina jovialidad—. Mire, mi querido conde —añadió Girardin mientras señalaba con las pálidas puntas de sus delgados dedos las onduladas y rotas protuberancias del pan—. ¿No es ésta la misma configuración de nuestras costrosas y doradas colinas de Libreux, con sus suaves inclinaciones, sus abruptos e inesperados cerros, sus profundas barrancas en que fluyen cascadas de cebollas frescas? Esas rebanadas delgadas, brillantes, de forma de serpiente, representan la dura y opalescente tensión de nuestros rápidos arroyos, con su espuma plateada cuando huyen de las nieves amontonadas en el extremo más lejano de la ensaladera. La frondosa escarola representa el primer plano de la fértil y bien regada vegetación de la llanura. Y, mientras, más allá, surgiendo de las selvas verde lechuga, aparecen las primeras y solemnes ondulaciones pastorales, donde los granos de centeno, hundidos en la corteza, representan la vida, la rumiante actitud de los inmóviles y meditativos ganados, en tanto que los brillantes cristales de la sal repartidos en las iluminadas alturas representan, a su vez, las ventanas de los pueblos lejanos, centelleantes bajo el sol de la tarde. Aquí hay un gran grano de sal, solitario y mate, junto a una ribera inclinada: es la ermita blanca de Saint Julien. Y aún hay más; mire, mi querido conde, las diminutas partículas de pimienta, molidas irregularmente, ligeramente alargadas…, algunas hasta parecen tener cabeza… Andan, son nuestros campesinos, vestidos de negro; llenan los huecos de los caminos y de las carreteras retorcidas, en fecunda procesión al regresar de practicar la labranza cotidiana.

Grandsailles estaba fascinado y melancólico.

—Todo lo que dice usted es hermoso como la Arcadia de Poussin —dijo suspirando. Y luego, ávidamente, se lanzó contra la ensalada con toda la energía de su tenedor y su cuchillo, que habían permanecido inactivos durante la larga perorata del notario.

Después de la ensalada, Prince sirvió trufas cubiertas de ceniza, en sus envoltorios de papel inmaculadamente blanco, y llenó las copas de vino de la cosecha de 1923, el cual, como Girardin afirmó, tenía un perfume de luz de sol. Comieron las trufas en silencio, y cuando fue servido el queso de cabra, el conde dijo a su notario:

—Bien, mi querido Girardin; ahora, háble me de *Madame* de Cléda.

E hizo la petición en el mismo tono con que podría haber pedido que se interpretase su pieza de música favorita.

—Estaba precisamente pensando en ella —contestó el notario— mientras comíamos las trufas. Cada uno ve las cosas con arreglo a sus propios sentimientos e inclinaciones. Sin duda, el vizconde de Angerville imagina que el cuerpo de diosa de *Madame* de Cléda encierra el alma de una reina; y muchos de sus admiradores, interpretando equivocadamente el fuego permanente de su mirada, le atribuyen el temperamento huraño de una cortesana. Yo, por ser notario, debería verla sobre todo desde el punto de vista profesional, como una hermosa compañera, desde el punto de vista de mi rústica y poética ingenuidad, como a un hada. Pero nada de esto me satisface. Veo a *Madame* de Cléda más bien como a una especie de santa.

Y, como Girardin sorprendiera una sombra de ironía en los ojos del conde, continuó su explicación.

—Por la gracia de Dios, las santas poseen muchas veces cuerpos tan hermosos como el de Afrodita. Esta tarde, observé a *Madame* de Cléda durante todo el tiempo que empleamos en tomar el té. Iba vestida de una manera tan exigua, que no había posibilidad de engañarse acerca de la perfección de su cuerpo; y, sin embargo, solía permanecer con los brazos cruzados sobre el pecho, como si tuviera frío, con lo que sugería al mismo tiempo la pose escultural de una mujer desnuda que saliese del baño y la de una santa que estuviese escuchando un mensaje de los Cielos. Mientras la observaba, me sorprendió la pureza que se refleja en el óvalo de su rostro. Y tenía los labios tan pálidos, que solamente pude pensar en la monja de la canción que todavía se canta en Libreux: *El día de fiesta es la fiesta de Saint Julien*.

—No la conozco —dijo Grandsailles.

—Según la leyenda local —explicó Girardin— cuando Saint

Julien cruzaba esta región acompañado de los más fieles de sus discípulos, descubrió la tumba de una monja que había sido célebre por su belleza. Al abrirse el ataúd, se vio que todo el cuerpo se había convertido en cenizas, y que en su lugar habían crecido cardos y tréboles. Solamente la cabeza de la monja, cubierta de la blanca y deslumbradora cofia, permanecía intacta; pero la boca se había vuelto tan blanca como la cal, y unos jazmines crecían en las comisuras de sus labios.

—¡Comprendo! —exclamó el conde en un susurro, como si hablara para sí mismo—. Las trufas bajo las cenizas…, los envoltorios de papel… La cofia…

—Y el refrán de la canción —concluyó Girardin—, que se canta con una inflexión melancólica, con acompañamiento de flauta, gaita y tamboril, dice así:

Sus pechos eran como dos vivas piedras.
Sus piernas eran la verde hierba,
Y sus labios eran jazmines…

—Cántemelo. Creo que conozco la melodía —le suplicó Grandsailles.

Girardin no tenía necesidad de que se le acuciase y, después de haber tomado un sorbo de vino y de chascar la lengua, con voz de falsete y con la perfecta y gorgoriteante entonación característica de los aldeanos de Libreux, cantó fragmentos de la balada de la monja de Saint Julien; y después, cantó la canción entera y volvió a cantarla, esta vez acompañado por la voz profunda del conde, que marcaba el ritmo golpeando con su anillo de oro contra un plato de cristal que sostenía en la otra mano para producir un sonido agudo y sin resonancias.

Cuando llegaron al estribillo, Maitre Girardin se oprimió la punta de la nariz con los dedos para agudizar y refinar la quejumbrosa inflexión del canto con el tono estridente de su voz nasal.

—Sus pechos eran como dos piedras vivas —exclamó Girardin con voz tan delicada como el zumbido de un mosquito en tanto que suspiraba.

—¡Pum, pum, pum! —respondió Grandsailles marcando el último «¡pum!» con un golpe más duro del anillo.

¡Sus piernas eran la verde hierba!,
¡pum, pum, pum!,
y sus labios eran jazmines,
¡pum, pum, pum!, ¡pum, pum, pum!, ¡pum, pum, pum!

Girardin siempre se marchaba a las diez y media. Por esta causa, se puso en pie y se despidió. El conde permaneció por espacio de diez largos minutos en el comedor escribiendo la canción en su cuaderno de notas tan lentamente como le fue posible; y luego, no supo qué más hacer. Durante unos momentos, proyectó decir algo a Prince, quien parecía entretenerse intencionadamente, como si tuviera esperanzas de que se iniciase una conversación. Pero el silencio no fue quebrantado. Y Prince sonrió con una sonrisa insignificante y triste, como si quisiera pedir perdón porque Grandsailles no hubiera encontrado nada que decirle.

Recogió las últimas piezas del servicio, dio las buenas noches y se retiró. Después, levantándose y subiendo lentamente la ancha escalera, Grandsailles se dirigió a su habitación.

La luz eléctrica del *château*, siempre un poco débil, temblaba de un modo casi imperceptible, y la única lámpara, que colgaba hasta muy baja altura desde el centro exacto de la estancia del conde y exactamente sobre el centro del lecho, estaba tan gastada, que su ambarina y moribunda palidez apenas arrojaba un débil resplandor sobre él.

Bajo la doblada sábana superior del lecho, estaba cuidadosamente plegada una camisa de dormir blanca. Según tenía costumbre de hacer todas las noches, el conde puso sobre ella su cuadernito de anotaciones y se desnudó. Cuando estuvo absolutamente desnudo, permaneció así durante varios momentos, acariciando distraídamente un moretón que se había producido bajo la tetilla izquierda con un botón al aplastar la cebolla de la ensalada poco tiempo antes.

El cuerpo del conde era perfecto, alto, hermoso, y para formarse una idea de él, será preciso recordar el famoso dibujo de Apolo

ejecutado por Rafael y que se guarda en el museo de Milán. Cuando el conde se hubo puesto la camisa de dormir, que era solamente un poquito más larga que su camisa de día, recogió el librito de anotaciones y se dirigió al extremo de la habitación en que había un gran armario de caoba, muy estrecho, pero tan alto, que llegaba hasta el techo.

Este rígido armario descansaba sobre cuatro pies humanos de largos y delgados dedos de estilo egipcio, labrados en bronce dorado y muy brillante. Grandsailles abrió sus dos puertas; el interior del armario estaba vacío, con excepción de los estantes centrales en los que había al alcance de la mano una serie de objetos: a la izquierda, una pequeña calavera de una niña coronada de una delicada aureola en oro, atribuida a Sainte Blondine que Grandsailles conservaba desde que comenzó la restauración de la capilla del *château*; junto a esta reliquia de la niña mártir, un violín y un arco; y junto a estos objetos, una llave negra adornada con un crucifijo incrustado, que pertenecía al ataúd que encerraba los restos mortales de la madre del conde. Como hacía todas las noches, Grandsailles dejó allí el cuadernito y cogió el violín; mas en el mismo momento en que inclinaba la cabeza para oprimir el instrumento entre la barbilla y el hombro, oyó un ruido que le obligó a volverse. El rostro sonriente de una mujer vieja apareció en la puerta, que estaba abierta parcialmente.

Era la fiel ama de llaves, a quien el conde llamaba siempre «la canonesa de Launay», en recuerdo de *La Cartuja de Parma*, de Stendhal.

—Buenas noches, canonesa —dijo el conde abandonando el violín y depositándolo sobre el lecho.

La canonesa entró, llevando en una mano un plato con dos alcachofas hervidas, para satisfacer la manía del conde cuando le atacaba el insomnio en las altas horas de la noche; en la otra mano, llevaba un guante peludo hecho de piel de gato con el cual frotaba regularmente la pierna defectuosa del conde en las ocasiones en que sufría agudos dolores de reúma. La canonesa era casi diabólicamente fea, pero suscitaba cierta atracción con su despierta vivacidad y su expresión inteligente. Era limpia hasta un punto exagerado; tenía la piel fina, aunque monstruosamente arrugada, y su ojo derecho manaba constantemente, lo que la obligaba a

limpiárselo frecuentemente con el blanco delantal de encaje que vestía.

El conde no tenía secretos para su canonesa. Era la única persona que estaba autorizada a entrar en su habitación y salir de ella sin anunciarlo por medio de una llamada. Decidía acerca de todo en el *château*, y comoquiera que el conde no podía vivir sin sus servicios, la llevaba consigo siempre que iba a París. La canonesa, que aún no había abierto la boca, se arrodilló y comenzó a frotar concienzuda y pacientemente la pierna del conde. Durante uno de sus movimientos rítmicos, algo más enérgicos que los anteriores, las partes íntimas del conde quedaron semidescubiertas.

Respetuosamente, ella le bajó la camisa con la mano enguantada, pero la otra mano, desnuda y rugosa, se deslizó por debajo del vestuario y, presionando la carne con el casto gozo de una madre, lo miró con ternura y exclamó: «¡Cielos, cielos! ¡Una bendición del cielo!». Luego, apoyó la otra mano en la rodilla del conde para levantarse y cargó sobre ella el pleno peso de su cuerpo.

—Debería usted quitar la cabecita de Sainte Blondine del armario —dijo en tanto que comenzaba a retirarse—. Yo jamás podría dormir si la tuviera en mi habitación.

Al llegar a la puerta, se limpió con gran lentitud el ojo enfermo, que ya había tenido tiempo de humedecerle el cuello de arriba abajo mientras estuvo arrodillada, y repitió por dos veces esta frase a modo de conclusión:

—Pues nada aleja el sueño tanto como el pensamiento continuo de la muerte.

Y, cuando caminaba a lo largo del corredor, el conde oyó que la mujer murmuraba:

—¡Bendito sea el Señor! ¡Bendito sea el Señor!

El reloj dio las once. El conde recogió nuevamente el violín y oprimiéndolo con fuerza bajo la mejilla, inició con su virtuoso arco el *Aria en Re Mayor* de Bach. Estaba un poco inclinado hacia delante con la pierna herida apoyada en el borde de la cama; la abertura lateral de su camisa de dormir desnudaba parcialmente el muslo, que se había tomado rosado como consecuencia del estimulante del frotamiento. En el centro de la zona de piel de este modo irritada, la vieja cicatriz extendía sus ramas, como las de una berenjena oscura.

La mirada de Grandsailles se posó sobre la cabecita de Sainte

Blondine, que tenía los menudos dientecitos intactos y tan blancos como las piedrecitas de un río. Su pureza le hizo pensar en las rodillas de *Madame* de Cléda, y el recuerdo de su rostro macilento, ennoblecido por el brillo de las lágrimas, pareció prestar decisión y divina belleza a la melodía.

Grandsailles respiró profundamente, movió la cabeza al compás de las inflexiones melódicas de la ardiente sonata; pero su rostro, impasible y exento de contracciones musculares, dio fe de que las emociones de su corazón, a pesar de su debilidad, no tenían derecho a enturbiar la cristalina limpidez de su interpretación. Y cuando el aria se aproximaba a sus notas finales, en las que toda la angustia de la noche parecía alcanzar un punto geométrico en el cual quedaba prendida para toda la eternidad, pudo sentir la yema del dedo pequeño de la mano con que sostenía el arco como si todavía estuviera húmedo de la cálida y deseable saliva de Solange de Cléda.

II. LOS AMIGOS DE *MADAME* SOLANGE DE CLÉDA

Alrededor de las once y media de la mañana, Barbara Stevens, la rica esposa y heredera de John Cornelius Stevens, salió presurosamente del Hotel Ritz de París en compañía de su hija, Verónica. Recorrieron unos cincuenta pasos de distancia, y entraron en el establecimiento de modistería de *Madame* Schiaparelli. Cuando faltaban diez minutos para la una, la hija y la madre salieron del establecimiento de *Madame* Schiaparelli y regresaron al Hotel Ritz, donde tomaron una ensalada que les fue servida con la obsequiosidad y la ceremonia debidas.

Engulleron dos clases diferentes de vitaminas, con la ayuda de dos martinis, que les hicieron anhelar un tercero, además de un empenachado helado de chocolate; después de lo cual, sin esperar la llegada del café, se dirigieron nuevamente a la casa de la Schiaparelli, donde entraron y de donde salieron para acomodarse otra vez en el Ritz con el fin de tomar el té de las cinco.

Barbara Stevens había conseguido triunfar en su propósito de componer una expresión facial por cuya virtud hacía visible cuándo entraba en casa de *Madame* Schiaparelli, llegando procedente del Ritz; y otra con la cual indicaba al entrar en el Ritz que regresaba de casa de *Madame* Schiaparelli. La primera de estas expresiones consistía en mantener la boca constantemente semiabierta con una especie de desilusionada languidez, que era exactamente lo contrario de la boca abierta por la sorpresa; jamás contestaba a las preguntas que la vendedora le hacía; solía detener la enguantada mano perezosamente sobre los artículos que se le ofrecían, y secretamente, mientras fingía torpemente no mirar nada, se sentía

asombrada de todo; el segundo de estos rostros, el que adoptaba para su regreso al Ritz, lo conseguía por medio de la boca cerrada, o más bien contraída, pues acostumbraba fruncir los labios con aire de aburrimiento expresivo de un disgusto de matiz tan frívolo, que solamente podía nacer de las tiránicas inquietudes que son características de las exigencias de la moda, las cuales siempre permanecen insatisfechas para una dama tan mixtificada como ella. Barbara Stevens había ordenado que se la despertase aquella mañana a las nueve y media, so pretexto de que tenía una cita con su peluquero a las seis y media, cita que le había arrancado a viva fuerza y que estaba fríamente decidida a romper. Como muchos seres débiles encadenados a su absoluto capricho, solamente se sentía libre cuando le era posible abolir arbitrariamente los cuidados y los obstáculos con que de modo intencionado había regado su camino durante el día anterior.

Por lo que a esto respecta, podría añadirse que cada una de sus pequeñas preocupaciones podría convertirse para Barbara Stevens en una preciosa fuente de distracción en el caso de que se encontrase ante la posibilidad de aburrirse. Y de este modo, cuando creía que el día que tenía ante sí estaba vacío, siempre encontraba algo con que llenarlo, si no abrumarlo. Y, por el contrario, cuando una mañana comenzaba prometedoramente cargada de excitantes acontecimientos, la señora Stevens comenzaba a aligerarse voluptuosamente de todas sus obligaciones, aunque si ha de hacérsele justicia, debe decirse que es cierto que lo hacía con una corrección, un rigor y una meticulosidad en la elección de excusas, que representaba un verdadero esfuerzo por parte de su secretaria, quien utilizaba diestramente todos los pretextos de la cortesía sin dejar de poner la mirada inequívocamente en la publicidad.

—La señora Barbara Stevens lamenta no poder asistir a la última prueba de su vestido, puesto que necesita tener los zapatos con los relojes de diamantes incrustados en los tacones para poder acudir a la tómbola benéfica de la Embajada inglesa.

O bien:

—La señora Barbara Stevens desea anular la comida que ha encargado en La Rué, a causa de la llegada del rey de Grecia.

O:

—La señora Barbara Stevens suplica a los señores Fernández que

tengan la bondad de telefonearla mañana por la mañana, y lamenta mucho no poder asistir a su fiesta de esta tarde; pero ha de celebrar una conferencia con sus abogados sobre un asunto urgente.

O:

—La señora Barbara Stevens ruega que se le perdone el tener que aplazar su visita hasta su regreso de Versalles, el próximo viernes, y suplica que se le reserven los dos broches de turmalina rosa y el collar de esmeraldas que agradaron tanto al pintor Bérard.

—Sí, verdaderamente, sí —solía contestar el joyero, desde el otro extremo del hilo telefónico—. Supongo que se refiere al collar Renacimiento que tiene una centaura… Sí, sí; lo separaremos para ella.

Y, una vez que había colgado el receptor, se decía:

«¡Hum…! Versalles… Debe de ser la cena del Windsor… Veamos, veamos: ¿qué día se celebra esa cena…? El dieciséis, viernes… Pero en ese caso, la secretaria debe de estar equivocada. La señora Stevens no podrá hallarse de regreso antes del sábado por la mañana… Tendremos que esperar hasta el lunes, o telefonear de nuevo… No, no; esperaremos hasta el lunes por la mañana…».

Esta clase de pequeñas maquinaciones, infaliblemente puestas en movimiento, por medio de una conversación telefónica, en el cerebro, montado en platino, del joyero, eran una especialidad de la secretaria de Barbara Stevens.

Por su parte, la señorita Andrews poseía un cerebro muy pequeño que estaba amasado con literatura sensacionalista de periódicos diarios irregularmente salpicados de lúgubres cuadrados negros combinados con otros grises y sucios en los que había medio borradas unas palabras escritas a lápiz que componían la deficiente solución de un juego de palabras cruzadas. Esta mujer obtenía un placer casi salvaje cuando podía brillar ante los ojos de su señora al llegar por las mañanas para recibir sus órdenes o al hacer alarde servilmente de sus maquiavélicos recursos, que le permitían, con incomparable mediocridad, tejer ornamentadas filigranas de estupidez para vestir los deseos, demasiado desnudos e impulsivos, que Barbara Stevens abandonaba exactamente en el mismo lugar en que se cansaba de ellos.

—Tomando sobre mí la responsabilidad de anular su cita del viernes —decía la señorita Andrews jubilosamente satisfecha por su

acierto—, he conseguido cuatro resultados diferentes. En primer lugar, el de añadir un margen de dos días para la decisión de *Madame*; segundo: informarlos de la cena de *Madame* en el Windsor de Versalles sin mencionarla; tercero: informar a Fernández de la elección de usted, pues el matrimonio va a ir mañana por la mañana a ver la misma joya, acerca de la cual les ha llamado la atención Cécile Goudreau. Lo más probable es que se interesen por esa joya. Y entonces les informarán de que la señora Barbara Stevens la ha separado para sí.

—Tengo la seguridad de que *Madame* Goudreau ha oído hablar de esa joya a Bérard, porque se dice que es una mujer que no tiene gusto en absoluto —la interrumpió Barbara un poquito acuciada por los celos.

—Y cuarto… —continuó la señorita Andrews triunfalmente.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Cuarto…? —preguntó la señora Stevens sorprendida.

Había seguido vagamente las digresiones sociales de su secretaria mientras se ponía un vestido de encaje salpicado de grandes violetas de colores encendidos. Vestía esta prenda (que chocaba violenta y ofensivamente con la castidad de la habitación, decorada en oro y blanco por Jean Michel Frank) con el placer que le producía su satisfecho amor propio. En la intimidad de la estancia, por lo menos, y ante el único testigo secreto que era su secretaria, podía rendirse sin reservas a las inclinaciones naturales de su execrable gusto.

—Cuarto… La cuarta ventaja consiste en haber elegido el viernes —continuó la señorita Andrews con la precipitación propia de quien teme no poder llegar hasta el fin de su explicación—. El viernes, los Fernández comen en casa de Solange de Cléda, adonde la señora lamenta tanto no poder acudir a causa de que tendrá que ir al Windsor. Los Fernández no dejarán de hablar envidiosamente de las últimas extravagancias de usted; de modo que será exactamente como si usted estuviera presente…

—¿Quién contestó a la llamada telefónica a casa de Cartier? ¿Ese hombre pequeño y moreno que habla con acento español?

—Creo que sí. Se mostró muy simpático. Me dijo dos veces: «Diga a *Madame* que estoy completamente a su disposición».

—¿Completamente a su disposición? Sí: seguramente era ese

hombre moreno. ¿Ha telefoneado usted a *Monsieur* Paul Valéry para invitarle a mi cena del día veinte?

La señorita Andrews se sumergió de nuevo en las profundidades de una explicación de las ventajas diplomáticas de su modo de telefonear, en tanto que Barbara Stevens, con la cabeza entre las manos, permanecía inclinada atentamente sobre su libro de citas e invitaciones, con los ojos cerrados e imaginándose con una precisión teatral digna del mejor escenógrafo todas y cada una de las reacciones y de las contracciones faciales que su nueva presencia en París produciría en el círculo de sus relaciones, informadas anticipadamente de sus recientes actividades por el celo ofuscador de su secretaria. Luego, estudió su papel con arreglo a cada una de las circunstancias y, exigente, insatisfecha, se obligó a sí misma a recomenzar un centenar de veces los mismos movimientos, los mismos gestos, las mismas inflexiones de voz, a entrar, a salir, a volver a entrar, imaginativa e incansablemente hasta adquirir la perfección. ¡Era agotador! Y fue entonces, y no antes, cuando se aventuró a mostrarse satisfecha de sí y se convirtió en espectador.

Se vio a sí misma entrando en casa de Cartier, como la cumbre roja de todas las murmuraciones de la cena de Versalles; en casa de los Fernández, como el haz de las altas finanzas; y en casa de su zapatero, como si fuera, sencillamente, la duquesa de Kent. Era una cosa curiosa: aun cuando Barbara no tomase estos efectos completamente en serio, sin embargo, era cierto que obtenía de sus proveedores las adulaciones y lisonjas más vehementes, los silbidos más espontáneos para llamar a su automóvil, las inclinaciones más profundas de los porteros y de las gentes de sociedad; y todo esto contribuía a que se sintiese insegura de sí misma y a que se preguntase: «¿No seré demasiado superficial?».

—¡Basta, querida! —dijo implorantemente Barbara cortando la inagotable locuacidad de su secretaria—. Dígame: ¿qué nos reserva el destino para hoy?

¡Lo sabía bien! Y por medio de un tono de fatalidad, estaba sólo preparándose para reaccionar naturalmente.

—No hay nada —contestó un poco desconcertada la señorita Andrews—, excepto las pruebas y la visita del peluquero a las seis y media.

—¡Al fin —exclamó Barbara con un suspiro— un día de

felicidad!

La señorita Andrews estaba ya en pie, con los pies juntos, con una rigidez casi militar, esperando la indicación de que se retirase; su rostro, ligeramente brillante y liliputiense, tenía exactamente la misma forma y el mismo rosado color que un dedo pulgar con un gran diente rojizo —es decir: un clavo pequeño— colocado en su centro.

—Puede usted retirarse. Muchas gracias. Mañana nos veremos.

En aquel momento, Verónica entró en la habitación y besó a su madre en la comisura de la boca. Rehuyendo el beso, Barbara suspiró de nuevo.

—Al fin —dijo—, vamos a poder pasar un día agradable las dos juntas; pero, de todos modos, tendré que ir a ver a ese condenado peluquero, en lugar de quedarme en nuestras habitaciones para despachar mi correspondencia.

Y, en realidad, despreciaba a su nuevo peluquero y el modo demasiado glacial que tenía de tratar a todo el mundo de la misma manera, y habría gustosamente evitado el tener que acudir a la cita convenida con aquel rebelde… «Un comunista, sin duda», pensó. Pero la espantable soledad del final del día la encadenaba desesperadamente a su compromiso. Después del peluquero… ¡nada! Miró furtiva y resentidamente al teléfono, que tembló ligeramente y produjo un ligero tintineo sin continuación, lo que hizo que el mortal silencio de la mañana latiese violentamente en el vacío corazón de Barbara. Se sintió débil y volvió el rostro con disgusto en otra dirección para no ver el lugar en que el receptor se encontraba como una langosta blanca, adormilada e inmóvil, estúpidamente atrapada por la horquilla e incapaz de acudir en auxilio de ella.

—¡Qué tranquilos —dijo Barbara— son los días sin llamadas telefónicas!

—¿Quién esperas que telefonee? Todo el mundo se ha ido hoy al campo —dijo Verónica.

—¡Cómo! ¿Es fiesta hoy? —preguntó débilmente su madre.

—Es una media fiesta. Algunas tiendas están abiertas, pero todo el mundo se ha marchado. Y, por cierto, hoy proyectan una nueva película de Fred Astaire.

Verónica lanzó la sugerencia solamente por el placer de

atormentar a su madre.

—¡Yo diría que no! ¡Por nada de este mundo! —exclamó disgustadamente Barbara mientras se levantaba para arrebatar su lima de uñas de manos de su hija.

—¡Yo diría que no! —dijo a su vez la joven imitando el tono de su madre—. Ya sabes que la manicura te ha prohibido que te toques las uñas.

Barbara se entregó ceñudamente y volvió a tumbarse en el canapé.

—Puedo Soportar que la manicura me ataque los nervios. Puedo soportar que la señorita Andrews me ataque los nervios. Puedo soportar que mi hija, Verónica, me ataque los nervios… ¡Pero no a Fred Astaire!… ¡Ya es bastante taconeo!… Puedo soportar que cualquier persona me ataque los nervios…, ¡pero no con los pies!

Un momento más tarde, el rostro de Barbara se cubría de temblores nerviosos apenas perceptibles. Estos temblores producían la misma impresión que si se viese correr a las arañitas grises del disgusto en todas direcciones, sobre la cuidada madreperla de su piel. Verónica acudió a sentarse junto a su madre; inmóvil y con la vista fija sobre ella, la joven se daba cuenta de que los ojos de la mujer se humedecían, y esperaba que comenzase a llorar de un momento a otro. Barbara Stevens tenía una gran facilidad para reflejar esas fugaces emociones que prestan encanto a ciertos rostros en los cuales el rocío de las lágrimas, grandes y fáciles, acrecienta y bruñe los matices del sentimiento al mismo tiempo que borra las huellas más ligeras de su polvo. Barbara tenía cuarenta y tres años, pero su naricita con forma de cincel tenía dieciséis, y los azulados hoyuelos de su boca apenas tendrían doce.

¿Era verdaderamente hermosa Barbara? La impresión que producía era precisamente la contraria. Parecía haber sido hermosa hasta muy poco tiempo antes. Y esto era perfectamente cierto. Fea en la época de su infancia, pasable en la de su matrimonio, hermosa ayer y arrebatadora hoy, Barbara Stevens era uno de esos raros seres capaces, por la misma esencia de su naturaleza, de todas las transformaciones y todos los rejuvenecimientos tan ligeramente prometidos por los gabinetes de belleza. A causa de un innato sentido de la imitación, su rostro podía reproducir con engañosa precisión las expresiones más antagónicas de cualquier ser: del

hombre, de la mujer y aún de los animales. Hundida en la mitología de las tiendas de modas, esta mujer gastaba sus facultades miméticas contaminándose a voluntad con las actitudes y las virtudes de las divinidades del día que más la habían impresionado; de este modo, en la carrera frenética de su despersonalización, Barbara Stevens derrochaba los tesoros de su energía en imitar a las mujeres más lindas de su época, en tanto que guardaba de sí misma lo que le era estrictamente necesario para permanecer viva. Todo lo que había en ella que fuese natural, no era perfecto: tenía las piernas cortas; la frente, estrecha; era regordeta sin exageración, y pasablemente rubia. ¡Qué contraste más tremendo presentaba junto a la exuberancia dorada, fluvial, podría decirse, de su hija!

Verónica era rubia, no solamente por virtud del dorado cabello que le caía en forma de cascada sobre los hombros, sino, también, por virtud de la esencia de la luz que emanaba de todo su cuerpo. Cuando se hallaba junto a su madre, parecía prestarle un poco de su color rubio; y cuando estaba a solas, hasta el moblaje que la rodeaba se tornaba rubio. A diferencia de Barbara, Verónica tenía la frente ancha y serena, redondeada, ligeramente meníngea; y piernas largas y esculturalmente formadas, que jamás se veían, pues quien se hallaba en presencia de la joven sólo podía mirar de modo constante a sus ojos, porque en su mirada no se veía absolutamente nada. Ajenos a las lágrimas y a los encogimientos, aquellos ojos eran fijos y secos como dos inmensos desiertos, y sus pupilas eran de un azul tan pálido, que se confundían y fundían con el blanco, y solamente en sus profundidades y en el horizonte de su translúcida vista era donde brillaban un rayo de luz de luna y un polvillo dorado. El defecto de Barbara, consistente en tener las piernas demasiado cortas, indudablemente, representaba un modo poco agradable de que la naturaleza se había valido para mantenerla más próxima a la tierra y, al mismo tiempo, de hacerla más humana. Contrariamente, Verónica no necesitaba tener las piernas largas de una diosa para elevar su corazón hasta un nivel superior. Era una de esas personas que pisotean los sentimientos humanos con los ligeros pies de un antílope. Barbara, como la mayoría de los seres débiles, era graciosamente inclinada al perdón y a la piedad, y solamente era cruel de modo inconsciente. Sin ser cruel, Verónica no era buena ni mala, como los dioses del antiguo Olimpo, y como todos

los seres combativos pertenecientes a una clase escogida, era despiadada, vengativa y estaba sujeta a irreparables arrebatos de cólera. Era como la mantis religiosa, que devora a su amor a causa de una necesidad biológica del absoluto.

Barbara Stevens sintió que la inquisitiva mirada de su hija se posaba sobre ella. Pero se encontró sujeta a aquella mirada, cuya ponderable transparencia era como la de un pisapapeles de cristal que se apoyase sobre la levedad de sus sentimientos, escritos sobre el volandero papel de seda de su frivolidad. Se encontró sujeta a ella, principalmente porque podría necesitarla en el caso de que se le presentase una crisis nerviosa. Barbara no esperaba ningún consuelo de la inflexible mirada de Verónica; sin embargo, le agradaba saberse observada en tanto que lloraba, porque era el único modo de que podría conseguir compadecerse de sí misma. Mientras esperaba que esta escena se produjese, Barbara había recuperado su librito de anotaciones, que se colocó en el regazo; luego, apoyó los codos en el brazo del canapé, recostó la frente en las manos y, con los ojos completamente abiertos, se concentró, sin conseguir ver nada, en una página abierta al azar. Inmediatamente, vio que de la oscuridad de su imaginación surgía un sombrero, un sombrero de color azul metálico tan violento, que parecía rojo, y en realidad, si parecía rojo, se debía solamente a la circunstancia de que era rojo y no azul; pues la única cosa azul que tenía era el velo que lo cubría. Este sombrero relampagueó en su cerebro durante un momento con la celeridad de una chispa eléctrica que cambiase el azul en rojo tan rápidamente, que no pudiera decirse una vez que hubiera desaparecido cuál de los dos colores habría sido visto primero. No obstante, la instantánea y cegadora aparición del sombrero había sido suficiente para iluminar durante un momento el rostro de la persona que lo llevaba puesto, y como Barbara hubiera reconocido aquella persona, exhaló un grito de terror y pronunció en voz baja su nombre: «¡La señora Reynolds!».

—Había olvidado por completo que he de cenar esta noche en casa de los Reynolds —dijo en tanto que deslizaba los brazos sobre el canapé descuidadamente, con un gesto teatral de abandono con el cual parecía solicitar de Verónica un poco de piedad. Verónica respondió a este gesto con una sonrisa que podría haber sido un poco más tierna y un poco menos maliciosa—. Pero no puedo dejar

de asistir a la cena de los Reynolds —continuó Barbara—. Ya se me acusa de indiferencia para mis compatriotas. Por otra parte, aprecio a los Reynolds, pero ¡son tan cándidos! No me agrada el poder mentir cuando no tenga necesidad de cuidarme de lo que digo. Recuerda siempre esto, hija mía: para dejarse arrastrar por una mentira, es preciso ser capaz de engañar a los demás al mismo tiempo que a una misma.

La perspectiva de poder corregir nuevamente sus proyectos para la tarde le devolvió el ingenio, la amabilidad y la belleza y restableció en su alma una calma serena que la obligó a bostezar larga y satisfactoriamente medio a escondidas. Este bostezo comprimido hizo que sus labios temblasen imperceptiblemente y anunciaba que, después de aquella recaída en la indolencia, iba a tomar una decisión.

—*Ai, Dio!* —exclamó mientras se ponía en pie.

Barbara caminó sin designio de un lado a otro de la habitación y disfrutó de su silencio durante unos instantes, lo que le produjo la misma impresión que si tuviera los nervios al descubierto, y hasta se encontró en un estado de indulgencia hacia la gran pintura cubista del *Arlequín* de Picasso que se había visto obligada a comprar tan a pesar suyo.

—¿Sabes —preguntó— qué es lo que me ha recordado esta cena? ¡Jamás lo adivinarías! ¡El Picasso! Tiene exactamente el mismo color que el sombrero que la señora Reynolds llevaba puesto el día en que me invitó, cuando nos cruzamos en las escaleras del vestíbulo: el mismo azul y el mismo rojo de llama…

A esta sazón, Barbara había sacado de un sobre, y vuelto a guardarlas inmediatamente, algunas fotografías de sí misma que no había tenido tiempo de examinar detenidamente. Luego, se dirigió al cuarto de baño y las colocó provisionalmente en uno de los lavabos. Regresó a la habitación en busca de alguna otra cosa, dudando entre coger un libro alemán sobre las joyas del Renacimiento o el ejemplar del *New York Times* del domingo anterior; tomó finalmente el último, se lo puso bajo el brazo, y una vez más, indolentemente aunque con decisión, se dirigió de nuevo al cuarto de baño arrastrando los pies al caminar. Cerró la puerta de la estancia, y permaneció encerrada en su interior por espacio de tres largos cuartos de hora.

En el transcurso de la tarde, Barbara Stevens encontró, además, tiempo para escoger entre tres cócteles, de los cuales aceptó cuatro, pues invitó a dos amigos venecianos, a quienes encontró accidentalmente, a que se reuniesen con ella en el bar del Ritz por espacio de un cuarto de hora, reunión con la que sustituyó la cita con el peluquero, que ya había anulado anteriormente. Podría decirse que desde aquel momento en adelante su tiempo estaba distribuido con la precisión de una maniobra militar: veinticuatro minutos para ir a Neuilly; diez minutos para disfrutar de un cóctel; vuelta al Ritz; ocho minutos para cambiarse de vestido; dos nuevas apariciones, cada una de cinco minutos, para tomar otros dos cócteles; y, finalmente, a casa de los Reynolds, adonde llegó con un retraso de veintitrés minutos.

A las seis en punto, Verónica llegó sola al hotel, y al ver la especial inmovilidad del desorden de la habitación comprendió que su madre había salido bastante tiempo antes. Verónica se tumbó inmediatamente en el mismo canapé en que su madre había permanecido tumbada durante la mayor parte de la mañana, y decidió pedir que le sirviesen la cena en aquel mismo lugar y acostarse un poco más tarde. Le habría agradado desnudarse en aquel mismo momento y ponerse una bata de brillante piqué, su última adquisición, tan fresca, tan suave y tan almidonada, que Verónica había dicho en respuesta a las objeciones de su madre cuando se la vio puesta por primera vez:

—Es la primera vez en mi vida que me doy cuenta de lo que es sentirse completamente desnuda.

Barbara protestaba siempre que sorprendía a su hija desnuda en su habitación; pero desde el hallazgo de aquella bata su desnudismo se había transformado en el placer que le producía el contacto de la dureza de la carne con el tejido inmaculadamente blanco, rígido y resbaladizo. La joven había ordenado, hacía cierto tiempo, que le glaseasen las sábanas con una clase de almidón muy resistente, que hacía que cuando se las golpeaba con la punta de un dedo produjesen un ruidito parecido al del cartón. Durante todo el día, Verónica esperaba estoicamente la llegada del delicioso momento en que, agotada por la fatiga que le producía el andar visitando tiendas, podía, al fin, deslizar el desnudo cuerpo entre las almidonadas ropas y comer una manzana.

Pero aquel día hubo algo que le impidió cambiarse de ropa inmediatamente; fue una especie de sentimiento premonitorio de los que le eran tan habituales. Había tenido la impresión, muy clara y extrañamente fija, de que alguien habría de ir a buscarla en el último momento para llevarla consigo fuera del hotel. Verónica apretó el entrecejo y lo contrajo con una suerte de característica terquedad, de malhumorada expresión que no era la mueca del dolor de cabeza ni la de la melancolía, sino la concentración de su permanente y concentrada pregunta respecto a qué estaba a punto de sucederle. Sin embargo, y a pesar de la profunda absorción de su espíritu, se quitó los zapatos y oprimió con una mano una pálida manzana que tenía el mismo lustre que su frente. Y mientras mantenía en la otra mano un cuchillo, uno de sus pies luchó perseverantemente por ensanchar un agujero de la media hasta hacerlo lo suficientemente grande para que todo el dedo pudiera asomar por él. Parecía como si estuviera esperando conseguir este resultado que habría de ser la señal para comenzar a pelar la manzana; es decir: su vida. Y por su calma y su resuelta actitud, cualquiera de los humildes campesinos de la llanura de la Creux de Libreux habría podido adivinar que el primer hombre que Verónica encontrase en su vida sería suyo, y que se casaría con él[1]. Pues Verónica era una de esas personas que cuando pelan una manzana realizan la operación hasta su final con una segura regularidad, con una habilidad aterradora que les permite, merced a su firmeza, no realizar ni un solo corte a causa de las irregulares incisiones de la duda en aquella piel de su propio destino, por muy delgada que sea la capa a la que quede reducida. Ningún símbolo de este mundo es más potente ni más verdadero que éste, pues hemos vuelto a saber, gracias a Freud, que los actos automáticos (el lenguaje del subconsciente) revelan proféticamente los secretos de nuestras almas.

Ahora, sabemos con absoluta seguridad que una joven que pela una manzana y llega hasta el fin sin romper la tira de piel, da con ello pruebas de poseer una constancia de carácter y de firmeza de cabeza tales, que cuando, en lugar de pelar una manzana, se encuentra con el hombre cuyas relaciones emocionales para con ella ha de pelar, jamás romperá su idilio y obtendrá un resultado final dichoso. La joven que, por el contrario, rompe la piel en un millar

de trozos desiguales, se comportará del mismo modo en sus amores; siendo inconstante, romperá y cortará todas sus relaciones, y al final de su vida, en lugar de la melodiosa y continua línea de su conducta, verá la piel de su destino partida en un millar de pedazos a sus pies.

Sin comprender ni sospechar, ni siquiera en lo más mínimo, la magia de la operación que estaba realizando, peló con impecable seguridad el fruto que entre todos los frutos está más cargado de símbolos[2]. Verónica, que probablemente habría sido la primera en reírse de una exégesis de esta naturaleza, la sentía, sin embargo, en todas las fibras de su organismo. Sabía que el primer amor que naciese en su vida sería el definitivo, y, en consecuencia, que el menor accidente amenazaba ser irreparablemente fatal. No comenzaría de nuevo, no haría correcciones: una sola vida, una sola línea de absoluta perfección. Pero la aparición del hombre no era inminente todavía, y Verónica hasta conocía aproximadamente el momento en que haría su presentación. Lo encontraría aquel mismo verano, hacia el fin de la temporada, acaso a primeros de septiembre.

Mientras esperaba el amor, Verónica imaginaba ardientemente la amistad de una mujer, que también quería que durase tanto como su vida: una mujer hermosa que tuviera sus mismos sentimientos, que se adhiriese a su cuerpo, que la protegiese con la doble coraza de la carne y del espíritu en espera de la gran prueba. Quería una amiga con quien poder compartir la angustiosa primavera de su pasión, la ferocidad de los abrazos del verano, la elegía de sus caricias otoñales. La amiga a quien esperaba debía ser tan delicada como su madre, mas, a diferencia de ésta, debería tener la boca grande, una gran devoción, ninguna frivolidad e irnos brazos habituados a dar y recibir placer, capaces de guiar a los de ella, que se mostrarían resueltos, pero acaso temblorosos, hacia el gran abrazo aniquilador. Verónica se estaba preparando para ser la víctima inmolada, del mismo modo que los legendarios seres de las sanguinarias religiones de los aztecas. Verónica, sentada en la sombra de la fértil frescura del gran árbol de su sangre, esperaba, y su paralizadora inmovilidad se hacía como aquella que precede a la agresión. Estaba preparándose para la gran prueba de entregar su vida, estaba armándose con una fuerza peligrosa; pues a la menor

vacilación de su compañero en la realización del rito —el de arrancarla el corazón— se sabía capaz de sellar la culminación de su absoluto abrazo con la fuerza de sus mandíbulas, y de este modo, con la muerte de uno de los dos, terminar su pacto de conformidad con las grandiosas reglas y leyes de la naturaleza de su amor.

Verónica necesitaba, pues, una amiga de proporciones más que colosales; había de poseer un ser complejo que fuera al mismo tiempo la madre que ofreciera su éxtasis en testimonio de la pasión de Verónica, la flor del rito de su sacrificio, la esclava que desvela los secretos del amor y el mensajero del cielo, la sacerdotisa de su amor.

Hasta aquel momento de la vida de Verónica, siempre que deseaba algo ardientemente, su destino en forma de objetivo, acaso, había acudido siempre en su auxilio y le había concedido en la hora exacta el objeto preciso de su deseo. Y una vez más, aquella noche, el mismo acaso estaba preparando la materialización de su anhelo.

Sonó el timbre.

Verónica no se estremeció, y sin esperar a que la señorita Andrews anunciase quién había llegado, ordenó:

—¡Qué pase!

¡Era ella, ciertamente: Betka!

Betka tenía la boca grande y tenía puesto un impermeable. Un calor asfixiante se elevaba de la calle, y la pesada atmósfera de una tormenta que por espacio de tres días no se había decidido a romper sobre París, cargaba de chispas eléctricas el rojo cabello de la mujer.

—¿Qué desea usted? —preguntó Verónica inapresuradamente en tanto que se ponía de nuevo los zapatos.

—Querría hablar con la señora Barbara Stevens. ¿Me permite usted que me presente? Soy la joven que extendió la semana pasada las invitaciones para la próxima fiesta de Verónica Stevens. Usted es Verónica, ¿verdad?

Verónica asintió por medio de una inclinación de cabeza.

—Su madre expresó su satisfacción por mi trabajo, así como su intención de utilizar nuevamente mis servicios en breve tiempo… Sí: es cierto que me di buena maña para escribir todas aquellas direcciones en una sola noche, en el último momento y a mano, pues tuve luego que revisarlas con la señorita Andrews una a una…

Por esta causa, espero que me será posible volver a ser de utilidad para ustedes…

Verónica esperó durante bastante tiempo antes de contestarla, con el fin de poder adquirir seguridad de que la timidez de Betka y su desconcierto envolvían una petición. Luego, viendo que su segura amistad aguijoneaba su intuición, decidió aventurarse a conjeturar.

—Sí; mi madre me ha dicho que iba a emplearla a usted de nuevo, y probablemente de una manera más constante. Entretanto, me agradará poder entregarle un anticipo a cuenta de su futuro salario… ¡Oh, no! Es muy natural. Yo misma estoy casi siempre escasa de dinero para gastos menudos. —Y como Betka pareciese protestar aún, Verónica terminó—: Es preciso que insista, porque esto significa muchísimo para mí… Quiero hacerla feliz por todos los medios.

Betka estaba confundida por el tono de elemental y violenta sinceridad de Verónica.

—No —dijo Betka—; no necesito un anticipo sobre mi sueldo. Puedo devolverle ese dinero dentro de dos días exactamente. Necesito sólo lo necesario para enviar un telegrama a mis padres, que están en Polonia.

Verónica entregó a Betka un cuaderno de impresos para telegramas, que Betka cogió ávidamente en tanto que se quitaba el impermeable tan presurosamente que lo desgarró. Echó hacia atrás la cabeza para apartarse de la cara el cabello que le caía sobre los ojos, y, con manos temblorosas, se introdujo la parte inferior de la blusa entre la cinturilla de la falda; la blusa se desprendió inmediatamente y volvió a exponer un pequeño *losange* de estómago desnudo, que intentó vanamente ocultar. Verónica observó con estupefacción aquel remolino de vida comunicativa, irresistible y desorganizada que parecía hallarse en las angustias de un tormento perpetuo —el frenesí de la carne—, y mientras la miraba apretó los labios contra su pitillera de oro y la mordió con más y más fuerza hasta dejar las huellas de los dientes en ella.

Percibiendo que Verónica la estaba vigilando atentamente, Betka moderó el desorden de su excitación, y entonces se hizo visible que el mantenerse en un estado de relativa calma representaba un esfuerzo para ella. Se sentó en la actitud de una persona de

negocios ante la mesa y comenzó, con expresión preocupada, a llenar los blancos del impreso, que inmediatamente rompía con disgusto y sustituía por otro, y cada vez que lo hacía, miraba a Verónica con ojos llenos de súplica y excusas, y encontraba frente a ellos la mirada impasible de la otra. En el rostro sombrío e inflexible de Verónica raramente se dibujaba una sonrisa, más cuando esto acontecía (no más de tres veces por semana), su sonrisa de ángel melancólico se iluminaba por unos rayos celestiales que la transformaban por espacio de pocos segundos hasta un punto tal, que quienes la observaban en aquellos momentos solían esperar que su sonrisa se repitiese para poder convencerse a sí mismos de que no habían sido víctimas de una ilusión. Aquella tarde, desde la entrada de Betka en la habitación, Verónica había sonreído cuatro veces de tal modo, y podría decirse que Betka había vivido durante los intervalos *solamente* para esperar cada vez la repetición de aquella luz en sus labios, luz que parecía calentar desde lejos sus párpados, como debe de suceder a los que se aproximan al Paraíso.

—Léalo —dijo Betka entregando el telegrama a Verónica, que se limitó a tomarlo, doblarlo y ponerlo sobre la mesa; luego, Betka lo recogió de nuevo, y lo leyó en voz alta—: «NO HE RECIBIDO DINERO EN TRES MESES VIDA MUY DURA POR FAVOR DIME LA VERDAD DE LA BODA DE AJALE CON MI HERMANA TENGO DERECHO A SABER TU HIJA BETKA».

A estas palabras seguía su dirección: 17, Quai des Orfévres.

—Ajale era mi prometido —añadió Betka en tanto que ponía otra vez el telegrama sobre la mesa y recogía bruscamente el impermeable—. Muchas gracias, muchísimas gracias —añadió con el hermoso rostro contraído por el sufrimiento.

Era tan hermosa como debió de serlo una Dolorosa de Bernini si ésta hubiera sido una adolescente de dieciocho años.

Verónica se aproximó a ella y le dio un beso.

—Espéreme un momento y cenaremos juntas.

La tormenta rompió, acompañada de algunos cristales de granizo, exactamente en el momento en que su taxi se detenía ante el restaurante La Tour
d'Argent.
Solamente al cruzar la acera, ambas se calaron hasta los huesos y experimentaron ese brusco y delicioso frío de las glotonas

chaparradas de verano, lo que les hizo estremecerse en tanto que subían a lo alto de la torre. Allí, se sentaron a una mesa que Verónica escogió intencionadamente y que era un poco demasiado grande para que invitase a la intimidad, pero que, por otra parte, estaba situada delante de la chimenea en que se producían los primeros chisporroteos de un fuego de leños que había sido encendido precipitadamente cuando asomaron los primeros truenos. En los comienzos de la cena, hablaron muy poco, como el nuevo piloto y el capitán que tomasen juntos su primera comida en la víspera del día en que su barco hubiese de levar anclas para un largo viaje. Betka y Verónica se miraron mutuamente a las profundidades de los ojos, y observaron en ellos la onda de la espuma sonriente de la ilusión que, aun cuando hubiesen vivido juntas muy poco tiempo, ya se agitaba tras el timón al que se adherían lapas negruzcas y algas oscuras.

Betka, que aún no se había percatado de que ambas habían iniciado un viaje común, y para quien aquel encuentro parecía un espejismo del instante, vivió cada uno de los segundos que transcurrieron como si fuera un milagro, y en cada una de sus miradas concedió cuanto tenía: sentimiento, placer y hasta remordimiento.

Verónica, por el contrario, «silenciosa y concentrada como una estatua ciega[3]», conservó aquella inhibición de aparente fría indiferencia que, sin ser avaricia o aridez de corazón, respondía a la necesidad de dividir en pequeñas lonjas correspondientes cada uno de los segundos que la continua e ininterrumpida pasión de su vida habría de durar; jamás amaría con más intensidad que amaba en aquel momento, sino que viviría, sencillamente, su largo ciclo. Betka, por el contrario…, ¡pobre polilla! A cada una de las aceradas miradas de Verónica respondía con una risa en tanto que sus puros dientes tronchaban troncos de apio que se rompían y deshacían en su boca como carámbanos de primavera.

—Me agrada su boca grande —dijo Verónica, con lo que dejó en suspenso la voracidad infantil y casi frenética de Betka.

—¡Demasiado grande! —respondió Betka quejosamente.

—Sí: un poco excesivamente grande —continuó Verónica con reticencia mientras observaba el efecto que producía su acuerdo.

—Lo sé. ¡Un horror! —exclamó Betka suspirando,

desconcertada, casi a punto de llorar.

—¡Ángel mío! —le aseguró Verónica—. ¿No sabe usted que es divinamente hermosa?

—¡Sí, creo que lo soy! —contestó Betka con una suave inflexión de lamento—. No me considero fea, y hasta disfrutaría mirando a alguien que fuese como yo… No me agrada mi boca, y detesto el color de mi cabello… Me gusta el resto, especialmente mi cuerpo… Pero preferiría ser como usted.

—A mí me sucede exactamente lo contrario —replicó Verónica con aire ausente—. No me agrado, de ningún modo, pero me gustaría encontrar a alguien que fuese absolutamente como yo, a quien pudiera adorar…

Betka prefería ser arrullada por la embriaguez que la personalidad de Verónica le provocaba a intentar descubrir y comprender el extraño y en cierto modo funesto significado de su severo tono. Betka parecía estar escuchando con los labios, que se hallaban ligeramente separados en su semiéxtasis de virginal inocencia con el cual exponía el carácter eminentemente físico de todos sus sentimientos. Esta expresión, que era familiar y casi constante en ella, se convertía en una mueca bajo el impacto de la más ligera emoción, y entonces se hacía difícil distinguir si expresaba placer o dolor; tan común y compenetrada era la existencia que aquellos dos tiranos de su alma vivían en la sencilla persona de su carne. Sin embargo, el placer intenso se manifestaba en ella por medio de una violenta contracción de los músculos faciales, que extendía su boca hasta el punto máximo en una risa exponente del brillo generoso de sus dientes. Los desesperados esfuerzos de estos dientes por permanecer cerrados hacían que la expresión de alegría de Betka fuese rebuscadamente tonta e infinitamente conmovedora.

Sirvieron champán. Verónica se retorció en su silla como si estuviera a punto de saltar sobre su amiga, pero notó que ésta estaba tan confiada e indefensa que siguió posponiendo el momento de la acometida con un deleite voluptuoso. Finalmente, la abordó a bocajarro con una pregunta largamente meditada, tuteándola por vez primera:

—Dígame, *chérie*, ¿es usted virgen?

Betka no contestó y se limitó a mirarla, con el rostro tan rojo

como una remolacha, humilde y, sin embargo, altiva, con lo que se hizo más atractiva.

—¡Coma! —le ordenó Verónica con un suspiro en tanto que cortaba el hilo que cerraba una loncha de tocino sobre la cual había una gran ristra de moscateles entre una codorniz patiabierta. Verónica cogió la uva con el tenedor y la ofreció a Betka, como si hiciese un intento por consolarla—. Tome, ángel, tome esto.

- Betka inclinó la cabeza hacia delante y trituró el dulce y suave bocado mientras dos lágrimas amargas se deslizaban por sus mejillas. ¡Verónica supo entonces que Betka no era virgen! Pero se sintió aplacada al ver que había conseguido tan fácil y tan rápidamente hacerla llorar.

Para recompensarla, Verónica iba a confiar inmediatamente en ella, y más tarde, en el momento de los postres, borraría hasta el menor vestigio de amargura haciendo que la encantada cabalgata de su inagotable y seductora imaginación pasase ante sus ojos deslumbrados, como era capaz de hacer cuando se proponía agradar y esclavizar.

Decidida a recurrir a estos encantos, Verónica separó su silla de la de Betka un poco para ofrecerle el panorama pleno de sus impetuosos gestos, que eran frecuentemente tan incomprensibles y siempre tan fascinadores como los que se utilizan en los conjuros. Y abandonando su habitual inmovilidad, se entregó a una sorprendente exhibición de equívoca bufonería.

—Sí, soy virgen —dijo suavemente, con tono de dolorida insinuación; y añadió aún con mayor suavidad—: ¡Juro que es cierto! Y, sin embargo, como usted puede ver, no lloro.

Y fingió con un solemne ademán enjugarse los ojos para demostrar que los tenía secos.

Betka rió.

—Y ahora —continuó Verónica— voy a ofrecerle una prueba de lo que le he dicho. —Y levantó lentamente, muy lentamente, la mano cerrada hasta que la tuvo a más altura que la cabeza. Entonces, la abrió maliciosamente y agitó el dedo anular, en el cual tenía una vendita de gasa sujeta por un trocito de cinta adhesiva de color de rosa—. ¿Ve usted? ¡Una herida! —dijo pestañeando con rapidez.

Betka estaba extremadamente aturdida, pero, de todos modos, enrojeció y destacó aún más su debilidad al mover la cabeza con una encantadora expresión de disgusto que pretendía ser una desaprobación de sus sonrojos. Luego, Verónica aproximó más su silla a la de Betka en señal de ternura, y en tanto que se preparaba para comenzar a hacer confidencias, presentó su dedo herido a Betka para que lo asiera.

—Cójalo —dijo—; pero no lo apriete más que en el caso de que la haga sonrojar.

Betka asió el dedo con las dos manos, se lo llevó a la boca y lo rozó con un beso. Verónica comenzó entonces su relato con diabólica animación.

—Yo, Verónica Stevens, puedo decir que a un mismo tiempo estoy casada… y no he perdido la castidad. Soy virgen porque en lugar de estar casada con un hombre, lo estoy con una mujer: mi madre, Barbara Stevens, a quien usted conoce. Dormimos juntas siempre que mi madre tiene ganas de llorar. Esto suele suceder un par de veces por semana. Estoy obligada a consolarla de vez en cuando del dolor de soportar la terrible carga de su frivolidad. Entonces, va corriendo a mi cama y me obliga a ponerme alguna ropa, porque, no siendo así, se avergonzaría. Luego, tengo que acercarme a ella por detrás, apretarla fuertemente contra mí y apoyar una mejilla en su nuca para calentarla. Esto la hace dormir. Después, me quito el pijama; y si mi madre se despierta durante la noche, comienza a gritar asustadamente, como si mi cuerpo fuera el del demonio. ¿Quiere usted creer que mi madre no me besa jamás? Solamente le importo del mismo modo que podría importarle una botella de agua caliente, la botella que algunas veces le alivia su insomnio.

»Al día siguiente de estas curiosas noches de amor, mamá me hace algún regalo. Permito a mamá que me entregue esos regalos del mismo modo que mamá me permite que la quiera: sin darse cuenta de ello. He aquí el más reciente de sus regalos. —Y mostró a Betka el cinturón que llevaba puesto, cuyo broche era un candado de oro.

»Como es costumbre, cuando lo recibí, fingí no darme por enterada. Aquel día, tenía una cita con un caballero francés en su habitación. El caballero vio enseguida el cinturón, y en tanto que

preparaba un cóctel, me suplicó que me lo quitara. “Siento que el destino me ha escogido para liberarle de su cinturón de castidad”; no respondí. Me gusta esa reputación que tengo de mujer fría e inaccesible. A mi entender, el amor debe ser algo firme, una suerte de acuerdo militar entre dos conquistadores, y es indispensable antes de la rúbrica del tratado que no haya confusión posible. Tal vez llevada por el espíritu de ese tipo de tratados fui a su apartamento. Vestía un traje de corte sobrio, tal que una armadura, y él me recibió en zapatillas. Inmediatamente reconocí, por dichas zapatillas, que no era el tipo de hombre que esperaba. En lugar de un tratado, no buscaba sino arrancar algo de placer de mí y se dispuso a ello de un modo tan extraño que no pudo ni siquiera desabrocharme el cinturón, que costaba de abrir a causa de lo nueva que era la hebilla. Le rogué que esperara un momento, que yo misma me lo quitaría, y retrocedí un par de pasos antes de disponerme a ello. La torpeza de su ansia no había hecho más que enmarañar aún más la hebilla y tuve que hacer tanta fuerza que ésta acabó por provocarme un corte en el dedo. Pero nada en el mundo podría haber detenido en ese momento mi creciente esfuerzo, y al final sentí que el metal penetraba el hueso como una hoja *Gillette*. No obstante, llevé a cabo la operación con tanta calma y estoicismo que no sospechó en absoluto mi dolor. Lo vi frente a mí, satisfecho consigo mismo, con las manos en los bolsillos de su bata de cachemira y temblando de deseo como una hoja. Apreté aún más el cierre y no fue sino gracias a mi hueso que el muelle saltó. Al oír aquel sonido se estremeció, como también lo hizo por efecto de mi mirada, y sin que tuviera tiempo para comprender lo que me disponía a hacer empezó a batirse en retirada. Decepcionada y dolorida, agarré el cinturón por el extremo y le descargué un golpe en uno de sus amarillentos pies. Un golpe que lo hizo caer de rodillas ante mí… ¿Comprende usted? Creo que no puedo tener temperamento…

Betka, que había estado mirando con adoración a Verónica mientras ésta hablaba, volvió a llevarse el dedo herido a la boca y estampó en él un nuevo beso.

—No quiero pensar en el amor —prosiguió Verónica en tanto que ponía azúcar en el café de Betka—. Me parece una cosa demasiado importante para un caso como el mío… El día en que

llegue, será terrible, y si comienzo a amar, jamás lo dejaré… ¿Comprende, Betka? Para mí la sensación del amor es como la de una sencilla mirada que se haya convertido en inemocional a través de tanta y tanta confianza, de la misma manera que un hierro enrojecido se vuelve blanco. ¿Ve usted? Una especie de calma abrasadora… Y ¿para usted, mi ángel?

Verónica hizo la pregunta obligándola a perderse en las profundidades de sus ojos para arrancarle toda su sinceridad.

—Para mí —contestó Betka con una frágil sonrisa por medio de la cual imploraba piedad de la otra mujer—, para mí es solamente una especie de dolor de muelas en el corazón… ¡sin aplacamiento!

¡De qué modo llovía en el exterior en aquel momento!

Llegó el postre, conducido triunfalmente en un carrito lleno de cintitas, adornado de cabañas con las ventanas iluminadas, rosas de cera y ardillas de azúcar.

Verónica exclamó riendo:

—Ahora, ya tiene usted algo para su dolor de muelas y su dolor de corazón.

E inmediatamente, se mostró imperativa y dominante. Betka hubo de probar de todo, desde el melancólico chocolate de sabor sentimental de una tarta que representaba un interior vienés iluminado por los rayos dominicales de un sol pagano, hasta los higos de Esmirna, rellenos de nueces, y los pasteles borrachos de ron, pasando por la sorpresa de los cielos mahometanos que se componía de los caramelos llenos de licor y llegando, finalmente, a la voluptuosa y ligeramente repugnante sofocación de los últimos *petit-four*. Durante todo este tiempo, y tal como había premeditado, Verónica encandiló a su amiga con el desenfrenado cabalgar de los mil y un caballos de las noches de su fantasía, con los cuales solía encadenar el espíritu, sediento de aventuras y maravillas, de sus amigos. Fue como una especie de delirante cuento feérico en el que solamente hubo dos hadas: ellas dos.

Verónica concibió la idea de proyectar figuras movientes y cobreadas en los dientes de su amiga, con una película diferente para cada uno de ellos. Se propuso hacerle un regalo, el de un vestido que estaría iluminado desde el interior por medio de rayos de mercurio que harían que toda la superficie de su cuerpo se volviese erógena. Le prestaría un ungüento por virtud del cual

podría presentarse con la cabeza invisible en una comida. La prestaría sus pendientes de obsidiana, en cuyo interior habrían sido encerrados microbios vivos del cólera; sabía cómo puede grabarse un poema de amor en el interior inmaculadamente blanco de una almendra tierna, exactamente en la época de su desarrollo, de modo que, más tarde, cuando partiese la cáscara y quitase la piel, apareciese el escrito… Y sabía, también, cómo provocar sueños de vuelo a voluntad, cómo, sin dormir, ver avanzar a un hombre enmascarado en blanco. Betka, aturullada y maravillada, con los dientes apretados, intentó seguir el ofuscante desfile de imágenes y, como cuando se llega a un recodo excesivamente cerrado, cerró los ojos en algunas ocasiones, rió de sus temores y volvió a abrir inmediatamente los ojos después de haber traspuesto las peligrosas curvas.

Con el rostro repentinamente ensombrecido, Verónica dijo:

—No debería haber bebido champán… Tengo jaqueca. ¡Y no he cesado de hablar como una loca!

Verónica abandonó a Betka en el Quai des Orfévres, le dio un rápido beso y pronunció estas palabras:

—La llamaré mañana por teléfono.

Betka se hallaba deliciosamente agotada cuando se fue a dormir presa de una dichosa confusión, de entre la cual surgía solamente una cabeza coronada de cabello y una sola mirada: ¡la de Verónica! Pero despertó tarde y horrorosamente angustiada; y un horrible temor la asaltó inmediatamente. Creyó que no volvería a ver a su amiga. Betka se dijo: «Pero ¿cómo va a llamarme, si no tiene mi dirección?». Esta circunstancia la animó, por irnos momentos, puesto que creyó que en tales circunstancias estaba justificado que fuese ella quien llamase a su amiga; pero inmediatamente se atribuló al convencerse de que la señorita Andrews poseería su dirección y el número de su teléfono. ¡Qué día había de pasar! Tenía todas sus horas ocupadas, y se repetiría lo acostumbrado: jamás sucedía nada, nada…, y de repente, todo sucedió al mismo tiempo. Betka había esperado por espacio de varios meses, había escrito cartas, visitado, casi a viva fuerza, oficinas y despachos, telefoneado y retelefoneado sin resultado. Todo fue en vano. Pero desde el día anterior, todo parecía haberse puesto simultáneamente en movimiento: Betka había de ir a casa de *Madame* Chanel para

que pudiera comprobarse si serviría para modelo; debía hallarse a las cuatro y media en el Departaménto de Propaganda para hacer un ensayo que demostrase si servía como locutora de emisiones radiofónicas, y luego habría de dirigirse al despacho editorial de *La Fleche*, donde tenía que escribir a máquina… ¡Y así sucesivamente! No obstante, ya había tomado la resolución de no salir, so pretexto de esperar la llamada telefónica de Verónica, que, como sucede siempre, se produciría exactamente en el mismo momento en que ella abandonase sus habitaciones.

Hacia las cuatro de la tarde, Betka se dijo: «Esperaré otros quince minutos, y si no ha llamado, la llamaré yo».

Pero a las siete de la tarde, ninguna de las dos mujeres había llamado a la otra; y Betka se estiró en el lecho y pensó que su encuentro con Verónica se había producido en el momento más crítico y desgraciado de su vida. Y esto no quería decir que su infancia hubiese sido feliz, sino todo lo contrario. Pero en aquel instante le parecía apreciar que las persistentes lluvias de la amargura de su infancia comenzaban a filtrarse a través de los muros de la prisión de sus sentimientos de culpabilidad. ¡Cuán dolorosamente, con qué infernales angustias y remordimientos habían de expirar todos y cada uno de los segundos de placer que su cuerpo acertaba a arrancar de la vida cotidiana, tan cargada de fatigas y cuidados! En sus días de adolescente enamorada del amor, siempre había temido al placer; actualmente, el placer la aguijoneaba con nuevos temores: los lúgubres temores del desencanto y de la decepción. Nunca había tenido el valor preciso para «volver a empezar» con la misma persona; tan repugnantes eran aquellas experiencias para su memoria. El único placer sin remordimiento que había encontrado en toda su vida —lo sabía con certeza en aquel momento— era el de su encuentro con Verónica. Fuera de éste, casi desde que adquirió uso de razón, solamente había conocido la ansiedad de su cuerpo y un deseo atemorizado de acabar con todo. Recordaba haber experimentado un irresistible impulso suicida. Sucedió cuando tenía ocho años y residía en un pueblecito situado cerca de la frontera rusa, donde había soportado su martirio. Todas las visiones de aquella época tenían el amargo sabor del castigo; y Betka tenía razones suficientes para decirse que la vida que había vivido junto a sus hermanos no había estado

teñida de felicidad. Su madre les maltrataba implacablemente, tanto de palabra como por actos; cierto día, había atado al hermano mayor a los barrotes de la cama y le había amenazado con sacarle los ojos con sus calientes tenacillas. Sin embargo, esta madre era una mujer inteligente, y muy hermosa, que poseía un encendido cabello rojo. Era de ademanes refinados, y todas aquellas personas desconocedoras de sus furores domésticos debieron de tomarla por un ser lleno de distinción. Al verla presentarse ante sus amistades, con la curva graciosa del pecho asomando por el abierto escote, con los ojos suavemente entornados, hablando dulcemente, nadie de este mundo habría podido sospechar su inhumana crueldad, su perseverante, sistemático y meticuloso modo de hacer sufrir a sus hijos. Era astuta, poseía una voluntad de hierro, y era fanática de la limpieza, lo cual no era obstáculo para que llevara consigo continuamente un olor parecido al del café quemado. Con su extraño instinto, que le permitía descubrir los puntos más vulnerables de las almitas de sus hijos, solía imaginar el medio de clavar las agujas de su arbitrariedad en las criaturas, o enjaularlas entre las cuatro paredes de su dormitorio, que estaba empapelado con un papel en que se repetía el dibujo de unas espigas de maíz y unas amapolas, donde las encerraba y ejercía su despótica dominación. ¡Jamás se les permitía salir a la calle para jugar! ¡Oh, los cardos que brotaban junto a la carretera, oh, el lucero de la tarde!…

En ocasiones, Betka experimentaba un odio violento contra su madre; y esto, extrañamente, le hacía llorar y sentir una infinita ternura por ella; pues nada la colocaba en un estado más desconsolador que imaginar a su madre víctima de su quimérica venganza. A pesar del hecho de que su madre la hacía sufrir tan grandemente, Betka la admiraba como a un ser dotado de una soberanía todopoderosa. Sí, su madre era superior a las demás madres, y en las profundidades de su infelicidad, Betka la adoraba como a una divinidad. Betka veía a los chiquillos que la rodeaban, manirrotos, glotones, atolondrados, perdidos en la pacífica y dulce inconsciencia de sus vidas; pero no los envidiaba, no habría cambiado de situación con ellos. Su juventud no le permitía comprender la injusticia de su madre. Ésta siempre tenía razón, y ellos, los hijos, eran unos verdaderos monstruos. Betka lo reconocía

por propia voluntad, puesto que sabía que no había mandato que pudiera impedirla pecar. ¡Cardos junto a la carretera, la estrella de la tarde!… ¡Y cada uno de sus insignificantes impulsos de placer nacía ya mermado, agostado y marchito por otro impulso más fuerte: el de pedir perdón! Si su madre la castigaba, era, naturalmente, para dominar sus malos instintos, para frenar su innata perversión. ¡Todavía estaba segura de ello! Y ¿no se hallaba en aquellos momentos, en la hondura de su tormento, mimándose a sí misma, aprovechándose de la angustia de sus emociones para asirse, una vez más, al placer?

Betka volvió a cerrarse la bata y se mantuvo en rígida posición. Pertenecía a la casta de los animales. Le habría agradado morir. ¡Verónica! ¡Ángel! ¡No me desdeñes jamás!

A las diez, Betka recibió un telegrama de Polonia, firmado por su madre y que contenía una sola palabra en ruso: *Suka!* (puta).

A la mañana siguiente, a las diez y cuarto, Betka telefoneó a Verónica, que estaba sentada, desnuda, ante la mesa del saloncito, intentando matar el remordimiento de no haber llamado a su amiga y, al mismo tiempo, pensando el modo más diplomático de poder serle de utilidad. Cuatro veces había doblado cuidadosamente, y desplegado después, un billete de quinientos francos que había encerrado en un sobre, para luego sacarlo inmediatamente. También tenía el recibo del telegrama de Betka, que había sido enviado a Polonia dos días antes. ¿Debería ponerlo en el mismo sobre, o conservarlo? De todos modos aquel sobre debía entregarse personalmente. De otro modo, Betka podría sentirse ofendida. «Debo telefonearla ahora mismo». Y exactamente en el mismo instante en que dirigía la mano hacia el receptor, sonó el timbre de llamada.

Verónica se puso en pie y descolgó el receptor. Apoyó una helada rodilla en el caliente raso de la silla en que había estado sentada; mas, comprobando repentinamente que tenía frío, volvió a sentarse, y, recogiendo los pies bajo los muslos, se ovilló, con lo que transformó la esbeltez de su figura de un momento antes, como por un milagro de la elasticidad del cuerpo, en una bola regular compuesta de la mezclada confusión de sus rodillas, sus hombros, su cabello dorado, sus medallas de plata y sus perlas. De esta bola emergió un brazo libre con el cual retiró Verónica definitivamente

el recibo del telegrama, que guardó en una cajita de sobres y que retuvo el billete de quinientos francos en el hueco de la mano.

—¡Hola! ¡Ángel mío! ¿es usted?

—Sí. Estoy muy bien. ¿Cuándo podré verla?

—… No, no será posible hoy. ¿Le parece bien mañana?

Barbara, que terminaba en aquel preciso momento de telefonear desde sus habitaciones, entró en el saloncito en aquel instante y comenzó a dirigir desde lejos y acompañados de una larga serie de ademanes una sucesión de gestos incomprensibles a Verónica, quien la miró sin ver y sin intentar comprender lo que le decía. Luego, Barbara gritó:

—¡Di a Solange que mañana iré a su fiesta!

Verónica se limitó a contestar con un movimiento colérico de cabeza; pero repentinamente, decidió hacer uso de la información que recibía.

—¡Sí, *chérie*, sí! ¿Le parece bien mañana? ¿En la reunión de Solange de Cléda?… No, no, eso no importa, *mon chou*. Ya le he hablado de usted, y quiere conocerla… Estoy segura de que le va a agradar mucho… ¡Claro, naturalmente, es cierto! Sí, espere y se lo daré… Escuche… Rué de Babylone, número…

—Número ciento siete —dijo Barbara malhumoradamente al mismo tiempo que arrojaba la bata de su hija al pie de la silla.

—Ciento siete —repitió Verónica—. ¿Lo recordará?… Ciento siete… *Madame* Solange de Cléda… Rué de Babylone, ciento siete… Sí, *chérie*… Como usted quiera… A las siete, o a las seis y media… Y luego, la invitaré a cenar. ¿Ha recibido algún telegrama en respuesta al suyo?… Todavía no… Escuche, ángel mío: ¿necesitará usted dinero? ¡No lo recuerde!… Claro, *chérie*, la estoy escuchando. ¡Continúe!… Sí, *chérie*… Sí, *chérie*…

Durante todo este tiempo, Verónica, con la mano que tenía libre había plegado el billete en tres dobleces, lo introdujo en un sobrecito, que a su vez plegó en dos dobleces y, manteniéndolo apretado con la muñeca, acertó a pasar a su alrededor un anillo de goma de color rojizo. Los dedos de Verónica, pálidos, largos y de una coloración azulada en los nudillos, ejecutaron estas complejas operaciones con la inexorable, estremecedora y casi inhumana calma y con la precisión de esas falanges metálicas que cogen, dan vuelta y cambian mecánicamente los discos en los gramófonos

automáticos.

—Atiéndame: no se preocupe por eso. Acabo de meterlo en un sobre de tarjeta de visita. Se lo daré mañana. No lo pierda. ¡Es tan delgado, tan menudo!… ¡No diga esas cosas!… ¡No sea tonta!… ¡Ya le he explicado!… ¡Oh, sí, *chérie*!… Exactamente lo mismo que se puso la otra noche, pero póngase zapatos negros… y nada de impermeable, ¡ni siquiera en el caso de que llueva! No, *chérie*, eso no… Sí, a las siete y media, *chérie*; y luego, saldremos… ¡Adiós, *chérie*!

—¡Ángel mío, *mon chou*! ¡Sí, *chérie,* no *chérie*! ¡Los pequeños, en el sobre pequeño! ¡No lo comprendo! —exclamó Barbara imitando el tono de voz de su hija, a un mismo tiempo vivo y tierno—. ¡Otro caso afortunado para una pobre muchacha linda y holgazana! —Y a continuación, preguntó con más energía—: ¿Quién es ella?

—Es tu nueva secretaria, a quien acabo de inventar en este mismo momento. Pero a quien jamás permitiré que te vea —contestó concisamente Verónica—. Es una cuestión que no te importa. —Luego, continuó con voz melosa, como si pretendiera obtener perdón de su madre, cuya desaprobatoria mirada se posaba sobre la desnudez de Verónica—: Muchas gracias, mamá, por haberme entregado la bata; pero sabes perfectamente bien que sólo me gusta ponerme la otra, la que hemos enviado a almidonar; ésta es demasiado liviana, es como un pañuelo de seda. —Y mientras hablaba, recogió la prenda con los dedos de los pies, que los tenía casi tan ágiles como los de las manos. Luego, comenzó a balancear la bata caprichosamente con la extendida pierna, y repentinamente, ¡sswift!, la arrojó en dirección al techo por medio de un movimiento rápido, parecido a un puntapié, y la recogió con los brazos extendidos. Después, la enrolló coquetonamente, a manera de un turbante, en torno a la cabeza mientras, intencionada y negligentemente, extendía las piernas con un aire de candor, como si se hubiese olvidado de sí misma—. Dime, mamá: ¿fuiste a ver el nuevo coche aerodinámico que me prometiste?

—Sí; pero no me ha gustado absolutamente nada —contestó Barbara con tono incomprometedor.

—¿Por qué no, mamá?

—Porque es lo mismo que tú… Demasiado desnudo; y resulta molesto el mirarlo. Tiene demasiadas curvas, demasiadas

redondeces, demasiadas superficialidades, demasiadas prominencias, demasiado de todo. Y dije sin pestañear al vendedor que me lo mostró: «Sólo me lo llevaré si lo viste un poco». Y como pareciera abrumado por la sorpresa, le expliqué: «Lo que quiero decir es lo siguiente, querido: está demasiado expuesto. Tendrá que camuflarlo usando una funda con la forma de un traje escocés».

Barbara se había aproximado a su hija en la misma actitud que si hubiera olvidado o no hubiera percibido la desnudez de Verónica, y continuó hablando con exaltación:

—¿No crees que es una cosa divertida? ¡Un establecimiento de vestidos para automóviles! Vestidos de noche muy ceremoniosos, con escotes muy abiertos, con los pechos del radiador emergiendo del organdí, con largas colas de raso para las noches de funciones solemnes. Esto doblaría automáticamente nuestra colección de modas: colecciones de primavera, verano, otoño e invierno… Capotas convertibles guarnecidas de piel de foca, manguitos de visón para envolver los radiadores… ¿No te parece estar viendo el efecto de nuestro Cadillac viajando a través de un paisaje helado en las cercanías de Leningrado?

Verónica estornudó y, al estremecerse para hacerlo, el turbante se desenrolló y, cayendo sobre ella como una masa, le envolvió la cabeza y los hombros. Verónica quedó inmóvil de este modo, como si esperase cómicamente ser auxiliada.

—¡Te está bien empleado! —exclamó Barbara; y añadió con expresión de falso interés—: No te muevas; voy en busca del frasquito para que te pongas unas gotas de anticatarral en la nariz.

En su mansión particular de la calle de Babylone, Solange de Cléda hacía los preparativos para recibir a sus invitados.

Desde el incidente sucedido unas cinco semanas antes en la habitación del conde de Grandsailles, no había vuelto a verlo. El conde, todavía recluido obstinadamente en su solitario retiro del Château de Lamotte, no le había ofrecido otros signos de vida que el envío de algunos ramos de flores. ¡Aquellas flores del conde eran cosa digna de risa! Un jueves, por la mañana, su doncella, Eugénie, había abierto ante los ojos maravillados de Solange una caja grande, de color lila y brillante procedente de una de las mejores

floristas de París. En el interior de una toca monjil inmaculadamente almidonada que servía de búcaro se hallaba una homogénea masa de jazmines, que la llenaba hasta el borde, y en el centro de tan brillante y cegadora fragancia, la tarjeta del conde de Grandsailles, en la cual solamente estaba grabado su nombre.

Desde el momento en que hubo abandonado, en un estallido de ternura, todos los artificios de la altivez que habían alimentado su exasperante coqueteo con el conde de Grandsailles por espacio de cinco años, Solange se halló aturdida y desconcertada. Sin embargo, las flores de Hervé tenían un perfume que no era la insipidez de la piedad. ¡Eran tan fragantes!… Y la toca de monja… Solange no podía concederle otro significado simbólico que el de la pureza, si, ciertamente, había alguna otra razón que el gusto original del conde. Durante las cuatro últimas semanas se produjo la circunstancia de que, a pesar de que el aturdimiento de Solange había aumentado, su ansiedad, por otra parte, se amortiguó en virtud del sencillo hecho de que había renunciado a la lucha; y de este modo, su angustia tendió a estabilizarse en un vago y continuo tormento, en un ininterrumpido sufrimiento del espíritu, al cual ella había decidido, por todos los medios humanos y sobrehumanos, impedir que malograse la gloriosa integridad de su belleza, la estrella polar de su esperanza. Solange había observado repetidamente la presencia en Grandsailles del gusto terrenal que tanto le ataba a la carne, y que se expresaba por la necesidad, un poco cruda siempre, de golpear ligeramente sobre el cuello de ella, como si quisiera comprobar su solidez antes de tomarlo afectuosamente entre los brazos. ¡No! Ningún espectro, ni siquiera el más fascinante de todos, podría en aquellos momentos atraer su atención.

La tarde del día en que recibió los jazmines, Solange no pudo resistir a la tentación de dejarse caer, como si lo hiciera fortuitamente, por el establecimiento del que las flores procedían. Mientras esperaba a que se confeccionase un ramo de lirios del valle, vio una caja sospechosa en cuya cubierta podía leerse claramente la estación de que procedía: la de Libreux. En tanto que esperaba, Solange se aproximó a la caja, colocó bien, con una enguantada mano, dos lirios que surgían de un cesto que había a su lado, aflojó un ramo de botones de oro y, por último, y como

accidentalmente, levantó la tapa del misterioso objeto. Las piernas se le doblaron y casi se negaron a continuar sosteniéndola; la caja contenía filas y más filas de tocas monjiles, cuidadosamente dobladas y colocadas unas sobre otras. ¡Habría lo menos cincuenta! Esto quería decir que Grandsailles había dotado generosamente a la florista de sus originales envolturas. La repentina idea de que aquella especie de búcaro hubiera sido inventado para otras personas, además de para ella, y que a ellas había sido destinada, hizo que el polvo del mármol de su resentimiento rechinase entre los dientes exasperados de sus celos. Aquellas tocas monjiles que unos momentos antes fueron puras y celestiales, se presentaron como una verdadera abominación. De toda su blancura, de lo que era receptáculo de una ofrenda, de la expresión de los sentimientos más delicados, restaba solamente la degradante realidad de un tejido vilmente utilitario, similar al de las compresas limpias que la doncella suele llevar apresurada y silenciosamente, en el último momento, al cuarto de baño, y tan despreciables como ellas: las telas despreciables de las inconfesables intimidades de sus rivales. Tocas monjiles, bien dobladas, ordenadas en filas y que esperaban la consumación de las libidinosas ignominias con las cuales, Solange lo sabía, Grandsailles terminaría por destrozarle el corazón…

Pero al día siguiente, Solange recibió un ramo exactamente igual al primero; y otro al día siguiente. De este modo, pudo muy pronto tener confirmación de su seguridad de que, por lo menos aquella clase de ramo, estaba destinado exclusivamente a ella. Desde aquel momento, las flores se convirtieron en una de sus más queridas razones de esperanza; pero, al mismo tiempo, la condenaron a la más cruel de todas las pruebas. Pues ¿qué valdría aquella insinuación de una senda nupcial si al fin de tan asiduas ofrendas no había nada más que la liviana fragancia de un homenaje, y si la fragilidad de aquel persistente aroma no se mezclaba, al fin, con el amargo y permanente aroma del amor? De todos modos, Solange sabía que el camino de su pasión sería muy largo; y mientras se preparaba para convertirse en esclava de los tormentos de su espíritu, había decidido cuidarse de su cuerpo como de una cosa aparte. Convencida de que sería un error intentar conseguir lo imposible, ofuscar o distraer, sencillamente, su ansiedad moral por medio de acontecimientos de naturaleza diferente a la de sus

propios sentimientos, Solange ni buscó en el mundo físico ni esperó recibir de él ningún «consuelo»; pues el corazón solamente puede ser curado por el corazón.

Y, comenzando imaginativamente una vida aparte, Solange se preparaba para perseguir la realización del milagro único de cuidar de la persona física de su existencia como un ser independiente. De este modo, en tanto que entregaba sólo su espíritu a su pasión, prestaba provisionalmente los inagotables recursos biológicos de su cuerpo a los estudiados moldeamientos que practicaban los masajistas, los profesores de belleza, los cirujanos, los modistos y los profesores de baile. Pero antes que todo y a toda costa, una cosa era cierta: Solange debía poder dormir, para lo cual había recurrido a los auxilios de una doctora astuta y falta de escrúpulos, la doctora Anselme, quien le ponía todas las noches, regularmente, una inyección de luminal, una droga por medio de la cual obtenía un sueño refrescante y cuyos efectos sobre su organismo no serían perjudiciales hasta unos años más tarde. Solange despertaba de ordinario sin angustia; mas al cabo de unos diez minutos la angustia comenzaba a invadirla como si en ella se operase ese fenómeno de la capilaridad que hace que el café ascienda a lo largo de un terrón de azúcar; y terminaba por apoderarse de ella y por oscurecer la blancura de su alma despertante con sombrías ideas a través de la fina capilaridad de su sensibilidad.

Habiéndose entregado íntegramente a los cuidados de los especialistas —con excepción de lo que se relacionaba con sus sentimientos—, Solange conocía cada día un poco menos acerca de sí misma; y todas las mañanas preguntaba ansiosamente a la doctora Anselme:

—¿He dormido bien?

Solange había soñado tanto acerca de la posibilidad de dormir, que cuando el dormir llegó a ella no pudo soñar.

Aquel anochecer, cuando oyó que sus primeros invitados llamaban al timbre de la puerta de su jardín, se preguntó: «¡*Mon Dieu!* ¿Para qué quiero ver a toda esa gente?». Y, no obstante, sabía muy bien por qué. La gente se acercaba corriendo a ella para admirarla, para servirla, para ayudarla a trepar; y ella necesitaba de su servil adulación para avanzar hacia la todopoderosa meta de su prestigio social, que la permitiría aproximarse al nivel de

Grandsailles. Ya había sacrificado su orgullo al reconocer en beneficio del conde la naturaleza de sus sentimientos. Después, quería mantener su inferioridad con nobleza, en un plano de igualdad.

En la fiesta de Solange de Cléda se habló mucho acerca del proyectado baile de Grandsailles, y ya algunas «pequeñas almas», con su aguda e íntegra intuición parisiense del maquiavelismo social, y creyéndose predestinados a formar parte de la muchedumbre de quienes no serían invitados, comenzaban a preparar la plataforma de su batalla social. Estas personas comenzaban a intentar imponerse por medio del terror de sus maliciosas murmuraciones o por la histriónica vulgaridad de su servilismo, o bien por medio de una combinación de los dos métodos, sin olvidar ninguna de ellas, al mismo tiempo, el modo de preparar un terreno favorable para la retirada, de manera que, en el caso de que se produjera su derrota, pudiera ser interpretada por todos los medios humanos o divinos, con excepción del verdadero: la omisión intencionada, pura y sencilla del conde de Grandsailles.

La señora Claudine Cruett, con una taza de té en una mano, se apoderaba con la otra de unos pasteles que masticaba lánguidamente, uno tras otro, con expresión de angustia. Vestida con su vestido hechura sastre, de color gris perla, con un ramo de lirios del valle prendido con melancólica inclinación, se preparaba a lanzarse a una polémica.

—Un baile de Grandsailles es siempre un éxito —dijo en tanto que se levantaba el blanco velo con el dedo meñique, el único que tenía libre y seco—. ¡Es tan claro como la luz del día! El conde triunfa, porque jamás corre el riesgo de fracasar. Todo cuanto organiza constituye una obra maestra; pero, a la larga, la falta de espontaneidad se hace insoportable para las personas que han pasado demasiado tiempo entre las paredes de su casa. —Y suspiró con el aliento etéreo, aunque tuviera cuatro filos, de su nacarada nariz, en tanto que apoyaba el borde de sus puntiagudas nalgas en las rodillas de Farges, el poeta regordete, quien la obligó a dejarse caer entre sus brazos—. Me gustan los bailes que brotan en veinticuatro horas, como los hongos —continuó Claudine con caprichosa e inocente expresión—, bailes con rostros nuevos, con vestidos apenas cosidos, con cositas para ir picando.

—¡Sí, sí, sí, mi Claudinette, mi Claudinette, mi hermosa ciruela Claudia! —Murmuró Farges—. Farges es el único que comprende los pensamientos de esta niña. Usted se acordará de Venecia —continuó dirigiéndose a Solange de Cléda, que acababa de tenderse a sus pies y que parecía exactamente un galgo de plata oxidada con aquel vestido ajustado de color gris que tanto destacaba sus costillas cuando respiraba—. Bien; en Venecia —continuó Farges—, siempre que decidíamos realizar alguna excursión para visitar una villa paladina, solía llover. Nunca fallaba. Al anochecer, el cielo se aclaraba, y alguien señalaba una nube de polillas que danzaba en tomo a una cruz de san Andrés, al pie de un ciprés; y al regresar a Venecia solíamos enterarnos de que había dado comienzo un baile.

Farges tenía fama de ser muy ingenioso porque era gordo, porque hablaba con voz nasal, se ahogaba e interrumpía a causa de una gran variedad de accidentes y perturbaciones respiratorias, y finalmente, porque en verdad era muy ingenioso. Estaba meciendo a Claudine en sus brazos, y los orificios negros y peludos de su nariz rozaban los lirios del valle de su protegida, lo mismo que dos zumbadores moscardones. Cada una de las sílabas que pronunciaba, murmuradas y apenas inteligibles, llegaba hasta los oídos de Claudine a través de la pantalla de los diversos pólenes de la selva peluda de su nariz y de su mal cuidada barba, confusamente, como el ininteligible susurro de la poesía.

—¿Qué dice? —preguntó Ortiz, que estaba radiante de expectación.

Estaba brillante y nuevo, como si acabase de salir de una caja, y aproximó su silla a la de Farges. Claudine articuló un grito histérico.

—¡Es maravilloso! Dice que el baile de Grandsailles ha de hervir a fuego lento en la trasera de las cocinas de todos los salones parisienses. ¡Solange, estará bueno cuando haya sido recalentado!

—¡Adoro los platos recalentados! —exclamó Ortiz.

—¡Qué extravagancia! ¡Nadie podría comprenderlo al mirarle el vestido! —murmuró Farges arrugando con disgusto el entrecejo.

—Recalentado o no —dijo Cécile Goudreau voceando desde lejos—, lo peor de todo será el tener que quedarse en casa la noche del baile ¡e intentar convencerse de que el propio plato recalentado es el mejor de todos!

—Y ¿el Banco? —exclamó el joven Ortiz mientras reía, hasta el punto de que brotaron lágrimas de sus ojos, con lo que pretendía borrar la amargura que encerraban las últimas palabras de Cécile Goudreau—. Todos y cada uno de nosotros debemos comenzar desde ahora mismo a preparar nuestro Banco para la noche del baile. El mío será mi ropaje.

Otras personas se habían acercado y engrosaron el grupo en que la discusión acerca del baile de Grandsailles se hallaba todavía en su fase inicial. Luego, Solange, deslizándose como una anguila de plata oxidada, se inclinó para hablar con Dick
d'Angerville,
que observaba todo y a todos con su escéptica expresión y parecía no ver nada. Solitaria, en pie, manipulando constantemente los objetos próximos a la mesa del bar, Solange de Cléda se estremeció un poco al observar lo animado de su salón, que aquel día presentaba un aspecto excesivamente pintoresco. Había, ciertamente, algunas personas extraordinarias en él. Soler, el catalán, se hallaba en un estado de constante agitación, derramaba su martini, se quemaba con el cigarrillo, arrastraba continuamente los sillones de un lado para otro en su deseo de ser útil a todos. ¡Qué espécimen era! Hacía fotografías de modas exageradas, pretendía haber inventado una nueva religión, y construía a mano cascos de piel para conductores de automóviles.

Alguien agitaba a la pequeña señorita De Henry, quien, como de costumbre, estaba cubierta —devorada, podría decirse— por imperdibles, broches, alfileres, collares, brazaletes, amuletos, campanitas; no parecía sino que el que la agitaba pretendiera librarla de todo ello. Soler dudó, pero resultaba evidente que había tomado la determinación de terminar con su zozobra. ¡Allá fue! Era inevitable: acababa de sentar a la señorita De Henry en lo alto del piano. Su broche de rubíes se abrió y cayó al suelo. Con el fin de poder ver mejor y de poder ser vista mejor, Solange se arrodilló en el tercer escalón de la escalerita de la biblioteca y miró a su alrededor. De aquel modo, parecía un halcón de plata. Juzgando a la totalidad de sus invitados desde el «punto de vista de Grandsailles», la reunión que se congregaba en su salón le pareció incoherente. Todos sus amigos, que estaban acostumbrados a verse constantemente unos a otros, que se reunían casi todos los días,

producían, por el contrario, la agitada impresión de personas que se hubieran encontrado casualmente; y su familiaridad parecía fuera de lugar.

En las reuniones que organizaba Grandsailles, sucedía lo opuesto; todo era tan compacto, tan bien se concretaba, que, puesto que nada había que pudiera cambiar de lugar, nada se hallaba «fuera de lugar». Y aún las personas que se reunían en la casa con cierta frecuencia, parecían haberse separado unas de otras dos o tres centenares de años antes.

—¿Qué piensa usted, *tristesse*? —preguntó
D'Angerville
a Solange al mismo tiempo que la tomaba de la mano para ayudarla a descender.

Solange permaneció durante unos momentos con las manos cruzadas sobre el pecho, que era su gesto característico y estaba impregnado de tímida melancolía. En aquel instante, semejaba una Solange de Cléda hecha de angustia oxidada.

—Considero que todo esto es terriblemente chapucero —exclamó, agitada por una risa reprimida, al mismo tiempo que se llevaba el cigarrillo a los labios—. Le falta distinción.

—Lo que concede distinción…, «clase», en el verdadero sentido… —dijo
D'Angerville
mientras ofrecía a Solange su encendedor—, es la unidad en el destino. Y esto es aplicable a las famosas estatuas ecuestres del Renacimiento…, que tenían «clase» solamente si estaban fundidas conjuntamente, jinete y caballo, en un solo molde. «El hombre montado en el caballo de su destino»…, todo de una pieza. Mire a nuestro alrededor: ¡nadie parece estar definitivamente acabado! Y en muchas ocasiones, la cosa tiene un aspecto todavía peor. Estas personas parecen estar constituidas de diferentes partes alquiladas y realquiladas de otras personas, y unidas en un conjunto de un millar de piezas, ninguna de las cuales armoniza con el resto. —Y exhaló un suspiro y añadió—: Y resulta todavía más lastimoso cuando pretenden crear un conjunto. —Y como Solange reprimiese una repentina risa fingiendo toser con la mano vuelta ante la boca, prosiguió—: Sí, *tristesse*, no ría. Se lo suplico. Estaba mirando a la misma persona que usted. —Luego, haciendo inventario, con el

ademán de alguien que realizase una importante operación, enumeró—: El sombrero, con el bolso; el broche, con los botones, los botones, con las campanitas, los zapatos, con…

—¿La nariz? —estalló Solange.

Y verdaderamente, la señora en cuestión tenía unos zapatos puntiagudos exactamente de la misma forma que su nariz, en exceso empolvada.

Solange pensó que podría decirse lo que se quisiera acerca de Grandsailles, mas que se hacía preciso reconocer que estaba fundido en una sola pieza.

—*Mon Dieu!* —exclamó Solange nuevamente desalentada—. ¿Qué podría hacer?… Solamente usted, querido
D'Angerville,
podría ayudarme a rehacer mi salón de modo satisfactorio.

—Es una cosa fácil —contestó
D'Angerville
—. Bastará con algunos muebles antiguos y hermosos… y con limitar hasta el mínimo el número de personas indeseables.

Y, en tanto que hablaba, dirigió la mirada hacia un largo diván que había a la entrada y en el centro del cual reinaba Cécile Goudreau sobre un nutrido grupo de mujeres cínicas, entre las cuales varios individuos muy poco varoniles se entregaban a toda clase de pantomimas para su propia diversión.

—Pero Cécile Goudreau es recibida en casa de Grandsailles.

—Sí; pero usted le concede una distinción excesiva —replicó
D'Angerville.

Cécile Goudreau era, verdaderamente, una especie de personaje balzaquiano, inteligente y *declassée*, que se había convertido en una verdadera institución parisiense a fuerza de intrigas. Grandsailles había reconocido su fuerte personalidad en momento oportuno, del mismo modo que un gobierno estable reconoce la fuerza de un movimiento revolucionario que amenaza hacerse demasiado importante.

—¿Y Barbara?

Barbara había entrado en aquel momento en el salón; y fue innegable el efecto decorativo que produjo.

—Barbara —respondió
D'Angerville

— no puede ocasionar a usted ningún daño; por el contrario, pertenece a la clase de frutos prohibidos de Grandsailles y a la de los «disidentes que tienen su puesto en el centro».

Solange se adelantó para recibir a Barbara, quien la besó en las mejillas y en las orejas y se excusó por haber llegado tan tarde. De todos modos, llevó la fotografía que había prometido para el álbum de recortes de notas sociales de Solange: «¡Un retrato de la princesa Agmatoff en actitud de contorsionista!».

—Pero ¿dónde he puesto mi bolso?

Solange ordenó a un sirviente que buscase el bolso. Betka apareció casi en el mismo instante que Barbara. Había esperado por espacio de cerca de dos horas a Verónica, con el fin de entrar en su compañía, puesto que se hallaba acobardada por la constante afluencia de tantos lujosos coches. Después, finalmente, reconoció a la madre de Verónica y la siguió de cerca. Todavía no se había desvanecido su ofuscación cuando se halló con un cóctel Bacardí entre las manos, bebida que un despierto sirviente le ofreció. Se produjo una agitación de curiosidad en el grupo que rodeaba a Cécile Goudreau, y todas las miradas parecieron preguntar asombradamente: ¿quién es esa pelirroja grande y guapa?

Cécile Goudreau acudió inmediatamente en auxilio de Betka.

—Abandone esa mezcla estúpida por un momento; luego podrá recogerla de nuevo —dijo mientras tomaba el vaso de sus manos y lo colocaba cuidadosamente sobre la mesita próxima al diván—. Venga conmigo; la presentaré a la dueña de la casa, y cuando se haya despojado de todas esas cosas que la estorban, aproxímese a mi grupo. No preste atención de ninguna clase a nadie más; somos las únicas personas inteligentes que encontrará usted en esta reunión.

Betka cogió agradecidamente a Cécile del brazo y la siguió. Diversas personas comenzaban a abandonar el salón, y Solange, que se hallaba próxima al vestíbulo, acompañada de
D’Angerville,
cambiaba con ellas las habituales amabilidades; y en los intervalos, fingía sostener una conversación con
D’Angerville,
cuando en realidad ambos se limitaban a hacer una clasificación de los invitados diciendo sencillamente:

—Éste sí… Ése no…

Cuando Betka se hubo retirado, Solange dijo a D'Angerville:

—¡Hermosos dientes!

—Sí; pero no le servirán de mucho.

—¿Son débiles? —preguntó Solange.

—Anuncian muerte prematura, muerte violenta, seguramente.

Betka regresó junto a Cécile Goudreau y bebió su Bacardí de dos sorbos; jamás se había encontrado tan cohibida; nunca había oído en ningún grupo social unas conversaciones tan crueles, ácidas y cínicas. Se hallaban discutiendo la siguiente pregunta: «¿Qué prefieren las mujeres? ¿Un hombre con quién salir o un hombre con quién quedarse en casa?».

Una mujer dijo:

—¡Cómo! ¡Hombres para salir con ellos! ¡Naturalmente!

Otra mujer añadió, entre aclamaciones de los afeminados:

—Prefiero salir con un hombre y quedarme en casa con una mujer.

Otra afirmó:

—Me sucede lo contrario. Me gusta pasear con una mujer y quedarme en casa con dos hombres.

—Y ¿por qué no con seis, como las cortesanas griegas?

—¡Ah, eso es cuestión de temperamentos! —dijo suspirando Cécile Goudreau—. De ese modo es Isadora. Pero usted sabe, *chérie*, que en Auvemia llegamos al mismo resultado por medio de dos huevos cocidos y una cuerda de guitarra.

Betka, temerosa de que se le formulase la misma pregunta, que la habría paralizado de vergüenza, se separó del grupo y se dirigió hacia un rincón solitario próximo a un ancho balcón que se abría sobre el jardín. Mas, hallándose nuevamente perdida y desorientada, decidió presentarse por sí misma a Barbara y pedirle noticias de Verónica.

—Mi hija ha ido a Fontainebleau a pasar el fin de semana; pero me ha dejado una cosa para usted. ¡Oh! ¡Aquí está mi bolso! —exclamó mientras lo tomaba de manos del sirviente, que en aquel momento se lo llevaba—: ¡Aquí está la fotografía de la princesa! —anunció Barbara señalando a Solange, que se acercó a ella en compañía de

D’Angerville.

Y Barbara se sentó en el centro del grupo de Cécile Goudreau, donde todas las mujeres, ávidas de curiosidad, le abrieron sitio.

Barbara comenzó a revolver en el fondo del bolso con ambas manos, con lo que todos los brazaletes tintinearon. Y lo hizo con la descuidada ansiedad de un perrito faldero que hubiera enterrado su juguete, sin otra necesidad que la de dar rienda suelta a su instinto.

—¡Escondo todo en el bolso, y luego, jamás puedo encontrar nada! Demasiados secretos…, demasiados escándalos envueltos en trozos de periódicos…, demasiadas vitaminas… ¡Aquí está! Esto es lo que Verónica me ha dado para usted —añadió Barbara mientras entregaba a Betka con el gesto burocrático de un cartero el sobrecito rodeado de un anillo de goma que Verónica le había confiado. Betka enrojeció al tomar el sobre—. ¡Al fin! —exclamó triunfalmente Barbara—. Esto es para Solange.

Y de entre la confusión de objetos que llenaban su bolso acertó a extraer una tarjeta postal, amarillenta y desvaída, que, por haber permanecido cerrada en dos dobleces durante mucho tiempo, tenía una irresistible tendencia a cerrarse nuevamente sobre sus gastados goznes. Barbara agitó, con el brazo extendido, el frágil recuerdo y lo hizo moverse ante todos los ojos; y a cada movimiento provocado por su exaltación de dependienta de gran almacén, el objeto parecía inevitablemente destinado a partirse en dos trozos.

—¿No es pintoresco? ¿No es encantador? ¿No es un documento único y sensacional?

Era, sencillamente, la fotografía de una hermosa locutora: la de la princesa Agmatoff en la época en que, en el alborear de la revolución rusa, se vio forzada a buscar refugio en las barracas, infestadas de insectos, del Prater de Viena. Ala vista de aquella fotografía, los afeminados rompieron en sonoras exclamaciones y risas plañideras que modularon todos los tonos de la hipocresía que se incluyen entre el sarcasmo y la emoción. Las mujeres cínicas emitieron gritos contradictorios; Cécile Goudreau permaneció silenciosa; y el vizconde de Angerville se afligió desaprobatoriamente.

Luego, Solange de Cléda besó a Barbara en el cuello y oprimió la tarjeta postal contra el pecho y la mantuvo de este modo, como si pretendiera protegerla contra la curiosidad.

—¿Puedo quedármela? —suplicó.

Betka se encontró tan embargada por la emoción de hallarse en posesión de un mensaje procedente de Verónica, que se atragantó por un momento y hubo de apoyarse en el brazo de Cécile Goudreau. Ésta le indicó imperativamente que se sentase a su lado, en el largo diván, y no cesó de observarla.

—¡Volveré dentro de un instante! —dijo Betka a Cécile.

Y se puso en pie, con las piernas vacilantes y el corazón palpitante, y se acercó a la ventana, lugar que aún se encontraba desierto y bañado por una luz suave y azulada, la cual, no obstante, fue suficiente para que se revelase en toda su crudeza la terrible decepción que el contenido del sobre encerraba para Betka. Antes de abrirlo, los dedos de Betka habían estirado diversas veces el anillo de goma, de un verdoso color de apio. Abrumada por las dudas, parecía por este medio intentar alejar el momento de conocer la verdad. El temor había comenzado a mezclarse con sus esperanzas y a envenenarlas. Pero ninguna sospecha podía haber igualado a la crueldad, a la amarga y dolorosa realidad que la esperaba, ya que dentro del sobre no estaban el mensaje ni el dinero tan insistentemente prometido a pesar de sus enérgicas negativas y protestas. En lugar del obsequio que no había pedido, o de las palabras amistosas que había intentado merecer, solamente se hallaba el recibo azul del telegrama dirigido a Polonia que Verónica había enviado en beneficio de Betka, cuidadosamente plegado en cuatro dobleces, y en el centro del cual se encontraba, clara y descuidadamente escrita en lápiz rojo, probablemente por mano de la propia Verónica, la difamante marca de la trivial cantidad a que ascendía su deuda: ¡cuarenta y ocho francos y cincuenta céntimos! En aquel momento, a la nueva luz de su decepción, Betka vio el desarrollo de todas las adversidades y desventuras de sus últimos días, en el curso de los cuales había acertado a borrar y a olvidar todo y a desear vivir con la única ilusión y la sola esperanza de ver nuevamente a su amiga. Y se encontró asaltada por el remordimiento de haber desatendido aquellas citas, de haberlas perdido, y abandonado sin excusas, de haber desperdiciado la ocasión de ser empleada como maniquí, o en la radio o en el periódico; después, aquella negativa de sus padres a ayudarla, la casi absoluta certidumbre de que su hermana se había casado con el

novio de ella…

Más ninguna de aquellas circunstancias, ni siquiera el terrible estigma del insulto que su propia madre le había dirigido, podría herirla más dolorosamente que el desdén de Verónica; y le pareció ver en la inhumana crueldad de su acto un algo extraño y monstruoso que no le era posible comprender por ningún proceso racional. ¿Por qué la había obsequiado Verónica tan suntuosamente en La Tour
d'Argent?
¿Por qué había hecho gala de tanto encanto y por qué había desplegado para ella, por espacio de varias horas, todos los recursos de su seductora fantasía? ¿Lo hizo solamente con el fin de llenar el vacío de una tarde de aburrimiento? ¿O para satisfacer el capricho de su deseo exhibicionista, si no meramente por la diversión de sentirse por espacio de varias horas mirada y admirada, de deslumbrar con el relámpago de su brillante personalidad a un ser tan débil como Betka, que no tenía otras características que su hambre de afectos, su disposición y su ansiedad por entregar su corazón?

Betka pareció percibir que la mirada de Verónica se endurecía en las profundidades de la suya y le arrancaba lágrimas. Fue como si los ojos impasibles de su amiga, tan dulces unos momentos antes, se encontrasen más presentes materialmente y más enigmáticos a medida que se hacían más inflexibles. Y, desde entonces en adelante, ¿habría de querer menos Betka a Verónica a causa de lo sucedido? ¡Seguramente, no! Por el contrario, comenzó a quererla más cuando la realidad de Verónica se hizo más quimérica y las razones de Betka para el desaliento aumentaron; su indignación creció con su desgracia. Jamás había podido odiar a su propia madre cruel. ¡Cómo podría adorar a Verónica, si ésta se dignase aceptar su martirio! Pero ¿volvería Betka a verla en alguna ocasión? Exactamente unos momentos antes, al mirar el mismo jardín con la angustiada incertidumbre de la esperanza —¡qué tonta era!—, había percibido lo bonitas que eran las flores de los castaños; después, con la proximidad de la noche, las mismas flores se habían trocado en copos de nieve del invierno de su desilusión, y una mano fría, engarfiada como las uñas de los pájaros, la aligeró de su carne todavía ardiente.

Cécile Goudreau, cuya respiración había oído Betka a su lado desde unos momentos antes, la cogió de un brazo.

—Está usted contrariada, ¿verdad? —preguntó Cécile a Betka—. ¡Vámonos! Esto está muy aburrido. Todo el mundo está ocupado… ¡Vámonos!… Esta noche, irá usted con Cécile Goudreau… ¡Iremos juntas a mi casa!

—¿Adónde vamos? —preguntó Betka a Cécile cuando hubieron caminado en silencio hasta más allá de la calle de Babylone.

—A ningún restaurante…, sobre todo después de la bazofia que hemos rechazado. —Y después de una larga pausa, añadió—: ¿No tiene usted miedo de mí?

—¿Por qué? Las cosas agradables no suceden jamás —contestó Betka riendo maliciosamente.

—Suceden; pero solamente a medias —replicó Cécile con un suspiro.

—¿Seguimos andando? Nos sentará bien el ir a pie hasta los Campos Elíseos. El andar resulta muy aplacador en ocasiones.

—¿Cómo marcha su angustia?

—¿Qué angustia?

—¡Vamos, querida, no pretenda engañarme! Yo también estoy angustiada. ¿Por qué estamos juntas ahora, si no es por esa razón? ¡Porque estamos afligidas!… Es la enfermedad de nuestra época. ¿Por qué estamos preparándonos para la guerra? Porque estamos aburridos y afligidos. La unión del aburrimiento con la angustia se ha convertido en una fuerza terrible. ¡Ellas son quiénes gobiernan nuestro mundo! ¡Taxi! —gritó Cécile Goudreau.

El automóvil se detuvo y se aproximó a las dos mujeres con la fiel obediencia exigida por quienes, por medio del «irrevocable» tono de su voz, saben cómo expresar la inflexible autoridad del amo.

Tan pronto como se encontraron en el vehículo, Cécile se arrellanó en el asiento y dijo:

—Es conveniente para las piernas el decirse algunas veces: «Demos un paseo hasta los Campos Elíseos», a condición de que inmediatamente pueda hallarse un taxi. Estoy cansada, *chérie*. Aprecio mucho a Solange, aparte de que está destrozándose el corazón por ese Grandsailles, tan admirado suyo; pero no puedo resistir a las mujeres de la clase de Barbara. Se dice que soy una

cínica… Bien; ¡no puedo soportar a Barbara!

—Es muy cariñosa con todo el mundo —protestó débilmente Betka.

—Lo concedo, *chérie*. Lo que es, lo es inconscientemente; pero eso no importa, porque no altera las cosas. ¿Comprende usted que se haya atrevido a mostrar la fotografía de la pobre Agmatoff, apenas transcurridos dos años de su guillotinamiento, por decirlo así, por el guardabrisa de su automóvil? Y ¿cree que el modo como entregó a usted el sobrecito de Verónica fue discreto? ¿Conoce usted bien a Verónica?

—Muy superficialmente —contestó Betka, enrojeciendo.

—¡Es una muchacha templada en acero! Su madre, por lo menos, es cariñosa. Pagó la renta de la casa de la princesa Agmatoff por espacio de cinco años. Era un piso inmenso de la Rué de Rivoli… Y las facturas de la modista… y todo lo demás. Bien es verdad que puede permitirse esos lujos.

—Se ha portado muy bien conmigo —dijo Betka haciendo alarde de sus casi inexistentes relaciones con Barbara.

Después, al cabo de un largo silencio, y como si continuase sus reflexiones, Cécile Goudreau concluyó:

—Sí, sí; reconozco que Barbara es un verdadero ángel. Lo que no le impide siempre poner las alas en todo lo que hace.

El taxi se había detenido tan suavemente, que no pareció sino que en el curso del largo viaje el prestigio del pasajero se hubiese desarrollado y consolidado.

La *gargonniére* de Cécile Goudreau estaba situada en un rincón, tras el Palais Galiéra. Tenía la fachada de piedra pómez y cubierta de musgo. Cuando las dos mujeres llegaron, la oscuridad no era todavía completa, y la breve inmovilidad de su taxi, aun cuando exactamente igual a la de cualquier otro taxi, se hizo inmediatamente sospechosa, tan sólo a causa del verdor que cubría las rezumantes paredes. Y lo habría sido aún más si hubiera sido observada por un imaginario espectador, preferiblemente situado en el cuarto piso de alguna casa vecina, si tal persona hubiera existido en aquel rico, aunque escasamente habitado, barrio de París. La escalera estaba tan oscura, que cuando ambas entraron en la casa,

Cécile Goudreau tomó a Betka de una mano con el fin de guiarla.

—¡No tropiece…, ahí! Creo que debemos tuteamos, ¿verdad?

Estaban subiendo por una larga escalera de caracol.

—¡Hay todavía un piso hasta llegar a mi puerta! Espera un momento.

Goudreau se había puesto a cuatro patas en el suelo para buscar la llave bajo la alfombra.

—¡Ya la tengo, querida pelirroja! Lo peor ha terminado.

E introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta silenciosamente. Las dos mujeres cruzaron una ancha estancia entre la oscuridad, y sus tacones resonaron como si repicasen sobre el mármol en la antecámara de un embajador. Luego, pasaron entre unas pesadas cortinas a una segunda habitación débilmente iluminada, más pequeña que la primera, pero con un techo muy alto, que le concedía un carácter tanto de intimidad como de solemnidad. La estancia estaba materialmente cubierta de anchas bandas de raso de color blanco y amarillo de margarita que estaba plegado verticalmente a lo largo de las paredes y se elevaba hasta el techo en forma de cúpula, donde se reunía en un inmenso rosetón limitado por galones, del cual colgaba un grueso cordón negro salpicado de lentejuelas plateadas; al final de este cordón estaba colgada, a baja altura y exactamente en el centro de la estancia, una linterna japonesa, muy grande aunque muy frágil, de un indeterminado color rosa de gorgojo…, suponiendo que haya gorgojos de este color. A lo largo de las cuatro paredes de la habitación, colocados unos frente a otros, había cuatro largos divanes, bajos y anchos, uniformemente cubiertos de chinchilla y sembrados de grandes almohadones orientales antiguos; estos divanes estaban separados solamente por la puerta de entrada y por la ventana que se abría frente a aquélla. Estas dos aberturas estaban cubiertas por grandes cortinas del mismo material, y que imitaban los mismos pliegues que las paredes, de modo que cuando todo estaba cerrado se recibía la impresión de hallarse aprisionado por una absoluta uniformidad de tejidos. Bajo la lámpara, pero un poco más cerca del ángulo que se formaba entre la puerta y la ventana, y al nivel de los divanes, se encontraba una mesita rectangular de laca negra, sobre la cual se hallaban dispuestas con perfecta simetría dos pipas para fumar opio, una lamparilla de alcohol, las

agujas y las cajas de metal. Otros dos detalles completaban el ambiente del lugar: un pequeño nicho, situado en el mismo ángulo que la mesa, a mitad de la altura de la pared, forrado en raso, que contenía un icono ruso iluminado por una lámpara de aceite. El suelo se hallaba cubierto de una alfombra peluda y gruesa, del color de las vides, sobre la cual se caminaba como sobre una alfombra de flexibles agujas; esta impresión era suavizada por la presencia de cuatro inmensas alfombras, cuatro osos polares que tenían las bocas completamente abiertas y se miraban mutuamente con sus ocho ojos de cristal.

—Aligérate de ropas —dijo Cécile Goudreau al mismo tiempo que entregaba a Betka su bata de color tabaco, mientras ella se desnudaba y se enfundaba una bata enguatada de color azul pálido, con manchas marrones allá donde se veían los agujeros que habían dejado varias quemaduras.

Betka se puso la bata con rapidez, y mientras se recogía las mangas miró de soslayo a su acompañante, que se había instalado con la mayor comodidad posible, del mismo modo que si se hallase sola en la habitación. El cuerpo desnudo de Cécile Goudreau no era en absoluto bello, y sus pechos estaban marchitos, pero era de una hermosura divina y sus piernas, estilizadas. Tenía el rostro de un pájaro que pareciese un gato y el cuerpo de un gato que pareciese un pájaro, sin parecerse ni siquiera mínimamente a un búho, como en los primeros momentos de observación podría creerse. En realidad, lo que había de ave en Cécile Goudreau era la extrema fragilidad de sus rodillas, de sus muñecas, de su cuello rojizo y cavernoso, el exiguo volumen de su menudo cráneo, y el cabello que se rizaba en anillos separados, liso y regular como plumas; lo que en ella había de felino era la mirada fija y verde y la cínica masculinidad de los puntiagudos dientes. Todo lo demás era también felino: los elásticos y curvos movimientos, la concentrada languidez de su indolencia, y hasta sus maullidos; pues podría decirse que sus famosas agudezas, breves y matizadas de voluptuosas inflexiones, eran maulladas más bien que habladas.

—¿Te gusta esto? —Maulló Cécile Goudreau mientras movía circularmente la cabeza de modo que parecía acariciar desde lejos todo el raso que colgaba de las paredes—. No me importa mucho la decoración, que es excesivamente al estilo de Paul Poiret, pero me

agrada su infantilidad, su anacronismo. Compré todo esto en una subasta, cuando lo vendió el príncipe de Orminy, que estaba hastiado de ello; y se comprende perfectamente. Pero ya verás, pequeña, como cuando comiences a acostumbrarte a ello, todo este lujo excesivo te parecerá muy apropiado para fumar. Pues nada de lo que aquí ves es de piel de conejo, querida, sino de legítima piel de chinchilla. ¡Y hay muchísima! —Añadió al mismo tiempo que aplastaba las pieles con sus pies de pájaro—. Orminy no se suena la nariz con la bocamanga. ¡Puedo afirmarlo! ¿Ves esa especie de sopera que está destinada a vomitar en ella? Es de oro macizo.

Mientras hablaba, Cécile Goudreau se estiró y acercó hacia ella la mesita de laca sobre la que se encontraban los útiles de fumar. Betka se acercó y se tendió a su lado, apretando suavemente su cuerpo contra el de ella. Cécile, con un movimiento rápido e involuntario, rodeó con su brazo el cuello de ella, acercando de este modo el rostro de Betka al suyo.

Atentamente observó los rituales movimientos de las manos de Cécile, que preparaban ágilmente las primeras pipas. Con la habilidad de un consumado mandarín, formó en la punta de la aguja una bolita de opio, la calentó, la acercó a la llama hasta que crepitó, pero la retiró justo cuando iba a comenzar a arder, la moldeó, la apretó y jugó con ella voluptuosamente como si fuera una materia tan preciosa para ella como la que los grandes narcisistas se sacan de la nariz y vuelven a meter en ella con gran delicia. Esto mismo debió de pensar Cécile Goudreau, puesto que dijo a Betka:

—De todos modos, es menos sucio que hurgarse la nariz, ¿no es cierto? ¡Qué ocupación! Me acuerdo del pobre Orminy, que fuma como un bendito y que se ha hartado de este ambiente. Hay dos clases de fumadores, querida: la de los que fuman para crear un ambiente, una atmósfera para sí mismos y que se hartan tan pronto como lo consiguen; y la de los que fuman, sencillamente, porque están hartos del ambiente. Los primeros pertenecen a la clase de los estetas, a la clase de los que son ligeramente imbéciles, los Orminys; yo pertenezco a la segunda, que es la legítima, que es dogmática sin tapujos. Pero ya verás lo curioso que todo esto resulta. Al fin, terminamos por comprar nuestra atmósfera ya confeccionada. ¿Quieres apretar ese botón, el que está debajo de la mesa, para

apagar la luz? ¡Gracias! ¿Verdad que se está mejor solamente con la luz de la llamita? Es verdaderamente bonita esa lámpara del icono. Orminy debió de enorgullecerse del efecto que produce. ¡Pobre diablo! ¿Qué edad tienes?

—¡Qué bien se está aquí! —dijo Betka suspirando.

—¡Eh! ¿Me escuchas? ¿Tienes veinte años?

—Peor que eso —respondió Betka riendo—. ¡Dieciocho!

—¡Es una lástima! Exactamente lo que había supuesto: ¡la edad estúpida! Toma, tesoro, aspira esta fragancia —continuó Cécile al mismo tiempo que ponía la pipa en los labios de Betka—. Algún día, darás gracias a la vieja Goudreau por haberte enseñado a fumar esta despreciable sustancia. Estás hecha para fumarla… Basta mirarte para saberlo. Tienes un rostro angustiado y una boca grande y sensual. ¿No comprendes que no se avienen? Solamente una buena dosis de opio puede ponerlos en armonía. Lo sé por experiencia. Podría distinguir a un fumador entre el público que llena una plaza de toros. ¿Querrás recordarme que te cuente la historia del joven Ortiz, a quien recogí en Madrid? Hoy no hablo, como observarás, sino que me limito a decir todo lo que se me viene a la lengua. Pero tenemos muchos años por delante, y oirás referir cosas muy interesantes a Cécile. Podré concederte cierto aroma literario, el de Marcel Proust, por ejemplo, que es lo verdadero, lo importante; también podría darte el aroma de Lautréamont, pero para ello necesitaría un piano. En esta casa se echa de menos un piano, ¿no es cierto?

Betka había terminado de fumar la pipa con la avidez de un bebé que tomase el pecho. Comenzaba a obtener satisfacción de la decepción que Verónica le había producido y a embarcarse en sueños, en los cuales aquélla se asombraba al verla viviendo su nueva vida de libertinaje, que ya comenzaba a parecerle dotada de una distinción única y más allá del alcance de cuanto hasta entonces había conocido. «Sólo entre los adictos a algún vicio, existe a veces cierta honestidad y sinceridad», reflexionó completamente vencida por la irresistible personalidad de Cécile Goudreau.

—No siento ningún efecto —dijo Betka, que estaba dulcemente entumecida, al tomar de manos de Cécile la tercera pipa.

—Ésta es más fuerte que las anteriores; tiene opio más enérgico,

pero tampoco sentirás nada. El opio no produce ningún efecto, pero hace algo más importante: hace que la bajeza de este mundo deje de hacer efecto sobre el fumador. A tu edad, suele creerse que no es posible borrar la infelicidad o inventar una vida artificial. No hay paraísos artificiales; solamente existe el modo de convertir ese tenue y gelatinoso dolor que es la angustia en un algo más agradable. ¿Te encuentras bien? Voy a preparar otra pipa para mí.

—¡Qué bien se está aquí! —suspiró Betka mientras cogía la quinta pipa.

—Puedes vivir aquí tanto tiempo como lo desees. Siempre hay un poco de dinero…, aunque no podrías adivinar dónde. Bien; está bajo la sopera de oro.

Cécile había tomado en las manos este receptáculo, que se encontraba sobre una caja que parecía de oro —un trofeo de polo ganado por el príncipe Orminy— y cuya tapa estaba cubierta de autógrafos grabados. Lo abrió y movió con la mano los varios rollos de billetes de Banco que contenía, entre los cuales había, además, un elefante de marfil roto y atado a una cinta roja y muy sucia.

—Puedes coger de aquí lo que quieras sin necesidad de pedírmelo, chiquilla. ¿Qué te sucede, *chérie*?

—No lo sé. He sentido repentinamente una terrible angustia otra vez —contestó Betka al mismo tiempo que exhalaba un profundo suspiro y que se oprimía la frente con una mano inundada de frío sudor.

«Es Verónica —se dijo a sí misma—; aquello era demasiado bueno para que pudiera durar… ¡Oh, si siquiera su recuerdo no viniera a atormentarme y a llenarme de dolor!…»

—Lo había supuesto —murmuró Cécile Goudreau mientras aproximaba a Betka el recipiente de oro—. ¡No te detengas, muchacha! Eso te sucede a causa de la bazofia que has tomado en casa de Solange de Cléda. El opio purifica.

Betka comenzó a vomitar.

—¡No te detengas, muchacha! Te estoy sujetando, *chérie*. Estoy a tu lado, *chérie*. —Y mientras hablaba, Cécile sujetó la frente de Betka suavemente con las pequeñas manecitas en que siempre había una contracción parecida a la de unas garras—. Espera un segundo. Voy a traerte una toalla limpia y salpicada de éter.

Y Cécile volvió inmediatamente y portó de nuevo el cuenco de

oro.

Al cabo de tres horas, Betka murmuró:

—Creo que he dormido…

—¡Yo también lo diría! Son más de las cuatro de la mañana; está lloviendo muchísimo. ¡Yo nunca duermo! ¿Tienes todavía deseos de vomitar?

—Un poco… —respondió Betka—. Iré…, no, no se moleste.

Y salió, completamente mareada, y se encerró durante cierto tiempo en el cuarto de baño, que estaba enteramente construido en mármol negro.

«¡Vaya vida de perros! ¡Es maravilloso!», pensó Betka al mismo tiempo que hacía una última contracción para asegurarse un período más largo de descanso para su estómago.

Al verla regresar, Cécile Goudreau aproximó a ella una pipa recién preparada.

—Ya tienes otra dispuesta; la había preparado para mí. ¡Es muy buena! Tendré que enseñarte a disponerlas, porque no estaré siempre aquí… ¿Te has fijado en el musgo verde y fino que cubre la fachada de la casa? ¡Oh, no, no has podido verlo, porque era completamente de noche cuando vinimos!… Habré de mostrártelo. El muro de la fachada está casi enteramente cubierto de un musgo muy fino, de un siniestro color verde —dijo Cécile Goudreau sonriendo extrañamente; y continuó con un tono de voz inquietante —: ¡Cuánto me agradaba antiguamente ese musgo! Y en los días como hoy, imaginaba que la lluvia chorreaba de él; después, el recuerdo y la visión de él se me presentaban entre pipa y pipa y solamente servían para aumentar el oscuro placer de hundir la cabeza más locamente en las profundidades de las almohadas. Pero ese condenado musgo ha ejercido un efecto muy pintoresco sobre mí, y es idiota que una cosa tan insignificante como ésa pueda hacerse tan angustiante… Sin embargo, ese musgo tan horrible es muy bonito cuando se le mira de cerca. Es exactamente como irnos cabellos muy finos que parecen florecitas en sus extremos, como crucecitas amarillentas…

Betka escuchaba todo esto distraídamente. Rígida e inmóvil, le parecía hallarse flotando sobre el pantano aceitoso y sin estrellas de su primera noche de opio, en cuyo negro horizonte la mirada cruel de Verónica, fundida con una sencilla llama de lamentación,

permanecía oscilante, suspendida, como la lucecita parpadeante y medio apagada que era la lámpara nocturna de su mala conciencia.

—«¡Ingrata! ¡Ya verás! ¡Ya verás!», continuaba reprochándole Betka con un inaudible murmullo, sin conocer todavía en qué consistiría su vaga amenaza. Había permanecido durante mucho tiempo observando la luz moribunda de la lámpara nocturna y diciéndose a sí misma, con el fin de intentar atemorizarse: «¡Será horroroso! ¡El rostro de Verónica, fluctuante, en lugar del icono!…» Pero el temor no llegó a apoderarse de su espíritu aquella noche; muy al contrario, en lugar del enojado ladrido de la jauría de los irritados podencos de su rencor contra Verónica, y en lugar de los terrores que le habría satisfecho que brotasen de su espíritu, solamente experimentó una ilimitada sensación de indefinible felicidad como jamás la había experimentado anteriormente, sensación que la inclinó hacia una situación propicia para llorar de alegría. Cécile Goudreau, con expresión de obsesa, con las manos juntas sobre la consumida pipa, murmuró en voz baja, como si estuviera pasando las cuentas del rosario de su aflicción:

—¡Ese horrible verdor! ¡Ese horroroso musgo!… Y, sin embargo, es gracioso… Es pintoresco el modo en que nació, sin causa, sin justificación, esta fobia… Estaba paseando, muy deprimida, cuando, de pronto, me encontré ante la tapia del cementerio de Montmartre, que se hallaba impregnada de humedad, de una humedad que me pareció abominable, y cubierta exactamente por un musgo igual al de mi fachada… Y esto es todo lo que sucedió… Sí, también el sueño del ataúd de castaño claro, y luego… y luego las cartas, que no respondieron, y todo lo demás, y todo lo demás. Debería haber sospechado de Orminy. Recuerdo el día en que el príncipe atrajo mi atención hacia ese maldito musgo, en que lo señaló con la cabeza de marfil de su bastón, y me dijo al mismo tiempo que lanzaba una risa por entre los amarillentos dientes: «Es muy húmedo, no puede negarse, pero la humedad no penetra. El interior de la casa está seco y en perfectas condiciones para albergar personas como nosotros…, ¡que somos seres embalsamados!». ¡Dios mío! Ese musgo se convierte en un pensamiento obsesionante, en un color fijo durante la noche. ¡Verde! ¡Cuánto detesto su color verde! ¡Es el color del demonio!

Betka, que ya no escuchaba sus interminables lamentaciones, se

frotó un pie contra el otro.

«¡Ojalá esto no se acabara jamás! En un momento se apagará la farola —pensó— y no tengo nada de sueño».

—¡Basta! —dijo en voz alta al mismo tiempo que pasaba un brazo tras el cuello de Cécile y le agitaba la cabeza, como si pretendiera librarse a sí misma de una idea fija.

Cécile se prestó a esta acción, y cuando tuvo la cabeza templada y apoyada ante el sobaco de Betka, dijo con una tristeza que semejaba no tener principio ni fin:

—¿Vas a sentirte muy desilusionada de tu Cécile Goudreau? ¡Tan cínica!… Y aquí está, aquí la tienes propicia a inquietarse y llenarse de angustias por culpa de un poco de musgo jugoso… Es extraño, ¿verdad?

Betka, que durante todo este tiempo no había cesado de oír unos pasos apagados y lentos que sonaban en el vestíbulo y que se hallaban más próximos, ya en el cuarto de baño, volvió el rostro hacia la puerta de entrada. Un alto esqueleto vestido con un pijama de seda negra que tenía un cuello alto y apretado, de estilo ruso, la miraba desde lejos, como si no se atreviese a acercarse. Era la condesa Mihakowska, que vivía con Cécile, aunque en una habitación separada que tenía algo de enfermería. Betka, que se hallaba bajo los efectos de la droga, no se sorprendió al verla e hizo un gesto amistoso para invitarla a sentarse junto a ella, al otro lado de Cécile. Mihakowska movió la cabeza negativamente, con un ademán infinitamente cortés, y se acercó hasta llegar a corta distancia de Betka, como si pretendiera ofrecerle una explicación. Luego, apoyando una rodilla en el diván y con la ayuda de sus manos, que parecían intentar atraer la atención hacia el pecho izquierdo, dijo al mismo tiempo que hacía un gesto exagerado al pronunciar cada sílaba con voz tan débil, que apenas era audible:

—No puedo… operación… o-o-o —operación.

Betka intentó entender las palabras siguiendo el movimiento de los labios de la condesa; pero no lo consiguió.

—Le han hecho una operación a causa del cáncer —explicó Cécile Goudreau—. Le han extirpado el pecho izquierdo por completo, y además tiene tuberculosis en la garganta. ¡Es un verdadero ángel!

Betka dirigió una larga sonrisa a la condesa, y ésta se enderezó

nuevamente con una especie de orgullo pueril; al fin se sentía comprendida y admirada.

—No le prestes atención de ninguna clase —dijo Cécile—. Jamás molesta a nadie, nadie se preocupa por ella. Es una paloma… No habla, ronronea, como una paloma, y también como una paloma solamente tiene un pecho… bastante ajado, con toda seguridad —añadió Cécile Goudreau, como si repentinamente hubiera recuperado el deseo de parlotear—. Es preciso que comprendas, *chérie*, que entre la condesa y yo jamás ha habido nada. —Y levantando el dedo pulgar y el índice superpuestos en forma de cruz hacia la boca, los besó, a modo de juramento—. Continúo ayudándola solamente a causa de su amabilidad. Es una antigua amiga del príncipe de Orminy, que instaló esta casa con el fin de poder venir a charlar y fumar con ella. Era, hasta cierto punto, la casa de ella. ¿Comprendes? Por esta causa, cuando compré a Orminy todo ello (la casa y la instalación), la condesa estuvo incluida en el trato. Una condesa es una cosa que armoniza bien con un edificio de esta clase. He hecho recientemente que la desintoxicasen y operasen (con el dinero de Orminy, claro es, puesto que de lo contrario el gasto habría sido la última paja, la que dobla el lomo del camello). Ahora, está perfectamente bien; no habla mucho, pero también es cierto que jamás tuvo mucho que decir la pobre mujer; es feliz, se ocupa en pequeñas cosas… y especialmente se cuida de su icono. ¡Mira! ¡Mira!

La condesa Mihakowska se había separado del diván y estaba añadiendo aceite a la lamparita; después de lo cual, se agachó, recogió el cuenco de oro y desapareció.

—Es tan limpia, que quiere que todo brille. ¿Has visto en toda tu vida algo tan aristocrático como ese esqueleto?

El tiempo había dejado caer el velo malva del abandono sobre la noche polar iluminada por la aurora boreal del opio, y Betka creyó que apenas vivía al hallarse encogida en la choza de esquimales reales de su nuevo vicio, en el corazón del crepúsculo de su invierno, sin luz y sin frío. Fumó, vomitó, tomó zumo de naranja, vomitó de nuevo, y esta curiosa actividad, muy lejos de parecerle exótica y extraña, se le antojó, por el contrario, la cosa más natural del mundo. ¿Por qué causa no lo había pensado anteriormente? Y de este modo vivió por espacio de tres días y tres noches

consecutivos, casi con una completa ausencia de la noción del tiempo. Tenía una vaga idea de que durante tal período Cécile Goudreau había salido de la casa y entrado en ella diversas veces, mas no sabía cuándo ni cómo.

Betka acababa de despertar; se estiró durante largos instantes y luego frotó con las manos extendidas la piel de chinchilla sobre la que se hallaba tumbada, como si descubriese por primera vez el lujo suntuoso que la rodeaba, sin apenas percibirlo. Al cabo de pocos momentos, durante los cuales se sorprendió al observar que no restaba ni la más ligera huella de aquel sentimiento de culpabilidad que la oprimía cada vez que despertaba, se levantó perezosamente y apoyó la espalda, que se hallaba un poco entumecida por haber permanecido durante demasiado tiempo en la misma posición, en un grueso almohadón que tenía adheridos unos diminutos canutillos de plata, los cuales le cosquilleaban agradablemente en la espina dorsal. Luego, percibió una sensación de vacío en el estómago, cerca de la espalda, por la cual creyó que unas pequeñas hormigas corrían circularmente en todas direcciones.

«Tengo un hambre de oso», se dijo bostezando e imitando, según tenía costumbre de hacer, el felino abrir de las quijadas del león de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Debían de ser las últimas horas del día, si se juzgaba por un rayo anaranjado, del sol poniente, sin duda, que penetraba por una ligera separación de las cortinas, prietamente cerradas, y trazaba una línea diagonal y purpúrea en el granate de la alfombra, trepaba al diván inmediato y seguía de una manera que semejaba tímida hasta la pared forrada de raso amarillo. Tumbada de costado en este diván, la condesa Mihakowska dormía pacíficamente, con la boca entreabierta; y la fina línea del rayo de sol que caía sobre su mejilla hacía que el oro de uno de sus dientes brillase con un fuego profundo y siniestro de cadmio. Del silencio que en la casa reinaba, Betka dedujo que Cécile debería de haber salido. Sin cambiar la posición del cuerpo, Betka se estiró hasta llegar con los pies a la cortina, la entreabrió ligeramente con ellos y observó el rostro de la condesa, que se había ido iluminando progresivamente, hasta que el todo fue devorado por aquel pálido matiz que parecía tornarse púrpura por momentos. La condesa no se despertó, mas se llevó una mano al pecho que no le había sido amputado. Entonces,

nuevamente de modo cauto, Betka volvió a cerrar la cortina, en la que dejó solamente la pequeña abertura necesaria para poder ver el sol a través de los cristales; el sol tenía entonces un color rojo, opaco, y una redondez irregular, como los toscos contornos y los colores, espesamente aplicados, de los espíritus profanos y sangrientos pintados con temor por los maestros menores de la escuela de Siena. Los rayos de aquel funesto sol arrojaban una luz tan materialmente escarlata y tan densa que en lugar de luz parecía un líquido espeso que todo lo empujase y que se extendiese sobre todo con una majestuosa y fascinadora inquietud. Betka, que tenía una pierna envarada y sobresaliente bajo la abierta bata, observó cómo la serena corriente de luz corría a través de ella hasta llegar al final del muslo, que, de este modo, pareció empapado en sangre roja, a la cual la insistencia del sol comunicaba esa humedad tan cálida y tan característica… Betka se tocó el muslo con un dedo. Era sangre.

«Lo que faltaba —se dijo Betka al mismo tiempo que volvía a tumbarse y abría completamente la cortina con un pie—. Me arreglo en cinco minutos y me voy».

Quiso disfrutar de unos momentos más de oscuridad. Ante sus ojos cerrados, el empurpurado Sena desaparecía tras el puente de los Inválidos. Luego, vio la multitud que llenaba el Boulevard Montmartre, en aquel primer cálido crepúsculo del temprano verano; después, de nuevo un río, que en aquella ocasión era el de su pueblo natal, a su madre pegando a Volodya para castigarle por haber ido a nadar; y cada vez que éste intentaba trepar a la orilla para salir del agua, ella le rechazaba golpeándole con un remo negro en el pecho, en el rostro, y le obligaba a caer nuevamente al río. Finalmente, Volodya permanecía inmóvil, con los cabellos de color de sauce y la despeinada cabeza sesgados sobre el agua ligera… y de pronto, se vio corriendo alborotadamente, un remolino de espuma, ¡tan blanca!, ligeramente teñida de un rosado color, como si alguien hubiera escupido una bocanada de pasta dentífrica. Aquel cruel recuerdo estaba cargado de tanto frescor, de tanta de la incipiente fragilidad del campo con sus pálidos cielos del atardecer de mayo, que Betka inhaló profundamente la rarificada atmósfera de la estancia, fragante por el insípido y dulce aroma del opio, y pensó que estaba inundándose los pulmones del aire puro de

la primavera de su despierto deseo.

Betka se encontró sentada ante el tocador del cuarto de baño, pero no recordó cómo había ido hasta aquel lugar. Aquel cuarto de baño estaba uniformemente cubierto, incluso el suelo y el techo, de cuadrados de mármol negro. Todos los objetos que contenía, aún los accesorios más insignificantes, eran de oro. En la mesita del tocador todo se hallaba colocado en el orden y con la simetría más perfecta, con lo cual se percibía la presencia de la mano de la condesa Mihakowska y de sus asiduas, escrupulosas y maniáticas atenciones. Los alargados frascos, todos de la misma forma, estaban colocados a intervalos regulares en hileras paralelas al espejo y por orden de tamaños, desde los gigantescos que contenían sales para el baño, y pasando sucesivamente a través de toda la gama de perfumes, hasta las diminutas redomas de pomadas raras, la última de las cuales, no mayor que un dado, fijo y alerta, semejaba la última pieza de un juego ruso de muñecas. Estas series de frascos se hallaban ordenadas en hileras sobrepuestas unas a otras, con arreglo al mismo criterio de decreciente tamaño. Betka, con el rostro completamente pálido, se mantuvo inmóvil, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, con las manos inquietas sobre el mármol negro donde los preciosos metales de los objetos se prolongaban en los largos y algo más duros tubos de sus reflejos. Una suave música llegaba débilmente de la habitación de la condesa, y podría haberse fácilmente imaginado que, en lugar de una joven ante su tocador, Betka era una santa Cecilia que tocase su órgano dorado, sentada en una nube; tan débil se sentía, tan desmaterializada, tan como si fuese elevada por la ausencia de peso que la casi absoluta inconsciencia de sus movimientos le comunicaba. Experimentaba la curiosa sensación, que hasta entonces no había conocido, de no percibir el efecto de sus propios movimientos hasta unos segundos más tarde de haberlos realizado. Repentinamente, Betka sintió que una frialdad de nieve invadía su frente, que hasta unos instantes antes se hallaba excesivamente calurosa, levantó la mano hacia ella, donde encontró su otra mano, que ya estaba humedeciéndole las sienes con un pañuelo impregnado de éter. También se dio cuenta, sin comprenderlo, de que tenía un mechón de cabellos en la mano, cabellos suyos; luego, viendo las tijeras que tenía en la otra mano, dijo al mismo tiempo

que reía débil y cortamente:

—¡Qué tonta soy!

Después de lo cual, arrojó las tijeras al aire. Las tijeras trazaron un ancho círculo en el espacio y cayeron en el baño, que estaba lleno. Betka se levantó y observó fascinada el modo como brillaban bajo el agua límpida, en la cual se agitaban y removían de modo constante las cambiantes sombras que trazaban las iridiscentes rayas que formaban las esencias de pino que contenía y que se disolvían lentamente en caprichosas formas.

—¡Vamos! —se dijo Betka—. ¡No voy a permanecer quieta y mirando esas cosas durante todo el día! Procedamos con método. ¡El método Mayer! ¡El método Mayer[4]! —exclamó imitando con apagada voz el tono implacable de su madre, que de repente se le antojó infinitamente remoto.

Después, regresó al fumadero, tomó varios centenares de francos en billetes del trofeo de oro del príncipe Orminy, salió de la estancia, se sentó ante un amplio bufete veneciano incrustado de madreperla que adornaba la pared principal del vestíbulo, y escribió en un sobre: «*Mademoiselle* Verónica Stevens. Hotel Ritz». Y luego escribió sobre una tarjeta gruesa de lisa blancura parecida a la de las gardenias:

> Chére amie: *Lamento mucho no haberla encontrado en casa de Solange de Cléda la otra noche. Me va a resultar difícil durante cierto tiempo poder verla a usted. He hallado una felicidad inesperada. No quiero perderla. Muchas gracias nuevamente*.
>
> *Su afectísima,*
>
> BETKA

Leyó nuevamente lo escrito, añadió unas comillas a la palabra felicidad, introdujo la tarjeta en el sobre, en el cual incluyó, también, el recibo del telegrama, que importaba cuarenta y ocho francos, añadió un billete de cincuenta francos y, finalmente, una parte de su mechón de cabellos. Finalmente, humedeció el borde engomado del sobre con la lengua y, habiendo descubierto con el dedo el relieve de una inscripción estampada, lo miró antes de

cerrarlo, como si quisiera comprobar su presencia.

«¡Sí, Cartier!», dijo para sí misma mientras procedía a cerrar definitivamente el sobre. Después de haber terminado la primera carta, Betka tomó un segundo sobre, y dudó durante un momento, puesto que no recordaba su nombre, que acaso no había conocido jamás. «Yo misma lo entregaré», se dijo. Y escribió en estilo telegráfico, con letras mayúsculas y sin firmar:

SUPONIENDO QUE AL FIN TENGO DERECHO A HACER LO QUE QUIERA, LE ESPERARÉ HOY EN EL BAR COUPOLE A MEDIANOCHE.

Introdujo en el sobre el resto del mechón de cabellos, y lo cerró.

«Y ahora, ¡andando!», se dijo, dispuesta para salir; mas cuando se hallaba a punto de abrir la puerta, vio que de los profundos reflejos de la manivela se elevaba como un relámpago el recuerdo de las tijeras de oro que habían caído en el fondo del baño. Y pensó inmediatamente: «Cécile puede hacerse daño cuando se meta en la bañera». Y volvió atrás para sacarlas; pero en el momento en que entró en el cuarto de baño encontró a la condesa Mihakowska inclinada sobre la bañera, con el brazo introducido en el agua para recoger las tijeras. Cogida por sorpresa, la condesa permaneció durante un momento inmóvil con las tijeras en la mano, como si se hubiera asustado. Betka no pudo resistir el deseo de abrazarla y, acercándose a ella, la besó. La pobre mujer, a pesar de todo, ¡era todavía tan guapa! Mihakowska se separó de ella precipitadamente y se sentó ante el tocador. Y mientras salía, Betka pensó que la condesa había intentado ocultar el involuntario desfallecimiento de una lágrima en tanto que, con los labios apretados uno contra otro, se empolvaba el rostro.

Betka caminó unos cuantos pasos calle abajo y repentinamente se detuvo. «¡He olvidado lo más importante!» Y se llevó la mano al corazón, sobre el cual halló un objeto duro. «¡No!, ¡lo tengo!», se dijo tranquilamente. Y del bolso de su blusita de linón, de corte casi masculino, como las que siempre llevaba Cécile, extrajo una cajita esmaltada labrada por Faberger y envuelta en un pañuelo de seda. Cécile se la había regalado.

—Cuando las cosas presenten mal cariz, inhala un poquito de esto —le había aconsejado.

Era nada menos que heroína. Betka sonrió al recordar la palabra. «¡Qué nombre tan apropiado!», pensó.

Betka, apretando el cierre con tanta violencia que se rompió una uña, volvió a guardar la preciosa cajita en el mismo bolsillo. Luego, se igualó la uña rota con las pinzas de sus dientes, cortando con furiosos mordisquitos una especie de media luna, perfectamente regular y graciosa que escupió en dirección al pálido y triste cielo en que aún se movían las últimas hebras de las ensangrentadas nubes. Después de hacerlo, comenzó a caminar deprisa, esforzándose en todos sus movimientos, gozándose en el sonido de sus articulaciones y en el crujido de sus huesos, como sintiendo el placer del dolor de caminar de aquel modo, y golpeando las diminutas piedras que hallaba con las puntas de los zapatos por medio de un vigoroso e infantil impulso de las piernas desnudas. Betka hizo profundas inspiraciones de aire mientras pensaba en el heno de los distantes campos, y percibió la humedad y el vaho, ligeramente sofocante, que se elevaban hasta ella desde la acera recién regada. Y lamentó no haber salido a la calle más temprano, mientras el sol se ponía, porque de tal modo habría podido percibir que el sol, con su calor de sangre, y la cobriza luz de su cabellera le incendiaban el cerebro. «¡Vamos! ¡Vamos!» Deseaba, antes que nada, librarse de los dos sobres que llevaba en la mano, entregarlos; y después de haberlo hecho, hallarse al fin, por primera vez en su vida, sin coacciones y libre para hacer todo lo que le agradase, todo lo que se le antojase.

Al llegar al Quai des Orfévres y a la casa en que vivía, Betka corrió escaleras arriba sofocadamente, sin detenerse para recoger la correspondencia en la portería, donde, por otra parte, no había nadie, lo que le produjo un vivo placer, tan intenso, que se estremeció; tal estremecimiento no podía ser debido al frío; sin detenerse ante su puerta, continuó subiendo hasta llegar al penúltimo piso. Él estaba allí. Una raya de luz eléctrica que brotaba por debajo de la puerta indicaba su presencia. Betka introdujo presurosamente la carta por la abertura y corrió nuevamente escaleras abajo. Por suerte, la portería estaba aún vacía. Pues nada habría podido ser más doloroso para Betka que encontrarse con

alguna persona a quien conociese y verse obligada a hablar de cosas que no le importaban.

Comenzó a correr en dirección al Ritz, pero muy pronto se halló tan ahogada, que se vio forzada a tomar un taxi. Su fatiga física se unió a un terrible temor a encontrar a Verónica, aun cuando fuera por mero azar, exactamente en el momento en que entrase en el hotel para dejar el mensaje para ella; pero pudo hacerlo con tanta rapidez, que el empleado del despacho, al ver caer el sobre encima de la mesa, debió de preguntarse si no habría sido llevado por algún fantasma.

Betka salió del Ritz y continuó a pie, al azar y la ventura en dirección a los *quais*. Mientras seguía junto al Sena, encontró a una viejecita, no más voluminosa que una foca que tuviera la cabeza erguida; su perfil era tan agudo y tan precioso, que tenía una personalidad de salero; la punta de su nariz y sus mejillas, en el rostro pálido y apergaminado, eran tan rojos, que parecían como tres cerecitas. La mujer vendía cerezas, y Betka le compró dos cucuruchos y se sentó en un banco cercano, con tanta ligereza y gracia, que ninguno de los gorriones que picoteaban en tierra se asustó. Se encontraba muy cansada, y con el fin de evitar que su cabeza vacilase cerró los ojos muy prietamente, y de inmediato vio que de las profundidades de sus órbitas brotaban cerezas de fuego que se tomaban amarillas, luego negras ante un fondo rojo y que, finalmente, se desvanecían.

Betka experimentó deseos de reír, y su boca se plegó con una sonrisa pacífica en tanto que su nariz se agitaba; estaba saboreando imaginativamente el efecto que habrían de producir las dos cartas que acababa de entregar, y durante un momento creyó ver la redonda frente de Verónica inclinada ante la misiva, con dos largos mechones de cabellos colgando rudamente a ambos lados de la cabeza, los que le escondían casi por completo el rostro. Luego, vio al aviador leyendo la suya, probablemente riendo en silencio por su fácil e inesperada conquista. No obstante, Betka no conocía el nombre del aviador, pero recordaba su sobrenombre, su «nombre de bar», por decirlo así: *Baba*, por el cual era conocido, aclamado y agasajado en los bares de los Campos Elíseos. Aparte de esto, Betka nada sabía acerca de él, no siendo que había luchado en una guerra reciente, que era alto, que era atractivo para ella… y que vivía en la

misma casa de Betka, dos pisos más arriba de su estudio.

Baba residía allí a causa de *Madame* Ménard
d'Orient,
quien ocupaba suntuosamente los primeros dos pisos de la casa, en los que vivía sola y rodeada de tres o cuatro sirvientes y una vieja ama de llaves, una doncella a la que había acertado a sacar de un convento. *Madame* Ménard
d'Orient
era joven y lozana para su edad, que era próxima a los sesenta, y siempre se hallaba vestida con una espuma de encajes blancos y negros. Culta, hasta erudita, profesaba un verdadero culto por todo lo que próxima o remotamente desembocase en las seudofilosofías revolucionarias de los últimos años. La cristalería y los finos ornamentos de plata de su mesa estaban frecuentemente rodeados del prestigio de los emigrados políticos que buscaban refugio en París o que pasaban por él circunstancialmente; y la almidonada y bordada blancura de sus servilletas servía habitualmente de almohada para manos que eran demasiado grandes o demasiado pequeñas, y que, por el dudoso color de sus uñas revelaban la pátina moral, más bien verdinosa, de la acción directa y la ilegalidad.

De este modo, la residencia de *Madame* Ménard
d'Orient
había presenciado el paso de un desfile de seres semilegendarios, tales como «la sacerdotisa roja de cabello blanco» de Alemania, Clara Zetkin, el «corneta con pasaporte visado», León Trotski, y el catalán anarquista, Durruti, llamado por sus partidarios «corazón de león». Desde el comienzo de la guerra civil española, la casa era, más que nunca, rica en reuniones de los fantásticos ejemplares de hombres que hablaban ruidosamente; hombres bien afeitados, mas con un tono azulado en las barbillas, hombres que llevaban zapatos brillantemente limpios, amarillos y blancos, con complicados arabescos y ornamentaciones, que deambulaban a través del Boulevard Saint Germain como si lo hicieran por las ramblas de Barcelona, sin olvidar jamás un palillo amarillento encajado en los dientes de azafranado color.

En medio de todos aquellos aceitunados, tortuosos, más bien bajos y excesivamente biliosos latinos, ¡qué contraste más grande

presentaba la belleza nórdica de *Baba*! Descendía de norteamericanos y apenas contaría veintidós años. Era el más joven de los protegidos de *Madame*
d'Orient,
la que, con una solicitud absolutamente maternal, le había destinado un pisito en la sexta planta de la casa, donde *Baba* se alojaba durante las breves estancias que hacía en París. A *Baba* le agradaba el lujo y poseía modales refinados. Hasta en sus menores ademanes había la huella de un dandismo, bastante pretencioso, que se le había adherido como herencia del período de su adolescencia, pasada continuamente en Londres, entre los círculos medio literarios y medio viciosos de la capital. El día en que decidió ir a España para luchar en la guerra civil, sus escépticas amistades se asombraron extraordinariamente y atribuyeron al esnobismo tal decisión. Sin embargo, y contrariamente a las apariencias, nada había podido privar a *Baba* de la granítica virginidad de las virtudes fundamentales de su carácter. Rubio y calmoso, poseía la invisibilidad característica de los héroes. Su estudiado silencio daba lugar a que muchas personas dijesen:

—¡Cuántas cosas hermosas no dice!

Su presencia apenas era advertida; pero cuando abandonaba un lugar, podía percibirse la operación del vacío que su ausencia provocaba en todos los corazones. Era entonces cuando todos comprendían aquella fuerza elemental, mineral, frágil, aun cuando estuviese disfrazada por la elegancia, que constituía la irresistible y subyugadora atracción de su personalidad, que ya reaccionaba contra la ola de oportunismo que comenzaba a pudrir los cimientos de la mayoría de los movimientos revolucionarios. Había adoptado para sí mismo el lema del rey Luis XIII: «Tal vez esté acabado, pero no me he dado por vencido».

¿Cómo había conocido Betka a *Baba*?

Primeramente lo vio en las escaleras, donde se encontraron con frecuencia y cambiaron saludos; después…

Al llegar a este punto de sus divagaciones, Betka comenzó a imaginar, hasta en sus menores detalles, el modo como sería la escena de su primera y única cita. Durante todo este tiempo no había hecho otra cosa que observar, con los ojos medio cerrados, los continuos movimientos de los innumerables gorriones que

picoteaban a sus pies. Este espectáculo, monótono y cambiante, adquirió el carácter del juego caprichoso y de sombras y de luces que aparecen en la pantalla de un cine y desaparecen de ella cuando, viendo medio dormido una película, el cerebro no puede tener seguridad de si el punto blanco que en ella aparece representa un automóvil en el momento de detenerse o una puerta blanca en el instante de ser cerrada. De este modo, quedó establecida entre la visión exterior de Betka, a cada segundo más y más vaga y nebulosa, y el cine interior de sus recuerdos, más y más precisos, una especie de sincrónica correlación que le ayudó, por decirlo así, a percibir con mayor claridad lo que estaba pensando; por ejemplo: una bandada de gorriones que se agruparon a su alrededor súbitamente, formó la puerta, limitada por su marco, de su habitación, que el portero abrió. Luego, Betka vio que entraba el carbonero cargado de un saco de carbón que llevaba sobre la cabeza; el carbonero se inclinó y depositó la mercancía junto a la estufa situada al lado de la puerta.

Y fue en aquel preciso instante cuando ella descubrió la presencia de *Baba*, que se había introducido en la estancia aprovechando la entrada del carbonero, quien casi inmediatamente salió sin esperar la acostumbrada propina.

Baba se inmovilizó y la miró fijamente, hasta que Betka le preguntó en tono amistoso:

—¿Por qué me mira de ese modo? ¡Me aturde usted!

Baba sonrió entonces del mismo modo sorprendente que tanto había impresionado a Betka cuando vio que la sonrisa de Verónica poseía la misma característica, y que en aquel momento comprendió cuál era: la dureza.

—Si me desairase usted, la odiaría —dijo *Baba* con indiferencia al mismo tiempo que se sentaba a horcajadas sobre el saco de carbón, e intentando con su tono hacerse lo más pretencioso que le fuese posible, continuó—: Es muy doloroso para los débiles soportar el desprecio de los seres hermosos… Por otra parte, si aceptase usted… Podría prometerle desde este mismo instante una gran pasión…, pero podría convertirme en un hombre muy dócil, muy «agradablemente» domable.

Y mientras hablaba, había recogido en las manos el gato de Betka, que al sentarse *Baba* había comenzado a trepar por sus

piernas, fascinado por la fijeza de la mirada de sus gemelos de zafiro.

—Oiga —contestó Betka con tono de regocijada impaciencia—: ¿Adónde se propone usted ir a parar?

—He supuesto que me daría usted veinticinco francos —para la causa republicana de España; en tal caso, entregaría a usted el recibo con el sello del comité.

En tanto que pronunciaba estas palabras, *Baba* se aproximó desembarazadamente a la mesa en que Betka había tomado el desayuno y barrió las migas de pan utilizando como escoba al gato, que maulló y estiró el rabo. Luego, abrió su libro de cuentas y sacó de un bolsillo una cajita de metal que contenía una almohadilla de entintar; finalmente, del bolso del pañuelo extrajo un sello, que aplicó sobre la almohadilla, y esperó.

—Bien —contestó Betka—; tendrá usted los veinticinco francos; pero no haré caso alguno de su modo de hacerme el amor, aun cuando encuentro que es usted muy guapo y que sabrá hacerlo muy bien, probablemente… ¿Cómo ha sabido usted que soy antifascista?

—Repaso cuidadosamente toda su correspondencia todas las mañanas en la portería —respondió *Baba* con gran naturalidad.

Betka experimentó un impulso de indignación; pero solamente pudo reír al observar el tono caballeroso con que *Baba* continuó hablando, como si pretendiera justificarse:

—Compréndalo; he traído conmigo de Londres un rasgo encantador y muy inglés: creo que tengo derecho a hacer todo lo que se me antoje. —Luego, aproximándose a Betka, le pasó los brazos sobre los hombros—. Sea una muchacha complaciente; y si alguna noche se encuentra muerta de aburrimiento, puede mandarme un aviso por medio de una nota que podrá introducir en mi habitación por debajo de la puerta del sexto piso. No tengo teléfono, y no me agradan las indiscreciones de los porteros… La llevaré, en tal caso, donde usted quiera… A dar un paseo ideológico por el Bois, o a tomar una botella de champán, o a hacer cualquier otra cosa al estilo de los camaradas pobres, o a ir a una habitacioncita de dudosa limpieza de algún hotel, donde daremos a entender que cada uno de nosotros paga una parte del alojamiento.

Desde aquella mañana de su primer encuentro, Betka no había vuelto a ver a *Baba*. Acosada incesantemente por las necesidades de

su vida cotidiana, ni siquiera había tenido tiempo para pensar en él, no siendo cuando el gatito se lo recordaba al lanzarse, como en un vuelo, a través de un rayo de sol en persecución de una mosca o cuando repetía aquellos rápidos movimientos de concupiscencia con que había posado las garras sobre los gemelos de *Baba*. Y entonces, solía decirse que *Baba* habíase sentido inclinado a adorar a aquella angelical gatita.

En aquel instante, Betka se sintió encadenada al compromiso de la cita que había dado a *Baba*: a medianoche en el bar de la Coupole. Y aquélla todavía distante medianoche comenzó a resplandecer, pues ya el deseo de la mujer, abriéndose paso torpemente a través de la oscuridad de una habitación desconocida de un hotel, había colocado el diminuto reloj de pulsera sobre el mármol de una mesilla… ¡Las manecillas señalarían muy pronto la una de la noche! Luego, la pequeña cifra «uno», apenas perceptible, más tenue que una pulga incandescente, fue suficiente para encender en la vacilante imaginación de Betka toda su sangre, para incendiarla de un solo reventón con una angustia de miel y de fósforo. El cucurucho de cerezas que acababa de comer solamente le había servido para avivar su hambre; pensó comprar otros dos cucuruchos, pero una repentina repugnancia de haber comido algo verdaderamente sólido la asaltó, y se aterrorizó al pensar que en algunas ocasiones había sido capaz de comer bistés tan gruesos como diccionarios. Parecía creer que su estado de ayuno era especialmente conveniente y maravillosamente propicio para lo que se proponía hacer… Sin embargo, entró en el primer café que halló en el camino y tomó un helado. Hasta la hora de la cita, faltaban aún seis horas y cuarto. Las había contado y recontado… Las siete y cuarto, las ocho, las nueve, las diez, las once, las doce… Entretanto, se proponía obtener el mejor provecho de todos y cada uno de los segundos del precioso intervalo, de aquel lapso de tiempo libre, que debía ser denso y pegajoso como una goma hecha de ámbar líquido y esperma endurecida de cachalote.

Después, levantándose del asiento, con un par de cerezas colgando de los dientes y oscilando, Betka se volvió en dirección al oeste y emprendió el camino que conduce a la carne.

Siguió el curso del río fangoso de carne humana en plena fermentación que llenaba el Boulevard Montmartre a las siete y

media de aquel día festivo. Cada una de aquellas personas llevaba inexorablemente adheridas a su organismo dos orejas, dos mejillas, dos manos… Betka jamás se había visto sorprendida por tal doble aspecto de la anatomía de los seres. Cada uno de los humanos se le antojaba como un par de esas manchas simétricas y sangrientas que dejan los insectos cuando son aplastados entre las hojas de un libro. Ella, a su vez, se encontraba doblemente oprimida «en cualquier parte», aplastada por la masa animada, emocionada al percibir que su deseo se despersonalizaba entre la hormigueante multitud sin distinción, sin belleza, sin edad ni sexo; en vez de una mirada, todas las miradas; en lugar de dos cuerpos, todos los cuerpos, todos los espasmos y todos los gemidos al mismo tiempo. Betka, aligerada por el ayuno, experimentaba la impresión de que apenas tocaba el suelo, siguió los pesados pasos de la dominguera muchedumbre que se le presentó, más que como integrada por graves y *místicos campesinos en una especie de* procesión suplicante y grotesca, como compuesta de insatisfechos y miserables fardos de carne, en la cual cada persona llevaba en la mano izquierda el doloroso y duro estigma de su mano derecha cortada, como una suerte de objeto expiatorio, como una ofrenda litúrgica. Y entonces imaginó que la avalancha de fanáticos continuaba marchando inexorablemente por el desierto de granito, en el cual se postraría; y todos pasarían sobre ella con su paso imperturbable, todos pisotearían a la frágil, fácil y pecadora Betka, la asfixiarían con su masa libidinosa, la aplastarían hasta que la arborescente y última calcomanía de sus plasmas y de sus jugos vitales brotase a través de los débiles y comprimidos tejidos de su feble organismo, de modo que al fin, tras el paso bestial de los seres humanos sobre su laminado cuerpo, los rayos del sol podrían aniquilar, por medio de la evaporación, las últimas huellas líquidas de su impureza.

Betka, arrebatada y mecida por aquel aura de pensamientos pueriles, desembarcó, por decirlo así, a la entrada de un *music-hall* iluminado de luz roja y situado en los confines de la Porte Saint Martin. Se detuvo ante una gran fotografía, coloreada con tintes de anilina, que representaba a los tres hermanos Montouri, los «fantásticos atletas». Los tres estaban desnudos bajo sus capas de pieles de leopardo y sus cascos. Tenían unos cuerpos exiguos, con músculos que parecían tallados en acero, y solamente uno de ellos,

el del centro, era un poco más corpulento. Tenía la cabeza de una esfinge tatuada en el centro del pecho. El cartel anunciaba «La doble rueda del faraón». El zumbido intermitente de un timbre eléctrico con su continua invitación a la asistencia a una representación ininterrumpida picoteaba como la aguja de una máquina de coser en el cuello cubierto de piel de rinoceronte de la indiferencia de la multitud que desfilaba sin apenas percibirlo.

Betka entró, ocupó una mesa situada en un rincón, lejos de la orquesta, y pidió un vaso de vodka. El lugar era feo y pretencioso. Una pareja de bailarines se agitaba, como sombras, en la pista. La función no había comenzado aún, los pocos espectadores se hallaban dispersos, tan separados unos de otros y tan escondidos en los rincones, discretamente iluminados, de los palcos que rodeaban la pista, que el salón producía la impresión de hallarse absolutamente vacío. Los sifilíticos músicos, vestidos como gauchos, aunque con ropas de seda, atacaron el tango argentino *Renacimiento*, y las primeras notas de la composición provocaron en el debilitado organismo de Betka un estado emotivo similar al de una intoxicación alcohólica, que le ocasionó un repentino e irresistible impulso de romper en lágrimas. Para evitar que las lágrimas comenzasen a brotar, Betka mordió con fuerza un hueso de cereza que había conservado en la boca durante la pasada media hora; y lo oprimió con tanta energía entre los dientes, que lo rompió y se mordió duramente la lengua. Como viera que sangraba un poco, escupió en el pañuelo de seda en que había envuelto la cajita de oro. Y aprovechó la ocasión para hacer una vigorosa inhalación de heroína. Luego, vació en un plato el contenido del cucurucho de cerezas, comenzó a comer algunas y, sumergiendo de vez en cuando la herida lengua en el vodka en tanto que observaba el baile, gradualmente comenzó a aplacarse.

Su impulso de llorar fue sustituido por un estado de agudo lirismo que le permitió considerar aquel vulgar espectáculo como imbuido de un significado ultrarromántico; y en tanto que se lamentaba de su propio destino, comparó la inconstancia de su rota vida con la persistencia de algunas melodías frívolas que parecían adherirse como la hiedra a los muros vacilantes de una época… *Renacimiento*… Había oído este tango en Rumania…, luego, en Milán, durante el agitado período que antecedió a la marcha sobre

Roma…; en Barcelona, después, en una época de huelga general. Y mientras veía pasar a las parejas que bailaban el tango, Betka se dijo que en cualesquiera circunstancias, lo mismo en tiempos de guerra que de epidemia, igualmente bajo las victorias imperialistas que entre las deshonras de la patria, siempre existía en los cobijos de la Historia, en la penumbra de un falso marco ligeramente tosco, una pareja de lívidos bailadores de tango, mejilla sobre mejilla, con los cuerpos unidos sin amor, enervados sin pasión por las convencionales posturas del rítmico néctar de la nostalgia y que expresaban el condensado desencanto y la desesperación de las multitudes de su tiempo por medio de una desdeñosa contracción de los arcos superciliares. Las hermosas parejas de bailadores profesionales del tango son las únicas que, con sus lentos deslizamientos y sus matemáticas interrupciones, saben seguir y marcar las cadencias que corresponden exactamente a los acelerados latidos de los violentos músculos de los corazones de aquellos que están predestinados al suicidio. Y Betka observó el tango por esta causa con completa fascinación, con la hipnótica absorción de un pájaro paralizado que siguiese los movimientos lánguidos y precisos de una culebra. Porque deseaba matarse…

La música cesó, y Betka dejó caer un hueso de cereza en un cenicero negro y brillante; aquel hueso estaba limpio y ligeramente enrojecido, y semejaba exactamente la cabecita de la condesa Mihakowska. Betka sumergió todas las cerezas antes de comerlas en el nuevo vaso de vodka que le habían traído; y el cenicero estuvo muy pronto lleno de huesos. «¡Qué desorden!», se dijo. Y mirando en tomo suyo para adquirir seguridad de que no era vista, cogió todos los huesos de cereza, los depositó en el cuenco de una mano y los envolvió en el pañuelo de seda; y al mismo tiempo, aprovechó la ocasión para abrir nuevamente la cajita de oro y hacer una nueva aspiración de heroína.

Absorta en estas pequeñas operaciones, Betka no se había dado cuenta de la «entrada» de los tres hermanos Montouri. Cuando levantó la cabeza, se sorprendió al hallar en el centro de la pista de baile, alumbrados por la crudeza de los reflectores, a los tres hermanos Montouri, unidos homogéneamente en una representación en la cual parecían desenvolverse en la explosión de lo que parecía una estrella tricorne de carne, recubierta de sudor y

temblorosa por efecto de las pulsaciones arteriales. La estrella se descompuso repentinamente y los tres hermanos se irguieron uno junto a otro y se inmovilizaron por espacio de varios segundos, jadeantes, en posturas estatuarias, con los brazos en alto en un saludo al estilo romano. Los tres iban desnudos, y solamente llevaban unos pantaloncitos sintéticos, de color de carne, muy brillantes y ajustados de tal modo, que más fortalecían que destruían la impudicia de su aspecto. Cada vez que se disponían a comenzar un nuevo ejercicio, y mientras el más fuerte de los tres ocupaba su puesto en una postura rígida que producía la impresión de una catalepsia, los otros se acercaban con pasos ondulantes a los acordes de una melodía ligera que la orquesta interpretaba y miraban con ojos brillantes los lugares del cuerpo de su hermano a los que intentaban unir sus propios miembros. Luego, y por espacio de varios segundos, sus manos de hierro se asían a los puntos de apoyo escogidos para asegurarse de su firmeza; y cortando el asimiento y saludando por última vez, se entregaban a la ejecución del acto. Podía verse, en contraste con el prevaleciente y profundo color de su empurpurada carne, la huella pálida que dejaban las manos sobre ella. Y era allí, precisamente allí, en la carne todavía lívida, donde los dos hermanos Montouri golpeaban diversas y sucesivas veces antes de volver a posar las manos en el mismo lugar para oprimirlo con toda la temblorosa e inaugural tensión de sus contracciones. En aquel instante, los manotazos resonaban tan lúgubremente como una serie de bofetadas administradas a un cadáver.

La representación continuó ante la alucinada mirada de Betka. Luego, el más pequeño de los Montouri, el que más le agradaba, tumbado rígidamente en el suelo, con todos los músculos esforzados hasta el límite, con los brazos estrechamente apretados contra el cuerpo, con los pies hundidos entre los muslos de sus hermanos, se levantó lentamente, lentamente, hasta el meridiano de la verticalidad, mientras los otros dos hermanos, con los torsos prietamente juntos y arqueados, con las cabezas inclinadas hacia atrás, con las venas del cuello hinchadas y aparentemente a punto de estallar, parecían hallarse fundidos en una mezcla monstruosa de carne descuartizada.

Desde su infancia, Betka había acariciado el sueño dorado de ser

aniquilada con el mundo en una catástrofe cósmica. Más tarde, ¡cuántas veces se había identificado a sí misma con los místicos de la «Muerte blanca[5]», la muerte colectiva a fuego después del placer colectivo! Repelida y atraída por los tres húmedos cuerpos de los hermanos Montouri, se sintió presa de la loca ofuscación que le impelía a arrojarse, con los ojos cerrados, al corazón de la rueda visceral formada por los entremezclados músculos de acero de aquellos atletas, para ser aprisionada en los dientes de sus movimientos, aplastada por el furor de sus contracciones y triturada por el frenesí del choque de sus huesos hasta ser convertida en una pasta cálida y ardiente de «Muerte blanca».

El efecto de la heroína hizo que la mirada de Betka fuese más osada y brillante, y la joven la sostuvo fija en el más pequeño de los hermanos Montouri. Éste, que no había dejado de percibir la preferencia de Betka, se arrojó la capa de piel de leopardo sobre los hombros y, abandonando el centro de la sala, se apoyó en una columna mientras fingía contemplar a sus dos seudohermanos, que continuaban ejecutando el ejercicio (pues entre los tres hombres no había otro parentesco que el animal que establecían las tres pieles de leopardo). En aquel instante, aparecieron dos lacayos que arrastraron hasta el centro de la sala dos grandes ruedas plateadas entre cuyos radios se hallaba una gran cantidad de artilugios que contenían cohetes y luces de bengala. El más pequeño de los hermanos Montouri, aprovechando la curiosidad provocada en la sala por la presencia de las dos extrañas ruedas, se aproximó y se apoyó en el respaldo de la silla inmediata a la de Betka, so pretexto de encender un cigarrillo, y le dijo con voz baja, rápida y metálica:

—Me llamo Marco. Mi trabajo ha concluido. Mis compañeros tardarán otros veinte minutos en terminar su ejercicio, con la «rueda del faraón». ¿Quiere usted que nos vayamos juntos?

Betka no contestó, mas se puso en pie y le siguió. Marco se detuvo a la puerta de su camerino.

—Espéreme aquí. No tardaré más de cinco minutos en vestirme.

Betka, sin obedecerle, lo siguió de nuevo hasta el interior de la estancia; y entonces dijo:

—Me quedaré aquí.

En aquel momento, experimentó una especie de ligero ataque de cólico que la hizo estremecerse. Y recordó instantáneamente que su

madre le prohibía siempre comer cerezas alegando que la trastornaban; pero a su modo de ver, por primera vez en la vida de Betka aquéllas eran las primeras cerezas que había comido libres del gusano del remordimiento. Marco, desconcertado, vacilaba en desnudarse delante de Betka.

—¡Idiota! —gritó ella, acometida de un furor repentino—. ¡Un minuto más, y terminará por serme odioso!

—Hace un momento, me quería usted —replicó Marco con desconcertado asombro.

—¡Y también *ahora*! —Estalló Betka—. ¡Ahora mismo! ¡Cierre la puerta!

Y en tanto que hablaba, sacó la cajita e intentó hacer una aspiración de heroína, con lo que los huesos de cereza que guardaba en el pañuelo volaron en todas direcciones, rodaron por el suelo de cemento. Marco pensó que estaba loca; pero se vio apresado por el contagio del deseo.

—Esta habitación no es solamente mía —contestó con voz alterada, aunque se disponía a obedecerla—. Mis hermanos vendrán ahora mismo a vestirse, y…

—¡Cierra la puerta! ¡Cierra la puerta! —repitió Betka con voz estrangulada en tanto que iniciaba los movimientos precisos para desabrocharse la falda.

Marco empujó la puerta, que produjo un horrible y chirriante sonido y que permaneció medio abierta, detenida por un hueso de cereza que se había atrancado entre la madera y una de las irregularidades del piso. Nada movería la puerta. Marco la golpeó como un camero enloquecido, pero a cada empujón el hueso se clavaba más firmemente: y la puerta, que solamente se había cerrado unas pocas pulgadas, permaneció inmovible como si hubiera sido permanentemente soldada al suelo, y no pudo ser movida ni en una ni en la otra dirección.

—¡Cretino! ¡Imbécil! —gritó Betka furiosamente.

En el mismo instante, a través del cristal esmerilado y arrugado de la puerta, ambos vieron las siluetas, que se aproximaban rápidamente, de los otros dos hermanos Montouri. Los dos intentaron confiadamente abrir la puerta por medio de un empujón dado con los muslos; pero no se abrió. Entonces, a través de la abertura que quedó entre la puerta y la jamba, los dos hermanos

pasaron contrayéndose y con dificultad, uno tras otro; cada uno de ellos llevaba en las manos dos botellas de cerveza cubiertas de una capa de hielo a la que se habían adherido algunas pajas.

—¿Molestamos? —dijo el más alto de los hermanos Montouri mientras dejaba las cuatro botellas en el suelo y se frotaba dos largos arañazos que la madera de la puerta le había hecho en el estómago.

—Perdónenos… No tenemos otro lugar donde vestimos.

—¿Es usted acróbata? —preguntó el otro hermano.

Betka no contestó. Con un cigarrillo en la boca, esperaba que Marco encontrase la caja de cerillas.

—Es periodista —dijo Marco con firmeza en tanto que encendía el cigarrillo de Betka—. Quiere fotografías nuestras para un periódico.

—Eso es lo que necesitamos —continuó el segundo hermano—, una rubia de cabello cobrizo y linda que pueda completar la triple rueda del faraón. Nosotros solos podremos matamos en nuestros esfuerzos por hacer una buena representación, podremos agotarnos…, pero no tendremos posibilidad de obtener éxito si no nos acompaña una rubia guapa.

—Es una idea que podría examinarse —dijo Betka en tono divertido y amistoso—. Tengo cierta experiencia como bailarina.

Pero cuando intentaba ponerse de puntillas, resbaló en un hueso de cereza y se dejó caer en brazos del más alto de los tres hermanos, que la cogió de la cintura y exclamó con estupefacción:

—¡Oh! ¡No he visto en toda mi vida una cintura más esbelta!

Y para demostrarlo, la rodeó completamente con las manos, con la misma elegancia que un soldado al tomar un fusil para presentar armas. Y manteniéndola de este modo, la levantó lentamente, hasta tocar el techo. Betka, que se había amansado de nuevo, sonrió sinceramente durante la ascensión sin cesar de fumar tranquilamente el cigarrillo. Montouri llevó a Betka hacia delante, y ella, manteniéndose rígida, pasó las piernas a ambos lados de la cabeza del atleta y abrió los brazos, como si de este modo imitase las alas de un aeroplano. En aquel momento, Betka percibió distintamente unos gorgoteos que se producían en el vacío de su estómago y, con el fin de disimularlos, rompió en sonoras carcajadas y lanzó unos gritos cristalinos, como si de este modo

intentara dar a entender que las manos de Montouri le hacían unas cosquillas irresistibles en la posición en que la mantenía.

—Probemos el ejercicio de la sirena —dijo Marco al mismo tiempo que apoyaba una rodilla en tierra y extendía los brazos para recibir el cuerpo de Betka.

Pero el otro Montouri no le obedeció, sino que dio dos vueltas ofuscadoras con Betka en alto y la depositó sobre un canapé. Betka estaba un poco mareada y se llevó una pálida mano a la frente, como si de tal modo intentara conseguir que la cabeza no le diese vueltas, en tanto que se apoyaba de manera semiconsciente en el desnudo hombro de Marco, que estaba arrodillado a sus pies. Betka estaba bañada de sudor. ¡Cuánto calor hacía! Y se dijo a sí misma: «Un par de minutos para descansar y me voy». Pero ya sentía que sus miembros no podrían obedecerla, que estaban atados al canapé por la cadena de un triple deseo. El más alto de los tres hermanos acababa de sentarse a su lado, y el tercero permanecía en pie ante ella; y los tres la observaban con una mirada fija y estúpida, sin pestañear, como tres perros que esperasen a ver cuál de los tres sería el primero en alcanzar un trozo de carne. Después, el rostro de Betka se cubrió de palidez, la naricita se le afiló con la cérea transparencia característica de los muertos y, lo mismo que si obedeciese a un imperativo contra el cual su voluntad era impotente, pasó con lentitud el otro brazo tras el cuello del más alto de los hermanos Montouri, juntó las cabezas de los dos hermanos, las oprimió contra su pecho y se quitó los zapatos por medio de un movimiento rápido.

—¡Cerrad la puerta! —dijo con voz incolora y apenas audible al que se hallaba ante ella.

Y el tercero de los tres hermanos se tambaleó del mismo modo que si estuviera borracho, se aproximó a la puerta y, haciendo un esfuerzo supremo con las atléticas espaldas, hizo que todas las fibras de la madera crujiesen, y cerró, al fin, la puerta, que produjo un largo y definitivo chirrido.

… Tres mil huesos de muerte blanca… tres mil cerezas triples… tres mil triples ruedas del faraón… y dos copos de nieve —¡en la oquedad de sus mejillas!

De este modo percibió Betka la llegada del temido frío. Se hallaba caminando entre la noche iluminada por las distanciadas luces del Quai Voltaire. Acaso fuera hambre; pero… ¿volvería a comer en alguna ocasión?… Todos sus doloridos miembros comenzaban a congelarse en tanto que una especie de sueño sin deseo de dormir la invadía…, como si el ligero peso del invierno gravitase sobre sus párpados, semejantes a cristalizaciones de hielo depositadas en las comisas de su mirada.

Al llegar al final de la gótica Rué de Seine, Betka dio una limosna de cincuenta francos a un pobre tullido sin piernas. Se inclinó y sonrió con una impura sonrisa que habría bastado para ajar la más fresca de todas las flores. El tullido parecía el noble busto romano de un destrozado y viejo Esopo, y como éste, era jorobado.

—Puede usted tocarme la joroba si lo desea —dijo el anciano en tanto que reía tontamente—. Los demás lo hacen sin pagarme nada.

Betka oprimió la joroba con la mano y percibió que en su interior latía un corazón. Luego, continuó su camino; pero muy pronto aminoró los pasos al comprobar que era seguida por el mendigo, que avanzaba valiéndose de las manos. Cada vez que se detenía, Betka oía la ahogada respiración del jorobado cerca de ella.

—¡Llévese otra vez su dinero, si lo desea, pero venga conmigo! ¡Déjeme llevarla a casa del padre Frandingue! Tengo un rincón en esta barca. He escondido algo de dinero. Déjeme que la lleve con el padre Frandingue. Tengo algo de dinero escondido.

Era cerca de la medianoche. En la plaza de Jena, acurrucada y apoyada en la verja de hierro del jardín del Luxemburgo, Betka estaba llorando, apretando el labio inferior, vuelto hacia dentro de la boca, con toda la fuerza de sus músculos para favorecer el brotar de su llanto. «¡Todo va bien! ¡Todo va bien! ¡Todo va bien si acaba bien!»

Cuando *Baba* encontró a Betka en el bar de la Coupole, a medianoche, Betka estaba tan ebria de heroína, que apenas se dio cuenta de su llegada.

La muchacha comenzó a hablar como si estuvieran juntos desde hacía mucho tiempo.

—¡Ya no volverás a separarte de mí! ¿Por qué me dejaste sola?

Betka pronunciaba estos reproches con melosa entonación. Por

espacio de cierto tiempo, había estado exagerando deliberadamente su estado e imaginándose que se había convertido en su gatita, en Cécile Goudreau o en ambas al mismo tiempo.

—¿Qué te sucede? ¡Estás borracha! —dijo *Baba* severamente.

—¡Cómo! ¡Claro que estoy borracha! ¿No debería estarlo? —preguntó Betka arrastrando las palabras perezosamente y separando de modo malicioso cada sílaba de todas las demás. Bruscamente, se puso en pie con un ademán dramático y ocultó el rostro en el hombro de *Baba* al mismo tiempo que exclamaba con un medio susurro—: ¡Te suplico, querido, que me lleves de aquí! ¡Llévame lejos de esta horrible luz eléctrica…, a cualquier lugar oscuro…, donde haya muchas hojas! ¡Quiero tener frío! Tócame, y verás lo fría que estoy —añadió Betka cuando ambos se encontraron en la calle.

—Estás tan fría como el hielo. ¿Qué has estado haciendo? —preguntó *Baba* mientras le besaba los cerrados puños.

—He estado jugando… He estado jugando… Eran tres, había tres —respondió Betka como si intentase dolorosamente recordar algo agradable. Y sonrió y continuó soñadoramente—: Eran tres… Eran tres… ¿Has visto la triple rueda del faraón? Los tres son de plata, y los tres se incendian al mismo tiempo.

—¿Por qué lloras? —preguntó *Baba* deteniéndola y oprimiéndole las mejillas en un intento por forzarla a tener confianza en él.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió Betka al mismo tiempo que deshacía el abrazo; y continuó charlando.

Fueron a un café solitario situado frente a la *Tour* Saint Martin y se sentaron en la terraza; el reloj de la torre dio las doce y media.

«A la una en punto», se dijo Betka; y la garganta se le apretó bajo el efecto de la tiránica presión de su proyecto.

—¡Bien! ¡Aquí estaremos bien! —dijo *Baba* al detenerse—. Un cuchillo de hielo en el aire, el preciso para que puedas coger una pleuresía, y, además, ahí tienes tus hojas, ¡muchas hojas! Con esa pared cubierta de hiedra, esto tiene más aspecto de ser de Oxford que de París. ¿Te agrada este ambiente? —En tanto que hablaba, *Baba* arrancó una rama de la hiedra y la colocó sobre los estremecidos hombros de Betka, que se hallaba sentada en el rechinante esqueleto de una silla blanca de hierro y con los dos

puños apoyados en el preciso centro del mármol de la mesa. *Baba* formó un círculo con otra rama y lo colocó cautelosamente en la cabeza de Betka al mismo tiempo que decía—: ¡Y aquí tienes una perfecta corona prerrafaelita para adornar tus frustraciones! —*Baba* pronunció mal la palabra «prerrafaelita» y rió al advertirlo. Betka rechazó la corona con un rápido movimiento de su cerrado puño—. Yo puedo soportarlo; voy bien vestido —dijo entonces *Baba* mientras se sentaba y se levantaba el cuello—, y te aseguro —añadió— que mañana partiré hacia España sin ningún enfriamiento… Acaso sea posible que se me contagie un poco de tu fiebre de primavera… Y en ese caso tendré que rascarme un poquito en el tren. ¡Soy tan susceptible como tú!

—Estás decepcionado por haberme hallado en el estado en que me encuentro esta noche, ¿verdad? Y me rechazas por ello —dijo Betka con resignación.

—¡Abre la mano! —le ordenó *Baba*—. ¿Qué escondes en ella? ¡No seas tan rebelde!

Betka abrió lentamente la mano, que estaba llena de huesos de cereza pegados unos a otros; no pudo recordar durante cuánto tiempo los había llevado de aquel modo.

—Es una porquería, ¿no es cierto? ¿Te disgustas? Lo sé bien: parezco una loca.

—¿Y en la otra mano? ¿Qué tienes en ella? ¡Abre la otra mano!

—¡No! —respondió Betka apretándola con más fuerza—. ¡No te lo enseñaré!

Baba no insistió, y limpió con su pañuelo la mano de Betka.

—¡Ya está limpia! —dijo con un tono que denotaba que se hallaba armándose de paciencia.

Betka puso la mano sobre la rodilla de *Baba* y palpó los ángulos de los huesos que la formaban, pequeños y puntiagudos, a través de la ligera tela de los pantalones. Después, con las manos unidas, ambos se miraron en silencio, y Betka descubrió por primera vez la infinita fuente de ternura que puede haber en tal caricia. Siempre acosada y atribulada, siempre arrancando estremecedoras pizcas de placer de una vida mordida por la ansiedad, había necesitado que el vacío de la eternidad se abriese ante ella para que le fuese posible experimentar, al fin, el misterio de la pasión de dos manos que se oprimen, ambas con los desnudos cuerpos de las coyunturas de los

dedos moviéndose lentamente centenares de veces para entretenerse en infinitas combinaciones, lubrificadas por las lágrimas, sin aflojar su presión ni durante un solo instante.

—Dímelo —repitió Betka—; dime que me rechazas, que te disgusto. Pero todo me lo prometiste; me prometiste dejarme escoger las condiciones de nuestro primer encuentro. ¡Jura que no te separarás de mí hasta el amanecer!

Baba, que acababa de mirar el reloj de la Tour Saint Martin, contestó:

—Estaré contigo hasta las siete y media. El tren sale para España a las ocho; y si fueras capaz de escucharme, acaso me sería posible persuadirte a que me permitieras llevarte conmigo a Barcelona. Allí, podría hacer de ti una reinecita roja. Me esperarías en Cerbére durante el tiempo necesario para que pudiera ir a Barcelona para arreglar tu pasaporte, y te alojarías con unos amigos míos que se encargarían de prodigarte toda suerte de cuidados, como si fueras su hermana-sol, su rojo vino, sus diminutas aceitunas negras…

El camarero aportó dos nuevos vasos de *whisky* con agua de Perrier.

—Dijiste: sí; pero no juraste que te quedarías conmigo —dijo Betka sin prestar atención a los proyectos de *Baba* ni a su tono seductor—. Sé que engañas a todo el mundo.

—¡Te lo juro! ¡Estaré contigo hasta que salga el sol! Pero no esperes que te consuele —concluyó *Baba* ásperamente; luego, comenzó a beber con lentitud su *whisky*. Y después continuó agresivamente, deteniéndose después de pronunciar cada frase, como si quisiera dar tiempo a que la pasión que a ambos inflamaba comenzase a enfriarse—: No sé lo que es la piedad. En los primeros días de la guerra, durante los días más calurosos del verano, con una temperatura de sesenta grados, recibí mi nuevo *rata*[6], muy feo, pero muy eficaz. Acababan de destruir el pueblo y Málaga sucumbía a los bombardeos. Varios centenares de mujeres habían salido corriendo a la pista del aeródromo y rodeaban nuestro aparato. Tras ellas, que llevaban envueltos en abrigos negros los cuerpos de cuatro o cinco críos muertos, llegó una nube de moscas. En su histeria colectiva, era imposible alejarlas del aparato. Nos mostraban la terrible carga y se la pasaban entre sí con una insistencia diabólica; ante nuestros ojos pusieron varios restos de

cadáveres manchados por sangre coagulada. «¡Mira! ¡Mira! ¡Mira!», gritaban a coro, compitiendo entre sí por ver quién seleccionaba los restos más terribles, como si de ese modo pudieran implorar una mejor venganza para sus muertos. Teníamos que despegar a toda prisa, no podíamos perder ni un instante. Mi segundo, que había saltado a tierra en dos ocasiones para dispersarlas, tuvo problemas para regresar a bordo. Un viento fuerte procedente del desierto había empezado a soplar, inundando de polvo el llano y sacudiendo los olivares que se veían a lo lejos. Por tres veces exclamé: «¡Sal! ¡Sal! ¡Sal!». No se podía hacer nada. Las pobres mujeres se aferraban al aeroplano con todas sus fuerzas…, como gente que se ahoga. Arranqué el motor y el tubo de escape de mi *rata* acabó con la histeria… y con todo lo demás. Nunca. Nunca me había sentido como aquel día cuando estuve, como lo estaba en aquel momento, frente a frente con el enemigo. A partir de ese momento me convertí en ese ente indeterminado que llaman héroe —dijo *Baba* con tranquilidad mientras terminaba su *whisky*.

Y después, continuó, como si hubiese recobrado la frialdad:

—No hay audacia en el heroísmo. Jamás se piensa que se va a morir. Cuando se oprime con fuerza la ametralladora, es como si sus saltos dispersasen las pulgas del temor… He echado mucho de menos a mi *rata*. La niebla de París me disgusta aún más que la de Londres… Es más sutil… Aquí la gente habla demasiado, y demasiado bien acerca de todo. Uno se hace monstruosamente inteligente, todo se mezcla y funde… ¡Lo feo parece hermoso, los criminales son santos o enfermos, los enfermos son genios, todo es doble, ambivalente!… Todo es distinto a la luz implacable de España. En el interior de mi *rata*, todo se hace de nuevo inexorablemente cierto; y debe de suceder lo mismo a los otros, pues el valor es igual en ambos lados… ¿Qué importa? Lo importante es sentir cómo uno se convierte nuevamente en una gota de albúmina, de vida instintiva y vulnerable en el centro de una granada de mica, en el centro del cielo… En lugar de pensar, el cerebro funciona; la sístole y la diástole del corazón y las combustiones químicas de los líquidos propios, alimentan las alas del aeroplano…

¡Todo esto no es literatura! Uno se siente verdaderamente a sí mismo desde el interior de las vísceras hasta las puntas de las

uñas… Se es, entonces, los ojos y las entrañas del aeroplano. Y entonces ya no existe París, ya no hay surrealismo, ya no hay angustias… ¿Lo oyes? Todos los temores, todos los remordimientos, todas las teorías y las indolencias, todas las contradicciones del pensamiento y todas las insatisfacciones acumuladas por las dudas…, todo esto desaparece para dar lugar al chorro furioso de una única y sencilla certidumbre: la del continuo y crepitante haz de fuego de la ametralladora.

Betka no le escuchaba; pero la continua e involuntaria exaltación verbal de *Baba* le resultaba ligeramente repugnante. ¡Cuántas ilusiones! «Verónica era más fría», pensó al observarlo. Y luego, le preguntó:

—¿Conoces a Verónica Stevens?… ¿Ni siquiera por haber visto alguna fotografía suya?

Baba miró a Betka por primera vez con curiosidad; no le había prestado atención; estaba pensando en algo diferente.

—¿Quién es Verónica? Y ¿por qué me lo preguntas? —*Baba* estaba intrigado.

—Se parece a ti… ¡Oh, si la conocieras!… Te gustaría más que yo.

En verdad, el parecido de *Baba* con Verónica se presentó a Betka repentinamente y de un modo tan enérgico, que no pudo distinguir en qué aspectos se diferenciaban ambos; y recordó la observación de Verónica que tanta impresión le había causado la noche de aquella cena en La Tour
d'Argent:
«No me aprecio a mí misma; pero me agradaría poder hallar en mi vida alguna persona que se me parezca absolutamente, con el fin de adorarla». Aquella persona era *Baba*, Betka estaba segura; y ya no pudo continuar imaginando a ambos juntos. Y de cualquier modo que intentase representarlos para sí misma, ya fuese en medio de los centenares de seres vagos y semiolvidados de sus recuerdos, ya entre la multitud que, más recientemente, había visto llenando los salones de Solange de Cléda, las dos figuras amedrentadoras y rubias de *Baba* y Verónica se destacaban entre todas las demás con la misma angustiosa fijeza de las dos figuras del famoso *Ángelus* pintado por Millet. Podía verse que en torno a *Baba*, y a Verónica también, solamente podía haber silencio y soledad, un silencio y

una soledad que se desvaneciesen a lo largo de la desierta línea horizontal de los campos.

Betka se sintió en aquel momento observada por *Baba*. Silencioso, escudriñador, distante una vez más, se había encerrado en la coraza de su indiferencia y cerrado la cincelada visera de su silencio al mismo tiempo que sus ojos brillaron con un brillo que otra vez pareció a Betka impenetrable. Betka comparó en aquel momento la dureza de la mirada de *Baba* con la de Verónica exactamente del mismo modo que podría haberse hecho con cristales que fuesen rozados violentamente unos contra otros con el fin de descubrir cuál de ellos podría rayar al otro. Y juzgó aquellas dos maneras de mirar como igualmente duras y hostiles para la de ella, tan débil, que se hallaba a punto de cerrarse voluntariamente para siempre. Betka comparó su próximo fin con el de *Baba*; él, por lo menos, iba a morir en el corazón de lo que más amaba en el mundo: su *rata* escupiendo fuego entre las nubes. «Yo, completamente sola en la habitación de un hotel de veinticinco francos».

Mientras se dijo estas palabras, se halló nuevamente leyendo y releyendo la muestra del hotel que se hallaba en la otra acera de la calle: Avenir Marlot. El nombre podría haber sido peor; por lo menos, era un porvenir que nada importaba: ¡el porvenir de Marlot! Y en el momento en que el reloj de la Tour Saint Martin daba la una, Betka dijo resueltamente y como si continuara su embelesamiento en voz alta:

—*Chéri!* Quiero… ahora…

—¿Sí? ¿Irás conmigo a Barcelona?

Como si fuera incapaz de contestar, Betka movió negativamente la cabeza; y finalmente, respondió con voz ahogada:

—No. Al otro lado de la calle.

Una vez que se encontró en la estancia, Betka experimentó una ligera revulsión al imaginar a *Baba* y Verónica juntos después de la muerte de ella. Y unos celos injustificados nacieron en su interior.

A la una y media, Betka había tomado varias píldoras y se hallaba tumbada, vestida. *Baba* le había prometido nuevamente no abandonarla antes del amanecer. En la oscuridad de la estancia, cada uno de ellos se hallaba absorto en sus propios pensamientos y cavilando en su muerte. *Baba* experimentaba la impresión de que

las anchas alas de aluminio de su aeroplano estaban soldadas a sus hombros y que tenían unas raíces de platino que nacían de su corazón. En el momento en que éste fuese herido, todo se contraería; y entonces sería lo mismo que si dos grandes manos de hielo se cerrasen sobre él para protegerle contra el fuego. En cuanto a Betka… sucedía lo opuesto: se presentaba la muerte blanca; y Betka movió la cabeza del modo que lo habría hecho si intentase acercarse a una llama invisible. Luego, las largas manos de *Baba* se movieron unos momentos sobre el cabello de Betka, como en un vuelo nocturno, y fueron a posarse sobre el cerrado puño de la joven, en el interior del cual también se albergaba la muerte.

Baba no pudo abrir aquel puño. Betka parloteaba en un naciente delirio.

—¡No me abandones! —Había asido ambas manos de *Baba* y llevándoselas a la parte superior del cuello, le suplicó—: ¡Sujétame ahí! ¡Aprieta ahí! ¡Muerde ahí, para hacerme morir!

—¡Duerme! —repetía *Baba* al mismo tiempo que le calentaba la nuca con el aliento.

—¿Qué es lo que tocan mis pies? ¡Estoy caminando sobre huesos de cerezas!

—¡Duerme, duerme!

—Diré a Verónica…

—¡Duerme, duerme!

—Sé que estás enojado. Apaga la luz. Quiero marcharme.

Betka intentó enderezarse, asió el cordón eléctrico y la lámpara, y se apretó ésta contra el pecho. Al permanecer inmóvil de este modo, creyó que no podría hacer ya ningún movimiento.

—Ahora estoy mejor —dijo débilmente; y al cabo de un momento, añadió—: ¿Dónde está mi cajita dorada? ¡Cúbreme los pies!

Baba repetía, cerca de su oído:

—¡Duerme, duerme!

Y por el modo como lo decía, Betka comprendió que *Baba* se disponía a abandonarla.

Y, efectivamente, la abandonó al cabo de quince minutos creyendo que, por lo menos, se hallaría inconsciente por efecto de la droga. Pero en realidad lo que Betka sufría era algo más que el adormilamiento de la embriaguez: era el comienzo de la agonía

mortal. Betka percibió que toda su piel se agitaba por ejércitos de estremecimientos que le acometían en oleadas sucesivas. Sintió que todo su cuerpo se erizaba con una infinidad de microscópicas manos malva que temblaban y se estiraban hacia su corazón, el único foco que todavía estaba caliente. Y le pareció que éste se cubría de cabellos finos, diminutos… ¡Eran orejas y bigotes, como los de la cabecita de su gata! «¡Qué he hecho! ¿Por qué me castigan?… ¡Adiós, crueles padre y madre! ¡Verónica, ángel!» Y oyó el horrible gorjear de los pájaros, que despertaban. «¡Voy a morir!», se dijo; y perdió la conciencia.

Fingiendo saludar al sol naciente, las aves solamente entonaban el salmo latino para los muertos: «*Dies irae, dies irae, dies irae, dies irae, dies irae, dies irae, dies irae*…». «¡Mississseerreeerrree!», refunfuñó el cubo de la basura allá, abajo, al afilarse los dientes contra el borde de la acera.

El sol se elevaba como una cereza.

La hora de las cerezas había terminado.

Cuando Verónica leyó la carta de Betka, durante la noche del lunes de su regreso de Fontainebleau, se dijo inmediatamente: «Esto huele a suicidio»; y permaneció durante irnos momentos inmóvil, con el mechón cobrizo de cabellos de su amiga y el recibo azul del telegrama sostenidos en las puntas de sus uñas curvas y largas. Conocedora instantánea de su error, intentó reconstruir las circunstancias de la llamada telefónica que lo originó y dio lugar a que en lugar de enviar el dinero prometido enviase a Betka el recibo. Y para comprobar la exactitud de su temor, Verónica se sentó lentamente ante la mesita y abrió la caja de los sobres. Sí, allí estaban los quinientos francos que se propuso enviar. «¡Es terrible!», se dijo. Y llamó a la secretaria. La señorita Andrews se presentó con el rostro cubierto de una fea palidez, con el vestido arrugado por efecto del sueño recientemente interrumpido. Verónica le disparó una mirada que cortó en seco el comienzo de un bostezo que la señorita Andrews se vio obligada a reprimir enérgicamente y a esconderlo tras el puño cerrado y tembloroso. El timbre sonó en el estudio de Betka, sin que nadie acudiese a la llamada; luego, la señorita Andrews telefoneó al portero; el portero no había visto a la

señorita Betka desde hacía cinco días, y se había encargado de los cuidados de *la petite chatte blanche*. La señorita Andrews esperó nuevas órdenes de la señorita Verónica. Finalmente, ésta dijo:

—Es probable que hayamos de emplear toda la noche en buscar a la señorita Betka. Le suplico que cumpla mis órdenes al pie de la letra. Tan pronto como haga usted algo por propia iniciativa, quedará despedida. Ante todo, vaya a cenar.

—Podría hacerlo más tarde. No tengo hambre —afirmó la señorita Andrews; pero se arrepintió en el acto de haberlo dicho.

—¡No comience a discutir! —contestó severamente Verónica; y continuó—: Cene; eso será lo primero. Luego, vaya a la comisaría de Policía del Sena y prepáreme una entrevista con el *commissaire*. Dígale que la vida de una persona depende de que esa entrevista sea celebrada inmediatamente.

La señorita Andrews regresó cinco minutos más tarde y anunció que la entrevista había sido concertada y que el *commissaire* esperaba a la señorita Verónica.

—Ha tardado muy poco… Ha debido de telefonear para ganar tiempo, ¿no es cierto? —preguntó Verónica con contenido enojo.

—Sí, señorita —contestó la señorita Andrews.

—¡Le ordené que fuera personalmente! —Y en tanto que lo decía, se dirigió rectamente a la puerta de la habitación inmediata —. ¡Váyase de ahí! —gritó.

La señorita Andrews llegó hasta la puerta, se arrodilló y dijo:

—¡Señorita, no he querido desobedecerla! ¡Le pido perdón!

—¡Váyase! —repitió Verónica con más fuerte voz que la vez anterior.

La señorita Andrews se puso en pie y salió.

Verónica se dejó vestir tranquilamente por la doncella. Inmóvil, por su impasibilidad y por el espíritu de dominación de su actitud, Verónica semejó un rubio Felipe II de España, y podría haber repetido a la mujer que la vestía la célebre observación que el monarca solía dirigir a su ayuda de cámara en las vísperas de graves y decisivas circunstancias: «Vísteme despacio, que tengo prisa».

Verónica sabía que un vestido de noche y unos collares de diamantes serían más eficaces para provocar actividad en la imaginación del *commissaire* las torpes insinuaciones acerca de su importancia social, y que, al mismo tiempo, le evitarían el trabajo

de tener que insistir sobre el espinoso tema de una gratificación. A las diez y media de la noche, Verónica era acompañada hasta la puerta de la comisaría por el *commissaire* Fourrier, quien, en tanto que liaba un cigarrillo pensativamente, aseguró:

—Si está en París, la habremos encontrado dentro de tres horas.

Afuera, en la calle, con el aspecto de un perro apaleado, la señorita Andrews la esperaba.

—Sí, claro; todavía no ha cenado usted —dijo Verónica en tono de reconvención—. Bien; ahora es demasiado tarde para que lo haga. He aquí lo que ha de realizar inmediatamente.

Y enumeró una serie de nombres y direcciones donde había de llamar; había de hacer averiguaciones acerca de Betka en diversos puestos de Policía. Y, al mismo tiempo, debía dar a conocer lo sucedido al príncipe de Orminy y a Cécile Goudreau, ya que Verónica comenzaba a percibir el característico aroma del opio en el fondo de aquella cuestión.

Betka fue hallada hacia las tres de la mañana; y al cabo de dos días, despertó en el Hospital Norteamericano de Neuilly. La primera sensación que recibió fue la del verano al percibir a través de una puerta semicerrada la presencia de un hombre tocado con sombrero de paja. Esta circunstancia la desconcertó por espacio de dos largos minutos. Y, sin embargo, ¡sabía que era verano! Un doctor corpulento, vestido enteramente de blanco, se aproximó y se sentó junto a ella, y poniéndole las manos sobre ambas rodillas, le preguntó:

—Ahora, dígame: ¿por qué lo hizo usted?

—Estaba aburrida —contestó Betka.

—Bien, bien; ¡dice que estaba aburrida! —repitió el doctor con áspero acento americano al mismo tiempo que movía la cabeza y se levantaba para coger el termómetro que le entregaba una enfermera.

Verónica fue autorizada aquella tarde a visitar a su amiga por espacio de quince minutos. Sus explicaciones fueron más que convincentes. Betka las aceptó del mismo modo que si pensara que las cosas no podrían haber sido de otro modo. Y añadió sencillamente:

—No quería vivir en un mundo en el que todo el mundo engaña.

A la noche siguiente, cuando fue trasladada a su habitación del

Quai des Orfévres, Cécile Goudreau fue a verla. A la mañana siguiente Betka sostuvo una tormentosa conversación telefónica con Verónica, quien la reprochó tiránicamente por haberla recibido.

—No podía negarme a recibirla; me había enviado flores al hospital diariamente —protestó Betka.

—¡Cállese! ¡Voy a ir a verla ahora mismo! —replicó furiosamente Verónica; y colgó el receptor.

El sol se presentó en las ventanas del estudio de Betka y desapareció de ellas. Verónica estaba sentada en la cama y Betka se hallaba arrodillada a sus pies, llorando e intentando mantener el cuerpo erguido y separado del de su amiga. Las manos de Verónica rodeaban el cuello de Betka con dedos fríos que se hundían entre la cabellera de color cobrizo y sus uñas jugaban con la boca del cuello de Betka, acariciándolo. Verónica dejó que Betka se debatiera, resiguiendo deliberadamente la generosidad armónica de sus brazos, los gestos bruscos que hacía su amiga para soltarse. Al mismo tiempo, sin embargo, Verónica la tenía atrapada, y presionaba sus costillas con *toda la* fuerza que podían hacer sus musculosas piernas.

—¡No llores más! —ordenó al fin Verónica—. El encuentro de dos seres como nosotras es una cosa tan poco frecuente… Es necesario que nos unamos de una manera tan fuerte, que nada que suceda entre nosotras pueda decepcionarnos ni disgustarnos más. Júrame que jamás volveremos a separarnos, que nunca más volverás a tomar opio —dijo Verónica, imperativamente, mientras retiraba las manos del cuello de su amiga.

—¡Sí, lo prometo! —exclamó Betka levantando la cabeza y sonriendo de un modo que descubrió la doble hilera blanca de sus dientes.

Verónica llevó lentamente la cara de Betka hasta la suya y, hundiendo sus labios en la boca entreabierta de ésta, le dio un largo beso a aquellos dientes inertes y cerrados…

Y pasaron tres años: 1937,1938,1939…

SEGUNDA PARTE
«NEMO»

III. APLAZAMIENTO DE UN BAILE

En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.

CALDERÓN DE LA BARCA

En la habitación-estudió de Betka, en el Quai des Orfévres, el sol aparece tras los cristales de la ventana y se desvanece…

Betka se encuentra con el cuerpo inclinado hacia Verónica, que se halla con una rodilla en tierra. Las cabezas de las dos amigas se encuentran al mismo nivel. Los pies desnudos de Betka se apoyan sobre uno de los de Verónica, y los cuerpos de ambas se doblan hacia las sábanas abiertas del lecho; las dos mujeres miran emocionadamente a un niño de apenas dos años de edad que, con torpes movimientos de unas manecitas gordezuelas, intenta desabotonar la blusa de Verónica en busca de su pecho, que Betka parece desear ofrecerle. El afán de la criatura, cuyos esfuerzos son acogidos con carcajadas, llena de embeleso a las dos amigas.

Después de este juego de identificación maternal, que dura varios minutos, Betka se desabrocha la blusa con orgullosos movimientos y aproxima al rostro de su hijito un pecho pleno y redondo; las manos de la criatura se dirigen hacia él y cada uno de sus esfuerzos provoca nuevas risas y nuevas expresiones de delicia, como si la verdadera prueba de su maternidad se encerrase en la turbulenta avidez que nace en la criatura. Betka se aproxima más a ella y se inclina un poco más. El niño parece atemorizarse durante un momento por la sombra que repentinamente se extiende ante él; pero tan pronto como el pecho de la madre comienza a alimentarle,

no vuelve a moverse. Continuando inclinándose para que la dulce redondez de la turgencia de su carne descanse más y más sobre el rostro de la criatura, Betka observa cómo el niño acepta la caricia con una voluptuosa inmovilidad, tan estática, que al verla, los ojos de las dos mujeres se llenan de lágrimas de ternura…, lágrimas que inmediatamente se truecan en lágrimas de alegría y de risa cuando el hijito de Betka se sofoca y reacciona repentinamente con los movimientos contradictorios de una criatura que estuviese ahogándose y comenzase a luchar con toda la energía de sus bracitos precozmente musculares.

El sol, surgiendo nuevamente de detrás de una nube, brilla directamente sobre aquella gloriosa carne que se torna tan deslumbradora, que toda la habitación semeja iluminada por su reflejo. Los pechos de Betka son largos, con puntas extremadamente prominentes, como los que solemos asociar imaginativamente con los de la decadencia romana, y su piel es tan brillante como la superficie de las estatuas bruñidas y está salpicada de pecas de subido color que parecen, engañosamente, las pecas de un musgo dorado que, como sucede en muchos casos, cubren el mármol de algunos fragmentos de escultura que han sido abandonados y expuestos a las inclemencias de la región de Pontine.

Una mosca acaba de posarse en la punta de uno de los pechos y ninguno de los movimientos de la criatura parece distraerle o forzarla a abandonar aquel punto, entumecido en cierto modo, que la lactancia ha distendido monstruosamente. Una serie completa de granulaciones satélites, de una cuarta parte del tamaño de la natural, rodea el núcleo central de succión, de protuberancias hinchadas y oscuras, que constituyen una especie de frontera circular en su torno. El chiquillo toca aquellos pezones suplementarios uno tras otro, y en ocasiones los aprieta fuertemente con un pequeño dedo índice y empuja a la totalidad de la carne con un movimiento rotatorio, como si intentase conseguir que todo ello girase como la esfera de un teléfono.

Ahora, las manos de la criatura se apoyan en el pecho de la madre, y la mosca que se encuentra detenida entre sus abiertos deditos le deja indiferente, puesto que el niño acaba de hundirse en un profundo sueño. Sin razones aparentes, las dos amigas han caído repentinamente presas de la ansiedad, y Betka, enderezando la

espalda, lanza un suspiro. La mosca se ha alejado volando y el sol ya no cae sobre el lecho, sino en el *parquet* del suelo, donde unas pequeñas masas de polvo purpúreo emergen de las rendijas.

Cécile Goudreau había conservado como recuerdo de la condesa Mihakowska un grotesco aparato ortopédico de fieltro blanco y aluminio dorado que había sido utilizado solamente durante un corto espacio de tiempo, con el fin de comprimir los tejidos en el lugar en que el pecho había sido extirpado. Aquel objeto, un poco siniestro, era utilizado actualmente como vaso, en el cual el brillo de algunas flores pintorescas aparecía de vez en cuando para adornar una suerte de altar provisional de muy mal gusto, compuesto de un icono polaco carcomido por los gusanos, y el retrato de la condesa, vestida con ropas de amazona, retrato muy hollywoodesco encerrado en un marco de piel de un color rojo tan agresivo, tan nuevo y tan bestial, que ni siquiera la luz agonizante de la lámpara de aceite que suavizaba el conjunto podía humanizar. Sin embargo, comoquiera que esta última no era regularmente cuidada, solía permanecer apagada por espacio de días y de semanas sin fin.

Desde la época de los sangrientos acontecimientos del 6 de febrero en la Plaza de la Concordia hasta el «equinoccio de septiembre» en que se llegó al pacto de Múnich, podría decirse que no sucedió nada o casi nada. Todo el mundo se hallaba absorto de cuerpo y alma en la tarea de obtener el mejor partido posible de su ínfima parte de felicidad. Acudir a un restaurante constituía un acontecimiento. No podían hacerse proyectos. La gente se levantaba tarde para hacer que las alas de la ambición se adormeciesen, y nadie se atrevía a acostarse hasta muy tarde, por miedo a despertar las del remordimiento. Ese cobarde sentimiento, esa impresión de permanecer inmóvil, de encogerse y dar la vuelta entre las sábanas de la irresponsabilidad, se hicieron más intensos y adquirieron un matiz de perverso placer a consecuencia de que se sabía que los históricos vecinos de España estaban sacrificándose mutuamente en una de las guerras civiles más cruentas que la Historia haya registrado. Todo era aceptado y convenido solamente por el placer de aplazar una decisión inmediata. Lo más importante consistía en

poder añadir al vacío del día presente la nada del siguiente. La gente se engañaba, tomaba drogas, esperaba…

—Las cosas están muy mal ahora… ¡Si esta situación pudiera durar!…

Y no parecía sino que en aquellos momentos cruciales solamente hubiera un ser en todo el mundo que, sorbiendo con la energía de un vampiro, fuera capaz de tomar decisiones. Este ser era el gran paranoico de Berchstesgaden, Adolf Hitler.

Lo mismo que en la calma amenazadora que precede a la violencia de los elementos desencadenados, parecía que cada ser estaba paralizado y anestesiado, por decirlo así, por la trituradora inminencia de la guerra. Pero ese instante de tensión eléctrica que, antes del estallido de la gran tormenta, detiene el mayestático movimiento del roble milenario y el torpe picoteo del polluelo recién nacido por el corto intervalo de unos pocos segundos, ese instante duró por espacio de tres largos años, durante los cuales el corazón de París semejó hallarse muerto bajo las mandíbulas, peligrosamente próximas, de la bestia jadeante.

La gente se inmovilizaba en la semiconsciencia de la catástrofe que inevitablemente habría de producirse, y cada persona, bajo su aspecto de inercia, cristalizaba lentamente en las formas más apropiadas para resistir las feroces y decisivas represiones de la gran prueba. Cada individuo, en consecuencia, mientras se transformaba oscuramente en la silente profundidad de su letargo, estaba afinando su mecanismo peculiar de defensa y perfeccionando los ardides de insospechados sistemas de reacción, al mismo tiempo que, con toda la sobrehumana fortaleza de su ancestral instinto de supervivencia, con la avidez de un niño de pecho, extraía de su fondo los insondables recursos del gran germen de magia común que se halla enterrado en las profundidades de los orígenes de toda la biología.

Al apreciar el infierno de la inevitable realidad, cada ser, guiado por sus deseos regresivos de protección intrauterina, se encerraba en el paradisíaco capullo que la oruga de su prudencia había tejido con la dulcificante saliva de la amnesia. No más memoria: solamente la crisálida del dolor moral de lo que habría de sobrevivir nutrida por el hambre de las futuras ausencias, por el néctar de los ayunos y el fermento de los heroísmos cubiertos por

las banderas inmateriales de estériles sacrificios, armada de la antena, infinitamente sensible, del martirio. Esta crisálida de la desventura comienza a agitarse, puesto que está dispuesta a rasgar los muros de seda de la prisión de su larga insensibilidad para presentarse, al fin, con la incomparable crueldad de sus metamorfosis en la hora y en el momento exacto que le será indicado por el primer disparo de cañón. Entonces, se verá a un ser innominado, a irnos seres innominados, levantarse con los cerebros oprimidos por unos cascos sonoros, con las sienes taladradas por el silbido de las ondas aéreas, con los cuerpos desnudos, que se tomarán amarillos por efecto de la fiebre, aguijoneados por profundos estigmas vegetales, hormigueantes de insectos y llenos hasta el borde por los jugos viscosos del rencor, que les inundarán y correrán a lo largo de una piel pintada con rayas de tigre y manchas de pantera por la gangrena de las heridas y la lepra del camuflaje, con los hinchados vientres conducidos a la muerte por unos cordones umbilicales y eléctricos entremezclados con la ignominia de los intestinos desgarrados y con trozos de carne que se asarán con las ardientes caperuzas de acero de las torturas punitivas de los tanques.

¡Eso es el hombre!

Dorsos de plomo, órganos sexuales en celo, miedos de mica, corazones químicos de las televisiones de sangre, rostros ocultos y alas, siempre alas, el norte y el sur de nuestro ser.

Jamás ha sido tan oportuno como en este caso el sacar a colación la máxima daliniana de que «las ideas de los genios pueden ser ilustradas mejor por medio de las imágenes más vulgares». Y, de este modo, puede decirse, sin miedo a incurrir en banalidad, que así como la futura conflagración del mundo habría de hacer que las criaturas destinadas a componer las masas luchadoras semejarían las del mundo marciano de los insectos, y así como las batallas apocalípticas que se encendiesen en torno al gran incendio de la guerra serían comparables en su precisión y alucinante crueldad solamente a las del reino de los ortópteros articulados y al de los ápteros, del mismo modo, los protagonistas de esta novela, sujetos a las leyes ineludibles de la gran metamorfosis, serían consumidos a medida que se aproximasen a la etapa común de la Historia, vestidos y armados con sus nuevos atributos entomológicos, y

elevados, por este mismo hecho, a la categoría de personajes épicos.

En este momento, pues, será fácil para el lector penetrar en la profunda realidad de cada uno de los protagonistas de esta novela y por medio de una sola mirada, imaginarlos por espacio de unos pocos segundos iluminados por una misma llama…

Verónica y *Baba* se presentan como un par de insectos de los que por su actitud orante llama el vulgo mantis religiosa, en los papeles de Isolda y Tristán, respectivamente, devorándose de modo mutuo; Solange de Cléda es una *Cledonia Frustrata*, con grandes alas blancas y un cuerpo mercurial; Betka es una polilla;
D'Angerville,
un escarabajo dorado; y Grandsailles, una gris mariposa nocturna en el centro de cuyo velludo cuerpo está señalada una cabeza de muerte. Estrellando el cielo sereno de esta novela, los seis protagonistas, bajo el signo de Tauro, perpetuarán el mito eterno del despertar de las Pléyades[7].

Cada uno de ellos conocerá los estragos de sus extrañas pasiones, y, en tanto que alcanza el estado de frenesí biológico que es característico de los insectos más feroces, la órbita de la vida de cada uno de ellos estará siempre tan distante de las otras como el frío centelleo de las constelaciones.

Solamente queda, en consecuencia, para el fiel cronista, la tarea de describir sus órbitas físicas con la objetividad de un entomólogo, y las conjunciones de sus destinos con la frialdad matemática de un astrónomo.

Durante tres años, en el Château de Lamotte no ocurrió nada digno de mención, excepto que la canonesa de Launay perdió el resto del cabello y que lo remplazó con una peluca pardorrojiza que daba lugar a dudas respecto a que la baratura hubiera influido en la elección. Por espacio de cierto tiempo, su cabello, que clareaba continuamente, había sido recogido sobre la nuca en un pequeño moño, labor que se realizaba a fuerza de ingenio y de economía capilar; más tarde, la castaña quedó reducida a las dimensiones de un diminuto capullo de seda, y el cabello que lo componía era tan delgado y tan fino, que semejaba sostenerse por milagro. Una tarde ventosa, cuando la canonesa estaba recogiendo la colada al pie de la

higuera, una rama que golpeaba contra una vidriera le rozó la cabeza y le arrancó por completo la castaña. La mujer se sintió acometida por las tribulaciones y se arrastró llorosamente a cuatro patas con el fin de buscar la ensangrentada pelota de cabello gris entre la profusión de higos medio podridos que, habiendo caído del árbol, se extendían por el terreno con un bostezo que descubría sus rojas pulpas.

Fuera de este acontecimiento, *Maître* Girardin había conseguido con su paciencia de hormiga y su honradez triplicar las rentas de las posesiones de Grandsailles. En el dormitorio del conde, la calavera de Sainte Blondine continuaba ocupando el mismo lugar que anteriormente, y el violín situado a su lado lucía una nueva cuerda roja. Desde la noche en que Grandsailles realizó la operación de cambiar tal cuerda, una infinidad de delgadas hebras de seda roja que había arrancado de uno de sus extremos, permanecía aún en la habitación a pesar de todas las limpiezas. Aparecían por todas partes, en la tinta, adheridas a los extremos de las manecillas del reloj, y muy frecuentemente podía vérselas flotando a través de un rayo de sol.

En la cocina del castillo, el viejo criado, Prince, había envejecido exactamente tres años. Béatrice de Brantés poseía tres nuevos y grandes diamantes amarillos y había decorado su habitación con unas pantallas blancas inmensamente grandes pintadas con leche, que ya se había amarilleado. Dick
d'Angerville
había adquirido un gran reloj-calendario ejecutado por el famoso inventor Oudin y que estaba hecho completamente de cristal transparente… Y así sucesivamente.

Era como si en el medio borrado fondo, similar al de un tapiz viejo, que representase la vida confusa y neblinosa de todos aquellos seres, solamente se destacasen con agudeza los objetos… ¡Tres años! Un moño de color ceniciento perdido entre los higos podridos, finas hebras rojas de seda que flotaban en un rayo de sol, la dureza de algunas joyas nuevas, muchas penas escondidas, un reloj invisible y un flujo de leche a los pechos de una madre. ¡Tres años! No se los ve, pero, transparentes como las lágrimas, son suficientes, sin embargo, para dejar un amargo sabor que suaviza los rostros y los gestos de los amigos y los cubre con este tinte

ligeramente dorado que no es todavía la pátina del sentimiento, pero que posee ya la liviana fuerza de la poesía.

Aquellos tres años que precedieron al de la guerra dejaron pocas huellas, especialmente en las vidas de los protagonistas, y aún el más atento de los cronistas de la vida parisiense de la época habría tropezado con dificultades para notar diferencias esenciales. Si, por arte mágica, hubiera sido posible esconderse y hurtarse a aquel lapso de tiempo, las observaciones que se hicieran al regreso podrían engañar y forzar a suponer que los tres años transcurridos no hubieran sido sino un solo día. Si bien es cierto que durante tal período las modas sufrieron algunos cambios sorprendentes, también es cierto que en aquel momento algunos estilos característicos de tres o cuatro años antes, que se habían arrinconado rápidamente, revivieron; de modo, que en tanto que vivían y eran consumidos por una actualidad que tenía todas las apariencias de una continua tensión y de una invención espiritual, los seres humanos no hicieron otra cosa que girar en tomo a las mismas elegancias, los mismos estilos literarios, las mismas pasiones ocultas, las mismas uniones descaradas, los mismos perfumes, los mismos olores de portería, las mismas disputas y reconciliaciones, las mismas habladurías. Las murmuraciones de París tenían en su favor ese *algo* permanente y sólidamente burgués, que aun cuando tenga unos cimientos tan ligeros, se puede contar con ello durante todo el resto de la vida.

El conde de Grandsailles estuvo enfermo de un prolongado ataque de ciática, que le obligó a rechazar la idea de la celebración del baile. Pero las gentes comenzaban a hablar por aquellos días del baile, como si se tratase de algo inminente. Fuera del período en que la enfermedad le tuvo confinado en el Château de Lamotte, el conde iba de modo casi continuo a Londres. Recientemente corrían muchas murmuraciones, salpicadas de extrañas reticencias, acerca de dos de sus efímeros amoríos, el más permanente y el menos oscuro de los cuales era el sostenido con la honorable *Lady* Chidester-Ames. Pero lo mismo si el conde se hallaba en su Château de Lamotte o en Londres, en brazos de su amante, Solange de Cléda continuó recibiendo todos los días flores de él, sin una sola interrupción durante el transcurso de aquellos tres años; y los jazmines reaparecieron periódicamente en su época, siempre en su

envoltura, como una verdadera institución.

Durante los últimos años, Grandsailles había visto a Solange en cada una de sus breves estancias en París; pero jamás íntimamente. Comoquiera que siempre se encontraban hallándose en compañía de alguien, no habían tenido ninguno de esos *tête-à-tête* que transpusiera los límites de una conversación superficial. Solange, crecientemente cortejada y admirada, vivía rodeada de una constante multitud de admiradores suyos, quienes la proclamaban la mujer más elegante de París. El vizconde de Angerville, en su borroso papel de Pigmalión, había triunfado en la tarea de cincelar el ambiente del salón de Solange, en la calle de Babylone, que muy pronto alcanzó las alturas del refinamiento, del lujo y del ingenio. La casi continua presencia de Angerville podría haber llevado a la suposición de que en su pecho se encerraba una oculta pasión por *Madame* de Cléda, solamente contenida por su seguro conocimiento de los inalterables sentimientos de Solange respecto al conde. Mas a pesar de las dudas y aún de los temores que los rumores acerca de la última aventura del conde despertaron,
D'Angerville
parecía en toda ocasión hallarse decidido a fomentar en la imaginación de Solange la esperanza de una unión matrimonial con el conde.

Una tarde de los últimos días de agosto de 1939, la canonesa de Launay se presentó en París. Descendió de un coche de segunda clase, en la Gare de
l'Est,
mientras se limpiaba el ojo derecho con una punta del delantal. El conde de Grandsailles iba a establecerse en París para pasar una larga temporada, y según era costumbre, la canonesa llegó con una anticipación de tres días, con el objeto de preparar las dos residencias de modo que el conde pudiera satisfacer hasta sus menores manías habituales tan pronto como se instalase en alguna de ellas.

La primera de ambas residencias era, por decirlo así, la oficial; se componía de un melancólico conjunto de habitaciones del cuarto piso del Hotel Meurice que había sido atendido desde el principio por el criado del conde, Grimard. La segunda era una casita de dos pisos medio oculta en el Bois de Boulogne, del estilo del Bois de

Boulogne —es decir, sin estilo de ninguna clase—, arreglada deliberadamente con premeditado mal gusto y que frecuentemente contenía objetos de gran valor que pasaban allí una cuarentena antes de que se los enviase a unirse al raro conjunto del Château de Lamotte. La casita del Bois de Boulogne, edificada en 1930, estaba rodeada de una espesura de castaños que la hacía completamente invisible, y se la destinaba, claro es, a las más secretas citas del conde. Pero su dirección era conocida también por los anticuarios, herboristas, comerciantes en libros antiguos, en obras raras y especiales, y de las floristas. La canonesa, que tenía su habitación en el piso bajo donde actuaba como portera, dedicaba disgustadamente un exigente y meticuloso cuidado al sostenimiento de los lujosos y excepcionales detalles del piso superior. Y frecuentemente suspiraba en tanto que se entregaba a sus trabajos habituales y murmuraba:

—*Seigneur Dieu!* ¡Qué cosas no habré visto en mi larga vida!

El *boudoir* reservado para la dama del conde de Grandsailles y que contenía sencillamente los usuales artículos de tocador además del mobiliario, era siempre preparado apresuradamente, sin negligencias ni olvidos, pero estrictamente de un modo que resultase adecuado a su fin. Por otra parte, la canonesa pasaba horas y más horas en el dormitorio y en la trasalcoba del conde, que estaban siempre atestados de preparados farmacéuticos complicados y esotéricos, los cuales habrían provocado la envidia de cualquier alquimista: ungüentos de persistente olor encerrados en redomas de tierra porosa que habían de ser constantemente envueltas en blancas cubiertas, las cuales se ensuciaban prontamente y habían de ser cambiadas como los pañales de un recién nacido; gruesas raíces hinchadas por excrecencias purpúreas y verrugas negras que colgaban del techo como manos bulbosas afectadas de elefantiasis; amentos que se curtían en orzas de cristal opaco bajo un lecho espeso de mercurio… Y en medio de toda esta confusión de heteróclitos objetos, sobre la inmaculada tela de una mesa arrinconada, siempre había, arreglados con la característica meticulosidad de la canonesa, dos frascos del mismo tamaño, aunque de diferente color, uno de ellos rojo y otro azul, ambos esmaltados, y cada uno de ellos acompañado de un vaso y una cuchara de los colores respectivos. Estos dos frascos contenían líquidos de un color verde resinoso que se tornaba lentamente

chocolate, ambos inodoros; sus sabores eran opuestos y violentos. El frasco que se hallaba a mano derecha, el rojo, contenía una especie de néctar espeso y muy dulce; el de la izquierda, el azul, contenía un líquido muy volátil cuyo sabor era tan amargo y nauseabundo, que era imposible tragarlo sin vomitar inmediatamente, salvo el caso de que su sabor hubiera sido previamente neutralizado por medio de una cucharada del primero… La canonesa vigilaba continuamente la posición de ambos frascos con el fin de que en el caso de que el conde los utilizase durante la noche pudiera hacerlo sin equivocarse y sin necesidad de encender la luz.

Como resultado de sus experiencias personales, el conde sostenía que la mezcla de las dos pociones poseía unas virtudes excepcionalmente afrodisíacas y que, asimismo, el uso continuado de ellas obraba como potente estimulante de otros centros nerviosos, principalmente el cerebro. Una fórmula similar a la de este elixir, aun cuando menos complicada, se halla en *Natural Magic*, del napolitano Laporta. En realidad, no era otra cosa que el filtro de la Edad Media, el cual, según él, constituía la clave, por así decirlo, de aquel maravilloso *Reve de Polyphile* que trajo a Francia Bércolde en 1600. Este libro era el favorito del conde de Grandsailles, su biblia. Teniendo un gran horror por las tendencias positivistas y racionalistas del siglo XVIII, el conde había estudiado profundamente las obras de Alberto Magno, Paracelso y Ramón Llull y buscado la grandiosidad de sus intenciones en todos los aspectos de la Naturaleza. El conde se procuró la ayuda del viejo herborista Guimet, un personaje cuyo pintoresquismo rayaba en lo absurdo, ya que proclamaba que por razones puramente higiénicas no se había bañado desde hacía siete años, pero que parecía estar familiarizado con las virtudes de las hierbas más desconocidas y delicadas. Saltando sobre la fisonomía esotérica de las supersticiones del herborista, el conde no podía menos de convencerse cada día un poco más y más del tesoro del empirismo que se escondía infaliblemente bajo el aparente aspecto trapacero de aquellas fórmulas. ¿Qué hacía en realidad la farmacopea actual si no era revivificar bajo nombres distintos los misterios que durante mucho tiempo se atribuyeron a la credulidad de la Edad Media? ¡Había provocado muchas risas la fe en las influencias y en las virtudes terapéuticas que los alquimistas atribuían al mundo

mineral de las gemas y de los metales preciosos! Bien; ¿no se considera el uso de las sales de oro como poderosamente curativo en nuestros días? Y ¿no se aplican en la actualidad directamente algunos animalitos vivos sobre ciertas partes doloridas del cuerpo? ¿No eran un sapo o una crisálida unos cúmulos palpitantes y cargados no solamente de fenómenos eléctricos desconocidos, sino, además, de fenómenos de radiactividad, puesto que sus secreciones y su saliva parecen estar, de modo más y más probado, no en relación directa con las ondas cortas de las emisoras de radio, sino con las interplanetarias de la música de las esferas celestes? En lo que se refiere a la canonesa de Launay, si de esto se le hubiera hablado, lo habría considerado solamente como música celestial, puesto que aquella colección de drogas y de objetos disparatados de uso desconocido le parecía que despedía un olor demoníaco a azufre, especialmente desde cierta mañana en que hallándose arreglando la habitación del conde, había encontrado por azar un libro abierto que exponía el grabado abominable de la escena de un súcubo que ilustraba el tratado escrito por Durtal[8] sobre las prácticas satánicas de Gules de Rais. Y desde aquella mañana, la canonesa intentaba no mirar las páginas de los libros que estaban abiertos; desde entonces, también, se mostraba más preocupada por caminar de puntillas cada vez que subía a la habitación del piso alto.

Desde su llegada a París, el conde se mostraba preocupado y meditabundo. La ruptura final y definitiva de sus relaciones con *Lady* Chidester-Ames había dejado a su gastada imaginación convertida en presa fácil de una obsesionante serie de nuevas fantasías, por lo que pasaba la mayor parte de las tardes revolviendo en librerías escogidas en busca de libros y documentos que pudieran proporcionarle una base, directa o indirectamente, para aquellas grotescas meditaciones elaboradas a través de su monástica reclusión en el Château de Lamotte y alentadas por el imaginativo fermento constante y desbordante de las diarias conversaciones con Pierre Girardin. Además de esto, el pensamiento de Solange de Cléda, cuya tácita disponibilidad, sostenida por espacio de cuatro años, había borrado de la imaginación de él todo deseo o ansiedad de poseerla, comenzaba a atosigarle nuevamente; la imagen de la mujer semejaba incorporarse y estar destinada a

convertirse en protagonista de sus nuevas fantasías. Pero el conde seguía negándose a tomar en serio esta circunstancia, y se decía a sí mismo: «Será mía cuando yo decida». La imagen de Solange solía perder su obsesionante influjo por espacio de cortos segundos; pero el conde recordaba súbitamente la franca y noble inflexión de voz con que ella había reaccionado ante algunas insinuaciones galantes de él: «¡Lo sabe perfectamente! ¡Ya sabe cuánto le quiero!». Y entonces Grandsailles se sentía desfallecer y se entregaba a la irrefrenada adquisición de nuevas antigüedades…

Después de nueve días de estancia en París, el conde no pudo resistirse al deseo de celebrar un largo *tête-a-tête* con Solange. Sería su primer encuentro verdadero desde el incidente que ocurrió en el dormitorio del conde, en el Château de Lamotte, cuatro años antes.

Como escenario apropiado para el encuentro, Grandsailles había escogido un restaurante solemne que tenía un alto techo y hermosos candelabros de cristal y estaba situado en la Porte Dauphine, lugar que siempre se hallaba desierto en las horas del té. Cuando la tarde hubiera muerto, los dos podrían ir a bailar un vals en el Bois, en el Château de Madrid. Grandsailles tomó su automóvil y fue en busca de Solange a su casa, en la calle de Babylone. Cuando llegaban a la Porte Dauphine, comenzó a llover. Eligieron una mesa próxima a una ancha ventana, en cuyos cristales la lluvia trazaba dibujos complicados, y el conde entregó al violinista una propina con el fin de que no volviese a tocar su instrumento durante todo el resto de la tarde.

—El progreso que ha hecho usted durante los cuatro últimos años —comenzó diciendo Grandsailles—, me hace reflexionar inevitablemente sobre mi senectud. Jamás ha querido usted presentarse en Londres; pero su encanto se ha reflejado hasta muy lejos, ha llegado a todos los salones, especialmente a los más cerrados y hostiles.

—He hecho todo eso solamente por usted —respondió Solange en tanto que miraba la lluvia—. Desde el día en que sacrifiqué mi orgullo al confesar mi amor por usted, quise que este amor se hallase al nivel de usted.

—Pero no negará usted —dijo Grandsailles— que su nuevo papel como ídolo le compensa por la pérdida de su orgullo, cuyo sacrificio jamás he deseado aceptar.

«Las glorias de este mundo —pensó Solange— son como burbujas en la lluvia».

—Si hubiéramos experimentado la curiosidad de intentar examinar objetivamente sus sentimientos —continuó Grandsailles en tanto que entregaba a Solange su encendedor—, estoy seguro de que su orgullo podría haber extraído una satisfacción de la presente vulnerabilidad de mi deseo…, al cual, no obstante, no me atrevería a calificar del mismo confiado modo que usted con el nombre de «amor», que se desarraiga tan fácilmente. Por el contrario, de acuerdo con mis métodos stendhalianos de observar las famosas «cristalizaciones» del amor que hay en mis sentimientos…, absolutamente nada…

—Sé que he aumentado en su estimación; pero ¿por qué emplea usted la palabra «deseo» cuando ya no lo necesita? —dijo con dignidad Solange.

—No podría decir cuánto aprecio su presente estado de ánimo, que al fin va a permitimos hablar de nosotros mismos y de nuestra situación sin cegamos —dijo Grandsailles mientras observaba a Solange atentamente con el fin de asegurarse de que su calma no era fingida.

Solange miró admirativamente a Grandsailles.

«¡Es maravilloso! —se dijo—. ¡Cuánto cálculo y cuánta dureza! Ya está aprovechándose de sus adulaciones para intentar someterme a sus proyectos… Ni siquiera ha querido suavizar la palabra “nada”, sino que la ha recalcado con la palabra “absolutamente”… “Fácilmente desarraigado…” ¡Qué frase más cruel…! ¡Desarraigado!» Y Solange repitió para sí la palabra fascinada.

—No tengo derecho a hacer a usted la pregunta que deseo hacer. Solamente puedo fiar en el crédito de confianza que usted quiera conceder a mi imaginación —dijo Grandsailles; y esperó a que se le invitase a continuar.

—No se imponen condiciones al vencido que puede continuar en condiciones de igualdad…, pero arrodillado.

—La belleza y la nobleza de su respuesta me fuerzan a no ocultar a usted mi vergonzosa pregunta. ¿Querría usted descender de su pedestal para convertirse sencillamente en mi amante, aun sabiendo que no la amo?

—Ya le he contestado. Sí.

—Bien —dijo súbitamente conmovido Grandsailles—. Es todavía menos que eso… ¡Y es muchísimo más! Lo que quiero de usted… —Y apoyó por espacio de pocos segundos la frente en la palma de la mano.

Solange le retiró suavemente la mano del rostro.

—Va usted a separarse nuevamente de mí —dijo reprobatoriamente— sin decirme qué es.

—¡Sí! No puedo hacerlo hoy —contestó el conde recobrando su frialdad—. Pero prometo decírselo en la próxima ocasión. Hoy quería hablarle de mi relación con *Lady* Chidester-Ames; esa pasión ha causado estragos en mi espíritu, estragos de una magnitud que jamás habría imaginado.

Solange oprimió casi imperceptiblemente la mano del conde.

—Sí, lo sé —dijo el conde—; quiere usted evitarme ese dolor… Puedo volver a afirmar que todo ha concluido ya… Y, sin embargo, sería una lástima que no me escuchase usted… Todas esas historias que corren acerca de la perversidad de nuestras relaciones son unos embustes completos. Además, si conociera usted los detalles de esa pasión, descubriría que lo que deseo de usted es algo mucho más humano y comprensible.

—Nada parecerá incomprensible a mi amor…, siempre que dé usted motivos y tiempo para que mis celos se adormezcan.

—Entonces, no le hablaré de *Lady* Chidester-Ames —dijo él con resolución. Y la miró soñadoramente—. ¿Cree usted —preguntó al fin— que para los efectos fisiológicos del amor la pasión debe ser compartida por ambos amantes?

—No creo que sea una condición esencial, pero sí muy conveniente y deseable —dijo Solange.

—La ortodoxia del amor parece desenvolverse desde la antigüedad en torno a esa cuestión —dijo Grandsailles. Y después de un largo silencio, añadió—: Algunas prácticas muy extendidas en la Edad Media consideraron que éste debía ser el objetivo final de los hechiceros en lo que se relacionaba con los dominios del amor.

—¿Se refiere usted a los fenómenos de los hechizos de amor?

—Sí —contestó Grandsailles—. Pienso en aquellas creencias consideradas como dogmas por espacio de varios siglos, en la posibilidad de utilizar procesos mágicos para inducir a amarse a dos personas escogidas intencionadamente entre las que no hubieran

mostrado predisposición a amarse. El amor les era impuesto progresivamente como una especie de condena, de castigo.

—Ni la psicología actual ni ciertos recientes descubrimientos parecen rechazar plenamente la eficacia de tales procesos mágicos —aventuró Solange insinuantemente extendiendo las pequeñas garras de gato blanco de su erudición sobre las ondas de plumas de la alfombra de su fluida conversación.

—Es completamente cierto —dijo Grandsailles—. He vuelto a releer hace poco diversas historias referentes a tales accesos de amor, cuyos procesos y métodos, aparte de su poética belleza, parecen tener una alucinante verosimilitud.

Solange cruzó los brazos sobre el pecho y se oprimió los hombros con las manos, con lo que demostró que estaba dispuesta a escuchar con atención.

—Se comienza —prosiguió Grandsailles— escogiendo a la pareja destinada a convertirse en amantes, que ha de estar preferiblemente compuesta por personas de tendencias hostiles. Desde el momento en que son escogidos, los protagonistas han de mantenerse en un estado de castidad que no debe romperse hasta el final. Después de varios meses de abstinencia amorosa, durante los cuales sus cuerpos son alimentados con comidas y bebidas de cuya preparación forman parte todas las ciencias y las hierbas afrodisíacas del antiguo Egipto, y durante cuyo período la imaginación de los dos seres ha de nutrirse incesantemente por medio de la lectura de narraciones apropiadas, en su mayor parte compuestas por los diálogos de los amantes célebres y por las ardientes máximas de Olocliree, que une a los amantes, y solamente entonces, se celebra el primer encuentro de los dos seres objeto del experimento, con el fin de iniciar el nacimiento de la mutua atracción. Durante esta primera «presentación» los dos seres deben hallarse desnudos, adornados solamente de joyas compuestas de gemas y metales preciosos elegidos de acuerdo con la conjunción de sus horóscopos y otras circunstancias favorables. Durante el transcurso de este primer encuentro, que se desarrolla con arreglo a un riguroso ceremonial, no debe producirse ningún contacto ni cambiarse palabra alguna entre ellos. Cualquier infracción de esta prohibición pondría en peligro el resultado de la atracción amorosa. Después de esta escena preliminar, los encuentros son graduados con un arte refinado y

destinado a despertar y estimular el naciente deseo. Mas, contrariamente a lo que debería esperarse, en lugar de progresar en la dirección de las tentaciones físicas normales, las relaciones retroceden. Entonces, en el curso de su atracción entra lo que podría llamarse una nueva fase de la idealización.

—La sublimación —sugirió Solange.

—Después del segundo encuentro, la desnudez de los protagonistas es casi completamente cubierta por medio de hojas entrelazadas; el cuarto encuentro se celebra hallándose ambos enteramente vestidos con suntuosos ropajes, y sus gestos, todavía regulados anticipadamente como si fueran los apropiados para un *ballet*, en lugar de ser crudamente impúdicos, se hacen más puros, expresan sentimientos delicados, unción y humildad a medida que progresan ambos hacia el punto final.

—Comprendo —dijo Solange— que esa especie de exhibicionismo al revés se convertiría en un violento estímulo para los sentidos, hasta el punto de provocar en ambas personas un deseo enteramente cerebral de una por otra. Pero ese terrible suplicio de Tántalo de su carne, ¿tiene algo en común con el deseo permanente y soberano del amor?

—Sí; seguramente, sí —contestó Grandsailles—; o cuando menos, de ello dan fe las pruebas; mas a condición de que la pareja llegue satisfactoriamente al fin de su duro martirio.

—¿Qué sucede cuando la experiencia concluye al fin? —preguntó Solange—. ¿Cuál es el objetivo final?

—Finalmente —continuó Grandsailles— se deja a los dos amantes a solas, cara a cara, vestidos con velos que por su riqueza sugieren el recuerdo de los atavíos nupciales. Cada uno de ellos está atado separadamente a un mirto, de modo que no sólo impida el contacto de sus cuerpos, sino, además, cualquier movimiento. Al cabo de cierto tiempo, si el experimento tiene el éxito propuesto, los dos amantes rompen en lágrimas. El enamoramiento es completo.

Grandsailles se interrumpió y volvió a llenar de té la taza de Solange. Después, Solange dijo:

—Esas lágrimas y la expresión de los rostros, con su infinita capacidad de matices de dolor o de placer, son lo que hace indudablemente que el amor sea distinto entre los seres humanos y los animales… —Y como si estuviera luchando consigo misma,

prosiguió—: Todo esto parece conducir inevitablemente a una nueva teoría del amor, teoría que podría reunir las concepciones de Epicuro y las de Platón en una sola idea.

—De todos modos, es una nueva perversión que valdría la pena tenerse en cuenta —dijo reticentemente Grandsailles.

—Más aún de ese modo, ¿cree usted seriamente que eso sería posible no siendo para personas que tengan el estado de ánimo extremadamente sugestionable creado por el complejo íntegro de las creencias medievales?

—Tiene usted razón —replicó Grandsailles—. Tales estados de hiperestesia emotiva solamente podrían ser conseguidos en *los tiempos presentes* encerrando unos verdaderos monstruos psicológicos… Sin embargo, la psicopatología moderna nos presenta diariamente fenómenos de ese mismo orden, como los de brujería y los de los histeroepilépticos que llenan nuestros hospitales. El arco epiléptico que curva instantáneamente un cuerpo femenino en una contorsión que para una persona normal requeriría semanas y semanas de aprendizaje acrobático, tiene los mismos orígenes espirituales, por así decirlo, que los espasmos, tan conocidos desde los tiempos de Charcot, que permiten a los pacientes realizar actos de coordinación de los cuales son normalmente incapaces. Las corrientes de lágrimas que las actrices pueden derramar a su voluntad, parecen producir descargas nerviosas que corresponden en todos sus aspectos a las del verdadero dolor; bajo este aspecto, los límites de la simulación tienen aparentemente la misma fuente medular que el placer. El fenómeno del placer, en realidad, aun cuando sea menos independiente de nuestra voluntad que el de las lágrimas, es más agudo cuando se disocia de los actos mecánicos y se produce más lentamente y por lo que podría ser llamado un medio más espiritual. Sé que la palabra «espiritual», tal como la utilizo, parece desatinada y que solamente puede producir desdén a las mentes materialistas de nuestra época. Pero el concepto general del amor, del modo que nos ha sido expuesto y presentado desde el siglo XVIII me parece una aberración. La idea del «amor a primera vista» es bárbara por sí misma, es un síntoma importante de la nebulosa decadencia, de la falta de contornos y de detalles en la cual el «sueño» de la Humanidad parece estar hundiéndose. Cuando se piensa en los egipcios, en los hombres del Renacimiento, que

podían soñar con obeliscos, con la alta geometría, con las proporciones matemáticas que les permitían llevar a cabo en el estado de vigilia las aplicaciones de los sutiles problemas de estética arquitectónica que solamente podrían ser resueltos en la vida onírica, la falta de rigor de los sueños de nuestros contemporáneos es un escándalo, y sus episodios oníricos apenas pueden ser distinguibles de los desdichados vodeviles de sus lastimosas vidas cotidianas.

Solange se ruborizó, puesto que jamás soñaba.

—Esa misma falta de rigor aniquila también las pasiones —continuó Grandsailles con vehemencia—. Tan pronto como dos seres se necesitan mutuamente, corren a la satisfacción de su deseo, no importa dónde ni bajo qué condiciones, torpemente, retorciendo los brazos, sólo con el fin de satisfacer sus presentes anhelos y sus exaltaciones. ¡Toda la experiencia de amor de mi vida condena y rechaza esa orgiástica promiscuidad! Del mismo modo que el poeta inspirado[9] es incapaz de escribir hermosos poemas, un amante es incapaz de encender una verdadera pasión… Por el contrario, un deseo inicial casi inexistente puede ser cultivado, llevado por una serie de estudiadas cristalizaciones desde su confuso estado de murmullo sentimental al frío esplendor de la estética, que pertenece a un orden diferente al del picante arrebato de la carne. Quiero producir una pasión como una verdadera arquitectura en la cual la dureza de cada costilla cante con la precisión de las piedras angulares en los tallados de los sonetos que son las ventanas paladianas…, una pasión con escaleras de dolor que conduzcan a los rellanos de la expectación y de la incertidumbre, con bancos para sentarse y esperar en los umbrales de la puerta del deseo, columnas de angustia, capiteles de celos labrados con hojas de acanto, reticencias en forma de rotos tímpanos, sonrisas tranquilas y redondas, como balaustradas, cúpulas de encantado éxtasis…

Por medio de un esfuerzo de voluntad, Solange pudo aislarse de todos los ruidos que la rodeaban para oír mejor. ¿Por qué razón, ¡por todos los diablos!, no podría ser amada por Grandsailles? Si cada una de sus palabras tenía el poder de anonadarla de aquel modo, ¿qué sucedería si pudiera vivir siempre con él? Y en tanto que escuchaba, Solange de Cléda no cesaba de repetir para sí: «¿Qué haces para conseguir que todas tus palabras aniden

secretamente en mi alma?».

Pero Grandsailles se había puesto uno de sus estrechísimos guantes y se dobló la parte superior hacia el exterior, de un modo característico y que le hacía sentir hallarse ya en la calle, muy lejos.

—¿Cuándo celebraremos nuestra próxima sesión de magia simpática? —dijo Solange con su voz más brillante y riendo.

—¿Quiere usted que nos encontremos aquí pasado mañana, a la misma hora que hoy? ¡Sí, sé que se lo habré de decir a usted todo!… —exclamó Grandsailles; y después, volviendo nuevamente a ser el hombre de mundo, añadió—: ¿Me perdonará usted, querida, que no la lleve al Château de Madrid, como le había prometido? Lo siento mucho; pero es ya demasiado tarde.

—Me habría gustado bailar con usted, acaso, antes de lanzarnos a este experimento. ¿También eso ha de estar prohibido? —dijo Solange en tanto que se levantaba y ponía las manos sobre los hombros del conde.

El conde solamente hubo de volver un poco la cabeza para besar la mano izquierda de Solange. Y dijo:

—Es un milagro maravilloso que jamás haya habido nada entre nosotros. —Y añadió con voz ronca—: ¡Juremos que jamás haremos nada que pueda mermar nuestro deseo! —Luego, besó la otra mano de Solange y dijo con voz firme y baja—: Vamos a atarnos juntamente en una mutua atracción.

—¿Podré jamás hallarme bajo la de usted más de lo que estoy ahora? —preguntó Solange con la mano tendida hacia él.

—Yo quiero estar bajo la de usted —replicó Grandsailles.

Y miró las profundidades de los ojos de Solange y la cogió de un brazo sin apenas tocarla.

Antes de separarse, Solange le recordó:

—Mañana cenaremos juntos en casa de Béatrice de Brantés. Puesto que todavía nos hallamos en los principios, ¿podré llevar mi vestido más escotado?

Esta conversación con Solange había dejado al conde agotado. Y previendo que habría de sufrir una violenta conmoción nerviosa, se retiró muy temprano a su casa del Bois y se acostó. Hallándose en el lecho, abrió los *Anales de la Demonología* al azar y halló un relato de

un curioso caso sobre la visita de un súcubo que acontecía en un estado de duermevela y que había asaltado en tres ocasiones, cada una de ellas con un tema diferente, a un padre dominico a principios del siglo XIV. Mientras estaba sentado en el confesionario, el cuerpo demoníaco de la mujer confesada se había desprendido de su cuerpo camal y, atándole los miembros, lo sometió a un terrible placer cautivo mientras la conversación continuaba con el doble de la mujer que seguía respetuosa y píamente arrodillada. Después de haberlo leído, Grandsailles cerró el libro, mientras se rascaba la nuca con el pulgar y el índice; luego, abrió el *Reve de Polyphile* por una página marcada por una cinta y leyó:

«La boca de este último recipiente estaba colmada por una montaña, una masa de piedras preciosas, todas sin cortar y sin pulir, macizas, rugosas, colocadas sin orden, por lo que la montaña parecía accidentada y difícil de escalar. En la cumbre crecía un granado, cuyos tronco y ramas eran de oro, las hojas de esmeraldas y el fruto de tamaño natural, la corteza de oro sin bruñir, las semillas de rubíes orientales y las membranas que las separaban, de plata. El gentil artífice que había formado aquella obra maestra había colocado acá y allá granadas rajadas y medio abiertas, y algunas de las semillas, que semejaban no haber madurado todavía, las había formado de grandes perlas orientales, una invención insuperable que hizo que se tiñesen de rubor las mejillas de la Naturaleza».

Se dispuso a dormir. Y se durmió inmediatamente y despertó a las once y media de la mañana siguiente. Cuando se preparaba para salir de la casa, se cruzó con la canonesa en el vestíbulo. Y la canonesa le dijo, después de haberlo detenido y mirado escrupulosamente:

—*Monsieur* no debería abusar de la poción verde… ¡Hay tantas almitas inocentes en el Limbo, esperando venir a este mundo!… —Luego, viendo que Grandsailles buscaba el bastón, añadió sin acudir en su ayuda—: ¡No hay secretos para su canonesa! —Y se alejó murmurando—: ¡Pobres ángeles! ¡Alabado sea Dios!

Solange de Cléda acariciaba desde hacía varios años el sueño de convertirse, algún día, en propietaria del Moulin des Sources; este sueño no había cesado de rondarla ni siquiera durante un segundo; y en aquellos momentos, coronando el fruto de su insistencia, el

proyecto vago y quimérico se hallaba en vísperas de realizarse. Es cierto que los deseos de Solange no habrían podido cumplirse por sí solos, a pesar de su vehemencia, sin la ayuda de una pronta, incondicional, constante y devota complicidad. Esta complicidad fue obtenida a través de la incomparable devoción de *Maître* Girardin. Al desempeñar este papel de cómplice, el notario no pensó ni durante un solo momento que cometiese deslealtad contra el conde de Grandsailles, sino todo lo contrario. Pues si es cierto que en la explícita petición de Solange los deberes profesionales de Girardin le forzaban a mantener en el secreto más estricto las intenciones de su cliente, no era menos cierto que el notario creía que la adquisición por Solange del Moulin des Sources representaba una cuestión igualmente afortunada para el conde. No sólo revertiría aquella propiedad a manos amistosas de aquel modo, con lo que se eliminarían los temores de industrialización que atormentaban al conde, sino que además la tácita comunidad de interés que aquella operación crearía entre Solange y el conde serviría para acrecer la probabilidad de que se celebrase una unión matrimonial que el notario deseaba ardientemente que se realizase.

Maître Girardin, no obstante sus más obstinados esfuerzos, no había logrado obtener un precio razonable para la compra y había decidido aconsejar a su cliente que renunciase por el momento a la transacción. A pesar de la gran reducción que se hizo en la cifra original, el precio más pequeño que Rochefort se mostraba dispuesto a aceptar representaba todavía más del doble del valor real de las tierras, las cuales, en razón de su escaso rendimiento, hacían muy problemática la posibilidad de que produjesen utilidades que justificasen el gasto de la adquisición. Evidentemente, *Madame* de Cléda tenía derecho a gastar la mayor parte de su fortuna del modo que le placiese; pero tenía un hijo de once años, que se hallaba en Suiza, y el recuerdo de este hijo era lo que provocaba los escrúpulos del notario.

Maitre Girardin se hallaba en este estado de ánimo cuando se presentó para celebrar la conferencia que probablemente habría de solucionar la cuestión. Solange de Cléda lo recibió en el pequeño gabinete adyacente a su dormitorio, donde se había encendido por primera vez en el año el fuego de la chimenea. Girardin besó la mano a Solange y dijo:

—Permítame anunciarle que Inglaterra acaba de declarar la guerra a Alemania.

—Eso significa —dijo *Madame* de Cléda después de un corto silencio— que inevitablemente seremos arrastrados a la guerra, ¿no es cierto? Francia debe seguir esa decisión y hacerla suya en el plazo de pocas horas, y es posible que nuestra declaración de guerra se esté transmitiendo en estos mismos momentos…

Afuera, en el patio, sonaba el ruido monótono que alguien producía al clavar unos clavos. Girardin ardía en deseos de entregarse a la tarea de referir el resultado de sus gestiones referentes a la operación de compra del Moulin des Sources; mas no se atrevió a romper el concentrado silencio de Solange, quien paseaba por la habitación de un lado para otro mientras aspiraba y arrojaba largas bocanadas de humo a través de la larga boquilla de su cigarrillo. Maitre Girardin templó su impaciencia y se sentó. Después, se puso en pie y finalmente consiguió recobrar la serenidad y la calma al introducir ambas manos en la cartera que había dejado abierta e inclinarse hacia delante y doblar la cabeza sobre los documentos que fingía consultar, de modo que su atenta espera y el consejo que se disponía a dar pudieran parecer menos personales y estuviesen más íntimamente relacionados con los deberes de su profesión.

—¡Perdóneme!… Estoy a su disposición —dijo Solange mientras se aproximaba y sentaba junto a la mesa en las profundidades de un ancho sillón. Luego, continuó con un tono que parecía irrevocable —: Supongo por su aspecto de disgusto que Rochefort insiste en el precio que señaló. No importa.

Lo he pensado detenidamente y deseo que la operación se realice tan pronto como sea posible… La guerra podría provocar nuevas complicaciones.

—Exactamente —respondió Girardin en tono de moderación—. La nueva situación es algo que debe ser estudiado detenidamente, y debemos esperar hasta que podamos apreciar la forma como se desarrollan los acontecimientos.

—No importa la dirección que tomen. Estoy firmemente decidida a hacer la adquisición —contestó Solange con creciente impaciencia.

—En ese caso, *Madame*, mi conciencia profesional me impulsa a

llamar su atención por última vez acerca del hecho de que la compra del Moulin des Sources en las condiciones actuales reduce la herencia de su hijo a esta propiedad, pues hasta las dos casas que usted posee en el Boulevard Hausmann habrán de ser hipotecadas con ese objeto.

Solange se puso en pie y comenzó a pasear de un lado para otro; pero en aquella ocasión abandonó la boquilla sobre la mesa y mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho, como si de este modo intentase reprimir un estremecimiento.

—Las propiedades del Moulin des Sources —dijo en un intento de convencerse a sí misma— pueden triplicar fácilmente su rendimiento utilizando nuevos métodos agrícolas; y así, mi hijo gozará algún día de los beneficios y podrá alegrarse de la adquisición.

—No, *Madame*: es preciso que sepa usted que la compra del Moulin des Sources en las condiciones draconianas que Rochefort impone solamente podrá ser considerada por el presente como la satisfacción momentánea de un capricho… Nada, no siendo la posibilidad de incorporarlo en tiempos venideros a la propiedad de Grandsailles, podría justificar…

—¿Ha pensado usted, ni siquiera por un momento —le interrumpió agresivamente Solange—, que en ese «capricho», como lo ha llamado, no existe ni el más ligero cálculo, por mi parte, de un futuro matrimonio con el conde?

—Procediendo del más elevado sentimiento del amor, sería muy respetable si existiera ese cálculo —contestó el notario al mismo tiempo que inclinaba respetuosamente la cabeza.

—¡No existe! —exclamó Solange, que se hallaba a punto de estallar en lágrimas. Luego, después de haberse contenido, dijo resuelta, aunque dulcemente—: Acepto para mí la responsabilidad de lo que pudiera o no pudiera ser un acto de locura. Debo poseer esa propiedad. Con una pasión como la mía, que está destinada y sentenciada al infortunio, si no consigo realizar ese «capricho» mi vida estará destrozada, carecerá de raíces… Mi hijo hallará en su corazón razones para perdonarme cuando llegue la ocasión, y yo respondo con mi honor de su porvenir. Como compensación, mi devoción y mi sacrificio no conocerán límites… —Y puso una mano sobre el hombro de Girardin—. Usted acaba de ponerse ahora

mismo frente a los intereses del conde para defender los de mi hijo, a quien ni siquiera conoce. Muchas gracias… —Luego, lenta y trabajosamente, rectificando el famoso aforismo de Pascal, añadió —: Hay también razones del corazón que el razonamiento del corazón no comprende. Grandsailles no me quiere. He tenido pruebas de ello por su propio reconocimiento. Bien; me convertiré en lo que Grandsailles podría haber amado, estimado. Grandsailles quería la selva… Yo seré su selva, seré *la Dame*. No me he convertido en lo que soy con el fin de seducirle; me he convertido en lo que soy con el fin de sentirme digna, al nivel de su indiferencia. Y a causa de que todo lo que ama se convierte en una ley de adoración para mí, Grandsailles me admira… Grandsailles podrá casarse con *Lady* Chidester-Ames. No estaré por ello menos orgullosa, y seré su dama. Podré no ser elegida para esposa suya, para amante o para esclava, pero seré *la dama*, aquélla cuya efigie está grabada en su escudo de armas… —Su vehemencia aumentó—. Sí, quiero al conde. Sí, compro el bosque porque quiero al conde; y lo hago para poder sentirme al fin inferior, pero en sus mismas tierras, plantada en su tierra. —Se encerró en el silencio durante unos momentos, y después continuó—: Permítame decirle esto: seguramente, debo de estar poseída por un orgullo demoníaco… Padezco por culpa del amor no correspondido por Grandsailles, pero su desprecio me mataría… —Se aproximó al fuego y se acurrucó sobre la alfombra, ante él—. Si fuese necesario, enterraría mi orgullo en su tierra…

Girardin se había preparado para marcharse; y cuando se inclinaba, murmuró en voz tan baja que apenas fue audible:

—*Madame*: solamente conozco de su vida lo que debo conocer y lo que mi respeto concede a mi profundo afecto.

—Todo es dulce y amargo para mí —dijo suspirando Solange de Cléda.

A la mañana siguiente, se concertó la venta del Moulin des Sources; la fecha fijada para la operación se concretó para la semana siguiente.

IV. LA NOCHE DEL AMOR

En la villa de verano de Barbara Stevens, que estaba rodeada de viejos pinos resinosos, Verónica y Betka habían pasado la totalidad de la «estación rubia», como la llamaban los antiguos, en el efluvio de una ininterrumpida amistad idílica, unidas en carne y hueso al pequeño niño. Las dos amigas, juntas y señaladas por el dedo rosado del destino, observaron cómo el niño, carne de su carne, crecía día a día a través de las jornadas marcadas por las tiernas lunas de junio, las lunas maduras de agosto y las de septiembre, ya duras, lisas y brillantes como la uña. Pues el «vinoso otoño», también así llamado por los antiguos, había aparecido y doraba el campo de Burdeos con su luz melosa. Un anciano marinero bordelés, desgarrado como un joven Baco, podía ser visto por aquellos días cuando transportaba, enrolladas bajo el brazo, las últimas tiendas de baño desde las playas privadas, ya abandonadas presurosamente para adelantarse a los distantes rumores que producía el mar al comenzar a despertar de su largo dormitar.

Hacia finales de la primera quincena de septiembre, Barbara Stevens y su hija, Verónica, se dirigieron una vez más a París acompañadas de la señorita Andrews y dejando a Betka y su hijo en su villa de Arcachon por consejo del médico. Barbara Stevens había apresurado su regreso a causa del anuncio —que ya tenía carácter oficial— del baile del conde de Grandsailles, cuya fecha había sido fijada, a pesar de la llegada repentina de la guerra, para diez días más tarde. Al llegar a París, Verónica, que a cada momento que transcurría hablaba menos y menos con su madre, excepto cuando tenía necesidad de más dinero, y que apenas la hablaba desde que había recibido un talonario de cheques, decidió abandonar el Ritz para irse a vivir al estudio de Betka, en el Quai des Orfévres. Al

obrar de este modo, Verónica se limitó a anticiparse a un secreto deseo de su madre, quien solamente expuso una débil protesta contra la «excentricidad» de la hija, puesto que aquella dádiva representada por la independencia de sus vidas respectivas la libertaba de un millar de precauciones y disimulos y abría la puerta de sus habitaciones, en las cuales hasta entonces había desempeñado el papel de madre, a la generosa hospitalidad de los nuevos amores a que tan generosamente se había entregado en el curso de la reciente temporada veraniega. Verónica lo sabía, pero estaba al mismo tiempo convencida de que le entusiasmaba el ambiente del domicilio de Betka, con su humeante café con leche por las mañanas, servido en tazas de gruesa porcelana resquebrajadas y agrietadas, exactamente del mismo color que el cabello de *Madame* Maurel. *Madame* Maurel era la portera de la casa, quien le servía el desayuno, y era una mujer limpia, pero sólo moderadamente. Y también el ronroneo del gato de su amiga, que no tenía nada de notable en sí y era igual a cualquier otro ronroneo… Y ¿qué más? Pues… un algo indefinible, que ciertamente y con razón semejaba ser «precisamente» el principal atractivo, puesto que le servía para mantener la imaginación, habitualmente tan tranquila, en un estado de constante excitación.

Al cabo de pocos días, como si sus vagas premoniciones se hallasen a punto de materializarse, Verónica encontró en la escalera una extraña aparición que le produjo un indescriptible malestar, del que no pudo librarse durante todo el resto del día. Era un ser sobrenatural, alto y delgado, como ella, con la cabeza enteramente forrada por un casco de piel blanca que tenía solamente una ligera abertura en forma de V, delante del lugar correspondiente a los ojos, y otra abertura, más abajo y más pequeña y recta, ante la boca. Limitando estas aberturas, el casco tenía un triple espesor reforzado por una especie de cornisa, de modo que solamente era posible percibir el brillo de los ojos como si se hallasen tras una visera levantada; la boca era completamente invisible al desaparecer bajo la sombra de la abertura.

Tras aquella brillante máscara debía de ocultarse alguna mutilación o enfermedad horrorosa. El hombre del rostro encubierto bajaba con lentitud las escaleras, paso a paso, dolorosamente, con falta de firmeza, asiéndose violentamente con

una mano a una muleta y apoyándose cuidadosamente con la otra en el brazo de *Madame* Ménard
d'Orient,
que iba ceremoniosamente vestida con una bata de color pajizo. Cuando ambos hubieron llegado al portal, el chófer de *Madame* Ménard
d'Orient,
que estaba vestido con blanca librea, ayudó lleno de ceremoniosa solicitud al extraño inválido a subir al automóvil y a instalarse cómodamente en tanto que diversos niños que estaban jugando con el hijo de la portera se detenían para mirar el doloroso espectáculo en silencio, con las bocas abiertas y sin la menor discreción. Después de la hora de la comida, Verónica comenzó a escuchar ininterrumpidamente en espera del regreso de las dos personas; pero no oyó que el automóvil llegase y salió al descansillo demasiado tarde para que pudiera ver a las dos personas; tan sólo vio al inválido durante un segundo, exactamente en el momento en que *Madame* Ménard
d'Orient
cerraba la puerta de la habitación.

El lector, siempre perspicaz, habrá comprendido ya que este sorprendente personaje, el hombre del casco de piel, no era otro que *Baba*, cuyo *rata* había sido recientemente derribado. *Baba* había tenido que soportar en el mismo lugar del accidente una horrorosa operación de trepanación que se realizó sin anestesia. Esta operación le salvó la vida, pero el quebrantamiento de la mayor parte de los huesos de la cabeza le había dejado totalmente desfigurado. Tan pronto como la noticia llegó a sus oídos, *Madame* Ménard
d'Orient
hizo que *Baba* fuese transportado a París en una ambulancia y avisó a los mejores especialistas para que lo atendieran. Se decidió, como audaz aunque último recurso, intentar reparar aquella magullada cabeza teniéndola prietamente comprimida por espacio de varios meses con un aparato ortopédico que hubo de ser creado con tal propósito. Desde entonces, el caso de *Baba* se convirtió en el tema principal de conversación entre osteópatas, cirujanos y ortopédicos, y el salón de *Madame* Ménard

d'Orient
presenció interminables discursos de especialistas sobre aquel problema tan poco conocido, siempre rodeado de capricho y de misterio: la reconformación de los huesos.

Pues ¿qué es un hueso? Esto es lo que todos los especialistas en huesos se preguntaban, sin poder llegar ni siquiera a una solución provisionalmente satisfactoria. Para algunos los huesos eran tristes concreciones, tan insípidas y somnolientas como las que se encuentran en los depósitos formados en la cañería de agua caliza; otros consideraban los huesos como la más atávica personificación de solidificaciones dúctiles llenas de oportunismo y fantasía. Los más modernos teorizantes en osteopatía habían inventado y puesto en práctica recientemente métodos sorprendentes que apresuraban el reajuste de los huesos en ciertos casos de fracturas que hasta entonces habían sido calificados de incurables. Hombres viejos, incapaces de realizar ejercicios físicos, eran forzados a revivir imaginativamente viajes antiguos con el fin de provocar en ellos una fatiga imaginativa que actuase sobre sus huesos. De este modo, si habían conseguido conformar de nuevo los huesos de hombres viejos valiéndose sencillamente del procedimiento de provocar en ellos el pensamiento de unos viajes imaginarios, se demostraba que, después de todo, los huesos no son tan estúpidos…

Soler, el catalán, fue encargado finalmente de construir el nuevo «casco óseo». Soler había sido recomendado a *Madame* Ménard
d'Orient
por Solange de Cléda, porque, entre sus diversas habilidades, había sido capaz de inventar un casco, que construyó con sus propias manos, que utilizaba cuando conducía su coche de carreras. Cuando los ortopédicos le encargaron la construcción del casco y le mostraron la radiografía del cráneo de *Baba*, Soler se estremeció.

—¡Dios mío! Parecen los huesos de los pies, más que los de la cabeza.

Pero Soler, cien por cien catalán y un diablo en cuanto a habilidad, acertó bajo la dirección de un ortopédico italiano, Blanchetti, a construir un aparato sorprendente. Y el casco de *Baba* se convirtió en un triunfo técnico y hasta artístico. El casco estaba dividido longitudinalmente por una red de líneas geodésicas que señalaban las secciones ajustables que soportaban los huesos

frontales y occipitales, del mismo modo que otras secciones, que se unían igualmente en líneas geodésicas y transversales a través de las ligaduras frontales, comprimían los huesos parietales. Cada una de tales divisiones meridianas estaba orillada por agujeros a cuyo través pasaban unas cintas de cuero engrasado, como las de un zapato. Pero, por virtud de cierta cantidad de ajustes metálicos, se podía, apretando o aflojando, graduar con exactitud la presión en cada una de tales secciones que encajaban ingeniosamente unas en otras y que, al mismo tiempo, eran mutuamente ajustables e independientes.

Lo que podría llamarse el aspecto horroroso y metafísico del casco estaba constituido por su peculiar adaptación al rostro. Aquí, aparte del inquietante y perturbador elemento inherente de las máscaras de todas clases, un detalle horrible hacía que la vista de él fuese no sólo alucinante, sino hasta extremadamente repulsiva. Este detalle era una abertura triangular en la piel, en el espacio de la nariz, que estaba recubierta de una fina membrana de cabritilla blanca extendida tan tirantemente y al mismo nivel que la de las mejillas, que no producía sugestión alguna de nariz. Por otra parte, aquella membrana estaba perforada por dos horribles agujeros redondos y orillados con latón con el fin de dar entrada al aire, de modo que al respirar la membrana se agitaba continuamente; y estos rítmicos movimientos, semejantes a monstruosas pulsaciones, producían en el espectador el mismo terror biológico irresistible que se experimenta cuando se toca con un dedo la parte blanda de la imperfecta sutura craneana de la parte alta de la cabeza de una criatura recién nacida. Pero esto no completaba la metamorfosis de *Baba*, pues era aún más paralizadora la extraña fijeza que la abertura profunda de los ojos, en forma de V, del casco, concedía a la mirada de *Baba*, habitualmente dura e impenetrable. Y cuando esta mirada brillaba apenas en la profundidad de la sombra, no obstante, parecía agudizarse, por decirlo así, por efecto del dolor físico y moral, se hacía doblemente enigmática y semejante en todos sus aspectos a la fanática y ardiente mirada de un guerrero de las Cruzadas. La boca de *Baba*, cerrada por el cinturón de castidad del silencio, se había convertido en la misma vehemencia; y sus enmascarados ojos, en dardos resplandecientes.

Querido ángel —escribió Verónica a Betka—: *te asombrarás al saber que el número 37 del Quai des Orfévres, además del de tu esclarecida Verónica, es hoy el domicilio del fantástico personaje que la adjunta fotografía representa. Es un aviador horriblemente herido en el rostro en España, quien, después de haber pasado un año en el hospital, es el actual protegido de Madame Ménard*
d'Orient,
la que le atiende y cuida como a las mismas niñas de sus ojos. Este personaje podría haber salido de las páginas más sobrecogedoras de una novela de terror; pero a pesar del temor que inspira en los primeros momentos, cuando se adquiere la costumbre de verlo no es posible dejar de admirar la nobleza de sus menores gestos; y la máscara parece incrementar la belleza de su mirada.

Verónica incluía en la carta unas fotografías recortadas de un artículo recientemente aparecido en la revista *Lu*. En tales fotografías, tomadas por el propio Soler, se veía a *Baba* de frente, de perfil y de espaldas. Las fotografías iban acompañadas de textos sensacionales en los cuales *Baba* era presentado al mismo tiempo como héroe, como hombre de Marte y como encamación de uno de los inminentes milagros de la osteopatía y de la cirugía estética en general; pues, según palabras del doctor Blanchetti, que fue el ortopedista interrogado, el rostro de *Baba* terminaría por no poseer más desfiguración que la que prestasen unas ligeras e insignificantes cicatrices.

Cuando Betka recibió la carta de Verónica, sufrió unos terribles dolores de celos que la privaron de dormir por espacio de varias noches. Betka conoció entonces las causas de la ansiedad que la había torturado desde la partida de Verónica. Aun cuando sabía que *Baba* se hallaba en España, ¡había previsto que sucedería aquello! Le agradaba repetirse a sí misma que lo que puede suceder no sucede jamás ¡Bien; se engañaba! ¡En aquella ocasión, había sucedido! Pues, en medio de todo, nada es imposible. Y el corazón le dijo que ni la máscara ni ninguna repulsión podrían evitar que Verónica se enamorase de *Baba*. La superficial alusión de Verónica a los ojos de *Baba* le quemaba como una gota de aceite hirviente

derramada en la herida abierta de sus celos. Pero Betka no escribió nada acerca del encuentro que Verónica le anunciaba, sino que reprimió todos sus sentimientos y relegó el dolor al fondo de su corazón. En aquel momento, destacándose ante el fondo amarillento del otoño, vio la blanca figura de *Baba* totalmente cubierta de blancos vendajes, como la atormentada figura de san Lázaro, recientemente resucitada para interponerse entre ella y su breve felicidad. Ya fuese por él o por otra persona, Betka sabía que algún día le sería arrebatada Verónica, también, por la pasión. Sentada con el niño entre los brazos, Betka observó cómo fluía lentamente la resina de un pino. «Están hechos de la misma manera», dijo a su niño, como si éste pudiera comprenderla. Y cogió la mano del niño y le besó las uñas, una tras otra; y fue como el arpegio de la luna de su pasada felicidad.

No cesó de llover por espacio de tres días. Grandsailles llegó con un cuarto de hora de anticipación a su cita en la Porte Dauphine, y Solange de Cléda con cinco minutos de retraso.

—Está usted encantadora —dijo el conde a Solange mientras pasaba ligeramente la mano sobre sus pieles.

Solange vestía de pies a cabeza de piel de zorro azul; es decir: no solamente era de esta piel el abrigo, sino que también lo era su turbante; y sus zapatos estaban cubiertos de botines de la misma piel, que estaban salpicados de gotas de agua.

Cuando se hubieron sentado, el conde de Grandsailles inició la conversación en voz baja.

—Desde hace cierto tiempo —dijo— experimento una ansiedad creciente y peligrosa por explotar los dominios prohibidos de la experiencia… Compréndalo: la idea de que ahora vamos a decidir fríamente respecto a lo que hemos de hacer… en tanto que me veo obligado a bajar la voz para hablar a usted… —Grandsailles se interrumpió como para recobrar la respiración y continuó en tanto que hacía un esfuerzo por contener la emoción que había en su voz —: ¡El pensamiento de este encuentro me ha enloquecido! Es increíble; pero… ¡estoy temblando como una hoja! ¡Mire!

Y tomó una mano de Solange. Estaba temblando, ciertamente, y sus dientes castañeteaban de un modo imperceptible.

—*Chéri!* —exclamó Solange al mismo tiempo que empalidecía.

—Ahora, es usted mi cómplice —dijo suavemente Grandsailles —. Va usted a obedecer y a cumplir las leyes de mi perversión hasta su último detalle —continuó de modo tan dulce como tiránico.

Solange inclinó la cabeza de modo un poco afirmativo y desventurado.

—El principio será una cosa sencilla y sin importancia para usted —concluyó el conde.

Nuevamente se había convertido en el hombre que sólo tenía dulzura.

Solange volvió a inclinar la cabeza de manera un poco afirmativa y dolorosa, e intentó dirigirle una sonrisa. Grandsailles permaneció silencioso durante mucho tiempo con el fin de soldar por medio de aquel silencio la aparente aquiescencia que había obtenido por el segundo asentimiento de Solange.

—Pero ¿qué? ¿Qué debo hacer?

Grandsailles había escrito con calma la dirección de su casa del Bois de Boulogne en una de las páginas de su cuadernito de citas, página que arrancó y entregó con mano firme a Solange. Fue la delgada y enguantada mano de Solange la que tembló al tomar el trozo de papel, como si estuviera agitada por un nerviosismo sutil, continuo y casi eléctrico. Grandsailles le dio a continuación instrucciones con frases aceradas, instrucciones que ilustró con dibujos que trazó a lápiz sobre el mantel, entrando en detalles, rectificando… ante la mirada de Solange. Las mejillas de ella se habían convertido en dos ascuas al rojo vivo, en tanto que tenía los labios y la frente tan fríos como el hielo.

—Aquí —dijo el conde— está la entrada a la pequeña arboleda de castaños. Estará abierta. Allí deberá apearse. No pueden entrar los automóviles. La casa está al final del sendero. Llame usted. La puerta estará abierta, mas no verá usted a nadie y nadie estará allí para indicarle el camino. Suba al segundo piso. La primera puerta que halle a la izquierda en el pasillo… ésa sera la de su tocador. La habitación tendrá encendida la luz. Allí se detendrá usted.

—¿Allí? —preguntó Solange.

—Sí —respondió el conde—. Luego, entrará usted en mi dormitorio y se tumbará en el lecho.

—¿Cómo sabré cuál es su habitación? —volvió a preguntar

Solange.

—Comunica con su tocador a través de la única puerta que hay, aparte de la del vestíbulo —contestó Grandsailles mientras acariciaba con el lápiz el plano de la estancia que acababa de dibujar—. Yo estaré en mi habitación esperándola —continuó con más rapidez que anteriormente—. Cuando abra la puerta de mi habitación, todo se oscurecerá automáticamente. Permanecerá usted inmóvil, en la habitación y en mi lecho, por espacio de quince minutos. Cuando el reloj dé las dos, se irá usted. Durante todo ese tiempo, nada sucederá entre nosotros…, ni un contacto, ni una sola palabra. Y después, los dos habremos de considerar que no tenemos ni siquiera el menor derecho a hacer ni la más remota alusión a ese episodio.

—¿Cómo podré llegar hasta el lecho en la oscuridad? —preguntó Solange con voz infantil y preocupada, como si estuviera atormentada por la posibilidad de cometer un error.

Grandsailles reprimió severamente una sonrisa que podría haber creado el riesgo de debilitar la marcha ascendente y triunfal de su tiranía, y contestó con la mayor frialdad:

—Lo he previsto. Mi lecho estará inmediatamente detrás de la puerta. Usted sólo tendrá que dar un paso para llegar hasta él. En el otro extremo de su tocador habrá una lamparita muy débil, cuya luz le permitirá ver el camino cuando salga de mi habitación.

—*Mon Dieu!* —suspiró, más que dijo, Solange—. Y eso ¿cuándo sucederá?

—Esta noche —dijo Grandsailles.

—¿A qué hora debo ir? —preguntó Solange mientras se ponía en pie y se volvía la parte superior del guante con el fin de dejar al descubierto una zona de la muñeca para que Grandsailles la besase.

—Vaya a la una y media. —Luego, el conde, como si fuera incapaz de resistirse a un último capricho, la mantuvo separada de sí por un momento, y añadió—: Me sería agradable tener la seguridad de que podré esperar que acuda usted a mi cita vestida con las mismas pieles que ahora tiene puestas.

Tras la gran vidriera surcada de hebras de lluvia, el conde de Grandsailles vio cómo desaparecía Solange, con ayuda del chófer, en las profundidades del Rolls-Royce. Luego extrajo de un bolsillo un cigarro delgado, lo mordió vigorosamente para arrancarle la

punta, que escupió al suelo con la misma indiferente plebeyez de un campesino de las llanuras de la Creux de Libreux; sacó de un estuche de terciopelo la boquilla de obsidiana con diamantes incrustados, en la cual estaban cinceladas tres garras de halcón con dorados talones, se llevó el cigarro a la boca, y el camarero le ofreció lumbre.

Recostada en el respaldar de los asientos de su automóvil, Solange revivió lentamente la emoción profunda de su lacónica cita con Grandsailles. «Al menos —se dijo— ahora solamente piensa en mí. No ha hablado de la guerra ni de su baile».

Exactamente a la una y media, Solange atravesó la puerta de hierro forjado que señalaba el límite de la pequeña arboleda de castaños; y cuando había recorrido la mitad de la senda, vio que la puerta de la casa se abría. Alguien había estado aguardando su llegada con el fin de que no se viera obligada a esperar entre la lluvia. Solange no habría deseado por nada de este mundo que la lluvia cesase. Aquella persistencia del tiempo sombrío y gris todo lo envolvía de un modo tan completo, que ella había vivido junto al conde de Grandsailles durante los tres últimos días en una especie de irrealidad y de ausencia de las horas. Al subir las escaleras, le pareció percibir el corazón en la garganta. Y se dijo: «¡Antes morir que echarme atrás!». Pero sus pies parecían tener alas. Abrió la primera puerta de la izquierda por medio de un firme girar de la muñeca, entró en el tocador y volvió a cerrarla sin producir ningún ruido. Inmediatamente, se sintió ofuscada y rodeada de una lechosa luz blanca que se unía a una fragancia intensa y embriagadora. Las cuatro paredes de la estancia estaban adornadas de capullos de rosas. Aquel decorado, improvisado la misma mañana, era obra del famoso florista-decorador Grimiert, el jefe de ceremonias de los festivales oficiales de la temporada en la Villa de París. Las flores estaban sostenidas por un armonioso enrejado de cuerdas blancas y verdes que se cruzaban diagonalmente, salvaban las distancias de unas a otras paredes y apenas eran visibles. Pero en cada una de las intersecciones estaba atado un lazo dorado, lo que proporcionaba al conjunto un aspecto de brillo de sol. Los mosaicos del suelo estaban recubiertos de una alfombra espesa y oscura de musgo que producía

la ilusión de una superficie uniforme de terciopelo. La mesita del tocador se hallaba literalmente cubierta de rosas, y exactamente en el centro reposaba una resplandeciente joya que representaba una granada abierta, de oro y rubíes, escrupulosamente ejecutada, según la descripción del *Reve de Polyphile*. Esta joya estaba acompañada de una plaquita enmarcada con perlas en la cual se hallaba escrita, también con perlas, una sola palabra: «*Merci*».

Solange, que solamente tardó un instante en prepararse, abrió la puerta de la habitación del conde, y todo se hundió en completa oscuridad; dio un paso hacia delante, y su pierna tropezó con el lecho; ágilmente, con una flexibilidad casi inmaterial, se tendió sobre las tirantes y suaves sábanas, y permaneció inmóvil mientras intentaba sosegar la respiración, que parecía rasgarle los costados. Se mantuvo inmóvil, con el rostro hacia lo alto y los brazos cruzados sobre el pecho, luchando por calmar el alboroto de sus sentidos, imponiéndose obstinadamente la idea fija de pensar tan sólo en su muerte; fue así como pudo, paso a paso, rechazar el placer que sentía tan próximo a los umbrales de su inmovilidad.

En la estancia podía oírse el incesante chocar de las ramas que se producía en el exterior, unas contra otras, bajo el wagneriano suspiro del viento; la exasperación de las ramas impregnadas de lluvia, que golpeaban sistemáticamente contra las sombras indecisas de la ventana; el sonido latigueante de unas ropas mojadas… Cuando el reloj dio las dos, Solange se levantó con la ligereza de una pluma, pero reprimió su ímpetu inmediatamente y apoyó una rodilla en el borde del lecho durante unos pocos segundos antes de cerrar de nuevo la puerta tras de sí y de encender la luz, que volvió a revelarle el tocador adornado de rosas con toda su blancura. Tan pronto como se hubo puesto las pieles, cogió la granada y la plaquita y las guardó en el manguito, y en el acto, tan rápidamente como si hubiera sido arrojada a través del espacio por el solo aliento de un hada, se encontró una vez más en su dormitorio en la calle de Babylone, en el lecho y llorando.

Inmediatamente después de la salida de Solange, el conde de Grandsailles encendió la luz de su dormitorio. Las ropas del lecho estaban imperceptiblemente alborotadas y conservaban la huella del cuerpo de Solange; y la irremediable ausencia de la mujer asaltó al conde, se adueñó de él y convirtió su deseo en una profunda

aflicción, en cuyo corazón comenzaron a batallar unos sentimientos contra otros en una lucha cruel. En primer lugar, sus prejuicios burgueses, repentinamente despiertos, condenaron severamente a Solange por haberle obedecido de manera tan diligente; y un instante después, el aguijón de su disgusto perforó dolorosamente la membrana, todavía intacta, de su estimación de aquella mujer que había necesitado tan pocos apremios para acceder a presentarse de aquel modo ante él. Pero el dolor estaba teñido del remordimiento de su juicio, acaso injusto, y fue seguido por una especie de infinita ternura que encontró libertad y expresión en unas lágrimas. Pues, aun en la completa oscuridad, el conde había percibido la presencia de Solange como la de una víctima humillada y martirizada.

Pero tal sentimiento de compasión, a pesar de su intensidad, tampoco vivió mucho tiempo, puesto que la caótica y ambivalente desazón de sus pensamientos comenzaba a trocarse en una sola emoción, a cada momento más y más clara, degradante, tiránica e insoportable: la de los celos. Sí: el conde se encontró irritado al sentirse, por primera vez desde que conoció a Solange, muriendo de celos. Y la sencilla suposición de que Solange pudiera haber pertenecido a otro hombre tan fácilmente como a él, le encendía la sangre. Pues esta cuestión, esta eventualidad, se le presentaba ya como un hecho realizado e inevitable. E imaginó a Solange después de aquella escena de «hechizo» cayendo complacientemente en brazos del vizconde de Angerville; y esta fugitiva visión le produjo un dolor tal en el corazón, que se vio obligado a decirse en tanto que levantaba una mano:

—Estoy demasiado sensible, como un crío de dos años.

Y se oprimió la carne del pecho con los dedos engarfiados.

—De hecho, todo va junto, así como mi recurrente complejo de impotencia.

Inundado por estos pensamientos, se dirigió al otro lado de la antecámara; y hallándose en la semioscuridad, se sirvió una cucharada de la poción verde en un vaso y se llevó éste a los labios; e inmediatamente escupió el líquido con repugnancia y tosiendo con violencia. Había medio tragado una cucharada de la poción amarga. Y entonces encendió la luz. ¿Sería posible que la canonesa hubiera podido cometer un error tan grande? Lo había cometido, indudablemente, ya que el frasco azul esmaltado se hallaba a la

izquierda, en el lugar que debía haber ocupado el frasco esmaltado rojo; y los dos vasos estaban igualmente fuera de lugar. Aquel intercambio de objetos le pareció de mal agüero y tiró furiosamente del cordón de la campanilla para llamar a la canonesa.

No necesitó decir para qué la había llamado. El vaso que se hallaba en el suelo y el retorcimiento de la boca del conde fueron suficientemente elocuentes. La canonesa miró durante cierto tiempo y alternativamente los dos frascos, lo que era una prueba flagrante de su error. Y en su consternación, sólo pudo mover con pesar la cabeza en signo de contrición. Finalmente, las arrugas de su frente se borraron, pues la mujer había logrado hallar la causa de su distracción en las profundidades de la memoria. Lo recordó en aquel instante, y dijo la verdad: la última vez que había preparado las dos pociones del conde, había sido la misma tarde en que supo que la guerra se había declarado… Una cosa de tal naturaleza había sido preciso que sucediera para que el conde pudiera tener motivos de queja por el orden en que sus objetos más familiares eran colocados.

—Bien, mi buena canonesa —dijo al mismo tiempo que suspiraba Grandsailles—, me parece que esta guerra se inicia con un sabor muy amargo.

La canonesa había comenzado ya a dirigirse hacia la puerta de la habitación del conde y solamente tuvo que pasar la nudosa mano sobre las sábanas para alisarlas antes de abrir el lecho; luego, fue al florido tocador sin querer verlo y poniendo un gesto que denotaba que ni siquiera podía soportar el olor de las rosas.

—¡Maldito Grandsailles! —Murmuró para sí volviendo a su idea fija—. ¡No es con rosas como se pueden tener hijos!

Aun cuando se disponía a salir, el conde de Grandsailles se hallaba fuera de sí; y paseó por su habitación sin fin ni objeto, incapaz de borrar de la imaginación el rostro elegante del vizconde de Angerville, con aquel bigotillo vago e indeterminado que podría haber sido tomado del semblante impasible y deportivo de un lord contemporáneo de la corte de Saint James lo mismo que del rostro discretamente malicioso de un consejero de la época de Richelieu. Al cabo de un instante, la sonrisa distante y ofensivamente galante de

D’Angerville

era el rival del conde, y el conde se atormentó con la sibarítica tortura de suponerse casado con Solange en tanto que
D'Angerville
continuaba siendo su amante. Fue como si los leones del amor hubieran sido dejados en libertad en el cerebro de Grandsailles; y la canonesa, que le estaba observando con el rabillo del ojo en tanto que ordenaba el armario del vestíbulo, pudo oír el rugido que los leones producían en el silencio y se aterrorizó al ver que el conde se detenía en sus paseos a lo largo y a lo ancho de la habitación y abría el cajón de la mesa para sacar de él el revólver. Era un acto que el conde realizaba siempre antes de partir para Inglaterra, y, en realidad, iba a ir a Londres al día siguiente. Sin embargo, aquella anticipada precaución llevada a cabo a aquella hora de la noche significaba que Grandsailles no se proponía regresar durante la noche para dormir. Por esta razón, a la canonesa no le agradó el modo obsesionante con que introdujo el revólver en un bolsillo.

—¡Esta cita de pesadilla era lo único que me faltaba! —dijo Grandsailles en voz alta y para sí mismo en tanto que se ponía la chaqueta.

Aludía a su compromiso en Escocia, que había aceptado aquel mismo día accediendo a una súplica apremiante e inflamada de *Lady* Chidester-Ames. Era una circunstancia que, si esto era posible, incrementaba aún más la confusión de sus sentimientos. También es cierto que no esperaba reconciliación de aquel viaje. Sin embargo, el hecho de volver una vez más junto a su más reciente y adorada amante inmediatamente después de su primera «noche de amor» con Solange, la cual le habría placido rodear de silencio y misterio por espacio de varios días, añadía a su creciente ansiedad lo que le parecía un nuevo error, una especie de deslealtad para con Solange, como si ya hubiera comenzado a engañarla.

—Sea como fuere —se dijo a sí mismo prácticamente presa del delirio, volviendo toda su irritación hacia un solo ser—,
D'Angerville
es un hombre que carece de honor.

Atormentado por tales pensamientos, el conde de Grandsailles tomó un taxi para que le transportase a las alturas de Montmartre, a Florence's,
que era el club nocturno a que Solange solía ir casi diariamente.

Solange no se hallaba allí. Luego, ordenó que se le condujese a Maxim's,
donde se sentó a una mesa ante la cual el ingenio de Béatrice de Brantés imperaba. ¡Cuánto la detestó aquella noche! ¡Su voz le molestaba como la de un ruiseñor! Para agravar la cuestión, se estaba hablando de Solange, que no había ido a aquel lugar durante los dos últimos días, y de
D'Angerville,
que había estado allí un momento antes.

—Querría verle antes de partir para Londres —dijo el conde—. ¿A qué hora se marchó de aquí?

Y consultaron al *maître d'hótel*
.
D'Angerville
había salido muy presurosamente de Maxim's exactamente a las dos y media. En aquel momento, Béatrice de Brantés refería una anécdota espeluznante que atribuía al príncipe de Orminy. Este último había presenciado en su juventud la ejecución del anarquista Gaillart, que tuvo efecto a la hora del amanecer, según costumbre… Cuando la ejecución hubo concluido, al pasar junto a la casa de su amante, no pudo contenerse y subió presurosamente las escaleras para despertar a la mujer de su voluptuoso sueño de la mañana por medio de los abrazos más apasionados. Quería aprovechar hasta el máximo punto su estado de nerviosismo, la excitación provocada al ver rodar una cabeza.

—Es cuestión de naturaleza —dijo cínicamente Santonges—. Los hombres vienen y se van.

El conde de Grandsailles pasó las restantes horas, hasta la de la salida del sol, sentado tras la ventana de un bistró que permanecía abierto durante toda la noche y a donde los conductores de los camiones procedentes del mercado solían ir para tomarse un descanso. Desde aquella posición, el conde podía vigilar fácilmente las dos puertas de entrada a la mansión particular del vizconde
D'Angerville;
y el hecho de que el automóvil de este último se hallase detenido ante una de las puertas, constituía una indicación casi cierta de lo que el conde suponía. Grandsailles esperaba que el vizconde saliese

de la casa… Mas cuando comenzaba a nacer el día, la situación se hizo a sus propios ojos a cada momento más grotesca. Se sentía devorado por la vergüenza y por un impulso homicida que le arrastraba a vencerla. Estaba decidido a provocar a
D'Angerville,
y en aquellos momentos se acusaba a sí mismo de la única y sola falta de no haberse casado a tiempo con Solange. ¡Podría haberla adorado más que a cualquier otra mujer! Pero ya era demasiado tarde. A las siete y media de la mañana, incapaz de esperar durante más tiempo, el conde cruzó la calle, se aproximó a la puerta de
D'Angerville
y llamó al timbre. El criado que le abrió la puerta, extraído del lecho por la llamada, pareció asustarse ante el tempestuoso aspecto del conde.

—¡Es una cuestión muy importante! —dijo Grandsailles—. ¡Lléveme al dormitorio del vizconde!

Pero, puesto que conocía bien la casa, hizo él solo el recorrido y entró impetuosamente en la habitación sin esperar a que se le permitiera la entrada.

—¿Qué sucede? —preguntó
D'Angerville
mientras cerraba el libro que estaba leyendo y buscaba en la mesita que tenía a su lado la cigarrera.

—Parece usted estarme esperando —dijo Grandsailles, que recobró su habitual estado de tranquilidad repentinamente. No había contado con la posibilidad de que se engañase en sus sospechas, y como resultado, no se había preparado para hacerle frente; por lo que decidió ganar tiempo—. Escuche, querido Dick: no he venido a esta hora de la mañana con el fin de adularle; pero es usted la única persona con quien verdaderamente puedo contar.

Con los largos brazos extendidos sobre el edredón, como galgos exhaustos por la melancolía,
D'Angerville
apenas le escuchó. Grandsailles continuó:

—No tengo tiempo ahora para explicárselo. Salgo para Londres dentro de una hora. Es muy probable que allí le necesite; y estaré lleno de inquietud si no tengo la seguridad de que irá usted a buscarme en el caso de que le necesite.

—Supongo que será una cuestión relacionada con las concesiones mineras de Libreux —dijo sencillamente
D'Angerville
—. Envíeme un cable en caso de necesidad, e iré inmediatamente.

—Gracias —dijo Grandsailles en un intento por despojar a su voz de efusividad—. Por lo menos, no tendré el remordimiento de haberlo despertado. Estaba usted leyendo…

—Así es —respondió
D'Angerville
—. Me preocupa mucho el extraño estado nervioso de Solange de Cléda. Jamás vi a nadie pasar tan bruscamente de un estado emocional al más opuesto. Estaba elocuente, como un manojo de cohetes con las mechas encendidas. Me vi obligado a prometerle que la llamaría por teléfono a las dos de la madrugada para continuar la conversación. Y tuve dificultades para entender su voz, y Solange colgó el receptor antes de que yo hubiera terminado de hablar… No era insomnio lo que padecía, sino algo parecido a un hechizo…

—Toma luminal para poder dormir —dijo Grandsailles como consecuencia de su deseo de reducir el misterio a su aspecto estrictamente farmacéutico—. Y ¿qué estaba usted leyendo?

—Una monografía de Janet sobre las neurosis de Raymond Roussel: *De la Angustia al Éxtasis* —contestó
D'Angerville.

—¿Un caso de cledalismo? —preguntó Grandsailles riendo un poco irónicamente.

—Cledalismo… —respondió
D'Angerville
sopesando delicadamente el neologismo en tanto que recogía de nuevo el libro—. Es algo todavía más oscuro y hermoso que eso.

Y tendió al conde su mano delgada y huesuda; y el conde de Grandsailles la acogió en la suya, que era perfectamente proporcionada y musculosa.

El encuentro (que era seguramente el último) entre el conde de Grandsailles y *Lady* Chidester-Ames, en el castillo que esta última poseía en Escocia, constituyó una de las más turbulentas

experiencias del conde. Y luego, de regreso, sentado en el compartimiento, envuelto en la niebla anisada del humo del cigarrillo, el conde observó cómo se perdía tras él el paisaje sereno de dunas, y se felicitó por su prudencia y por el hecho de haber resistido a la tentación de matar a *lady* Chidester-Ames. El conde saboreó la buena fortuna, don celestial, de no haberse convertido en un asesino. Y en tanto que hacía estas reflexiones, sus ojos se inmovilizaron en la contemplación de una nube de color plomizo cuyos contornos semejaban la silueta de un sarcófago antiguo. Luego, Grandsailles se entregó a la fantasía de imaginar que en el centro de la nube estaba grabada, como epitafio para su amorío con *lady* Chidester-Ames, la famosa inscripción latina:

CADAVERIBUS AMORE FURENTIUM MISERABUNDIS POLYANDRIEN

Que significa:

CEMENTERIO DE LOS CUERPOS MISERABLES QUE POR CAUSA DEL AMOR CAYERON EN LA LOCURA

En la vaguedad de un sueño furtivo, la tumba, semejante a la de Adonis, se convirtió en una fuente. El tren estaba cruzando las aguas sinuosas de un río. De la dorada serpiente, la espita de la fuente de Adonis, brotaba el elixir de la juventud; y la gran nube blanca se había transformado en el lecho nupcial de Solange de Cléda. *Lady* Chidester-Ames se hallaba muerta al pie del lecho, metamorfoseada en un animal que tenía la forma de un jabalí sanguinario.

El conde de Grandsailles estaba firmemente decidido a casarse con Solange de Cléda tan pronto como regresase. La felicidad de Solange le parecía, al fin, el objeto único de su existencia, y todos sus chapuceos en el campo de los hechizos de amor se le presentaban, a la luz de su floreciente pasión, como el residuo último y doloroso de sus experiencias infantiles, que se desvanecían una tras otra como los murciélagos de su torturado celibato ante el límpido sol del matrimonio. Entonces comprendió cuánto debía de

haber sufrido Solange a causa de su amor no correspondido; pero se consoló de ello al decirse que la felicidad de ella sería más grande y más inesperada, lo que le compensaría de las pasadas torturas. Pero, en lugar de producirle impaciencia, el conde habría deseado que el viaje continuase y continuase, que durase todo el tiempo que fuese posible, de modo que él pudiera embriagarse totalmente con los elevados y serenos sentimientos a que había dado ser en el fondo de su alma después del caos de pesadilla y de las angustias y las violencias y las coacciones en que su espíritu se había asentado peligrosamente en el curso de la última semana y que, en verdad, eran dignas de figurar en los *Anales de la Demonología*.

Sólo faltaba una semana para la celebración del baile que había organizado, y del cual se había casi completamente olvidado y despreocupado en los últimos días. Las circunstancias de la guerra habían encadenado de modo inevitable el baile a ciertos pretextos patrióticos de ayuda, y el insípido gusto de la caridad lo condenaba a una impersonificación que amortiguaba anticipadamente su resplandor estrictamente social. Pero, una vez más, el baile se le antojaba un algo tan brillante como un escudo. El baile de Grandsailles serviría para anunciar oficialmente sus esponsales con *Madame* Solange de Cléda. Nadie, excepto su notario, estaba informado del regreso del conde a París, y el notario había de salir a esperarle a la estación con el fin de reunirse con él y recibir informaciones acerca de la concesión minera de Libreux. Totalmente absorto en su conflicto con *lady* Chidester-Ames, el conde se había olvidado de obtener las últimas informaciones acerca del tema. No obstante, conociendo el afecto de *Maître* Girardin por *Madame* de Cléda, no pudo abstenerse de sonreír al pensar que el anuncio de su boda sería más inesperado y más bien acogido por su notario que cualquier otra novedad que el conde hubiera podido llevar consigo en su viaje de retorno.

El conde se hallaba, pues, en el estado de ánimo más placentero cuando descendió del tren. Después del efusivo espaldarazo de ambos, el conde hizo que el notario subiese a su automóvil, y ambos se dirigieron al Hotel Meurice para conferenciar.

—Tengo grandes novedades que comunicarle —dijo Girardin, saliendo de este modo del fondo atormentado de su impaciencia.

—No serán más importantes ni más dichosas que las que tengo

para usted —respondió Grandsailles—, pero esperemos hasta que hayamos llegado al hotel.

Girardin se mordió los labios.

El furor de Grandsailles al saber que Solange de Cléda había adquirido la propiedad del Moulin des Sources fue indescriptible; tan lacónicamente se manifestó su enojo, tan exento de cualquier reacción.

—Muy bien —dijo Grandsailles secamente y sin emoción—. Al hacerlo, *Madame* de Cléda ha perdido mi amistad y mi estima.

Solamente por el relámpago de aversión que brilló en los ojos del conde, vio Girardin al legítimo Grandsailles, que había desaparecido hacía mucho tiempo y comenzaba a presentarse nuevamente como el vengativo Grandsailles, el de las decisiones irrevocables, el del corazón despiadado, que poseía una fuerza elemental nacida en la masa altiva de un orgullo secular. Lleno de consternación, sabiendo anticipadamente que sería inútil cualquier esfuerzo conciliatorio que hiciese, se aventuró a decir con extremada prudencia:

—Sin embargo, no podemos olvidar la circunstancia de que el mayor enemigo político del conde queda relegado a la inofensividad por medio de esa venta que pone la llanura de Libreux en manos bien dispuestas y amigas.

—*Madame* de Cléda ya no es amiga mía —replicó Grandsailles.

Durante estos momentos, había estado escribiendo una nota con su escritura menuda y delicada. Y cuando hubo terminado de hacerlo, pasó a Girardin un sobre abierto.

—Es seguro que verá usted muy pronto a su cliente —dijo el conde—. Ruego a usted que tenga la bondad de entregarle esto.

La nota decía:

Madame:

Acabo de enterarme por mi notario, Pierre Girardin, de que ha adquirido usted la propiedad del Moulin des Sources. Debo manifestar a usted que desapruebo las razones de esa adquisición. Su fortuna la ha hecho posible, pero el corazón de un Grandsailles no puede ser corrompido por esos medios. Por esta causa, ruego a usted que ya no me considere en el número de sus amigos.

Cuando, en presencia de su notario, Solange de Cléda leyó esta nota, empalideció de un modo tan terrible, que Girardin, abandonando su asiento y poniéndose en pie, se aproximó a ella, le tomó la mano que tenía libre y la oprimió entre las suyas. Solange le entregó después la nota, y en tanto que Girardin protestaba y se negaba a adquirir conocimiento de su contenido, dijo:

—Prefiero que lo sepa usted todo. Las razones que el conde me atribuye están terriblemente lejos de lo que ha existido en mi imaginación; y tengo la seguridad de que una entrevista de cinco minutos con él sería suficiente para despejar esa engañosa suposición. Le autorizo a que repita estas palabras en el caso de que el conde le haga preguntas respecto a mí. En cuanto a mí, la dignidad me priva por ahora de solicitar la celebración de esa entrevista.

Siempre diligente, *Maître* Girardin se apresuró a visitar a Grandsailles.

—Conde —le dijo—: *Madame* Solange de Cléda se ha angustiado mucho al leer su carta.

—¿Comunicó a usted su contenido? —preguntó Grandsailles.

—No, señor. Me dijo solamente que una horrible incomprensión se había interpuesto entre ustedes y que una entrevista de cinco minutos sería suficiente para despejar el error.

—Tendrá esa entrevista —dijo Grandsailles—. Puede usted indicarle que fije el momento que le parezca más conveniente para su celebración.

Cuando Girardin se hubo separado de él, Grandsailles permaneció durante largo tiempo hundido en especulaciones.

«¿Qué podrá imaginar Solange para justificarse? Seguramente, nada que tenga ni siquiera el menor valor como argumento. Se limitará a inventar subterfugios sentimentales y expeditivos para, por lo menos, justificar su ausencia del baile. ¡Cuán perseverante es la labor de la hormiga!», se dijo Grandsailles al mismo tiempo que expresaba por medio de una sonrisa de desdén la admiración que le causaba lo que consideraba que era una perfidia de Solange. ¡Diez años empleados, día tras día, en la persecución por todos los medios humanos y sobrehumanos de un simple fin: casarse con él,

convertirse en la condesa de Grandsailles! En los primeros momentos, había sido una lucha del prestigio y de la vanidad; luego, cuando Solange comprendió que él era en este aspecto más fuerte que ella, fingió ser la víctima humilde y resignarse a las torturas de una pasión no correspondida con un ardor de sacrificio y una sublimidad de alma que no tenía igual; y todo ello, con el fin de inspirarle piedad. Pero, al mismo tiempo, Solange no había olvidado la vida de sociedad; al contrario, había ascendido y ascendido en ella animada por una demoníaca ambición y con el único y deliberado propósito de ofuscar a Grandsailles. Y el cándido Grandsailles, no más astuto que un sencillo aldeano de Libreux, había estado a dos pulgadas de caer definitivamente en el cepo y se había compadecido de ella. Solange había logrado deslumbrarle y, lo que era peor, forzarle a enamorarse de ella, fascinarle. Pues, aun en aquellos momentos, aun entregado al desprecio que ella le inspiraba, continuaba deseándola. «La jugada ha sido perfecta, impecable —se dijo Grandsailles—; pero Solange me conocía tan poco, que al fin cometió un error psicológico imperdonable, burdo, al creer que había sellado definitivamente su influencia sobre mí adhiriéndose a mí por medio de una comunidad de intereses. Bien; ni siquiera obtendrá de mí una invitación para el baile».

En aquel momento, Maitre Girardin se presentó nuevamente, sin aliento y puerilmente avergonzado de su ansiedad. Había sido incapaz de resistir al deseo de volver inmediatamente para informar al conde del momento para el cual *Madame* Solange de Cléda había señalado su entrevista con el conde.

—Bueno; ¿cuándo se celebrará esa entrevista de cinco minutos? —preguntó enojosamente Grandsailles.

—Dentro de diez días, a las seis en punto de la tarde, en su casa de la calle de Babylone —contestó Girardin mientras trazaba una anotación en un trozo de papel.

Grandsailles se quedó perplejo y repitió, como si no pudiera comprenderlo:

—¿Dentro de diez días?

—Es perfectamente comprensible —respondió con orgullo Girardin—. *Madame* de Cléda desea seguramente esperar hasta que el baile se haya celebrado…

—Seguramente —dijo Grandsailles.

Y sin despedirse de su notario, se retiró a su habitación ofendido, irritado. ¿Cómo? ¿Comenzaba de nuevo a actuar el orgullo? ¡Sí, así era! ¡Solange nada deseaba de su baile!

Y de este modo, tras el opio protector de los baluartes de la línea Maginot, se celebró el baile del conde de Grandsailles.

Aquellos diez días de espera para la celebración del encuentro en que cifraba sus últimas esperanzas constituyeron la prueba más terrible que una mujer enamorada y que se hallase en las circunstancias de Solange podría haberse impuesto; y contrariamente a lo que el conde suponía, si Solange había retardado la celebración de la entrevista —que habría podido celebrarse inmediatamente si ella lo hubiese pedido— lo hizo tan sólo por razones de delicadeza. Quería que ningún factor ajeno a su verdadera y fiel relación crease la más ligera interpretación incorrecta en aquel encuentro. Con esto, Solange se anticipaba a la debilidad y los malos pensamientos que pudieran presentarse en el espíritu de Grandsailles, quien era excesivamente inclinado a juzgar los motivos de todas las acciones de Solange considerándolos como expresiones de propósitos y ambiciones distintos a los sencillos de su amor.

Pero para hacer que aquellos días que la separaban de su entrevista con el conde se deslizasen, ¡qué prodigios de voluntad se vio obligada a realizar en cada hora de su vida! Menos que en cualquier otra ocasión de su existencia, se habría permitido presentarse en el momento decisivo ante los ojos de Grandsailles bajo un aspecto desfavorable para su belleza o su integridad espiritual. Contrariamente, durante los momentos que separaron aquél de la hora de la entrevista, se impuso la tortura de convertirse en aquel ser fabuloso inventado por su abrasadora imaginación, al cual el conde había deseado ligarse por medio de una ciega atracción. Después, comenzó sin tregua ni piedad la mayor tortura de Solange de Cléda, la tortura de separar su cuerpo de su alma, de modo que los tormentos de una no menguasen ni empañasen la intacta belleza del otro, con el fin de poder aprovechar los cinco minutos que Grandsailles le concedía y alcanzar el fin que se proponía, para lo que habría de arrodillarse una vez más, del modo

que ella había dicho en cierta ocasión de modo sublime «en tanto que permanecía al mismo nivel que él»… Pero, exactamente de la misma manera que había aceptado la humillación de acercarse a él sin la consagración del amor, del mismo modo en aquella ocasión no descendería a tierra nuevamente, sino que continuaría en su pedestal arrodillada, exactamente como había permanecido tendida sin degradarse en la tumba de su ilusión.

Y, puesto que en este mundo las horas y las circunstancias pueden extenderse y repetirse, excepto para la muerte, cuya hora está rígidamente establecida, los diez horribles días transcurrieron y al fin llegó el momento de la cita. Solange estaba tan hermosa y digna como una reina, limpia de cuerpo y alma. ¿Qué podría despreciarse en ella que no fuese su pasión? La limpidez de sus intenciones no podría dejar de anular las tortuosas del conde, cualesquiera que fuesen. Solange no había aprendido de memoria lo que deseaba decir, ya que habría de ser su corazón el que hablase por ella. Pero lo peor esperaba a Solange, aun cuando acaso no fuese verdaderamente lo peor: a las seis de la tarde llegó a su casa *Maître* Girardin para presentarle excusas en nombre del conde y manifestarle que el último no había podido acudir a la cita a causa de haber recibido una llamada urgente de Inglaterra; y comoquiera que su estancia podría prolongarse, Girardin se encargaría de avisar a Solange del regreso del conde tan pronto como éste llegase a París. Solange sabía lo que aquello significaba, puesto que había sufrido durante cada una de las horas de los últimos diez días como si cada una de ellas hubiera sido diez años de calvario sin posibilidad de resurrección. Pero Solange, en tanto que tuviera alguna razón de esperanza, viviría, continuaría viviendo por efecto de su desesperación. Después, su permanente heroísmo de perseverar en cada una de las horas de su vida comenzó de nuevo inexorablemente.

Conducida por los efectos del luminal hasta más allá del alcance de la angustia, Solange solía verse acometida por ella al despertar cada mañana insensibilizada por la amnesia de la droga; y todo era más duro como consecuencia del crudo y súbito renacimiento del recuerdo de su infelicidad. Desde aquel punto en adelante, mientras su pobre alma transponía los umbrales del infierno de su pasión, Solange entregaba su hermoso cuerpo desnudo al amasado, el

sacudimiento, el golpeteo, los roces, las opresiones, los frotamientos y los retorcimientos de las cuatro manos huesudas e inhumanas de dos masajistas. Después, llegaba el alimento: comidas inspeccionadas con una balanza; y en tanto que masticaba automáticamente con toda la energía de los doloridos músculos de sus mandíbulas, solamente solía pensar en dejarse morir de hambre. Luego, el trabajo forzado de los medios períodos de descanso, mordido por el picoteo de los cuartos de segundo, reloj en mano… Más tarde, las largas sesiones en los salones de belleza, en cuya atmósfera fúnebre Solange vivía íntegramente, una tras otra, las más mínimas ceremonias de su propio entierro con el realismo paralizador del ahogo y las presiones de la mortaja, y con el descenso a la tumba tan solemnemente imitado por los movimientos sin vibraciones de las camillas de níquel con sus sutiles mecanismos… Y, un poco más tarde, la horrible aparición de las primeras gotas de los líquidos, las cremas, los bálsamos, los jugos de su propia descomposición, que comenzaban a fluir entre los fuertes olores del amoníaco… Después, lo peor de todo, la resurrección, la monstruosa ascensión, las despiadadas lecciones de baile en las que cada giro era castigado con una caída humillante y cada paso adelante reprimido por los *fouettés* de los guardianes…, desgarrada por las ruedas espigonadas de las piruetas, crucificada en los pasos de puntillas, con los brazos clavados a la cruz nudosa del ritmo, atada, con la cabeza inclinada sobre las cruces de san Andrés de las acrobacias…

Solange de Cléda: ¿qué estás haciendo con tu cuerpo? ¿Qué estás haciendo con tu espíritu?

¡No hay piedad en el mundo para nadie! Y ¡tanta baja adulación de la sociedad para ambos!… Los pintores y los poetas se entregan al éxtasis ante la enigmática expresión de tu mirada; el maestro de danza alaba la flexibilidad de tus movimientos; el maquillador ensalza la inmaculada pureza de tu piel. Pero yo te veo de rodillas, Solange de Cléda, en tu estancia, cuando estás a solas, con la cabeza levantada hacia tu ídolo; eres como una de esas mujeres místicas, moribundas y apetecibles pintadas por El Greco; como ellas, tus ojos se han abrillantado con la pátina eterna de las lágrimas, se han endurecido y hecho apenas transparentes como la misma concha del éxtasis. En los martirios de tu pasión, cada uno de tus gestos te

produce un temblor y cada uno de tus movimientos se convierte en una daga afilada que cae en la sensitiva vacuidad de pozo iluminado por la luna de tu angustia y que permanece clavada en su fondo. Esto te hace toser; y la abertura de tu herida se abre; luego, toses intencionadamente, toses con toda tu fuerza para arrancarte las espadas que tienes clavadas en el corazón. Algunas veces, también suspiras, tan profundamente que temes perder la respiración. Y entonces dejas de respirar completamente para cesar de vivir. Las venas de tu cuello se hinchan y tu cabeza tiembla; cada nuevo segundo que transcurre se convierte en una victoria; pero finalmente no puedes dejar de caer con extravío sobre las frías baldosas, duras y brillantes, con el pecho convulsionado por los espasmos de tu frenético respirar, con los costados atormentados por la congoja.

Solange de Cléda presenta un caso verdaderamente extraño a la psiquiatría, pues, aun en las más dolorosas aberraciones de su mente, las propias convulsiones de su histeria se convierten para ella en un medio de hacer más dúctiles sus centros nerviosos y más regulares sus funciones biológicas. Haciéndose cada día más dual por virtud de la misma naturaleza de su personalidad somática, parecía aproximarse al absoluto de ese dualismo, que se considera clínicamente imposible, del cuerpo y el alma[10].

Al tiempo que se obligaba continuamente a ir en contra de todas las leyes naturales, empujada por la fuerza de sus tendencias paranoicas, Solange de Cléda se convertía progresiva e imperceptiblemente, mientras aguardaba el retorno del conde, en un monstruo.

Verónica se puso de puntillas para oír mejor… Al principio, el sonido fue como el insignificante e insistente zumbido de un mosquito. Luego, se hinchó, se hizo más preciso; y entonces, Verónica apagó el gas y la electricidad. Era, ciertamente, el aviso del bombardeo aéreo; y juzgando por la súbita alegría que la inundó, Verónica comprendió instantáneamente con qué impaciencia su subconsciente había esperado, noche tras noche, que se produjera el acontecimiento. Las puertas de los diversos pisos de la casa comenzaron a golpetear, a cerrarse de modo brusco, sonaron

como golpes de los puños de Hitler descargados con ira sobre una mesa de madera; e inmediatamente, los ruidos de los inquilinos, que se extendieron como el sonido de unas nueces al rodar por un cajón vacío, sonaron en el pozo de las escaleras. Más tarde, las sirenas resoplaron de modo más potente e hicieron que las vidrieras matraqueasen. Verónica estaba preparada, y también sus artículos de *toilette*, puesto que hacía varios meses que esperaba que aquello se convirtiese en realidad. Sin embargo, el acontecimiento la cogió de sorpresa, por lo que en aquellos momentos tenía puestos irnos zapatos que no le gustaban. Buscó en varios lugares vanamente. Al fin y con disgusto, se colgó del hombro la máscara antigás y bajó en dirección a la bodega con una sonrisa en los labios.

Todos los que se hallaban en el sótano tenían la misma expresión, una expresión imposible de reprimir a pesar de las contracciones que cada cual imponía a sus labios con el fin de adquirir un continente severo, ya que no grave, un continente que estuviese más en armonía con las circunstancias presentes. La mezcla de ilusión y de angustia de aquella primera señal de alarma semejaba convertir a todos en niños nuevamente. Se ha dicho con tanta frecuencia que un bombardeo moderno podría pulverizarlo todo, que bajo la amenaza del peligro externo todos sentían el placer intensamente humano de la protección intrauterina mientras se apretaban y arracimaban en el fondo de una cueva oscura y maternalmente protectora. Las personas presentes se cubrieron mutuamente las piernas con mantas, condujeron almohadones, se tumbaron sobre sacas, buscaron posturas complicadas para llenar los momentos de espera. *Madame* Maurel, la portera, hizo los honores de la bodega y sirvió café solo; se abrió una botella de vino; una caja de galletas añejas pasó de mano en mano. Toda la atención se centraba en la necesidad de las comodidades y el bienestar.

Solamente Verónica no quiso sentarse, se puso taciturna, esperó en pie. Estaba vestida únicamente con la almidonada bata blanca y no tenía puesta más joya que una crucecita de perlas que tenía tres diamantes en lugar de los clavos de la crucifixión de Cristo. Tal cruz colgaba de una cadena de platino casi invisible que la mantenía inmóvil, como si estuviera en un nido de carne sedosa, exactamente en el centro del hoyo dulce que se marcaba en el abultado hueso de su esternón. Cuando *Madame* Ménard

d'Orient
entró acompañada de *Baba*, que iba apoyado en su brazo, este último podría haber comparado más fácilmente la inmaculada figura de Verónica, enmarcada por la negrura de las bóvedas de aquella bodega de los últimos tiempos del siglo XVII, con la de una legendaria abadesa antes que con la de un ser actual.

Verónica se hallaba recostada en la húmeda, desconchada pared. Se había quitado una chancleta y colocado el pie desnudo sobre el otro. *Baba* contempló durante un largo tiempo aquel pie arqueado de piel mate y hoyuelos azulados, pie libre del estigma del menor enrojecimiento que manchase o profanase sus dedos, en los cuales la articulación de cada falange parecía reposar en el suelo ante la aprobatoria mirada de Rafael; y como en los pies pintados por él, el dedo grueso estaba ampliamente separado de los restantes, como si el efecto se produjese por virtud de la correa de una sandalia invisible. *Baba* miró y miró; y podría haberse dicho que el peso de su casco de cuero hacía que su voluminosa cabeza se inclinase hacia delante y le obligase a mirar hacia abajo; tan absorto parecía en la contemplación. Y, ciertamente, fue como si aquel ser habituado a traspasar las nubes equipado de casco, guantes, micrófono, ametralladoras y blindajes, hubiera descubierto súbitamente en la sencillez de un pie desnudo apoyado en el suelo de una profunda bodega la belleza que había buscado desesperadamente en los cielos. Después de su profundo sumergimiento, como un nadador que saliese de nuevo a la superficie, los ojos de *Baba*, seguidos por un movimiento hacia arriba del casco, recorrieron la totalidad del cuerpo, castamente cubierto, de Verónica; pero al llegar al cuello, su mirada se detuvo como si hubiera sido crucificada por los tres diamantes de la crucecita de perlas. Verónica se agitó entonces, con lo que su rostro presentó una nueva radiación, con el fin de romper la fijeza de aquella mirada que, por lo menos, habría deseado poseer para la suya.

El tiempo voló rápidamente; y la delicia de ambos fue como el resplandeciente aguijón de su deseo. Ambos preguntaron al cielo favorablemente amenazador: ¿cuándo tendría lugar su próximo idilio mudo? Pues la impasibilidad del rostro de Verónica fue tan hermética como la del casco de *Baba*, y el seguro amor de ella ya no experimentó miedo ni curiosidad. Verónica supo entonces que nada

de lo que pudiera ocultarse tras aquel casco podría modificar el curso continuo y total de sus emociones. Si quería imaginárselo para sí misma, lo único que tenía que hacer era poner su propio rostro en lugar del de él; pues ella… era él. Y ya su espíritu, que era semividente, delineó su porvenir: «Esta guerra nos separará…, pero cuando acabe el año él regresará; sucederá en Estados Unidos, en invierno… Tendrá algunas cicatrices, pero nada estropeará sus ojos. Tal vez cojeará». Y entonces pensó en las posturas arqueadas de las estatuas antiguas, en las cuales todo el peso del cuerpo descansa sobre una sola pierna.

Después de aquel descenso a la bodega, el tácito idilio de Verónica y *Baba* no tuvo más expresión exterior que la de otras escenas similares en el curso de otras señales de alarma y sus frecuentes encuentros en las escaleras. Y puesto que los acontecimientos seguían un curso rápido, Betka regresó a París, aun cuando, guiada por el instinto, no lo hiciese hasta última hora. A su llegada se manifestó claramente, por más que fuese difícil de explicar en qué consistía el cambio, que la amistad entre Verónica y Betka se había enfriado. Las dos continuaron viviendo juntas; pero Betka se negó a bajar a la bodega durante los períodos de alarma. Ninguna de las dos habló de *Baba*. Betka frecuentó, de un modo más o menos subrepticio, los grupos de amistades de Goudreau y comenzó poco a poco a fumar opio de nuevo sin que Verónica se mostrase muy inflexible contra este hábito; y esta indiferencia la hirió profundamente.

El príncipe de Orminy, con el proselitismo característico de los adictos de la droga, había dicho de ella a Goudreau:

—Si acertásemos a conseguir que Verónica no se la llevase a América, podríamos tenerla junto a nosotros para todo el resto de la guerra. Pero será preciso que encontremos en cualquier otro lado un hogar para su hijo. Eso sería, cuando menos, más fácil que explicárselo a él.

D'Orminy juzgaba que Betka sería fácil de corromper y, anhelando vagamente hacer de ella su amante, le hacía objeto de atenciones, aun cuando por miedo a Verónica no se atrevió a abrumarla con presentes. Fue en este ansioso período de espera (durante el cual el exigente carácter de Verónica semejaba ablandarse y ella no hizo esfuerzos de ninguna clase por reprimir

las peligrosas promiscuidades de Betka en tanto que se la dejase a solas y sin molestias con su sueño) cuando el ejército alemán, después de haber flanqueado la línea Maginot y sin hallar nuevos obstáculos efectivos en su camino, comenzó su avance metódico y fulminante y cuando los norteamericanos recibieron la primera orden oficial de su Gobierno de que abandonasen Francia.

En el departamento de Barbara Stevens, en el Hotel Ritz, Verónica estaba golpeando a su madre. Primero, le había arrancado de las manos violentamente el teléfono, con el que le dio un golpe repentino en la mano, por lo que la pluma voló de entre sus dedos, y luego la había derribado con las rodillas sobre el canapé. Más tarde, los papeles parecieron cambiarse, pues Verónica estaba temblando y llorando de rabia en tanto que Barbara, atemorizada por el inaudito ataque de nervios de su hija, la apretaba cariñosamente contra su pecho para consolarla y le pedía perdón. La violenta escena que se había producido constituía la eliminación de las interminables disensiones que habían enfrentado a madre e hija durante tres largos días de mutua exasperación. Verónica quería llevar a América a Betka y su hijo. Barbara tan pronto deseaba como no deseaba hacerlo y cambiaba de modo de pensar cada quince minutos; se hallaba en un estado de histérico capricho agudizado por la gravedad de la situación. Principalmente, insistía en que sería imposible legalizar el estado de Betka en un plazo tan corto como era aquél de que podía disponerse. Verónica, con ayuda de la señorita Andrews, había continuado imperturbablemente los laberínticos trabajos necesarios para lograr que la marcha de Betka fuese posible; al fin, el milagro se realizó y los visados y los documentos precisos para salir de Francia y entrar en Estados Unidos estuvieron dispuestos en la mesa de Barbara Stevens.

Fue exactamente en aquel momento cuando Barbara, después de un silencio largo y embarazoso, insistió obstinada y decididamente en su negativa de llevar a Betka consigo.

—Todo lo que puedo hacer es entregarle un cheque por cien mil francos para librarme de molestias y preocupaciones.

Y después de decirlo, cogió la pluma y se dispuso a extender el cheque. Verónica se acercó a ella sin decir nada y con ojos relampagueantes. Cuando vio aproximarse a su hija, Barbara rompió en una risa nerviosa y aguda. Luego, encogiéndose de

hombros y fingiendo no prestar atención a Verónica, comenzó a llenar tranquilamente el cheque.

—No puedo decepcionar a Betka de ese modo, y tu dinero no puede arreglar nada —dijo fríamente Verónica; y continuó con frialdad aún mayor—: Sabes perfectamente que los alemanes no olvidarán que ha pertenecido a agencias activas de propaganda antigermana.

Barbara dudó un instante, y contestó:

—¡Lo que sucede es que no te atreves a comunicarle mi decisión! Muy bien: lo haré yo misma.

Y Barbara cogió el teléfono e hizo una llamada a Betka, que estaba esperando desde hacía una hora en el piso inferior para conocer su decisión. En aquel momento, Verónica puso delicadamente los largos dedos sobre la mano con que su madre sostenía el receptor, y bajo este contacto, apagado como el de una caricia, la última tembló; mas, serenándose y fortaleciéndose, oprimió más el receptor e intentó luchar momentáneamente; todo fue en vano. Verónica, que se convirtió de repente en una furia, recurrió a la violencia. Fue entonces cuando Verónica, empuñando el teléfono como si fuera un martillo, clavó el espigón férreo de su voluntad en la blanda madera de la indecisión de la mano de su madre. Después de haber producido el bálsamo de sus lágrimas, ambas telefonearon a Betka con el mismo martillo para decirle que podía subir. Finalmente, se había decidido que fuese con ellas; se marcharían al cabo de tres horas. Con los ojos llenos de lágrimas, Betka besó las cuatro manos de sus protectoras, la oquedad de cuyas palmas se le ofrecieron acogedoramente, como el casco de un barco recientemente construido con el cual, al fin, podría cruzar el océano.

—Voy corriendo en busca del niño —exclamó Betka, que estaba inundada de alegría.

—No: yo iré a buscarlo.

—¡Yo iré contigo!

—No; quédate ahí —replicó categóricamente Verónica mientras señalaba con un dedo el canapé—. La señorita Andrews irá conmigo.

Como había previsto, Verónica encontró la casa de Betka llena de amigos suyos que, alarmados por los rumores de su posible

marcha, habían llegado presurosamente y esperaban la llegada de ella con el propósito de disuadirla de emprender el viaje y poner remedio al irremediable error, a la traición virtual que, según ellos, cometería al marcharse a América. Cécile Goudreau, naturalmente, estaba allí, y Soler, y el príncipe de Orminy y un *ménage* de dos músicos afeminados que se insultaban furiosamente en el momento en que la entrada de Verónica, seguida de la señorita Andrews, en vez de la de Betka, restablecía un silencio de hielo y apenas cortés en la estancia, silencio que solamente era roto por las largas copas que contenían un coñac Napoleón que Verónica había regalado a Betka y que aquel grupo de cornejas consumía.

Verónica entró durante un momento en la habitación de Betka y, no hallando nada digno de llevarse consigo, excepto el niño, lo cogió en brazos y lo entregó a la señorita Andrews.

Luego, miró a su alrededor en busca del gato. Pero no pudo hallarlo. Verónica decidió marcharse y cruzó la habitación ocupada por los silentes y adustos amigos de Betka como la semilla de un diente de león que flotase sobre las aguas negras y estancadas de una ciénaga. Bajó la escalera con su pasito de antílope, llegó al descansillo de *Madame* Ménard
d'Orient,
donde se detuvo y ordenó a la señorita Andrews que esperase un momento; luego llamó al timbre. Desde los pisos altos llegaba hasta ellas el confuso murmullo de las disensiones entre los amigos de Betka, disensiones que estallaron con mayor vehemencia al ver que ella los había abandonado. Cada uno de ellos soportó su ataque nervioso particular. Podía oírse llorar a uno de los afeminados y lanzar suspiros puntuados por reproches, en tanto que el otro individuo de la misma naturaleza rebuznaba unas ahogadas invectivas. Un vaso fue roto en una explosión de enojo y la voz de Cécile Goudreau impuso silencio por medio de una diatriba sofocleana. Alguien, probablemente Orminy, cerró discretamente la puerta para evitar que el escándalo resonase de manera excesiva en la escalera.

La puerta del piso de *Madame* Ménard
d'Orient
fue abierta por una sirviente; y Verónica entró. La señora de la casa se acercó a ella con ambas manos tendidas. Su vestido de encajes,

plagado de diminutos pelos de gato brillantes, denunciaba el hecho de que acababa de levantarse de una corta siesta.

Olvidando las convenciones sociales, Verónica le dijo solamente:

—¿Me permitirá usted estar un momento a solas con…?

Y arrastró la última palabra y la dejó suspensa en el aire. Cogida de sorpresa, *Madame* Ménard
d'Orient
abrió obedientemente la puerta que comunicaba con el gabinete sin hacer antes una llamada y después de haberse asegurado de que *Baba* no estaba durmiendo, introdujo a Verónica en la habitación y dejó a los dos jóvenes a solas. *Baba* estaba sentado en un sillón, de espaldas a ella; mas vio en el espejo que tenía ante sí que Verónica avanzaba hacia él.

«Así es como le veré llegar el día que regrese», se dijo Verónica. *Baba* se levantó con dificultad. Se sorprendió de la inesperada osadía que representaba la visita de Verónica, y se alegró y sintió agradecido al mismo tiempo, puesto que había oído que Verónica iba a ausentarse y supo que la presencia de la joven en aquella casa respondía a su deseo de despedirse de él. Sin vacilar, Verónica tomó entre las manos el casco de *Baba*, lo apretó contra su rostro y apoyó durante un momento los labios contra la abertura labial de la máscara. Luego, ambos se miraron fijamente, con una absoluta inmovilidad: *Baba*, con la cabeza un poco inclinada, como si se avergonzase de no poder responder de manera más elocuente a la apasionada efusión de Verónica; Verónica, que era más alta que él, rígida, tensa en todos sus músculos. Tras unos cortos momentos de aquella insostenible situación de expectación, Verónica levantó bruscamente los largos brazos y unió ambas manos bajo su barbilla, en la pose característica de la mantis religiosa. Después, con la frialdad de los puños, asió la cruz de perlas y diamantes que pendía de su cuello y tranquilamente tiró de ella cada vez con más fuerza, hasta que se rompió. Y se la entregó a *Baba*, que apenas se había movido. Y a continuación, salió.

La señorita Andrews y *Madame* Maurel, la portera, que se hallaba en el descansillo, comenzaban a impacientarse.

—Si Verónica perdiese el tren, mañana sería demasiado tarde…

Ambas exhalaron un profundo suspiro al verla aparecer. En aquel momento, sonó en las alturas el tumulto de una risa ronca, y

uno de los músicos afeminados apareció por un momento con una pequeña tulipa en equilibrio sobre la cabeza, atada con uno de los pañuelos de seda de Betka. El músico desapareció inmediata y avergonzadamente. Verónica apenas se dio cuenta de la fantástica aparición. Estaba tan absorta, tan bajo la impresión de la dolorosa escena que había vivido en la habitación de *Baba*, que salió sin siquiera decir adiós a la portera, a quien la señorita Andrews acababa de entregar una propina de quinientos francos. La mujer la vio partir con estupefacción y exclamó mientras arrugaba el billete con una mano:

—Tant pis pour son coeur.
Ce n'est
pas son pays.

Verónica Stevens volvió el rostro en dirección a América; mas, a diferencia de la mujer de Lot, no miró atrás; pues, por efecto de su virginal naturaleza, poseía la incorruptibilidad biológica de la nación, fuerte e intacta, a la que se dirigía y que había de ser su patria.

El día 11 de junio, después de varios meses de ausencia, y al día siguiente de su llegada de Londres, el conde de Grandsailles fue despertado por su criado, Grimard, en la habitación que ocupaba en el Hotel Meurice. Grimard anunció que el príncipe de Orminy estaba esperando en el gabinete y quería verlo.

—Dile que pase inmediatamente —dijo Grandsailles en tanto que se incorporaba un poco y apoyaba la espalda en los almohadones.

Y tan pronto como Grimard hubo corrido las cortinas, el conde se halló cara a cara con el hombre de dientes amarillentos y ante la sonrisa, un poco caballuna, del príncipe, que iba impecablemente vestido con ropas de equitación y llevaba un látigo de polo en la mano.

—He pasado la noche más negra de toda mi vida —dijo flemáticamente

D’Orminy
mientras doblaba hacia atrás la colcha y se sentaba en la cama del conde—. La casa de Olga, que está en la Rué de Rivoli, es como un magnífico palco situado ante la plaza de la Concordia para presenciar la entrada de las tropas.

—¡Y pensar que puede haber alguien tan reservado!… Grimard, que es un muchacho encantador, no me dijo ni una sola palabra acerca de la presencia de los alemanes cuando me despertó —exclamó Grandsailles en tanto que intentaba apoderarse del látigo que
D’Orminy
llevaba en las manos.

—Bien, amigo: vi llegar al primer soldado de Hitler —continuó diciendo
D’Orminy
—. Era de mediana estatura, de constitución bastante liviana. Eran alrededor de las cuatro y media de la mañana; a tales horas, la plaza de la Concordia estaba totalmente desierta; no se veía ni siquiera un gato. Bien; de pronto, un gato, un gato gris, comenzó a cruzarla, casi arrastrándose, mirando hacia atrás de vez en cuando, hacia la Rué Royale. Inmediatamente, apareció el soldado de Hitler, trazó un ancho círculo a escasa velocidad, detuvo la motocicleta cerca del centro de la plaza, se apeó, sacó de un bolsillo dos banderas de señales que llevaba enrolladas, las desplegó y levantó los brazos, como si el hacer aquello constituyese su cotidiana ocupación; y haciendo unos ademanes semejantes a los de un director de orquesta, dio la orden de entrada y comenzó a dirigir la circulación.

»Luego, comenzó a llegar la vanguardia del ejército motorizado de Hitler, sólida e ininterrumpidamente, con los tanques a la derecha y los camiones a la izquierda… Mi querido amigo: era como si un gran baño se estuviera llenando; y la representación ha durado hasta este mismo momento, con la misma monotonía… ¿Comprende?… Era divertido —continuó en tanto que intentaba golpear con el látigo a una sola mosca que había en la habitación y que insistía en volver una y otra vez al mismo punto de la colcha—, era divertido ver a aquel hombrecillo, a aquel enemigo (puesto que eso era nada más: un enemigo) sólo en medio de la gran plaza del

corazón de París, al alcance de los disparos que pudieran hacerse desde alguna de las ventanas próximas… Supongo que no habré sido el único que lo observase; y al pensarlo… ¡Ah, mi querido amigo Grandsailles: cuando se ve aquello!… —añadió
D'Orminy
con un largo y desalentado suspiro—. ¡De qué color más feo son todos esos tanques y camiones! Forman un conjunto militar de un color gris verdoso y sucio…, demasiado oscuro, demasiado químico… No armonizan de ningún modo con el gris perla, esa tonalidad imponderable que es el color de París.

Y no pareció sino que la evocación del mancillado color tuviese la virtud de llenar sus ojos de lágrimas.

—¡Esos bastardos alemanes no tienen tacto! —dijo Grandsailles mientras se levantaba, se ponía el albornoz, volvía atrás y se sentaba en el lecho, que
D'Orminy
había abandonado para dejarse caer sobre un canapé próximo a la ventana—. En el fondo, nos adoran; pues no siendo así, ¿soportarían la molestia de venir a visitarnos cargados de cañones y de tanta buena voluntad? Y todo eso, ¿no le hace percibir a usted la sensación de que anhela suicidarse? —preguntó Grandsailles.

—¡No bromee con estas cosas! —replicó
D'Orminy
—. Nosotros hablamos continuamente de suicidamos, y terminamos por hacerlo. Créalo o no, esta vez ha dado usted en el clavo. Esta mañana experimenté deseos de suicidarme; pero no por efecto de la desesperación, pues, a pesar de todo, no me inspira la situación el pesimismo tan grave que sería necesario para ello. Lo que sucede, es que todo ello ¡va a durar tanto tiempo!… Esta vez, lo que sufrí fue de indolencia, la indolencia de tener que huir, de tropezar contra mil dificultades; en resumen: indolencia por todo y ante todo. Cuando me acerqué al espejo para afeitarme, esta operación que tan estoicamente soporto todas las mañanas, me pareció sobrehumana y fastidiosa, imposible de realizar una vez más. Le juro que dudé un momento sin saber si afeitarme o rebanarme el cuello.

—Y en el acto, decidió usted dejarse la barba —dijo Grandsailles.

—¡Exactamente! —dijo indulgentemente

D’Orminy
mientras se frotaba la barbilla, donde ya negreaban algunos pelos —. Eso es lo primero que debe hacerse si se decide continuar viviendo. Todo puede ser mejorado o enmendado en un pasaporte; pero una barba verdadera necesita tiempo para crecer… Por el momento, esta barba está equilibrada por la contrapartida de mi equipo de polo, que me asegura la posibilidad de vivir en París durante el día de hoy. Mis caballos me necesitan; de otro modo, los alemanes los necesitarían. Mañana, partiré a África. ¿Cuándo irá usted? ¿Cuándo se pondrá en marcha? Mis propiedades cercanas a Casablanca están siempre a su disposición. Mi yate está siempre anclado en las cercanías. Si temiese usted verse mezclado en esa cuestión del opio, todo lo que tendrá que hacer será instalarse en el barco. La casa será para usted como un nuevo hogar. Cécile Goudreau viene conmigo… ¡No olvide que África será la que todo lo decida!

—¡Decidir! —dijo rabiosamente Grandsailles; y en aquella ocasión logró apoderarse del látigo y lo partió en dos.

—¿Qué sucede? —preguntó
D’Orminy,
satisfecho de la agitación que había conseguido despertar en el conde y que lo había abstraído de su aparente apatía—. Claro es: naturalmente, nada está decidido —continuó
D’Orminy
con tono de impaciencia—. En 1918 el mariscal Pétain detuvo a los alemanes en el Somme; esta vez, los ha detenido en París…

—¡Basta de bromas, por favor! —dijo Grandsailles al mismo tiempo que entregaba al príncipe los dos pedazos del látigo.

D'Orminy los colocó sobre la repisa de la chimenea, se quitó de la corbata el alfiler de perlas e intentó volver a situarlo exactamente en su centro en tanto que se mordía la lengua para concentrar mejor la atención. Grandsailles cogió al príncipe de un brazo, aun cuando puso buen cuidado en no perturbarle la realización del acto a que estaba entregado, y esperó a que terminase de acicalarse ante el espejo. Cuando, al fin, el alfiler estuvo colocado en su puesto, Grandsailles dijo:

—Es cierto que tenemos la Marina… y el Ejército Colonial…, a Weigand y a Nogués… ¿Qué hará Darían?

—Es un oportunista —respondió
D'Orminy
—; pero tiene un papel que desempeñar.

—También nosotros —concluyó Grandsailles en voz baja.

Grandsailles se había encaminado ya hacia la puerta exterior y esperaba a
D'Orminy
con la resuelta mirada velada por la emoción. Antes de despedirse, los dos amigos se besaron en ambas mejillas con inesperada fuerza clavando cada uno las uñas en el hombro del otro en un breve apretón, y convinieron encontrarse en África.

Aquella misma noche, la primera de París bajo la ocupación alemana, Grandsailles se entrevistó a las seis y media con Solange de Cléda en la casa de ella, en la calle de Babylone. Y comoquiera que todo en este mundo, aún las horas y las circunstancias, puede ser prolongado y repetido, todo, excepto la muerte, cuya hora está rígidamente señalada, Solange estuvo una vez más dispuesta para aquella visita del conde de Grandsailles, visita que había estado esperando desde el principio de la guerra: ¡casi un año!

¡A través de qué emociones había pasado su corazón entre los extremos de la rebelión y del cariño suplicante! En esa frágil condición que es el estado de los amantes, ¿cómo no se había partido aún el cálido y puro huevo de su generosidad de alma? Si hasta el auxilio más inmediato parece tardío para la persona que lo necesita, ¡cómo debió parecer una eternidad el tiempo que Solange estuvo esperando a que se materializase el que ella anhelaba! Todo lo que necesitaba era que su amor fuese correspondido. Estaba dispuesta a pedir de corazón perdón al conde, sin hacer ningún nuevo llamamiento al arrogante orgullo para que acudiese en defensa de ella, que estaba tiránicamente sometida y deprimida desde todos los puntos de vista. Podría ser oprimida, insultada, ¡sí!, a condición de que Grandsailles no la encontrase ingrata para los beneficios que la sencilla estimación suya podría producirle. Solange, ¡pobre incauta!, no tenía otros resentimientos contra el déspota que aquellos que eran independientes de la voluntad de él: el tiempo excesivamente largo que había tenido que esperar para la celebración del encuentro por causa de las circunstancias que la guerra había impuesto. En el fondo de su gratitud, Solange llegó

hasta a dar gracias al destino una vez más por haberla torturado con la interminable angustia de su espera, pues nada llega demasiado tarde cuando sucede, y ya, por lo menos, las probabilidades de su reconciliación estaban aseguradas por la total renuncia de Solange a todos los residuos de dignidad y de orgullo que todavía la animaban en ocasión de su fracasado encuentro y que en aquella nueva coyuntura podrían comprometer sus esperanzas de éxito. ¡En aquellos momentos, Solange sabía ya cómo silenciar las protestas humanas de su respeto propio y pisotearlas! ¡No más rectitudes, no más defensas, sino solamente una mujer que se da más hermosa que antes, más pura en sus intenciones! ¡Con cuánta elocuencia sabría suplicarle piedad, con qué prodigalidad de gradaciones recalcarían su sincero pesar cada una de las sílabas que pronunciase para disipar las últimas sospechas del rencor de Grandsailles y convertirlas en dulzura! Había acumulado tanta pasión y tanta ternura para aquel instante…

Cuando Grandsailles apretó el botón del timbre de la puerta, Solange no pudo reprimir su ansiedad. Corrió hacia el descansillo y oprimió prietamente la bola de cristal que adornaba la parte alta de la barandilla de ébano. Y escuchó angustiadamente los pasos del conde cuando éste comenzó a subir las escaleras con su paso ondulante que tenía el ritmo de un péndulo cojo. Debió de tardar uno o dos minutos en llegar hasta el segundo piso, hasta que su figura apareció ante la última vuelta de la pared, que tenía un color verdoso e imitaba un mármol brillante en cuyos dibujos y vetas Solange tenía clavada la mirada. Y de este modo detenida, bajo la opaca luz eléctrica que bañaba el lugar, su expectante figura parecía la de una quimera, y su rostro el de una celestial Madonna adherido al equívoco, curvo y semianimal cuerpo de una esfinge.

Grandsailles se presentó vistiendo el uniforme de capitán de Caballería. Semejando no haberse dado cuenta de la presencia de Solange, continuó subiendo al mismo paso que anteriormente hasta que llegó al tramo a cuyo final se encontraba el descansillo en que ella se hallaba. Y allí se detuvo. Solange había dominado un impulso de dirigirse a él, y viendo que Grandsailles rechazaba los gestos amistosos, se retiró hacia atrás y pareció adelgazar y hacerse más liviana al apretarse contra la pared inmediata a la puerta, como si de tal modo le invitase a precederla en dirección al umbral de su

casa.

—*Madame* —dijo Grandsailles sin moverse, como si estuviera pegado al lugar en que se encontraba—, nuestro notario, Pierre Girardin, me dice que ha pedido usted una entrevista de cinco minutos, que será el tiempo que necesitará para aclarar una supuesta incomprensión que exista entre nosotros. Aquí estoy para demostrar lo contrario. No podrá usted hallar ni una sola palabra de justificación… ¡Usted intentó forzarme a casarme con usted! —exclamó Grandsailles, y después añadió con calma—: Mañana por la noche partiré para África.

Los labios de Solange temblaron diversas veces, como si la mujer se dispusiera a hablar; pero permaneció silenciosa en tanto que con un movimiento infinitamente dulce de la cabeza expresaba, como ninguna palabra podría hacerlo, la injusticia y la fatalidad de su infortunio. Si Grandsailles hubiera visto su expresión de aquel momento, acaso… Pero ya no la estaba mirando, sino que tenía la vista fija en la silueta de su sombra, que se proyectaba en la pared opuesta, y estaba esperando solamente que transcurriesen los cinco minutos. Todos los argumentos, todas las súplicas ardientes, todas las palabras que Solange se había repetido día tras día estaban temblando en sus labios; pero nada dijo. ¿Qué objeto tendría? Grandsailles se volvió de espaldas y comenzó a bajar las escaleras. En aquel momento, Solange dio un paso hacia él… Grandsailles se detuvo en seco por un momento. Solange, agarrada a la barandilla de ébano, esperando lo imposible, apenas podía tenerse en pie.

—¡Cuídese!

Esto fue todo lo que dijo.

Cuando Grandsailles se hubo marchado, Solange permaneció durante mucho tiempo en la misma postura, con la mirada fija en la verde imitación de mármol que cubría la pared en aquella última vuelta de la escalera ante la cual el conde había pasado antes de perderse de vista. El rostro de Solange de Cléda parecía haberse serenado; mas si alguien hubiera tenido en aquel momento la curiosidad de acercarse y mirar entre aquellos párpados entornados, se habría aterrorizado, probablemente, al observar que aquellos ojos no tenían vista y que en las separaciones de las pestañas, en lugar de unas pupilas, solamente se veían unas superficies blancas. Y es en los blancos de aquellos ojos, tan lisos como los de las estatuas

ciegas, donde la imaginación de Salvador Dalí desea grabar, inmortalizándolos por ello, al final de este capítulo, la palabra latina «NEMO», que significa «NADA».

V. GUERRA Y TRANSFIGURACIÓN

Al llegar a la villa de
D'Orminy,
cerca de Casablanca, y contemplando el inmenso cuadrado de su blanqueada fachada, Cécile Goudreau había dicho:

—No podría distinguirse si es la lima quien saca el mejor partido posible de la casa, o si es la casa la que saca el mejor partido posible de la luna. ¡Qué bien huelen aquí los jazmines!

Había hecho una profunda aspiración de aire. Era una de esas noches límpidas y fragantes del principio del noviembre norteafricano. Y en ella las más sutiles y paradójicas villanías del más dramático arrastrarse de la política contemporánea habían de luchar, desarrollarse y decidirse. En aquellas latitudes, la propia política había entrado en una fase lunar, una fase de sombras, de penumbra y de fulguraciones en la cual se hacía difícil no confundir la verdadera luz ávida de un rostro amigo con los reflejos apagados de la de un espía o de un traidor; tan vehementes y tan unidos iban el valor, la lealtad y la traición, como el Serapis adorado por los egipcios con su sencilla cabeza animal en que hay tres bocas embutidas —de león, de perro y de zorro— rodeadas por la seductora serpiente de la oportunidad: todo ello de brillante oro sólido, como corona de un solitario trofeo plantado en el corazón del desierto y que proyectaba una sombra melancólica y alargada que se desvanecía en los confines de la arena, una arena reseca y ávida de la nueva sangre de la historia.

Al principio de aquel *intermezzo* africano todo se hizo ambivalente: difícil y fácil, sin que nada fuese imposible. Solamente para poder mover un dedo, se hacía imprescindible poseer todos los poderes en conflicto del mundo, si no de manera explícita, cuando

menos de modo tolerante y condescendiente para con aquel pequeño movimiento. Pero para cualquiera que supiera maniobrar con astucia, flexibilidad y maquiavelismo, la total red, la complicada intriga, aquella lucha de imponderables aparentemente irreductibles podría, por el contrario, transformarse en un mecanismo favorable; y entonces de los intereses contradictorios y simultáneos podría hacerse una palanca potente, maestra y formidable, capaz, como la de Arquímedes, de mover el mundo aplicando sobre ella la sencilla presión del dedo meñique. Pero para hacer esto había que ser un hombre especial, inflexible y fanático en sus decisiones, sospechoso de todo, que no confiase en nadie, que poseyese la ciencia de la provocación, que fuese tan capaz de ocultar los siempre precisos motivos de sus actos como los motivos vagos de sus simpatías, que combinase con los relámpagos de su ira la niebla distante de una elegancia superlativa y borrosa. Este hombre era el conde Hervé de Grandsailles, o él creía serlo, por lo menos, puesto que durante un corto período lo fue efectivamente. Más si Grandsailles poseía hasta un grado superlativo la mayor parte de las facultades requeridas para desarrollar un papel importante en aquel Norte de África de finales de 1941, carecía de una de ellas, de una que era tan importante como cualquiera de las demás: simpatía. Grandsailles triunfó en la tarea de imponerse; pero su falta de simpatía hizo que inmediatamente se derrumbasen los objetivos de sus éxitos, conseguidos con demasiada rapidez.

Grandsailles llegó al Norte de África a principios del mes de noviembre, e inmediatamente estableció su cuartel general en el yate de tres mástiles del príncipe
D'Orminy,
que estaba anclado en una pequeña bahía y no lejos de la costa.

—¡Parece una cosa condenadamente oficial! —exclamó Cécile Goudreau al ver desde las ventanas de su habitación los dos marinos que Grandsailles hizo que montasen guardia en el puente.

Bajo la cubierta, la canonesa de Launay había logrado encontrar un puesto adecuado para cada uno de los hábitos del conde y había instalado todos los objetos familiares en un orden ejemplar al que habían ocupado en el Château de Lamotte o en la casa de la arboleda de castaños del Bois de Boulogne, incluidos los filtros de amor. Y del mismo modo que en Libreux solía ser vista rodeada de

tres o cuatro campesinos y con una rodilla apoyada en tierra y con los brazos cruzados sobre un cesto trenzado en que había un pan rústico, con lo que recordaba una pintura de Le Nain, del mismo modo, era frecuente verla bajo el sol del invierno con un papel sobre la cabeza y rodeada de tres árabes acurrucados sobre las piernas, que iban todos los días a llevarle provisiones y que recordaban uno de los cuadros de Fortuny. Pero si la canonesa siempre despertaba el recuerdo de un cuadro, el conde siempre suscitaba el recuerdo de una persona en un tercer acto de una representación que en París solía ser más o menos raciniana; en África la cortina se hallaba a punto de levantarse ante un sorprendente melodrama.

Desde su llegada a África, el conde de Grandsailles parecía haber rejuvenecido; sus movimientos eran ligeros y rápidos y su cojera había adquirido una gran agilidad para entrar en la yola de embarque o salir de ella, para subir o bajar las blancas escaleras de mármol de la casa de
D'Orminy,
sin apenas rozarlas con las espuelas de sus talones, de níquel brillante, al recorrerlas casi de puntillas. Había adelgazado y comía frugalmente. Sus estallidos de enojo eran enérgicos y breves, como el restallido de un látigo, y su expresión se consumía por el fuego de la ambición. Solamente aparecía por las noches, para cenar en compañía de
D'Orminy
y de Cécile Goudreau, y hacia las diez de la noche el primero solía acompañarlo al yate, donde los dos amigos, uno vestido de uniforme y el otro de paisano, acostumbraban permanecer hasta las tres de la mañana en profunda conspiración. Ésta era también la hora reservada para los visitantes más sospechosos.
D'Orminy,
cuyos conocimientos de las leyes eran muy superiores a los del conde, que casi eran inexistentes, solía ayudar al conde a desenmarañar y resolver las complicadas cuestiones con que repentinamente se enfrentaba y las cuales ni siquiera llegaba a entender. Y siempre se representaba de nuevo la misma escena.

—¡No necesito saber nada acerca de las leyes! —Resoplaba el conde—. ¡Lo sé todo! ¡Tengo tres mil años de experiencia! ¡Soy tan

viejo como el mundo!

D'Orminy solía estallar en una risa fría que brotaba a través de sus amarillentos dientes y, antes de marchar a acostarse, dejaba todos los documentos en orden sobre la mesa del conde, preparados de modo que este último pudiera utilizarlos a la mañana siguiente para el desarrollo de sus planes. Es cierto que el uso que Grandsailles solía hacer de tales documentos a la mañana siguiente era singular e inesperado en la mayoría de las ocasiones. Pues, de acuerdo con él y dicho de este modo para utilizar sus propias palabras, no existe en el mando ley alguna que, en manos de un «carácter fuerte», no pueda utilizarse sin distorsiones o deformaciones con finalidades exactamente opuestas a las que motivaron su creación. Esta facultad esencialmente maquiavélica que le era peculiar para transformar todas las cosas, aún las más adversas, y adaptarlas a su propio gusto y uso, era denominada por Grandsailles el «toque de gracia», el «talismán de Maquiavelo». Y la sonrisa del conde, que él reputaba como la más mordaz de que es capaz el hombre, le permitía en sus momentos de éxito ocultar su satisfacción y hacer que su rostro tuviese una expresión de seriedad.

Grandsailles había recibido de Vichy una misión especial: negociar un aumento de importaciones del Norte de África, especialmente de azúcar y algodón; a este respecto, la ayuda del señor Édouard Cordier, que se había quedado en Francia, era de un valor inestimable y le permitía representar a los industriales más fuertes, tanto desde el punto de vista material como del moral. Todo esto le dotó de una súbita importancia en regiones que jamás habría podido sospechar; pero el conde consideró esta nueva fuerza como un medio de realizar sus intrigas políticas de un modo más eficaz. Llegó un momento en que, tanto para triunfar en la misión que le servía de tapadera como para poder continuar el desarrollo de sus actividades ocultas, las circunstancias exigieron que fuese a Malta. El conde apenas pudo contener su furor cuando
D’Orminy
comenzó a enumerar las insalvables dificultades que parecían reposar en el camino de su viaje.

—Ante todo —dijo
D’Orminy
— hemos de tener en cuenta la cuestión de cómo hacer el viaje:

tendrá usted que encontrar un aeroplano, y pilotos, y…

—¡Usted podrá llevarme! —estalló el conde ligeramente amedrentado y con el rostro vuelto en otra dirección, como si pretendiera rehuir el maloliente aliento del príncipe e intentando al mismo tiempo despertar en
D'Orminy
una impresión de inferioridad. Y continuó severamente—: De otro modo, ¿de qué le serviría ser piloto desde hace diez años y tener rango de teniente?

—Ya no estoy en servicio activo. Y mi aeroplano ya no está a mi disposición —replicó
D'Orminy.

—¿Conserva usted su uniforme? —preguntó Grandsailles.

—Examinaremos la cuestión más adelante; pero no creo que pueda llevarle a usted.

En tanto que hablaba,
D'Orminy
se había alejado del conde y había terminado por sentarse con dificultad, como si padeciera algún dolor, tras la mesa de Grandsailles.

—El tiempo es bueno —dijo Grandsailles, que se había acercado al tragaluz.

La luna le iluminó el rostro, y el cabello, que comenzaba a volvérsele gris, fue plateado por sus rayos.

—Le he visto durante un momento tal como será cuando envejezca —dijo
D'Orminy
al mismo tiempo que lo miraba cariñosamente—. Apenas cambiará usted. Y lo poco que cambie, será en un sentido favorable.

Grandsailles no contestó. Estaba pensando: «Te permitiré admirarme durante algunos momentos más, después de lo cual te denostaré. Estás en el estado de ánimo necesario, excepcionalmente afectuoso y cariñoso. Tienes lástima de ti mismo porque crees que morirás pronto e imaginas que yo sobreviviré a todo. Hasta estás sentimental. De modo que éste es el momento adecuado para acometerte implacablemente con el fin de despertar tu espíritu para la acción, para agitarte hasta en tus mayores profundidades, para dar cuerda a todos los resortes de energía, de manera que tu

completo tesoro de recursos caiga a mis pies y te allanes ante mis deseos…, te allanes como una alfombra». Luego, imaginando a D'Orminy convertido en una alfombra volante que lo llevase a Malta, no pudo reprimir una sonrisa; pero, después de trocarla en otra de desdén, rompió su largo silencio y dijo, en tono duro:

—Un espíritu verdaderamente valiente no se entregaría en las circunstancias presentes a reflexiones de tipo personal del género de las que ahora se han presentado a su imaginación. Su complejo suicida carece de interés para la Historia. Cuando hace unos momentos habló de mi vejez, estaba pensando sólo en usted mismo. Le estimo; mas su muerte me dejaría indiferente. Por lo menos, esa muerte me evitaría el trabajo de tener que oír sus pestilentes secretos. No sé si alguien se lo habrá dicho ya: debería cuidarse la dentadura.

D'Orminy se puso en pie y salió.

«Bien —dijo Grandsailles para sí—; ahora irá a llorar por todo esto, como un chiquillo, con Cécile Goudreau. Pero habré de ponerme en contacto con él antes de que comience a fumar opio».

Sus dientes, deslumbrantes como blancas gardenias, resplandecieron bajo la luz de la lima. Y el conde pensó: «Tal vez he ido demasiado lejos, pero puedo solucionarlo en la carta».

Y se sentó a la mesa y escribió de corrido:

Querido príncipe: Lamento profundamente mi insolencia de hace unos momentos. Pocas personas dudarán menos que yo de su valor mortal y de su patriótica devoción. He sido injusto; pero cuando sepa usted lo muy importante que para mí es el viaje a Malta, ese conocimiento le explicará el estado de mis nervios mucho mejor que podrían hacerlo mis excusas. Le espero inmediatamente. El tiempo apremia, y por esta razón solamente invoco la amistad de su amigo,

HERVÉ DE GRANDSAILLES

Cuando el príncipe D'Orminy volvió, besó fríamente al conde en una mejilla y se sentó una vez

más. Este último se desconcertó, pues, al mirar a hurtadillas al príncipe, vio claramente que no había llorado, al contrario de lo que esperaba que hubiera sucedido. El estado de ánimo del príncipe, a pesar de su actitud de reserva, parecía tan favorable como pudiera haberse deseado, puesto que fue él quien inmediatamente comenzó a hablar de Malta.

—No intento desanimarle, en modo alguno —comenzó diciendo —; pero para lograr sus deseos necesitará el permiso, tácito o explícito, de cinco naciones. Todas ellas deben ser informadas de su marcha; todas ellas están, más o menos, en pie de guerra, si no efectivamente en guerra. La misión de usted podría no ser considerada favorable por alguna de ellas.

—No es solamente eso —dijo Grandsailles, que saboreaba la complejidad del caso—; mi misión precisará de la colaboración de todos… ¿Sabe usted lo que constituye la fuerza de un hombre de Estado? Es exactamente lo contrario de lo que la gente supone. En lugar de dividir más a los que ya son enemigos suyos, el hombre de Estado debe unirlos en una suerte cualquiera de colaboración. Dos enemigos a quienes se fuerza a estrecharse las manos para que procedan al ataque, están derrotados desde los primeros momentos; su colaboración los reducirá a la impotencia. Pero dejemos por hoy de perdernos en especulaciones referentes a la teoría de la acción — concluyó mientras exhalaba un suspiro.

—Me he limitado a escucharle y a someterme a los severos principios de su acción política —respondió indulgentemente D'Orminy.

—Entonces, ¿quiere tomar unas notas? Le dictaré la norma que deberá adoptarse para tratar con las diversas potencias, y luego veremos quiénes son los individuos más calificados para comunicarles mis aspiraciones, ya sea oficial o confidencialmente.

D'Orminy desenvolvió una lista que había estado manoseando desde su llegada.

—Anotaré todo en esta lista —dijo—. Oiga: en el caso de Inglaterra, habrá usted de ponerse en contacto con la Junta de Economía de Guerra.

—Usted sabe que me estoy haciendo anglófilo y que los ingleses son los únicos que lo saben.

—No hay necesidad de decirlo —comentó

D’Orminy;
y viendo que Grandsailles lo miraba dubitativamente, añadió—: Usted sabe que mis sentimientos respecto a los ingleses son exactamente los mismos de usted.

—¿De qué modo reaccionarán ante esto los ingleses?

—Permitirán que los norteamericanos hagan las cosas a su manera —respondió el príncipe.

—Y ¿qué departamento norteamericano debemos esperar que intervenga? —preguntó Grandsailles.

—El Departamento de Estado y los observadores americanos del Norte de África.

—Nada podría ser más sencillo —dijo Grandsailles—. Norteamérica necesita sus observadores para observar y necesita observar para tener sus observadores. Por esta causa, voy a proporcionarles la ocasión de observar y resolver el caso Grandsailles, un verdadero caso de prueba por medio del cual se hallarán en condiciones de orientar su política futura.

—Si les interesa observar, no podrán encontrar nada más interesante que usted —dijo
D’Orminy.

—La línea de conducta que debemos seguir no presenta grandes dificultades —continuó Grandsailles, fingiendo no haber oído—. Alguien tendrá que encargarse de la misión de anunciar mi viaje a Malta, mi viaje «secreto», con titulares grandes y vocingleros, como si se tratase de una comedia del Broadway. —Y al ver que
D’Orminy
escribía velozmente, como si tomase nota de todas estas palabras, le interrumpió diciendo—: No anote nada de todo esto. Escriba solamente la palabra «teatro».

—Comediante —dijo
D’Orminy.

El modo como el príncipe pronunció este vocablo hizo que Grandsailles se sobrecogiese. Luego,
D’Orminy
continuó liviana y amargamente:

—¿Cree que cuando me ofendió, hace un rato, no comprendí que usted estaba representando una comedia intencionadamente y destinada a lograr que permaneciese aquí hasta las cuatro de la

madrugada de modo que a tal hora comenzase a ir de un lado para otro para solucionar la cuestión de su viaje a Malta? ¡Le conozco a usted muy bien ahora! ¡Y es una cosa pintoresca! Por muy odioso que usted se haga, de todos modos, continúa siendo fascinador. Compréndalo: no temo hablarle del mismo modo que lo hace su amante. Pero no podrá usted tratarme como trata a sus amantes sin correr el riesgo de convertirme en enemigo suyo.

Grandsailles no contestó porque comprendía a través del tono inflexible de
D'Orminy
que una disputa entre ambos, en aquellos momentos, podría resultar irreparable. El príncipe se sintió agradecido por ello.

—Como ve —dijo—, aun cuando no haya triunfado en su propósito de engañarme, por lo menos ha logrado dos cosas, una de las cuales es la que usted deseaba y la otra una cuestión indiferente para usted. La primera —puesto que usted sabe que todo lo que quiera habrá de cumplirse— es haber ganado mi apoyo incondicional para la realización de sus proyectos; la segunda es que me ha herido usted profundamente… ¡De qué modo se ha adherido a mí el olor de la muerte casi desde mis días de infancia!

Grandsailles puso una mano en el hombro de
D'Orminy,
y de la estrella de capitán de su manga colgó temblorosamente una hebra dorada.
D'Orminy
le retiró la mano y, con voz de diferente tono, volvió a hablar del tema de la futura misión de Malta.

—Respecto a los alemanes —dijo—, tendremos que tratar con el Comité de Armisticio.

Grandsailles comenzó a recorrer la cabina.

—Es una cuestión sencilla en lo que se relaciona con los alemanes, que habrán de especular sobre la necesidad de fortalecer al Gobierno de Pétain.

—Y con la necesidad de prevenir una revuelta árabe —*añadió*
D'Orminy.

—Sí, eso es muy importante. Creo que tengo a mi alcance los medios de fomentar una pequeña sublevación árabe que podamos dominar. Mañana por la noche iré a ver a Brousillon, el profesor

comunista.

—Los árabes no se agitarán todavía —dijo D'Orminy.

—He dicho una «pequeña revuelta». Brousillon me ha prometido provocar desórdenes en los mercados tunecinos el día que los necesitemos…

—Pero, aparte de los alemanes, tendremos que tratar también con los franceses. En ese caso, habrá que hacerlo con la Embajada y con las autoridades del norte de África.

—Todo esto —dijo Grandsailles— parece una paradoja, pero Francia va a resultar el hueso más duro. ¿Cómo voy a convencerla de que voy a hacerme cargo de la misión que me ha confiado con el propósito de cumplirla? ¡Esto presenta un aspecto excesivamente sencillo! Y ¿los españoles?

—Yo me encargaré de ellos —dijo el príncipe—. Estoy en las mejores relaciones del mando con ellos, y solamente tendremos necesidad de invocar una palabra: «orden».

—De modo —dijo Grandsailles a modo de resumen— que vamos a poder presentar mi misión de una manera tal, que todas las potencias se muestren favorables a su cumplimiento en tanto que todas fingirán no hallarse bien informadas de mis actividades. —Cayó en un meditativo silencio, y después, añadió—: La guerra, en un último análisis, es un estado de cosas en el cual todas las partes están de acuerdo, aun cuando luchen, en tanto que la paz es otro estado de cosas en el cual todas las partes están en desacuerdo, aun cuando no luchen. Son dos fases diferentes de la vida política. Y… ¿qué he hecho de mi peine? He debido de dejarlo en su casa… ¡Anoche lo tenía!

A medida que se iba viendo asediado por las dificultades, Grandsailles se hacía más y más caprichoso, como una mujer encinta; y en aquellos momentos, el reprimido enojo de poco tiempo antes en su conversación con el príncipe parecía hallarse a punto de estallar si se juzgaba por la inquina de que sus ojos estaban inyectados.

—Todo puedo soportarlo —continuó diciendo rabiosamente—. Puedo vivir sin las cosas más esenciales; pero debo poder partirme el cabello en una línea absolutamente recta y con un peine de metal.

—Un peine frío —dijo
D'Orminy
al mismo tiempo que le dirigía una sonrisa, como si Grandsailles fuera un chiquillo que sufriera pataletas.

Grandsailles se calmó.

—Sin embargo, es verdad —añadió—; con el cabello matemáticamente peinado y con los zapatos limpios dos veces diarias…, con estos dos ritos cumplidos, me encuentro como si todas las manchas de la duda y del remordimiento fuesen borradas como por efecto de un lavado y se desvaneciesen de mi alma. Y me siento nuevamente puro y digno de ponerme en comunicación con la acción.

—Lo peor de todo es que es cierto lo que dice —dijo
D'Orminy
al tiempo que se levantaba para retirarse—. No olvide que he preparado para mañana por la mañana su entrevista con su nueva víctima: el señor Fouseret.

A la mañana siguiente, si bien comenzó haciendo unas cuantas llamadas telefónicas con el fin de preparar el terreno para el cumplimiento de su misión en favor de Vichy, el conde de Grandsailles iniciaba con no menos celo y con actividad no menor las negociaciones subterráneas necesarias que habrían de garantizarle la obtención del segundo y principal objeto de su viaje a Malta: es decir, el de conspirar contra Vichy en prosecución de la actividad revolucionaria que había emprendido antes de abandonar París, cuya finalidad era la organización de las futuras fuerzas de resistencia contra el invasor. De este modo, intentaba aumentar su prestigio oficial ante aquellos que le habían confiado tal misión, y hacía todos los esfuerzos posibles por coronarla con un triunfo personal. Y, por otra parte, preparaba una guerra despiadada entre los mismos a quienes servía, con lo que traicionaba a sus superiores jerárquicos, que habían puesto su confianza y sus esperanzas en la devoción de él. Para triunfar en la misión en favor de Vichy, todo lo que necesitaba era la ayuda personal e incondicional del príncipe
D'Orminy.
El príncipe, cuya posición política estaba próxima al centro, tenía

una gran influencia en las esferas oficiales más diversas y podía considerar que todas las puertas estaban abiertas para él. Pero, con el fin de dominar la situación en su nuevo papel de aprendiz de conspirador, era indispensable que estableciese contacto con los extremos, es decir, con los monárquicos por una parte y con los comunistas por otra. ¿Cómo podría obtener simultáneamente el apoyo de ambos? Esto había constituido casi exclusivamente su obsesión por espacio de dos semanas.

Por un lado, Grandsailles había fingido un vago interés por un complot monárquico con el fin de obtener la confianza de Fouseret, monárquico activo y hombre de talento que intentaba crear en el norte de África una táctica de inteligencia política directa con Inglaterra y Norteamérica. Y al mismo tiempo, el conde había establecido contacto con el profesor comunista Brousillon, de quien se decía que se hallaba en relación con los treinta diputados comunistas prisioneros en París y que conocía los caminos tortuosos de la ilegalidad. Cuando Grandsailles creyó haber obtenido datos suficientes sobre Brousillon y Fouseret, decidió recurrir a la utilización de la misma táctica que el día anterior había empleado con
D'Orminy:
encolerizarse repentinamente y romper con ellos. Más cándidos que el príncipe y desconocedores del carácter del conde, quedarían inevitablemente desconcertados por su añagaza. Creyendo que estaba madura la ocasión de ganar la confianza de sus víctimas, Grandsailles calculó con sorprendente precisión y extrema doblez el momento en que debería hacer una exhibición de cólera.

«Me enfureceré con Fouseret —se dijo para sus adentros— en cuanto pronuncie la palabra "Hasta la vista". A Brousillon le enseñaré dónde queda la puerta en cuanto articule "Sabotaje"».

Todo sucedió exactamente como Grandsailles había previsto. Cuando el temor a una posible denuncia hubiera alterado el sueño de los dos extremistas, la estratagema del conde sería muy sencilla: consistiría en provocar a Fouseret y Brousillon para que unieran sus fuerzas, como harían inevitablemente, contra él, que era su enemigo común; después, detendría esta conspiración en el momento oportuno y se reconciliaría con sus dos enemigos, quienes, siendo enemigos mutuos, estarían desde aquel momento atados y

amordazados por sus compromisos propios. De este modo, Fouseret viviría con el temor a ser traicionado por Brousillon y, del mismo modo, este último con el temor a ser traicionado por Fouseret. Conociendo su secreto común, el conde podría mantener a ambos adictos a él, podría manejarlos a su voluntad, estimular sus pasiones, excitar sus ambiciones, y hacer de ellos sus cómplices involuntarios y simultáneamente atados al carro maquiavélico de sus proyectos.

«No, no es tan inteligente como todo eso —se dijo Grandsailles, mientras reflexionaba sobre su plan—, pero así he conseguido siempre nadar y guardar la ropa».

Ciertamente, el príncipe
D'Orminy
había dicho la verdad: los métodos de acción política del conde apenas diferían de aquellos que utilizaba cuando tropezaba con la hostilidad de sus amantes. Provocando una confidencia de celos comunes o aún de odio entre dos de ellas, siempre se aseguraba su ascendencia sobre ambas. ¡Fouseret y Brousillon iban a conducirse uno con relación al otro y los dos con relación a él lo mismo que dos amantes celosas! Cuando Grandsailles creyó que la unión de Fouseret y Brousillon contra él estaba madura, decidió ver a los dos el mismo día y separadamente.

Uno de los marinos acompañó a *Monsieur* Fouseret a la cabina del conde para que se celebrase la premeditada escena de la reconciliación. Fouseret entró, se inclinó respetuosamente ante el conde, y Grandsailles, poniéndose en pie, le hizo un saludo militar y le indicó que se sentase.

Fouseret era uno de esos hombres que tienen mal colocadas las mejillas, en cuyos irregulares contornos geográficos un color de celuloide rojo nacía y se extendía casi hasta las mandíbulas, en tanto que los huesos de las mejillas, de las que tal color era propio, eran muy pálidos. La excitación del momento había exagerado aún más este contraste: las manchas rayadas de púrpura de su rostro se destacaban chillonamente mientras que la parte superior de las mejillas, de las cuales se había retirado toda la sangre, presentaba una amarillenta lividez a través de la cual parecía verse el hueso. Estaba vestido con un traje blanco y camisa azul y tenía el cabello rojo. Del mismo modo que podía advertirse que era inteligente,

rápido y osado, lo que se observaba por las tres arrugas, profundas como flechas convergentes, que señalaban a las comisuras exteriores de sus ojos y que nacían de las sienes, del mismo modo su rostro plano, como si estuviera aplastado contra una hoja de cristal, estaba marcado por la estampa de la simetría, que hace que la morfología facial de los predestinados a muerte violenta sea tan inconfundiblemente característica.

La actitud escudriñadora y perspicaz de Fouseret hizo que Grandsailles se sintiera momentáneamente intimidado y se pusiese en guardia. Y se dijo: «Andémonos con cuidado. Ésta es un ave de rapiña». Esto le obligó a hacer un esfuerzo para sobreponerse a sí mismo; y el modo como condujo la situación fue verdaderamente magistral. En primer lugar, el conde volvió a sentarse, se apretó los párpados con las manos, se enjugó después los ojos con el pañuelo, dejó que su mirada vagase por el horizonte que se veía a través de la abertura de la puerta.

—He estado meditando sobre la situación —dijo—. Creo en la lealtad de usted. Después de nuestra última entrevista, podría haber ordenado que lo detuviesen. Aunque no lo haya hecho, los proyectos de usted continúan dependiendo de mi discreción, en la cual no tiene usted razones para confiar. Después de aquella escena, podría haber intentado deshacerse de mí, conspirar en contra mía. Tengo pruebas de que se abstuvo de hacerlo. De otro modo, ahora no estaría usted aquí. —Sonrió, y luego continuó—: Ahora nada tiene usted que temer…, sino todo lo contrario. La situación de Francia se ha agravado, y me he visto obligado a revisar ciertas nociones legales que están profundamente arraigadas en mi ánimo desde hace siglos. —Al llegar a este punto, exhaló un suspiro, como si hubiera tenido que arrancarse dolorosamente esta confesión—. Bien; permítame explicarlo de este modo: no apruebo, pero ya no condeno los actos políticos de violencia.

Y al decir esto tendió una mano a Fouseret. Éste la aceptó y comprimió los labios prietamente; y cuando los separó los tenía tan blancos como un papel.

—Francia —dijo dramáticamente— le estará agradecida siempre por esto.

Grandsailles continuó en tono más tranquilo y que semejaba más distante:

—Jamás participaré directamente en actos de esa naturaleza… Pero sabré cerrar los ojos ante todo. —Luego, repentinamente, asumió la actitud de una persona que diese órdenes—. A cambio de esto, necesito que me acompañe usted a Malta. Viajará usted conmigo en calidad de secretario. Entretanto, deberá usted obtener el apoyo de su partido para ciertas negociaciones con los ingleses. Mañana será informado de la hora de nuestra partida.

Fouseret parecía haber quedado pegado a la pared, como si se hallase abrumado por la avalancha de demandas del conde, a las cuales creía que no podría negarse…

—Tengo un miedo horrible a viajar en aeroplano… Es un miedo patológico para mí… —dijo suplicante; tenía la frente cubierta de sudor.

—¡No nos metamos en cuestiones de gusto personal! Es posible que no le agrade volar, pero sabe bien que yo, por mi parte, no tengo el anhelo imperioso de arrastrarme por el terreno, más o menos criminal, de los asesinatos políticos.

—Eso ¡para el correo del rey! —dijo Grandsailles para sí al ver que, al fin, se marchaba Fouseret, cuyo traje blanco se destacaba ante el azul del cielo, con los dos brazos extendidos rígidamente… como una heráldica flor de lis.

Fiada el final de la tarde del mismo día, el cielo cubierto de nubes adquirió una coloración escarlata.

—Cielo rojo… O lluvia o viento —dijo la canonesa al llevar al conde una taza de humeante chocolate.

Grandsailles, que estaba esperando a Brousillon, se quemó la lengua en el hirviente chocolate; y esto unido al descenso de la columna barométrica, anuncio de la próxima tormenta, hizo que el conde se colocase un puño apretadamente sobre la mejilla para amortiguar la picante sensación de la antigua cicatriz.

Exactamente a la hora de la cita, Brousillon fue acompañado por un marinero. Brousillon se dirigió en dirección al conde, cayó dramáticamente arrodillado ante él y con lágrimas en los ojos le suplicó que interviniese en favor de dos estudiantes comunistas que habían sido recientemente condenados a muerte.

Brousillon era uno de esos personajes desacreditados que pueden

ser hallados en las fronteras de todos los movimientos revolucionarios. Indisciplinado, sin escrúpulos, vengativo y anarquista de corazón, había sido aislado del cuerpo del partido, del que se hallaba desde hacía mucho tiempo a punto de ser expulsado. Después de perder su posición respecto a la dirección, se había convertido en el cabecilla de un grupo de disidentes y conseguía mantener una sombra de autoridad sólo por virtud de las circunstancias. Si había sido capaz de presentarse falsamente ante Grandsailles como un comunista responsable, esto era debido a que Brousillon era la encamación misma de todos los prejuicios aristocráticos.

Brousillon tenía una cabeza grande, monstruosa, llena de chichones, igual que un saco de patatas. Su piel, curtida por el tiempo, estaba cubierta de una epidermis áspera, ordinaria, cuyos profundos poros parecían como examinados a través de una lupa de tan grandes que eran. Los cabellos de su cabeza, así como los cabellos grises y duros de su barba, su bigote, su nariz y sus oídos crecían exuberantemente y producían la impresión de que las patatas que llenaban su rostro se hubieran cubierto súbitamente de cerdas y de que estas cerdas atravesaban el espeso saco de su piel y brotaban en todas las direcciones posibles. Unos anteojos bordeados delicadamente de oro y unas manos que eran aún más delicadas, casi femeninas, modificaban su simiesca y basta apariencia y le concedían un carácter servil, casi decadente, que descubría sus vicios intelectuales.

Arrodillado y con la cabeza inclinada, esperó la respuesta del conde. Grandsailles tomó cautamente un sorbo de chocolate. Luego, con un tono de voz aburrido e inflexible, dijo:

—¡Levántese! Nada concedo por esos medios. Sus súplicas me aturden. No es usted un pingajo, sino que tiene una espina dorsal; y si le he mandado llamar ha sido con la esperanza de *obtener su leal colaboración*. Lamento tener que decirle *que* le necesito precisamente en el momento en que se encuentra en esa postura.

Brousillon se puso estupefactamente en pie.

—La situación de Francia se ha agravado —continuó diciendo el conde en el mismo tono con que había dicho las mismas palabras a Fouseret aquella mañana. Luego, exclamó—: ¡Las horas nos apremian y se convierten en horas de acción! ¡Sí! ¡Cien veces, sí! Ya

no retrocedo al oír la palabra «sabotaje», la palabra que despertó mi indignación y que provocó nuestro apartamiento.

Y al decir estas palabras, tendió una mano a Brousillon, que la agarró con una emoción profunda y sincera y que apenas acertó a reprimir el impulso que le forzaba a arrojarse nuevamente de rodillas a los pies del conde.

—Ahora, hablemos rápidamente. Solamente dispongo de cinco minutos para conversar con usted —dijo Grandsailles. Sin sentarse, para evitar que Brousillon lo hiciera también y con el fin de impedir que la entrevista tuviera caracteres de intimidad, el conde llevó la conversación a los términos estrictos de las transacciones y continuó —: Hoy no tiene usted por qué tener temor a pedirme lo que veladamente insinuó en nuestra última entrevista. Queda concedido de antemano. A cambio, lo único que pido es una revuelta árabe que deberá producirse dentro del plazo de cuarenta y ocho horas.

—Tendrá usted su revuelta árabe —dijo sencillamente Brousillon —; pero podría costar aquí la vida a varios comunistas. En consecuencia, le pido que me indique el nombre de alguna persona que se halle en Francia y que responda de la palabra de usted en todas las circunstancias y hasta las últimas consecuencias.

Grandsailles pensó inmediatamente en Pierre Girardin, mas dudó durante unos cortos segundos. Sabía que aquel Brousillon que unos momentos antes se había humillado ante él, implorante, le pedía explícitamente una vida como prenda de su buena fe. La revuelta árabe era cara: el conde quería demasiado a Girardin.

—Dígame antes algo acerca de esto: tengo en Francia personas devotas que están deseosas de ofrecer sus vidas para obedecer mis órdenes, pero no esclavos a quienes pueda entregar a los comunistas para que ejerzan represalias en el caso de que fracasen en la misión que se les ha encomendado o aun en el caso de que cometan errores importantes al ejecutarla. Habrá de aceptar usted sin dudas ni vacilaciones la honorabilidad de la persona que yo cite.

—Queda entendido —respondió un poco desganadamente Brousillon; y añadió—: Usted conoce el vasto plan para la industrialización de Libreux, que fue puesto en marcha tan pronto como el Gobierno decidió la descentralización de las industrias de guerra.

—He sido indirectamente informado de esa cuestión, aun

cuando en realidad no he vuelto a mis propiedades de Libreux desde el comienzo de la guerra —dijo Grandsailles—; pero he seguido el curso de la cuestión a través de Londres, pues son los ingleses quienes han desarrollado esos proyectos de industralización.

—¡Necesitamos los planos! —dijo Brousillon—. Si lográramos volar las tres represas interiores de que depende la fuerza eléctrica, habríamos realizado un acto histórico de sabotaje.

Se produjo un largo silencio.

«¡Sabotaje histórico! —pensó el conde para sus adentros—. Menuda degradación de toda una época». La palabra *sabotaje* le parecía casi tan fea y tan repulsiva como la palabra *radiodifusión*, que era la que más detestaba de todas cuantas han brotado en la época moderna. Pero, repentinamente, esta odiosa palabra destinada a purificar y limpiar de la infección mecánica de la industrialización a su querida llanura, sonó en sus vengativos oídos como un clarinete de redención. Pues la culminación del deshonor era que aquella infección del progreso florecía bajo los cuidados del invasor. ¡Sabotaje! Y vio el conglomerado de las cinco fábricas: cemento, caucho, cables, esqueletos de rieles, remolinos de ruedas y bloques de hierro fundido, todo volado por el relámpago de la explosión. ¡Sabotaje! Y, al fin, los mirtos y las madreselvas podrían volver a desarrollarse en el mismo lugar en que habían florecido por espacio de tres mil años y curar las cicatrices de la tierra mutilada con su perenne verdor. ¡Sabotaje! Y los caracoles podrían nuevamente arrastrarse sobre los lomos de las mismas piedras, las piedras que permanecían en el mismo sitio desde la época de los romanos…

Girardin se le presentaba en aquellos momentos como el hombre escogido por el destino, pues no sólo poseía todos los informes necesarios, sino que, además, obedeciendo órdenes suyas, había acertado a guardar en el viejo arcón familiar las copias y los duplicados de los planos de la industrialización de Libreux cuando los alemanes ordenaron que toda la documentación existente respecto a esta cuestión fuese entregada, so pena de muerte, a las autoridades. De este modo, resultaba que su notario, Pierre Girardin, uno de los espíritus más conservadores y tradicionalistas de Francia, era el designado para facilitar la comisión de uno de los

más sensacionales actos de sabotaje de esta época de heroica resistencia contra el invasor, resistencia que ya había comenzado a germinar confusamente.

—Conozco a la persona que tiene en su poder las copias de todos esos planos —dijo al fin el conde—. Y esta persona las entregará como respuesta a mis instrucciones. ¡No! —exclamó el propio Grandsailles anticipándose a la pregunta que Brousillon se disponía a formular—. Hablaremos de los sabotajes de usted a mi regreso de Malta. Entonces, espero que la revuelta árabe que usted me ha prometido habrá derramado toda su sangre, incluida la de la represión. En lo que a mí respecta, no quiero que queden las huellas. ¡Dispone usted de diez días en total!

Cuando Brousillon se hubo marchado, Grandsailles permaneció durante unos momentos apoyado en el mamparo y repasando imaginativamente los resultados de la actividad del día. Le había sido entregado poco antes un mensaje del príncipe
D'Orminy
en el cual este último le daba cuenta detallada de los progresos del día, con excepción de lo que se relacionaba con el pilotaje del aeroplano. Por su parte, el conde había logrado plenamente lo que se proponía y pensaba que Fouseret y Brousillon estaban irrevocablemente comprometidos en sus azarosos proyectos. Ambos habían sido tan débiles que merecían, en el caso de que hubiera necesidad de hacerlo, ser destruidos, sacrificados por «todo eso». Después, pensó tiernamente en Girardin. Y le entrevió en pie, a gran distancia en el patio del Château de Lamotte, con la calva cabeza brillante bajo el sol como una bola de billar. Pero era una cabeza diminuta como una píldora de vitaminas, como uno de esos cuadros melancólicos que se ven a través de unos gemelos puestos al revés. «Por nada del mundo quisiera que los alemanes acabaran matándolo», se dijo mientras suspiraba. Luego, entrevió, como hileras de figuras de Cristo en marfil bruñido, los dientes desiguales y deteriorados del príncipe
D'Orminy,
a quien tan cruelmente había maltratado en la noche anterior… y que en la actualidad le era tan adicto.

Grandsailles intentó resumir sus combinadas visiones en un sentimiento general de piedad; mas no acertando a exaltar su

espíritu de este modo, experimentó un irreprimible estremecimiento de alegría que corría por todo su cuerpo; y al reflexionar de modo pesimista que el amor del hombre por la fuerza es ilimitado, comprobó que estaba tan hambriento como un lobo. Había remado personalmente hasta la playa para cenar en compañía de Cécile Goudreau y del príncipe
D'Orminy.
Inmediatamente se dio cuenta de la extraña actitud de Cécile, y sus sospechas fueron confirmadas cuando observó el tono sobresaltado en que Cécile dijo:

—Podemos sentarnos para cenar.
D'Orminy
no nos acompañará.

—¿Qué sucede? —preguntó Grandsailles.

—Ha estado trabajando para usted durante todo el bendito día… Está agotado… Pero lo peor de todo es que ya ha realizado su último vuelo. Se le ha prohibido definitivamente volar… Compréndalo —continuó Cécile Goudreau con un intento de suavizar su severo, casi rencoroso tono, fundiendo con él un poco de humor—, comprenda el género de vida que siempre ha llevado
D'Orminy,
los excesos que ha realizado, especialmente su amor por los deportes… No hay nada peor que todo eso para la salud. El polo, la aviación…, todas esas cosas pueden arruinar a la larga la constitución más fuerte y afectar el corazón. ¡Afortunadamente, el opio le ha ayudado a conservarse! Ha sufrido una especie de ataque…

—¡Idiota! —Gruñó Grandsailles, que ya no escuchaba a Cécile y se hallaba a punto de estallar—. ¿Qué necesidad tenía de volar hoy? ¡Sabía perfectamente bien que yo le necesitaba ahora, que le necesitaba imperiosamente, que mi misión en Malta depende en gran parte de su actividad!

—Bien, querido —estalló indignadamente Cécile en tanto que estrujaba la servilleta y olvidaba comer—. Ha sido precisamente por usted por quien ha volado y por quien ha sufrido la decepción más amarga de toda su vida, porque estaba empeñado en conducir el aeroplano que había de llevarle a usted a Malta. —Y Cécile miró a Grandsailles directamente a los ojos—. La guerra le está haciendo a

usted terriblemente ciego e ingrato para aquellos que le son fieles —añadió en actitud de amargo reproche—. Lo comprenderá usted mejor…, lo comprenderá cuando nos hayamos ausentado.

—¿Se va usted con
D'Orminy
a América? ¿No es así? ¿Por qué me lo han ocultado? ¡Debería haberlo adivinado! —dijo Grandsailles.

No arrugó el entrecejo, y su voz se tiñó de indulgencia y de un melancólico desdén.

—Sí, querido.
D'Orminy
me llevará a América dentro de nueve días. No somos gente de acción, y preferimos vivir en una nación amiga antes que bajo un régimen que a cada día que pasa se hace más parecido al del invasor, donde hasta la conspiración establece contacto con la traición y hasta se hace a veces indistinguible de ella. ¡Es inexpresable lo que han hecho con los judíos! ¡De este modo, usted podrá quedarse aquí, rodeado solamente de sus enemigos, y destinarles sus satisfactorias precauciones y sus sutilezas psicológicas!

Grandsailles, que había devorado rápidamente una langosta hervida, se levantó fríamente de la mesa sin esperar a que Cécile Goudreau terminase. Y, considerando terminada su cena, se disponía a partir.

—Lamento mucho tener que dejarla —dijo— y lamento también que juzgase usted oportuno dar principio a esta desavenencia, la primera que hemos tenido.

Cécile Goudreau se levantó a su vez.

—No he iniciado en beneficio propio esta desavenencia —dijo furiosamente—, sino en favor del príncipe. Sé que es débil y que hace mal al no golpear a usted en los nudillos de su despotismo en lugar de encerrarse en el piso alto para llorar. Pero ha sido usted despiadado con él, y es inhumano el modo como lo ha humillado. ¿Suponía usted que la crueldad con que ayer lo trató sería una correspondencia a mi liberalidad?

—¿Qué necesidad tenía de ir a llorar delante de usted por esa causa? —preguntó Grandsailles con un suspiro de condescendencia.

—No lloró ayer, querido, cuando usted lo ofendió. ¡Eso es lo que

usted habría deseado! ¡Está llorando ahora porque sabe que ya no puede serle de utilidad! Y no me ha dicho absolutamente nada… ¿Comprende usted? Sólo me dijo, y lo hizo con dignidad: «Grandsailles me echó y me dijo que no iba a lamentar el día de mi muerte, que mi aliento apestaba y que cuando me muera no tendrá que volver a soportar mis abyectos cuchicheos». Y se quedó ahí sin añadir ni un solo comentario hasta el momento en que usted lo llamó.

—Olvidémoslo —dijo Grandsailles después de un corto silencio; luego, con tono de gran dulzura y tendiendo una mano—: Venga. Bese estos dedos de tirano —añadió.

Cécile Goudreau se acercó a él y Grandsailles la besó de modo afectuoso en la frente.

—Iré con ustedes a América. Eso formaba parte de mis proyectos. Pero, antes de todo, debo triunfar a toda costa en mi aventura de Malta… ¡No es mi crueldad, es Malta lo que grita en mi interior! ¡Si supiera usted lo importante que es eso para Francia!

Y en su nerviosismo, el conde se llevó las manos a la cabeza para arreglarse algunos mechones que se habían alborotado ligeramente al abrazar a Cécile Goudreau.

—¡Ah! —dijo ella—. Tendrá usted su peine. Lo hemos hallado y se lo he enviado a su canonesa. Y también podrá ir a Malta. Una vez más, su Cécile va a solucionar las dificultades para usted. Debo apresurarme. Estoy citada para dentro de una hora con un héroe; es exactamente lo que necesita usted en estos momentos: su peine de oro y un hombre que, sin conocerle, está dispuesto a jugarse la vida por usted.

—¡Es usted admirable y aterradora al mismo tiempo! Me conoce usted perfectamente —dijo Grandsailles.

—¿Oyó usted hablar en París de un aviador a quien llaman *Baba*? —preguntó Cécile.

—*Baba*… —dijo Grandsailles explorando los rincones de su memoria—. No.

—Bien; es el hombre a quien he de convencer para que diga «sí» esta misma noche —aclaró Cécile en tanto que se anudaba en la cabeza un turbante moro.

—Ahora creo recordar —dijo Grandsailles—. Se habló mucho acerca de un casco que había de llevar durante más de un año para

conformarse el cráneo. ¿Está verdaderamente bien de nuevo?

—Completamente —respondió Cécile—. La última vez que lo vi, en casa de *Madame* Ménard
d'Orient,
ya no tenía puesto el casco y apenas se le notaban las huellas del accidente. No se inquiete: ése es el hombre que usted necesita.

Y, de este modo, sucedió que Cécile Goudreau hubo de desempeñar un papel en aquella sombría y dramática conspiración de Malta; su papel consistía en hallar al hombre excepcional que habría de introducirse en las marañas de la aventura al llevar al conde a la isla. *Baba*, que conocía al conde por su deslumbrante reputación como figura social, se sintió halagado por la elección del conde. Además de lo cual, el espíritu violento, directo y acre de Cécile Goudreau había de fascinarlo y convencerlo.

—Escúcheme, criatura —dijo Cécile a *Baba*—. Son las combinaciones de personas como el conde de Grandsailles y usted las que al final han de producirnos la victoria en esta guerra. Usted lo sabe mejor que yo. No importa mucho la cantidad de su provisión de bombas que usted deje caer; con ello destroza la terraza de un Banco arruinado, una terraza interior que nadie utiliza.

—Algunas veces, se hace mucho más que eso —dijo *Baba*—. ¡Un centenar de millares de terrazas hechas añicos!…

—Sí, es cierto, *chéri*; pero hay tantas terrazas, tantísimas, en las ciudades, que nadie ha pensado jamás en utilizarlas —exclamó cansadamente Cécile, como si de pronto se sintiera oprimida por el peso de todas las terrazas superfluas e inútiles del mando.

—A veces no son terrazas, sino chimeneas de fábricas lo que destrozamos.

—Sí, es cierto, *chéri* —contestó ella condescendientemente—; pero en nuestros días, esa chimenea que usted reduce a mil pedazos se reconstruye tan rápidamente como si la película de su destrucción fuese proyectada en sentido inverso. Todo vuelve a formarse nuevamente, y que es cada vez más feo que antes es innegable, pero cada vez es más eficaz y mejor adaptado a la guerra, y más moderno. Por otra parte, volar sobre Malta y aterrizar silenciosamente para que el conde descienda del aeroplano parece un acto sin importancia. Pero es preciso que lo comprenda usted, el

conde es para los ingleses un misterio… Hábil como un campesino de Libreux, con un sentido del honor llevado al extremo, como si fuera un español. El conde fascina a la gente que, ganada para su causa y preparada para secundarle en la acción, le permitirá mostrar en cada corazón francés los gérmenes ancestrales de las fuerzas de la resistencia que al final deberán producir la liberación de la nación. Y la semilla de Grandsailles es la misma semilla que produjo los robles más viejos y más nobles de la tierra…

»Nos olvidamos de los robles —continuó entornando los ojos y mirando soñadoramente hacia lo lejos—. En el seno de la estación floreciente, al mirar sobre los campos, nos sorprendemos cuando observamos el rápido crecimiento, semana tras semana, de algunas plantas que parecen saltar de la tierra con un vigor expansivo, lujuriante, báquico, imperialista, que jamás puede ser detenido ni dominado, que es peculiar de los *blitz-krieg* de la familia de los guisantes. En tanto que el desarrollo se halla en su período de mayor esplendor, todo lo absorbe y todo lo borra; eso es el hitlerismo. Alemania: un brotar frenético, biológico, de guisantes y alubias. Nos olvidamos de los robles. Pero, repentinamente, durante un día hermoso, ese mismo tallo erecto que soportaba el peso de las alubias comienza a mustiarse, las alubias doblan la cabeza, termina la temporada… y al cabo de pocos días vemos que sólo quedan en el terreno vestigios amarillos y marchitos de lo que antes fue una planta de ofuscante verdor. Y entonces nos damos cuenta de que durante todo este tiempo han brotado unos retoños de roble, que han arraigado entre aquellos despojos; y levantamos la mirada para ver una vez más las venerables formas que los han producido, a través de las agitaciones y las calmas que se han sucedido por espacio de dos mil años. Los robles son Francia. Las raíces también terminan por derribar muros. Sé que usted todavía se siente atraído por lo que parece nuevo y sorprendente.

—No —dijo *Baba*—. Yo también creo una vez más en las indesarraigables fuerzas de la tradición y la aristocracia; y hoy contemplo mis ilusiones revolucionarias de los días de la guerra española como a una distante germinación que ya ha sido recolectada en mi vida. Un nuevo anhelo de contornos y de solidez comienza a apoderarse de nosotros; y cuando vuelo no lo hago, como antes, con la rebeldía orgullosa de los arcángeles que se

hayan sublevado para ganar un paraíso quimérico. Por el contrario, me veo acuciado por un deseo de reconquistar la tierra, la tierra, con su nobleza y su dureza… ¡Renuncia!, para recobrar la dignidad de los pies desnudos apoyados sobre la tierra. Sé que el hombre debe mirar al Cielo con humildad. Como ve usted, esta guerra me está haciendo católico.

Cécile Goudreau escuchó a *Baba* con orgullo y admiración y comenzó a descubrir con gran sorpresa que, además de ser un héroe, era un hombre inteligente y aún capaz de expresarse y definirse.

—¡Oh, mi querido y guapo *Baba*! —le dijo mientras le pasaba los dedos por entre el cabello.

—No vuelva a llamarme *Baba* —dijo él—. Ya no soy el mismo hombre que fui cuando estaba en España o en París. Aquí solamente me conocen por mi verdadero nombre, John Randolph, el teniente Randolph; y no es *Baba* quien habrá de llevar a Malta al conde de Grandsailles, sino yo, el teniente Randolph.

—Sabía que se prestaría usted a llevarlo. ¡Es maravilloso!

Se produjo un largo silencio. Cécile Goudreau besó la mano de Randolph.

—Puedo llevarlo allá; pero eso es todo… —continuó éste—. No podré traerlo aquí. He obtenido permiso para hacer este viaje a condición de que vaya en línea recta a Italia, donde deberé dejar caer en Calabria a dos paracaidistas… Y, compréndalo, *Baba* jamás tendría miedo a hacerlo; pero yo sí. Es la primera vez que tengo miedo de una comisión de servicio. Italia siempre me ha dado mala suerte. En cierta ocasión, estuve en Nápoles a las puertas de la muerte por efecto del tifus. Y algo peor que todo eso: mi perro fue atropellado en la carretera de Venecia… Y también en Venecia tuve una pelea con uno de mis mejores amigos de la infancia…

—Toquemos madera —dijo Cécile Goudreau mientras golpeaba con los nudillos contra una de las piezas de la parte inferior de la mesa en tanto que Randolph, con un gesto supersticioso, acariciaba la cruz de perlas y diamantes que llevaba pendiente del cuello y que sus dedos hallaron a través de la abertura de la camisa.

—Y ¿cómo es Grandsailles? —preguntó.

—Es menos alto que usted —respondió Cécile—; pero los Ojos de usted y los de él son iguales en lo que se refiere a su fijeza. Los

de él son azules; pero casi tan brillantes como los de usted. Tiene el cabello castaño. Es muy guapo, muchacho. Es hasta más guapo que usted.

—¿Qué hará después el conde? ¿Volverá a Francia?

—No —respondió Cécile—; después de Malta, partirá inmediatamente para Norteamérica.

—Acaso tenga algo que confiarle —dijo Randolph absortamente y entregándose al ensueño. Luego, como si prosiguiera sus pensamientos en voz alta, continuó—: Sí, habré de confiarle un objeto… que significa mucho para mí… Un objeto que deberá entregar a alguien en Norteamérica. Dígaselo de mi parte.

Dos días más tarde, cuando Grandsailles, acompañado de Fouseret, subió al Farman de tres motores que había de llevarlo a Malta, Randolph se hallaba en el puesto de dirección.

—Esto me recuerda mis salidas hacia Londres —dijo Grandsailles.

—En realidad, eran estos mismos aeroplanos los que hacían el vuelo entre Londres y París —dijo Fouseret—, con la diferencia de que ahora disponemos de una ametralladora instalada y un fiel servidor suyo. Bien; le felicito; éste me parece un aeroplano adecuado a las circunstancias —continuó diciendo con la jovialidad que era su modo característico de reaccionar contra el temor y el nerviosismo.

—¿Qué esperaba usted? —preguntó Grandsailles—. Sin duda, imaginaría que un aeroplano proporcionado por Cécile Goudreau sería un artefacto cubierto de musgo, con rendijas en los intersticios de las alas y divanes orientales en el interior para reclinarse y fumar opio…

—No me habría atrevido a imaginarlo —contestó Fouseret—; pero ¡qué asombrosa imagen de la posguerra! ¿No es cierto? Un cielo cubierto de aeroplanos que se precipitan en todas direcciones a quinientos kilómetros por hora, todos llenos de soñolientos fumadores de opio que no van a ninguna parte… —Y rió.

—Esa misma imaginable paradoja de la velocidad y la inmovilidad ha sido inventada ya y tiene la forma de ataúdes de líneas aerodinámicas.

—¡Qué idea más terrible! —Dijo Fouseret al mismo tiempo que empalidecía—. ¿Existen verdaderamente?

—Vi uno de ellos en un catálogo. Y ése es el modo como se les anunciaba. Los ataúdes tenían curvas de la misma clase que las que se aprecian en los automóviles de hace un par de años.

—¡Es increíble! —suspiró Fouseret.

Grandsailles continuó:

—Un objeto destinado a la inmovilidad eterna y que tenga todas las características de adaptación a la velocidad más vertiginosa… ¡Es una locura! ¡Eso solamente podría producirse en nuestra época!

Fouseret había empalidecido aún más.

—No debería usted haber suscitado ese tema —dijo en tono de amargo reproche.

—¿Es usted supersticioso? —preguntó Grandsailles.

—Los toreros españoles jamás van a la plaza de toros si en su camino encuentran un féretro —profirió Fouseret a modo de autojustificación.

—Usted no es español ni torero —dijo Grandsailles.

—Pero soy tan supersticioso como si lo fuera —dijo Fouseret—. Afortunadamente la presencia de usted me serena.

—¿Me considera usted tan afortunado? —preguntó Grandsailles.

—¿No cree usted que este viaje es casi increíble? Va usted conducido por Randolph, el mejor piloto de África; ha conseguido que yo lo acompañe, aun cuando había jurado no volver a poner jamás el pie en un aeroplano; es usted el único hombre dotado de autoridad que ha conseguido ganarse la confianza de todos los grupos políticos, aun cuando no tenga una política bien definida… ¿Sabemos algunos de nosotros en realidad por qué le obedecemos?

El aeroplano comenzó a recorrer el campo; y cuando hubo despegado de tierra, Grandsailles dijo:

—El vuelo no es una sensación afrodisíaca, como podría creerse. Por el contrario, es una sensación apolínea. Con este tiempo tan espléndido y sin la más ligera trepidación, es lo mismo que si no nos moviéramos. En el tren se ven siempre los fugaces postes de telégrafos, que nos producen una noción relativa de nuestro desplazamiento. Aquí no hay nada. Siempre nos asalta la impresión de que no nos movemos, de que vamos a llegar… allá, demasiado tarde. El aeroplano es una especie de anestesia del tiempo y del espacio; no es una dirección, una flecha —y lo dijo recalcando cada una de las sílabas que pronunciaba—, una mariposa clavada que

meditase su vuelo. Es un círculo: ¡Apolo!

Con el ruido de los motores, Fouseret hubo de hacer un esfuerzo para oír las palabras de Grandsailles, las que escuchó lleno de admiración; y aun cuando solamente pudo oír la mitad de ellas, no dejó de decirse a sí mismo: «¡No hay quien se resista a la autoridad de este hombre!».

Un alba radiante había comenzado a nacer. El vuelo continuaba sobre el Mediterráneo, que tenía un color azul cerúleo, rielaba bajo los dardos de Apolo y estaba cubierto de las escamas del lomo inmenso y ligeramente curvado del frío pez del horizonte. Unas nubes aborregadas, ligeras, a baja altura, espumeaban la superficie del mar y parecían elevarse de él, flotar hacia arriba; y sus formas, lentamente cambiantes, lo poblaban como triunfos de rubios Neptunos, nereidas violeta, delfines e hipocampos unidos en formas y grupos heroicos. Unas breves ráfagas de viento escribían estremecimientos de alegría en la plata del mar, y de un pequeño barco mercante torpedeado se elevaba una columna salomónica de humo rosado, espeso, deslumbrante como el color de la carne de Venus. En torno al barco en llamas, el mar estaba salpicado de los diminutos puntos negros de la forcejeante tripulación. Varias manchas de aceite extendidas sobre el agua formaban lo que parecían grandes tapas lisas de pianos que reflejaban la limpidez del cielo. Fouseret quiso llamarle la atención acerca de los hombres que se ahogaban; mas Grandsailles se había dormido y no quiso despertarlo. El ayudante del piloto explicó a Fouseret que habían recibido un mensaje acerca del hundimiento antes de ponerse en marcha, pero que para efectuar algún salvamento sería preciso utilizar un hidroplano. Indudablemente, llegaría alguno de ellos al cabo de poco tiempo, pero nada podría hacerse para salvar a los hombres. Grandsailles no despertó hasta que el ayudante del piloto se presentó portando las máscaras de oxígeno. Iban a volar a gran altura para evitar el encuentro con los aviones italianos que pudieran proceder de la dirección de
l'antelaria.
Al mismo tiempo, le fueron entregados los auriculares telefónicos. Randolph quería hablarle.

—¡Oiga! Habla Randolph. No dispondré de un solo segundo para verle cuando lleguemos a Malta. Le entregaré ahora mismo el objeto

de que le habló Cécile Goudreau. Lo hago porque podría suceder que yo no regresase de mi próximo servicio.

—¡Jamás podré compensarle por lo mucho que hace usted en mi favor! —dijo Grandsailles.

Randolph semejó hallarse dando órdenes al operador de radio; y el ayudante del piloto, habiéndose malhumorado por razones que Grandsailles no pudo comprender, ayudó a Randolph rápidamente a ponerse la máscara, se puso la suya y sustituyó a Randolph en el puesto de dirección. Luego, Randolph se acercó y se sentó junto a Grandsailles, sacó del interior del grueso chaquetón de cuero una cajita de madera que parecía una caja de medicinas y que estaba prietamente atada con diversas vueltas de cinta roja y la entregó a Grandsailles al mismo tiempo que una carta que tenía escrito su nombre en el sobre. Después, Randolph y Grandsailles se miraron, y a través de la monstruosa complicación de las máscaras sus ojos parecieron ser iguales, igualmente puros; y en ninguno de los dos casos habría podido decirse si sería la exaltación o la frialdad lo que les producía su mayor brillo. Los dos hombres se despojaron de los guantes con un impulso simultáneo y sus manos se juntaron y apretaron durante un momento con la dura presión de las manos de dos luchadores. Más tarde, Randolph se puso en pie y se dirigió de nuevo a su puesto de dirección, y tan pronto como el aeroplano voló a menos altura, los pasajeros pudieron despojarse de las máscaras. Habiéndose alborotado el cabello al ponérsela y quitársela, Grandsailles sacó del bolsillo su peine de oro y, utilizando el cristal de la ventanilla como espejo, comenzó a peinarse de modo meticuloso; repentinamente, el reflejo pareció estallar en fuego, como si se hubiese incendiado al ponerse en contacto con el peine. Era que un aeroplano descendía envuelto en llamas a corta distancia de él.

—¿Qué es eso? —preguntó Grandsailles a Fouseret.

Este último estaba moviendo nerviosamente la boca, como una carpa que estuviera fuera del agua. Grandsailles tuvo dificultad para oírle, y hubo de arrancarse de los oídos el algodón.

—¡Acabamos de derribar un aeroplano enemigo! —gritó fuera de sí Fouseret.

—No me di cuenta de que hubiera una batalla —dijo Grandsailles al mismo tiempo que terminaba de peinarse—. ¿No

hemos olvidado los duplicados enviados por Cordier? —preguntó a continuación.

En aquel instante, un violento salto hizo que el aeroplano crujiese como una nuez que hubiese sido apretada antes de ser finalmente aplastada; y Grandsailles, que mantenía el peine en el aire, vio que Fouseret caía a su lado. El ayudante del piloto y el operador de radio corrieron al mismo tiempo hacia él. Estaba muerto. La ventana situada sobre él estaba perforada por una línea curva de agujeros agudos, como la cola helada de un cometa. Fouseret fue abandonado donde se hallaba, cubierto por la manta roja que Grandsailles llevaba sobre las rodillas; y como la mano de Fouseret salía fuera de la zona cubierta por la manta, Grandsailles la tomó y la ocultó bajo la improvisada mortaja. La mano era gordezuela y estaba todavía caliente. Grandsailles la oprimió entre las suyas agradecidamente. En aquel momento, una vista alucinante atrajo toda su atención. ¡Malta! Estaban volando a una altura de menos de doscientos metros sobre la isla, que acababa de sufrir un bombardeo terrible. ¡Malta, la inconquistable! ¡Sostén del orgullo británico, rodeado de espuma!…

Randolph semejaba envuelto en un halo de divinidad hecho incandescente por las llamadas interiores de su cólera; pero la luz roja que lo iluminaba era solamente el resplandor de su enojo desatado en el mundo exterior, como el fuego mismo. No había vuelto la cabeza. ¿Sabría que Fouseret estaba muerto? ¡Lo sabía cómo el fuego sabe de los muertos! La epidermis hinchada e irritada del cielo estaba todavía cubierta de la espantosa erupción de los carbunclos antiaéreos, y los cauterizadores rayos de las ametralladoras trazaban profundas incisiones en todas direcciones, en forma de cruces, y reventaban las repugnantes yemas de los huevos fritos en aceite con los tumores de las explosiones, y lanzaban hacia las estrellas el espeso pus de su humo denso y sangriento.

La ciudad mutilada yacía bajo ellos; grandes remolinos de humo, como menudillos de sesos en manteca parda, surgían de los cráneos rajados de los grandes edificios. Las casas tenían los ojos vaciados por las invisibles cucharas de las bombas. Acá y allá, en la cóncava concha de una de tales órbitas que semejaban un bostezo, asomaban los restos de un lecho colocados en una posición disparatada, como

si las pupilas de los edificios hubieran contenido esqueletos de carbón. Allí yacía entera, fuerte como el cerrado puño de Inglaterra que nadie abriría jamás, como una masa única y compacta, no dura como el granito, que se rompe, sino, por el contrario, fermentando como una grande y victoriosa herida, como un colosal y dantesco queso de Gruyere del sacrificio, de color sulfúreo, con todos los orificios fecundados por la muerte, con todos sus agujeros rezumantes de humores e hirvientes de vidas subterráneas, vidas que, a su vez, estaban perforadas por los agujeros abiertos en sus almas y en sus cuerpos; las primeras, llenas de las saetas de la venganza; los segundos, por las estériles y ambiciosas del tétanos.

El conde de Grandsailles, al darse cuenta de que su quemante mano sostenía un objeto frío y desagradable, miró hacia abajo: era la mano de Fouseret lo que tenía entre la suya. ¡Y la apretó con más fuerza! Randolph había dado en aquel instante la señal de aterrizaje.

Un teniente y un subteniente ingleses se acercaron corriendo para recibir a Grandsailles. Tan pronto como éste hubo descendido del aeroplano, dijo:

—Traemos una baja.

Los soldados permanecieron inmóviles y atentos hasta que el cadáver de Fouseret fue desembarcado y colocado en el suelo y en tanto que el cielo oscureciente se inundaba de los tranquilos y entrelazados haces de los potentes reflectores que trazaban inmensas cruces, en cuya intrincada red parecían leerse signos de reprobación y de piedad por las turbulentas pasiones de los hombres. Y parecía como que de las heroicas profundidades de la historia de Malta se elevaban hacia el centro de la bóveda celeste las piernas imperturbables y gigantescas del coloso de Rodas, hace mucho tiempo desvanecido, del fondo de cuyo pecho de bronce parecía brotar una voz débil y quejosa, como la de un hombre dolorido… Una vez consumado el Sacrificio, las distantes sirenas interrumpieron su lamento; la alarma había concluido.

El conde de Grandsailles permaneció en Malta durante una semana sin la ayuda de Fouseret y guiado por los prudentes consejos de
D’Orminy.
Sus proyectos, perseguidos con audacia y sin la menor cohibición

exterior, a fuerza de atrevimiento y desafiando peligros, fueron coronados por un insuperable triunfo. Y triunfalmente pudo regresar a África del Norte.

Después de haber conseguido lanzar a los dos paracaidistas sobre Calabria, Randolph había sido acometido a su regreso; su aeroplano fue derribado, y los restos de la aeronave, recogidos en el mar, fueron identificados de manera que no dejó lugar para la duda. La carta que Randolph había entregado a Grandsailles, decía:

Tengo el fuerte presentimiento de que mi acto de servicio en Calabria será el último de mi vida. Si así sucediera, ruego a usted que, tan pronto como llegue a Nueva York, entregue la cruz que la cajita contiene a Verónica Stevens, le comunique la noticia de mi muerte y le diga que no la he olvidado ni un solo momento. Verónica Stevens no es mi amante ni mi novia, y apenas es amiga mía, puesto que sólo me ha visto cuando llevaba puesto el casco y nos encontramos accidentalmente durante los repetidos bombardeos aéreos contra París. En el curso de tales encuentros, y a pesar de todo, pareció concebir un gran afecto por mí. Muchas gracias, y buena suerte para nosotros dos.

JOHN RANDOLPH

Grandsailles llegó a una hora avanzada de la noche a la villa de D'Orminy.

El príncipe y Cécile Goudreau le esperaban consumidos por la fiebre de la impaciencia y la ansiedad.

—Mi misión se ha cumplido con un triunfo completo —dijo Grandsailles al volver a ver a sus amigos—. Fouseret murió en el curso del viaje de ida, en nuestro aeroplano. Randolph fue derribado con el suyo cuando regresaba de Calabria. Pero… ¿qué sucede aquí? —preguntó repentinamente sorprendido y ansioso por el modo indiferente y reservado como D'Orminy recibía estas sensacionales novedades.

—Una revuelta árabe ha sido ahogada en sangre —dijo Cécile Goudreau.

—Lo sé —dijo Grandsailles, que sospechó inmediatamente las más graves consecuencias.

—Brousillon está en la cárcel —añadió
D'Orminy
suspirando, profundamente preocupado y observando con atención la reacción de Grandsailles.

—Eso es malo —dijo Grandsailles secamente; y añadió en tono de severo reproche—: No tenía usted por qué comunicarme hoy esas noticias. Nada podrá hacerse hasta mañana, y tengo una necesidad absoluta de dormir. Estoy muerto de sueño.

—Era preciso que se lo dijésemos para evitar que fuese a dormir al barco. Es preciso que se quede usted aquí, como medida de seguridad —observó
D'Orminy
—. Se sospecha de nosotros, y hemos sido seguidos y vigilados desde la marcha de usted. Los árabes que trabajan para la Policía están constantemente haciendo guardia en torno a esta casa.

—Dormiré aquí —dijo Grandsailles—. En el barco, me sentiría como prisionero de mis dos guardianes.

Subió al piso alto y se retiró al dormitorio. A las ocho de la mañana se hallaba nuevamente en pie, y tan pronto como lo estuvo bajó al yate y decidió despedir a los vigilantes. Estaba cerca del embarcadero cuando descubrió una cometa que se hallaba sobre la arena, con el largo cordel limpiamente enrollado. Grandsailles, cuyo caprichoso carácter tendía a poner de relieve sus excentricidades de forma exagerada cuando se hallaba constreñido, no pudo resistir la tentación de recogerla. Miró rápidamente a uno y otro lado y, no logrando descubrir a su propietario, cogió la cometa con infantil avidez, entró en la yola y se dirigió hacia su yate. Al llegar allí, despidió a los dos marineros y les ordenó que abandonasen el puesto en el acto. Aun cuando los dos jóvenes parecieron sorprenderse, cumplieron sin dilación la orden, con lo que Grandsailles comprendió que no habían recibido ninguna orden en contra.

Un vientecillo vivo se había despertado, y el conde de Grandsailles, después de la sobrehumana energía que había desplegado durante la semana anterior en Malta y aun cuando continuó diciéndose que debía prestar atención a lo delicado de la

situación, se encontró incapaz de concentrarse o aún de interesarse por ella. De modo casi consciente, desenrolló cierta longitud de la cuerda adherida a la cometa que había recogido en la playa y la lanzó al viento favorable. Tiró de la cuerda, la aflojó, volvió a tirar… La serenidad del cielo era completa; solamente había en él la nube de forma romboidal, como un caprichoso copo de nieve, que él mantenía sujeta por el extremo del hilo y que se movía con lentitud o se mantenía inmóvil en la serenidad del aire.

—¡Cautiva! —murmuró Grandsailles mientras pensaba en otras cosas…

Y accedió a conceder algunos metros más de longitud al hilo desplegado de su volador, como si éste hubiera estado suplicando durante mucho tiempo que se lo concediese.

Cuando llegó el segundo piloto para decir a Grandsailles que el príncipe
D'Orminy
deseaba verle urgentemente, el conde llamó a la canonesa y le dijo al mismo tiempo que le confiaba la cometa:

—Manténgala mientras voy a la costa… ¡Procure que no se enrede el cordel!

—¡Dios mío! ¡Ese Grandsailles!… ¡No me es posible dejar de admirarlo! —exclamó
D'Orminy
al entrar en la habitación de Cécile bruscamente y con los brazos tendidos al cielo. ¿Sabe usted lo que está haciendo? ¡Jamás podrá adivinarlo!

—Entonces…, ¡dígamelo! —gritó Cécile medio asustada y medio regocijada por una vehemencia a que el príncipe raramente solía entregarse.

—Pues —dijo
D'Orminy
mientras se dejaba caer sobre un sillón de la vieja Inglaterra— el conde de Grandsailles ¡ha echado a volar una cometa! ¡Mire, mire! No es cosa de mi imaginación. Soy completamente incapaz de idear una cosa semejante.

Y señaló en dirección a la ventana. Pero Cécile Goudreau estaba ya mirando al yate anclado en la bahía y exclamó:

—¡Es increíble! ¡Es inaudito! Pero no es el conde, sino la

canonesa quien sostiene la cuerda.

—Grandsailles se la entregó; acabo de enviarle aviso de que venga. Es preciso que conozca enteramente el peligro en que se halla. Y no sabemos hasta dónde podrá llegar el tal peligro. En realidad, esa cuestión de la cometa amenaza traer mucha cola… Pues Grandsailles se apoderó del juguete sin tomarse la molestia de preguntarse si pertenecía a alguien. Y ahora tenemos en la cocina a un joven árabe que ve cómo su cometa vuela sobre mi yate y grita a pleno pulmón para decir que se la han robado; y yo me pregunto si ese joven será uno de esos árabes pagados por la Policía y si estará utilizando sus gritos como señal de llamada a la *gendarmerie* que está al otro lado de la bahía…

El conde de Grandsailles entró en aquel momento en la estancia.

—Está usted haciendo una montaña de un grano de arena —dijo —. He dado a ese joven cien francos por su cometa y se ha marchado más feliz que una alondra.

Se produjo un silencio embarazoso; luego,
D'Orminy
dijo:

—No quise decírselo anoche. Las autoridades se han negado categóricamente a visar sus documentos diplomáticos, con lo que se hace imposible para usted partir para Norteamérica; debemos obrar con rapidez, puesto que el *Frangois Coppée* sale mañana por la tarde para América del Sur. Insisto, ¿comprende usted?, insisto en que vaya usted con nosotros. Si se quedara usted aquí, valdría tanto como suicidarse. ¡Ni Cécile ni yo le dejaremos aquí, solo y rodeado de enemigos!

Cécile Goudreau, que se hallaba profundamente conmovida por la muerte de Randolph, comenzó a llorar en silencio.

—No sé si será correcto que me vaya —repetía una y otra vez con voz ronca y quebrada por los sollozos—. Este sector de África es Francia todavía.

—Ya no estamos en nuestra patria, puesto que se nos ha hecho imposible hacer nada —replicó firmemente
D'Orminy.

—Quedarse aquí es como morir —murmuró Cécile—. Y dejarlo ¡me mata! —Y se puso bruscamente en pie y exclamó con voz ininteligible—: ¡Francia! ¿Qué has hecho de tu espada? —Y se

arrojó sobre el lecho agitada por los convulsivos sollozos.
Ni D'Orminy
ni Grandsailles hicieron el menor movimiento para acercarse a ella e intentar consolarla, pues los ojos de ambos estaban repentinamente iluminados por la inalterable resolución de partir.

—Le pido que siga usted mi proyecto al pie de la letra y hasta el fin —dijo
D'Orminy
al tiempo que cogía al conde de los hombros; y continuó con desacostumbrada energía—: No permitiré ninguna discusión en este momento, porque mi proyecto es el único que debe seguirse. En lo que voy a hacer por usted, arriesgo la vida. Lo único que necesito es que me proporcione seis fotografías suyas. Cuando menos se agite usted, tanto mejor. En realidad, lo más conveniente sería que se quedase aquí con Cécile y esperara mi regreso esta noche. —Y viendo que Grandsailles intentaba protestar blandamente, el príncipe
D'Orminy
sonrió con la más humana de todas las sonrisas, con la más saturada de afecto que probablemente se dibujó en su rostro en el curso de toda su vida, y dijo—: Quédese, por una vez, y entreténgase en echar a volar la cometa.

El príncipe
D'Orminy
regresó tarde aquella noche y llevó noticias para Grandsailles. Ambos, en unión de Cécile Goudreau y la canonesa, quien, al fin, había recibido instrucciones definitivas para el viaje, estaban recorriendo con calma el puente, deteniéndose de vez en cuando y recomenzando la marcha. La luna acababa de salir.

—¡Qué tiempo más hermoso! ¡Parece verano! —dijo Cécile Goudreau.

Todos hablaban en voz baja.

—Escuchen —dijo
D'Orminy
—: oigo remar.

Todos escucharon en silencio.

—Árabes —dijo Grandsailles después de haber descubierto un barco de pesca.

—Sí, los conozco —añadió la canonesa—. Son Bettá y sus cuatro hijos. Van a pescar congrios y se han puesto en marcha pronto con el fin de poder llegar a donde se dirigen cuando la luna esté más baja.

La barca se alejó y todo quedó envuelto en una especie de paz sobrenatural…, de un silencio lechoso… Podía oírse el débil chapaleo del agua contra la quilla, como el sonido de la saliva lunar. La cometa empapada en luz de luna y abandonada en la amurada, semejaba un rayo estelar que hubiera caído allí como un signo del Zodíaco.

—*Mon Dieu!* —Suspiró Cécile—. Esta paz…, toda esta belleza…, es más de lo que es posible soportar. ¡Son cosas supraterrenales! ¿Podremos abandonarlas?

—Mañana a las cinco —dijo
D'Orminy.

—Si no estamos todos en la cárcel —dijo Grandsailles.

—El éxito de la misión de usted en Malta les obligará a esperar para poder reflexionar —contestó
D'Orminy.

—¡Qué maravillosa es Malta! —exclamó el conde, que levantó involuntariamente la voz para decirlo.

—¡Chist! —Dijo la canonesa—. Otra barca va a la pesca del congrio.

—Temo mucho que Brousillon pueda convertirse en informante de la Policía cuando conozca la muerte de Fouseret —dijo Grandsailles a
D'Orminy
al oído.

Éste, que se hallaba hundido en su revueltos pensamientos, no contestó. Se produjo un largo silencio. Un pescador árabe estaba entonando una canción doliente en español. Cuando hacía una pausa para respirar, podía oírse el agua que goteaba de los remos.

¡Se murió mi esperanza!
Yo fui al entierro
y encontré mi amor,
que iba en el duelo…
¡Ay, ay, ay!

—¿Cómo está su pie? —preguntó Grandsailles a la canonesa.

—Todavía me duele —contestó ella al mismo tiempo que intentaba apoyar todo el peso del cuerpo en el pie que sufría un ataque de gota. Y bruscamente golpeó con toda su fuerza con el mismo pie contra el puente, cerró los ojos para dominar el dolor y exclamó—: Podría ir a Norteamérica a pie, aunque fuera cojeando, si fuese preciso. Aquí, hasta los pescados que comemos huelen como los alemanes.

—De modo que ¿se alegra usted de marchar mañana? —preguntó
D'Orminy
regocijado al oír aquel estallido de impaciencia.

—¿Mañana? —Preguntó la canonesa—. ¡Quiero marcharme ayer! —concluyó con cómico furor.

D'Orminy, que había estado absorto en reflexiones, cogió de las manos a Cécile y a Grandsailles y los condujo bajo el puente, en tanto que la canonesa, cojeando doloridamente, intentaba alcanzarlos por miedo a perder algún detalle de su conversación.

—¡Oigan! —dijo
D'Orminy
—. Comencemos por hacer que el barco se encuentre mañana sin ningún marinero a bordo, sin nadie, aparte de nosotros tres y de los tres marineros que habrán de conducimos a la orilla. A las tres y cuarto llegará una lancha especial que recogerá a Grandsailles y a la canonesa y los llevará al *Frangois Coppée*, que levará anclas a las cinco con rumbo a Buenos Aires. El capitán del barco está informado de todo… Ha sido comprado a un alto precio, pero es digno de confianza. Usted deberá salir de aquí vistiendo mi uniforme de teniente de Aviación. Una vez que se halle a bordo del *Frangois Coppée*, enciérrese con la canonesa en una de mis tres cabinas. No salga de ellas por ningún motivo. Todo lo que habrá de hacer, será esperarnos. Cécile y yo llegaremos a última hora.

—¿Por qué he de disfrazarme como si fuera usted cuando salga de aquí? —preguntó Grandsailles.

—Para poder huir —respondió
D'Orminy
—. Esta misma mañana he puesto mi casa y mi yate a la disposición del Gobierno. Mañana, una compañía de la Gendarmería ocupará

los dos lugares. Es seguro que nos vigilarán. Cuando usted salga de aquí —añadió dirigiéndose al conde— supondrán que usted es yo. He dado mi palabra de honor de que usted se quedará, pero a cambio he recibido la promesa formal de que nadie le molestará en mi presencia… Me quieren ahorrar ese mal rato, y esperarán hasta que yo me vaya para proceder contra usted.

—Entonces, ¿han decidido detenerme? —preguntó Grandsailles.

—Hace unos momentos —respondió
D'Orminy.

—¿Y qué hay respecto a usted? ¿Cómo va a salir del barco en los últimos momentos sin ser visto? ¿Y qué hará usted para rehuir la inspección de la Policía antes de que el *Frangois Coppée* leve anclas? ¡Todo esto me parece una perfecta puerilidad!

—No soy de la misma opinión —dijo enérgicamente
D'Orminy
—. Recuerde lo que le he dicho: la más ligera desviación de mis planes puede costarme la vida. Y creo que la amistad no debe llegar tan lejos… ¡Me repugna tener que andar siempre especulando sobre mis propios peligros!

D'Orminy se había sentado de nuevo y estaba oprimiéndose la frente, contraída por la fatiga, con los dedos extendidos de las cansadas manos, que parecían momificadas por el desánimo. Y de este modo permaneció durante mucho tiempo. Cécile Goudreau se había colgado del cuello de Grandsailles y le estaba implorando:

—¡Venga, déjele que haga lo que quiera! ¡Permítale que, por una vez, haga lo que le parezca conveniente!

—Muy bien —dijo Grandsailles—. Cerraré los ojos ante todo; pero creo que debo decir a ustedes que esta tarde vinieron unos gendarmes con una carta del *commissaire de pólice*.

—¿Eh? ¿Y qué contestó usted? —preguntó sobresaltado
D'Orminy.

—¡Nada! —contestó Grandsailles—. Me negué a aceptarla, y despedí rudamente a los gendarmes.

—No importa —dijo
D'Orminy
—; no volverán probablemente hasta mañana.

En las primeras horas de la mañana siguiente, el príncipe
D'Orminy

visitó por última vez al jefe de Policía, a quien conocía desde la infancia.

—Escucha, viejo amigo —le dijo—, no quiero impedir que cumplas tu deber; pero el conde de Grandsailles es uno de mis mejores amigos. Cualquiera que sea tu responsabilidad, te ruego que no hagas nada hasta después de mi partida. Y, como me prometiste ayer, quiero que nadie vaya a molestarnos a mi cabina del *Frangois Coppée*. El honor de la dama que viajará conmigo depende de ello. Cécile Goudreau no marchará. La confío a tus cuidados y la dejo bajo tu protección. Es una amiga íntima del conde; de modo que es la persona que naturalmente puede servir de eslabón entre tú y él…, pues ya sabes que el conde es impulsivo y está un poco desequilibrado.

—Lo sé —contestó Guillomet—; ayer hasta se negó a aceptar y leer una carta muy cortés que le envié.

A las tres y cuarto, una lancha del *Frangois Coppée* llegó al yate para recoger al conde de Grandsailles y la canonesa; y Cécile Goudreau y el príncipe
D'Orminy
quedaron solos en el yate. El mar estaba en calma, tan liso y tan bruñido como una hoja de papel de estaño: el cielo se fundía con el mar y el reflejo de la montaña que se hallaba al otro lado de la bahía parecía tan firme y tan corpóreo como si la simétrica excrecencia de su doble fuese solamente una continuación suya invertida. Solamente con largos intervalos solía saltar fuera del agua alguna *llissa* y romper aquella ilusión de lo absoluto al arrugar la superficie del mar con unos plácidos círculos concéntricos.

—Todavía tenemos dos horas ante nosotros —dijo
D'Orminy
—. No podrá usted adivinar lo que he traído —se acercó a un armarito, lo abrió y sacó de él dos pipas para fumar opio—. Vamos a fumar. Eso nos calmará los nervios. Desde aquí podremos ver lo que suceda al otro lado…

Y ambos fumaron.

En la costa, ante la casa del príncipe
D'Orminy,
estaba un grupo de gendarmes. Entre ellos se hallaban otras cinco personas ajenas a la profesión: tres hombres y dos muchachas.

Todos estaban inactivos e inquietos, y a veces se sentaban en la arena, de la que volvían a levantarse inmediatamente, o se detenían para recoger piedrecitas que arrojaban al agua para obligarlas a saltar, o subían a algún barco para tomar fotografías unos de otros.

—¡Qué capacidad tienen los seres humanos para la agitación estéril! —exclamó
D'Orminy,
que poseía la facultad contraria de permanecer horas enteras con la inmovilidad de un maniquí.

—¡Pobrecillos! —Dijo Cécile Goudreau—. En realidad, no es culpa suya, sino de su organismo. La cosa está perfectamente clara. ¡No fuman opio! Ahora comprendo a Grandsailles. Cuando un ser se encuentra desesperado, completamente desesperanzado, ¿qué puede ser más estimulante que echar a volar una cometa?

A las cuatro y cuarto, la Policía entró en un botecillo que apenas era lo suficientemente grande para contener al grupo, y comenzó a remar con calma en dirección al yate.

—Ya vienen —dijo
D'Orminy
—. Vienen a presentar a Grandsailles su ultimátum. Creen que es él, no yo, quien está aquí. Salga usted a recibirlos. Dígales que el conde está dormido, que usted le entregará el mensaje y les llevará una respuesta al cabo de media hora.

—Y luego ¿qué? —preguntó Cécile.

—Más tarde se lo diré —contestó
D'Orminy;
y entró en la cabina de Grandsailles y se encerró en ella.

Todo sucedió como se había previsto. Los gendarmes entregaron el mensaje de Guillomet, su jefe, y se alejaron del mismo modo que se acercaron: deteniéndose a veces para recoger alguna alga marina roja que se había adherido a los remos o utilizando éstos para golpear contra algún trozo de corcho con el fin de intentar hundirlo.
D'Orminy
empleó mucho tiempo en leer el mensaje de Guillomet, cuya actitud respecto al conde se había hecho brutal. Le decía que abandonase el barco y se presentara ante él. No obstante, al final del mensaje apelaba al patriotismo del conde y hasta invocaba la bandera tricolor.

D’Orminy
se acercó más tarde al bar del yate, cogió una bandera francesa que se hallaba entre dos botellas de Amer Picón y rodeada de diversas banderas de otras nacionalidades, la dobló dos veces y la encerró en un sobre que selló con el sello que el conde de Grandsailles había dejado sobre la mesa.

—Tome, *chérie* —dijo a Cécile—. Vaya a la orilla y entrégueles este sobre. Dígales que volverá al cabo de diez minutos; pero en lugar de hacerlo, y sin perder ni un solo segundo, escápese; tiene usted el tiempo justo para llegar al *Frangois Coppée*. Allí encontrará a Grandsailles. Espéreme. He de terminar aquí algunas cosas, pero la seguiré inmediatamente y estaré a bordo del *Frangois Coppée* media hora después que usted.

Cécile Goudreau entró en la cabina un momento para prepararse para la marcha; cuando se hallaba ya en la yola, pareció dudar.
D’Orminy
la elogió por los atavíos que se había puesto: un velo a manera de turbante, de color gris de «piedra húmeda» que le llegaba a la cintura y la rodeaba como un cinturón.

—Es verdaderamente «viajero» —dijo
D’Orminy
—. Pero, sobre todo, es muy parisiense. Desde donde estoy, si cierro un poquito los ojos, me parece estar viendo una vista panorámica de París.

D'Orminy pronunció estas palabras mientras se hallaba apoyado en la barandilla del puente, un poco inclinado, con el torso proyectado sobre la yola, como una de las gárgolas benefactores de las torres góticas de Notre Dame.

—Y ahora, váyase, *chérie*. La veré dentro de muy poco tiempo.

Y pronunció sonriente una despedida cuando la vio desaparecer, y apretó los dientes, sobre los cuales la amarillenta luz del atardecer parecía más amarillenta que de costumbre, como si
D’Orminy
estuviese mordiendo medio limón, y hasta como si este fruto hiciese que, a pesar de la distancia, derramase unas gotas ácidas en los ojos de ambos. El medio limón de la sonrisa de
D’Orminy
se desvaneció progresivamente en la distancia, y al cabo de poco

tiempo, de la figura del príncipe, Cécile solamente pudo distinguir con claridad los relámpagos de su anillo de oro, que brillaron bajo la luz del sol, por lo que pudo saber que
D'Orminy
estaba todavía haciéndole señales de despedida con la mano.

Cécile Goudreau oprimió con cierta inquietud el abultado sobre que contenía la banderita. El «suave» e inesperado contacto ocasionado por su contenido le produjo una indefinible y siniestra impresión. Su lancha, después de describir un semicírculo para rodear unos arrecifes, se encaminó rectamente hacia la orilla en que se hallaba el grupo de gendarmes. Cécile Goudreau entregó el mensaje y casi inmediatamente se separó de ellos, en tal ocasión con dirección al puerto de Casablanca con el fin de embarcar en el *Frangois Coppée* y unirse al conde de Grandsailles y la canonesa, que debían de estar esperándola.

En el mismo momento en que el jefe de Policía, Guillomet, después de abrir el sobre sellado, estaba mirando con estupefacción la banderita tricolor que tenía en la mano y que era la única respuesta a la carta en que pedía a Grandsailles que se entregase, Cécile Goudreau, que ya se hallaba en el centro de la bahía, volvió la cabeza para mirar una vez más y por última vez el barco del príncipe
D'Orminy
y se quedó paralizada al observar que la inmaculada cometa, cálida de luz de sol, se agitaba mayestáticamente sobre el yate. Y pensó: «Algo terrible está a punto de pasar». Pero no tuvo tiempo para cristalizar la impresión de su temor. Una violenta explosión rasgó el silencio y una negra columna de humo se elevó, dio la vuelta vagamente alrededor del yate de
D'Orminy,
el cual, después de haberse inclinado violentamente por la proa, recobró la estabilidad en tanto que brotaban llamas de todas partes.
¡D'Orminy
se había suicidado, había volado la embarcación con dinamita!

Cécile continuó mirando fijamente aquellas llamas y el negror de las columnas de humo que se elevaban verticalmente hasta gran altura en tanto que decía a los dos marineros que la acompañaban:

—¡Aprisa, aprisa! ¡Lo que haya hecho el conde de Grandsailles,

es cosa que no nos importa! ¡Aprisa! Tengo que informar al príncipe de lo sucedido.

Mientras llamaba más tarde a la puerta del conde de Grandsailles, dijo:

—¡Soy yo, Cécile!

Grandsailles abrió la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó inmediatamente sorprendido por la expresión de extremo desasosiego de Cécile.

—¿Qué sucede? —repitió ella con tono fatal. Y rodeó al conde con los brazos, que se habían hecho tan enérgicos como los de un hombre, y lo condujo hacia un rayo de sol que entraba por el tragaluz—. Venga, venga aquí, venga a la luz. Quiero verle. Quiero ver, por una vez, lo que harán sus ojos cuando le diga lo que he de decirle. ¡Míreme!… ¡Míreme, Hervé!

La canonesa, víctima de un nuevo ataque de gota, se había aproximado por medio de una serie de saltos dolorosos aunque ágiles.

—¿Han encarcelado a
D'Orminy?
—aventuró el conde; y viendo que Cécile negaba con un movimiento de cabeza y una terrible sonrisa de mujer enloquecida, supuso lo peor—. Comprendo —añadió—. Intentó escapar, disparó con la Policía y…

Cécile Goudreau continuó negando con movimientos de cabeza, aun cuando más lenta y más amargamente que antes, y al final dijo como si cada palabra fuese un martillazo:

—Se ha matado en lugar de usted y ha echado a pique su barco…

En aquel momento, la canonesa se dejó caer de rodillas y profirió unos dolorosos gemidos que parecían los gritos intensamente humanos, casi infantiles, de un delfín que hubiera sido extraído bruscamente del agua, y escondió el rostro en el delantal en un intento de ahogar un sollozo al que dio libertad por medio de una sucesión de vibraciones breves, espasmódicas, disminuyentes, que volvieron a comenzar nuevamente con cada erupción de lágrimas y con los mismos gemidos. Con el fin de poder entregarse mejor a su desesperación, la canonesa decidió abandonar la postura en que se hallaba y sentarse. Cécile Goudreau, con una

obsesiva tozudez que, sin duda, la reciente dosis de opio había hecho más exorbitante, había asido el rostro de Grandsailles y hundía las garras de las manos en las órbitas secas del conde, llenas de sueños, y las pasaba en todas direcciones, como si por medio de este ansioso masaje esperase arrancarle la evidencia de algún debilitamiento de su impasibilidad. Y continuó repitiendo de modo que era al mismo tiempo suplicante, quejoso y zalamero:

—¡Vamos! ¡Llore! ¡Llore! ¿Por qué no llora usted? Grandsailles, que había soportado este diluvio con estoica indiferencia, detuvo repentinamente el movimiento de las manos de Cécile, la cogió de las muñecas, pequeñas y lívidas, que sólo parecían estar esperando que este hecho se produjese, con una sola y autoritaria mano, y dijo:

—¿Por qué quiere usted que llore por un acto de mi amigo que me llena de orgullo?

Cécile logró liberar una mano del apretón del conde, que se había hecho afectuoso, la levantó y acarició un mechón de la gris cabellera de su amigo, cabellera que raramente estaba despeinada. Y con los ojos llenos de lágrimas y clavando la mirada en los que se negaban a llorar, dijo a Grandsailles, con acento infinitamente dulce de reproche:

—Compréndalo… ¡Pobre
D'Orminy!
¡Ya no tendremos que volver a escuchar sus pestilentes secretos!…

Luego dio la vuelta y con brusquedad se dirigió rápidamente hacia el espejo mientras se ajustaba el velo como si se dispusiera a ausentarse.

—¿No pensará usted abandonarme ahora?

Cécile volvió ligeramente la cabeza en dirección al conde y mirándole a través del velo con el que ya se había cubierto el rostro, contestó:

—¡Sí! Me quedaré aquí.

—
D'Orminy
quería que fuese usted con nosotros. Queremos que vaya usted a Norteamérica con nosotros —dijo con tímida energía Grandsailles.

La humilde reacción de Cécile ante la debilidad de él consistió en abrir presurosamente el bolsito que llevaba, sacar de él varios

fabulosos collares de perlas y arrojarlos al lecho con un gesto de hastío.

—Oiga —dijo—, póngaselos a su canonesa. Acaso sean de utilidad para usted. Yo ya no necesito nada. Son regalos… de
D'Orminy,
¿comprende usted? Pertenecieron a su amante, a la condesa Mihakowska. Ella me los entregó. ¿Recuerda usted a aquella pobrecilla? ¡Y sabe usted bien el modo como él la obligaba a recoger esas perlas, una a una, con los dientes!

—Sí. Oí referir esa historia; pero jamás le di crédito.

—Es tan cierta como la luz del día.
D'Orminy
solía atarle las manos a la espalda, y ella se arrodillaba… ¡Qué nos importa todo eso…, ahora ni nunca!

Cécile Goudreau había recobrado de nuevo la serenidad. Esperaba que haciendo que su conversación estuviese más teñida de indiferencia que nunca, conseguiría que Grandsailles aceptase las perlas, que ella había guardado nuevamente en el bolsito, el cual había arrojado al lecho.

—No representa un sacrificio para mí no ir con ustedes —continuó—. El corazón me dice ininterrumpidamente: «¡No está bien que vayas, no está bien!». Vuelvo a París… a mi leonera… a mi opio… al verde musgo… a la tumba familiar… Ya no la temo. Me quedaré junto a los muertos.

En aquel momento, la sirena lanzó la quejosa señal primera de partida. Se arrastró largamente por el espacio, y cesó cuando Grandsailles, sabiendo que todos los esfuerzos por hacer que Cécile variase de resolución serían inútiles, decía:

—Nuestra marcha ha costado ya la vida a
D'Orminy.
Lo único que tiene usted que hacer para variar el curso de su destino es quitarse el velo. Estamos aquí en completa seguridad. He hablado con el capitán por espacio de media hora. Luego no podrá marcharse, por mucho que lo desee.

—No querré hacerlo. Jamás me separaré de mis sentimientos —replicó ella presurosamente.

—Lo sé —dijo Grandsailles como si intentase dejarse convencer —. No tendría sentido arrastrarla hacia Norteamérica.

Cécile Goudreau se había aproximado a él. Estaba dispuesta para marcharse, y dijo con una desconcertante sombra de coquetería:

—¿Qué sabe usted acerca de mis sentimientos? ¿Se ha preguntado alguna vez si acaso estaré enamorada de usted? —Y se rió de él con una dulzura tan cándida, tan sincera, que en un solo instante semejó haber rejuvenecido diez años. Luego, se retiró el velo que le cubría el rostro—. De todos modos, béseme.

Se abrazaron fervientemente, y ella se marchó. Y Grandsailles comprendió que había descubierto que un ser otoñal con los arcos iris de noviembre de ella podía suscitar deseos.

Habiendo dejado atrás el puerto de Casablanca, el *Frangois Coppée*, tres horas después, navegaba en mar abierto bajo una brillante luna algo abollada como la cacerola de una reina de gitanos.

—Ya no quiero pensar en nada. Quiero solamente dormir hasta que lleguemos a Buenos Aires… ¡Si la canonesa dejase de sollozar!…

La canonesa se había mostrado ansiosa por partir, le había atormentado con la expresión de su deseo de que iniciase el viaje, de que fuese el primero en hacerlo. Y desde el momento en que el barco levó anclas, había comenzado a llorar ininterrumpidamente.

TERCERA PARTE
EL PRECIO DE LA VICTORIA

VI. «LA FORZA DEL DESTINO»

Durante los veintitrés días de travesía desde Casablanca a Buenos Aires, el conde olvidó casi por completo no sólo los episodios de las dramáticas conspiraciones e intrigas en que había intervenido, sino también la existencia misma de la guerra. Incapaz de ver con claridad lo que pudiera haber tras la niebla absoluta de sus futuras actividades políticas, y con ese caprichoso absolutismo que caracterizaba aún las más mínimas de sus absorciones y abstenciones, el conde decidió cerrar las puertas de la memoria a todo lo que pudiera ocasionarle el más mínimo desasosiego, en tanto que dejaba una rendija de tolerancia para las representaciones del placer.

De este modo, y a pesar de haberse prometido una quietud restauradora, unas vacaciones de «amnesia vegetativa» en el limbo de su cerebro, el conde se vio prontamente asaltado de manera indeclinable por evocaciones alucinantes y tenaces de su libido, demasiado tiempo acechadas por los riesgos de su actividad cotidiana, que había cesado bruscamente. La imaginación de Grandsailles se convirtió prontamente en presa y en «pasto» de una serie de interminables ensueños ásperos. Piedras translúcidas de los mismos grandes temas de la magia simpática y de las posesiones imaginadas rodaban monótonamente por la arena impelidas por las ondas, como si hubieran de perfeccionarse y pulirse; duras piedras, que se habían vuelto grises, como antiguos y centelleantes ardores, resucitaron de las cenizas del olvido… Y todos los recuerdos, reales o imaginados, de sus prolijas experiencias de amor desparramados desordenadamente a lo largo de la imprecisa costa de su vida, fueron reunidos y ordenados por su libido en el gran vaso jerárquico y opalescente de su sibarítico egoísmo, en el cual

guardaba el tesoro del placer secreto. Con los golpes constantes y hábiles del martillo y del cincel de su obsesión y de su perversa abstinencia, Grandsailles pudo descargar a su voluntad más y más desazonadores y nuevos relámpagos mágicos…, obtenidos, no obstante, a costa de una pérdida de la retina cerebral, del tuétano visual, de la sustancia medular.

No parecía sino que el último y rápido beso de Cécile Goudreau, el cual, a pesar de las dramáticas circunstancias de la separación, había producido un efecto tan desconcertante, hubiera estimulado y agudizado todos sus sentidos para hacerlos más ardientes. Y si en su recuerdo del episodio de Malta, tan densamente impregnado de emoción, quedaba solamente una inactiva tela de araña cubierta de polvo y de las manchas negras y siniestras de las muertes de sus tres acompañantes, todos enterrados, por decirlo así, en un rincón oscuro del establo en el que dormitaban los animales domésticos de sus instintos políticos, el inesperado beso de Cécile estaba todavía vivo y con una emoción aún más intensa que la que había experimentado en el momento en que se produjo. Era como si cada vez que evocaba la imagen de Cécile a través de los velos grises que sobre él cayeron desde aquel momento, a pesar del tiempo y de la distancia, ella tuviera la facultad de renovar el aguijonazo infligido al deseo de él por medio de una especie de lengua invisible, rápida, ardiente y tan fría como la de una serpiente. ¿Cómo podría haber sospechado Grandsailles una cosa semejante? ¡Cuántas y cuán largas noches había pasado hablando con Cécile, a solas con ella, sin más testigos que las cuatro cabezas de las pieles de oso, ambos sumergidos en el raso de la atmósfera propicia de la leonera que era el fumadero de opio y sin que ni siquiera una chispa de ansia carnal se hubiera encendido en las cumbres, frecuentemente secas, de las prolongadas continencias de él!…

Cécile se le presentaba ataviada con unos atributos en que se combinaban los matices infinitamente atrayentes de la malicia y la ternura. Con sus piernas impecablemente perfectas, él la había visto con frecuencia surgir, silenciosa y obediente, de los lugares en que sus orgías y sus bacanales más gnósticas y más imaginativas se consumaban; y no era insólito que en la culminación de sus escenas perturbadoras fuese, en el último momento, el rostro de Cécile el que reemplazase al habitual de la honorable *lady* Chidester-Ames,

quien, a su vez, había proporcionado hasta entonces la corporeidad humana necesaria de determinados faunos de piernas perfectas y cuerpo ambiguo de hermafrodita, cubiertos por una piel tersa y reluciente.

Más si la imagen de Cécile asía en aquellos momentos la brida de oro de las extravagantes cabalgatas de su lascivia, atalajadas a las panteras que se habían revolcado en el barro de su perversidad, un solo ser parecía por otra parte destacarse de aquella parte de sí mismo tan atormentada por bajos apetitos, un solo ser que surgía cada vez más victoriosamente de las duras pruebas del deseo más exigente del conde, un solo ser que comenzaba a hacerse semidivino para él: Solange de Cléda, que se había abierto camino hacia él a través de los muros de su orgullo, armada solamente con la dignidad y la belleza de su imagen, su imagen desnuda, que transponía los abismos espinosos y profundos emponzoñados por las víboras de la insultante injusticia del desdén a que el conde había intentado confinarla. ¡Sí! El conde ya no lo ocultaba a sí mismo desde el momento en que embarcó en la nave y cuando su espíritu, absorto durante tanto tiempo por la tragedia de su patria, disponía nuevamente de la holganza para ocuparse detenidamente de ella. El conde había percibido que abrigaba un sincero y profundo remordimiento por su conducta inhumana, inflexible y despiadada para el único ser que, lo sabía, le adoraba con una pasión plenamente absorbente.

¡Solange de Cléda! La entreveía como a una fuente Luis XIV, perfecta y transparente, en la cual se transfiguraban todos los atributos de su personalidad arquitectónicamente en los preciosos metales en que su espíritu estaba «montado» y que la servían de accesorio y pedestal. El conde solía mirarla y no verla; cincelada en una geometría celestial, solamente las «sedas» de la roca cristalina de su alma eran visibles en su limpidez. Mas si el espíritu de Solange, a causa de su translúcida pureza, le parecía más y más inaccesible a los sentidos, todo lo que podría llamarse la ornamentación de «su fuente» ya no se le presentaba como atributos ligeros y virtuales. Contrariamente, cada hoja de su recato y cada guirnalda de su gracia estaban cinceladas con detalles minuciosos y un arte refinado, como en una rara obra maestra de joyería, de modo que los motivos esculturados, ejecutados elaboradamente en

el opaco metal de la orla, sólo servían para contrapesar la lisa y despejada diafanidad del receptáculo que se erguía en el centro de su recóndito ser. ¡Qué rigor más incomprometedor e injustificado había empleado él para con ella! ¿Había querido ella casarse con él? ¿Qué había de malo en ello, si era producto del espoleo de su pasión? ¿Qué no habría hecho él por conseguir una pizca de autoridad en el alma de su patria…, la cual, acaso para castigarlo por su orgullo, le había condenado, a su vez, con igual injusticia, a las torturadoras elegías del ostracismo?

Solange podría haber sido una esposa incomparable, del mismo modo que
D'Orminy
había sido uno de sus mejores amigos sin que él lo hubiera sospechado jamás; del mismo modo que Cécile poseía virtudes demoníacas tan potentes como las de *lady* Chidester-Ames, para despertar los torturadores maleficios de los vicios de él.

El barco avanzaba al ritmo monótono de sus máquinas. Los ojos del conde, que siempre habían estado sellados para las demandas de su indomable carácter, se abrieron al fin como fruto de sus recientes experiencias. Pero ¿no sería demasiado tarde? Ante las millas de océano Atlántico que eran devoradas impasiblemente en cada hora de su viaje, la desavenencia con Solange se le presentaba progresivamente como una gota de agua salada, más y más pequeña a cada momento que transcurría, hasta el punto de que terminaba por evaporarse sin dejar otra huella de sí que no fuese un sabor ligeramente amargo.

«A nadie he amado, salvo a ella», se repetía Grandsailles. Y se prometió iniciar una correspondencia epistolar y amorosa con ella tan pronto como llegase a América. ¿Podría ella hacer el viaje para reunirse con él? Y aquel hombre que no había dedicado ni un solo pensamiento al pobre Fouseret, a quien el suicidio de
D'Orminy
no había podido arrancar ni una sola lágrima, recordó con infinita emoción la última frase que había oído pronunciar a Solange cuando la trató de manera insultante y comenzó a bajar las escaleras sin decir ni una sola palabra de despedida: «¡Cuídese!». Renunciando a todos los esfuerzos por defenderse, Solange había pensado en él y lo había expresado con aquellas palabras

pronunciadas en un tono profundamente amante, doloroso, lleno de ternura maternal.

Y en tanto que el *Frangois Coppée* dejaba tras de sí los remolinos efímeros y espumosos de las etapas de su viaje, el conde de Grandsailles, saliendo a la luz del día después de cada una de sus negras y sensuales fantasmagorías tiránicas, solía mover imperceptiblemente los labios y repetirse silenciosamente: «¡Cuídese! ¡Cuídese!». Había sido preciso todo un océano de amargura para humedecer sus ojos: «La amargura y la deshonra de la guerra tuvieron que apoderarse de mí para que sintiera que por fin estabas penetrando en mi corazón, Solange de Cléda».

En el techo del camarote, la imagen de las ondas marinas desfilaban invertidamente. El conde cerró los ojos y con una agudeza visual desacostumbrada e hiperestésica vio cabalgatas y triunfos como los que se describen en *Le Songe de Poliptote*, pintadas por Piero della Francesca. Si deseaba examinar algún fragmento de una de sus imaginaciones de modo reposado, solamente tenía que atirantar los músculos de los párpados. Esto parecía enfocar exactamente el diafragma de sus alucinaciones hipnóticas, lo que le permitía descifrar las inscripciones enigmáticas de todos los trofeos y saborear los cincelados motivos florales de los radios de las ruedas del carro que giraban en torno al cubo de ágata negra en que veía perfectamente algunas vetas blancas.

Gracias a esta facultad de irritar sus visualizaciones hasta un punto de cegadora claridad, podía, concentrándose en una fugitiva sonrisa, ver inmediatamente las líneas curvas de las benditas depravaciones grabadas tan agudamente como en una escultura de Carpeaux y así entrever las detalladas anomalías de cada uno de los dientes, puros, humedecidos por la saliva, a los que, a su vez, su imaginación humedecía uno a uno. Podía aún distinguir a través de los velos extendidos sobre sus cuerpos, los variados matices del color rosado salmón de los cuerpos de las ninfas.

Todos los carros de la perversión pasaban ante su vista, arrastrados por diferentes seres: por druidas coronados de hojas, que llevaban vasos de topacio de «líquidos deseos», por unicornios con nalgas femeninas; por toros de blancor de espuma; por leones con rostros de ángel… Cécile y *lady* Chidester-Ames, vestidas con pieles de manatíes, abrían la procesión y aplicaban sus látigos de

ramas de mirto, que dejaban marcas en forma de mirto en la carne de los esclavos de las amantes del conde, a quienes Grandsailles ponía los nombres de amantes famosos en la antigüedad: Celta Morgana, la que se convirtió en un río de leche; Alimbrica, la de las encías blancas; la gentil Hemophia, que adoraba la sangre; Corina, que tenía pechos infantiles; y Nacrea… Más en el centro de esta multitud, dócil a sus placeres especiales, podía ver una carroza, la principal, que era al mismo tiempo tumba y fuente de Adonis. En aquella carroza reposaba el caballo de la infelicidad, un caballo joven y completamente blanco, y sobre él iba sentada Solange como una reina, feliz aunque un poco aterrorizada, agarrada con ambas manos a las crines del animal por miedo a caer sobre el ejército de sus antiguas y bellas rivales, quienes hacían gestos elegiacos. Solange de Cléda llevaba un vestido de oro azul y su carroza iba arrastrada por seis centauros de la raza de Ixión atalajados por medio de unas fuertes cadenas de bronce y de formas planas. ¡Dios mío, cuán proporcionada era la forma plana de aquellas cadenas de bronce! El conde las tomaba imaginativamente de su reloj Luis XVI, una de sus últimas adquisiciones, antes de salir de París. El conde de Grandsailles tenía el hábito de mezclar las amantes que había tenido con las antigüedades que adquiría.

«Sin embargo, ninguno de mis sentimientos —solía repetirse— podría ser grabado en piedra… Es posible que sean arpías ligeramente gibosas, si así lo queréis, pero sus jorobas forman un semicírculo ornamental; y el conjunto está enmarcado por nobles hojas de acanto». Solange de Cléda era entonces *la dama*… El conde la recordaba erguida en la llanura de la Creux de Libreux, la llanura iluminada, y el pensamiento de su tierra se presentaba ante sus ojos en tanto que observaba desdeñosamente el correr del mar hacia la proa del barco. El mar es amargo para algunos de los que lo aman: los románticos; y otros son amargos para el mar: los clásicos. Grandsailles pertenecía a este último grupo; y por saberlo, el Océano se oscurecía melancólicamente en tanto que el conde de Grandsailles sonreía viendo aproximarse los límites concisos del nuevo continente.

Desde su regreso a Norteamérica, Barbara Stevens, Verónica, Betka y el hijo de ésta, en compañía de la señorita Andrews, vivieron en una de las propiedades de Barbara que estaba enclavada

en el centro del desierto, cerca de Palm Springs. Allí, en torno al palacio-hacienda, no había huellas de la ordenada y musgosa vegetación de Francia. Solamente había espacios sembrados de rocas que miraban al duro cielo con sus vacíos agujeros. Y en tanto que Barbara se mantenía en el interior de la vivienda para atender los cuidados que requería el delicado estado de su corazón, Verónica pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre gastándose el corazón, galopando a caballo, pisoteándose el corazón, por así decirlo, bajo los cascos del caballo, que arrancaban vivas chispas de fuego a las rocas, cuyos fragmentos se convertían en áspera turmalina, y asustando a los grandes lagartos reales que eran tan suaves como «queso de pulidas turmalinas» y se arrastraban sin herirse entre las espinas de los viejos cactos heridos en los flancos. Todas las tardes, en las horas del anochecer, tales cactos formaban grupos de gesticulaciones congeladas, de *viae crucis* y de «descensos de la cruz» que se destacaban en forma de siluetas ante las ágatas de los crepúsculos.

Verónica acostumbraba cabalgar su caballo castaño con la redonda frente inclinada y curvada como una voluta amenazadora de obstinación, apretando con las pinzas de madreperla de sus muslos los flancos del animal y fundiéndose con él en una perlina comunión de sudor. De este modo vivía, cabalgando su quimera y conservando una fe absoluta en la imagen del «hombre con el rostro oculto»; y entre el húmedo y oscuro sótano de la casa del Quai des Orfévres en que se conocieron y el barro calcinado y radiante por el cual el caballo de su impaciencia exaltaba su esperanza, sólo existía la heroica y desierta aridez del amor. Todas las noches, la constelación de los tres diamantes que era la cruz que ella le había entregado, solía aparecer temblorosamente en el cielo. ¿En qué latitudes se hallaría en aquellos momentos aquella cruz que se aproximaba a ella? Pues la cruz brillaba de manera diferente según las indecisiones de su corazón. Con toda su curativa saliva seca por el violento ejercicio de equitación, Verónica solía borrar una tras otra las huellas de las cicatrices que surcaban la faz de su héroe, de modo que pronto pudiera verse libre del abrazo protector de su casco, de tal forma que éste pudiera abrirse como una cáscara de huevo. Entonces, él iría en busca de ella; y no tendría otro estigma que el de la gloria. (¡Galope, galope, galope! ¡Delirio del galopar,

espuelas, sillas de la castidad, amargura y viento!… ¡Todo acicate y látigo!).

Dos cortinas se hallaban a punto de levantarse en el lejano horizonte de la trágica vida de Verónica. La primera de ellas era enteramente negra y portaba esta inscripción: «Nada es más cierto que la muerte». Y ésta fue la cortina del duelo por su madre, quien murió a consecuencia de la enfermedad de corazón que padecía al cabo de un mes de su llegada a Norteamérica. La segunda de tales cortinas era una bandera de puro blanco, tenía una intensa fragancia de sándalo y en ella podían descifrarse cuatro letras griegas formadas por el bordado entrelazado de unas flores: IMHN, que significa «virginidad». Esta cortina estaba corrida ante una fuente para ocultar lo que tras ella había, y allá estaba Verónica con el desgarrado velo unido al cuerpo de la fuente de forma humana que era Adonis. En un acceso de timidez y de recato virginal, Verónica habíase arañado y ensangrentado el rostro, y lo tenía vergonzosamente escondido y enmascarado tras dos ramas de mirto.

La muerte de Barbara Stevens despertó el dormido amor filial de Verónica con su ausencia de dolor, del mismo modo que las campanas de la iglesia despiertan a veces al dormido cuando cesan de sonar. Verónica comenzó a amar a su madre porque había vivido desconocedora de la existencia de Barbara y porque se conmovió tan poco por su muerte. Y puesto que sus ojos no se cegaron por la confusión de la emoción, Verónica pudo ver «cómo era», y la muerte se le antojó similar a la imagen del hombre del rostro oculto. Y de este modo, su pasión se hizo peligrosamente mórbida; y su creciente amor y la veneración a su madre se fundieron con la pasión por el hombre del casco; y la existencia de él se le presentó tan cierta como la misma muerte de su madre, cuyo rostro, que había sido una cosa de tan poca importancia, ya comenzaba a desaparecer en tanto que la dulzura de aquellos dos sentimientos se emparejaba. La crucecita se tiñó de siniestros reflejos de eclipse y de estrellas, y cada uno de los pequeños diamantes volvió a convertirse en uno de los clavos de Cristo crucificado.

Pues fue como si la muerte de Barbara Stevens en vez de calmar la impetuosa ansiedad de su hija aumentase su frenesí hasta un punto exagerado, del mismo modo que agudizó todas sus

obsesiones. Su insociabilidad, también, se tiñó de una irascibilidad patológica. Por las noches, cuando regresaba de sus locas carreras a través del desierto, Verónica solía subir al piso alto y encerrarse en sus habitaciones, como si temiese que alguien pudiera llegar y perturbar sus sueños. Desoyendo todas las convenciones, cruzaba el ancho patio cubierto que estaba atestado de abogados, periodistas y hombres de negocios que esperaban día tras día a que se les fijase fecha para una entrevista. Como si estuviera poseída de los espíritus malos, con el rostro fruncido, Verónica se desvanecía como una ráfaga de viento sin apenas ofrecer más muestras de haber percibido la presencia de otras personas que un ligero movimiento de la mano con la que llevaba el látigo. Afortunadamente, la entera e ilimitada devoción de Betka, secundada obstinadamente por la de la señorita Andrews, ofrecía compensaciones por la indiferencia de Verónica. Betka arrojó sobre sí la carga de defender los grandes intereses de la rica heredera y acertó a llevarlos con prudencia y sabiduría. Más Verónica, lejos de agradecérselo y de agradecerle las largas horas de trabajo y sacrificios, se resistió por todo esto. Sí, en Verónica se desarrolló un profundo resentimiento contra Betka: Betka se entremezclaba en sus asuntos de negocios, aun cuando Verónica sabía perfectamente que lo hacía en beneficio suyo; Betka tenía un hijo; y este hijo, decía Verónica, detestaba a su madre; a Betka se le habían arrugado los pechos; Betka intentaba fisgar en sus sentimientos secretos; Betka admiraba excesivamente su propio cuerpo; Betka… Sobre todo, Verónica se dolía del hecho de que Betka se hubiera negado siempre a oír sus confidencias pasionales: nunca, nunca había condescendido a aproximarse al incipiente delirio de Verónica.

En realidad, la única acción mala de que Betka era culpable era ésta: jamás había prestado oídos a estas efusiones del corazón que eran la única razón de que Verónica buscase su amistad. «¡Qué dureza!» Verónica se enojaba furiosamente y terminaba irritándose continuamente y diciéndose: «¡De qué modo se ha escabullido siempre para evitar hablar de él…, del hombre del rostro oculto!». Por su parte, Verónica, a causa de lo desmedido de su orgullo, antes habría preferido morir que abordar un tema respecto al cual su amiga se mostraba tan amargamente hostil. Era como si *Baba*, de este modo excluido de la vida común de ambas, hubiera sido el

amante de Betka…

Y así fue como su recíproco y tácito silencio sobre el tema esencial las separó e hizo su amistad todavía más dura y exaltada, más exaltada y sutil que antes, puesto que estaba a cada momento más insatisfecha y era más erizada, preciosa y saturada de infelicidad, como un diamante que tuviera unas gotas de acíbar en su centro. Betka, a su vez, sufría en silencio, atormentada por las mil y una torturas de los celos, no respecto a *Baba*, a quien había olvidado, sino respecto a esa multiplicidad de placeres centrífugos de los arcos hinchados por la sangre que forman el hombre y que ella sabía que eran los que mantenían el organismo biológico, puro e intacto de Verónica en un estado de alucinación, de expectación; y sentía que a cada momento que transcurría, su amiga se separaba más y más de su vida. Sí, el hombre que aparecería en cualquier momento podría no ser el enemigo de ella, que había renunciado al hombre como amigo… Peor que su enemigo: era su verdugo. Que fuese el ser impasible de las facciones borrosas escogido por Verónica, o que fuese otro hombre con un rostro más real, era algo que carecía de importancia. ¡De qué modo le odiaba ya Betka! Pues aquel hombre, a causa del sentido de lo Absoluto de su amiga, estaba destinado a señalar el fin irreparable de todo lo que había entre ellas dos; y tal fin sería el comienzo de su odio, de un odio recíproco… Betka odiaría a su amiga… ¿Sería posible?

En tanto que esperaba que se presentase el hombre, Verónica y Betka disputaban ya silenciosamente por causa del niño, el niño de Betka; y mientras ambas se sentaban de manera que sus perfiles seguían una misma línea, como en los antiguos camafeos que representaban una escena de circuncisión, una de ellas solía coger al niño de un brazo y la otra de una pierna; y sus manos respectivas, en lugar de ofrecer la caricia que simulaban, parecían más bien presionar en la carne del niño como garras posesoras. ¿Cómo habrían de compartir ambas a aquel que no las distinguía en su afecto más que si ambas fuesen una sola? ¡Dos, que debían haber sido una! ¡Una para él; y para ellas, dos!

Entre Verónica y Betka se representaba todas las noches un pequeño drama al que seguía un gajo de la amarga mandarina de la reconciliación, una batalla constante que gradualmente iba royendo su amistad. En una de tales ocasiones, cuando Verónica había

tratado a Betka más crudamente y la había sujetado a sus caprichos extremados y había llegado hasta el punto de expulsarla de la casa, después de lo cual le pidió inmediatamente que se quedase, la hizo llorar; la consoló y volvió a hacerla llorar; Betka, abrumada de desesperación, exclamó final y rencorosamente:

—¡No hay nada tan feroz como una amiga enojada!

Y dijo la verdad; pues las amigas tienen unos dientes agudos y conformados como arpones, y sus bocas son como nidos llenos de flechas que los cupidos llevan en aljabas labradas en finas mucosidades que penden de bandas colgadas de sus hombros.

En otra ocasión, los acontecimientos tomaron un aspecto aún más grave, cuando Verónica hirió la pierna del niño con un zumbador golpe de su látigo. Devorada inmediatamente por el remordimiento, Verónica corrió al exterior, ensilló el caballo y se perdió en la oscuridad de la noche, entre una violenta tormenta de arena; y Betka, a su vez, hubo de galopar tras ella por temor a que en el estado de desequilibrio en que se hallaba pudiera hacer algo desesperado. Finalmente, logró alcanzarla. Verónica, con las órbitas bañadas por la luz de la luna nueva no parecía ver y tenía los ojos llenos de arena. Por primera vez, Betka tuvo el valor de decirle:

—¡Terminarás por matarte si continúas pensando en un espantoso inválido! Sabes que hasta ahora te he ocultado que conozco la horrible naturaleza de tu aberración, y ya nos detestas a los dos, a mi hijo y a mí a causa de él, del hombre cuyo rostro no viste jamás y cuya voz nunca has oído.

—Sí que estoy enferma. Iré a consultar con un médico, pero no para que me cure de esto, sino para hacer que busque para mí lo que necesito. ¡Estoy loca!

Verónica había pronunciado estas palabras en un estallido de resentimiento. Y al mismo tiempo, se calmó como un hierro calentado hasta un punto de rojez cuando se vuelve blanco, tranquila y concentrada como una estatua ciega de la locura, como una demente que contemplase su quimera… Luego, repitió:

—¡Mi médico me ayudará a encontrarlo! Tú te quedarás aquí para cuidarte y cuidar a tu hijo. Eres estúpida. Me iré para buscar a mi horroroso inválido. Me seduce la fragmentación. En mis días de infancia, prefería las muñecas sin cabeza. Lo mismo sucede a los insectos… Los he observado en el desierto. Mutilación…, ¡qué

hermoso espejismo! Solamente tienen nobleza los dioses rotos, los Apolos mutilados, los rostros sin nariz de los filósofos… En cuanto a ti, lo mismo que la santa Águeda que veo todas las tardes en la Misión, siempre que he querido amarte he sentido el deseo de cortarte los pechos.

Al día siguiente, Verónica fue sola a Nueva York; y Betka, el niño y la señorita Andrews permanecieron en Palm Springs. Verónica se instaló suntuosamente en la mansión de Park Avenue que había heredado de su madre. Siempre había sido excesivamente frígida, y por esta causa quiso rodearse de un ambiente cálido y acariciante, tejido con hierbecitas de capricho y plumas de ilusión. Su adolescente feminidad se asomaba a las ventanas de su alma. Y esta última, como una tórtola, iba y venía y llevaba en el pico manojitos de paja nupcial. Era como si Verónica estuviese haciendo su nido; y en realidad, con su instinto semianimal, estaba haciendo su nido.

Los anticuarios fueron como pajaritos disecados que llevasen lacitos en el cuello, y la ayudaron ceremoniosamente a hacer su nido, saltando con las manos llenas de porcelanas, que semejaban huevos raros, en torno a su fortuna, en minués en los cuales nada se rompía. La vida violenta de amazona que recientemente había llevado le parecía ya un suplicio de Tántalo en el cual su cuerpo impetuoso tendía oscura y desesperadamente a disgregarse, sin lograrlo. ¡Basta de piedrecitas agudas como cuchillos, basta de desiertos de amor! Libre, libre, al fin, de Betka y de su hijo, de los caballos y del sol y de aquel viento calcinante que todavía se le adhería a la piel de las mejillas y hacía que sus dientes rechinasen con la arena árida de los ríos de los sueños, que presagiaban el Nilo de su época de sequedad… «Ahora, cuando estoy preparada para mi mutilación, quiero librarme de ella». Mas en lugar de esto, la guerra continuó su avance y envolvió en su manto a su patria, y Verónica percibió que la daga fría de Japón se introducía en la carne de su problema personal, en la que abría una brecha de agua helada que cerraba la brecha deseada de la efusión.

Su nido estuvo concluido el mismo día en que sucedió la tragedia de Pearl Harbor. Y en el remolino de humo negro, con los esqueletos acerados de los barcos norteamericanos retorcidos y contraídos como los brazos de una colosal estrella de mar

moribunda, hundidos bajo un cielo sin estrellas, Verónica percibió que la decisión del propio Sacrificio por su patria se arrastraba por la piel con las banderas de antiguas victorias, y su voluntad se agitó como la bandera sembrada de estrellas. Verónica no solamente amaba a su patria, sino que, además, se identificaba con ella. ¿La fuente de Adonis? ¿La tumba de Adonis? ¡Él, y solamente él! Viva o muerta, real o irreal, era el único que perduraba en sus pensamientos, y mucho más desde el momento en que el propio rostro de ella iba a ser ocultado por el remolino de la guerra, ya que cuando la rendija de su boca se preparara para abrirse iba a ser cubierta por la blanca membrana del himen del sacrificio, por la máscara jadeante que presta un toque oculto a los rostros de las ayudantes de los cirujanos.

Pues Verónica había decidido hacerse enfermera y decidió pedir específicamente que se le encargase del cuidado de diversos heridos. Quería acercarse a la guerra, a lo más agudo y cortante que pudiera ofrecerle. Además, durante los dos meses transcurridos desde su llegada a Nueva York, los recursos de seducción de la ciudad se habían agotado. Muy frecuentemente se había dicho Verónica, durante tal período y haciendo un experimento de cinismo que no armonizaba con ella: «Al fin, puedo concederme un descanso de la agotadora tortura de la salud y del aire libre, y trastornarme el hígado de una buena manera burguesa en la confortante y vigorizadora atmósfera de los clubs nocturnos, con una paja adherida a la comisura de los labios y tomando una bebida alcohólica que me revuelve el estómago, pero que me produce la ilusión durante una hora u hora y media diarias de que soy inteligente».

Verónica dejó caer la paja que tenía en los labios con disgusto, y, en lugar de visitar los clubs nocturnos, comenzó a ver al doctor Alean, un psiquiatra con quien había trabado amistad cuando se encontraron al regresar a Norteamérica en el mismo barco: el *Excalibur*. Verónica quería obtener dos cosas de él: ayuda para recobrar el equilibrio moral, y relaciones a través de las cuales pudiera obtener un puesto de enfermera en algún hospital. Sin ser guapo, el doctor Alean podía ser atractivo gracias a la viveza de su inteligencia; ofrecía la impresión de que se estaba jugando constantemente al escondite con su ingenio en la extensión,

demasiado desnuda y lisa, de su rostro, que estaba ennoblecida por la constante agitación del pensamiento. Pero Verónica sabía demasiado del psicoanálisis para que pudiera ser víctima de su tendencia natural hacia la «transferencia» y pudo limitar su necesidad a verlo, en ocasiones, dos veces diarias y en cultivar una amistad sencilla y fiel, una amistad, no obstante, a la cual sabía que se vería obligada a sacrificar mucho de sí misma, acaso demasiado, tan pronto como el médico lo requiriese.

Todo cuanto se moría de ganas de decir, aunque jamás lo había dicho, a Betka, a quien había adorado y a quien se hallaba a punto de odiar, podía y hasta debía decirlo a Alean, por quien no experimentaba otra inclinación que la que le producía la confesión de sus delirantes fantasías, ya que siempre se hallaba obsesionada por el tema iónico del hombre del rostro oculto. Estas confesiones la aproximaron más y más a Alean en una promiscuidad de hábitos confidenciales, los cuales hicieron que sus entrevistas fuesen a cada momento más indispensables y, lo que es peor, más insustituibles. ¿Qué otra persona podría haberla escuchado con una comprensión tan perspicaz? De este modo, cuando Alean, durante el curso del tratamiento, anunció a Verónica que iba a partir para África con el fin de unirse al ejército francés que luchaba en Siria, la manifestación constituyó un golpe tan violento para Verónica y su reacción fue tan grande, que pareció incapaz de sobreponerse a su disgusto. Para acostumbrarla a la idea de que las entrevistas habrían de concluir forzosamente, decidieron celebrarlas con intervalos más largos y reducirlas hasta el mínimo más estricto. La melancolía de Verónica se iluminó entonces por las luces encendidas de aquellas noches interminables y sin sueño en las cuales el insomnio con sus ojos que nunca se cerraban y en los cuales anidaban las avispas, se sentaba al lado de ella con su larga túnica de la que los granos de las horas caían uno a uno.

Alean le había aconsejado insistentemente que regresase a Palm Springs; pero Verónica se encontró a cada momento más incapaz de pensar sin estremecerse en el lugar en que su madre había muerto. ¿Qué había sido de la energía, de la fuerza de voluntad, de la cabriolante e inmaculada salud de caballo de pura sangre que habían hecho de ella una fortaleza irreductible? La mente propone y el subconsciente dispone; y en lugar del valor activo que se había

prometido a sí misma, sucedió como si las torres de su alma se hubiesen hundido repentinamente ante el sonido de la guerra, del mismo modo que los muros de Jericó se hundieron cuando sonó la trompeta del Macabeo. Pues el caballero sin rostro de la obsesión que asediaba su fortaleza había cumplido los siete círculos requeridos en torno al fuerte de su virginidad. La partida de Alean se retrasó, fue aplazada día tras día, y esta incertidumbre fue para Verónica peor que todo lo conocido.

Así transcurrió un año, durante el cual el estado mental de Verónica se estabilizó gradualmente y se convirtió en una neblinosa confusión de la memoria y la imaginación. Tales síntomas de morbidez endémica se hacían, según el doctor Alean, más alarmantes si se tenía en cuenta que Verónica parecía comenzar a «disfrutar» buscando refugio en brazos de su propia enfermedad psíquica como si fuese el seno consolador de la única solución.

A las doce y media de la mañana, la hora masculina para una bebida rápida en el King Colé Bar del Hotel St. Regis, André Marión y Alean se encontraron.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Marión.

—He pedido un Dubonnet. ¿Qué quieres tomar tú?

—Voy a tomar una bebida pasada de moda —dijo Marión al camarero. Luego, exhalando un suspiro y volviéndose hacia Alean, añadió—: Como ves, he comenzado a adaptarme. Lo que voy a tomar se compone de agua, *whisky* y azúcar. No es excesivamente nauseabundo y produce su efecto. Lo sé desde hace un año.

—Oye, oye, amigo —dijo Alean—, ¿sabes quién está aquí?

—¡Muchísima gente! —respondió con tristeza Marión.

—¿Sabes quién está aquí? —insistió Alean en un tono de excitación.

—¿Quién? —preguntó Marión.

—¡El conde de Grandsailles!

—¡No puedo creerlo! —exclamó Marión.

—Lo encontré ayer en el Frick Museum —replicó triunfalmente Alean mientras agitaba con la varilla de cristal la anticuada bebida de su amigo.

—Se nos informó de que había muerto —objetó Marión al

mismo tiempo que trituraba con los dientes una patata frita.

—Lo sé. Un periódico de Casablanca publicó la noticia de que se había suicidado a bordo del yate del príncipe
D'Orminy.

—Escucha, amigo: todo el mundo ha muerto y todo el mundo resucita, más pronto o más tarde, aquí. Se nos dijo que el general Dutilleil había muerto en un accidente de aviación. Bien; no es cierto. Y Charles Trenet, el cantante… ¿Lo conoces?

—¿Qué ha sido de él?

—Nadie sabe nada acerca de él —dijo Marión. Ambos bebieron en silencio—. Por cierto que… ¿Sabes qué hace aquí el conde de Grandsailles?

—No ve a nadie, no da a nadie el número de su teléfono particular; pero aquí vive. Debe de estar cumpliendo alguna misión oficial. Me dijo que se marchará pronto.

—Tengo que irme —dijo repentinamente Alean—. Se me hace tarde. Voy a comer por última vez con Verónica Stevens. ¿Vives en el St. Regis?

—Sí; por ahora, sí —contestó Marión.

—Entonces, te telefonearé… y cenaremos juntos. No me digas que no estás libre. Me marcharé a Siria dentro de tres días. Conozco un lugar, una especie de bistró, donde preparan unos platos de callos deliciosos.

—Deme otra bebida pasada de moda —dijo Marión a Dominique.

Alcan había dicho la verdad; pues, exactamente una semana antes, el conde de Grandsailles había llegado a Estados Unidos, en aeroplano y procedente de Sudamérica. Había tomado dos habitaciones contiguas, una para él y otra para la canonesa, en el piso diecinueve del Hotel St. Regis. Y ya tenía amontonados en el recibidor muchos paquetes sin abrir de géneros adquiridos en diversos establecimientos. Desde su llegada a Norteamérica, so pretexto de romper con el pasado y de respetar la vida democrática de la nación que le ofrecía su hospitalidad, el conde había renunciado al usurpado título de príncipe
D'Orminy

y mantenido para los efectos de la vida cotidiana el nombre vulgar y oscuro de Jules Nodier, que era el nombre de
D'Orminy.
En determinadas ocasiones, hacía uso de la graduación de teniente retirado de éste y se ponía su uniforme de aviador. Al mismo tiempo, había contratado a dos abogados, que ya habían comenzado a luchar como gallos japoneses para servirle y que intentaban obtener cesión de derecho sobre una parte de la fortuna que
D'Orminy
había enviado a Estados Unidos cierto tiempo antes.

Los comienzos prácticos de su nueva vida fueron halagüeños; pero Nueva York carecía de encantos para él. Con la exclusividad que siempre había caracterizado las pasiones del conde, no le era posible ver ningún rostro femenino que no fuese el recordado y ya adorado de Solange de Cléda. «La vida es dura, amarga e insoportable sin Solange», se decía. Solía beber desde su llegada a Nueva York —aun cuando siempre había sido un modelo de sobriedad—, como si en el fuego de los viejos Armagnacs buscase el sabor del espíritu terrenal de su ausente y distante Libreux. «Hay dos cosas cuya ejecución no puedo retrasar —se decía todas las mañanas—. Una de ellas es enviar por conducto diplomático una larga carta a Solange; la otra es cumplir mi deber para con Randolph lo mejor que me sea posible: anunciar su muerte a Verónica Stevens y entregarle la cruz. Cuando haya cumplido este penoso deber, todo tendrá mejor aspecto para mí».

Grandsailles obtuvo por medio del doctor Alean una entrevista con Verónica Stevens. Alean había advertido a Grandsailles:

—Es una joven muy irritable. Tiene los nervios destozados; pero es posible que la salve su frescor biológico. Las gentes de este país están tan intactas, que pueden permitirse el placer de desequilibrarse de vez en cuando. Cuando llega el momento, jamás dejan de señalar la hora exacta e implacable de sus decisiones.

—Lo que he de decirle es muy doloroso para ella y muy difícil para mí —había dicho Grandsailles.

—Todo lo que contribuya a destruir su sueño le será beneficioso —contestó Alean.

—He de pedirle una cosa —había continuado diciendo Grandsailles—. Le ruego que no diga a nadie mi verdadero nombre.

He venido de incógnito, y todos mis propósitos podrían ser obstaculizados. Recuerde que soy solamente Nodier, el teniente de Aviación retirado…, aun para Verónica.

Alean había dicho a Verónica:

—Viene de Europa y trae un mensaje para usted. Insiste en ser él mismo quien se lo diga a usted todo, incluso su nombre.

Alean se sorprendió al observar que Verónica no experimentó reacción alguna. Parecía esperar aquello. Dolorida de su partida, semejaba haberse alejado de él, haberse extrañado de su amistad; y con la imaginación puesta en otra cuestión, hasta llegó a poner de manifiesto su impaciencia por poner punto final a la conversación. Alean partía para Siria al día siguiente; mas Verónica apenas se dignó dar a entender que lo supiera.

Humanizado, enriquecido e iluminado por las distantes virtudes de la excelsitud del alma de Solange de Cléda, el conde de Grandsailles percibió que las mezquindades ateas de su carácter evolucionaban en dirección a la cruz central y estable de la fe madura. Tenía cuarenta y cinco años de edad y se sorprendía al hallarse sumergido en un sentimiento que era nuevo para su corazón: la piedad. Es cierto que tal piedad contenía residuos de su narcisismo, puesto que comenzó a ejercerla primeramente para sí mismo. Solía decirse: «Me estoy haciendo viejo y, por primera vez en mi vida, me encuentro solitario; en mi prolongado y casi monástico retiro del Château de Lamotte la sociedad parisiense con sus pasiones triviales era suficiente para perturbar mi soledad; y la licenciosidad de mis amantes solía acecharme desde el exterior bajo el ojo vigilante de ese lloroso bulldog que es mi canonesa. Aquí nadie me conoce, y debo evitar encontrarme con las personas a quienes conozca, a causa de la degradante inseguridad de mi cambio de personalidad. La canonesa está triste; lo oculta lo mejor que puede, pero está triste y hasta se ha vuelto más fea…».

Antiguamente, la evolución de esta fealdad, hecha invisible en virtud del hábito, no había estado desprovista de cierta seducción diabólica que ejercía una fascinación sobre él. Pero en su actual estado de ánimo, Grandsailles solamente podía observar objetivamente el monstruoso desenvolvimiento de la fealdad de la canonesa. No experimentaba sino piedad por ella; y esto era algo a lo cual el conde no podía resignarse. No teniendo ya a nadie a quien

tiranizar, el conde creyó repentinamente que era un hombre débil. «¡Lo sé, lo sé! —se decía una y otra vez—. ¡Es una crisis de catolicismo!» Pero en lugar de pensar en este acontecimiento del modo que anteriormente habría pensado, es decir, temiéndolo como a un ataque de ciática, el conde casi deseaba que la crisis religiosa y la ciática se presentasen simultáneamente, de modo que el dolor moral y el dolor físico combinados deshiciesen el horroroso vacío de su vida.

«En cualquier caso, siempre me queda el reumatismo», se dijo en un intento por estirar la dolorida pierna, que le había obligado de nuevo a caminar dificultosamente y a recurrir al auxilio de un bastón. Aquella tarde, después de una comida tomada solitariamente en su habitación, el conde había dormido un poco y después pensó en el triste deber que había de cumplir: el de visitar a Verónica Stevens para anunciarle la muerte del teniente Randolph y entregarle la crucecita de perlas y diamantes que aquél le había confiado. «¿Dónde la habré dejado? —se preguntó el conde; y poniéndose en pie, la halló en el primer cajón que abrió—. Es conmovedor —se dijo para sí, mientras recogía la cajita de madera firmemente atada con una cuerda—, pero no puedo llevársela así. —E intentó recordar alguna caja en que pudiera guardarla. Habiendo deshecho el nudo, tomó la cruz en la mano y la examinó —. Me limitaré a llevársela en mis manos, será lo más natural». ¡De qué modo anheló que aquella cuestión hubiera estado resuelta! Pues nada de este mundo era tan deprimente para él como las escenas de llanto, el papel de consolador, para el cual siempre había sido muy torpe. En todas las ocasiones que se le habían presentado, hablaba tropezado con dificultades para reprimir un deseo de mostrarse brutal para terminar la cuestión más rápidamente.

Sin embargo, aquel día se había impuesto la voluntad de cumplir aquel deber cristiano con mayor resignación, y ya parecía estar obteniendo de su cumplimiento la imperceptible dulzura de la recompensa. Después de su aprendizaje de conspirador, ¿iría a adiestrarse en la piedad? De todos modos, le parecía que este segundo papel estaba tan destinado como el primero al fracaso. No obstante, se había impuesto otros deberes de la misma naturaleza, uno de los cuales era el de hablar a su canonesa para ayudarla a vencer la melancolía en que la veía hundirse y concederle la

oportunidad de descargarse de las razones de su amargura. Además, diariamente se recordaba la necesidad moral de escribir a Solange de Cléda para compensarla de todos los males que le había ocasionado.

«Acaso —se dijo cuando se puso en marcha para cumplir la primera tarea—, acaso sea Verónica Stevens una persona agradable y acaso mi visita me brinde la ocasión de adquirir una amistad sosegada y me provea del fondo de un salón discreto al cual pueda ir de vez en cuando».

Cuando descendió al vestíbulo del hotel, el conde descubrió que faltaban quince minutos para la hora de la cita con Verónica. El tormentoso tiempo aumentó su sed, que había aumentado considerablemente a causa de las constantes libaciones alcohólicas. Unos momentos antes, en las profundidades del sueño, envarado por una irritación de estómago, había soñado con deliciosas cascadas que se derramaban sobre musgos frescos y con brazos desnudos que se hundían hasta los hombros en fuentes heladas a cuyas orillas crecían penachos de menta. Grandsailles se dijo al entrar en el King Colé Bar: «Voy a beber un poco de agua mineral helada, pero me he jurado que nunca más probaré una gota de alcohol». El bar estaba en aquel momento totalmente desierto.

—¿Un Armagnac? —preguntó Dominique viendo aproximarse al conde.

—Sí —respondió Grandsailles instantáneamente y cediendo a la tentación—. Eso me dará ánimos. ¡Pensar en esta visita me deprime!

—Habrá otra tormenta. Y cuando aquí hay tormenta, suele ser verdaderamente fuerte —dijo Dominique mientras servía generosamente el coñac y llenaba la copa de ancho fondo hasta más arriba de la marca blanca.

Grandsailles levantó una mano inconscientemente hacia una mejilla, sin duda para contrarrestar la picante sensación que le dominaba.

El exterior de la residencia particular de Verónica Stevens era del mismo estilo que las más suntuosas casas del Nueva York viejo; nada había que la diferenciase de las otras. El viaje en el automóvil de alquiler heló al conde hasta el tuétano, y el frío extremo del invierno neoyorquino hizo que la piel se le atiriese y le produjo la

impresión de que el rostro se le cubría de mutilaciones. El criado, inmaculadamente vestido, que le abrió la puerta le impresionó favorablemente. Grandsailles se deleitó quitándose los guantes con lentitud y se sintió por primera vez apreciado en el curso de varias semanas por aquel joven que mantenía baja la vista. Precedido por él, el conde de Grandsailles atravesó dos estancias débilmente iluminadas y llegó a un largo pasillo que desembocaba en el gabinete en que Verónica Stevens se encontraba, de espaldas a la puerta, vestida con una bata larga y almidonada, rodeada de tres afganos negros que se encontraban a sus pies, como protegiéndola.

Verónica se hallaba de cara al ancho espejo que había sobre la chimenea y observó el reflejo de la imagen del conde cuando éste se aproximó. El pasillo que Grandsailles hubo de recorrer para llegar al gabinete en que halló la tranquila figura de Verónica era una especie de estrecha galería de espejos y con un techo tan alto, que parecía desvanecerse en la oscuridad de las sombras. Este pasillo estaba débilmente alumbrado por unos candelabros murales de cristal de roca colocados a dos pies de distancia unos de otros; pero las pantallitas color rosado salmón compuestas de seda estrechamente plisada estaban, a su vez, cubiertas de varias capas de un velo del mismo color que amortiguaban la luz y la hacían tan difusa, que el visitante podría creer hallarse bajo el agua, en el fondo de un acuario. El pasillo parecía interminable, y el conde lo recorrió como en un sueño, apoyándose en el bastón con una mano y avanzando dolorosamente y manteniendo en la otra la crucecita de perlas y diamantes. A cada paso que daba le parecía percibir la presión barométrica de la atmósfera cargada de electricidad sobre la pierna; y a la indolencia aterida provocada por la digestión se unía el pesado fuego de la copa de Armagnac que había derramado en sus venas todo el plomo derretido de su tierra natal. La emoción de la próxima entrevista le debilitaba y acobardaba; por otra parte, el conde no había proyectado anticipadamente el modo como debía revelar la triste noticia. Las piernas apenas le arrastraban. ¡Si fuera preciso atravesar otro pasillo como aquél…, que le concediera más tiempo para pensar!… Mas ya había llegado a la puerta, y nada podría servir para aplazar la dolorosa entrevista.

Ante la puerta se detuvo sorprendido por la inmovilidad de Verónica, quien no había hecho ni un sencillo movimiento. ¿Estaba

observándolo reflejado en el espejo a medida que se aproximaba? Seguramente, así era, pues en el mismo instante en que se volvió de cara a él, el conde recibió la impresión de que ella lo había estado observando desde su llegada y de que ya lo conocía. Grandsailles no había tenido aún tiempo para inclinar la cabeza para saludarla cuando Verónica se aproximó a él y lo miró a las profundidades de los ojos con una mirada que era al mismo tiempo de escrutinio y de sorpresa. A Verónica le parecía sentir o conocer la noticia que el conde había ido a comunicarle.

Cuando se disponía a hablar a Verónica, sin esperar a que pronunciase palabra alguna, ella tendió las manos y asió con ellas aquélla en que el conde portaba la crucecita. El conde la retiró instintivamente. ¿Cómo podía haber adivinado ella…? Pero ninguna palabra podría haber sido más elocuente en aquel momento que el ademán de abrir lentamente la mano; y así lo hizo. Verónica cogió la cruz y cayó sollozando en brazos del conde. Él la apretó contra sí con aquella envolvente y simétrica suavidad que semejaba haber heredado del recordado follaje de los viejos parques franceses. Sus movimientos fueron aterciopelados y sobrios como los de un árbol protector, y Verónica, a pesar de que tenía inclinada la cabeza y de las efusiones de su excitación, se mostró soberbia y tranquila como una torre. En tanto que esperaba que finalizase aquel derrame de efusión, Grandsailles continuó envolviendo en los brazos a Verónica al mismo tiempo que sus aturdidos ojos, húmedos por la ternura, observaron a través de las nutridas crenchas del cabello de la joven, que le rozaban los labios, el rico y acogedor conjunto del gabinete.

En el exterior había empezado a extenderse la oscuridad y comenzaba a nevar; contrariamente, en el interior de la estancia todo semejaba cobrar vida al calor de las dos chimeneas de mármol negro que se hallaban una frente a otra y que chisporroteaban al unísono con los dos fuegos simétricamente dispuestos. Dos espejos oblongos, situados uno sobre cada chimenea, paralelamente, repetían hasta el infinito, hasta que se perdían en una neblina verdosa, el reflejo estereotipado del grupo formado por la llorosa Verónica en brazos del conde. Grandsailles dejó que su mirada descansase sobre aquella pareja a la que las ondulantes llamas comunicaban una especie de vida propia del fuego, mientras unían a ambos componentes en un solo temblor. Los tres afganos negros

recorrieron la estancia en torno a la pareja con movimientos que eran melódicos y aterciopelados, como las resonancias de un violoncelo, y su presencia concedió un extraño aspecto de familiaridad a la escena.

Fue en aquel preciso instante cuando sucedió algo imprevisto. Verónica había cesado de llorar y levantado la cabeza; y con los ojos medio cerrados, aproximó el rostro al conde y le ofreció los labios. Grandsailles comprendió con la rapidez de un relámpago el terrible error que la situación había creado y, retirando a Verónica de sí, exclamó con voz ahogada, como si lo dijera para él solamente:

—¡Esto es horroroso! ¡Es imposible!

Y al mismo tiempo que hablaba levantó rápidamente la cerrada mano y se la acercó a la mejilla para amortiguar un dolor agudo de la cicatriz. El brusco movimiento que hizo para retirar de sí a Verónica ocasionó la ruidosa caída del bastón al suelo. Temeroso de que el reúma se lo impidiese, no intentó recogerlo, y, sin su ayuda, se dirigió cojeando hacia un diván, en cuyo respaldo se apoyó. Allí permaneció durante un momento, con la cabeza inclinada, como si estuviera avergonzado, con el cerebro bullente por el tumulto de las contradictorias ideas que lo asaltaban. La torpeza de los últimos movimientos había sublevado su orgullo y lo había puesto en situación humillante para sus propios ojos… Estaba torturado por el dolor, obligado y atrapado por la afrenta embarazosa de una terrible identificación errónea.

Verónica no había cesado de observar sus menores movimientos con una mirada fría e inquisitiva, y creyó, a su vez, que había comprendido la actitud de Grandsailles. ¡Él se retiraba de ella a causa de su incapacidad física! Era un inválido, ciertamente; pero por esta causa le quiso más aún. Dio resueltamente un paso hacia él y, con un tono desdeñoso, que podría haber parecido la voz de una furia, si no hubiera sido la mucho más imperativa de la pasión, dijo:

—¡Si no hubieras venido a mí, probablemente habría muerto de la enfermedad que ha torturado mi espíritu durante un año! ¿No te has preguntado lo que es amar de este modo? ¿Cómo puedes temer que las cicatrices o alguna otra nueva lesión puedan interponerse entre nosotros… cuando he podido amarte sin que tuvieras rostro? Nada podrá apartarme de mi sueño ahora, cuando sé que mi delirio es una realidad. No puedes imaginarte cuánto he sufrido. En mi

estado de locura perdí hasta el recuerdo de tu mirada; y como una mujer horrorosamente ciega, sólo habría podido reconocerte al encontrar y tocar esta cruz que te entregué.

Y levantó la crucecita hasta los labios; pero en un instante toda su violencia pareció derramarse sobre las abruptas laderas de su espasmódica y agotada energía; y fue como si esta violencia se hubiera centrado en la depresión de su negra desesperación. Verónica comenzó a recorrer la estancia nerviosamente, seguida de las ansiosas miradas de sus tres perritos, como si estuviera bordeando el filo de un ataque de locura; pareció empeñada en rehuir determinadas zonas de la intrincada ornamentación de la alfombra oriental, cuyo color y cuyo dibujo dominantes eran de sangre y flores de lotos. Y tenía Verónica una expresión que era amenazadora, insultante e infantil al mismo tiempo y que tenía un delicado temblor; y una pelusa de temor se extendió por todo su cuerpo, y pareció inclinarse bajo el peso de su cabello y hallarse a punto de partirse en dos. Finalmente, librándose con esfuerzo de esta actitud, como si intentase ponerse en disposición de hablar —pues se había quedado repentinamente muda y no podía hacerse oír —, sólo acertó a exhalar un murmullo sibilante y apenas inteligible, que exigió una gran energía.

—¡Es la felicidad lo que me hace llorar de este modo!… ¡No es nada! Se pasará pronto…

Pero su voz se ahogó y se convirtió en una inarticulada y dolorosa exhalación, y en su rostro se dibujó una sonrisa que le hizo aterrador. Habiendo abandonado su actitud retadora de un momento antes, volvió a aproximarse al conde, un poco temerosamente, como si implorase su indulgencia por el estado en que se hallaba y con el fin de que él la tomase nuevamente entre los brazos.

—¡Ay! —dijo Grandsailles—. Todavía habré de decir toda la verdad…

—¡No, no! —Pudo gritar Verónica—. ¡No! ¡Te quiero! ¡No importa lo que puedas decirme!…

El conde de Grandsailles se encontró de nuevo dudoso, en tanto que mantenía entre los brazos el cuerpo de Verónica, caído y deseable, como el cuerpo hirviente, corrosivo y ulcerante de la misma locura. Y en tanto que ambos permanecían de este modo,

encadenados por la perversidad del destino, apretados uno contra otro por la serpiente bicéfala de la casualidad, Verónica halló consuelo en las lágrimas tranquilas y benéficas, cuya dulzura parecía atarlos conjuntamente con más cadenas… Pues Grandsailles permanecía criminalmente silencioso, y a cada segundo que de este modo vivían, el error se hacía más irreparable. En torno a ellos y en los ojos, repentinamente ardientes e imperativos de Grandsailles, cada cachivache, cada pieza de porcelana, cada ornamento de cristal de roca, cada dorado ángulo y cada uno de los enredos del cabello de Verónica comenzaron a resplandecer con los fuegos maléficos e iridiscentes de un ópalo. En cada objeto, desde las flores de loto de la alfombra hasta los copos de nieve que caían en el exterior, Grandsailles percibía las chispas del relámpago de su concupiscencia y veía que le dejaban una marca de fuego… Había, también, chispas en la profundidad de los seis ojos de los tres afganos que los miraban tentadoramente.

Como un cobarde, Grandsailles se preguntaba: «¿Cómo puedo atreverme a decir a esta mujer que acaba de recobrar su felicidad que el hombre que cree que soy está muerto, y que en lugar de ser quién ha de consolarla soy sólo un emisario de la muerte? ¿Por qué pronunciar la palabra irreparable, que solamente servirá para destruir una ilusión sin modificar el curso del destino?». ¿Por qué habría de condenarse a hundirse hablando, cuando sólo había de permanecer silencioso para salvarse? Desde el momento en que Verónica era supremamente hermosa, y aun en el caso de que no lo hubiera sido, pues también entonces la fiebre de su ardor habría sido suficiente para hacerla apetecible… ¡Era tan gozoso no saber quién era el que estaba en los brazos de la otra persona, cuál era la más engañable!… Tan grande era el placer de su confusión de sentimientos y de personalidades… ¡Había tan poco de él en el nombre que utilizaba y en el falso recuerdo que ella tenía del conde, un recuerdo irreal y sin rostro!… Luego, tomando el rostro de Verónica entre las manos, Grandsailles la besó con la sensual maestría de su consumada experiencia; y con el beso estudiado de un usurpador y de un traidor selló la caritativa y suprema mentira de la piedad en que se fundó la unión de la vida futura de ambos.

A la mañana siguiente, el conde de Grandsailles recibió de Francia una carta escrita por su notario, Pierre Girardin.

Querido señor de Grandsailles:

Cuando esta carta llegue a su poder, la desdicha de su llanura de la Creux de Libreux habrá llegado a su mayor altura. En las manos inquietas del invasor, del progreso del desarrollo de la minería y de las industrias de guerra, todavía más devastadoras, ha sido totalmente destruida la región entera de los viejos viñedos, así como los dominios de Saint Julien y los bosques circundantes, cuyos árboles han sido derribados; la misma suerte ha corrido la vieja fuente que corre entre ellos y que usted llamaba, según recordará, la «fuente de Adonis». Todo esto se ha convertido en un terreno inaccesible, bordeado y protegido por alambre espinoso y cables de alta tensión. ¿Qué habría sido de las propiedades del Moulin des Sources, si todavía hubieran pertenecido a Rochefort? El Moulin, como clave de fuerza hidráulica, sin duda, se habría convertido en una gran fábrica de electricidad. Por el momento, esto parece una eventualidad, que podría no realizarse o que, cuando menos, podrá ser aplazada.

Tengo el deber de informarle, con relación a lo dicho, del valor, la lealtad, el espíritu de sacrificio y la fidelidad a todas sus ideas que, a pesar de la dificultad de las circunstancias presentes, han constituido la única norma de conducta de Madame Solange de Cléda. Siempre que ha surgido una cuestión espinosa, Madame de Cléda me ha hecho el honor de visitarme para hacerme invariablemente en cada caso una sola y misma pregunta: «¿Qué hubiese querido el conde en estas circunstancias?». Y yo, desarrollando el papel de modesto intérprete de usted, solía transmitirle sus deseos: la conservación y defensa de la llanura de Libreux, y resistencia; y siempre fui obedecido sin vacilaciones; ciegamente, podría decir, y hasta con frecuencia sin que Madame quisiera escuchar mis consejos de prudencia cuando el objetivo podía ser alcanzado de una manera más completa.

Inmediatamente después de su baile, Madame de Cléda se instaló en el Moulin des Sources; y allá ha permanecido desde entonces. Lo primero que hizo fue dar órdenes de que se replantasen de alcornoques los trescientos metros en cuadro del terreno lindante, puesto que sabía que el conde deseaba que se

hiciese. La plantación se hizo en las condiciones más favorables: había frecuentes lluvias, quebrantadas por períodos de sol cálido. Los hermanos Martin se encargaron de dirigir esta tarea, y escogieron alcornoques jóvenes de la arboleda de Saint Julien, los cuales fueron trasplantados rodeados de una ancha bola de tierra arcillosa de la misma rica consistencia que la del Moulin des Sources. Todos ellos han arraigado en el curso de estos siete meses transcurridos, han echado hojas y tienen la altura de un hombre bajo. El padre de los hermanos Martin, que está paralítico del brazo derecho, vino a verlos el pasado domingo, y dijo que «si el invierno es benigno y no quebranta el aire», los alcornoques estarán dispuestos a su debido tiempo para la extracción del corcho.

Querido conde: no creo poseer derecho alguno a meterme en la cuestión de las desdichadas relaciones entre usted y Madame Solange de Cléda. La conciencia me remordería, no obstante, si después de lo que he podido observar acerca de la conducta de ella, día tras día, y de lo que he visto en su conducta, dispusiera, por efecto de una discreción que sería criminal, ocultar a usted este hecho: Madame de Cléda está marchitándose interiormente por la falta de clemencia e indulgencia de usted en relación con ella. Jamás he oído ni siquiera la más ligera alusión a la naturaleza de sus sufrimientos, pero a través de los ojos discernidores y saludables que conservo, puedo reconocer por una ligera curvatura de las hojas superiores, invisible a cualquiera otra persona, cuándo un árbol sufre de sequedad de raíces. Madame de Cléda tiene la nobleza de saber sufrir sin un gesto, como el más hermoso y más frágil de todos los árboles recientemente plantados en sus tierras. Aun cuando solamente fuera uno de éstos, yo le imploraría piedad, Prince maintient.

Sírvase aceptar, señor conde, el afecto incondicional y devoto de su humilde servidor,

PIERRE GIRARDIN

Tan pronto como hubo leído la carta de Pierre Girardin, el conde

se sentó y escribió, como sigue, a Solange de Cléda:

Chére Solange:

Jamás hombre alguno ha podido ser tan humillado y más cruelmente agobiado por su destino como yo lo soy al escribir a usted esta carta. Sí, estoy obligado a confesar en el mismo momento en que acabo de casarme con Verónica Stevens que la amo a usted. Mi amor por usted no es ya el producto artificial de las divagaciones de mi cerebro. La quiero como siempre debí haberla amado: como a esposa. Y debo tener el valor de aclarar que esta indefinible maraña de incongruencias no es un delirio. Yo mismo he intentado en vano despertar de esta pesadilla. ¡Oh, no! Mi matrimonio es un hecho tan ineludible como mi pasión por usted. Por muy increíble que todo esto pueda parecerle, las circunstancias sorprendentes en que el loco azar ha estrangulado mis decisiones le parecerán aún más fantásticas. Pero es preciso que sepa usted que estimo a Verónica y que he contraído para con ella unos deberes sagrados cuyo cumplimiento, haciéndola feliz, encarnará el único medio con el que podré redimir una doble falta que he cometido contra la persona que comparte mi vida y contra otra persona, ya muerta, a quien traicioné y que había depositado su confianza en mí.

Querida, hermosa, amada Solange: permítame que me dirija a usted de este modo por primera, única y última vez ahora, cuando debo comenzar a conocer la infelicidad que ha sido suya, ahora, cuando su desdén le hará olvidarme, en tanto que yo jamás seré capaz de olvidarla. Lo negro recuerda lo blanco, la oscuridad, la luz, el remordimiento, la conciencia; y usted se ha convertido en mi conciencia, mi tierra iluminada de Libreux, Francia, Solange… Labios de flor… Así es como recuerdo los de usted en aquella tarde de nuestra separación, cuando los condené al silencio y la traté de modo tan injusto. ¡Labios de jazmín!

Solamente una cosa me consuela: podría haberme ahorrado la vergüenza de decirle que la quiero, y no lo he hecho. Esta confesión condena y castiga para siempre el altivo orgullo que ha dominado toda mi vida. Habría sido innoble por mi parte que no hubiera contado a usted toda la verdad. Este verdadero retrato moral mío despoja a usted de su generosa ilusión. Sepa que estoy

vencido, que espero una palabra de usted, si es que tal palabra puede existir. Si no puede, me resigno anticipadamente a no saber nunca nada más del único ser al que he amado en toda mi vida y al cual adoro.

La saludo respetuosamente. Muchas gracias, señora, por los alcornoques que ha plantado.

HERVÉ DE GRANDSAILLES

VII. LUNAS DE HIEL

Las lluvias de octubre en el segundo otoño de ocupación alemana no habían cesado de caer por espacio de dos semanas y habían regado abundantemente la llanura de la Creux de Libreux. Las vigilias iluminadas por las velas eran tan interminables como días sin pan; el pan era duro bajo las miradas alemanas, las sonrisas amargas, y en las profundidades de las arrugas de las manos de los campesinos, áspera y como momentáneamente anquilosadas, quedaba un poco de tierra: la suficiente para contener los gérmenes de la venganza.

Era extraño ver la esvástica cosida a la manga de un verdadero nazi que guardaba el nido de ametralladoras construido de sacos terreros y que tenía un tejado de hierro ondulado y estaba erigido en el recodo de la carretera que llevaba al viejo cementerio de Libreux. Frente a este puesto defensivo, una pequeña cabaña de albañilería albergaba a otros dos soldados alemanes destacados para vigilar el movimiento de campesinos entre el Alto y el Bajo Libreux, los cuales habían de pasar a través de la zona destinada a trabajos que eran en gran parte secretos en la época febril de la industrialización bélica. Era extraño ver aquel verdadero ejemplar de soldado nazi, igual a los que se habían visto en los borrosos grabados de los periódicos diarios o en los más perfectos de las revistas. Era verdaderamente increíble. Y, sin embargo, el soldado alemán estaba allí, indudablemente, con la ancha espalda oprimida por el cinturón de cuero y mirando por debajo del casco la lluvia que caía en la carretera llena de tierra y barro, preciosa como el oro, el secreto de la fertilidad de la llanura, más que debía de parecerle una desgracia para cualquier nación civilizada cuando la miraba con aquellos ojos de azul de cielo manchados por la

ausencia de barro, ojos castrados y esterilizados por la salvaje limpieza de las carreteras alemanas. Era verdaderamente extraño, y hasta alucinante, observar al soldado nazi tan fuera de lugar, sentado quebradamente ante su arma, como una criada que tejiese y remendase con ansiedad los calcetines de la invasión y de la ocupación.

Y era hermoso ver a los dos hermanos Martin, tan joviales y tan altos, pasando dos veces diarias a su trabajo y de regreso de él en el Moulin des Sources ante el nazi, quien, conociéndolos, no los obligaba a detenerse y mostrarle sus permisos. Y todas las veces, en tanto que el otro permanecía silencioso, el más alto de los dos hermanos inclinaba repentinamente la cabeza y decía a gritos al soldado alemán:

—¿Marcha todo bien?

Y cada día lo decía con mayor rencor y cada día parecía asesinar al soldado con su mirada, que quemaba como un bocado de ajos. Las horas del anochecer eran lúgubres en la comarca de Libreux, cuando en los pueblos todo el mundo había de hallarse en su casa. Aún los pequeños cafés, que antiguamente se habían visto tan animados, estaban obligados a cerrar quince minutos antes del toque de ángelus. Pero, por otra parte, las ligaduras de familia, las cuales habían tendido a relajarse en los años últimos, se estrecharon y anudaron una vez más bajo la coerción de la desventura y del enemigo del exterior y la convirtieron en un haz sólido compuesto de raíces, de sudor de humanidad y de animalidad doméstica. Tenía el calor, la moralidad y la piel áspera de una patata en los días de los hermanos Le Nain.

Fuera, bajo los cielos sin sol, el paisaje de Libreux absorbía la lluvia como si fuera un bálsamo. Las cicatrices de las distantes estaciones de siega y recolección se desvanecían; en el interior de las viejas casas de agricultor las paredes comenzaban a rezumar a través de las heridas, mal curadas, de antiguas rendijas. Un ancho manchón de humedad se había introducido en el mismo corazón del Moulin des Sources y aparecía en el muro principal, exactamente en la intersección de la gran bóveda que servía de techo al comedor, el cual en los principios del siglo XVII fue refectorio del convento de jesuitas de la Consolación. A pesar de las diversas capas de jalbegue, todavía podía distinguirse un gran relieve rectangular que

representaba un Cristo yacente con el rostro vuelto hacia la altura, tan rígido como una barra de hierro en su tumba, que tenía la siguiente inscripción en letras melladas: *Rígida Rigor Mors Est*. La gran mancha de humedad que nacía en la intersección de la bóveda se extendía sobre la mitad de este relieve, verticalmente, en una ancha línea larga de arriba abajo, hasta el suelo de mosaicos, de modo que parecía brotar de la herida que el Cristo tenía en el costado. ¡Qué escenas no habría presenciado aquella bóveda a través de las vicisitudes de los tiempos!. Muy recientemente, las murmuraciones de la llanura habían poblado la estancia con el recuerdo de las orgías de Rochefort, quien se hallaba en un perpetuo estado de embriaguez y disputaba y se peleaba a lo largo de sus pantagruélicas comidas con su harén de toscas y complacientes favoritas de manos rojas y ojos rojos.

La austera dignidad de los tiempos antiguos había sido restaurada desde la adquisición de la finca por Solange de Cléda. Aun cuando estaba calificada de la mujer más distinguida de la sociedad parisiense, Solange se había apartado de la sociedad y retirado a aquel lugar en vísperas del infausto baile del conde de Grandsailles, al cual no había asistido. Y allá había vivido desde entonces con una sencillez casi monástica. En la tarde de que hablamos, alrededor de las seis, Solange estaba sentada ante una larga mesa redonda de comedor que se hallaba cubierta por una tela de un color achocolatado. Solange se tocaba con un vestido rojo granate y estaba llorando. Tenía en la mano la carta del conde de Grandsailles. Tras la puerta de la cocina, que siempre estaba entreabierta, su doncella, Eugénie, que acababa de matar un conejo, observaba a su señora en tanto que la sangre fluía del cuello del animalito y caía sobre una vasija de barro brillante. Génie, como se la llamaba generalmente, tenía las mangas recogidas y, mirando ora a su señora ora al conejo, exhalaba sonoros suspiros de contrición. Pues su educación, rigurosamente católica, le había enseñado que este mundo es un valle de lágrimas; y la mujer creía que éstas son tan fructíferas para el terreno y el cultivo del alma como la lluvia para la comarca y los terrenos de labranza. La trufa subterránea trufaba las raíces del roble, el caracol baboseaba, el estiércol abonaba, el cementerio pudría, las conservas se conservaban, la sangre del conejo caía gota a gota… Oyeron la campanilla del

portillo campesino y Solange cesó de llorar; *Titán* comenzó a ladrar y las suelas de madera de uno de los hermanos Martin chapotearon en el lodo cuando su propietario se dirigió a abrir el portillo. El vizconde
D'Angerville
apareció al cabo de pocos momentos en el comedor. Iba vestido con un traje verde oliva de pana y de estilo campesino. El vizconde besó a Solange en la frente y en las palmas de ambas manos y después, nuevamente en la frente.

—¿Quiere usted permitirme subir al piso alto y descansar por espacio de una hora antes de la cena? Y en tanto que descanse, intentaré pensar lo que deberemos hacer y qué respuesta habremos de ofrecer mañana a los alemanes. No es posible entretenerlos por más tiempo. Parece ser que *Maître* Girardin ha recibido noticias e instrucciones secretas. Vendrá a las nueve para tomar una taza de café y pasar la velada con nosotros.

—Sí, vaya. Y durante ese tiempo, escribiré una carta —dijo Solange al mismo tiempo que le acercaba la frente para recibir un nuevo beso del vizconde.

Cuando éste se hubo retirado, Solange aproximó a sí la lámpara de gasolina y, con mano que luchó heroicamente por aplacar el tumulto de sus emociones, escribió lo siguiente:

Querido Hervé:

Amado mío… ¿Es un sueño solamente el poder llamarle de este modo? Sepa, amado, que de su carta sólo he retenido las primeras palabras, las cuales continuarán grabadas en mi corazón hasta después de la muerte. Aun cuando los gusanos habrán de devorar este corazón, ellos mismos serán consumidos a su vez, y en el fondo del ataúd se curvarán y formarán las letras de la inscripción que hayan devorado; tan cierto es que esta inscripción deberá ser y será lo último que podrá ser borrado de mi existencia. ¡Francia Solange! ¡Labios de jazmín! Si la pasión que usted expresa pudiera convertirse en certidumbre para mi espíritu, que todavía es tan incrédulo, esas hermosas palabras deberían ser suficientes para hacer la felicidad del resto de mi vida. No quiero ni puedo proferir palabra alguna de perdón. Usted es mi señor. Si el destino ha dispuesto que Verónica sea su

esposa, no solamente debo aceptarlo, sino que, además, debo respetar esa unión por medio de mis actos. Pero si el amor de usted por mí es como usted dice que es, y si la infidelidad de usted para con ella, infidelidad solamente de pensamiento, no puede ser agravada por nuevas cartas, entonces, le suplico que continúe diciéndome que me quiere. Al amar la llanura de Libreux aprendo a adorarle mejor. Esta misma mañana me puse unas altas botas de cuero y salí entre la lluvia para ver la joven arboleda de alcornoques; algunos de ellos tienen ya exactamente mi altura.

Le suplico un beso para los labios de jazmín de

SOLANGE DE CLÉDA

Después de la cena, frugal y silenciosa, junto a D'Angerville, Eugénie recogió las migas de pan del mantel en el hueco de una mano, lo dobló cuatro veces y dejó la mesa cubierta nuevamente de la tela de color blanco achocolatado. Solange sacó la carta del interior del corpiño de su vestido de color rojo granate y la entregó a D'Angerville.

—Esta carta —dijo— debe llegar a manos del conde de Grandsailles con la mayor rapidez que sea posible.

En tanto que tomaba la carta, D'Angerville sostuvo la mano de Solange en la suya. Génie, mirando desde las profundidades de la cocina, ennegrecida por el humo, a través de la rendija de la entreabierta puerta, clavó la mirada en el inmaculado rectángulo del sobre, en el cual las manos de Solange y D'Angerville se habían encontrado y parecían mantener un indefinido contacto en el que no había ni la menor insinuación de caricia. El vizconde D'Angerville vivía en el Moulin des Sources. Había llegado tres meses antes presurosamente, alarmado por un ataque de profunda desesperanza de Solange, que ella no parecía poseer la voluntad de dominar.

Desde entonces, no la había abandonado. Y no se habría atrevido a hacerlo porque el espíritu de Solange parecía hallarse sujeto a extremos cambios repentinos en los que el éxtasis de los períodos de euforia —un estado de semiinconsciencia feliz— eran casi tan inquietantes como el estado de ánimo que los seguía; en ellos, su sentido de la futilidad de la vida y su deprimente angustia solían confiar a Solange a su lecho, donde permanecía por espacio de varios días con las persianas cerradas. Sabiendo que Solange deseaba hacerle alguna confidencia,
D'Angerville
fingió calma e indiferencia. Y, meditando sobre todo esto, no dejó de observar a Eugénie, que, a su vez, observaba a ambos desde la cocina. Tanto el silencio como el hecho de que continuara aprisionando la mano de Solange eran cosas que necesariamente habían de ayudar a ésta. Finalmente, Solange dijo en voz baja:

—El conde de Grandsailles se ha casado recientemente con Verónica Stevens en América.

Solange le estaba mirando a los ojos con el fin de descubrir la reacción de
D'Angerville.
Pero los ojos de éste parecían perdidos en la indiferente contemplación de la cocina. Solange siguió la dirección de su mirada, y al observarlo, Eugénie cerró parcialmente la puerta y abrió el grifo del agua.

—El conde se ha casado —repitió Solange—; pero soy feliz, muy feliz, porque me ha escrito acerca de esa cuestión… Ha sido el destino lo que le ha forzado a hacerlo, mas soy la única mujer a quien el conde quiere… ¿Me ha oído usted?

—Continúo escuchándola —contestó
D'Angerville
—; pero he descubierto desde hace cierto tiempo que al escucharla a usted pienso en mí mismo.

—¿Qué quiere usted dar a entender? —Preguntó Solange—. ¿Soy demasiado egoísta para que pueda preguntarle acerca de sus sentimientos? Sí: eso debe de ser lo que piensa usted. Pero, querido —continuó dulcemente—, no se diga que eso sucede porque no me atrevo a preguntárselo… Si sucede, es precisamente porque… ¡los conozco!

Después, el puño de Solange descendió bruscamente para agarrar la camisa de
D’Angerville
en el centro de la pechera y tiró de ella con fuerza hacia sí, como si de tal modo quisiera obligarle a responder sinceramente.

—¿Me quiere usted, Dick?

D'Angerville bajó la mirada hacia el oscuro cobertor de la mesa, donde se hallaba el blanco sobre dirigido al conde de Grandsailles.

—Sí —contestó—, desde hace ocho años.

Se produjo un breve silencio; y, cuando volvió a hablar,
D’Angerville
lo hizo del mismo modo que si aquellos años hubieran agotado toda emoción en su voz.

—Ha sido hace un instante, cuando me ha dicho: «¿Me ha oído usted?», cuando he comprendido que jamás debo abrigar ni siquiera la menor de las esperanzas. Pero, por lo menos, deberá usted reconocer que desde que nos conocemos ésta ha sido la primera ocasión en que me ha sorprendido distraído y sin prestarle atención. ¡Es preciso que me perdone! He seguido su amor por Grandsailles día a día. Y lo he favorecido tanto como estuvo en mi mano y en tanto que esto fue posible; pero jamás vi que la pasión de usted fuera tan resplandeciente, jamás la vi tan ofuscada como cuando me comunicó la noticia de la boda del conde. ¡Con qué extremado fanatismo persiste usted en tener fe en él! Y ¿qué derecho tengo yo para atreverme a hablar a usted de este modo?

—Venga, querido —dijo Solange.

D'Angerville se aproximó a ella y apoyó la cabeza en el regazo de Solange, recubierto de la ropa de color rojo granate. Y de este modo se inmovilizaron ambos sin pronunciar ni una sola palabra en tanto que la luz de la lámpara de gasolina comenzaba a oscilar a cada momento con mayor debilidad en torno al manguito, que estaba medio consumido. Ante ellos, la mancha de la humedad en la pared brillaba como el viscoso camino recorrido por un gigantesco caracol nocturno. Desde la cocina llegaba el ruido del barreño al vaciar los platos, los cuales se colocaban boca abajo en el escurridor. Tan pronto como renació el silencio, Solange llamó:

—¡Génie!

—Voy, señora.

—Puede traer el café.

Génie llevó el café. Y Solange y
D'Angerville
permanecieron uno en brazos del otro hasta que Génie hubo regresado a la cocina. En aquel momento, *Titán* ladró en el patio y la campanilla sonó débilmente.

—Debe de ser Girardin —dijo
D'Angerville
al mismo tiempo que daba a Solange un beso en cada mano.

Se abrió la puerta y Girardin se presentó. El notario entró con pasitos abrumados en la ancha e inhospitalaria estancia y, después de inclinarse con una cortesía que siempre parecía afectada a causa de su exceso de sinceridad, se sentó inmediatamente entre Solange de Cléda y
D'Angerville,
no sin excusarse.

—Me siento en medio para poder hablar mejor a los dos.

Génie aportó en el acto una nueva taza de café para Girardin y una botella de viejo coñac.

—Génie puede quedarse —dijo Solange a Girardin—. Puede y debe hacerlo, puesto que ella y su hijo han arriesgado tanto por nosotros y por la propiedad. Siéntese, Génie —añadió suplicantemente.

Génie, que acababa de servir el café y el coñac, se sentó al otro extremo de la mesa con dos alfileres de disimulado orgullo que le picaban en las órbitas de los ojos. Antes de comenzar su relato, Girardin se frotó violentamente el rostro con la palma de la mano, se aplastó diversas veces la nariz en diferentes direcciones, como si intentase de este modo concentrar todos los pensamientos en la sangre que hinchaba dolorosamente las venas de su frente y comunicaba un tinte rojizo a su faz. Luego, apretándose la barbilla con el dedo pulgar y el índice con aire de concentración, se inmovilizó después de haberse vuelto en dirección a Solange.

—Esta tarde —comenzó diciendo—, por medio de Brousillon, el profesor comunista, que huyó recientemente de África y ha estado en contacto con *Madame* Cécile Goudreau, he recibido dos cartas del conde de Grandsailles. Una de ellas, es la que Martin entregó a usted; la otra iba dirigida a mí. Esta carta mía la quemé después de

haber tomado unas notas cuidadosamente. Contenía instrucciones secretas del conde, instrucciones que debo considerar como órdenes. Por tales órdenes se me requiere que entregue todas las copias de planos que obran secretamente en mi poder a una organización comunista encargada de sabotear la realización del proyecto de industrialización de las regiones del Alto y Bajo Libreux.

—Creo que todo eso complicará aún más la situación de *Madame* de Cléda en lo que se refiere a la propiedad. Piense usted en las represalias —objetó
D'Angerville
al mismo tiempo que tomaba entre la suya la manecita de Solange, que estaba nerviosamente crispada.

—Permítame indicarle que creo precisamente lo contrario —replicó Girardin con calma—. ¿Cuáles son las demandas del mando nazi de la provincia en lo que se relaciona con las propiedades del Moulin des Sources? Que se le entreguen las tres grandes acequias del Moulin para la electrificación de la llanura. Esto, lo sé, representa una gran fuerza en manos del enemigo, y hasta ahora y en nombre del honor, he aconsejado que se opusiese a ello una enérgica negativa y una resistencia, aún con el riesgo, casi seguro, de una inmediata expropiación. Mas ahora, como he dicho, soy de la opinión contraria, y ante la perspectiva del proyectado sabotaje, en el cual todos participaremos de manera tácita o directa, la eventualidad de acceder a las demandas del enemigo se hace justificada. Nuestra aparente complicidad con él sólo puede ayudarnos a favorecer a ocultar el secreto proyecto de sabotaje. Pues repentinamente, en lugar de ser tratados como a sospechosos, como lo hemos sido hasta ahora, seremos considerados y favorecidos discretamente como colaboracionistas, en virtud de lo cual evitaremos que se nos tome en rehenes. ¡Ésta será nuestra coartada común!

—No —dijo Solange al mismo tiempo que se ponía en pie—. ¡Nada que pueda parecer, aunque sea de modo ligero, una colaboración! Cuando llegue el día de ajustar las cuentas, todo el mundo dispondrá de este o aquel pretexto para justificarse. Soy mujer, no entiendo nada de las intrincadas actividades políticas de los hombres; pero jamás haré nada que se refiera a Francia no

siendo lo que me dicte el corazón. Y no rendiré ni siquiera un puñado de esta tierra de Libreux a ningún precio. ¡Tendrán que arrancármela si la desean!

Titán volvió a ladrar en aquel momento.

—¿Quién podrá venir a estas horas? —preguntó ansiosamente Solange.

Génie bajó a abrir la puerta, y reapareció con el más alto de los hermanos Martin, a quien seguía *Titán*. Martin, con los ojos inyectados en sangre y las abultadas mejillas, se parecía un poco al viejo San Bernardo.

—Génie me ha dicho que están celebrando ustedes una conferencia acerca de los *boches*. He de hablar con Maitre Girardin, pero lo haré cuando hayan terminado. Lo primero es lo primero. Esperaré es la cocina.

—Siéntese junto a Génie —le ordenó Solange—. Mi casa no tiene secretos para la gente de Libreux cuando se trata de asuntos referentes a Libreux.

Solange sabía que Martin era uno de los campesinos más amantes de sus terrenos y que en su lealtad por la causa estaba dispuesto a todos los sacrificios. Y volviéndose hacia Girardin, que, aunque conociese a Martin, pareció dudar, le suplicó tranquilizadoramente y con firmeza:

—Continúe; puede hablar libremente acerca de todo lo que esté relacionado con mis propiedades o mi situación.

—Prefiero limitarme a lo último —continuó Girardin—, pues comprende problemas mucho más espinosos que la devoción por la patria. Si se negase usted a ceder a los alemanes los recursos hidráulicos del Moulin, éstos, como primera medida, arrasarían sus bosques. Esta amenaza ha sido ya anunciada en el ultimátum del comandante provincial.

Solange se estremeció; pero continuó silenciosa.

Girardin continuó:

—Es cierto que al ceder el suministro de agua usted sacrifica de un solo golpe todas las cosechas que reciben riegos; sin embargo, no desconozco el afecto sentimental de *Madame* por esos árboles. Pero cualquiera de estas cosas y todas ellas (la destrucción de los bosques o la destrucción de las cosechas) me parece menos importante, menos grave que la pura y sencilla expropiación a que una rotunda

negativa expondría a usted. Y, con relación a esta cuestión, mi conciencia no ha olvidado ni olvidará las palabras que la conciencia de usted pronunció el día en que decidió adquirir el Moulin des Sources, contra mi opinión y consejo, cuando me permití invocar los intereses de su hijo. Recuerdo perfectamente todas sus palabras, que la honran tanto hoy como entonces: «Mi hijo —dijo usted— encontrará en su corazón los motivos para perdonarme llegado el momento, y yo empeñaré mi honor para asegurar su futuro… Mi devoción será ilimitada a modo de compensación».

Girardin había repetido tales palabras de Solange de manera y con tono de voz exaltados; luego añadió en voz baja al mismo tiempo que inclinaba la cabeza como si pidiera perdón:

—Si me he permitido, *Madame*, mencionar a su hijo en esta ocasión no ha sido con el fin de recordar a usted el amor por su hijo, sino de lo que la eleva hasta por encima del amor maternal: el amor a Francia. La resistencia absoluta es la destrucción absoluta; y la nación, a pesar de la ocupación, debe continuar y continuará viviendo.

Todos estaban silenciosos, y podía oírse perfectamente cómo caía la lluvia a torrentes, como si los canales del cielo se estuviesen desaguando. Solange había inclinado la cabeza y, con los ojos cubiertos por las manos, semejaba hallarse profundamente absorta.

—¿Qué habría deseado hacer en este caso el conde de Grandsailles? —preguntó al fin.

—La decisión es excesivamente importante para que nadie pueda contestar por él —dijo
D'Angerville
desapasionadamente—; pero todos nosotros seremos capaces de responder con una lealtad para la patria igual a la de usted, cualquiera que sea su decisión.

—Señora… Su hijo —dijo Pierre Girardin en voz baja.

Entonces, Solange de Cléda levantó los brazos, los estiró hacia el abovedado techo y dijo, como si estuviera vencida:

—Por mi hijo Jean-Pierre y por el bosquecillo que he plantado, consentiré en permitir a los alemanes utilizar mis arroyos para su energía eléctrica. Dios es testigo de que deseo que el castigo del Cielo caiga sobre mí y sobre mi error (si error es) como esta lluvia que está cayendo sobre Libreux.

La violencia del aguacero parecía haberse duplicado.

—Si prosigue lloviendo de este modo —dijo Martin—, mañana no podremos vadear el río para pasar al Bajo Libreux… Y creo que no es probable que la lluvia cese antes de que haya llegado la lima nueva.

Hubo un largo silencio. Los campesinos de Libreux regulaban el calendario de su bienestar por la comunión con las hostias profanadas de sus lunas.

¡Más para Solange de Cléda todas las lunas estaban llenas de hiel! Sabía ya que su capricho de adquirir el Moulin des Sources había representado un error fatal. La propiedad sería su ruina y amenazaba ser también la de su hijo tan pronto como ella flaquease en la cotidiana tenacidad que la impulsaba a dirigir personalmente sus asuntos. Era por Jean-Pierre por quien ella había abrazado aquella vida de heroísmo; esto constituía su deber de madre, y este deber había sido escrupulosamente cumplido, a pesar de los tormentos de su alma. Jamás se había permitido el lujo de entregarse a la angustia de su afligido espíritu, excepto después de aquellas interminables sesiones repasando cuentas, distribuyendo socorros y atendiendo a las mil necesidades y los mil problemas de las trescientas almas que formaban la fuerza de aquel pedazo de tierra de Francia que tan determinada estaba a defender. Y ¡cuántas veces había Solange caído agotada en la dura silla de su tortura, de su fatiga, a través de las cuales esperaba obtener para su conciencia culpable la redención de su falta inicial! Debía hacer un sacrificio total por la propiedad del Moulin, por la herencia de Jean-Pierre. ¡No! ¡No tenía derecho a morir de amor!

Después de haber reflexionado, Girardin rompió al fin el silencio.

—Escúcheme, Martin —dijo mientras se levantaba para sentarse nuevamente junto a Martin—: Vamos a tener necesidad de usted y su hermano, ya que ustedes son los únicos que están completamente familiarizados con los caminos del Alto Libreux. Creyendo que obraba acertadamente, he cometido el que acaso sea el más grande error de toda mi vida. Desde el principio de la ocupación, he mantenido ocultas en la cripta familiar del conde de Grandsailles las copias de los planos de industrialización de la región. Allí están todavía los planos, enrollados en torno a un paquete de velas que se

halla junto al altarcito. ¡Es preciso que nos apoderemos de esos planos la semana próxima! ¿Cómo podríamos hacerlo ahora, cuando toda el área del viejo cementerio está comprendida en la zona vigilada? No conozco más que un camino para llegar hasta allí: la carretera principal, que también está vigilada por el puesto de observación alemán.

Martin estaba meditando e inclinaba la cabeza.

—Pero debe de haber algún otro medio de llegar allá: acaso siguiendo caminos de pastor… —insistió desalentadoramente Girardin.

—No —dijo Martin—. Me he visto comprometido en varias ocasiones por intentar seguir atajos. Todos los pasos y todas las hondonadas están vigilados día y noche. Solamente con salirse de la carretera principal unos pasos, los justos para arrancar una trufa, ya se tiene la seguridad de ser detenido.

Todas las personas que se hallaban reunidas estaban profundamente abatidas y parecían absortas en escuchar el ruido de la lluvia, cuando Génie se puso en pie bruscamente y se agachó para recoger el roto mango de una vieja escoba que estaba entre las patas de *Titán*, el cual dormitaba a los pies de Solange, quien se había sentado nuevamente y tenía la cabeza inclinada, hasta apoyarla en el hueco de una mano. Génie se volvió hacia Girardin y levantó el mango de escoba.

—¡Pero *Monsieur* no tiene razones para preocuparse por esos planos! —dijo—. El recobrarlos es una cosa tan sencilla como la luz del día. Lo único que *Monsieur* habrá de hacer es ir a la tumba familiar del conde y enrollar cada uno de los planos en una vela, de este modo… ¿Comprende?

Génie había doblado un periódico en una faja estrecha y lo enrolló en torno al palo de escoba.

—De este modo se llevan las velas grandes: con un papel enrollado, para evitar que la cera caiga sobre la mano de la persona que las lleva.

Nadie había comprendido por completo, y Girardin objetó:

—Pero no puedo pasar ante las narices de los alemanes llevando una vela encendida sin que los nazis se den cuenta de ello.

—¡Ésa es precisamente la cuestión! —Exclamó Génie con aire de triunfo y de malicia mientras se inclinaba y se apoyaba firmemente

los puños en las caderas—. ¡Ésa es la cuestión! Dentro de tres días, será el día de Todos los Santos. Esta mañana decían en el mercado que los alemanes han concedido permiso para que la procesión siga la carretera del cementerio en dirección a la ermita de Saint Julien, como todos los años, donde se cantarán las vísperas a las cinco de la tarde. Desde allí se vuelve cantando y con música.

—¡Eh! ¿Qué le parece? —Preguntó Martin en tanto que hundía las rodillas en la gorra hasta hacer que las costuras de ésta comenzaran a estallar—. ¡Es cierto! ¡Génie tiene razón!

Animada por la sonrisa de campesino astuto que iluminaba el rostro de Girardin, Génie hizo una cómica imitación de una persona que marchase en una procesión; y llevando en la mano un palo de escoba en lugar de un cirio, pasó y repasó ante Martin.

—Martin es el *boche* —exclamó—. ¿Creen ustedes que será capaz de adivinar que los papeles manchados de cera que nos sirven para llevar las velas sean unos planos de contrabando?

—Tendremos que ser seis los que llevemos todos los planos —calculó rápidamente Girardin.

—Yo —dijo Martin contando—; mi hermano; Génie…

—Yo también, naturalmente —dijo Girardin—. Será la primera procesión en que haya figurado durante el curso de toda mi vida.

—Nosotros también iremos a Saint Julien —dijo Solange a
D’Angerville
con acento de imploración y sonriendo regocijadamente por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—¿Por qué ha de exponerse usted innecesariamente? ¿No son bastantes los peligros a que se expone usted todos los días? —preguntó
D’Angerville
en un intento medio desesperanzado de disuadirla y hablando, por decirlo así, desde los altos muros de su melancolía, todos los accesos a la cual habían sido cerrados desde la confesión de Solange de que no lo amaba y como si hubiera sido levantado definitivamente el puente levadizo de su esperanza.

—Quiero ir, querido —dijo decididamente Solange—. Si he cedido en lo principal, quiero vivir compartiendo los peligros y las ansiedades de todos ustedes… Este día de Todos los Santos antes de la llegada del invierno, será mi única distracción, la primera que

haya tenido desde que vivo aquí como una reclusa.

Y en tanto que hablaba, Solange entreabrió los labios con una sonrisa tan extrañadamente voluptuosa, que
D'Angerville,
sorprendido y perturbado se acercó y se sentó junto a *Titán*, el cual apoyó la cabeza en sus rodillas. Desde aquel punto,
D'Angerville
observó a Solange.

¿Qué le habría sucedido? La carta de Grandsailles la había transfigurado, la había hecho aún más bella, aun cuando recientemente el dolor la había prestado un encanto que la hacía insuperablemente hermosa y apetecible. ¿Cómo habría de ser posible para él no adorarla hasta un punto de locura? ¡Un perro! ¡Oh, ser exactamente un perro! ¡El viejo *Titán*!…

Todos se habían puesto ya en pie. Se hacía tarde, puesto que eran cerca de las nueve y media; y *Titán* también se levantó. Más, antes de marcharse, Girardin preguntó a Martin:

—¿Qué tenía usted que decirme? ¿Vino para hablar conmigo?

—Sí —contestó embarazosamente Martin—. Pero lo primero es lo primero… Quería decirle que el viejo murió esta tarde, a las seis y media.

—¿Ha muerto tu padre? —exclamó Génie mientras hacía la señal de la cruz.

Todavía estaba sosteniendo el palo de la escoba amarillento con los movimientos de un hurón que estuviera limpiándose el morro.

—¡Oh, lo esperábamos! Hace cinco días que empeoró mucho y se negó a tomar alimentos. Y ha pasado las noches con un ronquido en el fondo de la garganta, y no podía estar en la cama… Todo quería arrojarlo al suelo. ¡Y con lo fuerte que era!… Como un jabalí salvaje encerrado en un saco, que luchase con los pies atados… ¡No era agradable verlo! ¡La vieja lloraba y no podía dormir, porque sabía que él estaba cerca de ella y muriendo!… Después, mi hermano y yo la llevamos a la cuadra.

—¿Le preparasteis una cama en la cuadra? —preguntó Génie al mismo tiempo que se retorcía las manos consternada.

Martin clavó los dientes en la gorra y escupió un pedazo de almohadillado fibroso.

—No —dijo—. No preparamos ninguna cama. Y ¿qué hay de

malo en ello? Durmió sentada en la silla de madera, del mismo modo que siempre ha estado sentada durante los dos años últimos. Le até la cabeza firmemente al respaldo, y de ese modo durmió, tranquila y bien, con la boca abierta. De otro modo, podría ahogarse. Le sucede lo mismo que al viejo: no puede respirar; pero ahora ya tampoco puede doblar la espalda.

—Y como suele suceder, no habrá testamento… —suspiró reprobatoriamente Girardin.

—Vamos a hablar a la cocina —dijo Martin a Girardin al mismo tiempo que lo asía de un brazo. Cuando hubieron entrado, cerró la puerta, miró suspicazmente al exterior a través de la baja ventana antes de cerrar ante ella la roja cortina, y apartó de un puntapié al gato blanco, que se dirigió a un rincón oscuro. Después, Martin se aproximó al notario y dijo en voz baja—: El viejo nos ha dejado un tesoro enterrado. Nos explicó todo dos horas antes de morir. Vaya usted a nuestra casa mañana a las nueve, y comenzaremos a cavar. Aun entre hermanos, no se sabe nunca lo que puede suceder… Necesitamos un testigo. —Y hablando en voz todavía más baja, añadió—: ¡Hay mucho, mucho! —Y de modo casi inaudible, terminó—: ¡Muchísimo oro!

Cuando ambos salieron de la cocina, Solange se aproximó a Martin.

—Mañana —le dijo—, Génie y yo iremos a su casa para cuidar a su madre y velar el cadáver.

Después de la salida de Martin y Girardin, Génie aportó unas últimas tazas de café para Solange y
D’Angerville
e inmediatamente subió al piso alto para acostarse. No parecía sino que ambos hubieran estado esperando aquel momento en que habían de encontrarse a solas una vez más; pero también parecía que ninguno de ellos habría sido capaz de romper el silencio; tan grande era la timidez que se había apoderado de ambos. Finalmente, fue Solange quien habló primero.

—Escuche, querido —dijo—, no quisiera que el decirle que no le amo nos privase de los efluvios de ternura que han hecho que hasta ahora sea soportable la amargura de nuestras vidas. —
D’Angerville
le había puesto las manos sobre los hombros… Solange continuó

con voz preñada de una dulce cualidad que estaba llena de ecos de la infancia—: ¿Qué puedo hacer contra su encantamiento? —Luego, repentinamente seria, con voz de contralto, añadió—: Pues creo en él, creo en él ahora. Tengo muchas pruebas de que ese encantamiento existe.

—¿Qué hace? Háble me de él —dijo
D'Angerville
con su tono más solícito y más desprovisto de ironía.

—Existe una cosa…, la magia simpática… y también los hechizos de amor. No me atrevo a hablar a nadie de estas cosas por temor a que se burlen de mí; pero es hora de que usted conozca las anomalías de mi alma con el fin de que pueda silenciar su pasión, aun cuando sea sólo por respeto a esa misma pasión; usted sabe bien que sin su amistad, mi vida…

Los labios de
D'Angerville
rozaron la frente de Solange, cerca del punto en que comenzaba a brotar el cabello.

—¡Oh, lo sé, no tengo motivos para temer que usted pueda defraudarme o abandonarme! Pero ahora debo decirle, querido, que, tan seguramente como en este momento me tiene entre los brazos, el conde de Grandsailles viene a visitarme. Y siempre que ocurre, su presencia es precedida de un largo período de señales y presagios que parece apoderarse progresivamente de todos mis sentidos, que los entorpece y los apresa sin que mi ser pueda hacer nada… Ése es el medio como percibo periódicamente su aproximación… Y ese acercamiento embriagador está siempre marcado por una especie de torpor. Entonces, todo cambia y se transforma como por arte de magia, todo cuando me rodea, todo cuanto veo con los ojos llenos de lágrimas… Y en cada ocasión comienza casi por nada, podría decir. Repentinamente, me doy cuenta de que los colores de una pluma de codorniz son lindos; y cada vez que pienso en la pluma, su recuerdo me llena de placer, de un placer inexplicable para mí, pero ¡tan vivido!… Después de esto, puedo pensar en casi todo: en una litografía de una escena de caza que decoraba una de las paredes de mi habitación en mis días de infancia, por ejemplo; e inmediatamente, las sonrisas tranquilizadoras de los rostros rojizos de los cazadores y de los

jinetes me producen una indefinible impresión de bienestar, de amor a la vida. Un encanto de ilusión y delicia me recorre, se adueña de mí. Y eso es sólo el principio, pues inmediatamente todos los objetos, aún los más tristes y prosaicos, comienzan a metamorfosearse. Vea usted: esta horrible tela de color achocolatado —añadió Solange al mismo tiempo que tomaba el material con las manos, como si intentase demostrar la irritante fealdad de su color—, esta tela, cuando comienzo a percibir que Hervé va a visitarme, me hace ver en su color unas delicadas tonalidades de un cálido tono dorado que brillan en las profundidades del color pardo… Y este vestido de color granate que llevo…, bien: parece transformarse en otro de un tono rosado de carne.

Solange levantó la mirada.

—Aún este cielo abovedado que generalmente me abruma como el de una tumba, cuando «él» viene a mí comienza a teñirse delicadamente de azul, como los cielos acuarelados y pálidos de Tiépolo. —Después, Solange señaló con un dedo el relieve que decoraba la pared principal del refectorio, y añadió—: Mire, Dick, hasta ese cuerpo de Cristo, que parece haber sido tallado con un hacha y que solamente tiene líneas rectas…, bien; cuando me hallo a punto de ser visitada, también me parece que se dulcifica, que se hace conmovedor como el san Sebastián reclinado; y su tumba me parece entonces tan tierna como un árbol joven. Y aún la inscripción, tan rigurosa como la misma muerte, ya no despierta en mi alma el temor que esas letras labradas se intentó que comunicasen. ¡Eso significa que Hervé se acerca, que viene a mí! ¡Y nunca es un sueño! ¡Nunca, nunca sueño! ¡Siempre sucede bajo la luz del día! No importa dónde, ni cuándo, ni en qué circunstancias. No hay modo de predecirlo. Si, al menos, pudiera prepararme para recibirlo… Pero, ¡no! Es implacable, inflexible; y debo someterme como un cautivo, como un esclavo, a un placer que se hace tan inexorable y tan categórico como esa misma inscripción que podría traducir de este modo: «El amor es inflexible y riguroso».

Solange se desprendió con dificultad de los brazos de
D’Angerville
y se puso en pie; mas inmediatamente, pareció quedar sin respiración, se apoyó en la mesa, se dejó caer contra ella con todo

el peso de su hermoso cuerpo y permaneció de este modo postrada, con los brazos cruzados y mirando al techo.

—Sí, estoy bajo un encanto —murmuró—. Y en cada ocasión en que soy víctima de mi placer, tengo ante mí la misma sencilla imagen; y la cruel escena se repite ante mis ojos… La escena más amarga de toda mi vida, la de la separación, cuando el conde me trató desdeñosamente. ¿Cuál puede ser este castigo que empareja en mi espíritu la involuntaria tiranía de mis éxtasis con la brutalidad y la injustificada humillación infligida sobre mí por el hombre a quien amo?

»Inmediatamente después de las visitas de Hervé, todo es más doloroso para mí que antes, y entonces abrigo esas ansias de muerte que usted conoce. Todo se me hace enemigo y triste, como antes. Este vestido que llevo ya no posee el brillo rosado de la carne, sino que se convierte en el hábito granate de un penitente; y ese cobertor de color achocolatado en que ahora me apoyo se convierte en una materia casi negra, en una tela de ese oscuro color que tienen los hábitos de los monjes. Las propias rosas parecen empañarse con un vaho de prisión, y sólo las verdeantes copas de los alcornoques avivan mi esperanza.

Sin decir ni una palabra,
D’Angerville
forzó a Solange con los labios a que cerrase los ojos y, tomándola en brazos, como a un niño, la llevó a su habitación y la abandonó sobre el lecho. Luego, cruzando el largo pasillo en que había charcos formados por el agua que se colaba por las rendijas de las ventanas, se encerró en la suya y pasó la noche entera leyendo. De vez en cuando, cerraba los ojos.

«Parece que llueve con más fuerza que hace un momento», se diría para sí de vez en cuando, y también «el cledalismo, una noble aberración… Dios me libre de la tentación de intentar mezclarlo con mis propios pesares».

A la mañana siguiente, el cielo estaba aún más oscuro y más cubierto; pero la incesante lluvia parecía haber disminuido de volumen y todavía no soplaba el viento. En una habitación alta de la granja de los hermanos Martin, tras las cerradas persianas, una mujer de la vecindad pasaba las cuentas de su rosario junto al lecho de muerte de padre Martin, el cual tenía entre las manos una vela

encendida, que era la única luz de la estancia. La noche anterior, su viejo compañero, aquél con quien solía ir de pesca todos los domingos, había ido a ver el cadáver.

—¿No parece que está vivo… y natural? —le preguntaron los hermanos Martin.

Y el viejo amigo había contestado, después de examinar en silencio al muerto durante unos momentos:

—Sí, ¡tan natural como lo más natural del mundo! ¡Parece que está pescando!

Abajo, en el establo, la vieja madre Martin lloraba a su esposo. Estaba sentada anquilosadamente en una silla de madera negruzca que, si se juzgaba por algunas limas de color, podía decirse que había estado pintada de un rojo de sangre. Madre Martin solía interrumpir a veces el chorro de los sollozos para mirar, boquiabierta, a sus dos hijos, que trabajaban; hundidos hasta la cintura en el estiércol, cavando en el lugar indicado por su difunto padre: «Bajo la tercera vaca». Repentinamente, Pierre Girardin, quien, con los brazos cruzados, presenciaba la escena, se aproximó al hoyo en tanto que sacaba de un bolso el estuche de las gafas y se ajustaba éstas a la nariz. Pues los dos picos, al golpear simultáneamente un objeto duro, produjeron un sonido metálico que denunciaba de un modo inequívoco la presencia del tesoro que se buscaba. Arrojando los picos, los dos hermanos trabajaron febrilmente con las manos para terminar de desenterrar el arcón que contenía el tesoro, el cual fue extraído del hoyo al cabo de pocos momentos. Los tres hombres se arrodillaron junto al hallazgo y comenzaron a examinarlo. Madre Martin levantó la cabeza desesperadamente en un vano intento por ver por encima de los hombros de los tres varones, sin otro resultado que el de lograr estirarse los músculos del cuello y elevar la nuez, dura, arrugada, paperosa, la cual permaneció inmovilizada en la parte alta del descarnado cuello en una espasmódica contracción de salivación expectante.

El arcón que contenía el tesoro era de peltre y tan grande como una maleta pequeña. La cubierta no estaba asegurada de ningún modo y cerraba imperfectamente, de modo que para ver lo que contenía se hizo preciso apartar una gran cantidad de tierra que había entrado en el interior. Allí encontraron diversos montones de

monedas de oro, algunos de los cuales estaban envueltos en sacos medio podridos y atados hechos de cutí como el que se utiliza para hacer colchones. El tesoro no era tan fabuloso como lo vieron los cuatro ojos de los hermanos Martin, que estaban inyectados por el fuego del asombro; no obstante, para personas que, como ellos, vivían casi dentro de los dominios de la indigencia, aquel tesoro que acababan de desenterrar *representaba una fortuna* que les permitiría vivir confortablemente durante el resto de sus días.

—Necesitaremos todo un día, por lo menos, para inventariar todo esto —dijo Girardin mientras examinaba las diferentes clases de moneda que el arcén contenía.

Pero el mayor de los dos hermanos Martin se puso en pie, se estiró las piernas, comenzó a subirse los pantalones y se ajustó cuidadosamente el cinturón, de vieja tela negra, que se le había aflojado por la violencia del esfuerzo.

Cuando lo hubo hecho, volvió la cabeza hacia su hermano, que lo estaba observando atentamente con las manos en los bolsillos y apoyado en la pared.

—Bien. ¿Qué dices? —Dijo al más voluminoso de los dos—. ¿Volvemos a enterrarlo? No queremos tocar ni un solo céntimo, ¿verdad?

—Yo diría que no —respondió el hermano en el mismo tono que si se le hubiera ofendido al formular la pregunta. Había cogido una pala y se disponía a enterrar nuevamente el tesoro cuando Girardin, que había escuchado con asombrado silencio, objetó:

—Por lo menos, tendremos que contarlo con el fin de que podamos hacer un inventario detallado.

Más el hermano menor, sin prestar atención al notario, arrojó la primera palada de tierra sobre el tesoro.

—Nuestro padre no hizo jamás ningún inventario —dijo el hermano mayor—. Vivió durante toda su vida sin tocar el tesoro. En realidad, lo que hizo fue aumentarlo. Todos los saquitos rayados eran suyos. Bien. ¡Nosotros haremos lo mismo! Pero tenga usted seguridad de recordar lo que ha presenciado.

Después, Martin se escupió en las manos y se entregó al trabajo. Al cabo de muy poco tiempo, el lugar en que habían trabajado ambos se hallaba nuevamente cubierto de una espesa capa de heno y estiércol, y la tercera vaca se acercó indiferentemente y se tumbó.

—Ustedes son, amigos míos, las verdaderas fuerzas de la resistencia. Los alemanes no podrán dominar por mucho tiempo a una nación que sabe enterrar en las profundidades de su suelo su bienestar y que renuncia a él. El invasor podrá poseer y emporcar el cuerpo, pero no los tesoros del alma de la nación.

—De todos modos, el tesoro queda en la familia —dijo el más pequeño de los hermanos Martin en tanto que se enjugaba el sudor de la frente con el dorso de la manga.

Con estas palabras intentaba restar importancia a su acto de renuncia. El hermano mayor, después de haberse acercado a la opaca luz, que se hacía aún más gris a causa de la espesa cortina de telas de araña que cubría la ventana, revolvió en uno de sus bolsillos y sacó del portamonedas una hoja blanca de papel impreso doblada cuatro veces, cuyos dobleces, negros y gastados, indicaban que había pasado muchas veces de mano en mano.

—Mire esto —dijo Martin al mismo tiempo que entregaba el papel al notario—. Sólo tengo uno y he de devolverlo.

—No importa —dijo el notario, dominado por la curiosidad y en tanto que volvía a ponerse las gafas—. Lo leeré aquí…. ¡Ah, sí, he oído hablar de esto! —murmuró—. Parece ser que algunos proscritos, el maquis, se han infiltrado en las montañas del Alto Libreux.

Y repasó rápidamente el documento.

—Está fechado en agosto de 1943. Debe de ser una circular dirigida a todos los hombres del maquis.

Y levantó la vista hacia los dos hermanos.

—¿Queréis que os la lea?

Los dos hermanos asintieron. Girardin se ajustó las gafas con un poquito de suficiencia, carraspeó y comenzó a leer. Su voz seca y fría se hizo cálida y apasionada en tanto que leía:

Los hombres del Maquis.

1. Todo hombre que solicite pertenecer a la organización del maquis de la resistencia unida ha de ser no solamente refractario a la labor de requisición alemana, sino, además, un voluntario y un guerrillero del ejército francés.

2. Accede a someterse a la muy dura disciplina del maquis y a obedecer sin objeciones todas las órdenes que reciba del

director nombrado o confirmado por los cuadros de la organización del maquis.

3. Hasta el final de la guerra, renuncia a comunicarse con su familia o amigos. Mantendrá un secreto absoluto acerca de los lugares de ocultamiento de sus jefes y de su identidad y de la de sus camaradas. Sabe que cualquier infracción de esta regla será castigada con pena de muerte.

4. Declara que comprende que no podrá concederse a su familia una ayuda especial sin despertar los celos y la traición de sus vecinos.

5. Declara que sabe que no puede hacérsele promesa de paga regular, y que su subsistencia y aún su armamento son inciertos. Declara que comprende que la cosa más ligera que hasta él llegue habrá sido obtenida y distribuida por medio de un esfuerzo constante y al precio de grandes dificultades y de extremado peligro para todos los cuadros superiores y los órganos de enlace. Respetará la propiedad privada y la vida de los franceses, aliados o ciudadanos neutrales, no solamente porque la existencia del maquis depende de una buena armonía con el pueblo, sino también porque los hombres del maquis son la élite de la nación y deben dar ejemplo y prueba a todos de que la bravura y la honradez se conciertan en los verdaderos franceses.

6. La alimentación y el vestido de los maquis podrá obligarnos a ordenar que se celebren operaciones de saqueo de tiendas, contra las fuerzas de la Policía de Vichy y hasta contra sus almacenes de vestuario y alimentación con el fin de prestar una ayuda nacional o en socorro de los prisioneros.

Estos decomisos, que serán limitados a lo que sea necesario para asegurar la subsistencia de nuestros miembros, serán ejecutados por hombres seleccionados con especial cuidado por su alto valor moral. Tan pronto como lo permita nuestra provisión de subsistencias, estas operaciones se realizarán exclusivamente contra las reservas del ejército de ocupación.

7. Naturalmente, no se harán distinciones en cuanto a fe religiosa u opiniones políticas, en cuanto a la admisión de candidatos católicos, protestantes, mahometanos, judíos, ateos, monárquicos, radicales, socialistas o comunistas; todos los franceses que quieran luchar contra el enemigo común serán bien

recibidos entre nosotros. El voluntario se compromete a respetar las opiniones y las creencias de sus camaradas. La tolerancia es una de las más hermosas virtudes francesas; solamente los lacayos de Hitler han intentado implantar el fanatismo en Francia. Y no solamente respetarán los hombres del maquis las opiniones y las creencias de sus camaradas, sino que serán para ellos unos amigos devotos y hermanos en armas. De ello depende la seguridad de todos y sólo esto podrá hacer que sea soportable la vida en los recovecos de la resistencia.

Cada uno olvidará sus preferencias, su egoísmo y aún sus gustos. Sacrificarse por un camarada, ocupar su puesto en el trabajo cuando esté cansado, situarse en los puestos de peligro en todas las ocasiones: esto es lo menos que puede exigirse de los hombres que se hallan en nuestra situación. Jamás abandonará a ninguno de nuestros heridos. Los muertos se recogerán y enterrarán en donde sea humanamente posible.

8. El voluntario del maquis será armado solamente cuando su resistencia, su adiestramiento y su disciplina le hagan digno de recibir una de nuestras escasas y, como consecuencia, preciosas armas. Deberá cuidarla del mejor modo posible, mantenerla escrupulosamente limpia, tenerla siempre a su lado o a mano, excepto cuando haya de entregarla al armero.

La pérdida de un arma es castigable con pena de muerte. Ésta es una sanción severa; pero es indispensable para la seguridad de todos.

El voluntario deberá mantener sus efectos y su cuerpo tan limpios como sea posible. De esto depende su salud moral y física, que es preciosa para la seguridad de la nación.

Todo hombre del maquis es enemigo del mariscal Pétain y de los traidores que le obedecen.

Francia vive y vivirá.

—Ésa es su norma y su ley —dijo Martin con orgullo.

—¿Adónde vamos? —preguntó suspirando Girardin, que estaba conmovido, mas también conturbado—. ¿Podremos después de esto evitar la guerra civil?

—Venga, venga conmigo —dijo Martin cuando Girardin hubo terminado de leer y devuelto el documento, que Martin plegó de

nuevo cuidadosamente en cuatro dobleces y guardó en su monedero.

—¿Adónde? —preguntó Girardin.

—Al desván situado frente a este establo. No tendremos que salir al exterior. Mi hermano y yo hemos construido un paso.

Girardin no hizo más preguntas, y, precedido por el mayor de los hermanos, subió al desván del edificio. Allá, a través de una puerta oculta por un armario, entraron en un corredor construido de madera, por el cual hubieron de arrastrarse apoyados en las manos y las rodillas para llegar a la casa. Martin produjo una señal previamente convenida y añadió:

—Soy Martin.

La puerta se abrió. En la habitación estaban cinco hombres. Todos ellos fumaban. El que abrió la puerta llevaba un rifle. El mayor de los Martin dijo a Girardin que se sentase.

—Tendremos que esperar unos momentos, hasta que termine el jefe —dijo.

En tanto que esperaba, Pierre Girardin no pudo apartar la mirada del hombre del rifle, quien se había sentado cerca de él con aire de humildad. Sintiéndose observado, parecía no atreverse a levantar los ojos hacia los del notario. El hombre del rifle tenía un mechón de cabellos húmedos que le cubría completamente las orejas; y como lo llevaba partido en el medio, semejaba el peinado de una mujer. Tenía el rostro salpicado de costras regadas de polvos amarillentos. Su astroso traje estaba tan remendado y tan sucio, que parecía formado por un conglomerado de musgo podrido y de mugre. Sobre el pecho ostentaba restos de espaguetis. Pero cuando se conseguía sorprender su mirada, se descubrían los ojos azules más hermosos del mundo, los ojos de un inocente, de un alma pura. Y también se descubría que bajo tanta basura se encerraba un corazón de oro. Los otros hombres del maquis parecían, por el contrario y a pesar de su pobreza, hallarse aseadamente vestidos; todos llevaban corbata y todos estaban afeitados de aquel mismo día. El jefe estaba escribiendo sobre una mesita de mármol y parecía protegerse la mano de la frialdad del mármol colocando bajo ella una hoja de papel secante rosado y doblada que movía a medida que escribía. Este hombre acababa de condenar a muerte a uno de sus camaradas por haber perdido el arma. El jefe de los

hombres del maquis tenía una cabellera espesa y castaña, con hebras grises, que le llegaba hasta mitad de la frente. Su edad era sólo de catorce años. Cuando hubo terminado de escribir, Girardin se acercó a él. El jefe se levantó y le presentó cordialmente la mano.

Cuando la entrevista terminó, Pierre Girardin, todavía acompañado por Martin, volvió a apoyarse en las rodillas y las manos para atravesar el túnel de madera, cruzó el armario del desván y descendió al establo. Allí encontró a Solange de Cléda y a Génie, que había llevado almohadas de plumas y que con la ayuda del más pequeño de los Martin estaban instalando más cómodamente a la anciana. Girardin apenas pudo esperar a haber saludado a Solange para decirle, excitado:

—Es preciso que venga usted conmigo. No puede estar aquí ni un segundo. Tenga la bondad de decir a Génie que venga a reunírsenos inmediatamente.

Girardin tomó a Solange de un brazo y abrió sobre ella su ancho paraguas malva de campesino, que aumentó la protección que a Solange brindaba su manto de lana negro. Cuando se hallaron de nuevo en el comedor del Moulin des Sources, el notario dijo:

—Algunos de los hombres del maquis han venido al Alto Libreux; uno de sus dirigentes me ha pedido hace irnos momentos una entrevista con usted. No he podido negársela, señora, puesto que ese dirigente no es otra persona que su propio hijo.

—¿Jean-Pierre… aquí? —Exclamó Solange—. ¿Cuándo he de verlo?

—Cuando regrese de un corto viaje, el día de Todos los Santos, después de la comida. He supuesto que de este modo la señora tendría tiempo para tomar parte de la procesión, si lo desea. Padre Martin será enterrado esa misma mañana. Hemos conseguido aplazar dos días el entierro, lo que nos permitirá ir al cementerio con tiempo suficiente y ocultar los planos en los candeleros.

—¡Jean-Pierre aquí! —repitió Solange al mismo tiempo que se llevaba ambas manos al corazón.

La mañana del día en que se celebraba la peregrinación de Todos los Santos a la ermita de Saint Julien se presentó sin lluvia, aun cuando el cielo continuó cubierto. A mediodía, Solange, sentada frente al vizconde
D’Angerville

y separada de él por la total anchura de la mesa redonda, estaba terminando en silencio de consumir una ligera sopa de pan en donde la luz rielaba en las burbujas del aceite y que estaba sazonada con romero. El sonido de la cuchara de Solange al chocar desconsoladamente contra el plato hizo que
D'Angerville
levantase la cabeza.

—No puedo comer más —dijo ella—. Sólo puedo pensar que voy a volver a ver a mi hijo… No sé qué pensar… Me siento pequeña e inútil junto a él… ¿Podré hablarle como una madre debe hablar en tal momento y, al mismo tiempo, podré ocultar el orgullo que no puedo menos de albergar en el corazón, el Orgullo provocado por su valor… porque es tan joven y ha decidido soportar las miserias de la vida del proscrito impulsado por el patriotismo?

—Girardin me ha mostrado una hoja impresa, una circular dirigida a los hombres del maquis —dijo
D'Angerville
—, que es verdaderamente impresionante.

En aquel instante, *Titán* ladró en el patio.

—¡Ahí está ya! —Solange se levantó de la mesa. Estaba completamente pálida—. Hágame el favor de subir al piso alto —dijo a
D'Angerville
—. Y diga a Génie que suba también. Quiero estar a solas y sin testigos con mi hijo.

D'Angerville se puso en pie inmediatamente, en el preciso momento en que Girardin llegaba al refectorio.

—Señora —dijo en tanto que corría hacia Solange para besarle la mano—, su hijo está aquí; pero ha venido con una escolta. Me retiraré al piso alto y esperaré para poder hablar con usted acerca de los detalles de última hora. Todo está dispuesto, y la procesión se pondrá en marcha hacia Saint Julien dentro de dos horas.

D'Angerville, Girardin y Génie subieron rápidamente al piso alto y cerraron tras de sí la pesada puerta de roble situada en la parte superior de las escaleras, la que solía estar abierta. Solange de Cléda quedó sola y esperó recostada en el borde de la mesa, que aún no había sido limpiada y en cuyo centro humeaba todavía la sopera. La puerta se abrió sin ninguna llamada preliminar, y tres hombres

entraron; el del centro era el hijo de Solange. El joven se adelantó hacia ella, la besó en la frente y dijo con severidad:

—El artículo tercero de nuestros estatutos nos prohíbe terminantemente comunicarnos con nuestras familias. En mi calidad de dirigente, podría haber venido sin escolta. Más he querido traerla porque quiero tener testigos de todos mis actos. Si estoy aquí, no es como hijo, sino como proscrito y guerrillero. He venido a pedirte que des alojamiento a seis de mis hombres y los ocultes durante dos días, y a forzarte a que cumplas por lo menos una parte de los deberes que pareces haber olvidado.

Como si intentase reflexionar cuidadosamente antes de responder, Solange no contestó enseguida. Finalmente, dijo:

—Jean-Pierre: eso quiere decir que ordenas a tu madre que haga lo que sabes que no se habría negado a hacer: a conceder hospitalidad para ti y tus hombres, si estáis en peligro.

—¡Sé muy poco acerca de ti, y lo que he averiguado no es bueno! —contestó Jean-Pierre al mismo tiempo que indicaba a los dos hombres que lo acompañaban que se retirasen y sentasen en el extremo más lejano de la estancia.

—¿Qué es lo malo? —imploró Solange, que se encontró débil y logró reponerse haciendo un esfuerzo supremo por recobrar un poco de valor.

—El haber entregado los canales del Moulin al enemigo; eso es lo primero y principal —respondió Jean-Pierre.

—¿Qué sabes acerca de las razones que pueda haber tenido para hacerlo? —imploró Solange, que ya estaba clavada al muro de su ejecución por la implacable respuesta que sabía que su hijo había de ofrecerle.

—¡Ninguna razón puede servir de excusa para una traición contra la patria! —gritó Jean-Pierre.

—Escúchame, hijo mío: en el Moulin des Sources, acertada o equivocadamente, he invertido todo lo que poseía y lo que tú poseías; y al hacerlo, arrojé sobre mí la plena responsabilidad de mi acto de conservarlo para el porvenir.

—El porvenir —repitió Jean-Pierre en voz baja, como si esta palabra le enfureciese, o le inspirase odio o desdén.

—Te había enviado a Suiza a estudiar; y del mismo modo que tu edad te ha librado de los horrores de la guerra, me habría gustado

librarte de los horrores de la indignidad y de la ocupación. Había preparado todo de manera que pudieras permanecer con tranquilidad allí. Huiste. Eres extraordinariamente joven para la tarea y la responsabilidad que has asumido, y no has querido solicitar mi permiso ni mi amante consejo. Por lo menos, deberías haberme dado a conocer tus intenciones como amiga, en el caso de que hubieras decidido despreciar mi autoridad como madre.

—Sí: desprecio tu autoridad; y ¿qué afecto has demostrado hacia mí como madre o siquiera como amiga? Una visita rutinaria de una semana cada año a la escuela, y unos disparatados regalos para aplacar tu conciencia… Bien; permíteme que te lo diga: yo solía aplastar, destrozar tales regalos como si en ellos estuvieras representada. Ahora, conozco bien el significado de esa aureola social que alzaste a tu alrededor en París. ¡Era un símbolo de la derrota de 1940!

—¡Hijo mío, hijo mío! —exclamó Solange fuera de sí y con la voz quebrada por los sollozos—. Si he querido conservar el Moulin des Sources, ha sido por ti, Jean-Pierre, por tu porvenir.

—¿Mi porvenir? —gritó Jean-Pierre—. ¡Soy uno de ésos cuyo único porvenir es la muerte!

—¿Quién podrá decir lo que nos traerá el final de esta guerra? —dijo quejosamente Solange—. ¿Qué podría ser de tu herencia?

—Estaré muerto antes de que ese día llegue —añadió todavía gritando Jean-Pierre—. Pero, aun cuando esté muerto, heredaré tu vergüenza.

Humillada y lastimosa, Solange se aproximó más a su hijo.

—Mírame, hijo mío, si no quieres escuchar lo que he de decirte. Mírame, por lo menos, con el fin de que puedas ver en mi rostro que no soy completamente despreciable.

—Te he estado mirando, Solange de Cléda, y no he visto en tu expresión nada que no sea los residuos de la hechicera belleza con que seduces a tus amantes; y si eres frágil y enfermiza, se debe solamente a que has padecido las angustias de tu concubinaje con el conde de Grandsailles, que te ha deshonrado.

Totalmente abatida y angustiada, Solange se volvió con lentitud y se tambaleó al dirigirse llorando hacia la pared, donde enterró el rostro entre las manos y apoyó ambos brazos en la rugosa piedra. La humedad resbalaba todavía, y Solange se apretó más firmemente

contra ella. El agua fría corrió y se mezcló con sus ardientes lágrimas; y la voluptuosidad de esta sensación se hizo inmediatamente más fuerte que su sufrimiento. Cesando de llorar, Solange se encaró de nuevo con su hijo. Pero parecía no verlo, y una misteriosa sonrisa de placer pasó por sus palpitantes labios. Aquella creciente expresión de fijeza debió de ser incomprensible para Jean-Pierre.

—¿Por qué sonríes de ese modo? —preguntó tan desconcertado como furioso—. ¿Es una sonrisa de desprecio? ¿Quieres provocarme? ¿O te has vuelto loca?

—¡Quieto! —dijo Solange con un susurro al mismo tiempo que levantaba una mano y la apoyaba en la pared—. Le siento venir… Lo sé; esta impresión comenzó anoche… Va a venir a visitarme… Es el conde de Grandsailles, que quiere maltratarme una vez más… Todo es dulce y amargo para mí, pues el conde es como tú: inflexible, y no tiene piedad…

Completamente aturdido, Jean-Pierre dio un paso en dirección a su madre; mas ella, como si pretendiera evitar su contacto, lo rehuyó ágilmente y fue a sentarse a la mesa, perdida en sus sueños e insensible al mundo exterior.

Estaba llorando dulcemente, sin oponerse al chorro de lágrimas, con el pecho aplastado contra la mesa. El blanco mantel la ofuscaba con su proximidad, y cerró los ojos y se escondió el rostro con una mano.

—Tú, también, quieres maltratarme. ¡Déjame sola, déjame en paz! —dijo—. ¡Me has lastimado demasiado!

En aquel momento, Jean-Pierre, probablemente a impulsos de la ternura y la piedad, estiró un brazo y comenzó a acariciar el cabello de su madre.

—¡Vete ahora mismo! ¡No necesito tu piedad!

La mano que acariciaba se detuvo. Estimulada por el hecho de que su hijo estaba tan dispuesto a obedecerla, de que su amor fuera tan fácilmente disuadido, Solange insistió:

—¡Te digo que te vayas! —Y después añadió—: Ahora, ¡me niego a dar alojamiento a tus hombres!

En aquel instante, Solange percibió que las uñas de Jean-Pierre se clavaban dolorosamente en su cabeza, que su paño se cerraba, que le tiraba del cabello tormentosamente, que la cabeza de ella se

elevaba y dirigía hacia atrás obedeciendo a la fuerza de aquella mano, y que caía sobre la blancura del mantel, donde la mejilla golpeó con dureza. Las migas de pan se clavaron en ella de modo cortante. Y no oyó nada más. Pero cuando abrió los ojos, en la habitación solamente se encontraba
D'Angerville,
que se hallaba a su lado.
D'Angerville
la besó en la comisura de los labios.

—Al salir su hijo —dijo con palabras que se deslizaron suavemente junto a la mejilla de Solange—, usted se ha desmayado con una expresión bienaventurada… No ha cesado usted de sonreír.

—No recuerdo nada… Pero sé que él va a venir.

Luego, miró ansiosamente hacia la semiabierta puerta de la cocina.

—Todos se han ido a la celebración de Todos los Santos —dijo
D'Angerville
—. He cerrado la puerta de abajo con el fin de que quien venga se vea obligado a llamar. Estamos solos.

—Me parece que el invierno ha concluido repentinamente —dijo Solange—, como si la primavera hubiera llegado ya. ¡Sáqueme de aquí! —Y viendo que
D'Angerville
dudaba, repitió—: ¡Sáqueme de aquí! ¡Pronto, querido! Prepare los caballos. Necesito respirar aire fresco. Galoparemos hasta llegar a la ermita de Saint Julien, y todavía llegaremos a tiempo de oír las vísperas.

Cuando
D'Angerville
reapareció para decir a Solange que los caballos estaban preparados, ella descendía de su habitación y se detuvo un instante en el centro de las escaleras; iba vestida con un traje de amazona ajustado que
D'Angerville
no había visto desde los días de sus paseos por el Bois de Boulogne.

—¡Qué lejos parece París! ¿No es cierto? —dijo Solange.

Se había recogido la cabellera en un alto moño bajo un diminuto sombrero sujeto con un abanico de plumas de perdiz, y algunas de

sus ondas le caían sueltamente sobre las orejas y los hombros.
D'Angerville
se aproximó a ella, la tomó de la mano, separó por un momento los brazos de Solange y los mantuvo de este modo, despegados del cuerpo, como si así quisiera apreciar mejor el efecto que le producía.

—¡Cuánto ha crecido su cabello! —dijo.

—Lo mismo que mis angustias —dijo Solange.

—No se ha maquillado usted —añadió
D'Angerville
mientras la escrutaba detenidamente—. La he visto en otra ocasión con un aspecto tan malo… ¡y tan divino!

—También recuerdo aquel día —respondió Solange; y bajó la mirada hacia tierra—. Y ¡cuánto debe usted de amarme, puesto que recuerda, como lo hace, hasta los menores detalles y las más míseras miserias! Fue allá, arriba, en el *château*… También había llorado aquel día.

—Y levantó la cabeza y miró a través de la ventana en dirección al castillo. —*Bonjour, tristesse!* ¿Lo recuerda?

—No —contestó
D'Angerville
—. Dije a usted eso durante la noche anterior, al final de la cena. Pero entonces me había mostrado galante con usted, mucho más osado de lo que ahora me atrevería a mostrarme. Después de lo cual, llamé a usted la atención respecto al hecho de que tenía los ojos rojos… «Tiene usted rojos los ojos».

Al pasar, Solange y
D'Angerville
se detuvieron un instante en el bosque de alcornoques jóvenes, cuyas hojas, después de la lluvia, estaban tiernas y brillantes como un esmalte. Solange arrancó un brote y lo colocó en la brida para adornar la cabeza del caballo. Luego, ambos se pusieron nuevamente en marcha. Al llegar a la ermita de Saint Julien, Solange quiso continuar el paseo, en lugar de entrar a las vísperas, y ambos perdieron el camino al bordear una garganta en cuyo fondo se arremolinaban las aguas rojas de un torrente impetuoso. Ninguno habló. Cuando regresaban, alcanzaron a la procesión exactamente en el momento en que ésta se hallaba a punto de pasar ante el

puesto de vigilancia alemán, que estaba reforzado por tres escuadras de soldados al mando de dos oficiales con uniformes de gala. Fue un instante de gran excitación para Solange y
D'Angerville,
que se agarraron mutuamente del brazo, montados en sus caballos respectivos al borde de la carretera en que se habían detenido para presenciar el paso de la procesión. Avanzando con estoica indiferencia bajo el escrutinio de los soldados alemanes, la multitud de campesinos llevaba cirios encendidos y cantaba al quejumbroso acompañamiento de la gaita y el contrapunto preciso del tambor que precedía a la imagen de la Virgen de la Consolación, que iba soportada por los robustos hombros de los hermanos Martin y de dos hombres, todos los cuales llevaban en las manos libres cirios encendidos.

—Pechos de roca viva —gritaban los hombres.

—¡Tom, tom, tom!

—Piernas de hierba fresca —cantaban las voces de los hombres.

—Labios de jazmín —respondían las de las mujeres.

—¡Tom, tom, tom! —Sonaba el acompañamiento del tambor.

—¡Labios de jazmín! —repitió Solange—. Es tan hermoso, que produce ganas de llorar… Mire qué pequeño parece Girardin… Está cantando…

Los ojos de Solange se llenaron de lágrimas.

—Y allá, al fondo, Génie… Qué digna es…, qué altiva va con su viejo vestido de campesina —dijo
D'Angerville.

Exactamente en aquel momento, sucedió una cosa horrible. Cuatro soldados alemanes se abrieron paso entre la multitud y se detuvieron ante Génie. Entonces, como una oruga de angustia, toda la procesión cesó de avanzar. Puesto que había comenzado a subir la pendiente, los que se hallaban en lo alto dispusieron de un punto de vista ventajoso. Los temores de los hermanos Martin, de Girardin y de los restantes hombres que llevaban los planos enrollados en los asideros de sus cirios, pueden ser imaginados… Solange, que creyó que la tragedia era inminente, cerró los párpados. Pero Génie no fue la única que había de verse sujeta a tal medida de inspección, pues otros soldados habían comenzado a registrar a algunos campesinos con el fin de averiguar lo que llevaban en sus cestos o en los sacos.

En lo que se refiere a Génie, solamente sospecharon de la anchura de sus faldas anticuadas, extendidas en la parte inferior por una armadura tradicional de junquillos, faldas que hoy apenas se ven, más que eran usadas antiguamente por las campesinas. Comprendiéndolo instintivamente, Génie se comportó con extraordinaria frialdad. Entregó a uno de los soldados que iban a registrarla el encendido cirio y procedió a quitarse tranquilamente las faldas delante de todo el mundo. Cuando se hubo comprobado que bajo la armadura sólo se ocultaba una ropa pintoresca, superviviente de los folklóricos atavíos, Génie se puso de nuevo las faldas, con la misma indiferencia con que se las había quitado, recobró el cirio, que el soldado le entregó cortésmente, y al cual, como es natural, iban unidos los planos que el ignorante alemán había sostenido en su propia mano, engañado por la malicia campesina de Libreux.

—Ahora, cuando el peligro ha pasado, y antes de que sea demasiado tarde y haya excesiva oscuridad, me gustaría volver por un momento al cementerio con el fin de depositar esta rama de alcornoque a la puerta del panteón de la madre del conde de Grandsailles, como un acto de gratitud. Cuando pasamos por allí, me di cuenta de que la puerta del cementerio estaba abierta; y estamos a una distancia muy corta…

Cuando hubieron llegado al cementerio, se apearon de los caballos y continuaron a pie. Al final de la avenida principal de cipreses se erguía un mausoleo construido con granito gris rosado, de Libreux, y Solange colgó su rama entre las puntas de la corona de hierro del conde de Grandsailles que estaba adherida al muro y que había marcado unas manchas de herrín en la piedra.

—Ahora, podemos marchamos. Volvamos rápidamente al Moulin des Sources —exclamó Solange.

Más en lugar de recorrer en línea recta la avenida que habían seguido y que era el camino más corto hasta la reja de hierro a que habían atado los caballos, Solange pareció dudar. Como si hubiera sido atacada por una súbita indolencia, se dirigió a una senda lateral donde la cizaña, todavía mojada por la lluvia, le llegaba a la cintura.

—¿Por qué no venimos aquí con más frecuencia? —preguntó suspirando—. Quedémonos unos momentos más. No es aquí, sino

bajo el techo abovedado del Moulin des Sources, donde me siento como en una tumba. No me gusta estar encerrada. Cuando esté muerta, deseo siempre tener cielo abierto sobre mi rostro.

Y mientras hablaba, se tendió sobre un antiguo sarcófago entre cuyas fisuras crecían irnos altos y finos tallos de centeno.

—¡Míreme,
D'Angerville!
¡Mire cómo estaré cuando haya muerto!

Y fingiendo cesar de respirar, juntó simétricamente ambas manos sobre el pecho; pero la expresión de su rostro, en lugar de adaptarse al papel que estaba representando, se convirtió en una expresión totalmente distinta; y Solange pareció incapaz de modificar la actitud de sus labios, que se entreabrieron en una estática sonrisa. La luna, que asomó entre una zona de cielo sereno, resplandeció sobre la doble hilera de sus dientes húmedos.

—Tiene usted las manos frías y la frente ardiendo. Sudaba mucho hace unos momentos por efecto de la violencia del ejercicio. Cogerá un enfriamiento.

Solange intentó enderezarse.

—La cabeza me da vueltas; ayúdeme a incorporarme.

Más en el momento en que se hubo incorporado, se derrumbó en brazos de
D'Angerville
y se estremeció de frío.

—Apriéteme con fuerza,
D'Angerville.
Es horrible; pero sé que me sobrevendrá aquel acceso…

—Lo sé —dijo
D'Angerville
al mismo tiempo que la oprimía más fuertemente—. Sé lo que querría usted en este momento: querría que yo ocupase el puesto de él y la maltratase también… ¿Es eso lo que quiere usted de mí?

—¡Oh, no! No es cuestión de usted o de mí… ¡Son nuestros amores separados los que lo harán todo! ¡Sí! Me gustaría que «él» viniera a visitarme… ¡Ahora, aquí! Tengo horror a mi habitación.

—Traeré los caballos, con el fin de que pueda usted regresar —dijo
D'Angerville

bruscamente y en tanto que abandonaba el cuerpo de Solange sobre el sarcófago.

Uno de los brazos de la mujer quedó balanceándose en el aire, como si estuviera inerte.

—Pero ¿qué le sucede? ¿Lo quiere usted verdaderamente? —murmuró
D’Angerville
acercando el rostro a ella.

—¡Sí! ¡Lo deseo!

—Voy en busca de los caballos —dijo
D’Angerville.

—Antes… ¡béseme con fuerza, béseme en la boca! —dijo Solange.

D'Angerville se separó de ella sin obedecerla; pero cuando regresó conduciendo los caballos, encontró a Solange inmóvil, como si verdaderamente estuviera muerta. No se había movido nada. Después, cayendo de rodillas a su lado, la besó en la boca, del modo que le había pedido. El cuerpo de Solange tenía la rigidez de un tronco.
D’Angerville
la cogió por la cintura, la levantó con dificultad y comenzó a sacarla de la tumba. Más una de las espuelas de Solange había sido aprisionada entre dos ladrillos. Después de una corta lucha, pudo ponerla en libertad, los dos ladrillos se despegaron y convirtieron en un montón de arcilla.
D’Angerville
perdió el equilibrio, y los dos cuerpos, a punto de caer, chocaron contra el negro caballo de Solange, que retrocedió y corrió entre las tumbas relinchando doloridamente en el silencio de la naciente noche.

—Manténgase en pie durante un minuto —dijo
D’Angerville
—, en tanto que voy en busca del caballo.

—No puedo —respondió Solange—. Déjeme apoyada en ese ciprés.

D'Angerville lo hizo; mas el cuerpo de Solange estaba anquilosado como el de un triste maniquí. Su cabeza rozó contra las ramas del árbol, que le arañaron el rostro, en tanto que, en

contraste con esto, su enigmática sonrisa de torpor se agudizaba en intensidad. Y Solange contrajo violentamente los párpados.

Cuando
D'Angerville
hubo logrado colocar a Solange sobre su caballo, cogió el otro de la brida y comenzó a galopar como un loco durante todo el camino hasta el Moulin des Sources, de modo que se adelantó a la procesión, que llegaba a las puertas de la aldea de Libreux. Y al entrar en el comedor del Moulin, llevaba en brazos el cuerpo rígido de Solange.

—¡No me lleve a mi habitación! ¡Déjeme sobre la mesa! —dijo Solange.

—La procesión llega en este momento al pueblo. Génie y Girardin vendrán dentro de unos instantes —gritó
D'Angerville
con el rostro por primera vez enojado y duro.

Solange semejaba hallarse en las angustias de la muerte, y sus dientes se desnudaron en una sonrisa.

Los corchetes que le sujetaban la falda se habían arrancado en el curso de la alocada carrera.
D'Angerville
comprobó que Solange ardía en unos puntos en tanto que estaba helada en otros. Tenía una mano en el cielo y otra en el infierno.

D'Angerville miró hacia lo alto de la escalera; mas ella tiró de él. Solange murmuró algo que llegó hasta él débilmente desde las costas de lo familiar:

—Pero ¡nunca más!

Abajo, en la puerta que daba al exterior, alguien golpeaba fuertemente con el puño, y *Titán* ladró con ladridos rencorosos. Cuando
D'Angerville
bajó para abrir, halló a Girardin, Génie, los hermanos Martin y los otros dos campesinos que habían ayudado a llevar la Virgen de la Consolación. Todos ellos llevaban en las manos los apagados cirios y esperaban, reunidos en un grupo compacto, mordidos por la ansiedad.

—He tenido que subir a *Madame* Solange a su habitación explicó D'Angerville.
—Debe de estar muy enferma… Sin duda, ha cogido un enfriamiento. Vaya, Martin, rápidamente en busca del médico…

Todos subieron en silencio al comedor, donde colocaron el cabo de los cirios sobre la mesa, e inmediatamente se retiraron, con excepción de Girardin, que comenzó a recoger todos los planos y a enrollarlos cuidadosamente en torno al cabo de cirio más largo.
D'Angerville
le ayudó a realizar esta operación y pidió a Génie que trajese un vaso de vino para Girardin.

—Esperaré —dijo el notario— hasta ver lo que dice el médico. —Después, añadió—: Debe de haberse sobresaltado mucho con la visita de su hijo.

El doctor encontró a Solange en estado de gravedad. Sufría un ataque de fiebre cerebral y tenía gravemente congestionado uno de los pulmones. El doctor dejó unas recetas y prometió volver antes de la medianoche.

Con todos los planos enrollados bajo el brazo, Girardin se dirigió al Château de Lamotte, donde Prince siempre tenía dispuesta una habitación para él en el segundo piso para casos imprevistos o urgentes o cuando no le era posible regresar antes del oscurecer a su pequeña propiedad del Bajo Libreux.

—¡De qué manera ha llovido, mi buen Prince! —dijo el notario cuando el viejo criado le abrió la puerta.

—¡Hace diez años que no llovía tanto como en estos días! —dijo Prince.

Luego, el notario preguntó:

—¿Han tenido contratiempos con los tejados? En mi casa, allá abajo, necesitaremos dos semanas para arreglar las goteras.

—Ya nos hemos ocupado de *esa cuestión* —respondió el criado humildemente.

—¡Cómo! —Exclamó Girardin—. ¿Ya han venido los albañiles?

—En tiempos como los presentes —explicó Prince con el mismo ademán que si se excusase—, no quiero que el conde tenga que preocuparse por cuestiones de esa naturaleza. Tengo cinco sacos de cemento… El señor recordará, quizá, que todos los domingos, antes de que Rochefort comprase la finca, yo acostumbraba realizar los

trabajos de albañilería de la cabaña de pesca que está cerca del portillo de la acequia. Parece ser que los alemanes van a destruir todo eso.

Girardin se había quitado el gabán y los chanclos.

—Es usted maravilloso, Prince. Se ha echado usted sobre los hombros todo el peso de la administración de este viejo *château*. Y ese hombre, Tixier, el agente *boche*, ¿le ha importunado con sus investigaciones sobre el supuesto suicidio del conde de Grandsailles?

—¡Esa cuestión ya está resuelta! —Contestó Prince—. El conde fue hallado ahogado como consecuencia de un accidente de pesca hace dos semanas.

—¿Y su hijo, Prince?

—Continúa prisionero en Alemania. Pero dice que volverá muy pronto.

Con una impresión de urgencia, Girardin dijo a Prince:

—Voy a subir por espacio de un minuto a la habitación del conde. Entretanto, prepáreme algo de comer… Ya sabe que me gustan los platos calientes.

—Lo sé —contestó Prince—. He estado preparando desde ayer por la mañana un poco de *tripes* a *la mode de Caen*, para el señor. Sabía que la procesión habría de terminar tarde y que el señor no tendría tiempo para regresar al Bajo Libreux.

Una vez que se encontró en la habitación del conde de Grandsailles, Maitre Girardin cerró la puerta y echó la llave. Inmediatamente después, arrojó al lecho el rollo de planos, se sentó un instante en la silla que junto a él había, se frotó el rostro con las manos y lanzó un largo suspiro silbante de satisfacción. Después, se aproximó al alto arcón de caoba de estilo egipcio que tenía una peana de bronce estrecha y alta. Abrió el arcón y sacó de él la calavera de Sainte Blondine, a la cual dio vuelta entre las manos; y en el centro del occipucio, halló las inscripciones, hechas en tinta china, que allí había copiado obedeciendo las instrucciones secretas recibidas del conde de Grandsailles. Volvió a copiarlas, esta vez en el dorso de sus almidonados puños y, trazando una línea bajo la columna de cifras, las sumó por vía de precaución con el fin de presentar como una sencilla operación matemática lo que no lo era; después, se sentó tras la mesa del conde de Grandsailles, donde

procedió a la tarea de ocultar los planos, labor larga que realizó pegándolos al dorso de los mapas de un viejo atlas. Habiendo terminado estos trabajos, Girardin colocó el cabo de su cirio junto a la calavera de Sainte Blondine, cerró el arcón, tomó el atlas que contenía los ocultos planos, se lo colocó bajo el brazo, apagó la luz, cerró la puerta y descendió al solitario comedor. La mesa estaba iluminada por un Sileno desnudo, maravillosamente cincelado, que sostenía un candelabro de plata oxidada en la mano. Moviéndose como un espíritu benigno, más allá de la esfera de luz que las bujías derramaban, el viejo Prince esperaba para colocar ceremoniosamente la silla tras el señor Girardin tan pronto como éste se dispusiera a sentarse a la mesa para tomar la cena.

Pocos días más tarde, Pierre Girardin se encontraba en París. En la pequeña habitación de un hotel de la Rué Vivienne se había preparado para asistir a la entrevista que había concertado con los jefes del grupo comunista. Su camisa, trabajosamente recosida y remendada, especialmente en los alrededores del cuello, tenía, no obstante, un cuello cambiable, pechera y puños inmaculados y almidonados hasta tener la dureza de una armadura; y con hilo gris y dedos afanosos, el notario cosió un botón de uno de sus botines, que databan de la fecha de su boda, treinta y seis años antes, y a los cuales aquel lapso de tiempo había comunicado una tonalidad indefiniblemente verdosa que tenía cierta afinidad con el verdín que recubre algunas setas.

El contacto con aquellas personas a quienes había de ver, personas tan olvidadas de lo divino y de las buenas formas en general, era instintivamente repugnante para él. Y precisamente a causa de esto, se creía obligado a presentarse ante ellas con las mejores formas, pues jamás como en las circunstancias entonces presentes se había sentido símbolo de la santidad de la propiedad y del fanático baluarte de la tradición. Respetuoso para las instituciones republicanas y adicto a ellas, aunque continuase siendo monárquico en el fondo del corazón, detestaba la fraseología demagógica y el internacionalismo de las gentes de aquella clase.

Después de haber pasado a través de una gran cantidad de intermediarios, por un camino largo y tortuoso, fue conducido, al

fin, a una habitación subterránea, sucia e iluminada solamente por una lámpara con una pantalla de metal, donde se halló ante el «grupo». Cortés y seco, habló de esta manera:

—Señores, al venir aquí para traerles las copias de los planos que los alemanes hicieron para la industrialización de la llanura de Libreux, me limito, como ustedes saben, a cumplir las órdenes que he recibido del conde de Grandsailles. El peligro a que me he expuesto en unión de diversos amigos para obtener estos planos es, afortunadamente, cosa ya pasada; pero en beneficio de esos amigos, tanto como del mío, suplico a ustedes que tan pronto como haya transpuesto esa puerta, se olviden absolutamente de mí y que jamás envíen a nadie, con ningún pretexto, a Libreux para que se entreviste conmigo. Nuestro enemigo común es en extremo vigilante; cualquiera de mis movimientos es atentamente observado, y cualquier indiscreción por parte de ustedes podría comprometerles, así como a nosotros. Si las órdenes del conde lo hicieran necesario, sería yo quien tomaría la iniciativa y les vendría a ver.

—Ya han comenzado a enfriársele los pies —dijo airadamente uno de los hombres.

Estaba inclinado sobre la mesa en que, sin levantar la mirada hacia Girardin, se había ocupado en escribir desde el comienzo de la entrevista.

—Esa observación se me antoja oscura, por no decir más —dijo acremente Girardin.

—Y, sin embargo —dijo el profesor Brousillon en actitud conciliatoria—, el camarada ha dicho exactamente lo que quería decir. Y no intentaré traducir sus palabras a un lenguaje que es menos brutal y resulta menos repulsivo para los hábitos literarios de usted. El hecho es que su educación burguesa (y no podría ser de otro modo) constituye el polo opuesto de ciertas leyes progresivas de la ética revolucionaria. Creo que fue Bujarin quien formuló más clara y atrevidamente el principio de que los libres, a través de la tácita adhesión a cualquier acción revolucionaria, contraen el deber de renunciar a toda demanda de moralidad individual. Y, con relación a esto, existen dos largos capítulos de Plejanoff que son extremadamente valiosos para ayudar a comprender que el «empirocriticismo», en el sentido ético y hegeliano de la palabra…

—Caballeros —dijo Girardin interrumpiéndole atrevidamente—, todo lo que contiene mi educación burguesa está comprendido en una sola palabra: honor.

Se produjo un momento de embarazoso silencio. Después, el profesor Brousillon, con tono amistoso aunque burlón, dijo:

—Honor… Es una palabra bonita; pero resulta difícil encontrar tratados especializados en que sea posible ilustrarse y documentarse acerca del honor.

—Aprendí esas cosas de mi madre —contestó Girardin en tanto que se ponía elegantemente los guantes.

—Como quiera que sea —dijo con impaciencia el hombre que se hallaba a la mesa al mismo tiempo que comenzaba de nuevo a escribir con aires de burócrata—, ¡buenas noches, camarada! Eres un buen compañero y el partido no olvidará el servicio que le has prestado.

—Así lo espero… ¡Buenas noches, caballeros! —añadió Girardin al mismo tiempo que se inclinaba cortésmente y se disponía a partir.

Al oír aquellas palabras, el burócrata abandonó la pluma sobre la mesa, miró directamente a Girardin por primera vez y estalló:

—¡Oiga, oiga! ¿Qué modo reticente es ese que ha tenido usted de llamarnos «caballeros»? En esta habitación, todos somos iguales y lo mismo: ¡todos somos camaradas! *Par exemple!* Y, verdaderamente, debía usted temernos.

—¡Oh, diablos! ¡Dejadle que nos llame «caballeros» si eso le divierte! —exclamó un camarada que estaba leyendo un periódico en el fondo de la habitación.

—¡Muy bien! —Concluyó el burócrata—. Entonces, ¡buenas noches, *Monsieur*!

—¡Buenas noches, camaradas! —Contestó imperturbablemente Girardin—. Cuando entré en esta habitación, lo hice como un igual; pero me marcho con la convicción de que si ustedes son camaradas, soy un caballero; y si ustedes son caballeros, entonces, soy un camarada.

Brousillon se apresuró a salir con él hasta el vestíbulo.

—No importa —dijo—; desde ahora en adelante, nuestro enemigo común podrá ser tenido en cuenta para que nos sirva de lubricante para la unidad social, todavía rechinante, de la

revolución que se avecina. Pero le estaremos agradecidos durante todo el resto de nuestras vidas; y las diferencias que ahora se han puesto de relieve son solamente los triviales granos de arena de diferentes educaciones. No se preocupe: mantendremos nuestra palabra de que nadie irá a molestarle a Libreux. Muchas gracias, muchas gracias.

Y estrechó la mano a Girardin.

Después de haber pasado varias semanas en París, durante las cuales recibió por carta noticias algo tranquilizadoras y favorables respecto al estado de salud de Solange de Cléda, Girardin regresó a Libreux. Lo primero que había proyectado hacer era ir al Moulin des Sources para recibir noticias directas y visitar a *Madame*, en el caso de que su estado lo permitiese. Pero, cuando se hallaba todavía a cierta distancia, y en la carretera, Girardin se inquietó profundamente al ver que brillaba una luz en una de las ventanas del Château de Lamotte. «¿Podrá proceder esa luz de la habitación del conde?». Girardin recordaba claramente haberla apagado antes de cerrar la puerta con llave. ¡Y la llave estaba en su bolsillo! Apresuró el paso, y pronto, al llegar al último recodo de la carretera, que conducía al bosquecillo de alcornoques, comprobó que sus temores eran justificados. Acaso hubiera subido Prince, que quizá tendría otra llave, a la habitación, con el fin de ver si se habían presentado nuevas goteras… No; no era probable. En aquella habitación nunca había habido goteras. Es comprensible la estupefacción de Girardin cuando llegó al *château* y encontró que la puerta principal estaba ligeramente abierta. El pensamiento de unos ladrones se presentó unos momentos en su imaginación. Entró con precauciones, avanzó de puntillas, subió como un fantasma las grandes escaleras y se presentó en la habitación del conde. Sentado a la mesa del conde de Grandsailles y flanqueado por los guardianes, se hallaba un oficial del ejército nazi. En una silla, de frente a ellos, estaba Prince, quien se puso en pie en el mismo instante en que vio entrar a Girardin. El oficial nazi tenía la calavera de Sainte Blondine en equilibrio sobre tres dedos de una mano y con la otra mano acariciaba suavemente un cabo de cirio. El oficial tenía unos ojos grises y soñadores y un rostro rojizo. Tenía la nariz completamente blanca, como si toda la sangre se hubiera retirado de su punta, y era precisamente en aquella punta

cartilaginosa de la nariz donde toda la ferocidad parecía concentrarse. Un soldado acercó una silla a Girardin, y cuando éste se hubo sentado, el oficial comenzó a hablarle en un francés decentemente correcto.

—Necesitamos que nos ofrezca usted dos explicaciones —dijo—. En primer lugar —y al decirlo arrojó a lo alto la calavera de Sainte Blondine y la recogió diestramente con la parte alta hacia abajo—, le pedimos que nos especifique cuál es la dirección que está escrita en tinta china en la parte inferior de esta calavera. —Y señaló con la punta del cabo de cirio las diminutas cifras que Girardin había anotado—. En segundo lugar, ¿dónde están las copias de todos los planos que estuvieron arrollados en torno a estos cirios? —Y dirigió una significativa mirada al suelo, donde junto a la mesa, reposaba el montón de cabos de cirio que había sido transportado desde la bodega—. No ha prestado usted atención al hecho de que la cera es una materia que se presta fácilmente a conservar impresiones, especialmente las de las tintas fuertes de los planos de los ingenieros. Vea por sí mismo lo bien que pueden distinguirse hasta los menores detalles del plano; se marcan débilmente, es cierto, pero con claridad.

Girardin tomó el cirio que se le ofrecía en examen.

—Tiene usted razón —contestó con calma.

—Solamente una cosa más para terminar de convencerle: su encantador y patriótico proyecto de sabotaje ha sido descubierto cuando estaba en embrión, en el huevo.

—Bien —*dijo Girardin*—. En *ese caso*, intente usted comprender que mi secreto se compone de una cajita blanca y diminuta que puede abrirse, pero que no cierra. Es posible romper un huevo. La caja, mi secreto… La caja no podrá usted reconstruirla, pues mi secreto y mi cuerpo son una sola cosa. Y en el interior, solamente hallará usted un poco de yema y un poco de clara, una pequeña cantidad de albúmina, que es mi pobre vida… Se la regalo.

—Bueno. Piénselo detenidamente —dijo el oficial, que parecía desear poner fin a la conversación—. Es probable que ninguna de las dos preguntas que le he formulado nos interesen seriamente, puesto que ya conocemos cuanto necesitamos conocer acerca de ambas cuestiones. ¿No es éste, por ejemplo, uno de los planos que entregó la semana pasada?

El oficial abrió el cajón y mostró uno de los planos entregados por Girardin, quien no pudo evitar el morderse los labios imperceptiblemente.

—En ese caso —dijo—, ¿por qué insiste usted en que le informe respecto a mis camaradas?

—Por cuestión de principios —contestó fríamente el oficial alemán.

—Sí, comprendo —dijo Girardin—, los «principios del deshonor». Yo tengo otra clase de principios.

—En principio —continuó enojosamente el oficial—, la ejecución de usted ha sido señalada para dentro de tres días. Esta decisión podría ser atenuada conforme al grado de sentimentalismo y delicadeza que se dignase usted adoptar con relación a las personas que le han traído a esta situación. Debe usted saber que hemos descubierto enteramente el complot gracias a uno de sus protegidos comunistas, el que no pudo pensar nada mejor que comprometer a usted al tomar refugio en el *château* cuando lo hubimos descubierto.

—No podía negar hospitalidad a un hombre perseguido por el enemigo —dijo a modo de disculpa Prince—. Y no pude imaginar que…

—¡Cállese! También lo recordaremos —dijo el oficial nazi al mismo tiempo que se ponía en pie y que los dos soldados procedían a la detención de Girardin.

—No hablaré —dijo nuevamente el notario; y cruzó la abertura de la puerta; y mientras era conducido, murmuró en diversas ocasiones entre dientes—: ¡Maldito «empirocriticismo»! ¡Malditos camaradas! ¡Bah! Les demostraré cómo se muere como un caballero…

Se dijo en Libreux que Pierre Girardin había sido torturado, pero que no habló; y el mismo día en que recibió la noticia de su detención, el vizconde
D’Angerville,
después de confiar a Solange —cuyo estado ya no era de gravedad — a los cuidados del médico de Libreux y de Génie, salió inmediatamente para París con el fin de hacer a través de sus amistades e influencias cuanto fuese posible por salvar la vida a Girardin. Mas la fecha fijada para la ejecución del notario del conde

de Grandsailles se acercó sin que se hubieran recibido noticias de D'Angerville.

¿Qué podría haberle sucedido?

Y de este modo, sucedió que, perdidas todas las esperanzas, el día y la hora de la muerte de Girardin llegaron. A las cinco y media de la mañana, cuando los gallos picoteaban los penachos del alba, el escuadrón de fuego condujo a Girardin a un campo desierto y rodeado de árboles jóvenes. Las gotas del rocío formaban perlas en el acero de los fusiles, y los botines de Girardin estaban mojados por el agua recogida al caminar entre los herbajos. Girardin no tenía miedo, mas repentinamente hubo de reprimir un impulso de llorar; no por sí, sino por Solange de Cléda y su enfermedad; pues la recordó en aquel momento y recordó, también, que el vizconde de Angerville todavía no había regresado. Y Girardin temía que hubiera sucedido lo peor. El notario había vuelto la cabeza en dirección al Moulin des Sources.

—*Mon Dieu!* —Dijo para sí—. ¡Qué solos y desvalidos se hallan a veces los seres vivos!

A aquella misma hora, en el Moulin des Sources, la habitación de *Madame* Solange de Cléda debía de hallarse aún inundada de oscuridad, ya que la luz del día, que comenzaba a nacer, era demasiado débil para que pudiera filtrarse por las rendijas de las cerradas persianas. Pero a través de la ventana del comedor, que carecía de persianas y cortinas, aquella luz pálida, cruda, ignorante de tragedias, la misma que brilla por primera vez en los rostros de los muertos, comenzaba a invadir inexorablemente con sus movientes sombras el gran refectorio y la mesa cubierta del tejido de color achocolatado que parecía hacerse más grande a medida que despertaba el alba. El cielo estaba nuevamente entoldado y la lluvia amenazaba caer. Girardin se dejó vendar los ojos y gritó:

—Vive la France!

Por la tarde, el tiempo se aclaró durante dos horas.

Fue un día como el más hermoso de la primavera. Las grandes tragedias se han desarrollado siempre bajo una luz de esplendor que pone de relieve y destaca aún los más mínimos detalles. El sol, el cómplice de todos los dramas, pintó las seis patas de cada hormiga con los iridiscentes reflejos del paisaje…

Más tarde, se dijo en Libreux que alguien, en señal de venganza,

trazó una esvástica en una piedra lisa del río con un dedo mojado en la sangre fría de Girardin, y que las hormigas celebraron un ritual báquico y tejieron el rosario de su voracidad en tomo a ella.

Durante la noche del día de la ejecución de Pierre Girardin, comenzó a llover una vez más; pero en aquella ocasión el viento y los copos de nieve unieron sus fuerzas a la del agua. Génie estaba sentada en la cocina, cosiendo, y Martin, el mayor, sentado frente a ella, estaba labrando una pipa de raíz de cedro con su navaja. Entre las dos personas estaba la ancha mesa de madera de la cocina, y sobre tal mesa, a distancias iguales de la izquierda y la derecha, había una botella de vino oscuro y un plato descascarillado de barro que contenía unas setas blancas teñidas de azul y dos trufas tan grandes como un puño. Junto a él, estaba otro plato en que reposaban las dos patas y el hígado de un pollo… Esto era la totalidad de Francia: la sangre de la tierra, las flores del cielo y del infierno, flores de las aguas que caían, fuego negro de abajo… y el pollo, el tótem, el sacrificio *chantecler*.

Bajo la mesa, exactamente debajo del plato blanco, el gato dormía.

—Dije el día de la procesión que el tiempo no se había despejado —contó Martin—; y entonces es cuando deberíamos haber tenido el viento que ahora ha comenzado a soplar.

—Y todavía no tenemos noticias del señor vizconde
D'Angerville
—suspiró Génie en tanto que miraba a través del hueco de la entreabierta puerta en dirección a la mesa redonda del comedor, mesa que estaba cubierta del mantel de color achocolatado, más que debería hallarse cubierta de un mantel blanco y preparada cuando el señor vizconde se encontrase allí.

—Si he de darte mi opinión…, creo que nunca volveremos a ver al vizconde
D'Angerville
—dijo Martin. Y luego, preguntó—: Y *Madame* Solange, ¿se encuentra mejor?

—Está mejor, no hay duda; está mejor. Ya no tiene fiebre; pero tiene aquí algo que no marcha bien.

Y Génie señaló con la punta de un dedo su cabeza, en la que había una constelación de pecas, y fingió atornillar en ella la uña,

como si intentase apretar con la negrura de la punta del dedo los tomillos mohosos de sus pecas, las cuales también semejaban las burbujas aceitosas de una rica salsa que se hubieran separado de la manteca derretida de su piel.

—¡Deja de aporrear! —gritó Génie.

Martin cesó de golpear la pipa contra la mesa, lo que hacía con el fin de vaciarla de las pequeñas astillas que se habían introducido en el orificio que estaba abriendo, y la sostuvo en el aire.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada —respondió Génie—. Me ha parecido oír que venía *Madame*.

Martin se había puesto en pie y se acercó a la ventana.

—¡Oye! Acabo de oír lo mismo que oíste. Es como si todos los perros de Libreux estuviesen ladrando a coro por razones desconocidas. ¡Escucha, escucha! —Y era cierto—. ¿No sabes, cuando eso sucede, que dicen que todavía está el conde Arnau cabalgando a través de los cielos y montado en su caballo blanco?

—¡Cuentos de brujas! —Comentó Génie—. Intentas atemorizarme.

El gato se había despertado en aquel instante, y, con un salto, como de temor, desapareció en dirección al comedor.

—También dicen que, cuando pasa, las gallinas aletean asustadas, que los rebaños se congregan apretadamente, que los niños despiertan en sus cunas y comienzan a llorar.

—¿No puedes estarte quieto y callar? ¿Qué quieres que te dé? ¿Un vaso de vino? —Llenó dos vasos y suspiró—. ¡Alabado sea Dios! ¡Cuándo pienso lo que sufrirá la señora cuando sepa que Girardin ha sido fusilado!… ¡Hemos de procurar que no lo sepa hasta dentro de mucho tiempo!… Y no seré yo, ciertamente, quien se lo diga. Habrá de hacerlo el vicario.

Un grito que sonó en lo alto de las escaleras la sobresaltó e hizo que derramase el vino sobre la mesa.

—¡Chist! ¡Se ha despertado!

—¡Génie, Génie! —gritó Solange.

—¡Voy, señora! —contestó Génie.

Y corrió escaleras arriba al mismo tiempo que hacía el signo de la cruz.

VIII. QUIMERA DE QUIMERAS, TODO ES QUIMERA

Amar, y no saber a quién.
CALDERÓN DE LA BARCA

Hacía aproximadamente siete meses y medio —más bien un poco más que un poco menos— desde la boda del conde y Verónica. Desde su lima de miel, ambos habían residido en la suntuosa hacienda-palacio de Palm Springs, la cual, en los días de John Cornelius Stevens, poseía un parque zoológico cuyo conjunto estaba formado por animales salvajes, y un aeródromo particular adyacente; con las restricciones impuestas por la guerra, estos dos terrenos, desnudos de aeroplanos y leones, se habían cubierto de hierbas y maleza.

Era la tarde de un domingo. El conde de Grandsailles estaba solo en medio del frígido fausto del salón de fumar, cuyo moblaje, imitación del Renacimiento español, tenía la teatralidad anticuada de una estancia de la gran Inquisición… El conde parecía encontrarse triste y observaba a un ciempiés que se hallaba inmóvil en el centro de una pared blanca.

«Si un día decidiese suicidarme —reflexionó el conde—, lo cual es extremadamente improbable, escogería ese momento inmediato a aquél en que la radio, a cualquier hora del día, anuncia la frase inexorable y desesperanzadora: *Bulova Watch Time*».

Anunciaron las cinco de la tarde de este modo por el receptor de radio, y una vez más, el sempiterno *Bulova Watch Time* había pronunciado las implacables y funestas sílabas de las cinco

campanadas angustiosas en la tarde sin nubes de California. Al conde le habría agradado levantarse y apagar el aparato de radio, que algún criado habría, sin duda, dejado descuidadamente en marcha; pero continuó sentado y sin moverse, cubierto por el periódico dominical que unos momentos antes había repasado ausentemente en tanto que pensaba en otras cosas.

Lejos de su llanura de la Creux de Libreux, donde las vivificantes lluvias debían de haber comenzado a oscurecer los campos, todo lo que allí le rodeaba y hasta la misma vida se le antojaba opresivamente monótono y desprovisto de ese elemento imponderable que constituye la totalidad del milagro: el gusto. Y se entregó en brazos del recuerdo ansiosamente. Los domingos le angustiaban singularmente el corazón, y, si por desdicha, como aquel día sucedió, los acordes siniestros y agoreros de un órgano dominguero se deslizaban entre las músicas de la radio y le herían los oídos al levantarse, esto era suficiente para llenarle de negruras para todo el resto de la jornada. Pero Verónica no podía vivir sin escuchar la radio. El conde la había soportado ya por espacio de una hora, con lo que su hipocondría se incrementó irreparablemente, y se acomodó de modo transparente y pesado en su espíritu, en su propio y verdadero sillón. Un poco más o menos de aquella musiquilla no tendría importancia; y ésta fue la razón de que el conde se resignase a ella, atado de pies y manos por uno de esos ataques de indolencia insuperable que permiten soportar, casi complacidamente, el enervante sonido de un grifo goteante o de una puerta golpeada por el viento.

No obstante, el conde estaba en aquellos momentos muy lejos de ser presa de uno de tales ataques de depresión moral que solían acometerle periódicamente en su Château de Lamotte con sus tormentos alucinatorios e hiperclorhídricos. No; su vida conyugal en aquel lugar junto a Verónica estaba muy lejos de ser un paraíso; pero tampoco era un infierno. Era una especie de purgatorio, un purgatorio satisfactorio, como un baño en un lago tibio, cuyo tiempo era *Bulova Watch Time*. Aparte de esto, el mundo, lo que era más importante, le parecía cada día más cubierto por el musgo sórdido de la funesta ausencia de lo inesperado. ¡Todo estaba en decadencia, ya nada valía la pena! Las noticias del mundo, también, con su sensacionalismo, frecuentemente exagerado, habían

terminado por disipar su apasionado amor a la historia. Y, puesto que Rudolph Hess se había arrojado en paracaídas sobre Escocia… ¡qué período más infantil!

Por otra parte, la guerra duraba demasiado tiempo… El conde estaba repasando un anuncio en que se alardeaba de los grandes progresos de la aviación, en el cual el mundo aparecía, a través de una serie de fotografías, más pequeño sucesivamente. Al fin, era tan pequeño, que podía ser sostenido entre el pulgar y el índice de una mano humana no más grande que una píldora de vitaminas. «Qué aberración», se dijo desalentadamente.

Los genios del Renacimiento —Rafael, Leonardo y Miguel Ángel, los únicos a quienes Dios había quizá tocado con las puntas de los dedos— no habían tenido con sus cosmogonías otra ambición que la de engrandecer el mundo a semejanza del cielo. Pero, actualmente, nuestra horrible civilización mecánica pretende reducir el globo terrestre a las dimensiones de una diminuta píldora que ¡ni siquiera tiene las virtudes de un laxante! El hombre podrá realizar la hazaña de volar en tomo al globo terrestre tres veces en un solo día… Y luego ¿qué? ¡Qué fastidio iba a ser esto! ¡Cuándo se piensa que las mentes más vivas, como la de Pascal, han concebido la sabiduría humana como una cosa en concordancia con la habilidad de permanecer en una habitación sin tener deseos de abandonarla!… Y siempre la misma cosa, las mismas imágenes, pero a cada momento más insípidas y comercializadas. Los mismos rostros, todos iguales, la sensualidad estandarizada de las estrellas de Hollywood; siempre los mismos *ballets* rusos, y… ¡pero los nuevos eran todavía peores! Antes, en los días de Diaghileff, todavía se conocía el modo de bailar, y aún de volar, con gracia de hadas; actualmente, se habían inventado unos horrorosos estilos nuevos…, como el que el conde había visto en Nueva York…, en el cual, en lugar de bailarines, se veían figuras que podrían haber surgido de cualquier tienda de comestibles, vestidas con trajes de calle, tiesas y constreñidas, que andaban con infinitas preocupaciones para evitar meter los pies en el estiércol.

El conde repasó una revista ilustrada: labios muy pintados, entreabiertos; y siempre con esas horribles sonrisas, con esos dientes abrillantados por una explosión de magnesio ante el muro de las yacijas de cebra de Marruecos… Un soldado camuflado igual

que un leopardo y adornado de plumas, derramando jugo de coco en la cabeza descubierta de un soldado canadiense y barbudo, desnudo hasta la cintura, con los calcetines impecablemente estirados y sostenidos por un par de ligas nuevas… Una señora con cara de cura rompiendo una botella de champán contra la proa de un barco nuevo…

«Tendré que enfrascarme en mis nuevos libros de demonología. No hay salvación en ninguna parte. Pero todavía creo, a pesar del progreso, que son el súcubo y el íncubo los que pueden producirme el más grande consuelo en este mundo desespiritualizado».

¿Y el amor de Verónica? Desde los principios de su matrimonio, no había cesado ni un solo día de desearla. Como la mayoría de los franceses, el conde profesaba un verdadero culto fetichista por unas piernas bien formadas, así como una veneración sentimental por una mirada abstraída. Verónica poseía estos dos atributos en grado superlativo. Pero de esto a amarla… No, no la amaba. Y la única imagen que se presentaba a su imaginación era la imagen fuerte, exclusiva, victoriosa, de Solange de Cléda. Mas el conde de Grandsailles era una de esas personas que pueden producir la impresión de una pasión grande, aun cuando consagren a su fingido objeto de amor una escasa atención. Y sobre Verónica derramaba sus infinitos recursos de ternura, atención y de homenajes fluidos ininterrumpidos, adornados con la tradicional galantería cortesana.

Y de este modo vivía Grandsailles y se repetía que solamente haciendo feliz a Verónica podría enmendar la maldad cometida al usurpar la personalidad de otro. Y Verónica se consideraba feliz. La antigua ansiedad continuaba viva en el fondo de su corazón, viva por su instinto, que también le decía que Grandsailles no le daría jamás el hijo que ansiaba lógicamente; y estaba tan deslumbrada por el descubrimiento de los misterios de Eleusis de la carne —dos cuerpos y una sola pierna—, que todavía no podía concebir los de Lenten —que tienen un millar de piernas—. Pues Grandsailles, que comenzaba a moderar sus ardores, le había comunicado en diversas ocasiones la necesidad que tenía de disfrutar de periódicos retiros, de permanecer a veces durante muchos días retirado en su «secreto», en sus libros. Y así sucedió que la única habitación de ambos se trocó en dos habitaciones, y que cada uno vivió en un rincón situado en lados distantes, dentro de la gran casona, y que la

distancia que se creó entre su amor se vio prontamente poblada de la ida y venida de un millar de pasos delicados, rápidos e imperceptibles, como patas de insectos que se moviesen sobre la superficie del agua de sus hábitos, que tan pronto se hacían otoñales.

Grandsailles había llegado, en lo que a esto se refiere, tan lejos en su sinceridad como la integridad de su mentira le permitía. Con una sinceridad hábil y aparentemente ruda, franqueza de dos filos, había impuesto en los mismos principios las condiciones draconianas de su matrimonio.

—No soy la persona a quien pertenece el nombre que utilizo; pero mi destino ha dispuesto que quien soy desaparezca para siempre o viva oculto. Debes renunciar a todo propósito de descubrirlo, y jurarme que jamás intentarás averiguarlo ni permitirás que nadie te informe de mi pasado ni de mi verdadera personalidad. Esto acarrearía mi ruina, mi pérdida. Mi vida está basada sobre un secreto horrible, y la mujer que comparta la primera nunca podrá compartir el último. Me verás con frecuencia melancólico, y más frecuentemente observarás que mis pensamientos están lejos, que vivo a tu lado como una persona obsesionada. Y esto sucederá porque verdaderamente estoy obsesionado. Mi vida me ha condenado también a otras dolencias, aparte de las de mi conciencia. Mi organismo tiene, asimismo, sus secretos y sus razones para consumirse y debilitarse. Al casarte conmigo, tú, que eres sólo una niña, encadenarás tu vida a la de un hombre criminalmente asolado y apenas un poco más real que el que tu imaginación ha inventado. ¡No nos casemos!

Más, aparte de esta última, Verónica aceptó todas las condiciones de Grandsailles sin pestañear. Ella, que se había supuesto capaz de dedicar toda su vida a mirar una imagen de la cual casi nada restaba en su memoria, no siendo el inescrutable color blanco de su envoltura, se había ligado a un ser de carne y hueso al que amaba con la armoniosa turbulencia de todas sus vísceras. Pero en su interior vivía un anhelo secreto sobre el que las lunas sucesivas derramaban su lechosa luz. Con su iniciación en el amor físico, descubrió que el verdadero fin no era otro que el placer animal de la maternidad. Entonces comprendió su delirante concentración en el hijo de Betka.

Y pudo comprender, también, el mito esencial de la virginidad que es el mito blanco de Leda, que ponía huevos ultrablancos. Después podría haber visto aquella cabeza blanca sin rostro de su quimera al surgir de las sombras de su conciencia, en las profundidades del sótano del Quai des Orfévres, como un huevo grande y próximo a romperse, huevo que habría de contener a su hijo. Pues todas las vírgenes que, como Leda, están alucinadas por la blancura de la castidad, se casan en sus sueños con el cisne blanco de Lohengrin. Grandsailles, que sucumbía más y más al vicio de «mitificar» las cosas, había descubierto y analizado el mito del modo que se manifestaba en Verónica, y solía decirse:

«El… el hombre blanco y con el rostro oculto… es todavía un cisne. Solamente existen cisnes blancos y cisnes negros. Creo que yo soy una especie de cisne gris… del color del plomo, como algunas nubes de octubre… Pero no existen cisnes de este color, y, en todo caso, lo que es más exacto, tampoco soy un cisne».

Luego, solía preguntarse si no habría sufrido su organismo los efectos del frecuente abuso de las drogas afrodisíacas, los elixires de juventud y los filtros de amor. También le habría agradado poseer un hijo de Verónica, y sabía que tal hijo habría sido suyo, el hijo de su cerebro, la pura concepción de Cléda… Y, sí, habría sido también el hijo por quien la canonesa no cesaba nunca de suspirar, el heredero del conde de Grandsailles, que estaba a cada momento más atormentado por sus temores de no tener descendencia.

Éste era el gran problema, el gran misterio en que deseaba absorberse una vez más para escapar a este período de igualitarismo y desjerarquización, el gran misterio de la progenitura, de la herencia, de la concepción. Pues todas las bases de la aristocracia se apoyan en esto. El conde saltaba frecuentemente para regresar al corazón del tuétano de su adorada Edad Media. Con el fin de poder entregarse a ardientes especulaciones de este género, debía abrir dos grandes baúles llenos de libros, que aún permanecían cerrados. Entre los libros estaban los más antiguos tratados de satanismo y magia junto a los más rigurosos tratados de biología moderna. Estaban, también, los grandes tratados de los problemas teológicos a que el tema había dado lugar, y especialmente el del «pecado mortal por representación» o por omisión… y los preceptos predicados por los Santos Padres de la Iglesia, preceptos que eran

terribles y a veces monstruosamente divertidos.

Camisones de dormir con ingeniosas aberturas para permitir a las parejas temerosas de Dios que llevaran a cabo el *acto* de la procreación sin caer en el pecado; la estipulación explícita de que la pareja «no debe cerrar los ojos» durante el acto, y de que «deben mirar al otro de frente, preferiblemente a la nariz, para evitar así e impedir representaciones o recuerdos pecaminosos de otras personas». Y en todo momento deben humedecerse la frente con una cruz de agua bendita, para alejar los pensamientos impuros, impidiendo así que penetren el alma y el cuerpo de espíritus maléficos peligrosamente ávidos de poseer la carne en tan propicias circunstancias. Y la represión constante de la máxima terrible «*Pulva eris et pulva reverter is*», que debería servir para extinguir los fuegos de toda lubricidad incontrolada en el momento supremo en que puede producirse la fecundación de un santo, de un monstruo, de un espíritu malvado… o de un rey. El conde de Grandsailles pensaba que bastaba con tomar al pie de la letra estas ricas y sustanciosas creencias y supersticiones de la Iglesia y arrojar sobre ellas la luz de las ciencias especiales de nuestro tiempo para ver cómo el sinuoso camino de la Verdad se abría ante uno mismo: pecado mortal por representación.

«En efecto —se diría para sus adentros—, si existe la moral, las infidelidades y los adulterios más terribles y reprobables no son aquellos que se cometen furtivamente y lejos del ser amado; antes bien, son aquéllos en que se incurre cuando se está en sus brazos, en el momento del acto, representada voluntaria o involuntariamente la imagen de otro, transmitiendo así una vida impura».

A partir de esta capacidad de disociación y de interdependencia de las funciones psicológicas y fisiológicas del ser humano, nacen todas las teorías del cuerpo considerado como un mero navío, un receptáculo de los humores que, comoquiera que están constantemente presentes, en comunicación y en «contacto» por medio del poder de evocación de la memoria, pueden materializarse en sangre. Esta idea de la cantidad de cuerpos habitables se encuentra en el origen de todas las antiguas creencias de Oriente. ¿Acaso era algo más que la escisión, la reencarnación y la trasmigración de las almas? La metempsicosis, no obstante, que tildaba de error metafísico de peso, se había erigido a sus ojos en

una verdad cotidiana. La Europa de la Edad Media, a su entender, había dado justamente con las soluciones más «prácticas» y con las formas más cercanas y que mejor se adaptaban a la realidad, las del mundo onírico de los íncubos y los súcubos, cuyos secretos se hallaban recopilados, ¡y con qué precisión habían recogido los detalles empíricos!, en los anales de la Demonología y en las prácticas satánicas de la magia simpática. Y toda la ciencia moderna del hipnotismo ya aparecía en dichas prácticas, pues la hipnosis es, en efecto, la manifestación hiperestética de un estado permanente de animismo y de transmigración.

¡Sí! Estaba convencido de que la realidad tangible y sanguínea de los sueños les arrastraban a él y a Solange, llevados por la misma corriente. Sí, a ese respecto, seguía pensando como un campesino. Y cuando un campesino de Libreux decía de una nueva novia: «Está preocupada porque teme que dará a luz a un niño bajo el influjo del mal de ojo», una vida futura que dependería de una mirada distante que podría sembrar el caos en su espíritu, ¡cuán cerca de la realidad, o cuando menos de la realidad tal y como la entendía, estaba aquella manera de explicar el fenómeno! ¡Sí! Cien veces sí. El enigma de la procreación: qué medio más maravilloso, vehículo mágico de satanismo, de tentación y de damnación. Porque lo que le aguardaba era la damnación. ¿Acaso existía mayor sumisión carnal del espíritu que servirse del placer para forzar a las células, al plasma y a las vísceras a crear un parecido físico en los ojos, las encías y los estallidos de ira de un ser hostil moldeado a imagen y semejanza de una mujer que no había poseído sino espiritualmente? ¿Tan perverso era plantearse gestar un hijo de Solange de Cléda, con un océano de por medio, en el cuerpo de Verónica? Sí, era posible, como lo era recibir a Solange en su imaginario cada vez que quisiera venir y apropiarse de él, penetrando en todos sus pliegues con la imperial realidad de su imagen radiante (una realidad imperial, una imagen radiante: ¡qué palabras para describir a la pobre Solange, enferma en cuerpo y alma, lejana y sola!).

Cuando el conde poseía a Verónica, ella se convertía en la carne de otra mujer: Solange… ¡tan lejana y tan sola! Pero ¿qué era aquel caos de divagaciones locas, de tormentos imposibles de la martirizada inteligencia, qué era sino el amor insaciado y creciente por Solange, lo que le estaba haciendo delirar? El conde de

Grandsailles se alborotó el cabello con los crispados puños, y la grisura del pelo cayó sobre su atormentada frente como una corona de hojas de olivo plateadas.

¡El mito de la sangre! ¡Y te poseo completamente, toda tu alma! Pero es tu sangre lo que se me escapa, y el día en que podía tenerla, contigo desnuda ante mí sin más propósito que éste, y pude entregarte la mía, te regalé media granada de rubíes. ¡Menudo tonto esteta! Y por eso también caiga la maldición sobre mí. Pero más estúpidas son las doctrinas que niegan las leyes inmanentes e incomprensibles de los «injertos», en virtud de las cuales la pulpa de una naranja se ha visto forzada a heredar la falsa sangre de una granada; pero seríamos en exceso crédulos si concibiéramos el injerto de un «íncubo» con sangre, con sangre real, material que no sólo no deja de agitarse por medio de toda representación, sino que se ve modificada y emponzoñada por éstas hasta el punto de provocar misteriosos tumores y abortos de falsos embriones en el fibroma vaginal que precisan de intervenciones quirúrgicas. «¡Curioso es el parecido del cáncer con el "íncubo encamado"!», exclamó Grandsailles sumido en el silencio de sus meditaciones abrumadoras y desesperantes… «Sí, la magia simpática, como los sueños, se lleva en la sangre, y es incurable. Solange de Cléda es como un tumor maligno que ha empezado a devorarme y que ha empezado a invadir mi cerebro».

En aquel momento, percibió un algo cálido y rojo que se apretaba dulcemente contra su boca. Verónica lo estaba besando. El conde se estremeció. ¿Desde cuándo estaba su esposa a su lado, probablemente observándolo con ansiedad en tanto que él, absorto en sus fantásticas teorías, no se daba cuenta de su presencia?

El conde se puso en pie inseguramente, como si despertase de una pesadilla.

—Los caballos nos esperan. ¿Vas a cumplir tu promesa de dar un paseo conmigo por el desierto? —le preguntó Verónica con voz teñida por la amargura. Después, comenzó a moverse a su alrededor como un león dócil. Al fin, dijo—: Sé que no puedo preguntarte lo que estás pensando… Ya estoy acostumbrada. No me quejo de nada; pero me agradaría poder ayudarte. Si hemos convenido que jamás compartiré la vida de tu alma, lo que me está prohibido, permíteme, *al menos*, acompañarte de vez en cuando, para obligar a

tus cuitas a galopar y cansarse, acaso a dormirse, exactamente del mismo modo que sé disipar tus recuerdos con mis abrazos.

—Si te acercases a esos recuerdos, morirías por haberlo hecho: son recuerdos desnudos y sin abrazos —dijo Grandsailles, quien parecía volver lentamente a la realidad, en tanto que se peinaba el cabello con su peine de oro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Verónica rebelde y desdichadamente—. ¿Por qué nunca puedo hacerte feliz, como tú a mí? ¡Sí! ¿Por qué negarlo? Hay otra mujer en tu vida, una mujer que está lejana o quizá muerta. Jamás lo sabré; pero puesto que lo he aceptado desde el principio como suposición, ahora me agradaría convertirme en ella en carne y hueso, de modo que puedas considerarme ella toda vez que soy yo quien aún consigue excitar tu sangre…, antes de que *el* ardor de tu deseo empiece a declinar.

Grandsailles hizo un gesto de protesta, y Verónica, acercándose más a él, apretó su mejilla contra la del conde.

—¡Sí, lo sé! ¡Ya me quieres menos que antes! —dijo.

Grandsailles la contestó por medio de un largo beso; y cuando levantó la cabeza, vio que la canonesa cruzaba el patio y le lanzaba una mirada de disgusto. «¿Por qué últimamente me mira de ese modo?», se preguntó el conde.

Al llegar a la puerta que se abría ante el camino que conducía al desierto, vieron los dos caballos. Uno de ellos era blanco como la escarcha; el otro tan negro como un pecado. El blanco estaba en la sombra y el negro, iluminado por un rayo de sol.

—¿Cuál de los dos escoges? —Preguntó Verónica sonriendo maliciosamente; y ella misma contestó a su pregunta—: Lo sé: ¡el pecado! Este caballo parece el diablo, ¿no es cierto?

Y en tanto que hablaba, pasó la mano por el morro del caballo.

—¡Con qué gracia me recuerdas tu promesa de repetir hoy nuestro pecado! —le dijo el conde en voz baja.

Verónica pareció un tanto turbada.

—¿Por qué te empeñas en calificar tan extraño y violento tipo de amor de ese modo? Para mí, antes bien, es como una tormenta de agua que cae del cielo, la lluvia dorada de Dánae.

—¡Qué deseo más digno de ser embellecido, *chérie*! —dijo el conde, atónito a su vez por la decisión mostrada para llevar a cabo

el plan que su mente había pergeñado.

—¿Qué necesidad tenéis vosotros los latinos, estetas como sois, de afear todo aquello que pertenece a los oscuros reinos del deseo? ¿Acaso importa la puerta por la que uno entra, si conduce al paraíso de la carne? ¿Por qué os empeñáis en ver el demonio en todas las cosas?

—¡Porque el demonio existe! —respondió Grandsailles mientras montaba el caballo negro y lo forzaba a retroceder con un agudo espolonazo. En aquel momento, la canonesa, que estaba agachada en el suelo, de espaldas a ellos, limpiando una jaula, se inclinó más hacia delante, hasta apoyarse de pies y manos en tierra, con lo que descubrió las piernas en toda su longitud hasta las rodillas. El conde dirigió una mirada a las pantorrillas de la mujer, que brillaban con blancura bajo la luz del sol, fustigó al caballo y se alejó al galope con dirección al desierto. Verónica lo siguió, pero no pudo alcanzarlo hasta dos horas más tarde. El conde se había detenido para desmontar al borde de un oasis que hasta aquel momento no había descubierto. Cuando Verónica se hubo apeado, a su vez, se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. Y ambos permanecieron de este modo unidos en un largo abrazo en tanto que los lomos de sus caballos despedían un espeso vapor. A su alrededor, en un radio de dos horas de galope, no había ningún ser vivo, y hasta se hallaba ausente la característica flora del desierto californiano…, no había nada sino un terreno mineralizado, sin hierbas ni cactos, nada sino rocas rotas, mohosas, negruzcas, como meteoros que hubieran estallado en fragmentos y hubieran caído del cielo, lisas, ardientes, lo mismo que óxido de hierro ígneo, calcinantes y rechinantes, y que hubieran llenado el terreno de fisuras de esterilidad… Y de pronto, en medio de aquélla vehemente desolación de un planeta extinguido, el frenético gorjeo de millares de aves se elevó de una zona de vegetación lujuriante, fresca, esmeraldina.

—Es un paraíso —dijo Verónica—. Jamás vi en la tierra un lugar tan hermoso como éste.

Entraron en el oasis. Un lago de agua templada, tan transparente, que podían verse las piedrecitas de su fondo, estaba rodeado de palmeras entre cuya densa frondosidad había un viejo pozo abandonado. Verónica miró al fondo y dejó caer en él una

piedra que quebró la luna del cielo que en él se reflejaba. El sol continuaba ardiendo en el horizonte, y el conde se había sentado a la sombra de un árbol derribado.

—¡Mira, Verónica, qué claro y transparente es el aire en torno a esa palmera tan alta! Ahí me parece ver una torre invisible…, la torre de nuestra casa.

Verónica miró hacia el lugar que el conde señalaba.

—Sí; yo también la veo.

El caballo negro, que se había acercado al borde del lago, introdujo la pata izquierda en el agua y bebió.

—Construiremos las paredes de nuestra casa en tomo a esa palmera, como un cinturón. Desde el exterior, para cualquiera que venga al desierto, su alto muro circular, solamente roto por unas ventanitas, con el fin de hacerlo más seguro contra el viento, parecerá pobre, como las casas que sirven de refugio a los mendigos, angustiosa como una de esas barracas cuyos habitantes han muerto de peste, o como un asilo de leprosos en el mismo corazón de la esterilidad más feroz.

—¡O como un convento de cisnes! —exclamó Verónica.

—En el interior, todas las habitaciones se abrirán a este paraíso de palmeras que se estremecen con el vuelo de los pájaros y el salpicar del agua.

—Y éste es el paraíso que tú sueñas en el infierno de tus pecados —dijo Verónica.

—Sí —contestó Grandsailles—; los bienaventurados han ocupado siempre el centro; y lo mismo los malvados. Cielo o Infierno, siempre están en el centro. Y nosotros estamos en el centro.

—Para mí siempre será el Cielo —dijo Verónica mirando hacia la altura.

—Los actos de nuestra pasión —continuó Grandsailles— se avergüenzan de la presencia de los vulgares, que siempre son profanos. ¿Cómo podrá lo que es único pertenecer a lo que no sea nuestros únicos corazones?

Verónica juntó las manos, se inclinó, recogió una pequeña cantidad de agua del lago y salpicó con ella al caballo negro, el cual se retiró inmediatamente y se tumbó sobre la hierba. Veronica se acercó y se dejó caer sobre él como sobre un almohadón viviente.

—¡Te dije que ese caballo es el demonio! —exclamó Grandsailles.

Verónica unió juguetonamente su cabellera rubia a las negras crines del animal, y hundió en ellas el rostro; pero lo hizo por no ver el de Grandsailles, que se había aproximado y del cual a ella le habría placido eliminar todo, con excepción de los ojos; y tales ojos la ofuscaban de un modo que era doloroso…, como si los rayos que disparaban fuesen flechas agudas a las cuales sirviese de blanco la mirada de Verónica.

—Jamás hemos estado más solos que hoy. Podríamos abrirnos las gargantas, y nadie se enteraría ni oiría nuestros gritos.

El conde la envolvió en sus brazos como en una capa, y ambos dieron libertad a los leones de su amor.

El silencio sólo se rompía por efecto del estremecimiento accidental de las hojas de las palmeras, de la crepitación de una ramita, del diestro movimiento de un ser invisible y de pies ligeros. Entre la aridez del cielo —cuyo profundo azul se desvanecía y convertía en los reflejos minerales, amarillos y anaranjados, del crepúsculo— y el reseco desierto, el sonido de tres continuados chapuzones cristalinos quebró a intervalos la serenidad del lago y despertó unos reflejos tan puros, que parecieron borrar las huellas de la depravación del conde.

Verónica se retiró del lago y montó su caballo blanco.

El crepúsculo había descendido; y antes de ponerse en marcha, el conde dijo:

—Ya no nos vemos uno a otro; pero continuemos mintiéndonos. Ningún abrazo podrá aproximamos más, aun cuando lo sintamos en la misma profundidad de nuestra carne. Pues no sabemos quiénes somos.

—Es cierto —dijo Verónica—. Todo lo que veo de ti es esa cruz que te entregué y que ahora llevas pendiente del cuello. Cuando estás demasiado cerca de mí para que pueda verla, cierro los ojos y todavía puedo verla brillar en su fondo.

—¡Qué extraño destino! —Dijo Grandsailles después de un nuevo silencio—. Amamos, y no sabemos a quién amamos.

—¿Te quiero, o quiero al que conservo en la memoria? ¿Me

quieres, o la quieres a ella? No quiero saberlo…, cada día lo deseo un poco menos; pero edifiquemos algo duradero en torno a las preciosas incertidumbres de nuestras confusiones. ¡Quiero tener una casa aquí! —concluyó Verónica al tiempo que señalaba con un dedo las violentas huellas que en la arena y en las matas de musgo rotas había dejado el caballo al levantarse.

Marcharon a paso lento; cada uno de ellos llevaba un brazo sobre la cintura del otro.

—Tocamos la carne —dijo Grandsailles— y abrazamos quimeras. Tocamos para asegurarnos de que engañamos y somos engañados.

—Abrazamos lo desconocido, asimos, agarramos y acariciamos para convencernos de que todo es quimérico —concluyó Verónica —. Y acaso sea ésta la causa de que abracemos, acariciemos y agarremos con tanta violencia: para ver si somos capaces de despertar a la realidad.

—Marchamos bajo el mismo yugo —dijo el conde.

—Sí —respondió Verónica—, no vemos ninguno de nosotros el rostro del otro; pero cuando nuestros cuerpos se tocan, golpean uno contra otro de modo duro y violento. Vi en cierta ocasión, en las polvorientas carreteras de Portugal, bueyes que marchaban de esta manera; y sus huesudos costados estaban cubiertos de úlceras en los puntos en que se tocaban.

Se produjo un silencio. El conde de Grandsailles se hundió en sus pensamientos de ternura por Solange de Cléda. Y Verónica pensó en el hombre del rostro oculto que conservaba en la memoria y que creía que era él; y así, manteniéndose apretados uno contra otro, se fundieron con la creciente oscuridad, como si formasen una masa única.

A la hora de la cena, Betka no había regresado aún de su paseo a caballo; Verónica y el conde se sentaron a la mesa. La mesa era redonda y aproximadamente de las mismas dimensiones que la del refectorio del Moulin des Sources; mas en lugar de ser de madera deslucida y sencilla y de hallarse cubierta por un tejido de color achocolatado pardo, era de caoba pulida, *furiosamente* pulida, y en su granulación rojiza se reflejaba implacable y salvajemente la deslumbrante vajilla de plata. Tal y tan cruda ostentación fue del gusto personal de Barbara; pero, hasta cierto punto, también lo era

del de Verónica, que lo había heredado de ella.

—Para mí —dijo Grandsailles— el lujo es precisamente lo contrario de este falso palacio en que vivimos. He soñado con una casa en la que todos los picaportes fueran de oro macizo, pero oxidado y empañado, de modo que nadie pudiera saber que lo fuesen. La pasión rodeada solamente por una aridez oxidada: eso es el lujo.

—Ése es el modo como yo quisiera que construyeses los muros en torno al oasis —dijo Verónica—. Me siento incivilizada cuando estoy junto a ti, que tienes esa tradición tan refinada… Quiero aprender a ver las cosas que tú ves. Me señalaste una torre en el cielo, y la vi. Y he visto todo lo que me dijiste: una torre para nuestra habitación común, unas ventanitas abiertas sobre la extensión del desierto… He visto nuestros cuatro ojos apoyados en ellas, como si fuesen personas verdaderas, vestidas de blanco y cristal, que mirasen al horizonte… Con tu incomparable don para la sugestión, has erigido ya ante mis ojos despiertos un sueño más hermoso que cualquiera de los que mis sueños inventaron para mí.

En aquel momento, a través de las altas ventanas que daban al patio, y apenas distinguible de las sombras, vieron que Betka se acercaba sobre su caballo y acompañada de una figura masculina y alta que también iba a caballo.

Betka entró y ocupó su puesto a la mesa después de haber dado a Verónica un beso precipitado en la frente. Apenas podía ocultar su intensa emoción.

—¿Quién es ese hombre galante y alto que te escoltaba? —Preguntó intrigada, Verónica—. ¿Es el mismo que te acompañó ayer por la tarde?

La opresión que Betka sintió esperando esta pregunta, se desvaneció súbitamente.

—Sí —contestó con acerada firmeza en tanto que observaba atentamente a Grandsailles con el fin de ver si acusaba alguna reacción—. Es el mismo que vino ayer conmigo. Su nombre no significa nada para ti… Es un capitán de Aviación que ha llegado de África con un largo permiso. Lo conocí en París. Se llama John Randolph.

—John Randolph —repitió Grandsailles—. No, no lo conozco.

Después, al cabo de un largo silencio, preguntó a Betka:

—¿Por qué no lo invitas a cenar con nosotros mañana por la noche? A Verónica y a mí nos agradaría mucho. No tenemos el menor deseo de obligarte a compartir nuestra insociabilidad. La silla inmediata a la tuya está siempre terriblemente vacía.

Verónica tomó en la suya la mano de Grandsailles y siguió el curso de su pensamiento.

—Y sólo podrá haber una felicidad completa en esta casa cuando esa silla esté permanentemente ocupada por una persona tan excepcional como Betka.

—Y tan hermosa… Tengo mucho empeño en ello —añadió el conde con exigente burla.

—Sería muy difícil encontrar un ser más hermoso —dijo Betka medio en broma al mismo tiempo que miraba a Verónica con una sonrisa prendida en la boca, como pendiente de malicia que colgase de los hoyuelos que se marcaban en las comisuras de sus carnosos labios.

Al día siguiente, Betka y Randolph acortaron el paseo con el fin de esperar la llegada de Verónica y el conde de su segunda visita al oasis, el cual habían decidido adquirir definitivamente para levantar en él su retiro. En lugar de cócteles, Betka dispuso vodka y dubrovka con hierbas suspendidas y lo sirvió en la chimenea; y el pequeño criado filipino les presentó unas anchoas picantes sobre tostadas calientes. El rostro impasible de Randolph no sufrió ni siquiera el menor alterador efecto de embriaguez al tomar con calma aquellas ardientes bebidas. Era una de esas raras personas a quienes el fuego no afea. Por el contrario, los rojos reflejos de los leños crepitantes, como si estuvieran enojados, en lugar de carbonizarle el rostro parecían concederle la rosada pureza de una rosa… Y ¿quién sabe si la intacta frialdad de esta flor no es precisamente fuego, fuego frío y violencias combinados en un sereno desenvolvimiento?

Betka, una Betka muy diferente de la que Randolph conoció una noche en el Hotel Avenir Marlot, se presentaba a sus ojos como un ser investido de sublimidad. Sobre el cobre de su flameante cabello, el paso de la adolescencia a la plenitud había extendido las cenizas de algunas hebras prematuramente blancas, entre las cuales los carbones parecían arder con pasión aún más grande. Su ancha boca, como si estuviera espiritualizada por la resignación, conservaba

solamente el tierno gesto de los vestigios de su dolorida sensualidad, que era, acaso, más intensa que anteriormente. Se había convertido, para los ojos de Randolph, en un cuerpo tan transparente como el coñac, en el cual tan sólo eran visibles las hierbas suspendidas y aromáticas de sus vicios primitivos… Randolph la miraba y apenas la veía. Únicamente veía a través de ella. Y a través de ella vio a Verónica, a quien estaba esperando, paralizado por la angustia. ¡Verónica llegaría en cualquier momento! En tanto que escuchaba para oír el ruido del galope de los caballos, Randolph continuó haciendo preguntas a Betka con la insistencia de un niño enojadizo.

—¿Estás segura de que Verónica es feliz? ¿Estás segura de que Verónica es feliz? ¿Es feliz con ese Nodier? ¿Y quién es Nodier?

—Juzgarás por ti mismo respecto a si es feliz —contestó Betka —. Lo verás con tus propios ojos…, si no se te deslumbran demasiado con la belleza aumentada de Verónica. Pero no tienes derecho a ensombrecer esta felicidad reviviendo un recuerdo lejano. Quiero demasiado a Verónica para que pueda permitirte hacerlo. Y sólo cuando aceptaste esta condición accedí a que la vieses.

—Cumpliré mi palabra —dijo melancólicamente Randolph—. No le haré el amor.

—Pero ¿por qué no intentas hacerme el amor… a mí? — preguntó Betka—. Los dos tenemos una cosa que amar conjuntamente, ¿no es cierto?

—Y ¿si ahora te dijera que te quiero también? —preguntó él súbitamente en tanto que se sentaba en el brazo del sillón y rodeaba la cintura de Betka con un brazo…, con la mirada perdida en la oscuridad de las ventanas y pensando visiblemente en otra cosa.

Ella levantó el rostro hacia él, acercó los labios a su boca y le dijo con una sonrisa:

—No lo creería de ningún modo.

—¡Y harías bien en no creerlo! —dijo Randolph al mismo tiempo que la besaba entre las cejas con tierna amistad. Pero añadió —: Sin embargo, podría quererte más y mejor que cuando nuestro primer encuentro. Fue por culpa tuya… Estabas completamente embriagada… ¿Lo recuerdas?

«Nunca supo que lo que yo quería aquella noche era matarme», reflexionó Betka; y continuó:

—¡Sí! ¡Lo recuerdo!

A Betka le parecía que todo aquello era como un sueño; y Randolph, como si continuase sus pensamientos en voz alta, exclamó:

—A cada momento pienso más y más que soy víctima de mis ilusiones, de un sueño impenetrable. Algunas veces, me retiro la piel de las órbitas para intentar abrir los ojos a la realidad, para descubrir el lugar que ocupo en la vida. No hace mucho tiempo que fui incluido en la lista de muertos; pero solamente fui prisionero de los italianos; y al volver a África, descubrí que el conde de Grandsailles se había hundido con el yate del príncipe
D'Orminy.
Anteriormente, sucedió que volé con el conde de Grandsailles a Malta, antes de que el avión fuese derribado en Calabria. Comencé a buscar a Cécile Goudreau con el fin de averiguar detalles, pero Cécile había vuelto a París. ¿Conociste en París al conde de Grandsailles?

—No; pero conocí a Solange de Cléda. ¡Esa mujer era el mismo amor!

—Su adoración por el conde se hizo legendaria —dijo Randolph.

—Parece ser que el conde de Grandsailles era un hombre muy inteligente; pero despiadado y frío —dijo Betka.

—Es pintoresco que yo tenga precisamente la impresión opuesta. Me pareció un hombre apasionado. Es cierto que sólo lo vi un momento y que únicamente vi sus ojos. Íbamos volando a mucha altura para evitar que los aeroplanos enemigos nos interceptasen en nuestro camino hacia Pantelaria, y los dos teníamos puestas las máscaras de oxígeno…

—Ya vienen —dijo Betka al tiempo que se ponía en pie. El ruido de los caballos al galopar podía oírse claramente—. Me has dado tu palabra. Pero júrame una vez más que nunca dirás quién eres.

—Te doy mi palabra solemne —dijo Randolph—. Nada más quiero verla otra vez antes de volver a Europa para luchar de nuevo. Quiero alimentar mi sueño, el sueño que me ayuda a vivir. No te preocupes: mi alma se ha consumido ya…

Verónica y el conde aparecieron un momento en el gabinete

antes de cambiarse de ropas, y Betka hizo las presentaciones.

—Verónica Nodier… El capitán John Randolph… El teniente Nodier…

Verónica descendió, más tarde, con un vestido blanco de muaré, muy ceñido a las caderas, con el cual recordaba a un potrillo indócil. Y como resultado de la prohibitiva reacción ante la ardiente primera mirada de Randolph, éste recibió la impresión de que los muros de un torreón inaccesible se alzaban ante él. La cena fue servida casi inmediatamente, y las cuatro personas tomaron el café y los licores en el gabinete. Verónica y Betka jugaron una partida de ajedrez en tanto que el conde de Grandsailles y Randolph conversaban acerca de las guerras napoleónicas, uno de los temas favoritos del conde; en el curso de la conversación se discutió acerca de los escritos de Stendhal y Alfred de Vigny, y el conde estableció unos sorprendentes paralelismos entre aquellas guerras y el actual conflicto ruso-germano. Cuando lo quería, Grandsailles podía ser un orador brillante y cautivador.

—Produce usted la impresión de haber vivido en aquel período —observó Randolph.

—Es posible —respondió Grandsailles—. Napoleón se inspiró frecuentemente en mis ideas.

Cuando llegó la hora de la despedida, Grandsailles dijo a Randolph:

—Espero que durante el tiempo que tenga disponible hasta su regreso a Europa, si no le aburre encontrarse siempre con las mismas tres personas, nos concederá el placer de cenar con nosotros todas las noches.

El segundo día, Randolph era ya un íntimo amigo de los habitantes principales de la casa. Grandsailles había sentido siempre la necesidad de compañía masculina, la que mejor podría apreciar los dones de su inteligencia especulativa, y en Randolph —silente, sensible y distinguido— encontró un oyente ideal. Por otra parte, el conde había abrigado el temor de que la vida de reclusión que las tres personas llevaban pudiera despertar sospechas respecto a la identidad de él. Aquel guapo capitán aportaba al grupo el encanto de la naturalidad, y, además, su presencia producía a Betka la ocasión de poner en práctica un perfecto *flirt*. Durante los últimos tiempos, la joven se había dedicado totalmente a los cuidados de su

hijito, con el cual llevaba una vida casi separada de las demás personas, y al que a cada momento mantenía más celosamente alejado de contactos con Verónica. De este modo, el conde creyó que la entrada de Randolph en la vida común normalizaría todas las relaciones, lo que motivó que hiciera cuanto estuvo en su mano por complacer a Randolph y hacerle sentir como en su propia casa. Nada podría haber agradado más a Randolph. Estaba locamente enamorado de Verónica. Y la frialdad de ella para con él sólo podía exasperar aquella impresión de creciente fracaso que la casi diaria presencia de ella, con la tortura de tener que reprimir en todo momento sus impulsos, rompía en negras ondas de pesimismo a las mismas orillas del delirio y encendía las agitadas aguas del sueño de su vida con el fósforo del deseo.

Verónica apenas le dirigía la palabra; mas si sus miradas se cruzaban, obraba como si estuviera ofendida y parecía indicarle que su deber era ser amable para Betka. La fidelidad de Verónica para Grandsailles era tan completa, que generalmente la molestaba el ser admirada por quien no fuese él. Hasta la adoración de Betka semejaba privarle de aquel sentimiento de exclusividad que reposaba en la misma esencia de su naturaleza.

—¿Estás satisfecha de mi conducta? —Preguntó Randolph a Betka el cuarto día—. Has visto que he cumplido mi palabra.

—No haces nada parecido —contestó Betka severamente—. No haces más que mirarla, como si quisieras devorarla. Pero no quiero cumplir la tarea de desanimarte. Ella tiene un modo de mirar a los hombres, que les indica muy pronto que no son siempre irresistibles. Y ahora, contéstame; he de hacerte una pregunta: ¿es feliz Verónica?

—No podría decirlo —respondió Randolph—; pero una cosa es cierta: que ha hecho de Nodier un ídolo; y debo reconocer que Nodier es fascinante…, que tiene un cerebro único… Es el propio misterio. Te doy mi palabra de honor de que no deseo interponerme entre ellos. Por otra parte, no tendría ocasión de hacerlo, aun cuando lo intentase con empeño —dijo en tono de profunda melancolía; y añadió—: ¡Si pudiera conseguir que Verónica dejase de mirarme con esa expresión de reproche, que me mostrase un poco de calor y de amistad!…

—Solamente te ha *concedido lo que mereces. Deja de* desearla; sé

más atento para conmigo. Cuando te vayas, me echarás de menos. Solamente hay dos seres en mi vida: Verónica y mi hijo… y tú…, un poco…

—¿Un poco más o un poco menos que antes? —preguntó Randolph.

—Solamente un poquito más… Pero ahora no podrías forzarme a cometer ninguna locura.

—Tengo para nosotros dos unos proyectos que distan mucho de ser locuras —respondió enigmáticamente Randolph.

El tiempo se arrastraba monótona y pacíficamente en la casa de los Nodier…, del conde de Grandsailles. Randolph se hallaba con ellos continuamente y con ellos iba al oasis; Verónica solía jugar con él por las noches una partida de ajedrez, que casi siempre ganaba, después de lo cual se acostaba inmediatamente, antes que Grandsailles, a quien le gustaba arrastrar la conversación con Randolph y Betka en ocasiones hasta las tres de la mañana, cuando solían tomar un *scotch*, su última copita antes de acostarse.

Más, actualmente, el conde había dejado de bajar al comedor durante dos días y de ir a inspeccionar el trabajo en la torre del oasis. Se había enterrado en sus nuevas lecturas, y él mismo acostumbraba decir que en tales ocasiones era feroz como un perro ante un apetecible hueso y que sería probable que mordiese a la persona que se acercase a molestarlo. Pero en aquella ocasión tenía razones diferentes a su apasionamiento especulativo para retirarse. Nuevamente, y de modo más inconfundible que nunca, había percibido la reaparición de palpitaciones sofocantes y de otros síntomas inequívocos de una dolencia del corazón. Por nada del mundo habría consultado con un doctor, puesto que consideraba que sus conocimientos médicos eran suficientes para su propio tratamiento. Por otra parte, no era su estado físico lo que más le inquietaba. Pues en los últimos días había sido presa de horrorosos dolores de cabeza, que parecían taladrarle la nuca como un sacacorchos; y tales dolores iban acompañados de un cortejo completo de grotescos fenómenos psicológicos, fugaces aunque indudables; y el conde sabía perfectamente que ningún doctor en Medicina podría proporcionarle el menor de los alivios.

En última instancia, estaba completamente seguro de qué era lo que no marchaba bien en él. Todo brotaba de la misma fuente: su insatisfecha pasión por Solange de Cléda, la cual, más pronto o más tarde, terminaría por afectar a su razón.

La carta de Solange llegó al fin. El conde había comenzado a desesperar de recibir una respuesta. Pero lejos de concederle descanso, tal carta le obsesionó más y agravó su patológico anhelo de reclusión. La idea de descender al piso bajo y conversar con Randolph, Betka y Verónica era casi más de lo que podía soportar.

«Randolph ya les hace compañía —se decía—, y yo estoy enfermo».

De esta manera, dejaba transcurrir día tras día, sin ánimos para bajar. Durante un día entero meditó su respuesta a Solange y, hacia las cinco y media de la mañana siguiente, cuando ya no podía *dormir, se* levantó del lecho y escribió:

Querida, hermosa, adorada Solange:

¿A qué podría dedicar el resto de mi vida sino a repetir constantemente y en cada ocasión con un matiz diferente de sentimiento que mi amor es todavía más grande que mí gratitud, la cual y con toda justicia debería ser ilimitada, puesto que usted me ha expresado su voluntad de concederme el óbolo de la estimación que me atrevía a pedirle, y, además, continúa favoreciéndome con su pasión? Pues si jamás hubiera recibido una respuesta a mi carta, mi gratitud acaso podría haber disminuido; pero nunca mi amor, que crece constantemente. Ahora bien; aunque esta gratitud llegue a las mayores alturas, está muy lejos, sin embargo, de alcanzar las de mi amor por usted. ¡Tan inaccesible será siempre este sentimiento para todos los demás, aun para la piedad! Me siento torpe e inepto en mis intentos por comunicarme con su corazón a través de mis pobres cartas de amor. Más a cada día que pasa, y a pesar de la distancia, me parece más cierto que mis continuos sueños sobre usted no pueden dejar de penetrar en su espíritu y tomar posesión de los sueños de usted. La magia de la ciencia demoníaca a que he sujetado todas las disciplinas de mi espíritu con el fin de acercarme al de usted, no es otra cosa que la ciencia de los sueños del antiguo Egipto, la ciencia de la encarnación real y

tangible de los deseos de carne y hueso, los cuales terminan por cubrir el corazón con «tejidos de asfixia»… y por paralizarlo. Periódicamente y mucho más allá del alcance de mi voluntad, siento como si todas las fuerzas convergentes de mi ser orgánico más secreto se reunieran en mi cerebro y provocasen unos horribles dolores de cabeza acompañados de derrames de sangre del oído, del mismo modo que, sin moverme, me hallase sujeto a desacostumbrados cambios de presión atmosférica. A medida que estos síntomas se multiplican, comienzo a percibir imágenes de una fenomenal agudeza visual, en tanto que el área que rodea mis órbitas comienza a dolerme, como si éstas fuesen introducidas en agua hirviente. Finalmente, veo a usted con tanta claridad como si se hallase delante de mí.

La veo en relámpagos instantáneos, siempre al aire libre e iluminada por un brillante sol invernal. Y tales visiones se hacen mucho más claras si en el momento en que se presentan me oprimo los párpados con un pañuelo. La veo, entonces, descender a una quebrada, con un brillante vestido escarlata, cerca de la arboleda recientemente plantada, acompañada de los dos hermanos Martin. La veo inclinada sobre el pequeño portillo de madera que conduce a la carretera posterior próxima a los lavaderos. Titán la observa, inmóvil, y una de las incrustaciones de cobre de su collar resplandece repentinamente como una señal luminosa. Cada una de tales imágenes va acompañada del sonido de voces queridas que hablan a usted respetuosamente, entre ellas la de Fierre Girardin, de quien supongo que será su ángel de la guarda. Aun cuando tengo un corazón de piedra, estoy reducido a lágrimas por el relámpago de una incrustación de cobre —puesto que pertenece al collar de un perro que la mira a usted, lágrimas aún más ardientes porque los ojos me duelen con su visión. Y siempre al final de este período alucinatorio percibo de usted la misma imagen final, la más angustiosa: su rostro envuelto por una extraña expresión de éxtasis que no es solamente de placer, ya que se combina con otra de angustia y de terror mortal, la cual, estoy seguro, es la subjetiva de mi espíritu, tembloroso porque la ha perdido a usted, el desdichado temor a mi condenación solo, que arranca bestialmente de mí el placer que usted podría haberme ofrecido graciosamente, como la más

noble de todas las damas. Mi querida Solange de Francia, labios de jazmín, árbol frágil y joven: percibo el crecimiento y desarrollo de sus hojas nuevas, dentro del árbol genealógico de mis venas. ¡Si, por lo menos, hubiéramos podido tener un hijo!… Mis pensamientos son mis manos, colocadas como una corona en torno a su frente; mi recuerdo es mi boca sobre la suya. La beso enteramente y sólo viviré con la esperanza de recibir su respuesta.

Suyo,

HERVÉ DE GRANDSAILLES

Grandsailles prosiguió obstinadamente su reclusión durante los siguientes días, y Verónica y sus amigos comenzaron a inquietarse. No obstante, Verónica recibía todas las mañanas algunas líneas escritas por su esposo, las que siempre contenían algún pensamiento hermoso y sorprendente sobre el tema de su amor, líneas que permitían a Verónica continuar viviendo durante el resto del día y esperar resignadamente la llegada del inmediato. La partida de ajedrez que todas las noches jugaban Verónica y Randolph semejaba desarrollarse entre dos fantasmas. Y, viéndolos tan quietos, tan próximos, uno frente a otro, con las cabezas inclinadas sobre el tablero, como la pareja del *Ángelus* de Millet, aunque sentados, a Betka le resultaba difícil creer que aquella escena tan sencilla fuese un fragmento de la realidad. Pues Randolph, alto y melancólico, acostumbrado a incendiar aeroplanos, a volar entre un diluvio de chispas y cenizas y a atravesar nubes en llamas, temblaba con creciente pasión, con deseo martirizado, con el corazón impotente ante la que, sin saberlo —del mismo modo que él tampoco lo sabía— le rechazaba de modo obstinado y precisamente con el fin de permanecer fiel a él.

Verónica amaba a Grandsailles y le había dedicado enteramente su vida sólo por fidelidad a su delirante recuerdo; el recuerdo del hombre del rostro oculto a quien había visto en las profundidades de la bodega de la casa del Quai des Orfévres; y en la actualidad, aquel hombre, a quien había esperado tan larga y tan mortalmente, estaba allí, sentado ante ella, real y verdadero… ¡Y precisamente

porque era visible, ella no podía verlo! Ambos eran como peones enfrentados, capaces de avanzar o de retroceder, aislados y tan distantes como dos estrellas que parecen tocarse. Pero aquél era otro juego; y con una reina y un rey, Verónica anunció: «Jaque mate». Y, luego, subió a su habitación para acostarse. Al pasar ante la puerta del conde de Grandsailles, se detuvo y se acercó a ella durante un momento. Una línea de luz que se dibujaba en la parte baja de la puerta indicaba que el conde estaba despierto. Verónica no se atrevió a llamar.

—Es curioso —respondió de súbito—. La cara de Randolph está cubierta por unas cicatrices muy finas y casi invisibles. No está nada mal pero, ¿por qué me parece de repente tan curioso? —Se marchó y se encerró en la habitación y no volvió a pensar en ello.

Por espacio de diversas semanas, Randolph había pasado varias horas casi diariamente en presencia de Verónica. Su permiso terminaría pronto, y Randolph regresaría a Europa sin que ninguno de los dos hubiera expresado sus emociones. Solamente había habido aquella despiadada y obstinada batalla de ojos. Y cuando el día de su partida se aproximaba, Randolph creyó advertir un cambio en la expresión de Verónica, en la que había un aspecto que, si no era de aceptación, era, por lo menos, de complacencia. ¿Sería un hábito… o una benignidad provocada por la inminencia de su partida? Era, probablemente, ambas cosas; y la primera hipótesis le disgustó casi tanto como la segunda. Sin embargo, la ausencia de una dulzura caritativa en los crueles ojos de Verónica había comenzado a angustiarle tanto, que ya era casi como una enfermedad para *él* ¿Cómo podría resignarse a abandonarla, quizá para siempre, sin lograr obtener de ella una sencilla mirada de pasión que pudiera llevarse consigo en el fondo del corazón hasta los cielos de la guerra, como un escudo para sus alas? Su permiso se encogía como la famosa piel del asno salvaje descrita por Balzac, y Randolph creía supersticiosamente que en el caso de que intentase arrancar la menor cantidad de placer superior al que le era debido, en el caso de que no guardase silencio ante Verónica, la felicidad de verla, que se había convertido en razón única de su existencia, obtendría un fin prematuro.

Una noche, Verónica y Randolph estaban sentados en la arena del desierto y contemplaban la torre, que ya estaba casi terminada

de construir. Estaban solos. Betka cabalgaba a cierta distancia de ellos, con su hijito sobre el caballo. La canonesa, que había pasado la tarde guardando las ropas, se había marchado media hora antes con el carro de aprovisionamientos, y los trabajadores habían terminado la labor del día y se habían ausentado también.

Hallándose Verónica sentada en el desierto abierto, bajo un cielo inmenso, ya no era posible (como cuando se encontraba en París) comparar su mirada con la aridez del desierto y con la transparencia del azúreo cielo, pues sus ojos eran aún más inmensos y estaban más vacíos que ambos elementos de la naturaleza combinados. Verónica tenía esos ojos claros del «ansia de la maternidad frustrada». Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás con el fin de percibir el peso de su cabellera agitada por la brisa y todo el cuerpo abierto al viento, como ciertas plantas que son fertilizadas de este modo; sentada de esta forma, olvidaba la tentación que provocaba. Randolph aproximó la cabeza a su cabello y a través de esta pantalla clavó la mirada en las desnudas rodillas de ella, las que se le representaban, ora como la manzana de Eva, ora como la calavera de Yorick. Incapaz de contenerse más tiempo, comenzó a hablar sin retirar la mirada del punto en que la había fijado.

—Solamente porque sabe que la guerra me alejará de usted en breve, solamente por eso no me castiga con su severidad cuando no puedo evitar adorarla en silencio. Hace poco tiempo que comenzó usted a mirarme con resplandores de amistad. Jamás me ha agradado inspirar piedad. Usted me ha hecho desgraciado durante mucho tiempo.

—Se engaña, John —dijo Verónica con calma y sin cambiar de posición; después de un largo silencio, colocó un brazo en torno al cuello de Randolph—. Me agradó usted en el mismo instante en que lo vi, mucho más de cuánto podría haber creído —continuó, al fin —. Lo he descubierto hace pocos días. Nadie que estuviera en mi lugar le hablaría con tanta sinceridad. Debe usted mostrarse digno de la confianza que le he demostrado al decírselo. Pero escúcheme…

Randolph parecía haberse paralizado. Tragó dolorosamente un poco de saliva e inclinó aún más la cabeza sin que por ello cambiase la dirección de la mirada. Y como el sol estaba poniéndose, el

lóbulo de la oreja de Randolph arrojó una sombra sobre la rodilla de Verónica.

—Sí, escúcheme, John: aun cuando le estimo de manera muy grande, Jules lo es todo en mi vida y quiero serle absolutamente fiel hasta el día de mi muerte.

—Se contradice usted horriblemente —dijo Randolph.

—No: me limito a obedecer a mi naturaleza y mi destino. Lo que me liga a Jules está muy por encima de todos los sentimientos que puedan ser expresados. No es solamente que le sea fiel; es mucho más que eso. A través de él y más allá de él adoro una imagen lejana; y esta imagen ha elevado mi amor hasta los dominios del absoluto.

—¿Cuál es esa imagen? —preguntó Randolph.

—No lo comprendería usted —contestó Verónica—. Y nunca debe hablarse de lo que es propio y exclusivo…

—Se engaña usted por medio de palabras —exclamó Randolph; y añadió en voz baja—: Al principio, creí que era usted feliz con Nodier. Ahora, ¡sé que no lo es!

Había pronunciado estas últimas palabras con vehemencia y en tanto que apoyaba una mejilla en la cabeza de Verónica.

—Soy la más feliz de todas las mujeres —replicó Verónica—, por virtud del hecho de que debo compartir la atormentada vida de él, que es para mí más querida que todo lo restante del mundo. ¡No me oprima con el brazo! Si he sido sincera, no lo he hecho para que usted pueda aprovecharse de ello y destrozar nuestra ilusión.

Randolph libertó a Verónica de lo que había sido el principio de un abrazo apasionado; y en aquel momento la sombra de su lóbulo llegó exactamente al centro de la rodilla de ella.

—¿Se me permitirá al menos —preguntó— acariciarla con mi sombra?

Y al decirlo bajó la cabeza con el fin de hacer que la sombra de su oreja recorriese la pierna de Verónica en toda su longitud. Luego, volvió a conducirla hasta lo alto, hasta que nuevamente llegó a la rodilla.

Allí, la detuvo un momento y después la puso nuevamente en movimiento.

—Su vida es un desierto —exclamó con irritación—. Nodier no le dará jamás el hijo que anhela. Lo sé todo… Usted es como uno de

esos seres alucinados que mueren de sed y se llenan la boca de arena ardiente sin saber que a muy corta distancia, a la distancia de un codo, corre un arroyo de agua pura que puede salvarlos.

—¿Es usted ese arroyo? —preguntó burlonamente Verónica al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia atrás para mirarle de frente.

—¡Dame la boca! —ordenó Randolph en tanto que la oprimía entre los brazos y le daba un beso salvaje.

Verónica se dejó besar sin besar a su vez, y luego se puso en pie.

—Ya ha satisfecho usted su pequeña ansia. Ahora, déjeme.

—Busco desesperadamente un poco de dulzura en usted —dijo Randolph al tiempo que, a su vez, se levantaba—. Y ahora tendré sólo su desprecio. Sé que todo lo he estropeado al permitir que mis sentimientos se me sobrepongan. Me marcharé esta noche.

—No tiene necesidad de hacerlo —dijo Verónica con tono de indiferencia y frialdad—, pues mañana por la mañana Jules y yo nos trasladaremos a vivir a la torre. Tiene usted la obligación de permanecer junto a Betka durante más tiempo, aun cuando solamente sea por guardar las apariencias. Pero no espere jamás de mí una mirada de ternura o de amistad, o acaso de ese algo más que tontamente le di a entender. No lo merece usted.

Verónica montó su caballo y se alejó al galope.

Grandsailles había descendido de su habitación por primera vez desde hacía quince días. Tomó a Verónica en brazos y la apretó en un abrazo largo.

—Hoy —dijo ella— me agradaría quedarme en mi habitación.

—Te haré compañía —dijo él—. Tengo muchas, muchas cosas que decirte. Es como si ahora volviera de un viaje muy largo.

—Para mí ha sido una eternidad —suspiró Verónica—, un verdadero desierto.

—Y mañana, será el oasis —dijo el conde mientras borraba con los labios una lágrima que corría por la mejilla de su esposa.

A la mañana siguiente, antes de la marcha, Betka subió a ver a Verónica en su habitación.

—John me lo ha dicho todo… Lo que ha sucedido entre los dos anoche… Se siente muy desgraciado, y me ha rogado que te pida que le concedas ocasión de pedirte perdón.

—No quiero volver a verlo —dijo Verónica—. Cuenta con mi

olvido. Y, ya que hablamos de esto, debo decir que besa como un niño. Ni siquiera pueden ser sus besos considerados como pecado.

Betka se sintió ligeramente ofendida por aquel menosprecio de las potencias de seducción de Randolph.

—Me sorprendes —observó—; presentas la cuestión como si fuera un racimo de uvas amargas.

Verónica fingió no observar su actitud de reto, la abrazó, como de costumbre, y se separó de ella.

En la torre del oasis, su «Paraíso Recobrado», tuvo un mal principio. Por primera vez desde su matrimonio, Verónica pareció alejada e indiferente en presencia de su esposo. Estaba soñadora, contestaba sin escuchar, y derramó la bolsita de mijo cada vez que intentó llenar el comedero de la jaula del pájaro.

—¿No eres feliz aquí? —preguntó el conde cuando hubieron concluido la comida del tercer día.

—¡Oh, sí! Estoy perfectamente satisfecha —contestó Verónica.

—Sé sincera —añadió el conde—, pues te comportas como si echases de menos a alguien.

Al oír tales palabras, Verónica, que no enrojecía jamás, se cubrió de un rubor tan intenso, que el aflujo de la sangre a su rostro, habitualmente pálido, hizo que llorase de vergüenza y que la frente y el área inmediata a los labios se le llenasen de un sudor de angustia. Su pecho se hinchó repetidamente al verse descubierta en sus sentimientos, y perdió la serenidad.

—No lo supongas ni siquiera durante un momento —exclamó con el propósito de deshacer las sospechas que creía que abrumaban a Grandsailles—. Entre John y yo no hay nada.

—¡Jamás me habría atrevido a hacerte una pregunta de esa naturaleza! —afirmó Grandsailles al mismo tiempo que la acercaba a sí e intentaba abrazarla.

Más Verónica, que se había irritado súbitamente, rehuyó su abrazo, subió los pocos escalones que la separaban de la puerta de la torre en que se hallaba su habitación, y antes de desaparecer se volvió para mirar a Grandsailles.

—Pero hay alguien a quien echamos de menos —dijo; y en su voz vibró la aversión—. ¡A nuestro hijo!

Luego, cerró tras de sí la puerta silenciosamente.

En aquel momento, se presentó la canonesa, que portaba en las

manos la jaula del pájaro; y Grandsailles se volvió hacia ella.

—¿Has oído eso, mi buena canonesa? —Dijo Grandsailles—. Tú también me haces la misma acusación, ¿verdad?, de que no tengo un hijo. Pero habrías preferido que mi hijo lo fuese también de Solange de Cléda.

—En tanto que sea varón, no me importa con quién pueda usted tenerlo…, ¡ni aun cuando fuera del demonio!

Y la canonesa sopló en los comederos llenos de mijo con el fin de despojarlo de las pajas; pero sopló tan fuertemente que las pajas se lanzaron contra su rostro y algunas de ellas se le metieron en el ojo derecho, el que siempre estaba llorando. Colocó la jaula sobre la mesa por un momento y con la punta del delantal intentó sacarse las pajitas.

—¡Del demonio! —Repitió soñadoramente Grandsailles—. Acaso sea el único de quien podría tenerlo. Ordena que ensillen mi caballo negro… Tengo ganas de cabalgar. Ahora no podría dormir.

Cuando se hubo ausentado el conde, la canonesa recogió nuevamente la jaula.

A la noche siguiente, la escena que se desarrolló entre Grandsailles y Verónica fue peor que la de la noche precedente. Grandsailles debía de haberse conducido violentamente, puesto que cuando ambos se hallaban en su habitación de la torre, Verónica le dijo;

—De ahora en adelante no quiero que vuelvas a entrar en esta habitación que antes me llenaba de grandes esperanzas y que ahora me llena de decepción. Después de lo sucedido, la estancia será consagrada a mi soledad. Me has pedido perdón un centenar de veces. Bien, te perdono con una condición: ¡dame la llave! Quiero la llave de esta habitación, que es ahora la habitación de mi pena y donde jamás tendrás derecho a entrar bajo ningún pretexto. Debes respetar mi soledad siempre que yo la necesite o que ella me necesite. Tienes un secreto encerrado en el corazón… y yo lo he respetado. Pero también has cerrado la puerta de nuestra habitación sin mi permiso. ¡Muy bien! Nunca te dije que yo no tenga un secreto, como tú. Lo mismo que tú, ¡quiero hacerme sospechosa!

—No entraré jamás en tu habitación, si eso es lo que deseas. Lo prometo —dijo Grandsailles.

Y se sentó ante la chimenea. Un momento más tarde Verónica

estaba sentada junto a él. Y le puso una mano sobre las suyas.

—Muchas gracias, querida —dijo Grandsailles al mismo tiempo que cogía aquella mano y la oprimía.

La canonesa entró. Llevaba un fuelle nuevo y una caja con cerillas gigantescas. Se sentó en el suelo y comenzó a encender el fuego. El fuego que encendió de manera campesina en torno a dos grandes leños comenzó en el mismo instante a crepitar alegremente; pero muy pronto una ráfaga de aire sopló en la chimenea y llenó de humo la habitación.

—Eso sucede porque la chimenea está fría —dijo la canonesa; las lágrimas brotaron de sus ojos.

Añadió astillas menudas, sopló con el fuelle, y las llamas, envolviendo los dos leños, se elevaron hasta mucha altura. Más repentinamente, como si hubiera sido empujado por un soplo de viento del exterior, el humo entró en la estancia. Grandsailles se levantó y abrió la ventana.

—La chimenea está obstruida —dijo—. Tendremos que avisar al albañil para que venga mañana y la limpie.

—No se moleste más —dijo Verónica a la canonesa—. El fuego no arderá. Esperaremos hasta mañana.

Al día siguiente, la chimenea fue revisada por el albañil; pero el albañil dijo que todo estaba bien y que nada la obstruía. No obstante, hizo que un hombre trepase por su interior e instalase una pequeña hélice en la parte superior para protegerla de los vientos contrarios.

—Ha debido de ser el viento, no hay duda —dijo el hombre a la canonesa—. Pero con la caperuza que he puesto no hay peligro de que el humo vuelva a crear dificultades.

Después, el hombre se marchó.

Pero aquella tarde, cuando la canonesa volvió a agacharse ante el fuego, grandes bocanadas de humo volvieron a soplar una tras otra y a llenar la habitación.

—¡Y hoy no hay ni un soplo de viento! —dijo, sorprendida, la canonesa mientras suspiraba; y al arrodillarse y ponerse las manos en las caderas, exclamó—: ¡Esto parece como una cosa de brujería!

Fuese o no brujería, y por muy increíble que pudiera parecer, la cuestión fue que, a pesar de las consultas al albañil y a pesar de las discusiones, al fin de una semana la chimenea de la amplia

biblioteca inmediata a la habitación de Verónica no respondía mejor que el primer día.

Debió de ser alrededor de las once de la noche cuando el conde de Grandsailles y Verónica, sentados ante la apagada chimenea, terminaban una partida de ajedrez. Verónica había tomado un alfil negro con las pinzas rosadas de sus largos dedos y en el momento en que estaba levantándolo lentamente del tablero, hundida en profundos pensamientos, se inmovilizó de pronto. Y volvió la cabeza en dirección a la puerta que se abría al exterior, la cual había sido abierta inesperadamente. En el umbral se hallaba un viejo vaquero vestido como un mendigo, con el bigote gris inclinado sobre los labios, con los ojos de color humo, de piel moteada como la de un indio, con el sombrero respetuosamente cruzado ante el pecho y con un palo nudoso en la otra mano. Al final de este palo se movía un pequeño lío envuelto en un pañuelo blanco y muy limpio.

Grandsailles y Verónica le miraron interrogativamente, y el hombre dijo con una voz que estaba llena de ternura y parecía proceder de muy lejos:

—Soy el fumista. Vengo desde muy lejos, y he hecho todo el camino a pie.

—¿Qué es usted, hombre? —preguntó Grandsailles, quien no tenía seguridad de haber oído bien.

—Soy el fumista —repitió el recién llegado.

—¡El fumista! —repitió Verónica a su vez, como si a ella le pareciese una cosa muy natural.

Grandsailles se puso de pie, dijo al hombre que se sentase y cerró la puerta, que el fumista había dejado abierta descuidadamente.

—He entrado por aquí, porque estoy seguro de que los criados no me habrían dejado entrar. He oído decir en el pueblo que su chimenea no marcha bien.

El hombre arrojó una mirada llena de malicia al extinguido fuego, y pareció que en las profundidades del humo húmedo de sus ojos brillasen chispas de fuego que se encendiesen exactamente en el mismo centro de sus pupilas.

—Soy el fumista… Sé arreglar las chimeneas de modo que no produzcan humo cuando nadie ha podido remediarlo. Mi anciano padre murió en este mismo oasis. Tenía aquí una cabaña de adobes,

y yo viví aquí hasta los trece años. Conozco los vientos de esta región. Mi padre me lo enseñó todo. Solía encender hogueras en el desierto y de él aprendí a observar cómo se eleva el humo, qué clases de humedad y vientos terrestres (los remolinos de las lunas desfavorables, las cálidas ráfagas de los crepúsculos, las escarchas de medianoche) lo hacen descender. Y también cómo preparar las largas chimeneas que con su aspiración lo lanzan rectamente hacia los cielos.

Repentinamente, Grandsailles y Verónica recibieron la impresión de que todas sus esperanzas reposaban en aquel hombre que parecía haber descendido del cielo; y ambos llamaron a la canonesa para que le sirviese un vaso de jerez.

—Buen hombre —dijo Grandsailles—, puede comenzar sus experimentos con nuestra chimenea en el momento que le agrade. Los albañiles han agotado los recursos de su ciencia inútilmente. Estoy convencido de que el trastorno está relacionado con alguna anomalía climática, única e imponderable, de este punto. Yo mismo he meditado sobre la concentración de humedad, que debe de haber sido originada por un oasis tan pequeño y rodeado de un desierto reverberante de mineral, con sus rocas que conservan el calor hasta muy entrada la noche.

El fumista inclinó la cabeza benévolamente y sonrió como si Grandsailles no se hubiera acercado a la verdad más que el resto de los mortales.

—Comenzaré mi trabajo mañana…, pero con una condición —dijo el fumista—. Y esa condición es que el señor no me pague nada, absolutamente nada, a menos que consiga triunfar plenamente en mi tarea. El cemento, los ladrillos, las herramientas…, todo corre a mi cargo. No como mucho, y puedo dormir en cualquier sitio. ¡Quiero dar ejemplo a esos hombres del pueblo que se ríen de mí! Cuando el humo haya desaparecido, me recompensará usted de la manera que le parezca conveniente; y yo estaré satisfecho.

Estaban entrando en la segunda semana desde la llegada del fumista, quien continuaba luchando vanamente contra el obstinado humo de la chimenea de la biblioteca. ¡Nada, nada, nada daba

resultado!

—Lo lamento por ese pobre hombre —dijo confidencialmente la canonesa al conde—. Lo he estado observando. Veo que adelgaza cada día un poco más. Ya no come ni duerme, y, lo que es más triste, emplea sus miserables ahorros en la adquisición de cañones, alambres, tubos… Estoy segura de que jamás conseguirá arreglar esa maldita chimenea.

—Le dejaremos trabajar dos días más. Ha hecho ya tantos destrozos, que algunos más no tienen importancia. De todos modos, le recompensaremos por su trabajo. Deberíamos haber sospechado que está un poco chiflado.

—Pero es cierto —dijo la canonesa— que los otros tampoco lograron librarnos del humo.

El fumista pasaba de un estado de exaltación, de casi delirante esperanza, a otro de postración y desaliento, y se entregaba al nuevo frenesí de una idea que le mantenía despierto durante la noche entera. A horas tempranas de la mañana, a veces a la del alba, se encontraba dedicado al trabajo y aparecía en escena cargado con una heterogénea multitud de objetos que había hecho construir en la herrería del pueblo, construía otras chimeneas secundarias dentro de la chimenea principal, como si quisiera conducir el humo hasta el tejado por etapas y hacer que la chimenea lo expeliese hacia el espacio. ¡Aquel maldito viento!… La chimenea había de aspirar ya… definitivamente; no podía fallar… Después, solía apoyar pies y manos en el suelo para encender la lumbre con manos temblorosas, como si padeciese ataques de epilepsia, y arrugar periódicos, encender cerillas, quemarse los dedos. El fuego prendía en llamas arremolinadas, se elevaba victoriosamente, como si fuese aspirado por un sifón potente. El corazón del hombre comenzaba a palpitar rápidamente, le golpeaba en el pecho, y el hombre contenía el aliento con ansiosa expectación. ¡Sí! Aquella vez, todo iría bien… Pero ¡no! Repentinamente, un ignominioso soplo de humo gris y espeso, como en otras ocasiones, le azotaba el rostro; y las lágrimas de una insondable amargura añadían escozor a sus ojos ahumados.

Finalmente, una noche, Verónica y Grandsailles entraron de puntillas en la habitación, seguidos de la canonesa, quien también deseaba fisgar. La habitación estaba inundada de un humo gris,

ligero, liviano que jamás la abandonaba, como el del agua clara anublada por el anisete. Pero en la chimenea el humo era aún más denso, de modo que apenas permitía ver la silueta de las piernas del fumista desde las rodillas para abajo. Estaba pataleando contra el suelo con la pierna izquierda, lo que evidenciaba su disgusto, como un caballo inquieto, en tanto que el hogar se cubría de carbones y leños medio apagados y de papeles consumidos. Repentinamente, el fumista salió de la chimenea y se inmovilizó ante ella, desalentado, con los brazos colgantes a lo largo del cuerpo, con el rostro parecido a una máscara griega. El conde, Verónica y la canonesa se retiraron al extremo del pasillo para no verlo.

—Quiero hablar con él —dijo el conde al mismo tiempo que entraba de nuevo y cerraba la puerta tras de sí.

Durante la cena, Grandsailles explicó toda la situación a Verónica.

—El fumista comenzó a llorar como un niño y se arrodilló para suplicarme que le concediera una ocasión de llevar a cabo su experimento final.

—Bien; concédele el permiso para hacerlo. ¡Pobre hombre!

—Pero la dificultad está en que pide algo imposible —objetó Grandsailles.

—¿Qué quiere? —preguntó Verónica con una sonrisa de ternura.

—Dice que tendrá que hacer un agujero en el techo de tu habitación; que ésa es la única solución posible.

Verónica reflexionó acerca de la petición durante un largo momento. Después, tomando en las suyas una mano del conde, dijo con un tono dulce que encubrió su amargura:

—Acaso sea una solución, pues el humo ha invadido ya nuestros corazones, y es la antorcha de nuestro amor la que está en peligro de apagarse.

—En realidad, quería hacerte presente la conveniencia de que volvamos a Palm Springs —dijo Grandsailles.

—Nos marcharemos pasado mañana —decidió Verónica—, cuando el fumista haya hecho el agujero.

Después, llamaron al fumista y a la canonesa, y Verónica les dio instrucciones.

—Quiten de mi habitación la cama grande, las cortinas y la alfombra de plumas blancas. —Y, volviéndose hacia Grandsailles,

añadió—: Quiero que aquí no quede nada, excepto las cuatro paredes cubiertas de espejos y el suelo de rectángulos de mármol. Haga el fumista, como desea, el agujero en el techo. Después de eso, cerraremos la casa y volveremos a Palm Springs. Por otra parte, estas paredes son demasiado nuevas y todavía conservan mucha humedad.

A la noche siguiente, el agujero estaba hecho en el ángulo que formaban el techo y la pared de la chimenea. En el caso de que el experimento tuviese un buen resultado, solamente sería preciso instalar un tubo de chimenea permanente que pudiera ser cubierto con la argamasa, de modo que no se viese. Cuando el fuego hubo crepitado en la chimenea por espacio de varios minutos en que el humo volvió a ensombrecer la biblioteca, como en los días anteriores, la habitación de Verónica pareció prenderse en fuego súbitamente. El agujero del techo escupió diversos haces de chispas consecutivos así como trocitos enteros de maderas ardientes. Y tales pavesas volantes, después de volar en remolinos durante cierto tiempo, se reflejaron hasta el infinito en los cuatro espejos de las paredes, cayeron al suelo de mármol y murieron lentamente una tras otra.

—De todos modos —dijo Grandsailles—, no podríamos pedir nada mejor en lo que se refiere a fuegos artificiales. ¿Dónde está el fumista?

—Quiere marcharse —dijo la canonesa—. Ya tiene preparado en una silla el envoltorio del pañuelo blanco al extremo de un palo.

—Prepárele en la cocina una comida de primera clase —ordenó Verónica—. Cuando haya comido, lo veremos nosotros.

Verónica y el conde entraron en el comedor, donde habían de esperar su última comida. Cuando regresó la canonesa, Verónica le preguntó si había cumplido sus instrucciones.

—Puse al fumista sobre la mesa todo lo que necesitaba. Tiene lo necesario para una gran comida, pavo relleno, una botella de vino francés, postres… Pero se ha sentado a la mesa y no come.

—Vaya a verlo —dijo ansiosamente Verónica.

Unos instantes más tarde, Grandsailles y Verónica oyeron que la canonesa lanzaba un grito de sorpresa. Ambos corrieron hacia la cocina. La comida se hallaba sobre la mesa, tal y como había sido servida. El fumista se había desvanecido sin tocarla. Corrieron al

exterior y lo llamaron vanamente. La canonesa creyó que aún podía ver el pequeño envoltorio blanco del pañuelo atado al extremo del palo; pero lo que veía era solamente un indicador de la carretera.

—Es viejo; pero le he visto moverse cuando tenía prisa; corre tanto como un conejo.

A la mañana siguiente, antes de que abandonasen el oasis para siempre, Verónica abrió por un momento la puerta de su habitación. En tomo al agujero, el techo estaba ennegrecido por el humo y el suelo estaba totalmente cubierto por una gruesa capa de cenizas. Verónica cerró la puerta y se guardó la llave.

Tan pronto como se hubieron instalado en Palm Springs, Grandsailles, que sólo podía encubrir desmañadamente su irascibilidad, se encerró de nuevo en su habitación y recordó como excusa los habituales dolores de cabeza.

Verónica se hallaba ante el encendido fuego de la chimenea del gabinete y se miraba en el espejo que allí había. Pensativa, con una profunda arruga de melancolía entre las cejas, con una manzana en una mano y un cuchillo en la otra, parecía incapaz de decidirse a cortar el fruto. Estaba tan absorta, que vio reflejada en el espejo una figura que se aproximaba a ella y apenas se dio cuenta. La figura era la de John Randolph. Cuando Verónica pudo comprenderlo, John se hallaba ya a su lado. Durante varios segundos, Verónica se halló abrumada por una extraña sensación. «¡Ya he vivido esto antes!». Verónica se volvió hacia él y Randolph inclinó la cabeza de manera que pareció avergonzada, en tanto que ella se llevaba instintivamente las manos al cuello. Y ambos se inmovilizaron de este modo, cara a cara, como dos figuras atormentadas.

—He de pedirle un favor —dijo Randolph ahogadamente—. Concédame una hora. Debo explicarle… ¡Mañana es mi último día! ¡He esperado durante las dos semanas más amargas de mi vida para pedírselo!

—Accedo —dijo Verónica.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó ansiosamente Randolph, tan próximo a ella, que sin moverse pudo aplicar un beso sobre cada uno de los puños de Verónica, que ella sostuvo crispados, como si oprimiera algo con ellos, bajo la barbilla.

—Esta tarde a las cinco en el oasis en mi habitación desierta de la torre.

A las cinco de la tarde aproximadamente, Verónica y Randolph llegaron al oasis por diversos caminos y se encontraron como si lo hicieran por efecto de la casualidad. Verónica corrió hacia él.

—¿Ha visto usted? —le dijo—. Alguien nos sigue… Viene por allí.

—Sí, lo había observado —respondió Randolph; y se apeó y miró hacia la lejanía para seguir los movimientos de un caballo que trotaba y su jinete—. Supongo que debe de ser Betka.

Es la única persona que está enterada de nuestra cita… Hube de decírselo con el fin de que pudiera avisarnos en el caso de que a su esposo se le antojase venir a dar un paseo hasta aquí.

—Pero… ¡no es una mujer! ¡Es una figura de hombre! —Contestó Verónica—. El corazón me dice que es Jules. ¡No debería usted habérselo dicho a Betka!

—No desconfíe de Betka. ¿Verdad que no desconfía?

—Todavía, no —respondió Verónica mientras se ponía las manos ante los ojos para protegerlos del sol y continuaba observando al jinete que se aproximaba.

—¿Quiere usted que me vaya? —preguntó Randolph.

—¡No! Quienquiera que sea, le vería abandonar el oasis. Lleve los caballos a la cuadra y enciérrelos. Luego suba inmediatamente a mi habitación de la torre… Allí estaré en mi terreno propio… Él me prometió no violar jamás mi retiro. Solamente con llamar a la puerta, ya habrá quebrantado su palabra.

Randolph se unió a ella al cabo de un momento; pero el tiempo que duró su ausencia se antojó a Verónica una eternidad. Cuando regresó, ella le dijo:

—Ya no hay duda. Es Jules y viene al galope hacia aquí. Betka nos ha traicionado.

—Sí, es él —dijo Randolph, que se había acercado a la ventana —. No nos quedemos en esta habitación. Hagamos que nos encuentre en el exterior, cerca del lago.

—¡No! —exclamó Verónica enfurecida—. Nos quedaremos aquí, en mi habitación.

Y se acercó a la puerta, la cerró con llave y regresó junto a la ventana

—En ese caso, permítame hablarla —suplicó Randolph.

—No quiero oír nada de lo que me diga usted —dijo

irritadamente Verónica—. ¡Me ha hecho usted hacer algo malo! ¡La primera cosa mala que le he hecho a él!

Y se oprimió la garganta con ambas manos y recorrió la habitación repentinamente, como un animal perseguido y al mismo tiempo tan orgullosamente como una reina.

—¿Por qué entró usted en mi vida?… A eso, ¿lo llama usted valor? Debería haber tenido la dignidad de ocultar sus emociones. Jules y yo somos unos seres absolutos. Las desgracias que usted derrama sobre nuestras cabezas serán también absolutas. ¿Son así los hombres que se deslizan por los cielos sobre unas alas? Ya lo verá usted… ¡Cuánto voy a odiarle!

—Es más fácil incendiar todo el cielo que apagar el fuego de mi corazón —contestó Randolph.

—¡Estese quieto! ¡Jules se acerca! —le ordenó Verónica mientras contenía el aliento con angustiosa inquietud.

Nodier se había apeado tranquilamente del caballo, al que ató a un árbol. Después, subió ágilmente las escaleras que conducían a la puerta accesoria y desde allí se dirigió a la biblioteca, que estaba inmediata a la habitación de Verónica. Se aproximó directamente a la chimenea, y Verónica, al oír el ruido de los morillos, comprendió rápidamente la situación.

—Si enciende el fuego ¡estamos perdidos! —exclamó en voz baja mientras dirigía una mirada al agujero del techo.

Aun cuando no comprendió lo que ella quiso dar a entender, Randolph aproximó a Verónica a sí con ademán protector.

—Suceda lo que suceda —dijo a continuación Verónica—, es preciso que no grite usted.

Grandsailles había encendido el fuego y arrojó a él un legajo de documentos que deseaba destruir. Casi inmediatamente el agujero del techo de la habitación de Verónica derramó un remolino de chispas. Después, lo mismo que en la noche anterior, el furioso correr del viento en el interior de la chimenea hizo que en la habitación cayesen papeles encendidos. Randolph aprisionó la cabeza de Verónica entre las manos en tanto que una fina lluvia de fuego caía sobre ellos. Aun a riesgo de quemarse el rostro, Verónica levantó la mirada hacia lo alto. Una pavesa encendida había caído en aquel instante sobre la frente de Randolph.

—Usted, que ha puesto en fuego los cielos —murmuró Verónica

entre dientes— debe soportar el ser marcado por una chispa.

Después de su primer reventón, el fuego se extinguió y el conde de Grandsailles abandonó la casa.

—Estoy convencido de que ha sido una pura coincidencia —dijo Randolph mientras examinaba los restos de los legajos de papeles carbonizados—. Vino solamente para quemar algunos documentos secretos.

—Pronto lo sabremos —dijo Verónica con tono significativo.

Cuando montó su caballo blanco, tenía el rostro severo y sombrío.

Aquella última noche de la estancia de Randolph en Palm Springs, el conde de Grandsailles, Verónica, Betka y Randolph se hallaban cenando en tomo a la mesa de caoba pulida en la que el resplandor de la impecable y ostentosa vajilla de plata se reflejaba salvajemente. Eran justo las nueve de la noche, y ninguna de las personas reunidas hablaba.

—¡Se diría que hemos formado la conspiración del silencio! —dijo al fin Grandsailles con gran naturalidad. Había tomado la última cucharada de consomé, y la única respuesta que obtuvo fue el chocar de los cubiertos de plata contra los platos. Después, el conde cogió una pera del frutero que tenía ante sí y comenzó a pelarla, como si se sintiera nerviosamente impaciente por llegar a los postres. Pero, recobrando la calma en el acto, continuó—: Este silencio solamente puede ser interpretado como expresión del dolor que nos produce la marcha de nuestro amigo Randolph, que parece haber caído de los cielos para dulcificar la excesiva soledad en que vivimos, y de la que yo soy el único culpable. He estado pensando en usted, Randolph, durante toda la tarde. He ido a la torre del oasis —continuó el conde—, porque deseaba quemar algunos documentos secretos en aquella maldita chimenea que nos ha expulsado de allí. Y ¿usted? ¿Qué ha hecho esta tarde?

Randolph ni siquiera parpadeó al responder:

—¿Quiere usted arrojar sobre mi honor la carga de contestar fielmente?

—¡Oh, no, de ningún modo! —Replicó Grandsailles—. Ha sido sólo una pregunta cualquiera… lo mismo que podría haber sido otra…

—En ese caso —dijo Randolph—, imagine que he pasado la

tarde, como suelo hacer siempre, fumando cigarro tras cigarro.

—Eso no es bueno para su corazón de héroe —replicó Grandsailles.

Verónica semejó hallarse hipnotizada por un diminuto reflejo de la vajilla, en el cual había clavado la mirada desde el comienzo de la conversación; y Betka, aterrorizada y pálida, miraba a Verónica.

—América es una tierra curiosa, ¿no es cierto, Randolph? —Dijo el conde de Grandsailles al mismo tiempo que hacía un gesto de desagrado después de haber mordido un trozo de pera que se llevó a la boca con ayuda del tenedor y de haber puesto el cubierto en el borde del plato—. Sus frutos no tienen sabor, sus mujeres no tienen vergüenza, sus hombres no tienen honor.

Randolph se puso en pie de un salto, como si hubiera sido impulsado por un resorte. Betka intentó contenerlo, pero Randolph se había lanzado ya contra Grandsailles, quien, sin moverse, estaba limpiándose cuidadosamente los labios con la servilleta, después de haberla humedecido con naranja, como si diese por terminada su cena. Y añadió:

—Debo llamarle la atención, Randolph, acerca del hecho de que ha permitido usted que el fuego del cigarrillo le caiga sobre los hombros, lo que es extraño, y también sobre la frente, lo que es aún más extraño. Tiene usted ahí una quemadura.

Y señaló una pequeña ampolla rojiza que se marcaba en la frente del aviador, casi en la línea inferior del nacimiento del cabello. Grandsailles permitió que su perezosa mirada se dirigiese hacia Verónica, quien no se estremeció y pareció ausente y absorta, sin prestar la menor atención a la actitud más y más amenazadora de Randolph.

—Los frutos de nuestra patria —dijo Randolph midiendo cada sílaba que pronunciaba— tienen el sabor de la libertad y la hospitalidad de que usted se ha aprovechado de modo ruin para alimentarse y alimentar sus secretos; nuestras mujeres son esas mujeres a quienes usted intenta estérilmente corromper, pervertir y esterilizar; y nuestros hombres son los hombres que tienen el honor de sacrificar sus vidas en esa Europa de usted para defender el honor que ustedes no fueron lo suficientemente hombres para defender y rindieron vergonzosamente al enemigo.

Grandsailles estaba intentando ponerse en pie; mas antes de que

lo hubiera hecho, recibió un golpe terrible de Randolph en pleno rostro que le hizo rodar por el suelo en unión de la silla.

Verónica se lanzó a donde Grandsailles se hallaba y trató de reanimarlo con ayuda de Betka. El conde apenas pudo llevarse trabajosamente una mano al corazón en tanto que se introducía un dedo de la otra bajo el cuello de la camisa, como si estuviese ahogándose. Betka le deshizo el nudo de la corbata, le arrancó los botones de la camisa al abrirla y le descubrió el pecho. Los ojos inyectados en sangre de Randolph dirigieron en aquel momento una mirada a un objeto que le produjo asombro y que lo dejó absorto, como si sufriese los efectos de una alucinación. Pues allí se hallaba la cruz de perlas y diamantes que Verónica le había entregado en París y que él había confiado al conde de Grandsailles durante su vuelo a Malta. Aquel misterioso Nodier no podía ser otra persona que el propio conde.

—¡Verónica! —Exclamó Randolph—. ¡Ese hombre lleva al cuello la cruz que usted me entregó en París!

Volviendo lentamente al estado de conciencia, algunas horas después de su ataque de corazón, el conde de Grandsailles permaneció irnos quince minutos más con los ojos cerrados y fingiendo hallarse todavía dormido. Pero sabía que Verónica se hallaba a su lado, ansiosa y amante, observándolo con atención un momento antes, el conde había entreabierto ligeramente los párpados para verla a través de las pestañas. Grandsailles revivió en aquel instante la escena desarrollada con Randolph y percibió que el amor de Verónica se redoblaba en su favor por efecto del modo brutal en que su rival le había tratado, a pesar del delicado estado de su corazón durante las semanas anteriores. Después de aquella tormenta, se gozó en la nueva vuelta a la vida, en la calidez y el bienestar que le rodeaban, en el modo como su cabeza de convaleciente reposaba sobre la almohada. Y, como nunca anteriormente, comprendió el pleno valor de una esposa y su significado. Era una delicia despertar lenta y gradualmente; y entre la abertura de los párpados semicerrados, comenzó a ver tranquila y voluptuosamente, y a cada momento de modo más claro, la figura de Verónica, quien debía de estar esperando, con el corazón suspenso, que despertase, con el fin de lanzarse e inclinarse sobre él para apretar la frente contra la suya, las manos entre sus manos,

con la violenta ternura que desde su matrimonio no había cesado de ser la característica casi constante de sus relaciones.

Más, en lugar de aproximarse a él, Verónica no hizo nada de lo esperado al verlo despertar. Contrariamente, pareció que su inmovilidad se teñía de un aspecto de terror. Y la fijeza de su mirada se le antojó hostil y tan feroz como la de un animal. Desalentado por la incomprensible actitud de Verónica, el conde exclamó:

—¿Por qué me miras de ese modo?

—No te miro, conde de Grandsailles —respondió Verónica llamándole por primera vez por su verdadero nombre—. Lo que estoy mirando es la cruz que llevas al cuello. No te pertenece. La has usurpado, la has robado a un muerto… Se la robaste a Randolph, a quien creías muerto.

El conde de Grandsailles, atacado de un temblor convulsivo y débil, que era una confesión de su mentira, sostenida durante tanto tiempo, se llevó las manos al cuello, como si quisiera proteger la cruz de la furia ingobernable y concentrada de Verónica. Mas ésta la encerró en el puño y tiró de ella hacia sí lentamente, lentamente, con toda su fuerza, hasta que rompió la cadena; y después, salió con pasos firmes, entró en su habitación y colgó la cruz a la cabecera de su lecho. Luego, se quitó del dedo el anillo de desposada que había recibido de Grandsailles y lo guardó en el joyero de terciopelo negro. Y no quedó de la unión de ambos otra evidencia que aquel anillo cuya noche en miniatura representaba el eclipse anular de su conjunción con Grandsailles.

—No quiero vivir con nadie. Quiero que Grandsailles salga de mi casa. Quiero que Betka y el niño salgan de mi casa. Quiero que la endemoniada canonesa salga de mi casa. No quiero volver a ver a Randolph. Quiero vivir a solas nuevamente con él, con el cisne blanco de mi recuerdo.

Tan pronto como se hubo repuesto y como el estado de su corazón lo permitió, el conde de Grandsailles se entregó al retiro y la reclusión en unión de su canonesa durante cierto tiempo en el refugio del oasis; pero antes aseguró a Verónica por carta que respetaría su habitación. Y a su retiro llevó también al hijo de Betka. Y esto constituyó un oscuro misterio entre Betka y el conde: la «apoplejía de la sangre», lo llamó él. Desde su matrimonio, el

conde, en colisión con Betka, había hecho furtiva y laboriosamente todo lo posible por alejar al niño del afecto de Verónica. ¿Con qué fin?

Betka salió para África en unión de Randolph. Ninguno de ellos pensó en el matrimonio; pero ninguno de ellos podía vivir sin el otro. Grandsailles había confiado a Betka una misión, para cumplir la cual Betka había de entrevistarse en Tánger con Cécile Goudreau.

El día en que se retiró al oasis, el conde dijo a la canonesa:

—Quiero que el niño viva y sea tratado como un príncipe. Ocupará todo el piso segundo de la casa. Jamás debe salir del oasis. Tiene una horrible y preciosa enfermedad de la sangre. Con él, arriesgaré cuanto resta de mi alma. Éste será el gran experimento. ¡No existe nada que no esté en la sangre! Viviré en una sola habitación, y quiero que esté siempre cerca de mí, canonesa. Rezarás por Solange…

Prohibió que se limpiase su habitación, la que se convirtió en el estudio de Fausto. Y, por primera vez en el curso de su vida, su cabello permaneció por espacio de varios días sin peinar, revuelto y alborotado por los coléricos insomnios de sus interminables noches. El conde escribió profusa e incoherentemente y trazó leyes divinas y humanas. Desvió a la sangre de su curso natural. Francia y Solange se convirtieron en un solo ser divinizado en su cerebro delirante; vivió a solas con él, y muy pronto fue un loco viviente. ¡Sí, un loco! ¡El conde de Grandsailles!

—¡Pobre tonto, pobre tonto! —Murmuraba la canonesa para su interior—. ¡Dios te castigará!

En la llanura de la Creux de Libreux, las persistentes lluvias de noviembre fueron seguidas, después de las nieblas y las nieves y los días soleados, por las chaparradas de marzo. Bajo el yugo alemán, Europa iba redescubriendo la tradición de su vieja unidad católica a través de la comunidad de sufrimiento, y en Libreux la Edad Media renacía con su primavera de supersticiones. En el Moulin des Sources, *Madame* Solange de Cléda había bajado al refectorio por primera vez desde hacía tres meses. Todavía hacía frío, y Solange disponía de un calientapiés lleno de ardientes carbones, y se ponía un chal de lana blanca sobre los hombros. Su cabeza, descansando

sobre tres dedos de la mano izquierda, estaba inclinada sobre la mesa, que aún tenía el cobertor de color achocolatado, mientras que dos dedos de la otra mano, que reposaban sobre la rodilla derecha, sostenían, doblada por su mitad, la carta del conde de Grandsailles recibida aquella misma mañana. Tras ella se hallaba Génie con el mandil recogido dentro de un cinturón de grueso cordón, del que pendían diversas llaves antiguas que le colgaban sobre el vientre. Con los brazos cruzados y un dedo en los labios, acababa de volverse en dirección a la entreabierta puerta de la cocina, donde el mayor de los hermanos Martin estaba serrando unas maderas. Cuando éste hubo interrumpido el trabajo y el silencio renació, Solange dijo:

—Ahora tengo pruebas de que el conde me ha visitado durante mi enfermedad.

—Si lo que dice la señora es cierto, solamente habrá podido hacerlo por artes del demonio —afirmó Génie con la mirada fija en la pared de enfrente, como si temiese que en tales circunstancias una mirada arrojada descuidadamente sobre su señora pudiera embrujarla.

—Sabes, Génie, que cuando el conde me visita no me ve con los ojos del recuerdo, sino con sus propios ojos, y que luego le duelen esos mismos ojos. ¿Oyes, Génie? Y su cabeza parece próxima a estallar. ¡Me lo dice en esta carta, Génie! Dice que me ha visto con un vestido escarlata y abriendo el portillo del camino posterior. ¡Ése es mi vestido granate! Eso sucedió el día en que fui al claro para vigilar a los hombres que allí trabajaban. *Titán* iba conmigo.

—El claro será ahora bueno para pastos —dijo Génie siguiendo el curso de los pensamientos propios—. La señora debería ir paseando al claro con más frecuencia y no permanecer alejada de la iglesia durante tanto tiempo… Todo lo que ha sucedido a la señora durante su enfermedad, es obra de los malos espíritus. Estoy segura.

—El conde no era creyente —dijo Solange.

—Pensando más en su alma, acaso logre la señora evitar que la de él se condene —replicó Génie.

—Lo sé —dijo Solange—. Desde el momento en que el vizconde D’Angerville
no volvió, y puesto que Girardin fue fusilado por los alemanes, he creído que esas horrorosas desgracias han sucedido por culpa mía.

—¡Señora! —exclamó Génie.

—¡Sí, Génie! Sé muy bien lo que digo. Todo esto que me sucede, es efecto de mis pecados.

—Piense en los del conde, señora. Conozco a una mujer del Bajo Libreux a quien le sucede lo mismo, exactamente lo mismo que a usted. Bien; nada era culpa suya, sino de un hombre que la había hechizado. A pesar de todo, se ha curado y se ha convertido en una especie de santa.

—Sí, he oído hablar de ella. Y fue el curtidor quien la embrujó. Sé lo que quieres sugerirme —dijo Solange—, que te agradaría que fuese a confesarme con ese hombre…, sacerdote, o pastor o curtidor o lo que sea…

—Sí; eso es lo que nos agradaría a todos. Puesto que ya no es curtidor, no quiere entrar en las casas. Dice misas al aire libre, y confiesa y da la comunión con pan verdadero a los que van con él a los campos.

—Pero ¿cómo podré ir en busca del curtidor, si, como se dice, todos sus movimientos están vigilados?

—Yo arreglaré la cuestión —dijo Génie—. Haré que se entreviste con usted en el claro.

—Y ¿cómo lo reconoceré y cómo sabré que escuchará mi confesión? —preguntó Solange con un interés pueril.

—Del mismo modo que siempre se ha hecho. Él hará una señal cuando usted deba acercársele —respondió Génie.

—Tienes razón, Génie. Debo confesarme con ese curtidor y pastor y pedir a Dios que perdone mis pecados y los del conde, con el fin de que éste pueda verme solamente con los ojos del recuerdo, y no con los suyos. Y del mismo modo que él puede visitarme y maltratarme hallándose tan lejos, con la ayuda del demonio, del mismo modo yo podré, por la fuerza de mi virtud y con la ayuda de Dios, salvar su alma.

Cuando Solange de Cléda hubo llegado al claro del Moulin des Sources, se sentó en una roca y esperó. A unos cien pasos de distancia, vio a un pastor que estaba cercenando una rama para hacer con ella un bastón. La llanura estaba iluminada, y un roto arco iris se suspendía entre el Alto Libreux y el Bajo. El claro estaba sembrado de piedras blancas bañadas por la luz por un lado y que trazaban largas sombras negras. Cada uno de los espacios que

separaban unas piedras de otras parecía a Solange de una longitud infinita. Solange creía hallarse en una extensión ilimitada; tan cierto es que cuando la esperanza pacifica las almas, las cosas de la tierra comienzan a parecerse a las del cielo. Todo estaba aislado, todo era claro, todo se hallaba imbuido de esa melancólica claridad que poseerían los planetas si el hombre pudiera verlos más próximos, como cuerpos sólidos, cada uno iluminado por un solo lado y cada uno proyectando una larga sombra negra en el inmenso mineral metafísico del firmamento.

El pastor se había detenido y, cortando una rama de un alcornoque tierno, la ató con un cordel al extremo del palo, de modo que con todo ello formó una cruz. Luego, subió a un pequeño mogote cubierto de zarzas y, volviéndose hacia Solange, elevó la rústica cruz sobre su cabeza. Solange se había levantado, y muy pronto pudo verse que las dos figuras cruzaban el claro e iban a encontrarse.

Epílogo

LA LLANURA ILUMINADA

Todo viene y se va. Los años se revolvieron y giraron en torno a un puño más y más obstinadamente cerrado por la rabia y la decisión; y este puño, puesto que el personaje a que pertenecía estaba sentado en un profundo sillón y vuelto de espaldas a nosotros, es lo único que nos fue dado ver.

Desde la estancia inmediata llega una música estridente, monstruosamente amplificada por un artificio desconocido, que alcanza una intensidad tremenda y es tan vibrante y furiosa, que su único efecto sobre el oído humano parece ser el de provocar una salida de sangre. Y el potente aparato reproduce día y noche, incansablemente, las mismas selecciones de *La Walkiria, Parsifal* y *Tristón e Isolda*, de Wagner. Las repite una y otra vez. Repentinamente, el cerrado puño se contrae más aún y sus huesos parecen cortar la piel cuando los nudillos se ponen tan lívidos como huesos de cerezas. El puño golpea el brazo del sillón una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces. En la quinta ocasión, la sangre comienza a brotar de él. Después, vuelve a golpear, a golpear, a golpear con más fuerza. Nuevamente queda inmóvil por espacio de varias horas, y la sangre al coagularse sobre él se vuelve oscura, casi negra, como una cereza totalmente madura.

Los primeros ecos del *crescendo* de la escena de la muerte de *Tristón e Isolda* resonaron estridentemente, doloridamente, en el tímpano atormentado del hombre, y el pensamiento de su propia muerte le asaltó, acerado y afilado, como si una guadaña de plata hubiera comenzado a abrir un surco a lo largo del suelo en que tenía fija la mirada. Y levantó los pies prontamente, lo mismo que si quisiera evitar el golpe. Durante los seis días últimos, el hombre era víctima de una nueva manía, de una obsesión de limpieza. Vivía horrorizado por el pensamiento de que la muerte pudiera apoderarse de él cuando alguna parte de su cuerpo no hubiera sido lavada y vuelta a lavar diversas veces durante el día con perfecta escrupulosidad.

Había estado aspirando voluptuosamente durante algún tiempo un cálido perfume que emanaba de la rústica piel de ternera de sus botas tirolesas. De pronto, llegó hasta su corazón la conmoción de una duda terrible: ¿se había lavado los pies nuevamente en el transcurso del día, según acostumbraba hacer? Pues ciertamente, le parecía que, mezclado con el efluvio que emanaba de sus botas, le llegaba una débil sugestión de un olor procedente de sus pies. Se arrancó una bota y un calcetín y, en el mismo momento en que su blanquísimo pie, ligeramente húmedo de sudor, estuvo libre del encierro de cuero, se metió el índice entre dos dedos de los pies, levantó la mano hasta la altura de la nariz e hizo una aspiración. ¡El rostro se le llenó de una fuerte coloración roja provocada por el enojo y el odio! ¡Sí! ¡Olía! Y corrió presurosamente al cuarto de baño donde, no queriendo perder ni un solo segundo en la espera de que el baño se llenase de agua, levantó el pie hasta el lavabo y abrió el grifo. Estaba en una postura incómoda y forzada. Se lavó el pie diez veces, cien veces; los intersticios que había entre sus dedos enrojecieron, mas siempre quedaba en ellos un residuo ofensivo de olor que lo forzaba a comenzar a lavarse el pie nuevamente, obstinadamente, incansablemente. Cuando uno de los pies estuvo de este modo lavado, se descalzó el otro y se lo lavó con la misma meticulosidad.

Habiendo terminado esta operación, volvió a la amplia habitación que había abandonado y se sentó de nuevo en el ancho sillón. Entonces, pudo verse que aquel hombre era Adolf Hitler. Del mismo modo, por la ancha ventana rectangular que se abría al

espacio podía saberse que se encontraba en su retiro de Berchstesgaden. Antes de volver a sentarse, Adolf Hitler se detuvo ante el gran Vermeer robado de la colección del conde Chernin (el cuadro más hermoso del mundo, según Salvador Dalí), y que conservaba allí desde la ocupación de Viena. La mano de Hitler semejó acariciar el cuadro, lo rozó con suavidad y se detuvo brevemente sobre el rostro de mujer joven, coronado de laurel y ligeramente vuelto en un movimiento graciosamente divino. En aquel instante, sus dedos se contrajeron y permanecieron convulsos, como los de una garra rígida. Después, la mano se distendió y quedó inerte, tan pálida como si estuviera llena de agua caliente. El hombre retrocedió y se instaló en el sillón.

Entonces pudo percibirse que el sillón estaba rodeado de los más grandes tesoros artísticos del mundo: *Los Esponsales de la Virgen*, de Rafael, del Museo de Milán; *La Virgen de las Rocas*, de Leonardo… Montones de manuscritos, los más valiosos y raros del mundo, y detrás de ellos, en la penumbra del centro de la estancia, la *Victoria de Samotracia*, la verdadera, la del Museo del Louvre, aunque vista en aquella horrible estancia más parecía una mala imitación.

Seis días antes, Hitler había volado el único ascensor por el cual aquel nido de águilas se ponía en comunicación con el resto del Universo. En el caso de que se intentase destruirle, sería preciso destruir con él los sueños y las creaciones más sublimes de la civilización. Ante los ojos de Hitler, perdidos en la neblinosa Walkiria que se elevaba de las lluvias que azotaban la llanura, la noche había conjurado la selva vertical de apreses negros de la *Isla de los Muertos*, de Boecklin. Podría decirse que aquellos mismos cipreses brotaban entonces en el interior de la estancia de Hitler a medida que la habitación se llenaba progresivamente de la aterciopelada negrura de una noche más de pesadillas y delirio. Las visiones del hombre se hallaban a punto de comenzar. Y ya comenzaban a llegar los conocidos fantasmas, uno tras otro, y a ocupar sus respectivos puestos en los lugares habituales. Hitler tenía a su izquierda la melancolía fluida y purpúrea de Durero y a su derecha al viejo Nietzsche, todo transparente y sólo visible por las puntas terriblemente afiladas de su bigote y por los dos profundos orificios de sus órbitas desecadas por la fiebre maligna de su cerebro. A su derecha, en un rincón solitario, estaba *el Rey Loco*,

Luis II de Baviera, vestido de armiño y azur, con el fláccido y húmedo paraguas de su misantropía clavado en medio del pecho, como una flecha.

Luego, siguió el desfile de generales prusianos, los únicos hombres libres de la tierra, pues, siendo iguales a los dioses implacables por su carencia de conciencia y piedad, habían sido encargados por el destino de la misión de extender por todo el mundo el *Furor Teutónicus* de la sangre alemana. «Sí, hemos perdido otra guerra. ¡Ganaremos la próxima! ¡Ganaré la próxima! Soy indestructible. Podrán separarme de mi pueblo, desarraigarme, pero jamás destruirme, porque, como un cáncer, estoy en la sangre del pueblo alemán, y la sangre del pueblo alemán es indestructible y eterna. Y, como un cáncer, terminaré, más pronto o más tarde, reproduciéndome de nuevo inexorablemente en el alma de todo el pueblo alemán. No es una ideología ni una Kultur lo que he defendido. Estoy orgulloso de haber proclamado la muerte de la inteligencia. Deberá ser, algún día, aniquilada por el pueblo alemán, y lo será. ¡No debo dar ideas al mundo! ¡Doy al mundo retazos de mi alma, que son retazos del alma del pueblo alemán! ¡Y esta alma triunfará!

»Pero, acerca del cuerpo, ¿qué? Acerca del cuerpo del pueblo alemán, ¿qué?».

El cuerpo del pueblo alemán se hallaba ante él, el Poncio Pilatos de una nueva revelación, en la extensión infinita de las nieves de las estepas rusas. Estaba completamente cubierto de velos negros y tenía los pies helados… e inodoros.

Se oían los cánticos de una tierra de santos. El Ejército Rojo, un ejército de descreídos, apoyado por las plegarias de los antecesores de sus hombres, como sobre un lecho de nieve… ¡Sus antecesores desposeídos todavía tenían el tesoro de su antigua fe para dársela y salvar con ello sus almas!

«—¡Derramar la sangre! ¡Derramar la sangre! ¿Una quimera? ¿Imposible? —Y así fue repitiendo ese otro loco, el conde de Grandsailles, esa letanía de palabras enigmáticas, golpeando la polvorienta mesa con el puño cerrado mientras seguía sentado en su propia reclusión, su oasis—. Por fin se acerca el momento en que podré regresar al luminoso llano de Libreux después de la larga noche de mi exilio y podré derramar el arco iris de la sangre

antigua de los Grandsailles sobre el cuerpo de Solange de Cléda. ¡La guerra ha terminado!».

Durante los últimos años pasados, desde que fue al claro del Moulin para confesarse con el pastor-curtidor una serena tarde de marzo, Solange parecía haber sido exorcizada y liberada de todos sus males. El espíritu del conde de Grandsailles había cesado de obrar de manera ofensiva para su recato. Sin embargo, el conde no dejó de ocupar ni durante un solo momento la imaginación de Solange. Pero Solange permitía que su espíritu se llenase de él solamente con el fin de poder rogar día y noche por la salvación de su alma. Al mismo tiempo, practicaba la caridad y había hecho que Martin y Prince reconstruyesen la capilla antigua del Moulin, a donde el pastor-curtidor solía ir frecuentemente para decir Misa. Solange se vio dominada por un éxtasis difundido por la beatitud de su alma purificada y por la calma de su cuerpo. Dios la había recompensado concediéndole la más grande de las felicidades, la que ella jamás se habría atrevido a pedir ni esperar: el conde de Grandsailles, divorciado de Verónica, iba, al fin, a tomarla por esposa. Tenía en su poder dos cartas del conde, que Solange leía y volvía a leer y bañaba de lágrimas de alegría. Actualmente, todos los sufrimientos que había soportado a lo largo de aquellos años de ocupación le parecían insignificantes.

Pero ¿sería todavía hermosa? ¡Sí! Pues la marca del sufrimiento solamente había producido el efecto de ennoblecerla. Lo mismo que hay vinos que el tiempo sazona, del mismo modo había sazonado ella por el sufrimiento. Pues en sus sufrimientos no hubo mezquidades ni regateos. Solamente las pequeñas preocupaciones y los bajos y mediocres enojos afean los rostros y doblan los cuerpos. Los grandes martirios, jamás. Éstos convulsionan y deforman solamente los músculos, tensos de pasión, de los Apolos de la antiangustia, que brillan como huesos tan blancos como la nieve a través de las ardientes heridas de los Cristos crucificados. ¡Solange de Cléda, hermosa mártir sin huellas de la espada!…

¿Cómo podría Solange de Cléda, en su estado de euforia prenupcial, haber percibido o clavado la atención en las pequeñas reticencias, llenas de amargas y temerosas indirectas, que Génie y los hermanos Martin, desde el fin de la guerra, introducían constantemente en sus más mínimas observaciones? Sí, el

aislamiento, como un foco de plaga, creado por la atmósfera fermentadora de la guerra civil de Libreux con sus ponzoñosas y funestas murmuraciones, se hacía a cada momento más denso en torno al Moulin des Sources y a los arroyos que habían sido rendidos al enemigo y que continuaban viviendo, como un estigma ardiente e imborrable. Pero Solange era una mujer, solamente una mujer, que no sabía nada de política, y todo lo que había hecho, y sólo con el fin de salvaguardar los intereses de su hijo, había sido encauzado por el consejo de *Maître* Girardin, quien había muerto de una manera tan noble por su patria. ¿Cómo, pues, podría acusársela de haber obrado a la luz de la experiencia de un ciudadano tan ejemplar?

«Que Génie diga lo que quiera», solía decirse. Y después, volviéndose hacia Génie, añadía:

—El conde de Grandsailles es solamente un hombre. Seguramente, ya se halla camino de aquí para unirse a mí. ¡Mi pobre Génie; el pueblo de Libreux tendrá que escucharlo! ¡Es su señor, Génie!

—Los tiempos han cambiado, señora. La señora no lo sabe como nosotros. Oímos cosas… ¡Jamás saldrá usted del Moulin des Sources, y acaso sea preferible para todos nosotros que no lo haga!

—¿Olvidarán los aldeanos de Libreux las caridades que he hecho y la ayuda que de mí han recibido durante los meses invernales? ¿Ya no tienen corazón?

—Temo mucho que no, señora. Malos vientos levantan ya el polvo de las llanuras… Y en cuanto a los corazones…, los alemanes los han consumido.

—Es preciso que seas paciente, Génie, como yo lo soy. Y roguemos por que el conde traiga la reconciliación al seno de nuestras familias y entre cada una de nuestras familias… ¡La Francia católica realizará una vez más la pacificación de la sangre!

El conde de Grandsailles era uno de esos hombres que se revelan durante los períodos perturbadores de las guerras civiles. Vindicatorio por naturaleza, su espíritu, prematuramente afligido por un alboreante delirio, se inyectó de una nueva y definitiva exaltación de patriotismo vengativo. Y el conde proyectó regresar a Libreux con una misión de juez. Repudiaba la vida de compromisos vergonzosos y de usurpación que había llevado durante los últimos

tiempos. Sería de entonces en adelante la encarnación de la probidad y la inflexibilidad de un espartano ejemplar, puesto que su querida patria estaba nuevamente amenazada de muerte…, aquella vez en la forma de una anarquía.

«Girardin, sobre la misma tierra en la que cayó tu cuerpo, ahora mataremos a nuestros traidores».

Aproximadamente un mes antes de que el conde de Grandsailles obtuviera el permiso necesario para regresar a Francia, fue visitado en su retiro del oasis de Palm Springs por Brousillon, quien, habiéndose convertido en jefe de un nuevo partido político, se hallaba en Estados Unidos en cumplimiento de una misión confidencial. Después de la muerte de Girardin y habiendo asumido un papel excesivamente importante en el complot del sabotaje de Libreux y quebrantada la disciplina comunista, Brousillon fue definitivamente expulsado del partido. Como represalia, había cometido la infamia de hacer traición a sus antiguos camaradas, y su excesiva ambición, así como sus aspiraciones anarquistas, le habían llevado a la creación de un nuevo partido de color reaccionario, aun cuando adaptado a ciertas tendencias extremistas de la «guerra civil», que le parecían apropiadas en aquellas circunstancias.

Brousillon llegó firmemente decidido a encadenar a la suya la futura actividad política del conde en Libreux. Mas Grandsailles, tan hostil como siempre a cualquier proyecto que representase la industrialización de Libreux, se mostró firmemente resuelto a convertirlo en una región exclusivamente agrícola; y contagiado por los proyectos políticos del conde, Brousillon comenzó a ceder en todo. La creciente influencia de su actividad sobre sus compatriotas y sobre las ideas de éstos, que en los primeros momentos parecía estar tan firmemente arraigada, despertó el amor del conde por la acción, amor todavía intacto y más exasperado e impaciente que nunca.

Pero durante el tercer día, aquel estado de exasperación y de impaciencia fue conmovido, como de modo deliberado, por la más grande desilusión de toda la vida de Grandsailles, quien recibió de boca de Brousillon un detallado informe de la conducta de Solange

de Cléda durante los días de la ocupación. Con demoníaca astucia, Brousillon había esperado la llegada de aquel momento oportuno en que el conde creía hallarse ya de regreso en su región de Libreux, en su papel de redentor, como si ya estuviera mordiendo la manzana provocadora de la sed de su poder —la dominación de Libreux—, con todo su jugo y su piel, tan ardientemente anhelada durante la larga ausencia de la tierra natal. Y entonces, Brousillon observó de manera casi indiferente:

—Sería difícil, si no imposible, aspirar a obtener ni siquiera la menor influencia en Libreux si a su regreso se entrevistase usted con *Madame* Solange de Cléda.

La lista de acusaciones contra ella fue detallada, minuciosa: una refinada y abrumadora tortura. Las pruebas, aparentemente irrefutables, que Brousillon ofreció acerca del permiso concedido a los alemanes para utilizar los arroyos del Moulin des Sources, redujeron al conde a un silencio terrible: una colaboracionista… Pero Brousillon había reservado para el final, como si se tratase de una omisión anterior, una acusación todavía más agostadora.

—Para nadie es un secreto en Libreux —dijo— que durante más de un año *Madame* Solange de Cléda ha vivido abiertamente con su amante, el vizconde
D'Angerville,
quien desapareció misteriosamente más tarde. Es una cosa que los campesinos católicos de Libreux no olvidarán jamás; y en la actualidad debemos contar en nuestro beneficio con la reavivación de los sentimientos religiosos del pueblo. Además, las autoridades religiosas de Libreux han mantenido a *Madame* Solange de Cléda totalmente aislada, y hasta han llegado a acusarla de realizar prácticas satánicas con un curtidor charlatán que dice estar inspirado por Dios.

—
¡D'Angerville,
D'Angerville!
Debería haberlo supuesto —repitió para sí silenciosamente el conde de Grandsailles.

Sin embargo, no pudo tragar, ni mucho menos digerir, tales acusaciones que llegaban súbitamente a los jugos salivales y gástricos de sus esperanzas, amorosamente escondidas durante

todos aquellos meses. Y servidas por Brousillon, que se las presentaba entonces con todo su sórdido desaliño, le resultaban repugnantes hasta el punto de provocarle náuseas.

—¡Váyase de aquí! —estalló roncamente—. No quiero creerle ni volverlo a ver nunca. *Madame* de Cléda es el ser a quien más quiero en el mundo. Solamente de ella quiero saber la verdad y solamente la creeré a ella. Me dirá la verdad. Aun cuando Libreux se levantase en masa contra mí, sólo a ella escucharé.

Brousillon murmuró unas palabras inarticuladamente, se inclinó y salió. Y Grandsailles se sentó enseguida a su mesa para escribir la siguiente carta:

Querida Solange:

En muchas ocasiones del pasado me he conducido de modo erróneo con usted y he desesperado de obtener su perdón. Pero jamás podría decirle una mentira. Y ésta es la causa de que, cuando el destino me ha envuelto en la mentira más grande de mi vida, se lo he confesado todo: mi matrimonio con Verónica y, después, mi desesperanzada pasión por usted. Podría no haber dicho nada entonces, puesto que nada nos ligaba moralmente y puesto que nuestras relaciones habían sido completamente rotas; pero preferí correr el riesgo a perder cuanto su respeto pudiera haberme concedido antes que ocultarle mis verdaderos sentimientos. La respuesta de usted a esto fue tan hermosa y tan generosa, que desde entonces la he considerado como un ser divino.

Pero nuestras relaciones se mantienen en los reinos de lo absoluto, y solamente allí podremos mantenerlas. Ahora, en el plano sórdido de las contingencias, se me pide que acepte, ya que se me expone la cuestión con pruebas suficientemente convincentes, que crea que en esta ocasión me ha engañado usted. Solamente tardaré unas pocas semanas en partir para Europa. Pero antes de mi partida debo conocer la verdad, procedente de usted, sobre dos cuestiones. Una de ellas es que usted no hace mención en sus fervientes cartas de sus relaciones con

D'Angerville;

la otra cuestión es que cuando me informó del desarrollo de los

alcornoques que plantó, nada me dijo de las propiedades del Moulin bajo la ocupación alemana.

Sobre estas dos cuestiones, ambas igualmente decisivas, no creeré a nadie sino a usted. ¿Ha sido
D'Angerville
su amante? ¿Rindió usted al enemigo los derechos sobre el agua? Solamente apelo a su sentido del honor para que me responda, pero si la respuesta a estas dos preguntas fuese sí, no espere nunca mi perdón.

Todavía suyo,

HERVÉ DE GRANDSAILLES

Una semana antes de la fecha para su partida a Francia, el conde recibió uno de los primeros cablegramas que se cursaron desde el otro lado del océano por ciudadanos particulares. El despacho decía sencillamente:

Ambas acusaciones son ciertas.

SOLANGE DE CLÉDA

La mañana de la partida del conde del oasis fue como una pintura en la cual hubiese sido capturado un fugaz estado de ánimo de curiosa desazón. Aun sin saber dónde anidaba este estado de ánimo, se percibía que enigmáticas y discordantes ligaduras habían encadenado al conde, la canonesa y el niño de Betka en un nuevo misterio consumado durante su larga resolución. El conde, que a causa de la anterior falta de ejercicio, solamente podía caminar con pasos vacilantes, lo mismo que si acabase de abandonar el lecho después de una larga enfermedad, había envejecido en seis o siete años y en su rostro se marcaba la huella de una sobrehumana determinación. Era inquietante verlo, especialmente bajo la luz analítica y sin retoques del sol de California. A su lado, siempre un poco detrás de él, e incapaz de alcanzarlo, iba el hijo de Betka, que también cojeaba y se ayudaba de una muleta. Estaba pálido y

hermoso como un muñeco de cera y llevaba negras medias que le rodeaban las piernas, las cuales eran delgadas y estaban formadas como las de una niña. De vez en cuando, se llevaba a la nariz un pañuelito de encaje, con el fin de examinar si sangraba. A dos pasos de distancia de él, seguía la canonesa de Launay, que era la más terrible de examinar, puesto que ¡estaba rejuvenecida! Y una chispa de voluptuosidad amargada y vindicativa hacía que su fealdad de gárgola fuese aún más pérfidamente demoníaca.

En el barco que los condujo, Grandsailles estuvo casi de modo constante junto al renegado Brousillon. Agradaba al conde dictar instrucciones y entretenerse en la formulación de máximas lacónicas de las cuales dependía la suerte de la madre patria.

—Más tarde me referirá usted, querido Brousillon, los detalles de la muerte de Betka en Tánger. A pesar de todo, me consuela saber que murió en brazos de *Madame* Cécile Goudreau, que es una gran amiga mía. Es una gran suerte que Betka dejase a su hijo en mi poder…, como si hubiera tenido la premonición de que iba a morir… —Después, seguía hablando y formulando nuevas leyes en que se condensaban sus sueños de jurista y las nuevas prescripciones legislativas, medio bucólicas y medio ascéticas, semejantes a las de Saint-Just, que habrían de ser grabadas en el rosado granito del Alto Libreux: más en ocasiones, se teñía de imperialismo y, parodiando nostálgicamente a Napoleón, de quien trataba el libro que entonces leía, solía decir—: A un hombre débil y devoto, yo intentaría ofrecerle seguridades e inspirarle confianza, pero a usted, Brousillon, que es un hombre fuerte, a usted debo hablarle de un modo diferente. No sabemos lo que nos espera en Francia. Debemos saber cómo mostrarnos a un mismo tiempo agresivos y dóciles; nuestra actitud debe ser calculadora y osada; no debemos someternos ciegamente a un plan fijo, sino plegarnos a las circunstancias, dejarnos guiar por ellas… Deberemos aprovecharnos de todas las pequeñas ocasiones que se presenten, del mismo modo que de los grandes acontecimientos. Limitémonos a lo posible, pero estiremos lo posible hasta el límite. Hemos de ser crueles y suprimir a los charlatanes y a los corrompidos que amenazan a Francia con la anarquía y la ruina total. Sacrifiquemos todo lo que reste de recuerdos y pasados sentimentalismos. Estoy haciéndome un alma de mármol, un alma irreductible, un corazón inmune a las

debilidades vulgares. Pero ¿y usted, Brousillon? Usted no está iniciado en los misterios de la «fuerza de la sangre», y sólo los que han pasado dolorosamente a través de ella están templados para todas las duras pruebas del sufrimiento moral. ¡Sí! ¡Tendré un hijo!… ¡Un hijo mío! ¡De mi sangre! Un hijo creado por leyes distintas a las de la Naturaleza. La «fuerza de la sangre».

Brousillon esperaba solamente el momento en que sintiese tierra firme bajo los pies para entregarse a la acción; entre tanto, se mecía y flotaba en la mórbida fascinación de las delirantes ideas del conde.

Hora tras hora, cuando ambos paseaban por la cubierta o se inclinaban y apoyaban sobre la barandilla, sus dos pares de ojos devoraban las ansiosas distancias del océano que se extendían bajo las bóvedas estrelladas de las noches del temprano abril, en las cuales la nieve de cada estrella se había fundido ya y había sido reemplazada por un toque de sol cálido.

—Es la misma enfermedad, es un ataque del mismo género que el que le acometió el día de la procesión —dijo Génie a Martin—. Pero esta vez, la señora morirá de él.

La misma tarde en que Solange contestó al conde con la lacónica confesión de sus faltas, hubo de ser llevada al lecho, presa de cierta fiebre cerebral, la misma que la había tenido enferma durante varios meses. Pero el doctor observó en el acto que su estado era mucho más grave, puesto que Solange era acometida al mismo tiempo de convulsiones que le desgarraban el cuerpo y que sólo cedían cuando después de diversos estados de euforia Solange quedaba aplacada y en posición tan supina, que, por espacio de muchas horas, podría sospecharse que estuviera muerta.

Grandsailles había dado a Solange un golpe mortal. Solange lo comprendió inmediatamente, y la figura que se irguió ante su visión interna, fieramente intacta y llena de rencor, fue la de su enemigo: la del auténtico Grandsailles. El conde era enemigo suyo y jamás había dejado de serlo. ¿Qué podría haber contestado ella a su carta? El amor de ambos, después del martirio que ella soportó, no podía fundarse ya en un plano de regateos y discusiones, y mucho menos de excusas. ¿Iba a explicarle que
D’Angerville
había sido su amante tan sólo en una ocasión, en unas

circunstancias en que su imagen, la de Grandsailles, la había poseído exclusivamente? ¿Qué había pagado por aquel acto con una terrible enfermedad y que todo aquello había sucedido en un tiempo en que la infidelidad era una constante? ¿Que no tenía motivos en aquella época para confiar en que el matrimonio de éste con Verónica se rompería algún día?

¡Y por qué cambió el rumbo de su correspondencia, revelando un amor que parecía tan absoluto, con la confesión de su infidelidad, algo que resultaba tan complicado relatar en la distancia de una carta, que debería haberle confesado cara a cara, y que sabía que no había dejado en su imaginario más rastros que los de una pesadilla! Tamaña injusticia era demasiado grande para el corazón de una mujer. Y sobre el asunto de los derechos al agua del Moulin, cedidos al enemigo… Bien; el conde quería que Solange muriera; y Solange estaba dispuesta a morir sin lamentaciones.

Y de este modo, comenzó a morir. Pero la muerte era difícil para un cuerpo que estaba preparado solamente para la consumación de una felicidad esperada durante mucho tiempo y durante mucho tiempo buscada. La sonrisa casta y etérea que hasta hacía poco tiempo reflejaba la serenidad del alma de Solange se convirtió en la sonrisa horrible y fría de sus mórbidos éxtasis, de los cuales solamente el curtidor-pastor había logrado librarla. Mas la vengativa violencia del conde había traspasado las zonas más delicadas de su carne, como una barra de hierro, y constantemente la hurgaba en las viejas heridas sin concederle descanso. Una vez tras otra, inexorablemente, Solange se veía sometida al placer de una interminable tortura de voluptuosidad mortal. «Es el conde de Grandsailles, que nuevamente ha venido a visitarme —exclamaba en su delirio—. ¡Ya oigo los cascos de su caballo negro, que golpean sobre mi corazón!… Y su brazo se levanta con la espada de la venganza para castigarme. Voy a morir… ¡y nunca ha estado el aire tan poblado de aves!».

Y era cierto: más allá de la ventana abierta, bajo los blanqueados pórticos y las comisas del Moulin y sobre cada una de las florecientes ramas, jamás había habido tantas aves diferentes, jamás se las había visto u oído, jamás habían cantado y se habían apretado tanto unas contra otras como en aquel primer abril de la victoria. Génie lloraba en silencio, con las manos unidas, y el mayor

de los hermanos Martin, como un fiel perro San Bernardo, contemplaba a su señora con una expresión de dolor que era más antigua que las lágrimas.

—No quiero permanecer en esta habitación cuando muera —dijo Solange de Cléda—. Quiero que me lleven enseguida al piso bajo y que coloquen mi ataúd sobre la mesa del comedor, donde tanto pequé. Dejad el ataúd abierto para que me sea posible ver la postrada figura de Cristo en la pared; y no clavéis la caja hasta que yo misma os diga que lo hagáis.

El curtidor llegó a las cinco de la tarde para dar a Solange la extremaunción. Pero la escena fue dolorosa de presenciar, porque los demonios no querían abandonar el cuerpo de Solange. Durante la tarde del día siguiente, comenzó su agonía. En su delirio, Solange de Cléda volvió a hablar.

—¿Cuántos días hace que estoy muerta? —preguntó—. Cinco. Lo sé. Son cinco. Ya deben comenzar a enterrarme… Podría emponzoñar el aire, puesto que mi carne se ha corrompido… Hasta hoy, todavía podía ser visitada; pero ahora todos comienzan a tener miedo de mí. ¿Por qué está mi ataúd lleno de huesos? ¿De quién son esos huesos?

Luego extendió la mano, que era tan delicada como la de un hada.

—¡Salgan todos de aquí! ¡Quiero estar a solas! Él viene, va a venir por última vez para visitarme en mi ataúd antes de que lo claven… ¡Alto! ¡Esperad solamente un último momento antes de clavar mi féretro!

—¡Pobrecilla! —Dijo Génie a Martin y al curtidor, al mismo tiempo que les indicaba que saliesen de la habitación—. Oye el estrépito que producen los albañiles al derribar las construcciones alemanas del Moulin. Cree que ya están clavando su ataúd. Dije esta mañana a los albañiles que suspendieran el trabajo hasta que la señora haya muerto; pero ahora todos la odian.

En aquel momento, oyeron un parloteo espasmódico; en medio de él Solange gritó de modo casi ininteligible:

—*Je suis la dame!*

El curtidor entreabrió la puerta, Solange de Cléda había exhalado su último aliento. Tenía los brazos extendidos sobre el lecho como las ramas de un árbol, la cabeza inclinada hacia atrás,

el rostro tirante y los labios separados por una beatífica sonrisa.

—¡Así ha muerto! —dijo el curtidor—. ¡Cuánto ha debido de amarle! No sólo le ha dado su vida…, sino que además quería darle la eternidad de su alma. Se negó a recibir a Dios con el fin de poder recibirle a él hasta el fin. Pero Dios es misericordioso.

Génie cerró los ojos de Solange, de los cuales solamente se veían los blancos. La cruzaron las manos sobre el pecho y le colocaron entre ellas la rústica cruz de madera. Génie intentó en diversas ocasiones cerrarle la boca, pero la boca se entreabría nuevamente y entre los labios continuaban brillando sus dientes con una sonrisa infantil y pura. Hubieron de esperar seis horas a que estuviera preparado el ataúd. El ebanista, que había oído que Solange había muerto poseída por los demonios, y que sospechaba que el curtidor había tomado parte en lo sucedido, envió a su esposa a que presentase el pretexto de que él había ido a trabajar a las viñas del Bajo Libreux y no volvería hasta el día siguiente. Después, llegó Prince y tomó medidas del cuerpo de Solange, y en el pequeño taller de carpintería del sótano del Château de Lamotte procedió a construir el féretro. Utilizó maderas finas de limonero que habían sido cortadas mucho tiempo antes. Cuando el ataúd estuvo concluido, lo llevó sobre los hombros al Moulin des Sources, y a las diez y media de la noche Solange fue colocada en la caja, la cual, según los deseos de la propia Solange, fue instalada sobre la mesa del comedor. Y los viejos sirvientes *comenzaron* a entonar sus plegarias por la muerta en tanto que las cuatro altas velas derramaban cera sobre la cubierta de color achocolatado.

Dos días más tarde, Solange fue enterrada por los dos hermanos Martin, el curtidor, Prince y Génie en la vieja capilla del Moulin des Sources. Y después de la larga noche de vela, Prince volvió y durmió solamente dos horas, porque aquel día era domingo y el buen hombre no habría querido por nada de este mundo llegar tarde a la primera misa. En cuanto a la del curtidor sería difícil saber… Después de todo, no era cosa corriente… Durante mucho tiempo, como Prince se dijo, su vida había estado pendiente de un hilo; pero Prince había nacido para servir con resignación. A la muerte de su hijo en Alemania, la que no fue posible continuar ocultando, se añadió la de Solange de Cléda, a quien había venerado durante aquellos días y meses con la silenciosa aunque

reverente concentración de su respeto. Su casa del Bajo Libreux había sido destruida por los alemanes durante su retirada. Y el conde aún no había dado noticias de su regreso. ¡Qué cambiada encontraría la región!

Prince, el viejo sirviente del conde de Grandsailles, despertó sobresaltado antes de la hora y se vistió su mejor traje de fiesta. Fue uno de los primeros en llegar a la iglesia. Se acercó al altar en que estaba expuesto el Santísimo Sacramento, e inclinando humildemente la cabeza, dijo:

—Señor: aquí estoy; soy Prince.

Luego, rezó por el alma de Solange y por el pronto retomo del conde.

Al mismo tiempo que el conde de Grandsailles navegaba en dirección a su patria, Randolph marchaba en la dirección opuesta, hacia su tierra natal. Randolph había estado entre aquéllos a quienes el destino había escogido como héroes para el cumplimiento de la grandiosa profecía de Nostradamus, cuando, designando simbólicamente las naciones de Europa, predijo que «sentirán el yugo de la Bestia de la sangre. Pero, exactamente cuando ésta parezca hallarse a punto de dominarlo todo, la Bestia será apaciguada por un pueblo joven, procedente del otro lado de los mares, que redimirá y liberará con su sangre nueva las faltas del pueblo antiguo que se ha consumido en los excesos de la ciencia y del pecado. Y entonces, como ejércitos de hijos que vuelvan con los ojos vendados para unirse a sus madres desnudas y de blancos cabellos, enriquecidos por la ciencia de la sangre que hayan bebido en sus venerables veneros, los que no permanezcan enterrados en la tierra milenaria volverán a través de los mares a la nación nueva, y con sus mujeres crearán hijos de una nueva casta».

De este modo, Verónica estaba incluida en tal profecía: Verónica se hizo madre. Como un guerrero después de la batalla, el hombre de sus quimeras, el del rostro escondido, se levantó, al fin, la visera del casco. Y ella lo vio.

Todos volvían a hacerse visibles, los que habían sido seres sin rostro, seres del disimulo, del camuflaje, de la traición.

¿Y qué es la paz, sino el redescubrimiento de la dignidad del rostro humano?

Durante todo aquel tiempo —en tanto que el metódico teutón estaba, en su rapacidad, desviando el curso de los arroyos para arrancar de las entrañas de la tierra del viejo Libreux los metales de la guerra; mientras los imperios se hundían; mientras las inmutables nieves enterraban las victorias y las derrotas de las llanuras rusas; mientras los hombres miméticos se devoraban unos a otros como plantas carniceras en las profundidades de la selva; mientras se desarrollaba la acción total de esta novela—, el bosque de alcornoques jóvenes que Solange de Cléda había plantado en los días próximos al del baile del conde de Grandsailles, había continuado desarrollándose. El bosque había crecido, y ya aquellos árboles, en lugar de alcanzar la altura de un hombre bajo, llegaban a la estatura de un gigante.

El último domingo, cuando los dos hermanos Martin cruzaban la arboleda para asistir a las vísperas, el mayor dijo al otro:

—Déjame tu cuchillo. Veamos lo que podemos predecir acerca del corcho.

Y tomando el largo cuchillo que su hermano había desenfundado, se acercó a uno de los árboles, que se hallaba aproximadamente en el centro del alcornocal y que era más bajo que los restantes. Hundió con fuerza la hoja de acero en la corteza, dulcemente crujiente y, cortando en ella la forma de un largo rectángulo, comenzó a tirar de la corteza de modo firme y lento. Al cabo de unos momentos de esfuerzos, la hoja de corcho se desprendió gradualmente hasta quedar suelta en sus manos, intacta y sin resquebrajaduras. Tal era la costumbre desde tiempo inmemorial; tal era el modo como los cortadores averiguaban si el corcho de los árboles podría ser arrancado en su debido tiempo.

En el lugar que la hoja de corcho había desnudado, en el centro del tronco del árbol, quedó una especie de delicada piel sedosa, tierna, sensible y casi humana, no sólo por su color, que era exactamente el de la sangre fresca, sino también porque cuando se hallan desprovistos del ropaje de su corteza los alcornoques sugieren enérgicamente cuerpos de mujeres desnudas con los brazos levantados hacia el cielo en la más noble de las actitudes; y porque por sus líneas atrevidas y por la lisura y la suavidad de las redondeces de sus relieves imitan de la manera más ideal y más divina la anatomía despellejada del mundo de las percepciones, en

tanto que tienen las profundas raíces clavadas en tierra. La sola presencia de un alcornoque desnudo en un paisaje es suficiente para llenar el crepúsculo con su gracia.

Los dos hermanos Martin llevaron el carruaje a la parte baja de la región para recoger en la estación al conde de Grandsailles, al niño y a la canonesa; y Grandsailles comprobó, al observar la reservada actitud de los campesinos a quienes halló, que la región le era hostil. Y también, en el corto recorrido hasta el Château de Lamotte, supo que Solange de Cléda había muerto una semana antes en el Moulin des Sources. Prince abrió la puerta del *château* en la actitud tímida acostumbrada, como si el conde solamente hubiera permanecido ausente durante una noche. No obstante, por las profundas arrugas de su rostro rodaban unas abundantes lágrimas.

—Mi buen Prince —dijo el conde—, ¡cuánto debes de haber sufrido y padecido!

—Todo ha concluido —replicó Prince con humildad; y visiblemente deseoso de romper la turbación de tales efusiones, se apresuró a dar órdenes para que se transportase el equipaje a las habitaciones que ya había preparado.

El niño de Betka estaba agotado y la canonesa lo acostó inmediatamente en tanto que el conde, que acababa de entrar en su habitación, permanecía en el centro de la estancia mirando estólidamente los muebles y sin saber qué hacer. ¿Cuánto tiempo permaneció de este modo? Cuando llegó la canonesa para anunciarle que la comida estaba servida, el conde se estremeció y dijo:

—Ya es hora de que cambiemos de lámpara eléctrica en esta habitación: apenas da luz…

—Se diría que el invierno se aproxima de nuevo —dijo la canonesa—. ¿Oye usted? ¡Cómo suena el viento!

Sentado en el comedor, el conde observó el ajetreo de la canonesa.

—¿Dónde está Prince?

—No se encuentra bien. La excitación de la vuelta del señor… Y Prince es muy viejo… Pero lo ha dejado preparado todo. Y yo le serviré.

El conde apenas pudo tomar la comida. Los ojos le ardían. Las delicadas atenciones que Prince había demostrado poner en los

platos que le había preparado… Pues en aquella comida hubo de todo lo que Prince sabía que el conde prefería. ¿Cómo se las habría arreglado para guardar los mejores vinos para él? *Mon Dieu!* ¡Cuán amargamente sabía todo aquello en aquel día! Y la canonesa iba y venía y no le perdía de vista ni un solo instante. Pero aunque su mirada fuese atenta, el conde sabía que el resplandor que en ella brillaba había sido encendido por el rencor.

—¿Por qué, mi buena canonesa, insistes en mirarme de ese modo? —Preguntó Grandsailles hacia el final de la comida—. ¿No merezco piedad, como el resto de los mortales? ¿No he cumplido mi promesa de traerte de nuevo a tu querido Libreux?

La canonesa apoyó una rodilla en la silla y clavó en él una de sus reprobatorias miradas.

—¿Piedad para usted? —dijo con súbita ferocidad—. ¿Piedad para el conde de Grandsailles?

Y negó con un movimiento de cabeza al mismo tiempo que sonreía amedrentadoramente.

—¿Qué te sucede, canonesa? ¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

Y entonces, decidida a libertarse para siempre de la carga de todo lo que había llevado en el corazón a lo largo de su vida, la canonesa rodeó la mesa lentamente y, con perversa oportunidad, se sentó junto al conde, en la misma silla que Solange de Cléda había ocupado varios años antes, en aquella ocasión en que cenó allí.

La canonesa se instaló en la postura más cómoda que pudo hallar, como si se encontrase sola en la habitación, abrió las gruesas piernas en actitud de completo abandono y de absoluto descuido y se llevó la punta del delantal, de la manera característica, al ojo lloroso, cuya fuente manaba más abundantemente que nunca. Su cuerpo corcovado, prietamente oprimido por un viejo vestido de alpaca que tenía un lustre iridiscente semejante al de las alas de una mosca, comenzó a agitarse por efecto de unos irreprimibles accesos de risa chillona.

—*Seigneur Dieu!* ¡Piedad para el conde de Grandsailles! —Luego, su rostro se ensombreció; y añadió—: Estamos otra vez en Libreux. ¿Qué más nos falta? Sólo nos queda morir aquí.

Sin embargo, por primera vez en su vida, Grandsailles era de compadecer. Intentó enojarse, mas no pudo cambiar la vergonzosa

expresión de su marchito rostro. Con la cabeza inclinada, semejó el campo desnudo de Libreux durante el invierno, cubierto de rastrojos grises.

—Ha conseguido engañar a todo el mundo; pero no hay secretos para su canonesa. El príncipe de Orminy… Fouseret… —comenzó diciendo la canonesa implacablemente, como un juez que pronunciase una sentencia.

El conde la miró con terror, del mismo modo que si su conciencia propia hubiese despertado y encarnado en ella.

—¡Sí, usted lo sabe, Grandsailles! Y aquella pobrecilla, Solange de Cléda, aquel ángel del cielo… ¡Usted la mató también! Lentamente, lentamente, lentamente… Sólo un hombre de la casta de Grandsailles podría haberlo hecho de ese modo; usted le arrancó la piel de la vida mordisco a mordisco durante los largos años de su martirio. Y al final, cuando creyó que usted la haría feliz, le dio la última cuchillada en el centro de su noble pecho…

—¡Cállate, canonesa! —Gruñó roncamente Grandsailles.

—¡Un déspota! ¡Eso es usted exactamente! ¡La sangre de Girardin!… ¡También tiene usted la culpa de su muerte!

—¡Cállate! ¡Vete de mí vista! ¡Tú fealdad me llena de horror! —gritó Grandsailles en tanto que con un puño amenazador asía el desnudo Sileno que formaba el tronco del candelabro de plata.

Más, en lugar de obedecerlo, la canonesa se aproximó más a él, se arrodilló en la silla, clavó los codos en la mesa y en tanto que se inclinaba hacia delante sin el menor aturdimiento, el abierto escote de su vestido le descubría el pecho hasta muy abajo, con ambos senos marchitos, caídos y colgantes, como las ubres de una cabra, aunque blancos como la leche.

—No —dijo en voz baja y tan cercana a él que le arrojó el aliento al rostro—. No dejaré al hermoso Grandsailles, no me separaré de él antes de habérselo dicho todo, sobre todo, lo más principal. Su gran crimen es no haber tenido un hijo, no haberlo engendrado. En su familia, siempre que ha habido un hombre como usted, ha sido seguido de un hijo virtuoso. Y solamente un hijo podría haber compensado todo el mal que usted ha hecho en el mundo.

—¡Cállate, cállate! ¿Qué sabes tú de esas cosas? ¡Tendré un hijo, un descendiente!

—¿Quién? —Exclamó diabólicamente la canonesa mientras estiraba un brazo para señalar el piso alto—. ¿El pobre mártir que duerme arriba? ¡Qué loco! ¡Lo ha convertido usted en una ruina, un tullido! ¡Y eso le costaría ser encerrado para todo el resto de su vida si se supiera!… Ha poseído usted la piel de las mujeres más buenas y más hermosas de su tiempo, y no ha sido capaz de tener de ellas lo que los labriegos de Libreux consiguen la primera vez: ¡un hijo! Y ahora ya no podría tenerlo, aun cuando lo quisiera, porque ya es casi impotente… No hay secretos para su canonesa. Pero sé que, a pesar de todo, todavía podría tener ese hijo… Mas habría de ser conmigo, sí, ¡con su canonesa!

—¡Mujer horrible y loca! ¡Te castigaré! ¡Espera!

—Solamente tengo sesenta y cinco años. Parezco tener más de un millar porque he vivido al lado de usted, que es un perro. Pero todavía puedo tener un hijo, y puedo demostrar que lo que digo es cierto…

En aquel instante, un extraño fenómeno debió de producirse en el cerebro delirante y atormentado de Grandsailles. Pues en la hondura de su enojo fue presa repentinamente de una incomprensible atracción, atracción que semejaba nacer precisamente de lo más abominable y repugnante de la canonesa: sus ojos, enrojecidos por la conjuntivitis crónica, como heridas rojas, se le presentaron repentinamente como los de una divinidad y como engastados en rubíes; su boca babeante, con los retorcidos dientes, le pareció un arroyo con las ruedas de molino de las tentaciones, que le atraían hacia un abismo de innobles deseos; y la espumeante saliva que se espesaba como una pasta blancoamarillenta en las comisuras de sus labios le alucinó como gotas de un pus afrodisíaco y letal. En pie y ante él se hallaba el sueño que le había atormentado durante toda su vida, encarnado en el cuerpo decrépito, en la carne conocida de su canonesa. ¡Y no era un sueño, no fue un sueño!

—¡Es Solange de Cléda, eternamente condenada por mi culpa, quién se ha introducido en el cuerpo de demonio de mi canonesa para estar una vez más junto a mí! ¡Llévate el demonio! —bramó Grandsailles al mismo tiempo que levantaba amenazadoramente el candelabro de plata.

—¡Desventurado! ¡Es el demonio quién me trajo aquí! ¡Y el

infierno te habla por mis labios!

—¡Ahora vas a encontrar tu merecido! —Gritó Grandsailles en un paroxismo de odio—. Una vez que haya comenzado, volveré a golpearte cien veces, hasta que tu rostro no parezca ya el de un ser humano.

Entonces, la canonesa comenzó a retirarse; pero continuó dirigiéndole invectivas, como si de este modo intentara atraerlo, en tanto que se dirigía al final del largo pasillo, donde se hallaba su habitación. El conde entró tras ella, como un sonámbulo, todavía con el candelabro de plata en la mano con que la amenazaba. La puerta se cerró tras ellos, y al cabo de un instante se oyó el ruido de dos golpes terribles, al que siguió un silencio absoluto, mucho más terrible que cualquier sonido.

El niño de Betka debió de despertar en aquel momento, puesto que salió de su habitación, cojeando al caminar con ayuda de la muleta y arrastrando la larga camisa de dormir. El niño bajó dos escalones y, no oyendo nada más, volvió atrás y se acostó de nuevo. Se formaba, también, la impresión de que todos los perros del Alto y el Bajo Libreux habían conspirado para ladrar conjuntamente a aquella misma hora.

A la mañana siguiente, la canonesa de Launay, sentada en su lecho, lloraba ininterrumpidamente. El conde de Grandsailles, con un codo apoyado en la mesa del comedor, despertaba en aquel instante. Se puso en pie y, con la ayuda de su bastón, recorrió el largo pasillo sin detenerse en la habitación de la canonesa para consolarla. El conde parecía haber envejecido varios años más. Subió a su dormitorio y se dirigió rectamente a la puerta del balcón. Cuando la hubo abierto, salió y se sentó en un pequeño banco de piedra. Su corazón se contrajo a la vista del bosque profundo y oscuro de alcornoques jóvenes que se había desarrollado durante su ausencia. El conde no podía retirar la mirada de la realidad de aquel viejo sueño.

En el centro del alcornocal, pudo ver el árbol que el mayor de los hermanos Martin había marcado el domingo anterior. Era el símbolo vivo de Solange, martirizada por la guerra, despellejada viva por la paz, muerta y enterrada tras aquellos árboles. ¡Solange de Cléda, pecho de viva roca, labios de jazmín! ¡Durante cuántos años había vivido el conde de Grandsailles en un estado de

alucinación en espera de aquel momento en que podría ver su querida llanura de la Creux de Libreux, la llanura iluminada! Ya podía sentirla, aun sin verla todavía…, allá un poco más arriba, sobre el árbol al que su mirada parecía haberse adherido. Confusos ruidos de carros, a la izquierda, en la dirección del Moulin, daban fe de la realidad terrenal y sagrada de aquella llanura… Mas en lugar de levantar la mirada, el conde de Grandsailles inclinó la cabeza y escondió el rostro entre las manos.

SALVADOR FELIPE JACINTO DALÍ I DOMÈNECH, marqués de Dalí de Púbol (Figueras, 11 de mayo de 1904 - Ibídem, 23 de enero de 1989), fue un pintor, escultor, grabador, escenógrafo y escritor español del siglo XX. Se le considera uno de los máximos representantes del surrealismo.

Salvador Dalí es conocido por sus impactantes y oníricas imágenes surrealistas. Sus habilidades pictóricas se suelen atribuir a la influencia y admiración por el arte renacentista. También fue un experto dibujante. Los recursos plásticos dalinianos también abordaron el cine, la escultura y la fotografía, lo cual le condujo a numerosas colaboraciones con otros artistas audiovisuales. Tuvo la capacidad de acrisolar un estilo genuinamente personal y palpable al primer contacto, que en realidad era muy ecléctico y que «succionó» de innovaciones ajenas. Una de sus pinturas más célebres es La persistencia de la memoria, realizada en 1931.

Como artista extremadamente imaginativo, manifestó una notable tendencia al narcisismo y la megalomanía, cuyo objeto era atraer la atención pública. Esta conducta irritaba a quienes apreciaban su arte y justificaba a sus críticos, que rechazaban sus conductas excéntricas como un reclamo publicitario ocasionalmente más llamativo que su producción artística. Dalí atribuía su «amor por todo lo que es dorado y resulta excesivo, su pasión por el lujo y su

amor por la moda oriental» a un autoproclamado «linaje arábigo», que remontaba sus raíces a los tiempos de la dominación árabe de la península ibérica.

Notas

[1] Según una antiquísima superstición campesina, «si una joven pela una manzana sin que la piel se rompa, contraerá matrimonio con el primer hombre que aparezca ante ella». < <

[2] La manzana del pecado en el Paraíso Terrenal: Adán y Eva.

La manzana de la belleza en el juicio de París.

La manzana del sacrificio: Guillermo Tell y su hijo.

La manzana de la física: Newton y su ley de la gravitación. < <

[3] Federico García Lorca, hablando de su amigo. < <

[4] Método Mayer: un método mnemotécnico inventado por el profesor vienés doctor Mayer, el cual, según sus afirmaciones, ahorra tiempo y evita todos los problemas de la vida cotidiana. La madre de Betka afirmaba que utilizaba este método en todas las circunstancias, y hasta antes de castigar a sus hijos solía exclamar: «¡El método Mayer, el método Mayer!». < <

[5] «Muerte blanca»: primitiva secta religiosa rusa en la cual millares de adeptos que vivían en común, en la plegaria y la piedad, ofrecían finalmente sus vidas en sacrificio y permitían ser quemados vivos en graneros llenos de paja. Esta cremación ora precedida de una orgía en la que todas las familias pertenecientes a la comunidad se entregaban a los delirios del placer en total promiscuidad, sin distinciones de ninguna clase. < <

[6] Sobrenombre con que se conocían, por su velocidad y el color negro, a los aviones de combate que la Unión Soviética envió a España durante la guerra civil. (N. *del T.*) < <

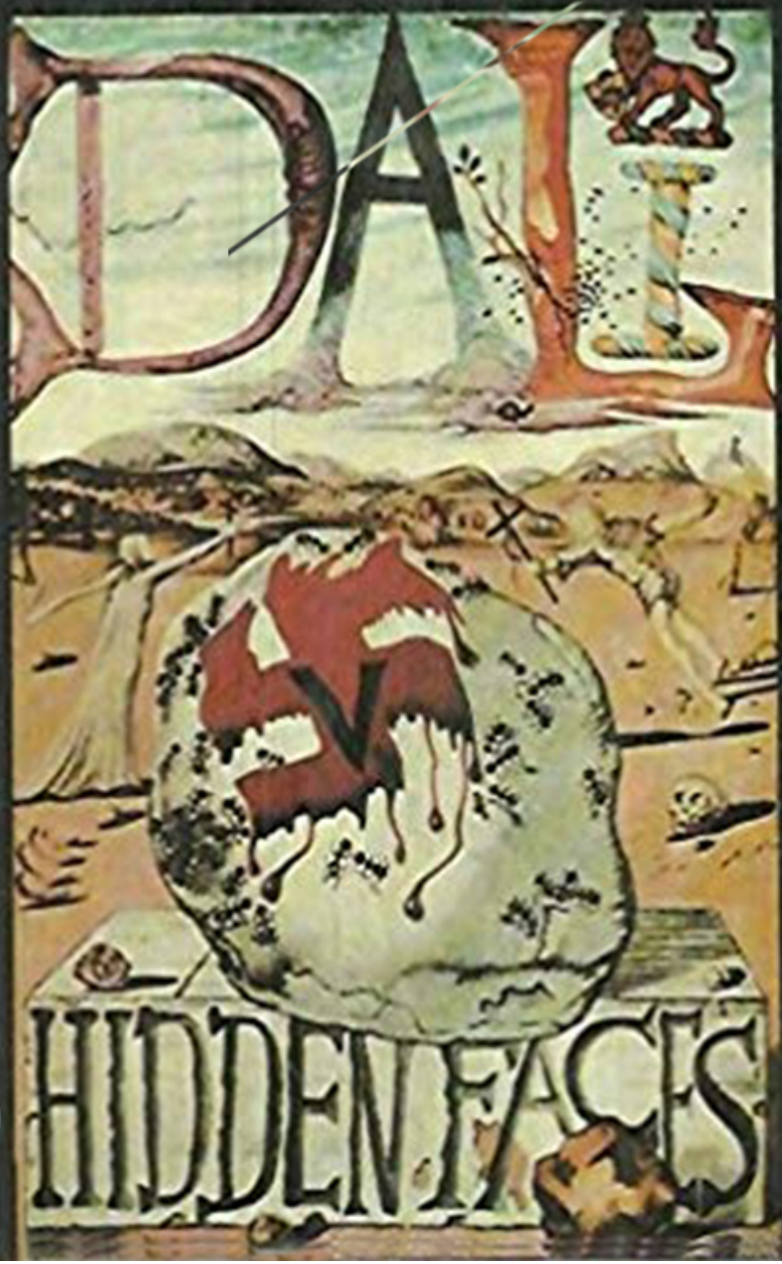
[7] El mito inmortalizado por Gobineau en *Les Pléiades*. < <

[8] Escritor imaginario, héroe de la novela de Huysman *Labas*. < <

[9] «El poeta es aquel que inspira, más que el que es inspirado». Paul Éduard. < <

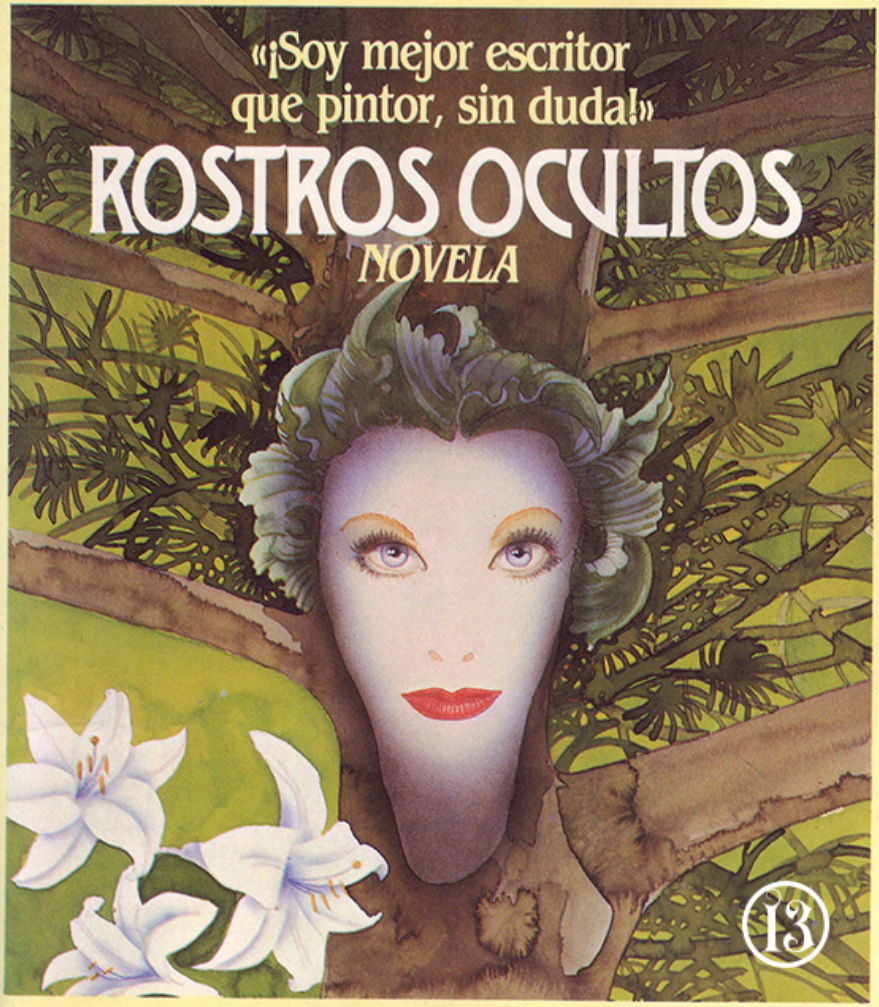
[10] Es un hecho notable la capacidad de resistencia e incluso de «salud» que acompaña a ciertas afecciones graves del espíritu en casos concretos de demencia. De este modo, en Napoleón y diversos otros hombres de acción he podido analizar vestigios de «cledalismo», en los cuales la mente parecía funcionar no sólo de manera independiente, sino incluso contradiciendo determinadas leyes del organismo, con lo que nos ofrecen una excepción a la antigua creencia de que el cuerpo es el espejo del alma. < <

ROSTROS OCULTOS



13

SALVADOR DALÍ



Salvador Dalí

Rostros ocultos